

MARC JUERA Y DAVID SANDÓ



TRAZOS DE  
SANGRE

 Círculo Rojo  
EDITORIAL

**Trazos de sangre**  
**El legado de los Primeros**  
**Libro Dos**

David Sandó y Marc Juera



Primera edición: marzo 2017

ISBN: 978-84-9194-522-2

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: David Sandó y Marc Juera Conchillo

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Fotolia

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcircularojo.com](http://www.editorialcircularojo.com)

[info@editorialcircularojo.com](mailto:info@editorialcircularojo.com)

Impreso en España - Printed in Spain

*Para mis padres.  
Sin ellos, nada de esto  
habría sido posible.*

David Sandó

*Para mi mujer Rosa y mi hijo Marc, que llenan de magia verdadera todos los días de mi vida.*

Marc Juera

Los autores desean dar las gracias a Marce, Mari Carmen, Jordi y David, que han tenido la paciencia de leer esta historia cuando aún era solo un proyecto.

Que sepáis que os hemos escuchado.

# PRÓLOGO

El primer golpe arrancó a Markin de su sueño. Al principio no supo de dónde venía, y llegó a pensar que formaba parte de una pesadilla; pero entonces escuchó otro más, y comprendió que estaba despierto y que el ruido era real.

Se incorporó de un salto y se quedó en pie, alerta y en tensión, entre la pila de ropa vieja, sacas de arpillera y mantas raídas que le servían de cama. Ahora estaba seguro que el ruido procedía del exterior, aunque por alguna razón se propagaba por el molino como el eco en una caverna.

Con el tercer golpe comprendió lo que ocurría.

Alguien estaba aporreando la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó una vocecita en la oscuridad. Era aguda y algo aflautada, y rezumaba miedo. Markin no podía distinguir a su propietario, pero algo le decía que su amigo estaría en aquellos momentos acurrucado bajo sus mantas, acobardado. No se lo reprochaba. Ildo solo tenía ocho años, y pese a su bravuconería no dejaba de ser un crío asustadizo.

—Shh —le chistó Suri—. Creo que alguien intenta entrar —susurró.

Si no hacían ruido, quizás quien fuera que golpeaba la puerta creería que no había nadie allí y pasaría de largo. No sería la primera vez que algún otro chaval de la calle intentaba colarse en su refugio. El invierno podía ser inclemente, y tener un techo bajo el que cobijarse, por maltrecho y deteriorado que estuviese, podía suponer la diferencia entre la supervivencia y una muerte por congelación.

Con el cuarto golpe la desvencijada puerta de madera se desprendió de sus goznes y cayó al suelo, levantando una espesa nube de polvo que cubrió momentáneamente el hueco de la entrada. Markin casi saltó sobre sus pies. Ildo dejó escapar un grito ahogado.

Cuando el polvo empezó a asentarse Markin distinguió una silueta recortada contra la luz de la luna. Era una figura grande, de algo más de dos varas de altura, de hombros anchos y aspecto peligroso. Lo primero que le

pasó por la cabeza fue que alguno de los miembros de la banda del Gallo Negro habría localizado su escondite y había decidido acabar lo que empezaron un par de semanas atrás, por eso recogió su morral y se lo colgó del hombro sin apartar los ojos del intruso. Los Gallos eran peligrosos, y no tenían reparos en recurrir a la violencia cuando descubrían que alguien había estado trapicheando en su lado de la ciudad.

Eso era precisamente lo que le había pasado al pobre Radaor.

Markin no había sido testigo de lo ocurrido, pero cuando una mañana encontraron el cuerpo de su amigo en un callejón con el vientre rajado de lado a lado y las tripas colgando, no le quedaron dudas de quién lo había hecho. Y en aquel momento, viendo aquella figura plantada bajo el quicio de la destrozada puerta del viejo molino, temió que tanto Ildo como él correrían su misma suerte.

—Ildo, la plataforma —le gritó a su amigo mientras rebuscaba su cuchillo en su morral. En realidad no se trataba de un cuchillo, sino de una esquirra de metal que había encontrado en la basura de un herrero y que había forrado con tela por uno de sus extremos para poder sujetarla sin cortarse. Pero estaba afilada, y podía rebanar la carne de un tajo.

Por alguna razón, el peso del metal en su mano no consiguió tranquilizarle como él había esperado.

El intruso, que hasta entonces había permanecido inmóvil, avanzó un titubeante paso en su dirección. Se movía de un modo extraño, arrastrando los pies como si estuviese borracho o no pudiera mantenerse erguido.

Fue entonces cuando percibió el hedor. Por un momento fue como meter la cabeza en los barriles de desperdicios del matadero. Olía a muerte y a putrefacción. Al principio no entendió de dónde procedía, pero su mente no tardó en hacer la conexión, y un escalofrío le trepó por la espalda y se aferró a su cuello como una mano de hielo.

—¡Ildo! —repitió Markin alzando la voz con tono autoritario—. Sube a la maldita plataforma.

Su amigo balbuceó algo incomprensible, pero obedeció.

El molino llevaba décadas abandonado, tal vez siglos, y solo quedaban de él sus paredes, su deteriorado techo, que amenazaba con ceder en cualquier momento, y parte de la plataforma sobre la que había estado montado el mecanismo que conectaba las aspas con la muela. La rueda había desaparecido, probablemente alguien se la habría llevado para reutilizarla, y



el mecanismo de rucas, ejes y engranajes solo era ahora un puñado de maderos carcomidos y resecos. Por suerte la antigua plataforma no había cedido al paso del tiempo, y una vez retirasen la improvisada escalera que usaban para trepar hasta ella sería el refugio perfecto.

El intruso avanzó otro paso, y el hedor se hizo más punzante.

Markin rebuscó en su morral hasta que dio con el pequeño globo de cristal. Se trataba de una *candela* de viaje, una pequeña esfera apenas mayor que una ciruela, que hasta entonces les había bastado para iluminar los estrechos confines del molino. Necesitaba ver a lo que se enfrentaba. Necesitaba estar seguro porque, de lo contrario, su mente no dejaría de especular. Y por terrible que fuera lo que había frente a él, no sería tan malo como las cosas que se estaba imaginando.

Sin apartar la vista del intruso, Markin alzó la *candela* y la activó.

Una tenue luz amarillenta se derramó a su alrededor. No era muy intensa, pero le bastó para distinguir las facciones de la persona que avanzaba hacia él. La sangre se heló en sus venas.

El intruso era un adolescente, un muchacho de apenas quince años, aunque estaba claro que no llegaría a cumplirlos. Su piel tenía un desagradable tono grisáceo, y se pegaba a los huesos de su cráneo como si no hubiese carne bajo ella. Sus labios estaban retraídos, como arrancados de cuajo, y dejaban a la vista una macabra sonrisa de dientes irregulares salpicados de manchas negras. Markin no quería pensar en ello, pero algo le decía que las manchas eran de sangre. A pesar de estar cubierto de barro y horriblemente deformado, Markin le reconoció.

—Radaor —exclamó con un suspiro ahogado.

La criatura alzó una esquelética mano para protegerse los ojos de la luz. Parecían estar velados, cubiertos de cataratas.

A su espalda oyó a Ildo rezarles a los Dioses. Seguramente también él habría reconocido a su difunto amigo. Pero los Dioses no estaban allí. Los Dioses no ayudaban a los pordioseros ni a los rateros que sobrevivían de lo que encontraban en la basura o de lo que podían robar a los incautos que se cruzaban en su camino.

—Es un reanimado —dijo el chiquillo con voz temblorosa.

Markin lo sabía. Lo había intuido incluso antes de prender la *candela*. Solo algo que ha pasado un par de semanas bajo tierra, pudriéndose, podía apestar así.

Pero no era solo eso.

Había otro olor enterrado bajo el hedor a descomposición. Markin no habría sabido decir qué era, pero por alguna razón su mente lo relacionaba con la magia.

Radaor avanzó otro paso. Algo se sacudía frente a él como un delantal deshilachado. Cuando comprendió que aquello eran sus tripas, que colgaban del tajo de su vientre como telarañas de una viga, sintió un desagradable sabor a bilis y tuvo que esforzarse para no vomitar el escaso contenido de su estómago.

Radaor abrió la boca y dejó escapar algo que no era exactamente un gruñido; algo que no podía proceder de un ser humano.

—Sigue trepando —apremió a Ildo mientras retrocedía en dirección a las escaleras sin apartar los ojos de Radaor.

Markin había oído hablar muchas veces de los reanimados, los no-muertos; pobres desgraciados a los que un mago oscuro resucitaba para que le sirvieran como esclavos sin mente. Pero aquella era la primera vez que se topaba con uno cara a cara, y era peor de lo que había imaginado.

Había oído decir que los reanimados no eran inteligentes, aunque en ocasiones conservaban algunos recuerdos su vida anterior. Por eso sus familiares solían ser los primeros en ser atacados. Radaor no era familia, pero había compartido refugio con ellos, por lo que aquel lugar era lo más parecido a un hogar que conocía.

Pero ¿por qué alguien habría devuelto el cuerpo de su amigo a la vida?

Aquello solo podía ser obra de un nigromante, y Markin estaba bastante seguro de no conocer a ninguno. Quizás Ildo o él mismo habrían robado al paleta equivocado, y el tipo había enviado a Radaor contra ellos como venganza. Pero eso no tenía demasiado sentido. Ellos solo eran un par de raterillos sin importancia, como tantos otros que pululaban por el Imbornal. Además, aquel castigo parecía desproporcionado para un crimen como ese.

Tal vez era cosa de la banda del Gallo Negro. Después de todo habían sido ellos quienes habían acabado con Radaor en primer lugar, y Markin sabía que su líder, el Duque, tonteaba con las Artes. Pero ¿tendría el poder y los conocimientos suficientes para crear zombis?

Por alguna razón, Markin lo dudaba.

Pero entonces, ¿de quién era obra? ¿Y por qué precisamente Radaor?

Markin se dijo que ya tendría tiempo de pensar en ello cuando se hubiese

puesto a salvo. Su difunto amigo seguía acercándose, y le pareció ver dos sombras más recortándose contra el hueco de la puerta. Tenían que salir de allí, y tenían que hacerlo rápido.

Markin ya había retrocedido hasta la escalera, pero Radaor —no, aquel ya no era Radaor— se encontraba a poco más de dos brazadas de distancia, por lo que si le daba la espalda para trepar por ellas acabaría atrapándole.

Una idea descabellada le pasó por la cabeza.

Markin había visto lo que ocurría cuando se rompía una *candela*. Cuando el cristal se quebraba la espiral de hierro de su interior se consumía con una llamarada al entrar en contacto con el aire, y todo lo que se encontraba a su alrededor quedaba cubierto por una fina capa de escarcha. Markin no sabía por qué pasaba, pero podía usarlo en su favor.

Así que asíó la pequeña *candela*, cerró los ojos y la lanzó contra aquella cosa.

La esfera estalló contra el reanimado, y Markin sintió el frío en su rostro.

No estaba seguro de que aquello hubiese bastado para dañar a la criatura, por lo que sabía los reanimados no sentían dolor, pero esperaba que al menos la entretuviese lo bastante para darle una oportunidad de ponerse a salvo.

Sin perder un segundo, se volvió hacia la escalera y empezó a trepar por ella.

Radaor dejó escapar otro gruñido, y algo se aferró a la pernera de sus pantalones, cerrándose en torno a su tobillo como una zarpa de acero. Markin gritó cuando sintió que tiraban de él hacia abajo, y tuvo que luchar para no dejarse dominar por el terror que amenazaba con inmovilizarle.

—¿Qué pasa? —preguntó Ildo con voz estrangulada desde su improvisado refugio.

—Ayúdame —gritó Markin tendiendo una mano hacia él.

Ildo tiró de él, pero por desgracia el muchacho solo era un raquítico saco de piel y huesos, y no podía competir con la fuerza del reanimado, que seguía arrastrándole hacia abajo. Markin pensó que así era como debían sentirse los pobres desgraciados que contrariaban al Duque y acababan en el fondo del Murgón con un saco de piedras atado a los pies.

—Maldita sea, Radaor —gritó a la desesperada. Sabía que era inútil suplicar. Ya no quedaba nada de su amigo en aquella cosa.

—¡Date prisa, o se te va a zampar! —chilló Ildo.

Markin ya había conseguido apoyar los brazos en la plataforma, pero

Radaor seguía aferrado a su pierna. No quiso pensar en lo que sería aquel ruido que sonaba como dientes castañeteando, porque sabía que eso era precisamente lo que estaba escuchando. Por suerte la cabeza del reanimado no estaba lo bastante cerca como para poder morderle. Markin no sabía si los rumores serían ciertos y bastaría un solo bocado para transformarle también a él en un no-muerto, pero no quería averiguarlo.

—Ildo, por favor— le suplicó a su amigo. El chaval le miró con los ojos muy abiertos antes de echar un vistazo por encima de su hombro hacia el hediondo cuerpo de Radaor. Luego miró a su alrededor, como buscando algo, y se alejó de él, perdiéndose en la oscuridad de la plataforma—. ¡Ildo! —gritó. Pero el otro no respondió.

«Me ha abandonado», pensó.

Pero no permitió que la desesperación se apoderara de él. No se rendiría sin luchar. Así que apoyó todo su peso en sus brazos, alzó la pierna que aún tenía libre y descargó un taconazo contra la cara del zombi. Por desgracia su presa parecía de acero, y Radaor se negaba a soltarle. Tiraba cada vez con más fuerza de él, y sus brazos amenazaron con ceder. No había nada a lo que poder sujetarse en la plataforma, y el miedo se volvió terror cuando empezó a resbalar hacia abajo.

Entonces algo pasó junto a su cabeza, un objeto largo y estrecho parecido a una vara o una pértiga. Al otro extremo se encontraba Ildo.

—¡Aguanta!— le gritó su amigo mientras sacudía la vara arriba y abajo con fuerza.

Markin escuchó un crujido seco, y la presa en torno a su tobillo se aflojó. El chiquillo aprovechó para patear de nuevo la mano del zombi, y en cuanto su pierna se escurrió por entre sus dedos marchitos se impulsó hacia arriba haciendo fuerza con los brazos.

Alcanzó la plataforma resollando como un caballo al que han obligado a ir al galope durante horas, y se quedó allí tendido recuperando el aliento. Ildo se había hecho una bola, con las rodillas pegadas al pecho y los brazos rodeando sus piernas, y se mecía mientras balbuceaba otra plegaria.

En cuanto recuperó el aliento Markin rebuscó en su morral el pedernal y la yesca, envolvió un madero en un pedazo de tela que arrancó de su jubón y fabricó una improvisada tea que prendió no sin cierto esfuerzo. Las llamas iluminaron el interior del molino, y fue entonces cuando vio lo que había en la planta baja.

El cuerpo de Radaor estaba tendido en el suelo. Su rostro, calcinado por la explosión de la *candela*, era ahora poco más que hueso y jirones de piel chamuscada. Uno de sus ojos había desaparecido, y en su lugar había un boquete del tamaño de una nuez. Ildo debía haber atravesado su cráneo con la vara, que ahora descansaba en el suelo junto al cuerpo putrefacto de su amigo.

Pero Radaor no era el único reanimado que había allí.

Otras dos criaturas, un hombre de aspecto corpulento y una anciana con un solo brazo y media cara roída por los carroñeros, se aproximaban con paso lento pero inexorable.

Markin ni siquiera se lo planteó, y de una patada tiró la escalera, que cayó sobre la anciana, derribándola.

—A ver si nos pilláis ahora, capullos —les retó. Las criaturas graznaron y alzaron las manos tratando de alcanzarles, pero la plataforma se encontraba a cinco varas de altura, demasiado lejos para ellos—. Estamos a salvo —le aseguró a Ildo, que seguía meciéndose como un barco en un temporal.

—Estamos atrapaos— gimió el muchacho—. No vamos a poder salir d'aquí.

—Confía en mí —le pidió Markin apoyando una mano en su hombro. Ildo casi saltó al sentir su contacto—. Saldremos de esta.

Ildo tragó saliva y asintió sin apartar los ojos de las criaturas.

—Ese era Radaor —dijo con un hilillo de voz—. ¿Cómo pue ser? ¿Quién l'ha hecho eso?

—No lo sé —sacudió Markin la cabeza—. Pero no pienso quedarme a averiguarlo —añadió tendiéndole la mano a su amigo. Ildo dudó antes de aceptarla, pero finalmente se puso en pie con su ayuda.

—Pero lo que l'han hecho... Eso es negromagia —insistió Ildo.

—Lo sé.

—¿Crees que alguien quiere liquidarnos? ¿Crees que el Duque...?

—El Duque es un ladrón y un asesino, no un mago —dijo Markin echando un nuevo vistazo hacia abajo. La anciana había conseguido zafarse de la escalera y ponerse de nuevo en pie, y ahora los dos zombis se movían por el interior del molino sin un propósito concreto. El cuerpo de Radaor seguía tendido en el suelo, inmóvil—. No, esto es otra cosa.

Un desgarrador grito llegó desde el exterior. Markin se apresuró hacia la abertura en el lateral del molino, el lugar que antiguamente había ocupado el

eje de las aspas, y se asomó por él para echar un vistazo hacia la calle. El boquete era lo bastante grande para poder cruzarlo sin tener que agacharse.

En el exterior las llamas iluminaban la noche como si el amanecer se hubiese adelantado. Había varios incendios a su alrededor: tres de las casas más cercanas eran ya pasto de las llamas, y el fuego se extendía rápidamente por las desvencijadas construcciones de madera que se apelotonaban las unas contra las otras. Pronto todo el Imbornal sería un infierno.

Pero eso no era lo peor de todo.

Las calles estaban invadidas por una auténtica marea de revividos. Los no-muertos, que se contaban por cientos, habían invadido el barrio de extramuros, causando estragos a su paso. Todos parecían avanzar en una misma dirección: hacia las puertas de la ciudad; aunque la mayoría se entretenían irrumpiendo en cualquier casa que se encontrase en su camino. Gritos de angustia y terror se alzaban por todas partes, y se unían a la melodía de gruñidos y gemidos que acompañaba el avance del pútrido ejército.

—¿Qué pasa? —preguntó Ildo acercándose para poder echar un vistazo.

—Parece que esto es algo más que una venganza contra nosotros —respondió Markin.

El techo de una de las viviendas más cercanas al molino se había prendido, y el frío aire de la noche hacía bailar las llamas, acercándolas peligrosamente a su refugio. Una simple chispa podía incendiar sus reseca paredes, por lo que no podían arriesgarse a permanecer allí y quedar atrapados por el fuego.

—Tenemos que salir de aquí —le dijo a su amigo.

—Pero no podemos bajar —protestó Ildo—. Está mu alto. Y lleno de zombis. Si nos pillan...

—No te preocupes —le tranquilizó Markin—. Yo te protegeré.

La mirada de Ildo no parecía transmitir demasiada confianza, pero Markin no le permitiría dudar. No pensaba darle tiempo para hacerlo. Sin decir nada más retrocedió unos pasos para tomar carrerilla y echó a correr en dirección a la abertura. Cuando sus pies se separaron del suelo Markin rezó una plegaria en voz baja a los Dioses. No es que Ellos fuesen a intervenir para ayudarlo, pero nunca estaba de más poner algo de suerte de su parte.

Su corazón se detuvo entre latidos mientras pataleaba en el aire. Por un momento creyó que no lograría salvar la distancia que le separaba del tejado de la casa más cercana, que se encontraba algo por debajo del boquete, y cuando aterrizó lo hizo con un suspiro de alivio.

Al ponerse en pie sintió un pinchazo en el tobillo. No sabía si se lo habría torcido al caer o si había sido Radaor quien le había herido, pero daba igual. Apretó los dientes y se obligó a ignorar el dolor.

—Vamos —apremió a su compañero—. ¡No pienses! ¡Salta!

Ildo dudó, pero las primeras llamas habían alcanzado ya la estructura del molino y habían prendido con una facilidad asombrosa. El chiquillo les echó un vistazo con los ojos muy abiertos, y seguramente fue el miedo a morir abrasado lo que le hizo correr como un loco y lanzarse al vacío sin calcular antes la distancia.

Ildo era un muchacho escuálido y desnutrido, y no era tan bueno como Markin con las acrobacias. Su salto resultó ser una decepción, y de no ser porque Markin le agarró en el último momento, se habría precipitado al vacío.

Si la caída no hubiese acabado con él, la horda de muertos vivientes lo habría hecho con toda seguridad.

—¡Súbeme, súbeme! —pataleó el chico colgando del borde del tejado. Markin afianzó los pies y tiró de él hasta que consiguió hacerle trepar a la precaria seguridad del tejado. Precaria, porque parecía a punto de ceder bajo su peso.

Markin dejó que su amigo recuperase el aliento y aprovechó para echar otro vistazo a su alrededor. La turba de reanimados seguía avanzando en dirección a las murallas.

Notó entonces que no todos tenían el mismo aspecto que Radaor. La mayoría debía llevar bajo tierra más tiempo que su amigo, y sus cuerpos estaban prácticamente consumidos y apenas tenían carne sobre sus pelados huesos. Unos pocos, sin embargo, se encontraban en mejor estado, y eso les permitía moverse con bastante más agilidad y velocidad que el resto, lo que los hacía más letales. Pero todos ellos, sin excepción, estaban cubiertos de barro y hojarasca. Probablemente procederían del cementerio que había junto al bosque, el lugar de descanso de aquellos sin dinero para ser incinerados, la tradición funeraria preferida por los ricos, o enterrados en uno de los cementerios de la ciudad, como los obreros.

Viéndoles avanzar como una marabunta humana, arrasándolo todo a su paso, Markin sintió miedo.

Y asco.

Y asombro.

Pero sobretodo, sintió lástima. Aquellos pobres desgraciados, que habían pasado sus míseras vidas en los barrios más pobres de la ciudad, siempre al servicio de aquellos con dinero y poder, habían descubierto que ni siquiera en la muerte podían descansar como merecían. También en la no-vida se encontraban al servicio de alguien, en este caso del nigromante que los había reanimado.

Ildo había vuelto a hacerse un ovillo. Estaba sentado al borde del tejado, y sus ojos evitaban a toda costa el caos que tenía lugar a pocas varas por debajo de sus pies.

—Vamos, tenemos que movernos —le dijo. Ildo sacudió la cabeza con vehemencia.

—¿No podemos quedarnos aquí? —protestó el muchacho—. Aquí no podrán pillarnos.

—Te equivocas —replicó Markin señalando hacia uno de los tejados cercanos. Un par de personas habían buscado refugio allí, pero los no-muertos se las habían arreglado para alcanzarles, y estaban dando cuenta de ellos. Al parecer el rumor de que los zombis sentían predilección por la carne humana no era solo un mito. Ildo apartó la mirada, asqueado, cuando vio a una de las criaturas arrancar con los dientes un pedazo del brazo del pobre hombre que se había creído a salvo—. Además, el fuego no tardará en extenderse —añadió señalando hacia el molino, cuya parte superior ya estaba completamente cubierta por las llamas—. Aquí no estamos a salvo.

—Ahí abajo tampoco —protestó el otro—. Esas cosas están por tos laos.

—Pero nosotros somos más rápidos —le recordó Markin—. Y escurridizos. Si nos movemos con cuidado podremos esquivarlos.

—¿Y ande vamos a ir? —chilló Ildo, casi histérico.

Markin no tenía ni idea. La ciudad era el lugar más seguro, pero sus puertas estaban cerradas y plagadas de reanimados. Desde las almenas de la muralla un puñado de magos lanzaba hechizos contra las criaturas que las asediaban y que ya habían empezado a trepar por las irregulares paredes de piedra. Grandes bolas de fuego, rayos eléctricos y enormes pedruscos de hielo llovían sin piedad sobre los asaltantes, pero ni siquiera eso conseguía frenarlos.

—Ya se nos ocurrirá algo —dijo Markin, y obligó a su amigo a levantarse.

La siguiente casa era bastante más alta, por lo que no podrían saltar hasta ella para seguir avanzando. Solo les quedaba una opción: bajar a la calle y



rezar para que aquellas cosas fueran más lentas que ellos.

Markin se aseguró de que no hubiese ninguna en el callejón cuando ayudó a Ildo a descolgarse por el lateral. El muchacho aterrizó sin demasiada elegancia sobre un barril pluvial, y enseguida se lanzó calle abajo a la carrera. Markin le siguió, y pese al dolor de su tobillo le atrapó antes de que alcanzara el final de la calleja.

—¿Dónde vamos? —preguntó Ildo en voz baja.

Al otro lado de la calle un grupo de diez o doce reanimados rodeaba el burdel de la señora Eliera. Seguramente sus puertas serían más robustas que las del molino, pero algo le decía que aquellas cosas no se rendirían, y que la madera no tardaría en ceder a sus golpes. Markin vio a uno de ellos agitar las manos en el aire como tratando de lanzar un hechizo, pero sabía que la magia era algo que pertenecía a los vivos, y que los muertos no eran capaces de acceder a ella.

—Magia —se le ocurrió entonces— ¡El gremio!

Aquel era el único lugar del Imbornal en el que había magos. Su edificio sería el más seguro de todos. No se encontraba lejos del molino, por lo que no tardarían mucho en llegar hasta él.

Markin conocía bien el lugar. Más de una noche se las había arreglado para trepar hasta la segunda planta y espiar a los artesanos a través de una de sus ventanas mientras practicaban sus hechizos. El chico siempre había sentido una curiosidad insaciable por todo lo relacionado con las Artes, y esperaba poder unirse un día al gremio para aprender de ellos, tal y como lo hacían los aprendices que acudían allí a diario.

Cuando creyó que los reanimados no les verían echaron a correr calle abajo. El tobillo le estaba matando, pero él ignoró el dolor. Ildo le seguía, pegado a sus talones. Consiguieron recorrer varias callejas sin toparse con ningún zombi, pero al salir a una de las avenidas más anchas se encontraron cara a cara con un pequeño grupo. Por suerte eran de los que estaban en peor estado, y no les costó mucho dejarlos atrás.

Pronto alcanzaron el murete que separaba el edificio del gremio del resto de viviendas. No era demasiado alto, pero Markin tuvo que ayudar a su amigo a saltarlo. Por desgracia, la situación allí no era la que él había esperado.

Quizás el nigromante sabía que los miembros del gremio serían los únicos en el Imbornal capaces de presentar resistencia, porque al parecer aquel había sido el primer lugar que las criaturas habían atacado. Markin reconoció a uno

de los artesanos, uno de los ancianos a los que tantas veces había espiado desde su atalaya, caminando en círculos por el patio del gremio. Tenía un enorme agujero en el pecho, y le faltaba parte del rostro. Markin creyó ver marcas de dientes en él.

—Mierda —exclamó deteniéndose en seco. Ildo no le vio y tropezó con él, haciéndoles caer a ambos. El suelo era de adoquines, no de tierra como en el resto del Imbornal, y Markin sintió una punzada de dolor cuando su rodilla se clavó en la piedra.

La sangre empezó a correrle pierna abajo, empapando la pernera de sus pantalones.

Se estaba poniendo en pie, maldiciendo a los Dioses por su mala suerte, cuando el anciano se volvió hacia ellos con los ojos muy abiertos y la nariz aleteando como la de un sabueso.

«La sangre», comprendió. «Pueden oler la sangre».

La criatura empezó a correr hacia ellos a una velocidad pasmosa, y Markin tuvo que empujar a Ildo para hacerle cruzar el murete. Faltó poco para que aquella cosa les atrapara, pero consiguieron alejarse de él antes de que su mente marchita entendiera el concepto de “saltar el muro”.

Por desgracia aquel no era el único reanimado que había en los alrededores, y pronto docenas de ellos empezaron a converger en su posición, seguramente atraídos por el olor de la sangre y los gemidos de sus compañeros. Markin ni siquiera se detuvo a pensar qué hacer a continuación; se limitó a correr por entre las laberínticas callejas del Imbornal, algunas tan angostas que si una de aquellas cosas les salía al paso no conseguirían esquivarla.

Pero ninguna se interpuso en su camino, y antes de darse cuenta Ildo y él se encontraron frente a una de las entradas de la Plaza del Ahorcado.

—¡Joder! —gruñó Markin clavando los pies en el suelo. Esta vez Ildo frenó a tiempo.

La plaza estaba tan iluminada como la noche del solsticio de verano, aunque en esta ocasión no era la Hoguera de Purificación la que ardía en su centro, sino los edificios que la rodeaban. El fuego se había extendido ya por casi todo el Imbornal, y sus habitantes se habían visto obligados a abandonar la seguridad de sus hogares para no morir calcinados. Por desgracia muchos de ellos habían encontrado la muerte en las calles.

El calor era insoportable, casi sólido, y el humo les dificultaba respirar.

Unos pocos supervivientes parecían haberse dado cuenta de que aquellas cosas huían de las llamas, y se habían armado con antorchas creyendo que eso les protegería.

Se equivocaban.

Había demasiadas criaturas, se contaban por centenares, y a pesar de que la mayoría retrocedía ante las improvisadas teas, los pobres desgraciados que intentaban huir de ellas pronto se encontraban rodeados sin escapatoria posible.

Aquello era una masacre.

Quienes no lograban escapar acababan convertidos en comida. Pequeños corros de reanimados se formaba en torno a los cuerpos de los caídos, y permanecían allí, devorándolos, hasta que también ellos se levaban y se unían a las hordas de no-muertos.

Ildo y él habían dejado atrás a un puñado de caídos, y cada vez que pasaban junto a uno Markin apretaba el paso. No tenía ni idea de cuánto tardarían los muertos en levantarse, pero podía ocurrir en cualquier momento.

—¡La casa del Duque! —gritó Ildo alzando una mano y apuntando hacia un enorme edificio que había al otro lado de la plaza. La construcción era la mayor del Imbornal, y a diferencia del resto, la protegía una verja de hierro.

—El Duque no va a salvarnos, Ildo. No somos de los suyos.

—Pero podemos serlo si queremos —replicó el muchacho—. Me lo dijo un día. Me dijo que si queríamos podíamos unirnos a su banda.

Markin lo sabía. El Duque dominaba aquella parte de la ciudad, y casi todos los raterillos, mendigos y pordioseros de la zona trabajaban para él. Pero Markin nunca había querido aceptar su oferta. El Duque se quedaba con casi todo lo que conseguían sus muchachos, y apenas les permitía conservar una pequeña fracción, una miseria; lo bastante para no morir de hambre pero no lo suficiente para poder comprar su libertad. Y los que no aceptaban su mando solían acabar como Radaor.

Pero Ildo no lo entendía, no comprendía que poniéndose al servicio del Duque se convertiría en su sirviente, un esclavo con el que haría lo que deseara. En las calles se rumoreaba que muchos de los niños y niñas que habían aceptado trabajar para él habían acabado en alguno de los burdeles de la ciudad. O peor aún, nadie había vuelto a verles o saber de ellos. Y Markin tenía muy claro que no quería eso para él o para su amigo.

Ildo y él lo habían discutido en más de una ocasión. Por alguna razón su

amigo se había tragado las patrañas del gerifalte, y poco menos que lo idolatraba. ¿Y qué otra cosa podía esperar de él? Ildo era casi dos años más joven que Markin, toda una vida para alguien que se ha visto obligado a sobrevivir en las calles, y no había visto tanto como él.

Ildo no sabía hasta qué extremos podía llegar la codicia de los adultos.

Por desgracia, no tenían demasiadas opciones. No podían quedarse allí, o acabarían siendo pasto de los reanimados. Y tampoco podían esconderse en una de las casas, especialmente ahora que las llamas las estaban consumiendo con rapidez. La del Duque, sin embargo, estaba bien protegida. Quedaba lo bastante aislada del resto como para que el fuego no la alcanzara, y estaba rodeada por una verja de hierro. Los reanimados que se acercaban a ella acababan atravesados por una lanza o decapitados por alguno de los guardias que la protegían.

—Está bien —se rindió finalmente—. Pero vamos a tener que ser rápidos si queremos llegar hasta allí sin que nos pillen.

Markin calculó mentalmente la mejor ruta, y cuando estuvo seguro se volvió hacia Ildo.

—Prepárate para correr como no lo has hecho en tu vida. Muévete en zigzag y mantente lo más alejado que puedas de esas cosas. Y pase lo que pase, no te detengas.

Ildo asintió. Estaba asustado, y temblaba como una hoja. Por un momento Markin temió que no sería capaz de lograrlo.

—¿Listo? ¡Vamos!

Los chicos se lanzaron hacia la plaza a la carrera. Avanzaban medio agazapados, esquivando a los grupos de zombis y escondiéndose detrás de cualquier cosa que se alzase en su camino: tenderetes de madera, carretas y barriles abandonados a su suerte desde el mercado del día anterior. A su alrededor las criaturas parecían moverse sin un rumbo aparente. Allí no podían oler su sangre, había demasiada a su alrededor. El suelo estaba empapado de ella, y la tierra se había convertido en un barrizal rojizo.

Dejaron atrás a un par de hombres que trataban de abrirse paso a golpes de espada y que habían sido acorralados por las criaturas. Markin ni siquiera desvió la mirada cuando los oyó gritar tras ellos. No podía permitírselo.

A su espalda Ildo gemía y resollaba, pero parecía seguirle el ritmo.

Hasta que dejó de escucharle.

—¡Markin! —le oyó gritar.

Uno de los zombis, un reanimado al que le faltaban ambas piernas y que estaba tirado en mitad de la plaza, le había agarrado de la pernera de los pantalones y tiraba de él. El chiquillo no dejaba de chillar, y sus gritos angustiados atrajeron la atención de otras criaturas, que empezaron a caminar hacia él con andar oscilante.

«Mierda», pensó Markin echando un vistazo hacia la casa. La verja se encontraba a solo unos pasos de distancia, y desde donde estaba podía escuchar los gruñidos de los hombres que la defendían. «Casi habíamos llegado».

Podía salvar aquella distancia con un par de zancadas. Podía trepar por ella y ponerse a salvo antes de que los zombis le atraparan. Podía olvidarse de Ildo.

Pero no lo hizo.

En su lugar, dio media vuelta y corrió hacia su amigo.

Un no-muerto le salió al paso. Markin se agachó y se escabulló entre sus piernas. Otro cuerpo, tendido en mitad de un charco de sangre, destripado y aún con una espada en la mano, empezó a moverse cuando pasó junto a él. Markin lo esquivó, pero al pasar por su lado se agachó y le arrancó la espada de las manos. Cuando llegó hasta su amigo llevaba el acero en alto, y lo descargó contra el brazo de la criatura que tenía atrapado a Ildo, cercenándole la mano de un tajo. El impacto fue brutal, y Markin lo sintió recorrerle el brazo. Su mano quedó adormecida, y la hoja se le escurrió entre los dedos.

No importaba. Lo más importante era ponerse a salvo.

—¡Vamos! —gritó mientras tiraba de Ildo para ayudarle a levantarse.

Ambos reemprendieron la carrera en dirección a la casa del Duque.

Solo cinco varas los separaban de la salvación.

Cuatro varas.

Tres.

Y entonces algo se enredó entre sus piernas, haciéndole tropezar, y cayó de bruces.

—¡Ildo! —llamó a su amigo.

Pero el crío no se detuvo hasta que alcanzó la verja. Entonces se volvió hacia él, le lanzó una mirada culpable y se escabulló por entre los barrotes.

Aquello le dolió más de lo que le había dolido la caída.

¿Cómo podía abandonarle su amigo después de haber arriesgado su vida por él?

¿Cómo podía?

—¡Ildo! —repitió. Sus ojos ardían, y su visión se volvió borrosa.

Lo que fuera que se había enredado en sus piernas empezó a tirar de él. Se trataba de otro no-muerto. Y no era el único. Poco a poco más de aquellas cosas fueron acercándose a él, cerrando un círculo a su alrededor. Antes de que le rodeasen por completo Markin vio al Duque hablando con su amigo. Ildo parecía estar suplicando, pero el hombre negaba con la cabeza. Entonces le rodeó con uno de sus enormes brazos y le condujo al interior de la casa. Markin habría jurado que en los labios del gerifalte había una sonrisa satisfecha, aunque quizás lo había imaginado.

Fuera como fuese, le habían abandonado a su suerte.

Le habían condenado a muerte.

Aunque Markin no tenía intención de rendirse. Al menos, no sin luchar.

Con una mano temblorosa buscó su cuchillo dentro del zurrón, pero no estaba allí. Debía haberlo perdido en algún momento de su huida. Miró a su alrededor, buscando con ojos desesperados algo con lo que poder defenderse. Dos pedazos de madera ardían no muy lejos de donde se encontraba, antorchas improvisadas que algún pobre desgraciado habría intentado usar para mantener a las criaturas a raya. Por desgracia, estaban fuera del alcance de su mano.

Estaba indefenso.

O quizás no.

Markin lo había intentado muchas veces, aunque nunca había funcionado. Pero había visto a los artesanos del gremio hacerlo un centenar de veces, y había memorizado los movimientos. Quizás en esta ocasión tampoco funcionaría, pero tenía que intentarlo. Era su única opción.

Alzó una mano, cerró los ojos y dejó que sus dedos trazaran las formas que ya eran algo familiar en su mente. Y cuando acabó de dibujar los símbolos pronunció la palabra que había escuchado decir tantas veces y cuyo significado desconocía:

—Éntropos —gritó.

Y un infierno se desató a su alrededor.

Cuando abrió los ojos aún podía sentir el calor de las llamas contra su rostro. Seguía estando rodeado de cuerpos, pero ninguno de ellos se movía. En realidad era difícil asegurar que aquellos montones de ceniza y miembros carbonizados hubiesen sido personas alguna vez. El hedor a carne

chamuscada era abrumador, y Markin sintió que le ardía la garganta. Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo se encontró vomitando sobre el barro.

Aún tenía la cabeza gacha cuando sintió que una mano fría como la nieve se apoyaba en su hombro. Markin saltó y se arrastró lejos de lo que fuera que le había tocado.

—Tranquilo —le dijo una voz que tenía un fuerte acento extranjero—. No voy a morderte.

Markin se volvió hacia ella. Junto a él había un hombre alto de piel oscura, casi rojiza, con el rostro surcado de arrugas y el largo cabello recogido en una trenza. El tipo sonreía satisfecho. Había algo familiar en él, algo que Markin no era capaz de precisar, y tardó unos segundos en caer en cuenta.

Lo había visto antes, ahora estaba seguro.

—Mierda —murmuró cuando le reconoció. Era el mismo tipo al que le había robado la faltriquera un par de días antes, en la ciudad.

—Chico, eres escurridizo —dijo el hombre arrastrando las palabras como un borracho—. Casi tanto como tu *tótem*.

—¿Mi qué? —preguntó Markin confundido.

—Me ha costado dar contigo. Desde luego no esperaba encontrarte en mitad de este desastre. Pero parece que te las has arreglado bastante bien.

El hombre le ofreció la mano. Markin la aceptó, no sin cierto reparo, y el anciano tiró de él para ayudarlo a ponerse en pie. Fue entonces cuando vio lo que había hecho.

A lo largo de toda la plaza había parches de tierra quemada, aunque la mayoría de fuegos se habían consumido. Los edificios, y gran parte de los reanimados, habían quedado reducidos a cenizas. Pero lo más extraño de todo era que las zonas que no estaban calcinadas estaban cubiertas por una fina capa de escarcha. Los pocos zombis que no habían sido pasto de las llamas habían quedado petrificados entre un paso y el siguiente, atrapados en hielo como si una súbita ventisca los hubiese sorprendido.

—¿Pero qué...? —balbuceó Markin. El anciano sonrió y asintió complacido.

—Sí, muy poderoso —dijo con aquella voz que sonaba tan vieja como el propio tiempo—. Tal y como había supuesto.

Markin parpadeó. Todavía no se creía lo que había hecho.

—Vamos, pequeño Suricata —dijo el anciano pasándole una mano por

encima de los hombros. Exactamente como el Duque había hecho con Ildo—. Tenemos mucho que hacer.

—¿Tenemos? —preguntó el muchacho perplejo.

—Pues claro —sonrió el anciano—. Tenemos que acabar con una guerra.



# **PRIMERA PARTE: UN NUEVO MUNDO**

*“Existen muchas formas de acceder a la magia, pero solo una única fuente de la que toda procede. Es de ese Manantial del que todos bebemos, aunque algunos lo hacen como si les perteneciera solo a ellos.*

*Otros, sin embargo, se mean en él”.*

*Lobo Audaz*

# La forja

Suri contuvo un aullido cuando dientes afilados como cuchillas se clavaron en su carne y la desgarraron con la facilidad con la que un atizador al rojo vivo atravesaría un bloque de mantequilla. Sus huesos se quebraron con un crujido seco, un estallido que le recordó al sonido de una rama al quebrarse, y su visión se llenó de rojo cuando el dolor lo invadió todo. Era un dolor indescriptible que le impedía hilvanar un solo pensamiento coherente y que hacía que su mente se centrara en un único propósito: huir.

Pero no podía hacerlo. Su cuerpo le había traicionado. Ya no le quedaban fuerzas para seguir resistiendo.

Frente a él, a escasas pulgadas de su rostro, dos ojos de un negro imposible, más oscuros que el cielo encapotado de una noche de tormenta, parecían burlarse de él. Eran los ojos de una criatura de pesadilla, una criatura feroz diseñada para la batalla. Eran los ojos de una cazadora *carraner*, la Primal del Señor de la Guerra; y su mirada prometía sufrimiento y muerte.

Suri apretó los párpados y se preparó para lo peor. No podía hacer otra cosa.

Pero la muerte no le llegó a manos de la criatura, sino que se cernió sobre él como un manto de oscuridad cuando su cuerpo finalmente se rindió.

Suri se encontró de repente en un lugar oscuro y frío, un lugar en el que la nada lo era todo; un lugar sin substancia, sin principio ni fin; un lugar en el que el tiempo y el espacio no tenían sentido.

Quiso gritar, pero no tenía labios. Ni garganta. Ni pulmones.

Entonces algo tiró de él, hundiéndole más y más en la negrura.

Despertó con el grito aún aferrado a sus labios. Por un momento no supo dónde se encontraba, y alzó las manos de forma automática para lanzar un hechizo defensivo. Su mano derecha trazó los símbolos *al dooah*, *dar eolis* y *nar narethis*, y su mano izquierda... Su mano izquierda no estaba allí. Suri habría jurado que había sentido sus dedos agitándose en el aire cuando su mente les había ordenado dibujar los símbolos, pero no había dedos, ni mano, ni antebrazo. Solo un ligero cosquilleo en el lugar en el que deberían encontrarse.

Frente a él no se hallaba el descarnado rostro de la cazadora, como había temido al abrir los ojos, sino una sorprendida muchacha de ojos grandes y boca pequeña de apenas veinte primaveras.

—¿Señor? —balbuceó la escuálida joven retrocediendo unos pasos. Estaba asustada, podía verlo en su cara, pero en su favor debía admitir que al menos no había salido huyendo como las tres anteriores. Había sido difícil encontrar una asistente tan competente —y habituada a lo extraordinario— como Tarnika, pero puesto que la joven *lorkin* se encontraba en aquellos momentos en Hefestia siguiendo sus instrucciones, no le había quedado más remedio que buscar ayuda en la ciudad—. Señor, el ocaso... —dijo la joven.

—¿Ocaso? —parpadeó aún presa de los últimos reductos del sueño al que ya se estaba habituando, una pesadilla que llevaba semanas torturándole y que no parecía tener intención de desaparecer.

—Me pidió que le avisara cuando el sol se ocultara tras las cumbres—dijo Mara—. ¿Lo recuerda, señor?

Sus pensamientos empezaron a fluir lentamente, y las palabras de la chica cobraron sentido. Suri se frotó los ojos para eliminar los últimos restos del sueño. Sentía un ligero picor en la palma de la mano izquierda, pero ya se había acostumbrado a la sensación fantasma y la ignoró. Aun así, sus dedos se movieron en el aire como tratando de rascarse ese picor inexistente. Eso hizo que se sintiera estúpido, aunque podría haber sido peor. No habría sido la primera vez que trataba de mesarse el cabello o que intentaba agarrarse el puente de la nariz con los dedos de una mano que ya no tenía.

—Gracias, Mara —le dijo a la muchacha. Ella asintió con una tímida sonrisa.

—Es Freyda, señor —le corrigió la joven—. Mara era su anterior criada.

Suri se reprendió de nuevo. Últimamente le costaba recordar pequeños detalles como aquel, y los nombres de sus sirvientas y los de los magos que acudían a verle a diario en busca de conocimiento se mezclaban en su cabeza como el agua y la sal.

Llevaba algo más de un mes en Timar-Kathor, y no había tardado en correrse la voz de que un poderoso mago hefestiano se había instalado en la ciudad, un mago que había estudiado en la Academia y que era capaz de lanzar hechizos tan poderosos que hacían palidecer incluso a los de los monjes del Templo de la Iluminación. Eso había despertado la curiosidad de

no pocos adeptos a las Artes que, para su disgusto, no se cansaban de llamar a su puerta pese sus advertencias de que no deseaba recibir visitas.

Al parecer los magos kathoranos eran tan obstinados como los hefestianos.

Las ascuas seguían ardiendo en el hogar, y pese a que el calor que desprendían bastaba para mantener caldeada la estancia, sus llamas apenas la iluminaban. Suri sacudió la cabeza. Tarnika jamás habría permitido que el fuego se apagara.

—¿Le apetece un té, señor? —le ofreció la muchacha. Suri vio la bandeja con un juego de té sobre la mesita y asintió. Freyda debía haber retirado su copa y la jarra de vino especiado que habían estado haciéndole compañía desde la sobremesa. Ya no recordaba cuántas había tomado, pero habían bastado para sumirle en aquel agradable estupor del que últimamente no podía prescindir. Su cabeza era un caldero en el que bullían un millar de sentimientos contradictorios, y necesitaba embotar su mente para no verse abrumado por ellos.

Pensó en lo que Tarnika habría dicho de encontrarse allí. Los Dioses sabían lo afilada que tenía la lengua. Seguramente no habría tenido reparos en echarle en cara lo mucho que bebía últimamente, o lo poco sana que era su tendencia a mantenerse aislado, encerrado entre las cuatro paredes de su Sancta Sanctorum como un ermitaño.

Suri era consciente de que aquello no le hacía ningún bien, pero no podía evitarlo.

Ya no soportaba la compañía de otros.

Ese era uno de los motivos por los que había abandonado Hefestia. Tener que enfrentarse a quienes le conocían, a aquellos que sabían lo que había sido y en lo que se había convertido, solo conseguía empeorar su estado de ánimo. Por eso había dejado a la joven *lorkin* en la capital. Su presencia era un constante recordatorio de lo que se había visto obligado a abandonar. Además, Tarnika estaba convencida de que Suri se había rendido, y tener que enfrentarse cada día a sus miradas reprobatorias habría resultado insoportable.

Se sentía miserable, y seguramente la *lorkin* no le habría permitido regodearse en su miseria. Y eso era lo único que se sentía capaz de hacer.

—¿Se encuentra bien, señor? —le preguntó Freyda—. No tiene buen aspecto. Quizás debería haberle dejado dormir un poco más —añadió con voz temblorosa—. Pero como usted me dijo que le avisara cuando...

—Tranquila, estoy bien —la atajó Suri agitando la mano en el aire. Pero lo único que consiguió fue mover el muñón y hacer que la manga de su túnica se sacudiera como una serpiente decapitada. Freyda ni siquiera se dio cuenta, aunque él se reprendió por seguir actuando como si aún tuviese ambos brazos —. Ya tendré tiempo de descansar cuando llegue mi hora y la parca me reclame —dijo tratando de añadir algo de humor a sus palabras, aunque en realidad sonaron amargas.

«Y me temo que eso no tardará en ocurrir», pensó con una sonrisa triste.

—No diga esas cosas, señor —replicó ella con una mirada de conmiseración. Suri odiaba las miradas como aquella. Le hacían sentirse como un inútil—. Estoy segura que todavía le quedan muchos años por delante —añadió antes de dejar el servicio de té sobre la mesa y abandonar la biblioteca, probablemente para seguir con sus tareas en la cocina.

—No demasiados —murmuró Suri en el sepulcral silencio que siguió—. No demasiados —repitió cerrando la mano en un tembloroso puño.

Apenas probó el té. En realidad ni siquiera le apetecía, pero tenía que llevarse algo caliente al estómago antes de salir al gélido aire de la tarde. Le había pedido a Freyda que le avisara a la llegada del ocaso porque Karáemon le había asegurado que tendría listo su encargo para entonces, y Suri estaba deseando acabar con aquello de una vez por todas. Ya había perdido demasiado tiempo en aquel lugar, permitiendo que la miseria y la desesperación ocupasen cada segundo de sus largos días, y tenía que sacudirse esa sensación de encima. Además, aún tenía un largo viaje por delante, y en su estado el tiempo era vital.

Tuvo que apoyarse en el brazo de la butaca para poder incorporarse. Sus piernas ya no soportaban su peso como antes, y tenían tendencia a embotarse cuando pasaba demasiado tiempo sin usarlas.

Cuando los años le habían reclamado no solo habían traído consigo las arrugas típicas de su edad, sino que estas habían llegado acompañadas por una serie de achaques que suponían toda una novedad para él. Tras pasar décadas en el cuerpo de un veinteañero, encontrarse de repente en la senectud sin haber pasado antes por un periodo de madurez que le habría permitido acostumbrarse a esas pequeñas —y no tan pequeñas— inconveniencias resultaba dolorosamente desconcertante.

No se debía solo a que sus extremidades fuesen ahora poco más que huesos y piel arrugada. Sus órganos tampoco funcionaban de forma eficiente, y eso

tenía efectos imprevistos tanto en su salud como en su aspecto. Su piel estaba salpicada de motitas amarillas debidas a un lento pero inexorable fallo renal. Sus articulaciones habían perdido elasticidad, y cada pequeño movimiento suponía una auténtica agonía. Su vejiga se llenaba con una facilidad insultante, y apenas soportaba la tensión, por lo que se veía obligado a ir al excusado cada dos por tres. Y ni siquiera los preparados del herbolario de la ciudad conseguían remediar del todo la obstrucción intestinal que hacía que su vientre se hinchase como el pellejo de un odre.

Su espalda protestó con un crujido cuando se estiró para desentumecerse. Cientos de punzadas de dolor le espolearon todo el cuerpo como si hubiese dormido en un colchón hecho de agujas. Respiró hondo, apretando los dientes para obligarse a ignorar las molestias y saboreando cada bocanada de aire como si fuese la última, y abandonó la biblioteca.

Suri se caló su capa de piel de hurgó blanco y se cubrió la cabeza con la capucha antes de salir al exterior. Le costó un poco abrochársela, aún no se había acostumbrado a prescindir de una de sus manos, y eso le hacía sentirse frustrado.

Al abrir la puerta una ráfaga de cortante aire glacial le mordió el rostro, y sus profundos ojos azules empezaron a lagrimar. Fue casi como sumergir la cabeza en agua helada. Y puesto que en su estado un simple resfriado habría resultado fatal, se hundió aún más en la capucha antes de adentrarse en las desiertas calles de la ciudad milenaria.

Los katheranos sabían que no era inteligente exponerse a los elementos una vez el sol había desaparecido tras los picos más altos de la cordillera que rodeaba la ciudad. Cuando las sombras se extendían por el valle, los inclementes vientos que descendían desde las cumbres hacían que la temperatura se precipitase de forma vertiginosa en minutos. Los ancianos aseguraban que aquel frío era capaz de helarle la sangre a cualquiera que se atreviera a exponerse a él, y solían contar historias sobre pobres desgraciados que habían perecido tras ser sorprendidos por una inesperada ventisca. Pero a Suri aquello no le preocupaba. Su capa estaba encantada, y creaba a su alrededor una barrera que le mantenía aislado de las inclemencias del tiempo.

Timar-Kathor era una ciudad grande, casi tanto como Hefestia, aunque bastante menos populosa. Eso se debía a sus inhóspitas condiciones. El casi perpetuo invierno, y el hecho de que durante la estación de nieves quedase aislada del resto del mundo, la hacían un destino poco atractivo para los

posibles nuevos colonos. Además, a diferencia de Hefestia, donde las enormes construcciones y los complejos de apartamentos permitían que hasta veinte familias distintas se hacinaran en un mismo edificio, en Timar-Kathor las condiciones del terreno y las violentas ventiscas, que podían sacudir los edificios hasta sus cimientos, hacían imposible que la ciudad pudiese crecer en vertical.

Las casas kathoranas eran sólidos bloques de piedra maciza, de paredes anchas y techos bajos de pizarra tan inclinados que, desde la distancia, parecían flechas apuntando al cielo. Se encontraban tan separadas las unas de las otras que en lugar de calles la ciudad parecía estar plagada de avenidas. Pero pese a su tamaño —algunas de ellas dejaban en ridículo incluso a muchas de las imponentes mansiones hefestianas—, la mayoría estaban ocupadas por una única familia, y en ellas podían llegar a convivir hasta cuatro generaciones distintas.

La ciudad había sido fundada originalmente en torno al lecho del río Beremar por mercaderes que cruzaban el valle de oeste a este. Junto a él discurría la Calzada Imperial, la única vía de comunicaciones que atravesaba la cordillera de Boroah-Nighat, un nombre que en la antigua lengua kathorana se traducía como “bastión inexpugnable” pero que casi nadie utilizaba, porque todo el mundo la conocía como “los Colmillos de los Dioses” debido a sus afiladas crestas perpetuamente cubiertas de nieve. Durante siglos aquella había sido la principal arteria de enlace entre Atroreth y Bezantia, por lo que Timar-Kathor pronto se convirtió en un próspero centro de intercambio comercial entre ambos continentes.

Eso había obligado a la ciudad a crecer, aunque debido al poco espacio disponible en el valle tuvo que hacerlo a lo largo de las faldas de la cordillera hasta invadirlas casi por completo. Sus habitantes habían tallado la roca, creando terrazas artificiales en las que ahora se alzaban más de la mitad de los edificios, y era eso lo que le daba a la ciudad su característico aspecto de anfiteatro. En el centro del valle, junto a la Calzada, era donde se encontraban los comercios, los almacenes y las casas más antiguas. Y allí era precisamente a donde Suri se dirigía.

Las primeras *candelas* habían empezado a prenderse tras las ventanas de algunos edificios, salpicando el valle con una miríada de pinceladas de color ámbar. Las sombras habían cubierto la ciudad cuando el sol se había ocultado

tras las cumbres nevadas de los Colmillos, pero puesto que todavía faltaba casi media hora para el crepúsculo, el cielo aún vestía de añil.

El mago enfiló por una de las avenidas que conectaban el nivel en el que se encontraba su casa con el siguiente. La mansión se alzaba en una de las terrazas superiores de la cara norte, por lo que las vistas desde allí abarcaban todo el valle. El viento que descendía desde los picos de las montañas soplaba allí con fuerza y agitaba su capa con violencia, obligándole a avanzar encorvado. Suri tuvo que sujetarla con la mano enguantada para que una ráfaga especialmente salvaje no se la arrancase de los hombros.

Echaba de menos poder usar un *portal de paso* para desplazarse. La nieve allí alcanzaba varias pulgadas de altura, lo que dificultaba su avance. Sus piernas ardían por el esfuerzo, y cada paso era como una tortura para su castigado cuerpo. Además, el hechizo de protección de la capa no conseguía evitar que el frío le mordiera los pies y le trepara por las piernas, calándole hasta los huesos. Por desgracia ya no le quedaba poder suficiente para invocar uno.

Sus dientes castañeteaban con tanta fuerza que temió que alguno de ellos acabase por ceder. Sus encías se habían retraído, dejando casi expuestas las raíces, y su otrora perfecta sonrisa era solo un lejano recuerdo.

Cuando finalmente alcanzó su destino se encontraba exhausto y entumecido. La caminata le había llevado mucho más tiempo del que había esperado, por lo que cuando se detuvo frente a las puertas del enorme edificio el cielo ya había empezado a teñirse con los tonos rojizos y anaranjados del ocaso. No había esperado el trayecto le resultase tan agotador. Apenas había recorrido un par de leguas, pero se sentía como si hubiese participado en un maratón.

Abrió la puerta de un empujón sin molestarse en llamar.

El calor de la fragua le dio la bienvenida, abrazándole como una amante posesiva, y Suri dejó escapar una pesada exhalación cuando lo sintió encenderle las mejillas.

—Dioses, cómo odio ser viejo —rezongó con un suspiro mientras se dejaba caer, derrotado, sobre el banco de madera que había junto a la entrada.

El herrero, Karáemon, un hombretón pelirrojo de casi dos varas y media de altura con los hombros tan anchos que podrían soportar el peso del mundo, dejó por un momento de golpear con su martillo el pedazo de metal incandescente que tenía sobre el yunque y le miró con una ceja arqueada.



—Creía que habías dicho que llegarías antes del anochecer —dijo con aquella voz que a Suri le recordaba al bramido de un cuerno de caza. Luego retomó su trabajo con tanto ímpetu que el mago temió que uno de sus martillazos acabase provocando una avalancha.

—Esa era mi intención —replicó con un bufido todavía tratando de recuperar el aliento—. Pero al parecer mi paso no es tan ligero como recordaba.

Karáemon hundió el hierro en una tina de agua, y el silbido de protesta del metal vino acompañado por una espesa nube de vapor que no tardó en extenderse por la fragua, aumentando aún más la temperatura. Luego lo dejó de lado, apoyó el enorme martillo decorado con runas y símbolos mágicos contra el yunque y se volvió hacia el mago con una sonrisa en los labios. Su espeso mostacho rojizo parecía estar algo chamuscado, lo que le daba a su expresión un curioso aspecto.

Suri estaba peleándose con el cierre de su capa cuando el herrero se acercó a él. Karáemon solo vestía un grueso delantal de cuero y unos calzones de lana. Una película de sudor cubría su torso y sus poderosos brazos, y su cabello, empapado, se pegaba contra su cráneo como un casco carmesí.

—Deja que te ayude —le ofreció. Aquello le molestó un poco. No le gustaba depender de nadie. Pero se mordió la lengua y permitió que Karáemon le ayudase a quitarse la capa—. Parece que las nieves se han adelantado este año —comentó el herrero como de pasada mientras colgaba la capa de un gancho que había junto a la puerta.

—Por eso me corre prisa el encargo —replicó Suri—. A este ritmo, en unos pocos días los pasos serán intransitables, y corro peligro de quedar atrapado en el valle durante todo el invierno.

Junto al fuego de la fragua descansaba una jarra de barro cocido. Karáemon la tomó y vertió parte de su contenido en dos tazas de cerámica. Ofreció una de ellas a Suri y se sentó junto a él en el banco de madera. El mago se la llevó a los labios e inspiró el penetrante aroma del vino especiado.

—Nada mejor para entrar en calor —dijo antes de tomar el primer sorbo. Inmediatamente sintió una agradable calidez extenderse por todo su cuerpo—. ¿Has podido acabarlo? —preguntó. Karáemon asintió sin perder la sonrisa, aunque en su expresión había una ligera nota de irritación.

—¿Dudas de mi habilidad o de mi capacidad para cumplir mis promesas? —respondió el herrero con sorna.

—Nunca, viejo amigo —le tranquilizó Suri.

—Bien —sonrió Karáemon—. Porque en realidad aún no está listo.

Suri sacudió la cabeza, pero la sonrisa no llegó a abandonar sus labios.

—Tranquilo, Raslín está trabajando en los últimos detalles. Ahora mismo está grabando las últimas runas —le explicó el hombretón.

—Creía que de eso te encargabas tú.

—Soy un buen herrero, quizás el mejor del valle. Puedo moldear el metal y darle la forma que desee sin demasiado esfuerzo. Por desgracia no soy muy hábil con los pequeños detalles, al menos no tanto como Raslín. El chico tiene manos de orfebre —dijo. En su voz había una clara nota de orgullo—. Vamos —añadió poniéndose en pie—. ¿Por qué no lo compruebas por ti mismo?

Suri vació de un trago su tazón y siguió a Karáemon a través del taller hasta la parte trasera del edificio. A su paso dejaron atrás una colección de herramientas de labranza, espadas y armaduras de todo tipo y tamaño. Suri recorrió con la mirada las afiladas hojas de los mandobles, y su semblante oscureció.

—¿Ocurre algo? —le preguntó el herrero al notar su expresión sombría.

Suri sacudió la cabeza.

—Pensaba en que nunca podré volver a blandir una de esas —suspiró echando otro largo vistazo a los enormes espadones.

—No digas tonterías —replicó Karáemon—. Pronto podrás volver a usar ambas manos.

—Quizás —se encogió de hombros—. Pero por buena que sea la prótesis, la esgrima es un arte. La hoja tiene que fluir con naturalidad, ser una extensión de tus brazos. Los movimientos deben ser perfectos. Dudo que pueda llegar a igualarlos con un miembro artificial.

—Créeme, lo serán. Una vez te hayas acostumbrado a usarlo ni siquiera recordarás que tu nuevo brazo no es de carne y hueso. Te prometo que pronto podrás volver a empuñar a *Shadzar*.

—Eso espero. Al perder un miembro mi equilibrio se ha visto afectado por la diferencia de peso. Eso sin mencionar mi habilidad para trazar hechizos.

Se detuvieron en una pequeña antesala, una habitación rectangular con un par de ventanas que daban al exterior y una puerta de madera que permanecía cerrada. Karáemon miró fijamente a Suri antes de abrirla.

—Te prometí un brazo perfecto, y eso es lo que vas a tener —le aseguró.

Sus ojos parecieron explorar su maltrecho cuerpo—. ¿Sigues sin poder lanzar el hechizo de rejuvenecimiento?

Suri negó con la cabeza.

—Estoy quemado, Karáemon. Mi cuerpo ya no puede contener la magia.

—Pero yo te he visto trazar *táumators*, y tus runas siguen estando activas.

—Sí. Gracias a los Dioses aún puedo manipular la magia que hay a mi alrededor, aunque solo en pequeñas cantidades. Solo puedo trazar hechizos básicos, nada que requiera demasiado poder. Puedo canalizar la magia ambiental, pero no puedo contenerla o acumularla. Es como si estuviese seco por dentro. Y cada vez que intento absorberla para utilizarla siento como si hubiese algo en mi interior que la bloquee.

—¿Un bloqueo? —preguntó Karáemon rascándose la barbilla de forma distraída—. Eso es extraño. Quizás deberías visitar el Templo de la Iluminación. Tal vez los monjes puedan ayudarte a eliminarlo —añadió echando un vistazo a través de una de las ventanas.

—Me temo que ya he aprendido todo lo que podía de los monjes, amigo mío —respondió Suri con tristeza mirando en su misma dirección. A lo lejos, cerca de la cima de uno de los picos, podía distinguirse el perfil del Templo de la Iluminación, una estructura de piedra enclavada en la montaña que parecía brotar del lecho de roca—. Créeme, ahí no encontraré respuestas.

—Los monjes dedican toda su vida a recorrer el *Camino* —replicó el herrero—. Es un poco presuntuoso por tu parte creer que por haber pasado unos pocos años allí ya lo has aprendido todo.

En realidad Suri no había aprendido nada nuevo de los monjes. El tipo de magia que practicaban no dejaba de ser una variante del *Oneiros*, y cuando acudió al Templo él ya la dominaba gracias a los aborígenes de Isla Conejo.

—Créeme, amigo mío. Ya lo he intentado. El *Oneiros*, o la *Iluminación*, como la llamáis vosotros, no va a solventar mis problemas. Quizás esa magia sirva para manipular las fuerzas fundamentales, pero resulta completamente inútil cuando hay que utilizarla para el combate. No —sacudió la cabeza—. Si debo encontrar ayuda para lo que se acerca, tengo que hacerlo en otro lugar.

Karáemon arqueó una ceja.

—¿Y qué lugar es ese?

—Un lugar al que muy pocos se atreven a ir. Uno que debería haber visitado hace años.

—Espera, ¿me estás diciendo que pretendes ir a...? —parpadeó el hombretón—. ¿Has perdido el juicio?

—Quizás —se encogió de hombros—. Es posible que ni siquiera sobreviva al viaje, pero tengo que intentarlo. De todos modos no es como si me quedaran demasiadas opciones.

El herrero sacudió la cabeza, pero no dijo nada más. Entonces llamó a la puerta antes de abrirla. Al otro lado había una habitación parecida a la que acababan de dejar atrás, aunque estaba tan bien iluminada que apenas había espacio para sombras. Seis *candelas* colgaban de puntos equidistantes del techo, y un par más descansaban sobre sendas peanas en la mesa de trabajo.

Frente a ella estaba sentado un muchacho delgaducho de aspecto macilento. El joven tenía la misma altura que su padre y el mismo cabello rojizo, aunque salpicado de hebras blancas; pero ahí acababan las similitudes. Sus brazos eran delgados y huesudos, y su piel estaba cubierta de antiguas cicatrices de formas extrañas.

El chico permanecía inclinado sobre un objeto alargado de color dorado, trabajando con un pequeño martillo y un cincel su superficie. Desde la distancia Suri pudo reconocer la familiar forma de un brazo, y cuando se aproximó a la mesa para examinarlo de cerca pudo comprobar el nivel de detalle con el que había sido forjado. Era tan parecido al brazo que había perdido que por un momento creyó que, en lugar de fabricarlo, Karáemon se las había arreglado para recuperar el suyo y bañarlo en metal.

Empezaba a la altura del hombro, donde se curvaba para adaptarse al contorno de su cuerpo. La parte superior era hueca, diseñada para poder introducir el muñón, y había sido moldeada para imitar la forma del bíceps y el tríceps. El antebrazo partía del codo, que estaba ligeramente flexionado, y se iba estrechando a medida que se aproximaba a la muñeca.

La única diferencia con un brazo de verdad era su color.

Pero donde el nivel de detalle alcanzaba un realismo asombroso era en la mano. Suri podía distinguir las pequeñas arrugas de los nudillos y los pliegues de piel de los dedos, y en la palma Raslín había tallado incluso las líneas que uno esperaría encontrar en una mano de verdad.

—Increíble— murmuró el mago. La sonrisa en los labios de Karáemon era de orgullo—. Realmente el chico es un artista.

Al escucharle hablar el muchacho dejó caer sus herramientas sobre la mesa y alzó la mirada hacia Suri. En sus labios había una sonrisa bobalicona que

dejaba patente que su cabeza no funcionaba igual que la del resto. El chaval se puso en pie y saltó a los brazos del mago.

—Uf —protestó Suri de forma exagerada. El chico dejó escapar una risita, y él le alborotó el cabello con la mano—. Tu hijo es más fuerte de lo que recordaba.

—Gracias a los Dioses —asintió Karáemon—. Nadie lo diría, viendo su aspecto —añadió con una sonrisa—. Algún día será un gran herrero. ¿Qué opinas de su trabajo?

—Es asombroso. Veo que finalmente te has decidido por el bronce.

—Es más maleable, y se deja imbuir mejor que el acero —le explicó el herrero encogiéndose de hombros—. Además, es un conductor perfecto para los hechizos de calor, frío y electricidad.

Suri resiguió con los dedos las runas que Raslín había grabado a lo largo del brazo, en la palma de la mano y los dedos, estudiándolas con detenimiento.

—Tenías razón, Karáemon —dijo al fin—. Es un trabajo magnífico. Digno del mejor orfebre. Te felicito Raslín —añadió mirando al chico.

El muchacho sonrió de nuevo con aquella expresión babieca, y su padre posó una de sus enormes manos sobre su hombro y le achuchó con cariño. El joven se sonrojó y miró hacia la salida.

—Sí, puedes marcharte —asintió su padre.

El chaval intercambió otra sonrisa con Suri y le estrujó de nuevo en un abrazo de oso antes de abandonar la estancia por la misma puerta por la que ellos habían entrado.

—Ha crecido mucho —le dijo a su padre.

—Sí, pero sigue sin decir palabra —respondió Karáemon con tristeza—. Y todavía se despierta por las noches empapado en sudor y temblando como una hoja.

—Lo siento —Suri apartó la mirada—. Me temo que eso es culpa mía.

—No digas tonterías —replicó el hombretón irritado—. No fuiste tú quien le secuestró e intentó usarle para un sacrificio ritual.

—Pero si hubiese dado antes con él... Lo que le ocurrió, lo que vio... —el mago sacudió la cabeza—. Nadie debería pasar por algo así, y mucho menos un crío de siete años.

—Mi hijo está vivo gracias a ti —sentenció el herrero—. Y por eso te estaré eternamente agradecido. Quizás su mente ya no sea la que era, pero sigue siendo mi pequeño. Nada de lo que le ocurrió es culpa tuya. Lo único que

lamento es no haber estado a tu lado cuando diste con el nigromante que se lo llevó. Me habría gustado poder aplastarle la cabeza con mis propias manos —añadió golpeándose la palma de una mano con el puño de la otra.

—Créeme, el destino que tuvo fue mucho peor. Nunca he pasado por una experiencia como esa, pero imagino que ser desollado vivo por un puñado de demonios debe ser bastante desagradable —dijo Suri con una sonrisa.

—Dejemos atrás el pasado —sacudió el hombre la cabeza—. Ya es hora de que vuelvas a tener dos brazos.

Karáemon se acercó a la mesa y recogió la prótesis con delicadeza, casi como si se tratase de un objeto extremadamente frágil. Suri aprovechó para quitarse la camisa. El muñón quedó expuesto, y Suri volvió la cabeza. Aún le costaba mirarlo. Karáemon le ayudó a introducir el miembro amputado en el interior del brazo metálico y lo ajustó a su hombro con cuidado.

—¿Qué tal encaja? —le preguntó. Suri hizo rodar el hombro hasta que la prótesis se ajustó a su contorno.

Cuando estuvo convencido de que estaba bien colocado, el herrero puso sus dedos sobre dos de las runas grabadas en su superficie y susurró una palabra en voz baja. El bronce empezó a fluir sobre su piel como agua sobre una roca, tensándose y casi fundiéndose con ella. Cuando finalmente se detuvo, el bronce y la piel se habían vinculado de tal forma que era difícil distinguir dónde acababa uno y dónde empezaba la otra.

En cuanto Karáemon soltó la prótesis Suri perdió el equilibrio, y su cuerpo se dobló hacia el lado debido al peso del metal. Tener la fuerza y los achaques de un anciano nonagenario tampoco ayudaba. El mago se enderezó con ayuda de Karáemon y apoyó la punta de los dedos de metal sobre la mesa.

—El cabrón es pesado —resolló—. ¿Cómo se supone que voy a moverme con este armatoste colgando del hombro?

—No seas tan impaciente —le reprendió el hombretón.

Karáemon colocó tres de sus dedos sobre otras tantas runas y murmuró otra palabra. En ese momento Suri sintió como el brazo se aligeraba hasta que apenas pudo notar que lo llevaba puesto.

—Eso está mejor —sonrió mientras lo hacía oscilar como un péndulo.

—Estas runas te permitirán alterar la densidad del metal a tu conveniencia —le explicó—. Es una de las muchas mejoras que he incluido en tu diseño. Luego te hablaré de las otras.

—No veo que utilidad pueda tener esto —dudó Suri.

—Bueno... —Karáemon se rascó la barbilla— Ahora quizás no te sirva de mucho, pero cuando consigas rejuvenecer tu cuerpo y recuperes tus fuerzas podrás usarlo como ariete. O para hundirte más rápidamente en un lago, por ejemplo.

—Muy divertido —replicó Suri al recordar el incidente al que se refería Karáemon.

—Raslín ha grabado los símbolos que pediste —prosiguió el herrero—. ¿Estás seguro de ser capaz de activarlos tú mismo? Quizás sería buena idea que visitases el Templo para que los monjes te ayudaran con eso.

—Me temo que no puedo perder más tiempo —sacudió Suri la cabeza. La única forma de acceder al Templo de la Iluminación era a través de una estrecha y poco transitada vereda que zigzagueaba de forma peligrosa por la cara sur de la montaña. Un hombre joven podía recorrerla en un par de días si las condiciones eran buenas. Con la llegada de las nieves y en su estado, Suri habría necesitado al menos una semana para llegar hasta allí y otra más para regresar a la ciudad, y ya no podía esperar más—. Tendré que apañármelas como pueda con lo que tengo.

En realidad lo que se disponía a hacer no era demasiado complicado. Quizás ya no pudiese manipular la magia como antes, pero en el *Oneiros* no lo necesitaba. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y dejó descansar el rígido brazo metálico sobre su muslo. Tras cerrar los ojos empezó a entonar las primeras notas del *cántico del alma*.

La letanía que desgranaban sus labios fue creciendo en intensidad hasta que pareció llenarlo todo, y su mente no tardó en expandirse más allá de los confines de su cuerpo. Gracias a los Dioses su capacidad de acceder al *Oneiros* no se había visto afectada por lo que fuese que bloqueaba su magia, de lo contrario se habría visto obligado a pedir ayuda, y su ya bastante maltrecho ego se habría resentido aún más.

Al abrir los ojos de su mente el mundo apareció frente a él como un complejo tapiz de colores, sonidos y formas. Se concentró entonces en la prótesis, localizando todos y cada uno de los símbolos que Raslín había grabado en ella. Apenas resultaban visibles, porque todavía no estaban imbuidos de magia, pero eso cambiaría pronto. Suri fue tomando una por una las hebras de energía que le rodeaban y fue trazando con ellas cada uno de los símbolos hasta que todos ellos pulsaron con la intensidad de dos docenas de

estrellas. Ahora faltaba lo más complicado: unir cada uno de esos símbolos con sus nervios cercenados.

Fue un proceso largo y tremendamente agotador. Suri tenía ciertas nociones de anatomía debido a su periodo de entrenamiento como sanador en la Academia, aunque no los suficientes como para completar los enlaces sin tener que recurrir a un proceso de ensayo y error. Pero finalmente logró unir místicamente el brazo con el resto de su cuerpo, y cuando hubo acabado se sorprendió de lo bien que respondía la prótesis a las órdenes de su cerebro.

Cuando abrió los ojos y abandonó el *Oneiros* las últimas notas de su cántico aún reverberaban por entre las paredes de la estancia. Suri sintió como los años volvían a caer sobre él como una losa, como lo hacían cada vez que regresaba al plano material.

Echaba de menos su juventud y su vitalidad, por eso pasaba cada vez más tiempo en el plano onírico. En ocasiones, incluso, le había asaltado la idea de dejar atrás el mundo físico de una vez por todas y tratar de hacerse uno con el *Oneiros*. Al menos así podría pasar el resto de su existencia sin las preocupaciones que parecían empeñadas en medrar en su mente.

Pero no podía hacerlo. Había demasiado en juego.

El mundo se encontraba al borde de una guerra, aunque nadie parecía ser consciente de ello, y debía estar preparado para lo que se avecinaba. Debía ser capaz de poder defenderse a sí mismo y a los demás. Debía ser capaz de proteger a Alia.

Pensar en ella hizo que un millón de recuerdos, y no pocos reproches, acudieran a su mente. Se preguntó si de verdad dejarla en manos de los Archimagos habría sido lo mejor para la muchacha. Los ancianos le enseñarían a controlar su magia, pero Suri no estaba seguro de que pudiesen protegerla del mismo modo en que lo haría él. Además, mantenerse alejado de ella hacía que su pecho se constriñera y que su respiración se hiciera más pesada, como si el aire que respiraba fuese demasiado espeso para fluir libremente por sus pulmones.

«Maldito viejo sentimental», se reprendió, aunque no permitió que sus emociones se reflejaran en su rostro.

—¿Y bien? —le preguntó Karáemon interrumpiendo sus reflexiones.

Suri no respondió. En su lugar alzó el brazo y flexionó el codo un par de veces. Luego hizo rotar la muñeca para comprobar su flexibilidad. Un leve chirrido metálico acompañó cada movimiento, que fue mucho más fluido de



lo que Suri había esperado. Entonces colocó la mano de bronce frente a su rostro y comprobó que los dedos respondían a sus órdenes, aunque quizás no con la presteza y precisión que él habría deseado. Pero serviría.

—Ha llegado el momento —sentenció cerrando su nueva mano en un macizo y sólido puño. Una sonrisa satisfecha se dibujó en sus labios—. Estoy listo para partir.

## Amistades inesperadas

Alia despertó poco antes del amanecer. Esa era una costumbre adquirida durante su infancia, cuando debía madrugar para ayudar a sus tíos en la granja, que no había perdido pese al tiempo que llevaba en la ciudad. Pero no le importaba. En realidad le gustaba el amanecer. Lo encontraba relajante. Aquel momento del día, aquellos minutos de silencio y tranquilidad anteriores al alba, cuando el mundo aún no se había puesto en marcha y las primeras luces de la mañana eran solo una promesa, era sus preferidos.

Aunque últimamente esos minutos se habían convertido en horas.

Tras lo sucedido unos meses atrás, Alia encontraba difícil poder dormir de un tirón. O bien se pasaba horas dando vueltas en la cama esperando que el esquivo sueño llegase finalmente, o se despertaba en mitad de la noche empapada en sudor y con el corazón latiendo desbocado en su garganta. Y cuando eso ocurría le costaba volver a conciliar el sueño, porque las pesadillas se negaban a abandonarla.

Sus sueños estaban plagados de monstruos, criaturas de dientes largos y zarpas afiladas que la perseguían para desgarrar su carne y beber su sangre. Aunque esos no eran los peores. En ocasiones era Mirsa quien la acosaba en sus pesadillas, como le había ocurrido esa noche. Su amiga se le había aparecido tal y como la había encontrado aquella fatídica mañana en su apartamento: destrozada, cubierta de sangre y mordeduras y con extraños símbolos grabados en su piel. En sus ojos muertos Alia había visto reproche y recriminación.

«Tú me has hecho esto», había dicho con labios azules y resecos. «Es culpa tuya».

Otras veces eran los espíritus de aquellos que habían muerto a manos de los demonios quienes se le aparecían, rostros anónimos e irreconocibles, víctimas sin nombre a las que Alia no había llegado a conocer pero que, en cierto modo, habían dado su vida para que ella pudiese seguir respirando. Esas pesadillas eran incluso peores que aquellas en las que aparecía Toth, la cazadora que había sido enviada por el Señor de la Guerra para capturarla; porque por terroríficos que fuesen los demonios, los fantasmas de la culpa eran mucho peores.

Esos no desaparecían con la llegada del alba.

Los espíritus de Mirsa y del resto de inocentes no le permitirían olvidar lo ocurrido, y Alia estaba segura de que su presencia seguiría hostigándola hasta el fin de sus días.

Tantas muertes, tanto sufrimiento.

Y todo por su culpa.

En ocasiones pensaba que quizás habría sido mejor que los demonios hubiesen acabado con ella. Al menos así no dolería tanto. Pero estaba viva, y la mejor forma de honrar la memoria de aquellos que ya no lo estaban era seguir adelante. No rendirse. Porque si se rendía, todas aquellas muertes habrían sido en vano.

Al menos eso era lo que Bretanius le insistía una y otra vez.

—Vive —le había dicho—. Lucha. Aprende. Así honrarás a los caídos. Nunca los olvides, y de esa forma su sacrificio tendrá algún sentido.

Eso no iba a ser difícil. Era imposible olvidar algo así. Y pese a no encontrar consuelo alguno en aquellas palabras, había decidido hacerlas suyas.

Permaneció sentada en la butaca que había junto a la ventana, observando el silencio de la noche que lo envolvía todo, hasta perder la noción del tiempo. Su mente divagaba, como solía hacerlo a menudo, de un asunto a otro. Últimamente le costaba concentrarse en una única cosa, especialmente desde que se encontraba prisionera en los confines de la Academia.

Los Archimagos le habían prohibido abandonar la ciudadela, y no se trataba de una simple prohibición. El Consejo no había dado su olor a las gárgolas del patio de los leones, por lo que si intentaba cruzarlo sería detenida por los guardianes de piedra. «O al menos lo intentarían», pensó Alia. No estaba segura del todo, pero algo le decía que los leones serían tan vulnerables a su toque como lo habían sido sus primos los *golems*. Había empezado a entender cómo funcionaba su maldición, y gracias a eso ahora era capaz de controlar sus efectos. Su contacto ya no interrumpía los hechizos y los encantamientos de los objetos imbuidos si ella no lo deseaba.

En realidad los Archimagos no tenían por qué preocuparse. Alia no tenía motivos para abandonar la ciudadela. Después de todo, ¿dónde iba a ir? Ya no le quedaba nada en la ciudad, ya no tenía a nadie, y era consciente de lo importante que era para ella aprender a manipular su magia. Por eso debía quedarse.

Además, tras su intento de abducción por parte de las tropas de Korro'th, aquel era el lugar más seguro de Hefestia. Eso había dicho Suri, y Alia jamás habría dudado de su palabra.

Por eso había permitido que, durante sus primeras semanas allí, los ancianos la sometieran a toda clase de pruebas y exámenes. Aquella había sido la experiencia más humillante y ultrajante de su vida, pero la muchacha pasó ella sin protestar. Los magos querían determinar de dónde procedía su poder, por qué no había sido detectado antes, y si sería capaz de acceder de nuevo a él como lo había hecho el día de la batalla. Alia sabía que no podía, ella personalmente había bloqueado el torrente de magia que había en su interior, y solo había conservado un pequeño flujo que dejaba su poder a un nivel aproximado al del resto de estudiantes. Pero seguía percibiéndola. Era algo extraño, como una criatura viva pujando por salir, deseando ser liberada. Le hablaba, le susurraba al oído, aunque Alia no podía entenderla.

Ignoraba si los demás magos percibirían también su poder de la misma forma que ella, aunque estaba bastante segura que no sería así. Algo le decía que solo había uno capaz de experimentarlo igual que ella, y no se encontraba allí para ayudarla a comprenderlo.

Pero no quería pensar en eso.

No quería pensar en Suri.

Por eso se concentró en su futuro, en lo que le depararía el día que estaba despuntando.

Cuando los Archimagos se hubieron convencido de que, fuera lo que fuese lo que había hecho, ya no podría repetirlo, decidieron aceptar su ingreso en la Academia. Según Bretanius el voto no había sido unánime, aunque el anciano no había llegado a explicarle por qué.

Eso sí, su ingreso estaba supeditado a tres condiciones.

La primera era la prohibición de abandonar la ciudadela. Bretanius decía que había tenido suerte. La Inquisición, o al menos algunos de sus miembros más ruidosos, aún la consideraban responsable de lo ocurrido, y pretendían encerrarla por ello en Charnok, su fortaleza-prisión.

«Estúpidos cegatos», pensó Alia. «No reconocerían la verdad ni aunque les golpease en la cara».

Por suerte, tras una conversación privada entre el Gran Archimago y el Inquisidor Supremo, los cargos contra ella habían sido retirados.

La segunda condición era que no debía intentar usar magia sin supervisión,

al menos hasta que aprendiese a controlarla. Bretanius había aprovechado el periodo de prueba para enseñarle algunos rudimentos del Arte, como a los profesores les gustaba llamarlo. No se trataba de nada complejo, solo algunas nociones sobre cómo controlar su maldición, algo que ella ya había estado practicando por su cuenta, y cómo reconocer la magia en los objetos y las personas que la rodeaban. Eso había resultado ser toda una sorpresa para ella, porque en cuanto supo cómo hacerlo le fue imposible no percibir toda la magia que había a su alrededor.

De hecho, estaba segura de ser capaz de captar mucho más de lo que el anciano le había dado a entender. Ahora podía sentirla como un latido, como un cosquilleo en la punta de la lengua, como un zumbido que no puede oírse pero puede percibirse; como un aroma. Y no toda la magia tenía el mismo olor. Eran matices muy sutiles, pero poco a poco estaba empezando a diferenciarlos.

La tercera condición que le habían impuesto era la más fácil de cumplir. El Consejo le había prohibido discutir con el resto de estudiantes los hechos relacionados con el ataque a la ciudadela. Eso no suponía ningún problema para ella. De hecho, Alia evitaba incluso pensar en aquel fatídico día, porque siempre que lo hacía acababa acordándose de Suri.

—Maldito idiota —murmuró en el silencio del alba—. Estúpido pomposo engreído.

¿Por qué se había marchado?

¿Por qué la había dejado en aquel lugar frío e inhóspito?

¿Por qué no se la había llevado con él?

Conocía la razón. La verdadera razón, no las estúpidas excusas que él le había dado aquella mañana. Lo había visto en su mente. Sabía lo que sentía por ella, y que ella sentía lo mismo por él. Por eso se había marchado. Y le odiaba por eso.

Pero también le echaba de menos, y no podía evitar preocuparse por él.

Cuando se marchó, Suri había perdido mucho: su magia, su juventud y uno de sus miembros. Alia no había tenido noticias suyas desde entonces, y eso la mortificaba. El mago ni siquiera se había molestado en escribirle una simple carta de despedida, y eso dolía.

No saber qué había sido de él la mantenía despierta casi tantas noches como lo hacían las pesadillas.

«Olvídate de él», dijo su cabeza, pero su corazón hizo oídos sordos.

El sol había empezado a despuntar por encima de las montañas, y el cielo ya vestía de azul cuando Alia abandonó sus meditaciones y se puso en marcha.

Tras las tres semanas de pruebas y exámenes, y en cuanto se reanudó el curso escolar, Alia había empezado a asistir a clase. Las lecciones comenzaban temprano todos los días, y ocupaban gran parte de su jornada. Dado que sus conocimientos de magia eran prácticamente nulos se había visto obligada a empezar de cero, con el resto de estudiantes de primer año. Sus compañeros eran un puñado de críos de entre once y doce años, los aprendices más jóvenes. Eso la hacía sentirse aún más desplazada.

Con el inicio del curso tuvo que abandonar la habitación que había estado ocupando hasta entonces, un pequeño cuarto anexo a la vivienda del profesor Bretanius, y fue trasladada a una residencia de estudiantes, una de las casas comunales más grandes de la ciudadela, situada cerca de la cima de la colina. Bretanius le había explicado que los recién llegados eran ubicados en las residencias para poder controlarles mejor, y hasta que no alcanzaban su quinto año no se les permitía mudarse a una de las viviendas individuales, que compartirían a partir de entonces con otros tres o cuatro aprendices. Alia no era una chiquilla, no necesitaba vigilancia constante como los más pequeños, pero puesto que las plazas en las viviendas individuales se asignaban por antigüedad, tendría que esperar al menos un año para poder trasladarse a una de ellas.

Eso hizo que los siguientes meses fuesen bastante solitarios.

Se sentía aislada. Los chavales con quienes estudiaba y compartía residencia la miraban como a un bicho raro; después de todo les sacaba una década a la mayoría de ellos. Y puesto que pasaba la mayor parte de su tiempo en las aulas o en la casa comunal, aún no había tenido oportunidad de conocer a otros aprendices de su edad.

Pero no le importaba.

Alia había sido una paria toda su vida, así que aquello no resultaba una novedad.

A pesar de todo, echaba de menos tener a alguien con quien hablar.

Se preguntó qué habría ocurrido con su amiga Oria. Sabía que la muchacha había regresado a su aldea natal poco después de que los *lorkin* sanasen sus heridas. ¿Qué habría sido de ella? ¿Recordaría lo ocurrido aquella mañana? ¿La culparía por ello?

Alia se obligó a alejarla de sus pensamientos, porque resultaban demasiado dolorosos, y se concentró en sus tareas.

Primero hizo la cama, luego se aseó un poco en el aguamanil, y finalmente se vistió con su túnica de aprendiz. Era una prenda holgada que no resultaba demasiado favorecedora, pero su tacto era suave, y era cómoda de llevar. Cuando hubo acabado se sentó frente al tocador que había en el dormitorio, una maciza cómoda de madera tallada que formaba parte del mobiliario de la habitación, sacó del cajón su cepillo de madera con incrustaciones en hilo de plata, un recuerdo de su madre, y empezó a cepillarse el pelo.

Hacía semanas que había recortado su larga melena y la había teñido de rubio. Ella misma había preparado el tinte, que también había empleado para decolorar sus cejas. La idea había sido de Bretanius. Decía que sería mejor si nadie la relacionaba con la muchacha que había participado en la escaramuza del patio de la Academia. Los profesores sabían quién era, por supuesto, pero dado que solo unos pocos aprendices habían sobrevivido a la masacre, y que en aquel momento estaban más preocupados por los demonios que les habían atacado que por una campesina a la que apenas habían visto brevemente y de lejos, no sería complicado ocultar su verdadera identidad.

Para ayudar con su disfraz Alia había preparado también un ungüento que le aclaraba ligeramente la piel. Atrás quedó su tono bronceado y saludable de antaño. Ahora parecía otra jovencita más perteneciente a las Casas. En ocasiones, cuando se miraba en el espejo, todavía le costaba reconocer el reflejo de aquella muchacha pálida de aspecto delicado tan distinta de la chica que había sido.

Alia seguía cepillándose el cabello cuando alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo sin apartar la mirada de su reflejo. Una muchacha no mucho mayor que ella asomó la cabeza por la puerta entreabierta, como pidiendo permiso. Alia asintió, y la joven entró en el dormitorio.

—¿Ha vuelto a hacer la cama, señorita? —le preguntó la criada con voz tímida, aunque con claro reproche—. Sabe que no debe molestar. Ese es mi trabajo.

—Es la costumbre —replicó ella encogiéndose de hombros—. Deberías alegrarte. Así acabarás antes tu trabajo.

—Una aprendiz no debería perder su tiempo en tareas como esas, señorita. Usted tiene otras obligaciones. Su tiempo es mucho más valioso que el mío.

—Dispongo de mucho más tiempo del que desearía —admitió ella con un

suspiro—. Y ya te he dicho que me llames Alia, no señorita. No soy una de esas arrogantes niñas de buena familia acostumbradas a que las traten como a princesas y a que se lo den todo hecho.

—No puedo, señorita —sonrió tímidamente la muchacha—. Usted es una aprendiz, y yo solo una chica del servicio. Pertenece a clases distintas.

—¿De verdad? —le preguntó volviéndose hacia ella de sopetón—. ¿Dónde naciste?

La joven parpadeó, confundida, antes de responder.

—En una pequeña aldea llamada Entreríos, a unas cuarenta leguas al suroeste de Hefestia. No creo que la conozca.

—¿Entreríos? —preguntó Alia—. Eso está en la comarca de Brulán, ¿verdad? —La muchacha asintió, sorprendida al parecer de que una aprendiz supiese aquello— Yo soy de Lacústeris —le explicó ella—. Mis tíos tienen una granja allí. Yo me crié con ellos. Como ves, no soy una dama de clase alta.

—Quizás sus orígenes sean humildes, señorita —insistió la muchacha—. Pero ahora es una aprendiz, y le debo el mismo respeto que a los miembros de las Casas.

Alia sacudió la cabeza y lo dejó por imposible. La idea de las diferencias entre las clases sociales estaba tan arraigada en el servicio que tratar de hacerles ver lo contrario resultaba un ejercicio de futilidad. Así que acabó de peinarse, se ató el cabello con una cinta, porque a los estudiantes no se les permitía llevarlo suelto durante las clases para evitar accidentes, recogió sus libros y se dirigió hacia la puerta.

Cuando la abrió, otro regalo la estaba esperando allí.

Esta vez ni siquiera se sorprendió.

Mitrina, la criada, no había dicho nada cuando había llegado, por lo que la rata muerta no debía estar ahí cuando la chica había entrado un par de minutos antes. Eso significaba que quien la hubiese dejado tenía que haberlo hecho en ese breve periodo de tiempo, por lo que no debía encontrarse muy lejos. Alia asomó la cabeza y echó un vistazo hacia ambos lados del largo corredor, pero no vio a nadie. Aguzó el oído, pero aparte de los ruidos ahogados procedentes de las otras habitaciones, no escuchó nada.

Alia maldijo en voz baja. Quienquiera que fuese el imbécil que la había tomado con ella llevaba semanas dejando animales muertos frente a su puerta. Las criadas no habían comentado nada, por lo que el responsable se



las arreglaba de alguna forma para que siempre fuese ella quien los encontrara. Alia suponía que se trataba de alguna clase de amenaza o de advertencia, aunque no se le ocurría cuál podía ser el motivo. Nadie la conocía allí, todavía no había hecho amigos, y tampoco se había enemistado con ninguno de sus compañeros. Así que, ¿quién se la tenía jurada? ¿Y por qué?

Sin decir nada, Alia recogió el cuerpo del animal y lo tiró al cubo de desperdicios que Mitrina había dejado junto a la entrada. Pensó en avisarla para que no se encontrase con la sorpresa cuando levantara la tapa, pero eso atraería su curiosidad. Y como Alia no estaba segura si la chica guardaría el secreto o si correría a contárselo a sus superiores, decidió no decir nada. No quería arriesgarse a que aquello llegase a oídos de sus profesores. En su lugar, removi6 algunos desperdicios del cubo y enterró la rata muerta bajo ellos.

Tras dos clases tremendamente aburridas –teoría del derecho arcano e historia de la taumaturgia– y una interesante aunque monótona y repetitiva –principios de simbología–, durante la cual Alia había tenido que trazar una y otra vez, hasta casi en cincuenta ocasiones, los mismos tres símbolos, llegó la hora del almuerzo.

Mientras se dirigía hacia uno de los comedores de la ciudadela no dejaba de pensar en que los estudios de magia de la Academia se reducían básicamente a eso, a la memorización de cientos de símbolos, a la comprensión de su significado, a su correcto uso y a la forma de combinarlos entre ellos para crear magia. Aquello era, al fin y al cabo, la taumaturgia.

Y ese era uno de los mayores inconvenientes de estudiar allí.

De haberse marchado con Suri podría haber aprendido mucho más. Podría haber desvelado los secretos de la magia rúnica, podría haber experimentado con la magia onírica, o incluso haberse adentrado en los misterios de la magia *lorkin*. Alia había probado el poder en estado puro, y sabía que podía acceder a él sin necesidad de *táumators* o símbolos mágicos. Pero ahora estaba obligada a aprenderlos, porque esa era la forma en que los Archimagos entendían la magia; la única que aceptaban. Y eso la cabreaba y la frustraba a partes iguales.

Siguió a sus compañeros hasta el Olimpo, el comedor situado al principio del segundo nivel del camino en espiral que ascendía hasta la cima de la colina. Se accedía a él a través de una de las casas, aunque pronto las paredes de adobe y mortero dejaban paso a las de piedra, un pasadizo excavado en el lecho de roca que conducía directamente hasta la gruta en la que se encontraba el refectorio.

Se trataba de una sala ovalada de más de cincuenta varas de longitud por treinta de ancho y siete de alto. Enormes estalactitas colgaban del techo a intervalos irregulares, y entre ellas había docenas de candelabros en los que ardían cientos de *candelas*. El suelo había sido nivelado y pulido hasta quedar completamente liso, y varias mesas de gran tamaño se habían distribuido a lo largo de su superficie. Pero aquella no era una cueva al uso, porque una de sus paredes había sido derribada, exponiendo el interior de la gruta al aire libre, y en su lugar se había construido una terraza, un enorme balcón que se extendía sobre la ciudad como un mirador.

Alia había estado muchas veces en aquel lugar, pero nunca se había atrevido a acercarse a la terraza, porque le parecía que allí estaba muy expuesta. Aquella mañana, sin embargo, se encontró cargando sus cosas hasta una de las pocas mesas libres que había en el mirador.

Las vistas desde allí eran increíbles, y explicaban por qué aquel lugar era conocido como Olimpo. Sin duda, los antiguos Dioses debían haber disfrutado de unas vistas similares desde sus palacios celestiales.

Desde aquel lugar podía divisarse casi toda la parte sur de la ciudad, desde el Relicario hasta el barrio de los artesanos, no muy lejos de donde se encontraba su antiguo apartamento. Frente a él orbitaban unas pocas mansiones flotantes, enormes estructuras de formas imposibles con jardines colgantes y plataformas conectadas entre sí que desafiaban descaradamente la ley de la gravedad. Bajo la constelación de casas, el Murgón se extendía hacia el sur, con sus fábricas y el muelle comercial situados en su orilla occidental, la bahía de pescadores en la costa este y sus playas de arena blanca en su zona norte, cerca del bosque del Encanto. En el centro de su cauce, en un pequeño islote justo a mitad de camino entre la isla Hefestia, que daba nombre a la ciudad, y la presa de Atlas, se alzaba la fortaleza de Charnok, el bastión de la Inquisición. El lugar en el que, de haber ido las cosas de forma distinta, se encontraría encerrada en aquel momento.

El estómago se le anudó ante esa idea, y se obligó a apartar la vista de la

siniestra torre.

Alia estaba dando cuenta de su plato de sopa cuando percibió movimiento por el rabillo del ojo. Al alzar la cabeza vio que uno de los chavales con los que compartía clases, un tal Kíjob, si no se equivocaba, se dirigía hacia su mesa con una bandeja en las manos.

—¿Puedo sentarme aquí? —le preguntó con voz estrangulada. Tenía los ojos llorosos, y cuando a su espalda vio a un grupo de chavales algo mayores riéndose y señalando en su dirección, Alia entendió lo que ocurría.

La mesa era grande, con bastante espacio para una decena de comensales, y puesto que no había nadie más aparte de ella, Alia asintió. El muchacho se acomodó en el extremo opuesto y le dio las gracias con una sonrisa.

Sabía, porque había escuchado las burlas de algunos de sus compañeros, que Kíjob era, como ella, de clase baja. Algún Archimago, o quizás un miembro de las Casas, debía haber patrocinado su entrada en la Academia. Pero como el muchacho ya habría descubierto, eso no le garantizaba un lugar entre los hijos de las familias más poderosas. Incluso en la Academia, donde se suponía que todos los aprendices eran iguales, existían diferencias sociales.

—No sé si podré aguantar otra clase de teoría del derecho arcano sin dormirme —dijo el chico en un momento dado, tratando seguramente de iniciar una conversación aunque sin atreverse a levantar la vista—. ¿Por qué la habrán puesto a primera hora de la mañana?

—Supongo que debe ser porque si la pusieran tras la comida la monótona voz del profesor Fralta nos amodorraría aún más —bromeó ella. Aquello consiguió arrancarle una sonrisa al chico, que alzó la cabeza por primera vez desde que se había sentado.

—Sí, supongo —admitió Kíjob—. Aunque al menos no habla tan rápido como la profesora Prancia. A veces me cuesta seguirla. Hoy, cuando estaba explicando...

Sus palabras se perdieron entre la algarabía que produjo la llegada al comedor de un pequeño grupo. Alia se volvió hacia la entrada, y enseguida reconoció a los jóvenes que caminaban hacia ellos con aire arrogante. Los tres vestían togas de *séquor*, que los distinguían como estudiantes del segundo grado de maestría.

—Maldita sea —murmuró Alia tratando de pasar desapercibida. Esperaba que no la hubiesen visto. Kíjob miró en su misma dirección y abrió mucho

los ojos.

—¡Es el León de Jade! —exclamó—. ¡Y viene hacia aquí!

Alia dejó la comida de lado y empezó a recoger sus cosas. Su cuerpo se había puesto en tensión en cuanto había visto a Pernaces Minari y a sus amigos dirigirse hacia allí, y estaba segura de que no se le pasaría hasta que se hubiese alejado de ellos.

En los cuatro meses que llevaba en la Academia se había cruzado con el León en más de una ocasión, pero al parecer el cretino no la había reconocido. O eso había creído ella.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Pernaces arrastrando las palabras cuando se detuvo junto a ellos—. ¿Qué tenemos aquí?

—Por el olor, juraría que son un par de desperdicios humanos —respondió Julianus.

—Basura del Imbornal, seguro —añadió Átrico.

Kijob se encogió en su silla tratando de volverse invisible. Alia hizo todo lo posible por ignorarles. Su intención era salir de allí cuanto antes sin montar una escena. Al parecer, Pernaces tenía otros planes.

—No tan deprisa, zorrita —siseó el León agarrándola del brazo. Su contacto le hizo recordar la noche en la que el cerdo había estado a punto de violarla, y un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo—. ¿De verdad creías que bastarían un corte de pelo y un tinte barato para esconderte de mí? —le preguntó acercando los labios a su oído. Alia retrocedió un paso, asqueada—. Nunca olvido una cara, especialmente la de una fulana.

—Te lo advierto, Pernaces... —empezó Alia, pero él la cortó.

—¿Tú me adviertes? —dijo casi gritando—. ¿Te atreves a amenazarme? Pues espero que tengas suficiente poder para respaldar tus amenazas, campesina, porque tu chulo ya no está aquí para defenderte.

Una punzada de odio/rabia/desprecio hizo que Alia le mirase a los ojos, desafiante.

—No necesito ayuda de nadie —replicó ella—. Como has dicho, soy una campesina, así que estoy acostumbrada a tratar con cerdos obstinados.

El rostro de Pernaces se encendió como una tea. A su espalda, sus amigos se pusieron en alerta. La había cagado. Tendría que haber mantenido su boca cerrada, pero Pernaces había cometido un error al mencionar a Suri.

Había tocado nervio.

—Mira, putilla —dijo el heredero de los Minari bajando la voz hasta que

casi sonó como un rugido contenido—. No sé ante quién te habrás abierto de piernas para conseguir que te admitan en la Academia, pero este no es tu lugar. Si crees que...

—¿Ocurre algo? —le cortó una vocecita suave y almibarada. Alia no podía ver a quién pertenecía, porque su propietaria se encontraba detrás de los matones de Pernaces.

El León se volvió hacia la recién llegada con fuego en la mirada.

—No te metas, Bri. Esto no es asunto tuyo.

—¿Y por qué no? —replicó la muchacha abriéndose paso entre Julianus y Átrico, que se apartaron de ella como si fuese una apestada—. Ya sabes cuánto disfruto metiéndome en tus asuntos —añadió con una sonrisa que solo podía ser descrita como maliciosa.

La chica era algo más joven que Alia, de largo cabello rubio recogido en una coleta y brillantes ojos azules. Su rostro era fino y delicado, parecía estar esculpido en porcelana, y a Alia le recordó a las muñecas que exhibía la señora Lirada en el escaparate de su tienda.

Durante unos segundos Pernaces y la recién llegada se mantuvieron la mirada. Por lo que al León concernía, la chica bien podía ser un pez, porque sus párpados no se movieron en ningún momento. Finalmente el matón se rindió, se volvió hacia Alia, y con una mirada que aunaba impotencia y soberbia le soltó: —No creas que he acabado contigo, zorra.

Y entonces dio media vuelta y se marchó sin decir nada más, con sus comparsas siguiéndole como dos perritos falderos.

Alia dejó escapar el aliento que había estado conteniendo sin darse cuenta y se dejó caer en la banqueta. La muchacha, Bri, se sentó a su lado.

—¿Estás bien? —le preguntó pasados unos segundos. Alia asintió.

—Te tiene miedo —dijo sin que la voz le temblara.

—Más le vale —sonrió la joven—. Me llamo Brígida, pero puedes llamarme Bri. No me gusta mi nombre, y mucho menos las rimas que algunos hacen con él —añadió mirando hacia la puerta—. Ya sabes, Brígida la frígida. Fue idea de Pernaces.

—Y a pesar de todo, sigue conservando los dientes —observó Alia, divertida.

—Oh, créeme. Soy mucho más imaginativa que eso cuando se trata de planear mi venganza —rió Bri.

—¿Le conoces bien?

—Más de lo que quisiera —musitó la joven—. Pero olvidémonos de Pernaces. Todavía no me has dicho tu nombre.

—Alia —se presentó ofreciéndole la mano. Bri se la estrechó.

—¿Y tu amigo?

—Kíjob —dijo ella. El rostro del muchacho se volvió de un tono inusualmente sonrosado, y sus ojos se clavaron en su plato, como si hubiese descubierto en él algo extremadamente interesante—. Discúlpale, es algo tímido.

Bri asintió de forma distraída, pero sus ojos no se apartaron de los de Alia.

—Eres nueva, ¿verdad? Conozco a casi todo el mundo, y a ti no te tenía vista. Pero intuyo que debes ser una persona muy interesante, porque Pernaces ha puesto el ojo en ti, y solo se mete con aquellos que percibe como una amenaza. Es un poco inseguro, ¿sabes? Pero no te preocupes por él. Ya conoces el refrán: perro ladrador... Además, ahora que somos amigas no creo que vuelva a meterse contigo. Si sabe lo que le conviene, se mantendrá alejado de ti.

Alia no supo qué hacer con aquello, así que se limitó a asentir.

—Dioses, lo estoy haciendo de nuevo, ¿verdad? —añadió Bri haciendo aspavientos con las manos—. Lo siento, culpa mía. Tengo tendencia a hablar en exceso y a llamar a las cosas por su nombre. Creerás que soy una cotorra, que me pierde la boca; y quizás sea así. Por eso no tengo demasiados amigos. Me refiero a auténticos amigos. A la gente no le gusta escuchar la verdad, aunque por lo general se lo callan para no disgustarme. ¿A ti te molesta que te digan la verdad? Dioses, espero que no, porque me caes bien. Cualquiera que tenga arrestos suficientes para plantarle cara a Pernaces me cae bien.

—No, no me molesta —respondió Alia—. En realidad lo aprecio. Resulta refrescante en este lugar —dijo echando un rápido vistazo en derredor—. Es solo que Pernaces me ha dejado algo descolocada.

—Es comprensible —asintió Bri—. Suele tener ese efecto en la gente —rió—. Entiendo por tu compañía que tampoco tú tienes demasiados amigos, ¿me equivoco? —añadió en un tono más serio.

—No muchos —admitió ella. Había querido responder que en realidad no tenía ninguno, pero habría sido hacerle un feo al pobre Kíjob precisamente el primer día que el chiquillo se había atrevido a dirigirle la palabra—. ¿Es cierto eso de que tú tampoco los tienes? Me cuesta creerlo.

—Bueno, por supuesto que tengo amigos —replicó Bri haciendo rodar los

ojos—. Muchos más de los que desearía. Al fin y al cabo pertenezco a una de las familias más poderosas de Hefestia, así que todos los trepas, los miembros de las Casas menores, hacen lo imposible por juntarse conmigo. Pero no es lo mismo. No me gusta que la gente se me acerque por ser quien soy. Además, tendrías que ver cómo me tratan; como si fuese perfecta y no pudiese hacer nada mal. Podría eructar delante de ellos y todos creerían que resulta encantador. Es bastante agobiante, la verdad. Pero ninguna de esas personas me aprecia en realidad por lo que soy, solo por mi apellido. Para ellos solo soy un medio para conseguir sus fines. Los odio.

Ciertamente, Bri no parecía tener pelos en la lengua. A Alia le gustaba eso. En ese sentido se parecían bastante.

—¿Qué hay de tu familia? —prosiguió con su interrogatorio—. ¿Viven en la ciudad? He oído decir que eres una patrocinada, que no perteneces a ninguna Casa. Oh, no me malinterpretes —añadió cuando notó su expresión hosca—. Eso no me molesta. Es más, casi lo aprecio. Al menos contigo sé que no tendré que preocuparme de qué intereses puedas tener para ser mi amiga —sonrió.

Alia le habló de su familia, de sus tíos y de cómo había sido crecer en el campo. También le contó, siguiendo las instrucciones del profesor Bretanius, que su magia no se había manifestado hasta un año atrás, algo poco habitual pero que en ocasiones ocurría. Por supuesto no mencionó nada de su vida en la ciudad, de su trabajo o de sus amigas. Fue una suerte no tener que hablar de Mirsa y Oria, porque eso habría hecho que su garganta se cerrase, y le habrían fallado las palabras. Y por supuesto tampoco mencionó a Suri, o el ataque de las criaturas; no solo porque haciéndolo habría desobedecido las instrucciones del Consejo, sino porque tampoco quería hacerlo. Habría resultado demasiado doloroso.

—Mi familia es... peculiar —le explicó Bri cuando hubo concluido su historia—. Como te he dicho, pertenezco a una de las grandes Casas, y eso ha marcado cada minuto de mi vida. Uno de mis abuelos pertenece al Consejo de Archimagos; el otro es el Inquisidor Supremo —sonrió amargamente. Alia sintió que el aliento se le congelaba en la garganta—. No te haces una idea de lo que significa eso. Aunque supongo que también tiene algunas ventajas. Para empezar, la gente no se mete conmigo. Creo que muchos temen que, si me contrarían, puedan acabar encerrados en una celda de Charnok. Menuda tontería, ¿verdad? Supongo que por eso las únicas personas que se acercan a

mí lo hacen porque buscan el favor de mi familia. O peor aún, porque pretenden mi mano.

—¿No eres muy joven para casarte?

—¡Eso mismo digo yo! —exclamó Bri—. ¡Solo tengo diecinueve! ¿Sabes? El último tipo que quiso cortejarme tenía más de cincuenta. ¿Te lo puedes creer? En realidad aparentaba treinta y pocos, pero... ¡puaj! —sacó la lengua asqueada—. Solo de pensarlo...

Eso consiguió arrancarle una carcajada a Alia, lo que pareció hacer muy feliz a Bri.

—¿Les echas de menos? —le preguntó entonces—. A tu familia, quiero decir.

Alia suspiró.

—A mi tío, sobretodo. Con mi tía no me llevaba demasiado bien. Me escriben de vez en cuando, así que seguimos en contacto, pero echo de menos poder hablar con él, sobre todo cuando tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—Bueno, pues ahora me tienes a mí —dijo Bri con una sonrisa—. La verdad es que yo también echo de menos poder charlar con alguien de mi edad. Antes tenía a mi prima Kitara, pero la pobre casi no tiene talento, y pese a la influencia de mi familia no fue aceptada en la Academia, por lo que ahora solo nos vemos muy de vez en cuando —añadió—. Así que ya sabes, cuando te apetezca hablar con alguien, llámame. Siempre llevo encima mi *caracola*— le explicó tocando con un dedo el pendiente que colgaba de su oreja derecha. Suri le había hablado de esos artefactos. Eran como los *cuencos de voces*, aunque mucho más pequeños y bastante más cómodos de usar.

—Me temo que yo ni siquiera tengo un triste *cuenco* —admitió Alia con pesar. Bri abrió mucho los ojos, y sin decir nada se quitó el pendiente y se lo ofreció—. No, no puedo aceptarlo —lo rechazó.

—Tonterías. Somos amigas, ¿no? Pues considera esto como un regalo de una amiga a otra. Además, imagina que he tenido un día horrible y que necesito hablar con alguien. Sin una forma de contactar contigo, ¿cómo voy a encontrarte? Insisto, quédatelo. Yo ya conseguiré otro.

Alia dudó. Sabía lo caros que eran los objetos imbuidos, y lo que seguramente habría pagado Bri por aquel, pero la mirada de su nueva amiga no dejaba margen para la duda. Rechazar su regalo sería una descortesía, y Alia no quería ofenderla.



—Está bien —aceptó—. Te prometo que lo llevaré siempre conmigo.

—Y ya sabes —dijo Bri poniéndose en pie—. Cuando quieras hablar conmigo solo tienes que tocar la *caracola* y pensar en mí.

—Sé cómo usar un *cuenco de voces* —replicó Alia fingiendo estar ofendida, pero su sonrisa la delató.

—Ahora tengo que marcharme, pero estamos en contacto. Kíjob, ha sido un placer —añadió volviéndose hacia el chiquillo, que se ruborizó escandalosamente.

Entonces se marchó tan silenciosamente como había llegado.

Alia se fijó en su forma de caminar. Estaba claro que Bri estaba acostumbrada a salirse con la suya, y esa seguridad se reflejaba en su forma de moverse. Varios de los aprendices de sexo masculino la siguieron con la mirada. A Alia no le extrañó. La belleza de Bri era tan cautivadora como su seguridad en sí misma. Eso la hizo sentirse un poco menos atractiva y algo celosa, pero enseguida arrinconó esas emociones.

—Nos vemos más tarde en clase —se despidió de Kíjob. El chiquillo asintió con una sonrisa, y Alia abandonó el Olimpo.

Las clases de la tarde eran mucho más mundanas que las de la mañana. Alia ni siquiera sabía que en la Academia se enseñasen esas asignaturas, aunque tenía sentido. La de matemáticas le dio dolor de cabeza, y la de geografía despertó su interés, pero la que encontró realmente fascinante fue la de alquimia. Después de todo, esa era su especialidad. No le costó mucho relacionar los principios alquímicos con sus propios conocimientos sobre pociones y ungüentos; y entender por qué algunos preparados funcionaban mejor que otros le hizo comprender mucho mejor algunas de las cosas que había visto hacer al señor Amundsen.

Tras acabar la última clase Alia se dispuso a regresar a sus alojamientos, pero como quería evitar a toda costa a Pernaces y a sus amigos decidió hacerlo a través del complejo laberinto de túneles que horadaban la montaña. Orientarse por su interior no resultaba tan complicado como ella había creído en un principio. En realidad, moverse por los túneles era algo casi instintivo. Solo tenía que pensar a dónde quería ir, y automáticamente sabía qué camino debía tomar. Bretanius le había dicho que eso formaba parte de un hechizo imbuido en la roca, por lo que Alia se alegraba de que su maldición ya no interfiriera con ellos.

Se encontraba a medio camino del tercer nivel, cerca de las escaleras que

comunicaban con el cuarto, cuando escuchó el ruido. Fue un crujido estridente, como una explosión. Un leve picor en la punta de la lengua hizo que todos sus sentidos se pusieran alerta. A su espalda, la *candela* que iluminaba aquella sección se agitó como movida por una corriente invisible. Y entonces el ruido se repitió. Esta vez fue mucho más duradero, e hizo temblar el suelo bajo sus pies. Una fina lluvia de polvo cayó sobre ella, y algo en su interior la impulsó a correr.

Vio la primera grieta al llegar a la siguiente intersección, y solo porque había aparecido junto a otra *candela*. El ruido procedía de allí. Ante sus ojos, la grieta se amplió, cruzó el techo del corredor y descendió por la pared opuesta.

¿Qué narices estaba pasando allí?

Pero no se entretuvo en buscar una respuesta. En su lugar, apretó el paso.

La grieta parecía correr pareja a ella, saltando del techo al suelo y dejando en la piedra un patrón parecido al de un rayo. Rocas de distinto tamaño empezaron a desprenderse a su paso. Una de ellas le golpeó el hombro, desequilibrándola y haciéndola caer.

El polvo era cada vez más espeso. Limitaba su visión y le dificultaba respirar.

Alia se puso en pie sobre un suelo inseguro, que se sacudía ahora con más fuerza, y logró avanzar un par de pasos antes de volver a caer de bruces. Faltó muy poco para que quedase sepultada bajo las varias toneladas de roca que cayeron en el lugar en el que se había encontrado segundos antes.

Alia dejó escapar un gemido. El golpe en el hombro debía haberle roto algo, porque le dolía horrores. Pero no permitió que el pánico la dominara, y empezó a gatear en dirección a la escalera. Estaba tan cerca...

Pero antes de poder alcanzarla otro pedazo de techo se desplomó frente a ella, cortándole el paso.

La oscuridad la envolvió, y Alia comprendió que estaba atrapada.

Había quedado encerrada en un fragmento de pasillo de apenas cuatro varas de longitud, con ambos extremos sellados por sendas pilas de roca de distintos tamaños; algunas mayores que un carnero. Los temblores habían remitido, pero no habían cesado del todo, y fragmentos de techo seguían lloviendo sobre ella. La polvareda era tan espesa que respirar resultaba un suplicio.

Durante los primeros segundos se dejó llevar por el pánico, imaginando los

peores escenarios posibles. El techo podía ceder en cualquier momento, sepultándola. Y si eso no ocurría, acabaría muriendo asfixiada. Algo le decía que no había demasiado aire allí abajo. Pero antes de perder los nervios y empezar a sollozar como una chiquilla indefensa recordó el regalo que Bri le había hecho aquella mañana.

Rebuscó a tientas en los bolsillos de su túnica hasta que dio con la *caracola*. Nunca había utilizado una antes, pero conocía el mecanismo.

Se la llevó al oído y pensó en el profesor Bretanius.

Por desgracia el anciano no debía encontrarse cerca de su *cuenco de voces*, porque no respondió a su llamada.

«Por favor, profesor», suplicaba una y otra vez; pero nadie respondió a sus súplicas.

El aire estaba cada vez más enrarecido, y la cabeza empezaba a darle vueltas.

«No puede ser. No puedo morir así», pensó.

Y justo cuando creía que su destino sería acabar en aquel lugar, escuchó un sonido de raspado. Era débil, como si hubiese alguien al otro lado del bloqueo tratando de abrirse paso por entre los escombros. Alia miró en esa dirección, pero solo vio oscuridad. Hasta que unos ojos de un intenso color rojo aparecieron en la negrura, unos ojos que parecían centrarse en ella y que se acercaban cada vez más.

—No —gimió casi sin aliento—. Esto no puede acabar así.

Y mientras aquellos ojos se cernían sobre ella, Alia sintió que la conciencia se le escapaba entre los dedos.

## La caza

La muchacha alzó la cabeza y olisqueó el aire como un sabueso siguiendo un rastro. En realidad eso era precisamente lo que estaba haciendo, porque pese a que ella no era un sabueso, su sentido del olfato era igual de agudo que el de esas bestias.

El rastro que había estado siguiendo desde aquella mañana la había conducido hasta aquel lugar; y por lo que parecía, no se había equivocado. Lo había captado por primera vez cerca del bosque del Encanto, no muy lejos del lugar en el que se había abierto la *vía*. La alarma mística que se disparaba cada vez que se rasgaba el velo entre mundos había empezado a sonar de madrugada, despertándola. Tras lo ocurrido cuatro meses atrás era necesario mantener vigiladas las barreras para evitar que aquello se repitiese, y uno de sus cometidos era asegurarse de que, si volvía a suceder, no les pillase desprevenidos.

En realidad, en los últimos meses se habían producido varias incursiones que se había visto obligada a rastrear, pero ninguna de ellas estaba relacionada con su investigación, por lo que había dejado aquellas criaturas en manos de la Brigada Demoniaca. Después de todo, ese era su trabajo.

Estaba bastante segura de que, en esta ocasión, la criatura que había llegado a través de la *vía* tampoco pertenecía a Korro'th. Su rastro no poseía el mismo regusto rancio a muerte y corrupción que la joven habría sido capaz de reconocer en cualquier lugar; así que debía tratarse de otra cosa. Por eso se había dicho a sí misma que no valía la pena investigarlo. Tenía otros asuntos, asuntos más urgentes, y la Brigada podría encargarse también de dar caza a esta cosa. Pero cuando se disponía a abandonar la persecución descubrió que los restos del hechizo de invocación usado para traer a la criatura hasta este plano eran idénticos a los que había hallado en el escenario de los otros crímenes, y eso despertó su curiosidad.

No se trataba de magia de sangre. De haberse empleado la hemomancia para la invocación, la habría detectado. Pero el rastro mágico del hechizo tenía el mismo regusto metálico, lo que solo podía significar que la invocación había sido realizada por alguien que usaba ese tipo de magia de

forma habitual. Con toda seguridad, la misma persona involucrada en las otras muertes.

Tras hacerse con su olor había seguido a la criatura a través de las calles de la ciudad. Casi la había perdido al llegar al río, pero el aroma residual de la magia que destilaba no se disipaba tan fácilmente como su olor físico, por lo que fue capaz de retomar su rastro curso arriba, junto a la orilla.

El olor se había ido haciendo más intenso a medida que fue adentrándose en el barrio de la Cuella. Su presa se encontraba cada vez más cerca, probablemente oculta en algún callejón o en el sótano de un edificio. No creía que, con el sol ya tan alto, la criatura se atreviese a salir al exterior, donde podría ser descubierta por cualquiera. Los seres extradimensionales no solían ser muy inteligentes, por lo que uno de ellos no habría tenido problemas en dejarse ver en público. Pero si había un mago controlando a aquel, sin duda habría tomado todas las precauciones posibles para que no lo descubrieran. Al menos, hasta que hubiese completado su misión. Con un poco de suerte daría con ella antes de que atacase a algún inocente.

Tres calles más al este, cerca de la muralla, la muchacha descubrió que el rastro conducía hasta una bocacalle, un hueco de apenas tres varas de ancho entre dos edificios. El problema era que frente a ella había una auténtica multitud de curiosos. Mientras se dirigía hacia el grupo contó una decena de personas entre hombres, mujeres y niños. Todos le daban la espalda, muy interesados al parecer en lo que fuera que ocurriese en el callejón. Cuando se acercó a ellos para tratar de echar un vistazo percibió la barrera mística. Alguien había dibujado una línea con tiza en la calzada, uniendo las paredes de ambos edificios. Esa línea se había usado después para erigir un muro de aire que impedía el paso a los mirones.

«Una línea policial», comprendió.

Pese a las protestas, la joven consiguió abrirse paso hasta que se encontró con la nariz pegada a la barrera y pudo distinguir lo que sucedía en el interior de la calleja.

Al fondo, lejos de los ojos curiosos, tres personas discutían en voz baja. Pese a la distancia y a las sombras que parecían cubrirlo todo bajo un manto nebuloso, la muchacha pudo distinguir que uno de los hombres lucía los colores de la Guardia Hefestiana. Los otros dos, un hombre alto y delgado que le daba la espalda y una mujer de rostro pétreo, vestían uniformes de la Brigada Démoniaca.

Aquello solo podía significar una cosa: había llegado tarde.

La criatura ya había atacado a alguien.

A su derecha, un hombre de mediana edad vestido de forma elegante había alzado las manos junto a su rostro, y rodeaba con los dedos las cuencas de sus ojos como si estuviese sosteniendo algo frente a ellos. La joven supuso que estaría usando alguna clase de hechizo de aumento para ver con claridad lo que ocurría en el callejón. Ella no necesitaba artificios. Sus sentidos eran más agudos que los de cualquiera de aquellas personas. Sus ojos podían penetrar en la oscuridad con una agudeza felina, y le permitían ver cosas que quedaban fuera del alcance de un humano cualquiera; sus oídos captaban sonidos que a los demás se les escapaban, como conversaciones susurradas en la distancia o gritos procedentes del otro extremo de la ciudad; su olfato percibía matices que solo un mastín podría captar, como el punzante hedor de la sangre que manaba en aquellos momentos del callejón, un intenso aroma metálico con tintes de corrupción que indicaba que la víctima llevaba varias horas muerta.

Pero no eran solo sus sentidos los que la diferenciaban del resto de curiosos.

La joven poseía, además, una especial afinidad con la magia que le permitía percibir los hechizos, encantamientos y objetos imbuidos que había a su alrededor. Así había podido adivinar que el hombre que había junto a ella estaba usando un hechizo de *aumento*, o que los agentes que se encontraban en la calleja llevaban uno de esos dispositivos de comunicación, una de esas *caracolas* que estaban remplazando rápidamente a los *cuencos de voces*.

Fue precisamente gracias a esos sentidos mejorados que pudo averiguar lo que estaban discutiendo los agentes en el callejón.

—... de entre veinticinco y treinta años de edad —estaba diciendo el hombre que le daba la espalda. Por alguna razón su voz le resultó familiar—. ¿Tenemos identificación?

—No —respondió el guardia—. Hemos revisado sus bolsillos. No lleva documentación.

—¿Has visto su ropa? —le preguntó a la mujer—. Mira sus botas. Deben valer más de lo que ganamos nosotros en un mes.

—¿No creerás que se trata de...? —empezó a decir ella. Su voz era fría y bastante grave para pertenecer a una hembra.

—¿...un miembro de las Casas? —completó él la pregunta—. Me temo que sí.

—Mierda —gruñó el guardia.

—Habrá que avisar a la capitana —prosiguió el agente, ignorando al guardia.

—Esto le va a encantar —canturreó la mujer con sarcasmo. El agente se encogió un poco e hizo rechinar los dientes—. ¿Habéis averiguado ya qué diablos ha hecho esto? —le preguntó al otro hombre.

—Hemos usado varios hechizos de *tiempo estático*, pero no hemos podido ver nada. Estábamos a punto de usar una *visión inversa* cuando habéis llegado.

—¿Algún testigo? ¿Quién le ha encontrado?

—Esa mujer —señaló el guardia hacia el extremo opuesto del callejón, demasiado alejado para que incluso los aguzados ojos de la joven pudiesen distinguir más que formas imprecisas—. Es una lavandera. Dice que suele acortar todos los días por este callejón para llegar a su trabajo. De eso no hace ni veinte minutos, y está claro que este pobre diablo lleva aquí varias horas.

—O sea, que no ha visto nada. ¿Se han quejado los vecinos de ruidos o gritos? —preguntó el agente arrodillándose sobre lo que la joven supuso que sería el cuerpo.

—Nada en absoluto —respondió el guardia—. Mi compañero está interrogando ahora mismo a los vecinos, pero ninguno de los que hemos entrevistado hasta ahora ha oído nada.

—¿Crees que el mago que controlaba a la criatura ha usado una *esfera de silencio*? —le preguntó la mujer a su compañero.

Era lógico que asumieran que la criatura estaba siendo manipulada en todo momento por el mago que la había invocado. Sin un control directo, los seres transdimensionales acostumbraban a actuar como lo harían normalmente en su mundo; es decir, como criaturas salvajes. Puesto que aquella cosa era un depredador, sin un yugo que dirigiese sus acciones se habría limitado a atacar de forma indiscriminada a cualquiera que encontrase a su paso, y la joven estaba segura que tenía un propósito concreto, o de lo contrario no habría cruzado media ciudad para cobrarse su primera víctima. Lo que la agente ignoraba era que los magos más poderosos no necesitaban encontrarse cerca de las criaturas a las que subyugaban para mantener su control sobre ellas. Ese era un error muy común entre los magos poco experimentados. Estaba claro que aquella mujer llevaba poco tiempo en la Brigada.

—Es posible —admitió su compañero incorporándose de nuevo, todavía

dándole la espalda. A ella no le importó. No necesitaba ver su cara. Ya había reconocido su voz.

En ese momento dos hombres vestidos de blanco se abrieron paso entre los curiosos cargando una camilla de lona. La joven asumió que debían venir a recoger el cuerpo. Para sorpresa de los presentes, los camilleros cruzaron la barrera mística sin que esta les impidiera avanzar. Debía estar creada para dejar pasar a los miembros de los cuerpos de seguridad.

La joven los observó acercarse a los tres agentes y dejar la camilla en el suelo para poder embolsar el cadáver. No se le escapó que hicieron falta cinco bolsas distintas, lo que evidenciaba el estado en el que la criatura había dejado el cuerpo. En cuanto hubieron concluido con su tarea, y tras recibir instrucciones del agente de la Brigada, los camilleros regresaron a la calle principal y cargaron los restos en un vagón policial que les esperaba no muy lejos de la bocacalle.

—Está bien. Ha llegado la hora de ver quién es el responsable de esta carnicería —dijo el agente alzando ambas manos. Sus dedos empezaron a agitarse en el aire, y uno tras otro los símbolos de su *táumator* fueron tomando forma frente a él. La luz que desprendían le permitió distinguir con claridad su perfil, y la joven pudo confirmar que no se había equivocado en su suposición. Le conocía. Y también él la conocía a ella.

Cuando el *táumator* estuvo completo una cegadora luz multicolor bañó el callejón, haciendo que las sombras se batieran en retirada. Durante unos segundos no ocurrió nada, al menos nada que ella pudiese ver, aunque sabía que el hechizo les estaría mostrando a los agentes una imagen fantasma de lo ocurrido en aquel lugar. La imagen se estaría desarrollando a la inversa, moviéndose de forma antinatural desde el presente hacia el pasado; como si el tiempo se hubiese invertido.

La muchacha pudo ver la representación mística, figuras construidas con humo y luz de los agentes moviéndose por el callejón, examinando el cuerpo y hablando entre ellos. Luego los vio salir caminando hacia atrás, acompañados por el guardia. El agente de la Brigada hizo un gesto con la mano, y las figuras de luz empezaron a moverse a mayor velocidad hasta que solo fueron un destello irreconocible.

Finalmente el hechizo retrocedió hasta el momento del ataque, y cuando la criatura apareció ante ellos el joven mago detuvo la imagen. A su alrededor los curiosos dejaron escapar un grito colectivo de sorpresa. Una joven vestida



con ropajes elegantes apartó la vista, y una mujer cubrió con la mano los ojos de su hijo, que observaba anonadado la escena.

La joven reconoció a la criatura. Se trataba de un *gárlak*, un ser procedente de una dimensión anexa. Como había sospechado, era un depredador; aunque no uno demasiado inteligente. Los *gárlak* son básicamente animales. Bastante salvajes y letales, pero animales al fin y al cabo. En su mundo se encuentran bastante altos en la cadena trófica, pero no son muy numerosos, porque durante la época de celo los machos, que superan a las hembras en una proporción de ocho a uno, se atacan entre ellos hasta que el más fuerte consigue eliminar a sus competidores de forma sangrienta. Por su tamaño y complexión, el que había atacado a aquel pobre desgraciado debía ser una hembra; menos letales que sus contrapartidas masculinas pero lo bastante fuertes como para despedazar a un humano adulto sin demasiado esfuerzo.

La agente sacó una pequeña caja oscura de su bolsa y tomó un daguerrotipo de la imagen fantasma.

—Se la haré llegar a la capitana —le dijo a su compañero.

—Dile que necesitaremos refuerzos. Si debemos peinar la zona para encontrar a esa cosa, no podremos hacerlo solos.

Pero ella sabía que eso no era necesario. La criatura ya no suponía un peligro para nadie. El aire en el mundo de los *gárlak* era distinto al que respiraban ellos, por lo que las criaturas no eran capaces de sobrevivir fuera de su hábitat más que unas pocas horas. Si el mago que la había invocado no la había devuelto ya a su mundo, seguramente no tardarían en encontrar su cuerpo sin vida cerca del bosque, su terreno de caza favorito.

Pero aunque la *gárlak* ya no supusiese un problema, la muchacha aún debía localizar al mago que la había invocado. Y como había descubierto en las últimas semanas, no era capaz de hacerlo sola.

Ahora que sabía que la Brigada Demoniaca se encontraba tras la misma presa que ella podía usarles para acelerar su captura. Además, contar con sus recursos seguramente ayudaría también con el resto de su investigación.

Como su maestro solía decir a menudo, cuatro ojos ven más que dos.

El guardia se acercó a la bocacalle, y con un gesto de la mano deshizo el muro de aire que bloqueaba la entrada. La gente empezó a dispersarse. Ya no había nada más que ver allí. La mayoría regresaron a sus quehaceres, aunque unos pocos se quedaron para seguir husmeando y tratar de averiguar algo más

sobre el ataque. Después de todo, cuando una cosa así ocurre cerca de tu casa no es tan sencillo pretender que no tiene nada que ver contigo.

La agente fue la siguiente en abandonar el callejón. Tenía el rostro lívido, los labios apretados y las cejas fruncidas. Como había supuesto, la mujer no debía llevar mucho tiempo en la Brigada, o de lo contrario su reacción no habría sido tan visceral. Era alta y espigada, más pellejo que carne, y llevaba el cabello cortado como el de un macho. No era especialmente atractiva, sus facciones eran demasiado duras y afiladas, y la lividez de su rostro no hacía nada por mejorar su apariencia.

El otro agente la seguía de cerca. Se trataba de un joven atractivo, de casi dos varas con siete pulgadas de altura, con el cabello rebelde del color de la miel y unos enormes ojos castaños que le recordaron a los de un cachorrito. Al menos había tenido la decencia de afeitarse los cuatro pelos que él había considerado dignos de ser llamados barba.

La muchacha se le acercó en cuanto salió a la calle principal.

—Disculpe, agente —le atajó. El hombre se detuvo y la estudió brevemente con una sonrisa en los labios. La muchacha sabía que la encontraba atractiva, el *glamour* que vestía se lo garantizaba—. Mi nombre es Lora Qin, y trabajo para la Voz de Hefestia. Me gustaría hacerle unas preguntas, si no es mucha molestia.

—Lo siento —replicó el hombre mudando de expresión y retomando el paso—. No voy a hacer declaraciones. Si lo desea puede contactar más tarde con nuestra oficina de prensa. Ellos estarán encantados de informarle sobre los hechos.

—¿Ni siquiera unos minutos de su tiempo para explicar a nuestros lectores cómo pueden seguir ocurriendo cosas como esta después de lo sucedido hace cuatro meses en el Coliseo y la Academia? —le pinchó ella.

El agente apretó los labios, y una sombra cruzó ante sus ojos como una nube que presagia tormenta. La muchacha sabía que para los agentes de la Brigada, especialmente para aquel, ese asunto era algo personal y doloroso, como una muela picada o un nervio expuesto. Y como había supuesto que haría, el joven clavó sus ojos en ella. Había fuego en su mirada.

—Estas cosas ocurren —escupió él en un tono que habría congelado el sol—. Llevan años ocurriendo. Y por desgracia, mientras haya magos sin respeto alguno por la vida humana, seguirán ocurriendo. Nuestro trabajo es detener a las criaturas que llegan a nuestro mundo, no predecir su llegada.

—Pero hay formas de hacerlo —insistió ella.

—Pues si conoce alguna le agradecería que hablase con mis superiores para dárselas a conocer. Créame, en la Brigada preferiríamos enfrentarnos a estas cosas antes de que acaben con la vida de alguien, y no después.

El agente dio media vuelta y empezó a alejarse de ella con paso ligero. Pero ella no estaba dispuesta a permitirle escabullirse. Mal que le pesara, su ayuda podría resultar vital si quería resolver de una vez por todas los misterios que se ocultaban tras aquellas muertes.

Ya había intentado hablar con la capitana Bonaserra con anterioridad para ponerla al corriente de todo, pero le había resultado imposible. Había estado vigilando la comisaría durante días, esperando el momento de abordarla, pero había descubierto que, en dos ocasiones distintas, un desconocido que apestaba a magia de sangre había entrado en el edificio; y ese desconocido vestía los colores de la Inquisición.

Si como sospechaba la Inquisición estaba vigilando a Bonaserra y a su gente, algo bastante probable tras los sucesos de la Academia, no podía arriesgarse a dejarse ver, especialmente porque en aquellos momentos era una de las personas más buscadas de Hefestia, y no estaba segura de que su *glamour* pudiese engañar a los bien entrenados Inquisidores.

Pero aquel hombre, aquel agente de la Brigada Démoniaca, podía ser la solución que había estado buscando. Si conseguía que la escuchara, que prestase atención a lo que tenía que decirle sin arrestarla, podría ser un activo vital para la resolución del misterio que llevaba semanas atormentándola. Y algo le decía que con él sí podría llegar a entenderse, que él sí la escucharía. Después de todo era un macho, y como todos los machos era fácilmente manipulable.

Además, la muchacha lo encontraba interesante. No atractivo, pero sí interesante.

Ya la primera vez que le había visto, algo en él había llamado su atención. Si le hubiesen preguntado lo habría negado, pero lo cierto era que aquel joven le intrigaba. Por eso no podía dejarle escapar.

—Agente Triano —le llamó antes de que se alejara demasiado. El joven se detuvo en seco, como si hubiese topado con un muro invisible, y se volvió lentamente hacia ella. En sus enormes ojos castaños había sorpresa, y un montón de interrogantes.

—¿Cómo sabe mi nombre? —le preguntó retrocediendo hacia ella. No

parecía contento.

—Eso no importa ahora —sacudió ella una mano en el aire—. Lo verdaderamente importante es este caso. ¿Qué diría si le contara que tengo pruebas que relacionan este crimen con otras muertes ocurridas en las últimas semanas?

—Le diría que si de verdad las tiene, nos las haga llegar para poder revisarlas. De lo contrario podría considerar que nos está ocultando información vital para el caso, y me vería obligado a arrestarla por obstaculizar la investigación.

—Vamos, agente Triano. ¿De verdad espera que confíe en la Brigada? Las malas lenguas dicen que se encuentra bajo el control directo de la Inquisición; y puesto que sospecho que algunos de sus miembros pueden estar involucrados en esas muertes, no me atrevo a hacer públicas mis suposiciones.

El gesto de Triano no se relajó. Sus dientes seguían apretados, y sus puños se abrían y se cerraban como si estuviese conteniéndose para no saltarle al cuello. Pero su lenguaje corporal indicaba que había conseguido sembrar la semilla de la duda en él.

—¿De qué muertes me está hablando? —quiso saber.

La muchacha había esperado que el agente defendiese el honor de la Brigada negando sus acusaciones. Que no lo hiciera confirmaba sus temores de que la Inquisición tenía sus garras clavadas en la Brigada, y que ellos lo sabían. Y eso era algo que merecía la pena investigar con más detenimiento.

—Bueno, en realidad ninguna ha sido investigada por las autoridades —dijo ella echando a andar calle abajo. Como había esperado, Triano la siguió. Caminaba a su lado, aunque de forma más pausada, porque cada una de sus zancadas equivalía a dos de sus pasos—. Tres de esas muertes han sido consideradas accidentales, otras dos han sido atribuidas a causas naturales, y la última se ha disfrazado de crimen pasional. Esta es la primera en la que se emplea a una criatura transdimensional.

—Si las autoridades no las consideran crímenes, ¿qué es lo que la ha llevado a pensar que lo son? ¿Y por qué cree que están relacionadas?

—Para explicárselo necesitaré algo más que unos pocos minutos —sonrió coqueta.

—Me temo que eso no va a ser posible, al menos de momento. Tenemos a una criatura suelta, y debemos capturarla antes de que vuelva a matar.

—*Gárlak* —le corrigió ella—. Tienen a un *gárlak* suelto. A una hembra de *gárlak*, para ser más precisos. Y no tiene por qué preocuparse. Con toda probabilidad la criatura ya estará muerta o de vuelta en su mundo. Si supiese algo sobre los seres a los que da caza sabría que los *gárlak* no pueden sobrevivir demasiado tiempo en este plano.

—¿Cómo sabe usted tanto sobre criaturas transdimensionales? —le preguntó Triano arqueando una ceja. El muchacho estaba empezando a sospechar de ella.

«Bien», pensó. «Su mente es ágil. Eso me será útil».

—Se lo revelaré si me acompaña —le propuso.

—Lo siento —negó él con la cabeza—. Aunque lo que me está contando sea cierto, el cometido de la Brigada es detener a las criaturas invocadas mágicamente. No podemos abandonar una búsqueda basándonos solo en la palabra de una supuesta experta que se niega a desvelar sus fuentes. Además, como ya sabrá, de los delitos no relacionados con criaturas sobrenaturales se encarga la Guardia Hefestiana; o la Inquisición, si su autor es un mago renegado.

La joven dejó escapar un pesado suspiro.

—No confío en la Inquisición, ya se lo he dicho. Y la Guardia Hefestiana es tan útil en esto como una par de ruedas en una barcaza. Necesito a la Brigada. Te necesito a ti.

Triano se detuvo, y ella hizo lo mismo. Su desconfianza era ahora palpable.

—¿Quién eres? —le preguntó con voz dura y gesto amenazador—. ¿Cómo sabes tanto sobre esas muertes? ¿O sobre esa criatura? —Triano avanzó un paso hacia ella, y se detuvo a un suspiro de distancia. Las puntas de sus narices casi se tocaron—. ¿De qué me conoces? —añadió con un gruñido.

—¡Oh, *férdax*! —exclamó ella agarrándole de la pechera del gabán y empujándole hacia el interior de un callejón. Triano abrió mucho los ojos, quizás porque no se había esperado que tuviese fuerza suficiente para levantarlo del suelo y arrastrarlo como un petate.

—¿Pero qué...? —tuvo tiempo de decir antes de que su espalda se estrellara contra una pared. La joven miró en derredor para asegurarse de que nadie podía verles.

—Necesito tu ayuda, ¿vale? —le dijo, deshaciéndose de su *glamur*. Triano contuvo un grito de sorpresa—. Está ocurriendo algo muy gordo, algo que se me escapa de las manos, y no creo que pueda desentrañar el misterio yo sola.

—¿Tarnika? —balbuceó el perplejo Triano cuando vio su auténtico aspecto.

## El Continente Salvaje

El mundo a su alrededor se agitaba con violencia, meciéndose de un lado a otro como una pluma atrapada en un huracán; ascendiendo y descendiendo como un peso atado en el extremo de un péndulo. Suri ni siquiera lo notaba. En el *Oneiros* no importaba el mundo físico. Allí no podía sentir el oscilar de la quilla al ser sacudida por las olas. Allí el crujido de los mástiles al ser castigados por el viento no tenía importancia. Allí el fuerte y penetrante aroma a brea, sudor y pescado añejo no le revolvió el estómago y le obligaban a vaciar su contenido por el lugar equivocado.

En el *Oneiros* todo era paz.

Por eso Suri había pasado la mayor parte del viaje encerrado en él mientras su cuerpo descansaba en su minúsculo camarote, una cabina de apenas dos varas de ancho por tres de largo que ni siquiera disponía de un triste camastro.

Por encima de su cabeza los marineros se apresuraban de un extremo a otro de la cubierta atando cabos, afianzando las velas y asegurándose de que el Erizo no se abriera por las costuras por culpa de un golpe de mar. La tormenta llevaba varios días persiguiéndoles, como un depredador que, una vez hundidos los colmillos en su presa, se negaba a soltarla.

La tripulación estaba exhausta. No podían permitirse descansar, al menos no más de un par de horas seguidas, porque la dotación actual de la nave era de apenas dieciocho almas, y al menos quince eran necesarias en todo momento para mantener el barco a flote. Mientras la tormenta les azotase, no habría descanso posible.

El capitán le había contado, en una de las pocas ocasiones en las que Suri se había atrevido a salir al exterior, que temporales como aquel eran habituales en la región; tormentas que podían extenderse a lo largo de cientos de leguas y que impedían que los barcos se acercasen a la costa. Las leyendas que corrían entre los marinos decían que esos temporales no eran naturales, que aquel era un lugar maldito, y que docenas, o quizás centenares de embarcaciones, habían encontrado un violento final en aquellos mares. Algunos aseguraban conocer a alguien que se había embarcado en un viaje al Continente Salvaje del que nunca había regresado, y que aquellos que

lograban alcanzar la costa y volvían con vida ya no eran los mismos. Por eso a aquella zona se la conocía como la Frontera de la Locura. Y por eso Suri había tenido que pagar una fortuna para encontrar un barco que le llevase hasta allí.

Le había costado dar con una naviera dispuesta a realizar el viaje, y su propietario le había pedido más del doble de lo que le habría costado una travesía de ida y vuelta hasta Isla Conejo, que se encontraba a una distancia mucho mayor, aunque en dirección contraria. Eso se debía a que ningún capitán en su sano juicio se atrevía a acercarse a las costas del Continente Salvaje. Por lo que le habían contado, el del Erizo era el único que lo había hecho con anterioridad.

O bien era un hombre muy valiente, o estaba tan loco como él.

El Erizo de Mar era una carabela de vela latina de ochenta y cinco pies —o veinticuatro varas—, con tres mástiles y capacidad para más de treinta toneladas de carga. De llevar las bodegas completas el barco no habría sido sacudido por la tormenta como lo estaba siendo, pero puesto que lo único que transportaban era agua y provisiones y que casi la mitad de su cargamento original ya había sido consumido, su estabilidad era poca o ninguna.

Además, la tormenta se había cobrado ya seis víctimas. Cuatro de los tripulantes habían sido barridos por un golpe de mar, bien porque no se habían atado correctamente el arnés de seguridad o bien porque las sogas habían cedido a la tensión. Otro había muerto aplastado por una de las vergas de la mesana, que se había desprendido cuando una vela se había rasgado por culpa del viento. El sexto simplemente había desaparecido. Se había desvanecido de repente, y nadie estaba seguro de lo que le había ocurrido. Suri suponía que el pobre diablo no habría sido capaz de soportar la presión y habría decidido acabar con su vida arrojándose una noche a las oscuras aguas, pero los marineros estaban convencidos de que se trataba de alguna clase de maldición. Eso los había puesto muy nerviosos, y a partir de ese momento se encomendaban a Neptuno cada vez que debían abandonar la seguridad de sus camarotes.

Un grito le llegó desde cubierta. No debería haberle llamado la atención, pero era distinto a todos los que había escuchado e ignorado hasta entonces. Fue una sola palabra, una que hizo que los ánimos de la tripulación se relajaran y que devolvió la esperanza a aquellos que casi la habían perdido.

—Tierra —escuchó Suri.



Habían alcanzado su destino.

Tras una travesía de cincuenta días habían llegado a las costas del Continente Salvaje.

Suri abandonó el plano onírico y regresó a su cuerpo físico, dando gracias a los Dioses por seguir conservando la capacidad de poder desconectar de lo que le rodeaba. Sin esa habilidad dudaba que hubiese sido capaz de sobrevivir al calor, los mareos y el penetrante hedor que impregnaban la bodega y todos y cada uno de los listones de madera de aquel ataúd flotante que había sido su hogar durante las últimas siete semanas.

Los ya familiares dolores le dieron la bienvenida, y tuvo que esperar unos minutos hasta que volvió a acostumbrarse a ellos. La humedad hacía que sus viejas articulaciones pulsaran de dolor, y las sentía tan agarrotadas como una bisagra oxidada. Quizás por eso no se dio cuenta de que el barco había dejado de sacudirse hasta que, no sin cierta dificultad, consiguió desenredarse de las guitas de su hamaca y plantar los pies en el suelo. En aquel momento se juró que no volvería a dormir nunca más en uno de esos instrumentos de tortura. El duro suelo era preferible a la irregular superficie nudosa de la hamaca.

En cuanto se sintió seguro y estuvo convencido de poder caminar sin caer de bruces o resbalar en los húmedos escalones, abandonó el camarote y subió a cubierta.

La tormenta había quedado atrás, y el aire tenía ahora un agradable sabor a limpio. Suri cerró los ojos y tomó una bocanada. Olía a fresco; a salitre, tierra mojada y vegetación.

Varios marineros se encontraban arrodillados frente a la efigie de madera del dios del mar, seguramente agradeciéndole haber alcanzado su destino con vida. Algunos le miraron de reojo cuando pasó junto a ellos, y uno incluso escupió en el suelo y dejó escapar una maldición susurrada. Le culpaban de sus penurias, lo sabía. Aun así, Suri se compadeció de ellos, porque sabía que en cuanto le dejaran en tierra la nave emprendería su regreso a Atroreth, y eso significaba enfrentarse de nuevo a las tormentas de las que acababan de escapar.

El capitán se encontraba sobre el castillo de popa con la vista clavada en el oscuro horizonte, casi una porción de noche, que habían dejado atrás.

—Creía que no saldríamos de esta —le dijo cuando escuchó sus pasos, aunque casi parecía estar hablando consigo mismo. Su rostro estaba marcado por profundas líneas de expresión en las que podía leerse su agotamiento. Sus

ojos parecían hundidos en sus cuencas, y dos oscuros anillos los rodeaban. La piel de sus mejillas se había contraído hasta dejar a la vista los afilados huesos de sus pómulos, y su oscuro cabello ralo, empapado aún por la lluvia, se pegaba a su cráneo.

—Parece que el barco ha aguantado bien el castigo —respondió Suri echando un vistazo a su alrededor. A parte de un par de vergas que habían sido arrancadas de sus mástiles, una de las cuales aún colgaba precariamente del trinquete, y de una vela rasgada, la carabela no parecía haber sufrido demasiados desperfectos.

—Lo mío me ha costado —dijo el capitán volviéndose hacia él. Eso debía ser lo que Suri había detectado desde el *Oneiros*, la masa de energía mística que había rodeado la nave desde que se habían adentrado en la tormenta—. No conozco demasiados hechizos, de lo contrario podría haber manipulado los vientos y habríamos acertado nuestro trayecto en un par de semanas; pero sé cómo mantener la nave de una pieza durante un temporal.

Seguramente por eso su aspecto era tan macilento. Alimentar un hechizo de esas características durante tanto tiempo habría drenado a cualquiera. Sin duda el capitán debía poseer un talento considerable, a la par con el de muchos Archimagos; de lo contrario no habría sido capaz de mantenerlo.

El canto de una gaviota en las alturas hizo que ambos hombres se volvieran hacia la proa. La fina línea de tierra que pintaba el horizonte se había vuelto más nítida desde que el mago la había visto por primera vez al salir a cubierta. Al dejar atrás la tormenta el barco había recuperado su velocidad original, y ahora se aproximaban a la costa mucho más rápido de lo que había esperado.

Suri sacó de uno de los bolsillos de su gabán el amuleto que había heredado de Lobo Audaz tantos años atrás. Se trataba de una especie de brújula, aunque su aguja no apuntaba al norte, sino hacia algún lugar del continente, casi paralela a la línea de crujía. Como le habían prometido, la nave le había llevado al punto exacto que el mago había marcado en el mapa.

—Alcanzaremos la costa en menos de media hora —le aseguró el capitán. Su voz sonaba tan castigada como lo estaba su cuerpo—. Le recomiendo que vaya recogiendo sus pertenencias. Si pretende llegar a tierra antes de que nos alcance el crepúsculo deberá partir en cuanto echemos anclas. Ya he ordenado que preparen un bote para usted.

—¿Es mucho pedir que alguien me acompañe hasta la playa?

El capitán inspiró con fuerza, y al exhalar escupió un esputo amarillento por la borda.

—Ninguno de mis hombres va a acercarse a esa tierra maldita.

—¿Prefiere perder el bote?

—Solo es un bote. Mejor eso que una vida. O el alma. Ya sabe lo que se cuenta de quienes se atreven a pisar ese lugar.

—Fábulas de viejas —replicó el mago.

—Cuentos de marinos —le rectificó el hombre—. Si llevase navegando tanto tiempo como yo no los desdeñaría con tanta facilidad. ¿Está seguro de querer desembarcar?

—Debo hacerlo. No me queda otra opción.

—Un hombre de su edad no debería adentrarse en ese lugar maldito, especialmente sin protección. En esos bosques hay animales salvajes, y nativos aún más salvajes. Algunos hablan incluso de canibalismo.

—No son los animales los que me preocupan —replicó Suri—. Ni los nativos.

Sus pertenencias eran escasas, y cabían todas en el petate que llevaba consigo, y que ni siquiera se había molestado en deshacer en todo el tiempo que había durado la travesía. En él guardaba un par de mudas, un odre, algo de comida y un puñado de artefactos imbuidos. Dado que su magia no era tan poderosa como antes, había considerado necesario cargar con unos pocos artículos que harían su expedición algo más segura. No sabía a qué distancia se encontraría el lugar al que se dirigía, pero podían ser tanto cinco leguas como doscientas. Y la única forma de alcanzarlo era caminando.

Suri se tomó su tiempo, y al regresar de nuevo a cubierta comprobó que la nave se encontraba mucho más cerca que antes de la costa. Ante ellos un precipicio se alzaba amenazador casi cincuenta varas por encima de sus cabezas, haciendo que la carabela pareciese el juguete de un niño abandonado a su suerte. Gigantescos acantilados mellados de roca negra, plagados de huecos y grietas en los que anidaban gaviotas, cormoranes y albatros, formaban una muralla natural. Los cantos de los pájaros, que al mago le recordaron a una extraña sinfonía disonante, eran arrastrados por la brisa del atardecer que soplaba desde tierra.

El capitán había hecho virar la nave hacia estribor, dirigiéndola hacia la única playa que había a la vista, una pequeña cala de cantos rodados invadida por maderos y restos de algas arrastrados por la corriente. De uno de sus

extremos partía un pequeño camino que serpenteaba por la pared de roca y que seguramente conduciría hasta la cima del acantilado, por donde asomaban las copas de algunos árboles.

—Allí arriba hay vegetación —le dijo al capitán—. Sin duda tiene que haber agua, y probablemente también fruta y algo de caza. Si quisieran podrían aprovisionarse para el viaje de vuelta.

El hombre negó con la cabeza y volvió a escupir. Suri suponía que esa debía ser una tradición náutica para ahuyentar a los malos espíritus, porque más de un marinero lo había hecho al cruzarse con él. Sin duda le consideraban responsable de sus desventuras.

—Los Dioses nos libren de los marinos supersticiosos —refunfuñó dejando al capitán junto a la proa y dirigiéndose hacia el bote que habían preparado para él. La perspectiva de tener que remar hasta la costa hizo que sus doloridas articulaciones latieran con fuerza.

—Anciano, el Erizo permanecerá anclado aquí durante dos jornadas más —le gritó el capitán desde la amura de babor mientras dos de sus tripulantes arriaban el bote—. Mis hombres necesitan descansar, y yo tengo que recuperarme antes de enfrentarme de nuevo a la furia de la tormenta. Zarparemos al alba del tercer día, por si decide cambiar de opinión.

Suri asintió sin molestarse en mirar hacia arriba.

En cuanto el bote tocó el agua, agarró los remos y empezó a bogar hacia la playa.

Tardó casi veinte minutos en tocar tierra, y cuando lo hizo estaba tan agotado que pasó los siguientes quince tratando de recuperar el aliento.

Antes de colgarse el petate al hombro sacó de su interior su odre y tomó un largo trago de agua. Luego tomó un fruto de color morado y se lo llevó a la boca. Se trataba de una *ziguara*, una fruta de origen *lorkin* capaz de proporcionarle suficiente energía para enfrentarse a la escalada que tenía por delante. El fruto era dulce y bastante correoso, por lo que cuando alcanzó la cima del acantilado aún lo seguía masticando.

Para su sorpresa, al detenerse al borde del despeñadero no estaba tan cansado como había esperado. A pesar de todo se sentó en una roca y tomó otro trago de agua mientras echaba un último vistazo hacia el barco.

El Erizo de Mar seguía anclado cerca de la costa, y el bote se mecía frente a la cala. Suri había decidido que no valía la pena remolcarlo hasta la playa, y lo había abandonado a su suerte. Después de todo, si tenía que regresar algún

día a Atroreth no le serviría de mucho. Intentar cruzar el océano en un destartado balandro habría sido descabellado.

Antes de adentrarse en la espesura consultó el amuleto para asegurarse de que avanzaba en la dirección correcta, y cuando estuvo seguro se puso en marcha.

El cielo ya había empezado a teñirse de ámbar y añil cuando alcanzó el linde del bosque. Ante él se alzaba una frondosa selva tropical, un mar de vegetación que abarcaba hasta donde alcanzaba la vista. Su intención era encontrar un lugar en el que poder acampar antes de que cayera la noche. Pero antes debía aprovisionarse de agua. Ya había tomado un par de largos tragos de su odre, por lo que sus reservas estaban peligrosamente menguadas. El calor allí era húmedo y pegajoso, y le hacía sudar a mares. Si no se hidrataba constantemente corría peligro de enfermar.

La selva era espesa, con infinidad de árboles, matojos, lianas y arbustos que se vio obligado a ir apartando a medida que avanzaba. Por suerte su brazo acorazado tenía fuerza suficiente para quebrar ramas, y las espinas y las hojas de las plantas venenosas no hacían mella en él.

Suri había descubierto que cada vez le resultaba más fácil manipular la prótesis. Había tenido semanas para acostumbrarse a ella, y había pasado mucho tiempo practicando distintos movimientos; primero a lo largo del trayecto que le había llevado desde Timar-Kathor hasta las costas de Atroreth, donde había embarcado, y después a bordo del Erizo. De hecho, de no ser por ella, no habría sido capaz de remar hasta la orilla.

Realmente Karáemon y Raslín habían hecho un trabajo magnífico. Suri casi la sentía ahora como una extensión de su propio cuerpo. Incluso había logrado dotarla, enlazando su capa exterior con los receptores de su cerebro, de una especie de sentido del tacto, aunque lo que percibía a través de ella era una sensación mortecina.

Por desgracia el nuevo brazo todavía era algo torpe, y no respondía con la celeridad que él habría deseado, por lo que trazar símbolos con él requería de mucho más tiempo del que normalmente habría tardado en hacerlo solo con la derecha.

«Es algo temporal», se dijo. «Cuanto más practique, más ágil me volveré. Aunque no me servirá de mucho si no consigo recuperar mi poder».

La selva era extremadamente frondosa; tanto, que a duras penas era posible ver el cielo asomando entre las hojas. El calor seguía siendo sofocante pese a

que el sol no llegaba a alcanzar el sotobosque. Pero lo peor de todo eran los mosquitos, enormes criaturas insaciables que se lanzaban contra él en busca de una comida rápida y nutritiva. Tras un par de horas caminando, Suri ya echaba de menos el frío glacial de Timar-Kathor.

Encontrar agua no fue un problema. Uno de los instrumentos que llevaba en su petate era un bastón de madera que vibraba cuando se aproximaba a una fuente de agua, y le condujo directamente hasta un pequeño arroyo que serpenteaba por el interior del bosque. El agua era clara y fresca, pero antes de beberla usó una *piedra vital* para purificarla. Luego le añadió al odre dos gotas del elixir que Akar le había regalado, un preparado que le proporcionaba la vitalidad de un hombre con la mitad de su edad y acallaba sus achaques. No era lo mismo que tener el cuerpo de un joven de veinte años, pero tendría que conformarse con aquello.

La comida tampoco supuso un reto. Llevaba consigo una bolsa de *ziguaras* para emergencias, pero no creía que tuviese que recurrir a ellas, porque había fruta en abundancia colgando de los árboles. El único problema era que la mayor parte le resultaba desconocida, y temía intoxicarse o envenenarse con ella. Pero de ese problema se encargaron los monos que poblaban las ramas más altas de los árboles. El mago dedujo que los animales se concentrarían en torno a los árboles cuyas frutas fuesen comestibles, por lo que también él podría consumirlas sin peligro.

La noche no tardó en caer, pero Suri dio con un claro antes de que la oscuridad le obligara a detenerse. Las condiciones, sin embargo, no mejoraron tras la puesta de sol. Seguía haciendo calor, y la humedad seguía siendo sofocante. Y los mosquitos parecían haberse multiplicado.

Y luego estaban los ruidos. Quizás se debía a que las altas temperaturas diurnas aletargaban a las criaturas de aquel lugar, porque al llegar la noche la selva pareció despertar. Los cantos de cientos de animales distintos –aves, pequeños mamíferos y algún que otro anfibio– se alzaron a su alrededor como un coro.

Suri encendió su *candela* de viaje y la colocó en el centro del claro. Luego sacó de su petate las cinco varas de madera de un palmo de longitud que había guardado en uno de los bolsillos laterales y las fue clavando en el suelo, a intervalos regulares, hasta formar un círculo. Los bastones eran otro artefacto *lorkin*, y al activarlos creaban una barrera mística que impediría que nada se le acercase. Ignoraba si habría depredadores en aquel lugar, pero era

lógico asumirlo. La barrera alcanzaba las dos varas de altura, y no era perceptible a simple vista. Solo sus sentidos aumentados le permitían captar la ligera ondulación azulada del hechizo. No era muy poderoso, pero bastaría para mantener alejadas a las bestias salvajes.

Luego se sentó frente a la *candela*, cerró los ojos y abrió su mente al *Oneiros*.

En el plano onírico la selva brillaba con tanta intensidad que fue casi como tratar de mirar directamente al sol. La magia fluía a su alrededor, libre y salvaje. Se encontraba en los árboles, en las plantas y en las piedras, formando una amalgama de colores y formas extrañas que lastimaba sus ojos y le provocaba mareos. Suri nunca había visto nada igual, ni siquiera en los bosques de Entrorix, el hogar de los druidas, donde el poder parecía latir con vida propia. Pero aquella era una magia conocida, y podía ser manipulada. Esta, sin embargo, se resistió a sus intentos, y Suri fue repelido con violencia cuando trató de usarla.

El estallido de luz fue tan salvaje que consiguió expulsarle del *Oneiros*, y casi le hizo caer de espaldas. La magia que fluía a su alrededor no le había permitido asirla, casi como si rehuyera su contacto.

Casi como si tuviese voluntad propia.

Fue entonces cuando notó que su incursión había tenido efectos inesperados.

La *candela* pulsaba ahora con la intensidad de una hoguera, algo que supuestamente debería ser imposible, y había hecho retroceder las sombras hasta que todo el claro quedó iluminado como si lo bañase la luz del sol; la barrera mística había dejado de ser una leve ondulación para volverse casi sólida; y en uno de sus bolsillos la *semilla de Koriji*, que había llevado consigo para mantener a raya a los depredadores, empezó a silbar por sí sola cada vez más alto.

El bosque entero respondió con aullidos, gemidos y graznidos de protesta.

—Dioses —exclamó respirando con dificultad—. ¿Pero qué diablos...?

Suri se puso en pie y se acercó a la barrera. Cuando posó su mano sobre ella un poder increíble le recorrió las yemas de los dedos y le trepó por el brazo. No era la primera vez que usaba los bastones, pero nunca antes los había visto reaccionar de aquella forma. Era como si su intento de manipular la magia en el *Oneiros* hubiese liberado parte del poder latente en aquel lugar y hubiese alimentado los hechizos y artefactos que se encontraban a su alcance.

Ni siquiera quiso pensar en lo que estaría ocurriendo en aquel momento en el plano onírico.

—Me temo que tendré que evitarlo de momento —dijo con pesar. Aquello suponía un revés. Suri se había habituado a huir de la realidad ocultándose en el *Oneiros*, pero allí no podría hacerlo. No estaba seguro de poder controlar lo que allí ocurría, así que hasta que no descubriese una forma de manipular aquella magia sin perder el control, lo mejor sería no intentar utilizarla.

Durante las dos primeras jornadas de su viaje solo vio vegetación y animales salvajes. La jungla parecía interminable, y no había rastro alguno de presencia humana.

Suri avanzaba durante el día, deteniéndose cada pocas leguas para descansar unos minutos y tomar algo de agua. Su maldito cuerpo no le permitía más. Se alimentaba de frutas, bayas y raíces. Los arroyuelos que fue encontrando en su camino mantenían su odre siempre lleno, y le permitieron pescar algún pez de vez en cuando. Una tarde, incluso, consiguió cazar una especie de roedor de piel acorazada, un animal lento y estúpido que había esperado que su caparazón bastase para protegerle. Suri tuvo que comer su carne sin cocinar, porque no se atrevía a usar su magia para prender una hoguera, y la madera estaba demasiado verde para encenderla con la yesca. Su sabor era atroz, pero al menos le proporcionó suficiente energía para seguir avanzando. Aquello le hizo recordar su infancia, cuando en ocasiones su único alimento había sido la carne de rata cruda.

Al tercer día encontró los primeros signos de civilización.

Se trataba de dos hileras paralelas de adoquines que formaban una especie de sendero a través de la selva. Una antigua calzada, supuso. Las plantas la habían invadido. Pequeños matorros crecían entre las rendijas, y las raíces de algunos de los gigantescos árboles que la flanqueaban habían levantado algunas losas, combando su irregular superficie. Suri decidió seguir el sendero, y tras un par de leguas empezó a toparse con pequeños promontorios, rocas apiladas de forma desordenada cubiertas de tierra y maleza. Las piedras tenían formas regulares, por lo que dedujo que habrían sido talladas por el hombre. Tal vez pertenecerían a edificaciones abandonadas cientos de años atrás que la selva había reclamado para sí.

Tras dos días siguiendo el sendero, Suri hizo su mayor descubrimiento.



Durante toda la mañana la calzada había discurrido por una zona ondulada, probablemente un paso entre montañas, pero al llegar la tarde el terreno dio paso a una explanada que, poco después, se abría a un amplio y profundo valle.

El camino terminaba abruptamente frente al pórtico de una enorme muralla de piedra medio derruida que en algunos lugares alcanzaba las cinco varas de altura y que parecía rodear casi todo el valle. Pero no había portones de madera impidiendo el paso, y su dintel se había desprendido y reposaba ahora en el suelo, bloqueando parte del camino. Suri tuvo que trepar sobre la pila de rocas para poder continuar.

Fue entonces cuando vio los símbolos grabados en las piedras.

Se arrodillo y los estudió con detenimiento. No se parecían a nada que hubiese visto antes. Se trataba de un lenguaje desconocido, probablemente el de la gente que había construido, y después abandonado, aquel lugar.

Suri contuvo el aliento con reverencia cuando alzó la vista y descubrió lo que se ocultaba tras las murallas. Era una ciudad, un bastión que podría haber competido con la propia Hefestia en cuanto a tamaño y esplendor.

La calzada estaba formada por grandes bloques de granito pulido recortados a la perfección, de modo que el espacio entre ellos era prácticamente inexistente. La mayoría de construcciones que aún seguían en pie eran de piedra caliza y arenisca, aunque algunas, las más lujosas, estaban edificadas con mármol de diferentes tonos, desde el blanco más puro al verde aguamarina incrustado con vetas de oro.

La selva también había invadido la ciudad amurallada, causando estragos y salpicándola de verde. Plantas y árboles de distintos tamaños, algunos con aspecto de ser centenarios, crecían por doquier; en mitad de las calzadas, entre los edificios y en los patios y jardines de las casas. Unos pocos brotaban incluso del interior de algunas viviendas, atravesando sus tejados y derrumbando muros con sus gruesos troncos y pesadas ramas.

Los edificios más grandes habían conseguido sobrevivir más o menos intactos al paso del tiempo y al exuberante crecimiento de la vegetación, aunque sus paredes habían quedado sofocadas por la maleza. Plantas trepadoras y lianas los abrazaban y se enredaban en torno a ellos como una manta en invierno.

Una estructura en el centro del valle le dejó sin respiración. Se trataba de una gigantesca pirámide escalonada de unas setenta varas de altura rematada

en una especie de templete cuadrado con aberturas en sus cuatro caras. Suri se encaminó hacia ella, dispuesto a trepar hasta su cima. Seguramente desde allí tendría una increíble panorámica de la ciudad.

Tardó casi media hora en llegar a la plaza en la que se alzaba la construcción, y otros diez minutos en alcanzar su cima. Pese a que había descansado antes de emprender la ardua tarea de escalar su empinada escalinata, llegó agotado a la cumbre; con los músculos de las piernas latiendo de dolor y la respiración entrecortada.

La vista desde allí era tal y como había esperado: asombrosa.

La ciudad se extendía por el cóncavo valle de forma parecida a como lo hacía Timar-Kathor, aunque la vegetación aquí era tan densa que en algunos lugares resultaba imposible determinar dónde acababa la metrópolis y dónde comenzaba la selva. Tuvo que rodear el templo para poder abarcar toda su extensión, y fue entonces cuando descubrió en uno de sus extremos el enorme lago de aguas cristalinas que probablemente habría abastecido a la población.

Suri comprobó su brújula. Estaba claro que aquel no era el lugar al que se dirigía, porque la aguja seguía apuntando hacia el oeste.

«Aquí debían de vivir miles de personas», pensó.

¿Qué había ocurrido con ellas? ¿Qué habría impulsado a aquella gente a abandonar la ciudad? ¿Habrían perecido todos sus habitantes, o acaso se habían visto obligados a huir de allí? Y si ese era el caso, ¿qué les habría empujado a hacerlo? ¿Y dónde habían ido?

Demasiadas preguntas sin respuesta. Demasiados misterios.

Quizás, si seguía investigando, encontraría alguna explicación.

Tras descansar unos minutos y casi vaciar su odre, se dispuso a inspeccionar el templo.

En el centro del edificio, cuyo techo se alzaba casi cuatro varas por encima de su cabeza, había un altar de mármol con un agujero tallado en su centro. De haber tenido que deducir lo que era, Suri habría dicho que se trataba de una especie de desagüe. Sus bordes estaban teñidos de bermellón, y no necesitó analizar la sustancia para saber que era sangre.

Aquello debía ser alguna clase de altar de sacrificio. Al parecer los habitantes de aquel lugar habían practicado algún tipo de magia de sangre, aunque su aroma residual había sido borrado por el tiempo.

Las paredes del templo estaban plagadas de símbolos similares a los del dintel de la muralla y de bajorrelieves cubiertos de musgo y enredaderas.

Había muchas formas talladas en la piedra, pero predominaban las serpientes, por lo que supuso que aquella gente debía adorar a alguna especie de deidad reptiliana.

Suri arrancó un puñado de plantas con cuidado de no estropear aún más los grabados, y dejó al descubierto una serie de pinturas que mostraban a criaturas con cuerpo humano y cabeza de animal. Debían estar realizando alguna clase de ritual mágico, porque de sus manos parecían brotar nubes de colores que le hicieron pensar en *táumators*, a pesar de que no se parecían en nada. Debía tratarse de un tipo de magia desconocido para él, uno que no había visto antes. Las nubes, o lo que fueran aquellos destellos de color, también tenían forma de animales. Suri reconoció un águila roja, una especie de enorme felino de color azul y un oso verde.

—Extraño —musitó.

Estaba claro que aquella gente podía utilizar la magia. Quizás lo que acabó con ellos o les obligó a abandonar la ciudad era de origen místico.

Le estaba dando vueltas a aquello cuando un bramido parecido al rugido de un trueno se extendió por todo el valle. Suri se apresuró hacia la abertura más cercana y trató de localizar su procedencia.

Una espesa nube de polvo se alzaba en la distancia, junto a lo que parecía ser una especie de plaza amurallada que milagrosamente había escapado a la invasión de la vegetación. Pero cuando sus ojos se acostumbraron a la distancia descubrió que lo que la rodeaba no era una muralla, sino un muro escalonado que le hizo pensar, por su forma y distribución, en un anfiteatro.

En su interior, Suri creyó reconocer una figura humana.

Rebuscó en su petate hasta que dio con la piedra circular que tenía un agujero en el centro; su *ojo de halcón*. La había comprado tiempo atrás en el Mercado Fugaz, y de acuerdo con el vendedor permitía poder ver en la distancia. Cuando se lo acercó al ojo la figura se volvió nítida, y pudo distinguir a una joven de largos cabellos negros trenzados con plumas vestida con pieles y ornamentada con abalorios de jade y turquesa. La joven asía una lanza de forma amenazadora. En su muslo, una herida sangraba profusamente. Parecía como si estuviese huyendo de algo, porque sus ojos no dejaban de moverse de forma nerviosa, explorándolo todo a su alrededor.

Suri devolvió el *ojo de halcón* a su petate y empezó a descender trabajosamente las escaleras. Si la muchacha estaba en peligro debía tratar de ayudarla. Aquella era la primera persona con la que se había topado desde

que había pisado la playa, y quizás formase parte de la tribu que estaba buscando. No podía perder la oportunidad de comprobarlo.

—Maldita sea —resolló mientras bajaba con dificultad la escalinata de la pirámide. Sus muslos protestaron por el esfuerzo, y el espeso y pegajoso aire pareció rasparle la garganta—. Ya estoy demasiado viejo para esto.

Un chillido agudo le perforó los tímpanos, y el mago apretó el paso, rezando por llegar a tiempo.

## El Géñitor

Su cabeza palpitaba con un pulso rítmico que resonaba como salvas de cañón. Con cada latido una punzada de dolor parecía taladrarle el cráneo. Antes incluso de abrir los ojos, Alia percibió la mezcolanza de olores. Reconoció, entre otros, los del hinojo, la hierbabuena, la manzanilla, la salvia y el romero. Por un momento llegó a pensar que estaba de vuelta en casa de sus tíos, y que aquellos aromas procedían del jardín de su madre. Pero eso era imposible. Hacía años que no había vuelto a pisar la granja.

—¿Dónde...? —balbuceó confundida. Estaba tumbada en una cama, de eso estaba segura, aunque no era la suya. Debía encontrarse en una habitación bastante grande, porque el eco de sus palabras resonó por toda la estancia.

Su cabeza empezó a aclararse, y los recuerdos de aquella tarde —¿seguía siendo el mismo día?— acudieron en tropel: el corredor subterráneo, el suelo sacudiéndose bajo sus pies, rocas lloviendo del cielo... y aquellos extraños ojos rojos brillando en la oscuridad como *candelas* en la noche.

¿Qué había ocurrido en los túneles?

¿Cómo había salido de allí?

Parpadeó un par de veces, y cuando su vista se aclaró exploró la habitación con la mirada. Se trataba de una sala rectangular con paredes blancas y techos altos. Por desgracia aquello era todo lo que abarcaba su campo de visión.

Trató de incorporarse, y un estallido de dolor le arrancó un gemido quejumbroso e hizo que lágrimas acudieran a sus ojos. Recordaba que una piedra le había golpeado en el hombro al caer. Quizás le había roto la clavícula, o tal vez le había dislocado el brazo.

Desistió de su intento. Estaba claro que no podría levantarse sin ayuda. Pero no quería quedarse acostada. Le parecía que así estaba demasiado expuesta; indefensa. Así que se mordió el labio para acallar el dolor y se arrastró como pudo sobre las sábanas hasta que se quedó sentada con la espalda apoyada contra el cabecero.

—Yo intentaría no moverme demasiado —le advirtió una voz a su izquierda. Alia se volvió con cuidado hacia el desconocido que acababa de hablar. Se trataba de un joven algo mayor que ella, de unos veinticinco o veintiséis años de edad. Era delgado como el palo de una azada, y sus brazos

eran tan pálidos que Alia dudaba que hubiesen visto la luz del sol en años. Tenía las manos vendadas y el rostro enrojecido. Su cabello era de un rubio muy claro, casi blancuzco, aunque carecía de cejas—. La profesora Skotare te ha soldado el hueso fracturado —le explicó—, pero aún está algo tierno. Si lo fuerzas te arriesgas a arruinar su trabajo.

—¿Qué lugar es este? —le preguntó palpándose con cuidado la zona dolorida. Una venda la cubría. Descubrió entonces que ya no llevaba puesta su túnica, sino una especie de batín blanco de un tejido fino.

—La enfermería —respondió él dejando el libro que estaba leyendo sobre sus piernas. Alia frunció el ceño—. Es donde traen a los heridos y a los aprendices poco cuidadosos —sonrió él, una sonrisa franca y cálida—. ¿No habías estado nunca en una enfermería? ¿O en un hospital?

Alia negó con la cabeza, y enseguida se arrepintió de haberlo hecho, porque el dolor se extendió por su cuello como un latigazo.

—No soy propensa a enfermar —le explicó—. Y cuando de pequeña me rompía algún hueso, el sanador de la comarca venía a nuestra casa a curarme.

—¿Solías romperte los huesos a menudo? —preguntó él con una sonrisa torcida.

—Crecí en el campo —respondió ella como si eso lo explicase todo.

El joven asintió de forma distraída y regresó a su lectura. Alia se preguntó cómo se las arreglaría para pasar las páginas con las manos envueltas en gasas.

—Me llamo Alia. Alia Beleón —se presentó tras un largo silencio. El chico la miró, sonrió y asintió de nuevo antes de devolver su atención al libro—. Lo cortés en estos casos suele ser una respuesta recíproca —le dijo ella un poco molesta. El muchacho alzó la vista y arqueó una ceja como si el significado de sus palabras se le hubiese escapado—. Tu nombre —tuvo que explicarle.

—Oh, claro. Deimos. Me llamo Deimos. —Alia estaba segura que, de no tener el rostro tan rubicundo, el muchacho se habría sonrojado—. Lo siento —se disculpó—. No soy conocido precisamente por mis habilidades sociales.

—Encantada —dijo Alia—. ¿Qué te ha pasado?

—Que al parecer no fui lo bastante cuidadoso —respondió él alzando una mano vendada—. Un consejo: cuando trabajes con fuego cerca de sustancias inflamables, no te distraigas —le recomendó—. ¿Y a ti qué te ha ocurrido? He visto al profesor Bretanius y a dos miembros de la Guardia Blanca traerte en una camilla hará un par de horas. ¿Qué ha sido, un hechizo descontrolado?

—Nada de eso. Al parecer tampoco yo fui lo bastante cuidadosa —le parafraseó ella con una sonrisa—. Un consejo: cuando te encuentres en un pasadizo subterráneo, procura evitar los desprendimientos.

—Lo tendré en cuenta —asintió él antes de volver a enterrar su nariz en el libro.

Alia parpadeó, perpleja. Al parecer era cierto que Deimos carecía de habilidades sociales. En cualquier otra persona, su comportamiento le habría parecido una grosería.

—¿Eres un aprendiz? —le preguntó pasados unos minutos. Por alguna razón aquel silencio la incomodaba. Alia estaba acostumbrada a la soledad, aunque era incapaz de permanecer callada cuando estaba en compañía de alguien. Su tío le había enseñado las reglas de la cortesía, y las charlas cordiales formaban parte de esas enseñanzas.

—Graduado —respondió él sin molestarse en mirarla.

—¿No eres muy joven para ser un graduado?

—¿Y tú, no eres muy mayor para ser una alumna de primero? —le preguntó Deimos con una sonrisa pícaro. Sus profundos ojos azules le recordaron a los de Suri, y Alia sintió un extraño aleteo en la boca del estómago.

—¿Cómo sabes que soy una alumna de primero?

—Sé muchas cosas, Alia Beleón —respondió él crípticamente, bajando la voz. Era una voz agradable, con una cadencia suave y un timbre envolvente—. Por ejemplo: ¿sabías que de los ciento cuarenta y siete símbolos mágicos conocidos hay diecinueve que solo aparecen una única vez en todos los hechizos registrados a lo largo de la historia? ¿O que los hechizos de invocación y los que se usan para abrir un *portal* de paso comparten cinco de sus ideogramas?

—Pues no, no lo sabía —admitió Alia—. Aunque alguien me dijo una vez que las invocaciones son en realidad *portales* a otras dimensiones —le explicó, recordando lo que le había explicado Suri.

—¿En serio? —Deimos se olvidó de su libro y se volvió hacia ella, aparentemente muy interesado—. Yo propuse esa misma teoría al Consejo hace meses, tras el ataque a la ciudadela, pero los ancianos la descartaron. Dijeron que era ridícula. Pero claro, seguramente no sabes de lo que estoy hablando. El ataque tuvo lugar antes de que tú llegases a la Academia —añadió. Y entonces, para su sorpresa, le guiñó un ojo.

¿Qué había querido insinuar con aquello? ¿Acaso sabía la verdad sobre

ella?

Eso la preocupó.

—Si eres un graduado, ¿qué haces todavía en la Academia? —le preguntó cambiando de tema. Si Deimos sabía quién era ella en realidad, lo mejor sería mantener la conversación alejada de ese tópico.

—Bueno, es imposible aprenderlo todo en diez años. Llevamos siglos manipulando la magia, y hay técnicas y hechizos que se usaban en la antigüedad que se han perdido con el tiempo. Uno nunca sabe lo que va a descubrir en alguno de los miles de volúmenes que hay en la biblioteca.

—Yo creía que tras la graduación todos los magos abandonaban la Academia.

—La mayoría lo hace, pero unos pocos, los que desean alcanzar el grado de Archimago, permanecen en la ciudadela. Después de todo, este es el mayor centro de conocimiento mágico de todo Atroreth.

—¿Es eso a lo que aspiras, a convertirte en Archimago?

—No digas tonterías —sacudió él la mano—. Solo aquellos con ambiciones políticas aspiran a ocupar ese cargo.

—¿Y a qué aspiras tú?

—Yo soy curioso por naturaleza. Tengo una mente inquisitiva, y me lo cuestiono todo. ¿Por qué unas combinaciones de símbolos funcionan en un hechizo y otras no? ¿Por qué al remplazar uno de ellos el resultado es completamente distinto al original? ¿Por qué es necesario dibujarlos, darles forma física, para que tengan efecto? ¿Te lo has preguntado alguna vez? —Alia negó con la cabeza—. No, supongo que no. Después de todo, no conozco a demasiada gente que lo haga. En la Academia nos enseñan muchas cosas, pero por desgracia no nos enseñan a pensar. Y con sus métodos encorsetados no dejan espacio para la improvisación y la experimentación. Reprimen la curiosidad y la inventiva de los aprendices, que solo pueden explorar realmente los límites de la magia una vez se han graduado. Por desgracia, para entonces la mayoría ya están tan enredados en el Juego de las Casas que dejan de interesarse por el aprendizaje. Ni siquiera se molestan en tratar de averiguar cómo se hacían las cosas hace un siglo, o por qué unos hechizos han acabado remplazando a otros que lograban el mismo efecto. ¿Sabías que se pueden usar cuatro *táumators* diferentes para invocar una tormenta? ¿Por qué los profesores solo enseñan uno de ellos? Es precisamente esa desidia la que ha provocado el estancamiento del Arte.



Alia estaba de acuerdo con Deimos, aunque por motivos algo distintos. Desde que había entrado en la Academia toda su experiencia con la magia había estado supervisada y controlada por los profesores, y todo lo que había aprendido estaba escrito en polvorientos y añejos volúmenes. Quizás hasta ese momento no supiese nada sobre la falta de improvisación o experimentación de los magos de la Academia, pero sabía que existían muchas clases de magia que los ancianos ignoraban y despreciaban.

Eso hizo que el recuerdo de Suri regresase a su memoria.

Pensó en lo que el mago le había contado aquella tarde en la cueva de los *lorkin*, en cómo la estrechez de miras de Archimagos e Inquisidores había relegado otras formas de magia al ostracismo.

«A la Inquisición no le interesa que se sepa, por eso las mantienen en secreto», le había explicado. «Para ellos es mucho más importante mantener el statu quo y que la gente siga supeditada a ellos».

—¿Y no has pensado en estudiar alguna de las otras variantes de magia? — le preguntó entonces. Los ojos del muchacho se abrieron como platos, y Alia le vio barrer la sala con la mirada.

—La enseñanza de esas magias está prohibida por la Inquisición — respondió él bajando la voz—. Incluso hablar de ellas podría suponer tu expulsión de la Academia.

—Prohibidas en Atroreth —le recordó ella—. Si de verdad quisieras podrías viajar a otros lugares para hacerlo.

—Quizás —meditó el muchacho—. Pero todavía me queda mucho por aprender sobre la taumaturgia, así que de momento prefiero seguir centrándome en ella.

—Yo conozco a alguien que domina varias formas de magia, y eso no impide que siga experimentando con la taumaturgia y aprendiendo de ella — dijo Alia pensativa.

—¿De veras? ¡Qué interesante! Me gustaría mucho conocer a ese amigo tuyo.

—Yo no he dicho que fuese un hombre —sonrió Alia.

—¿En serio? —respondió Deimos con otro guiño cómplice.

En ese momento la puerta de la sala se abrió, y un anciano bajito y rechoncho con una espesa mata de pelo blanco y una tupida barba que le llegaba hasta el pecho entró caminando con paso renqueante.

—¡Profesor Bretanius! —exclamó Alia cuando reconoció a su patrocinador.

—Alia, muchacha. ¿Cómo te encuentras? Nos has dado un susto de muerte. A la joven no se le escaparon la mirada de desconfianza que Bretanius le lanzó a Deimos ni la mueca de desagrado que asomó a su rostro. En cuanto llegó junto a la cama el anciano trazó un *táumator* con una mano, y una barrera de aire opaco se alzó alrededor de la cama, aislándoles del resto de la sala.

—¿Profesor? —se sorprendió Alia. Lo que acababa de hacer el anciano le había parecido muy descortés. Bretanius lanzó una última mirada a Deimos a través de la barrera. Su rostro aparecía difuminado, como percibido a través de una cortina de agua turbia, aunque estaba claro que les estaba observando.

—Ahora ya no puede oírnos —masculló el Archimago. En su voz había una nota de desprecio—. No te conviene relacionarte con ese joven, Alia. No es recomendable.

—¿A qué se refiere?

—Hay cosas que no sabes sobre él. La gente con la que se relaciona...

—¿Ahora va a decidir también mis amistades? —replicó Alia algo ofendida. ¡Pues solo le faltaba eso!

—No lo entiendes, muchacha. Ese joven es un Génitor.

—¿Qué es un Génitor?

—Los Génitor son infrecuentes. Se trata de magos que perciben la magia de forma peculiar, y suelen poseer la habilidad de innovar, de crear nuevos hechizos y de buscar nuevos usos o aplicaciones para los artefactos imbuidos. Deimos fue el inventor de las *caracolas de comunicación*, tan de moda hoy en día entre los aprendices, y de otros tantos artefactos mágicos, algunos de los cuales no se han hecho públicos por lo peligrosos que pueden resultar. Tu amigo Suricata también es uno de ellos.

—¿Y eso es malo? —replicó Alia a la defensiva. Si Deimos se parecía en lo más mínimo a Suri, no solo no se mantendría alejada de él, sino que trataría por todos los medios de hacerse amiga suya.

—No es malo de por sí —respondió el anciano—. Pero ten en cuenta a quién presta sus servicios. Piensa en ello. ¿Quiénes fueron los primeros en usar las *caracolas*?

Alia trató de recordar la primera vez que había visto uno de esos artefactos. Había sido allí mismo, en la Academia, cuando estaba encerrada en una celda siendo interrogada por...

—¡Tremeler! —exclamó—. ¡La Inquisición!

—Exacto —asintió Bretanius—. Y ya sabes lo que opinan sobre ti. No voy a dictar con quien puedes o no puedes relacionarte, pero si hablas con él, mide tus palabras.

—¿Cree que sabe quién soy en realidad? —preguntó preocupada. Ahora sus guiños aparentemente cómplices tenían un sentido mucho más siniestro.

—Es posible —dijo el anciano mesándose la barba de forma distraída—. Es posible —repitió—. Pero dejemos eso de momento. ¿Cómo te encuentras?

—Podría estar peor —respondió. Tuvo que reprimir un gemido cuando el hombre tocó su hombro de forma tentativa—. ¿Fue usted quien me encontró? Recuerdo haber usado mi *caracola* cuando quedé encerrada en aquel pasadizo. ¿Escuchó mi llamada?

—Me temo que no, pequeña. Pero sí, fui yo quien te encontró.

—Entonces, ¿cómo...?

—¿Sabía que estabas en problemas? —la interrumpió él—. En realidad no lo sabía. Lo único que detecté fue un estallido de magia. Cuando el Consejo te impuso sus condiciones para tu admisión te lanzaron un hechizo que me advertiría si usabas tu magia fuera de las aulas. Cuando fui en tu busca creí que estabas practicando sin la supervisión de uno de tus profesores, y me disponía a reprenderte. Imagina mi sorpresa cuando me encontré el túnel bloqueado por los cascotes. ¿Qué ocurrió, pequeña? ¿Trataste de lanzar un hechizo y perdiste el control? Si es así, creo que esto te habrá enseñado una lección.

Alia se lo quedó mirando, atónita. ¿De verdad el anciano creía eso?

—No fui yo, profesor. Yo no hice nada. El suelo tembló, y el túnel empezó a derrumbarse sobre mi cabeza, pero le juro que no hice nada.

—Vamos, vamos —le palmeó las manos. En su voz había reproche y un cierto tono condescendiente—. No tienes por qué mentir. Como te acabo de decir pude detectar la descarga, y está claro que fue cosa tuya. He vuelto a estudiar el derrumbe, y toda la magia presente en el corredor tiene tu signatura. Dime la verdad. ¿Trataste de lanzar un hechizo?

—¡No! —insistió Alia—. Jamás se me ocurriría hacer algo así. Sé lo peligroso que es intentar hacerlo sin supervisión, y...— y entonces se le ocurrió—. ¿Es posible que...? —dudó—. ¿Es posible que mi poder se haya vuelto a descontrolar? ¿Que lo haya hecho sin darme cuenta?

—No podemos descartarlo. Aún no entendemos del todo de dónde procede tu magia, o por qué se comporta como lo hace —dijo el anciano

pausadamente, como si estuviese hablando con un niño pequeño. Eso la molestó—. Quizás lo ocurrido es solo otra forma de expresarse, como tu habilidad para anular los hechizos. No sabemos lo que puede hacer cuando se descontrola, ya viste lo que pasó cuando te atacó aquella bestia, la de piel gris.

—Pero cuando interrumpo un hechizo puedo notarlo. Soy consciente de lo que está ocurriendo —protestó ella.

—¿Y siempre lo has sido?

La pregunta quedó suspendida en el aire. Alia no se atrevía a responder, porque sabía que no era así. Durante años ni siquiera había sido consciente de lo que le estaba pasando, aunque con el tiempo había aprendido a reconocerlo.

—Bueno, al menos ahora podré tranquilizar al Consejo. Tras el incidente algunos han insistido en que no deberíamos haber aceptado tu ingreso en primer lugar.

Alia agachó la cabeza, y de no haber sentido tanto dolor habría tratado de hundirla entre los hombros.

¿De verdad su poder estaba cambiando, evolucionando? ¿Habría sido esa fuerza salvaje, casi viva, que sentía en su interior la culpable de todo?

—Lo importante es que estás bien. O todo lo bien que puedes estar dadas las circunstancias —prosiguió Bretanius—. Tuviste mucha suerte. Podrías haber quedado sepultada por las rocas, o haber quedado atrapada sin aire en aquel pequeño hueco. Por fortuna uno de los derrumbes no bloqueó del todo el corredor; de lo contrario podrías haber muerto asfixiada.

Alia le miró extrañada. Todavía recordaba los dos montones de rocas que habían bloqueado el túnel, emparedándola. Allí no había quedado ningún hueco, como afirmaba el anciano. Recordaba perfectamente el mareo, la sensación de ahogo que había llegado con la falta de aire. Y también recordaba el sonido de alguien escarbando.

Pero si no había sido Bretanius quien había abierto el paso, ¿quién había sido?

Entonces recordó aquellos ojos, aquellos destellos rojos en la oscuridad.

Al principio había creído que era cosa de su imaginación, una jugarreta de su mente provocada por la falta de oxígeno. Pero ¿y si se equivocaba? ¿Y si había alguien —algo— más allí con ella? ¿Y si quien había intentado acabar

con ella —porque cada vez estaba más segura de que se trataba de eso— había enviado a una criatura para asegurarse de que no saliera de allí con vida?

Pero lo había hecho. Seguía viva. Así que aquello no tenía demasiado sentido.

Tal vez la llegada del anciano había asustado a la criatura, y esta no había podido acabar su trabajo. ¿Pero acaso no la habría visto Bretanius cuando había acudido en su ayuda? ¿No habría percibido el mago otra presencia en los túneles?

Demasiadas preguntas, y muy pocas respuestas.

Lo que estaba claro era que aquello había sido obra de alguien más. Estaba segura.

Por más que el anciano jurase que la magia que había causado el derrumbe era la suya, Alia estaba convencida de que no era así. Alguien había intentado acabar con ella; tal vez la misma persona que había estado dejando animales muertos frente a su puerta.

¿Se trataría de Pernaces Minari? Los Dioses sabían que el León se la tenía jurada, así que no le habría sorprendido descubrir que se encontraba tras el derrumbe.

Fuera como fuese, Alia estaba segura que quien fuera volvería a intentarlo en cuanto descubriese que su plan había fracasado. Solo que esta vez ella estaría preparada.

Esta vez le estaría esperando.

Bretanius se marchó poco después, en cuanto se hubo asegurado de que su clavícula estaba cicatrizando como era debido y hubieron acordado lo que debía contar si alguien le preguntaba. Deimos seguía enfrascado en su lectura, y ni siquiera le dedicó al Archimago una segunda mirada cuando abandonó la enfermería. Tampoco intentó reanudar su conversación con ella. Alia no sabía si eso tendría algo que ver con el hecho de que el mago lo hubiese aislado a propósito de su conversación o si era simplemente la falta de sociabilidad del muchacho, así que no le dio importancia.

De todas formas, aquello fue casi un alivio. Si era cierto que el Génitor colaboraba con la Inquisición, como su tutor había asegurado, Alia no quería saber nada de él.

«Quizás por eso sabe quién soy», se dijo. «Tal vez los Inquisidores, viendo que no pueden arrestarme como pretendían, le han encargado vigilarme e informar sobre mí».

Pero ¿por qué razón?

Bretanius le había dicho que el propio Inquisidor Supremo había retirado los cargos contra ella, así que no tenía sentido que la hiciese vigilar. Tal vez lo que querían era dar con Suri, y creían que ella les conduciría hasta él.

«Pues buena suerte con eso», pensó.

Cuatro meses y ni una sola noticia. Ni un triste mensaje.

«Maldito mago arrogante, cretino y pagado de sí mismo».

Fuera como fuese, debía permanecer alerta. Se enfrentaba a alguien que pretendía acabar con ella. Y además debería andarse con pies de plomo, porque si Bretanius tenía razón, cada una de sus acciones estaba siendo registrada, estudiada y posiblemente preparada para ser usada en su contra.

«Y pensar que he estado a punto de hablarle de Suri...», se reprendió.

—Voy a entrar le guste o no —escuchó a alguien decir al otro lado de la puerta. La voz pertenecía a una mujer joven, y hablaba tan alto que casi parecía encontrarse dentro de la sala—. Y si tiene algún problema, hable con mi abuelo. No, espere, lo haré yo misma.

Alguien respondió, aunque lo hizo en voz tan baja que Alia no consiguió entenderle.

Poco después la puerta se abrió, y Bri entró como un torbellino en la enfermería.

—¿Te lo puedes creer? El guardia de la puerta no quería dejarme pasar.

—¿Guardia? —se sorprendió Alia—. ¿Hay un guardia en la puerta?

—Supongo que el Consejo debe temer que vayas a echar abajo también la enfermería —sonrió con mordacidad.

—Así que ya te has enterado...

—¿Bromeas? Es un secreto, así que probablemente toda la ciudadela lo sepa ya. Pero no te preocupes, eso no es tan malo —la tranquilizó Bri al notar su gesto de preocupación—. Acabas de hacerte famosa de la noche a la mañana. Aquellos que pretendan meterse contigo, como el idiota de Pernaces, ahora se lo plantearán dos veces.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de extraordinario lo que ha ocurrido?

—¿De verdad no lo sabes? —sonrió Bri—. Pues que te has cargado uno de los túneles que supuestamente están protegidos por hechizos de refuerzo que llevan ahí desde hace más de quinientos años. El Consejo ha tratado de convencernos de que los puntales mágicos que mantienen el túnel han fallado por alguna razón, y que el derrumbe ha ocurrido por causas naturales; pero

nadie se lo cree. Vamos, esas rocas llevan tanto tiempo ligadas a la magia estructural que es imposible que se muevan por si solas. Eso es teoría básica del *imbuismo*, un alumno de primer año lo sabría. No me puedo creer que esperen que nos lo traguemos. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor —sonrió Alia—. El hombro casi no me duele.

—La verdad es que tienes muy buen aspecto para haber estado a punto de morir sepultada. Debe haber sido una experiencia traumática. Recuerdo que una vez, siendo pequeña, el capullo de mi hermano... ¿puedo llamarle capullo o es demasiado grosero para una dama? No importa —prosiguió sin esperar una respuesta—. Pues eso, que el muy capullo usó su magia para encerrarme en una gruta que había cerca de nuestra residencia de la playa, en Rhodesia. ¿Te lo puedes creer? Yo debía tener siete u ocho años, pero aún recuerdo la sensación de ahogo al intentar respirar, lo opresivas que resultaban las paredes, y la oscuridad. Dioses, la oscuridad fue lo peor. Después de eso tuve que dormir con una *candela* prendida durante casi un año, y todavía me pongo nerviosa en los espacios cerrados. Cómo odio a ese capullo. —Bri se sentó junto a ella en la cama y dejó descansar una de sus manos sobre las suyas—. En serio, ¿estás bien? ¿Necesitas algo?

—Me conformo con poder regresar a mi habitación —respondió ella echando un rápido vistazo hacia la cama de al lado. Bri ni siquiera parecía haber reparado en la presencia del Génitor, y Deimos tampoco le prestó la más mínima atención a su amiga.

Su amiga. Qué extraño sonaba aquello.

—Bueno, si la que te ha atendido es la profesora Skotare, hoy dormirás en tu cuarto, y mañana estarás de regreso en clase. Es una de las mejores sanadoras de la Academia. Y hablando de regresar a clase: había oído decir que a los alumnos de primer año los enterraban en tareas, pero hasta ahora nadie se lo había tomado de forma tan literal.

Las dos se miraron unos segundos, y finalmente ambas estallaron en carcajadas.

—En serio, ¿qué ha ocurrido? Por ahí dicen que has intentado usar magia sin supervisión y que has perdido el control, pero a mí no me parece que seas tan estúpida como para hacer algo así. Por favor, dime que no me equivoco.

—No te equivocas. En realidad no sé lo que ha ocurrido. Iba de regreso a la casa común cuando el suelo ha temblado y el techo ha empezado a derrumbarse sobre mi cabeza. Pero yo no he hecho nada, te lo juro. El

profesor Bretanius dice que mi magia se ha descontrolado de alguna forma. Dice que a veces pasa entre algunos aprendices que han descubierto demasiado tarde sus habilidades —añadió ciñéndose a la historia que le había pedido el anciano que contara. No le hacía gracia tener que mentirle a su nueva amiga, pero no podía arriesgarse a desobedecer a su tutor.

—Debes ser muy poderosa. Por lo que tengo entendido eso solo pasa entre los magos más dotados. Ahora entiendo que el viejo Bretanius te patrocinara.

Alia sintió que le ardían las mejillas, aunque no era por lo que acababa de decir Bri. En realidad se sentía avergonzada por tener que mentir.

—Poderosa, y además modesta. Me gusta. Por desgracia la modestia no es una virtud muy apreciada entre los de mi clase. Ahora debo irme, me esperan en el refectorio. Sí, lo sé... pero si no hago acto de presencia empezarán los rumores. Seguro que a Pernaces le encantaría inventar más patrañas sobre mí. ¿Estarás bien? ¿Necesitas algo?

—Necesito salir de la Academia, aunque solo sea por unas horas. Llevo cuatro meses encerrada entre estos muros, y empiezo a sentirme como una prisionera. Pero me temo que no hay nada que tú puedas hacer al respecto.

—Te equivocas. Y precisamente aquí tengo la solución —sonrió Bri. Entonces sacó algo de uno de los bolsillos de su túnica. Se trataba de un sobre de color marfil—. ¿No es una maravillosa coincidencia? Tú necesitas salir de aquí, y resulta que mi cumpleaños es dentro de dos semanas. Mi familia va a organizarme una fiesta, un baile al que acudirá... bueno, todo el que es alguien en Hefestia. Me gustaría que fueses mi invitada —le pidió entregándole el sobre. Alia lo estudió. El papel era de calidad, y estaba lacrado con un sello de cera roja. Algo en su diseño le resultó familiar, aunque en aquel momento no supo reconocerlo.

—¿Estás segura?

—¡Por supuesto! Eres mi amiga, ¿no? Además, estoy deseando ver la cara de mi madre cuando se entere de que mi mejor amiga es una chica de campo —añadió con una sonrisa maliciosa.

Alia no supo cómo tomarse aquello. Por un lado le molestaba que Bri quisiera utilizarla para fastidiar a su madre, pero por el otro aquello también le provocaba cierta satisfacción. Después de todo, ¿cuándo volvería a presentársele la oportunidad de pasarles la mano por la cara a algunos de esos petulantes miembros de las Casas?

Pero había un problema: la prohibición de abandonar la ciudadela; y así se



lo dijo a Bri.

—Oh, no te preocupes por eso. Hablaré con mi abuelo. El viejo siente debilidad por mí, y no me lo podrá negar; especialmente el día de mi cumpleaños.

—Está bien —aceptó Alia— Estaré encantada de acudir. Pero hay un problema: no tengo nada que ponerme.

—No te preocupes —Bri le guiñó un ojo—. Yo me encargo de eso. Ya verás, vas a ser la sensación de la fiesta. La misteriosa patrocinada de la Academia. Se van a volver locos contigo, especialmente los chicos.

Sin decir nada más, Bri se levantó y se encaminó hacia la salida.

—Nos vemos mañana en el Olimpo —se despidió con la mano antes de cruzar la puerta.

Alia se quedó sentada en su cama jugueteando con el sobre lacrado. Finalmente lo abrió y extrajo de su interior una elegante tarjeta decorada con filigranas de oro. En gráciles letras cursivas podía leerse lo siguiente:

“Está cordialmente invitado al baile de gala que se celebrará la próxima saturnalia 15 de enero con motivo del vigésimo aniversario de Lady Brígida Carola Minari”.

—¿Minari? —balbuceó. La tarjeta resbaló de sus manos temblorosas y cayó al suelo.

## El monstruo y la doncella

Suri alcanzó el suelo empedrado renqueando y maldiciendo su maltrecho cuerpo, y echó a correr en dirección al anfiteatro esquivando las raíces y las rocas desprendidas que bloqueaban parte de la calzada. Ignoraba a qué distancia se encontraba aquella especie de circo, le había sido imposible calcularla desde la cumbre, pero puesto que las calles de la ciudad parecían seguir un patrón radial con la pirámide en su corazón, solo tenía que avanzar en línea recta para llegar hasta allí. A pesar de todo, no estaba seguro de poder lograrlo antes de que lo que fuera que estaba persiguiendo a la muchacha la atrapara finalmente.

Avanzaba por lo que alguna vez debía haber sido una céntrica avenida cuando un rugido ensordecedor se extendió por las ruinas, resonando entre los edificios derruidos y haciendo que las piedras vibrasen bajo sus pies.

La última vez que había escuchado un rugido como aquel había sido casi ochenta años atrás, cuando un mago renegado había invocado un dragón y lo había liberado en Hefestia. Aquel bramido había sonado tan parecido que consiguió helarle la sangre e hizo que alzara la vista hacia el cielo de forma automática. Pero allí no había dragones, solo un manto multicolor de plumas cubriendo el sol. Varias bandadas de pájaros habían alzado el vuelo espantadas por el estruendo, y durante unos segundos sus graznidos llenaron el aire.

—Por los Dioses. ¿Qué demonios ha sido eso? —jadeó. El espeso y húmedo aire de la jungla hacía que respirar fuese una agonía.

Cuando alcanzó el final de la avenida, en el lugar en el que los edificios dejaban paso a una explanada y la calzada terminaba abruptamente, el terreno descendía en una pronunciada pendiente cubierta de vegetación que conducía directamente hasta el anfiteatro. Sus gradas habían sido talladas en piedra en la propia ladera, pero no formaban un círculo perfecto, sino que se interrumpían a intervalos regulares creando varios accesos a la arena de su interior. Suri pudo ver a la joven a través de una de esas aberturas. Se encontraba en el centro de la explanada, dándole la espalda, lanza en mano y en posición defensiva.

Pero no fue ella quien atrajo su atención como un faro en la noche.

En el extremo opuesto del anfiteatro, donde los lindes de la ciudad se confundían con la selva invasora, medio oculto entre los troncos de los árboles y los arbustos más bajos había... algo. De haber tenido que definirlo Suri habría dicho que parecía un oso, aunque no exactamente. El mago solo había visto un par de osos en toda su vida, pero estaba bastante seguro de que aquella criatura no lo era. Decir que aquello era un oso habría sido como decir que un dragón era un lagarto muy grande.

Era enorme, de entre tres y cuatro varas de altura, con el pelaje del color de la sangre coagulada y tan voluminoso que parecía que sus músculos estaban a punto de desgarrarle la piel. Sus zarpas eran largas como dagas, y parecían igual de afiladas. Pero eso no era lo peor.

Lo peor era que rezumaba magia.

Una especie de humo negruzco se condensaba a su alrededor como una neblina, como un aura maligna. Suri nunca había visto nada parecido.

El animal avanzó, aplastando plantas y destrozando con sus garras los troncos de los árboles que se encontraban a su paso. No se movía a cuatro patas, como habría sido de esperar, sino que caminaba erguido, y se dirigía directamente hacia la muchacha. Cuando sus pezuñas pisaron el pavimento de la arena del anfiteatro las piedras se agrietaron bajo su peso. Debía pesar al menos diez quintales.

La criatura abrió su hocico, dejando a la vista una ristra de afilados colmillos, y lanzó otro de aquellos rugidos. La chica respondió con un grito desafiante y golpeó varias veces el suelo con la contera de su lanza. El oso ladeó la cabeza y olisqueó el aire, como si el golpeteo rítmico de la madera contra la roca hubiese despertado algo en el interior de su minúsculo cerebro. Entonces descargó su peso sobre sus patas delanteras, bajó el morro hasta el suelo y empezó a lamer con su enorme lengua parduzca el rastro de sangre que había dejado la muchacha. De haberse tratado de una criatura inteligente, Suri habría creído que aquello era alguna clase de burla.

La joven siguió golpeando el suelo con su lanza.

«Está loca», pensó. «Va a conseguir que la mate».

El animal bramó de nuevo y embistió contra ella, trotando sobre sus cuatro patas.

Suri casi había alcanzado la arena, y ni siquiera se lo planteó. Apretó los dientes y el paso y se lanzó al interior del anfiteatro, cambiando de dirección en el último momento para interceptar al animal. La chica le vio pasar

corriendo por su lado y le gritó algo, una exclamación ininteligible en un idioma que Suri no conocía. Él la ignoró, metió la mano en uno de los bolsillos de su petate y sacó de su interior una *semilla de guaco*.

«Debo estar tan loco como ella», se dijo echando un rápido vistazo a la semilla. «No creo que esto consiga frenarlo más que unos segundos».

Pero tenía que intentarlo.

La joven seguía gritando, y Suri pudo ver por el rabillo del ojo que no dejaba de hacer aspavientos con las manos.

¿Estaría lanzando algún hechizo?

No, más bien parecía indicarle con gestos que se apartara de su camino.

Suri se detuvo a unas varas de distancia, a mitad de camino entre ella y la criatura, que también se había detenido como si su súbita aparición le hubiese confundido. El mago se volvió hacia la joven, le guiñó un ojo y pasó la semilla de su mano derecha a su miembro metálico para poder lanzarla con más fuerza.

—Tranquila —le dijo—. Sé lo que estoy haciendo.

Se disponía a lanzar la simiente cuando la criatura se alzó sobre sus cuartos traseros y volvió a descargar todo su peso sobre las cuatro patas.

Entonces sucedió algo inesperado.

El suelo tembló, crujiendo como si estuviese siendo golpeado por un millón de mazas a la vez, y varias grietas aparecieron a su alrededor.

Suri ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar.

Las grietas se extendieron por la piedra con la facilidad con la que lo habrían hecho por la superficie helada de un lago al llegar la primavera, y el suelo se hundió bajo sus pies.

—Ups —tuvo tiempo de decir antes de que la gravedad le reclamara.

Agitó los brazos a la desesperada, tratando de aferrarse a algo, pero sus dedos solo encontraron aire y empezó a caer.

Y de repente su caída se detuvo.

Algo le sujetaba por la muñeca.

El tirón fue tan violento que su hombro estuvo a punto de dislocarse.

Suri alzó la vista y se encontró cara a cara con el rostro de la muchacha. Tenía los dientes apretados, y sus mejillas habían adquirido un tono rojizo, aunque Suri no sabía si se debía al esfuerzo o a la rabia contenida. Al parecer ella sí había reaccionado a tiempo, como si supiese lo que estaba a punto de ocurrir, y se había lanzado al suelo para atraparle en pleno desplome. La

muchacha dejó escapar un gruñido en su lengua natal que, pese a no entender, supo que se trataba de una maldición.

Entonces comprendió lo que había ocurrido.

Solo para estar seguro echó un vistazo hacia abajo. Aquello parecía una especie de caverna subterránea, aunque también era algo más. A unas quince varas por debajo de sus pies, cubierto por las sombras y por la nube de polvo que habían levantado los cascotes al caer, había un intrincado laberinto de viviendas y corredores que el desplome había dejado a la vista. Parecía una ciudad subterránea, aunque carecía del lujo y el detalle de la urbe de la superficie. Las casas no eran de piedra, sino de madera, y por alguna razón a Suri le recordaron a las que podían encontrarse en el Imbornal o en el Sudario.

«Una ciudad de sirvientes», comprendió.

Pese a que algunos de los edificios se alzaban varias plantas por encima del lecho de roca, su construcción era tan básica que la mayoría parecía a punto de desplomarse. Algunas, de hecho, habían cedido bajo el peso de la lluvia de escombros y habían quedado reducidas a un montón de maderas quebradas que apuntaban hacia el cielo como estacas en una trampa para fieras.

Eso era precisamente lo que tenía bajo sus pies.

—La he cagado, ¿verdad? —le dijo a la muchacha. Ella no debió entenderle, porque le respondió con otro gruñido—. Habías preparado esto para atrapar a la criatura, y yo la he fastidiado.

—¡K'a lipoka! —gritó la chica tirando de él con todas sus fuerzas. Suri no podía entenderla, pero estaba seguro que estaría acordándose de todos sus antepasados.

La muchacha empezó a subirle a pulso sin dejar de renegar. Suri imaginaba que habría dejado de lado su lanza, porque le estaba sujetando con ambas manos. Entonces echó un vistazo alrededor, buscando al oso con la mirada. Mientras le estuviese ayudando a él, estaría expuesta al peligro que suponía aquella cosa, y no podía permitirlo.

El hundimiento había formado una circunferencia casi perfecta de unas veinte varas de diámetro, y la criatura se encontraba en el extremo opuesto del boquete, observándoles con curiosidad. Quizás el derrumbe la había confundido, porque no había vuelto a moverse. Pero su mirada era tan profunda que Suri casi habría jurado que había una inteligencia humana tras aquellos malévolos ojos negros. Entonces las comisuras de su morro se

arquearon en lo que al mago le pareció una sonrisa macabra, y arrancó a correr hacia ellos bordeando el foso.

El suelo bajo la muchacha era inseguro, se deshacía por momentos, y pequeños fragmentos de piedra se desprendían del borde cada vez que se movía. Suri alzó su mano metálica tratando de agarrarse a la cornisa de piedra, pero seguía estando demasiado lejos. No la alcanzaría a tiempo.

—Suéltame —la apremió—. O moriremos los dos —le dijo alternando la mirada entre las afiladas estacas del fondo y el oso, que se encontraba cada vez más cerca—. Muerte arriba y muerte abajo —susurró casi de forma mordaz—. ¿Qué vas a hacer, muchacha?

Ella pareció entenderle, a pesar de que eso era imposible, porque alzó la vista hacia el oso. Entonces clavó sus ojos en Suri con un gesto de conmiseración.

—Bih no sé —le dijo. Su tono no presagiaba nada bueno.

«Me va a soltar», pensó. «Pero aquí arriba solo le espera la muerte. Una lanza no es defensa contra una criatura como esa».

Solo había una opción.

Suri se acercó la semilla a los labios y pronunció el hechizo que la activaba.

—Mil cinco —empezó a contar mientras cerraba los dedos alrededor de la muñeca de la joven. Ella le miró, sorprendida—. Mil cuatro. Prepárate, muchacha. Nos vamos de viaje. Mil tres.

Al llegar a mil dos abrió la mano y dejó caer la *semilla de guaco*.

Ni siquiera se molestó en comprobar si su poder se había desatado. Confiaba en el trabajo de los *lorkin*, y sabía que su magia no le fallaría. Cerró los ojos y alzó su mano metálica para alcanzar las runas talladas en su hombro. En cuanto pronunció la palabra que las activaban notó que su prótesis recuperaba su peso normal. El tirón que sintió a continuación fue tan doloroso que le arrancó un aullido. El ya castigado suelo de piedra no pudo sostener la masa añadida del brazo de bronce, y con un crujido seco se deshizo bajo el cuerpo de la chica.

«Espero no haberme equivocado, o acabaremos ensartados como pollos en un asadero».

Ambos se precipitaron al vacío envueltos en una nube de polvo y piedras. El grito que profirió la muchacha le taladró los oídos, pero él estaba demasiado ocupado para gritar. Las estacas se encontraban a menos de diez

varas de distancia, y si no había calculado bien el tiempo o no había acertado al lanzar la *semilla*, caerían directamente a su muerte.

Cuando la había lanzado se había fijado que las casas más altas estaban interconectadas por plataformas elevadas y pasadizos de cuerda trenzada, y que unas pocas habían sobrevivido al derrumbe. Allí era donde había dejado caer la *semilla de guaco*. Al activarse deberían haber brotado de ella un enjambre de lianas, ramas y raíces que supuestamente se habrían agarrado a lo primero que encontrarán; en este caso, las pasarelas y los tejados.

Esa, por supuesto, era la teoría.

La práctica podía ser muy distinta.

Por eso hasta que no aterrizó sobre la telaraña de lianas no dejó de rezarles a los Dioses.

La improvisada red frenó su caída y se combó bajo su peso, y Suri pudo escuchar el quejido de protesta de la urdimbre. Se apresuró entonces a activar de nuevo las runas para aligerar el peso de su brazo. Luego trató de incorporarse, pero una de sus piernas se había enredado en la maraña, y cuando quiso salir de allí tropezó y quedó colgado cabeza abajo a un par de varas del suelo.

La muchacha, mucho más ágil que él, se descolgó y aterrizó con elegancia felina cerca de donde se encontraba. Estaba gritando, probablemente maldiciéndole en su lengua natal, y agitaba los brazos de forma nerviosa, señalándole a él y hacia el boquete que había sobre sus cabezas. O sobre sus pies, en el caso de Suri.

Tras casi un minuto de imprecaciones pareció calmarse un poco. Entonces se llevó los puños a las caderas y se quedó mirándole con fuego en los ojos. Lo único que pudo hacer él fue observarla cabeza abajo mientras hacía todo lo posible por evitar que su blusón resbalara y cayera al suelo junto al petate que ya había perdido en la caída.

Cuando parecía que su expresión no podía ser más adusta, el gesto de la chica empezó a mudar muy lentamente. Primero sus cejas se relajaron, luego las comisuras de sus labios se fruncieron hacia arriba, y finalmente un sonido parecido a un cacareo escapó de su garganta.

La muy canalla se estaba riendo de él.

—¿Vas a quedarte ahí burlándote de mí o me vas a echar una mano? —le dijo. Ella no dejaba de reír—. Vale, supongo que me lo tengo merecido —añadió, peleándose todavía con su camisa.

Cuando por fin dejó de reírse pareció perder interés en él y empezó a estudiar la red con curiosidad. La vio asentir varias veces antes de decir algo en su idioma natal. Suri supuso que estaría dando su aprobación. Entonces desapareció de su vista, y por un momento temió que le hubiese abandonado. Pero cuando creía que le habría dejado allí para pudrirse como los maderos de las casas, lo que fuera que le tenía sujeto del pie cedió, y Suri cayó al duro suelo de roca.

El impacto le arrancó el aire de los pulmones, y durante un momento de pánico temió haberse roto alguna costilla; o peor aún, el espinazo. Pero cuando se incorporó trabajosamente comprobó que, pese al dolor, seguía de una pieza.

Ella se balanceó en la red y cayó a su lado, rodando para amortiguar el impacto. Llevaba en las manos un afilado cuchillo de obsidiana y hueso de aspecto peligroso, y Suri retrocedió un paso con las manos en alto.

Esperaba que la muchacha entendiese su gesto.

Ella dejó escapar un sonoro bufido y echó a andar hacia el centro del boquete, trepando sobre los cascotes y esquivando los maderos destrozados. Él recogió su petate y la siguió. Seguramente la chica sabría cómo salir de allí.

Un nuevo rugido les llegó desde las alturas.

Suri echó un vistazo hacia arriba y vio que la criatura seguía allí, en el borde del precipicio, observándoles.

—Jódete —le gruñó enseñándole un dedo.

El oso desapareció de su vista. Suri creyó que quizás se había rendido. Pero entonces algo tapó el sol, una enorme masa oscura que proyectó su sombra sobre ellos.

—¿Pero qué...? —tuvo tiempo de decir antes de que la criatura se precipitara sobre la telaraña de enredaderas, que estallaron y se quebraron bajo su peso—. Mierda —gruñó. Y agarrando a la muchacha del brazo, echó a correr en dirección contraria.

A su espalda el oso se debatía, peleándose con las lianas en las que había quedado enredado al aterrizar. El sonido de sus garras destrozando la madera resonaba por el interior de la caverna, y pronto se le unieron los rugidos de la bestia.

—¡Deprisa! —apremió a la chica mientras saltaba con dificultad por encima de un montón de tablas medio podridas y un pedazo enorme de roca



que debía haberse desprendido del techo de la cueva. Aún no había conseguido salvarlas cuando ella brincó por encima suyo como un gato y le adelantó. En aquel momento Suri se sintió más viejo que nunca.

La muchacha seguía maldiciendo en aquel extraño idioma suyo, lanzando miradas nerviosas por encima de su hombro y explorando los alrededores con los ojos muy abiertos. Suri casi la perdió de vista al llegar a una intersección, pero ella se detuvo un segundo, solo lo suficiente para que él pudiese ver por dónde había girado.

A lo lejos, un rugido triunfal y el repicar de uñas contra la piedra le confirmó que el oso había logrado liberarse y que había empezado a perseguirles.

«Se mueve mucho más rápido que nosotros», pensó al escuchar sus pisadas cada vez más cerca. Lo siguiente que oyó fue el quejido de una casa al ser embestida por la mole que era su cuerpo. Un pedazo de madera pasó volando junto a su cara.

«Está cada vez más cerca».

Suri trató de correr más rápido, pero todos los dolores que había estado ignorando aprovecharon precisamente aquel momento para recordarle que seguían ahí. Su respiración era cada vez más trabajosa, y una desagradable presión se aferró a su pecho.

«No voy a lograrlo».

La joven alcanzó otra intersección, y esta vez no le esperó. Y cuando el mago giró en el siguiente cruce ella ya no estaba a la vista.

«Me ha abandonado» pensó.

La criatura estaba cada vez más cerca. Suri casi habría jurado que podía sentir su pestilente aliento contra su cuello. El miedo empezó a atenazarle, pese a que él hacía todo lo posible por mantenerlo a raya.

«Sigue moviéndote», se apremió. «No te pares. No mires atrás. No pienses en la criatura de una tonelada y dientes como dagas que tienes detrás. No dejes de correr».

Pero aquello no era tan sencillo como parecía. Un hombre joven en perfecta forma tendría problemas para dejar atrás a un oso normal y corriente. Y aquel no era un oso normal, ni él un joven en perfecta forma física. Su cuerpo no estaba preparado para aquel castigo. Ni siquiera con ayuda del elixir de Akar, ni con la *ziguara* que se había comido aquella mañana.

La bestia lo atraparía. No había duda. Al menos le consolaba pensar que la

muchacha podría ponerse a salvo. Su muerte le daría una oportunidad para sobrevivir.

Pensó en lo que dejaba atrás.

Pensó en Tarnika, en Akar y en los *lorkin* que vivían bajo la ciudad; sus amigos. Su familia. Ya nunca volvería a verles.

Pensó en Partia, su amiga más antigua. Sabía que estaba enamorada de él. Suri no sentía lo mismo por ella, pero eso no significaba que no la apreciara.

Pensó en Alia, aquella muchacha insolente y obstinada que había vuelto su mundo del revés y que había despertado en él sentimientos que creía olvidados. Su dulce Alia.

Sin su ayuda, estaría a merced de Korro'th y de sus fuerzas invasoras.

Suri casi había alcanzado la siguiente intersección cuando los pasos de la criatura dejaron de escucharse. Sorprendido miró por encima del hombro y vio que la bestia se encontraba a menos de tres varas de él, y que había decidido salvar la distancia de un salto.

En menos de lo que duraba un suspiro el monstruo caería sobre él, todo dientes y garras.

—Lo siento, pequeña —gimió casi sin aliento, y cerró los ojos.

Algo le placó por la derecha, algo cálido y macizo que le atrapó por la cintura y le empujó hacia un lado, tirándole al suelo.

Suri se atrevió a abrir los ojos, y descubrió a la muchacha tumbada a su lado con el cuchillo aún en la mano. Debía estar oculta en el callejón lateral, y había esperado hasta el último momento para apartarle del camino de la bestia.

El oso aterrizó con un gruñido que aunaba rabia y frustración, y Suri lo escuchó tropezar, resbalar y empotrarse contra uno de los edificios.

—Far diko nu'ala —le apremió la chica incorporándose de un salto.

Suri no tenía ni idea de lo que acababa de decirle, pero ni siquiera se lo planteó. Se puso en pie todo lo rápido que sus castigadas piernas le permitieron y echó a correr tras ella.

Pero algo no iba bien. Se dirigían hacia una de las paredes de la caverna.

Estaba a punto de decirle algo cuando distinguió la abertura en la roca. No era muy ancha, y apenas lo bastante alta como para no tener que agacharse, pero cabrían por ella. Suri siguió a la chica al interior del oscuro pasadizo, y avanzaron hasta que la negrura los envolvió por completo.

Sus ojos tardaron en acostumbrarse a la penumbra, pero en cuanto lo

hicieron vio que la joven tenía los brazos en alto y los ojos cerrados. Una extraña letanía brotó de sus labios. La cadencia de sus palabras y su musicalidad le recordó un poco al *cántico del alma* que él mismo usaba para acceder al *Oneiros*, aunque también parecía guardar cierta similitud con los salmos que empleaban los *lorkin* durante sus encantamientos.

Sus manos desprendieron un leve fulgor, y pronto una nube de puntitos luminosos fluyó de sus dedos extendidos. A suri le recordó a las centellas de una hoguera, y cuando acercó la mano descubrió que también desprendían calor. Las chispas se agitaban nerviosas en el aire, como criaturas vivas, chocando unas contra otras y uniéndose en ascuas cada vez mayores. Los rescoldos siguieron compactándose y tomando forma hasta que lo que tuvo frente a sus ojos fue un enjambre de pequeñas criaturas aladas.

—Abejas de fuego —murmuró Suri casi con reverencia.

—¡Ma loke yio! —gritó la joven señalando hacia la entrada del pasadizo, desde la que les llegaban los gruñidos frustrados del oso. Los insectos ígneos volaron hacia allí como una sola criatura.

Suri sintió una oleada de calor en el rostro. Vino precedida de una poderosa deflagración, y la siguió un bramido de dolor.

«Eso no le detendrá», pensó, «aunque bastará para entretenerle».

La joven se volvió entonces hacia él, y el mago creyó ver preocupación en sus ojos.

—¿Turi uda? —dijo. Él supuso que le estaría preguntando si estaba bien, y asintió.

Entonces le tomó de la mano y echaron a correr túnel abajo, adentrándose cada vez más en las profundidades del lecho de roca. Suri se dejaba llevar, avanzando a ciegas, tropezando cada dos por tres con el irregular suelo y echando rápidos vistazos hacia atrás para asegurarse de que la criatura no les seguía. En la distancia se distinguían todavía pequeñas explosiones de luz, pero los gruñidos se escuchaban cada vez más lejos.

La chica se detuvo de nuevo, y Suri a punto estuvo de tropezar con ella.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Amira katú no garua tzi ‘ngara —dijo ella como si esta vez fuese a entenderla.

Sus ojos aún no habían vuelto a habituarse a la oscuridad, así que sacó su *candela* de viaje del petate y la activó. La pálida luz amarillenta bastó para iluminarles a ambos. Había sido una suerte que Suri hubiese frenado a

tiempo, de lo contrario habrían caído por el precipicio que se abría frente a ellos.

—¿No podemos seguir?

—Ini locai —dijo ella señalando hacia abajo—. Ini locai.

—¿Por ahí? ¿Estás loca? No sé tú, pero yo no sé volar.

—Ini locai —repitió ella—. Gurula na dun— añadió, y se llevó una mano al oído como si tratase de captar algún sonido. Suri se concentró en el silencio, y entonces entendió lo que quería decir.

A lo lejos, en el fondo de aquel pozo negro, podía escucharse el rumor del agua. Debía tratarse de alguna especie de río subterráneo, como el que bañaba la cueva de los *lorkin*. Recordó entonces el lago que había visto desde la cima de la pirámide. Con un poco de suerte, la corriente subterránea les llevaría directamente hasta allí.

—Ini locai —volvió a decir la chica, y esta vez lo señaló a él y luego hacia el pozo.

—Está bien —asintió él tomándola de la mano—. Vamos allá.

—¡Kela. Tekó! —gritó ella liberándose de su agarre—. Tekó —insistió apuntando hacia la entrada del pasadizo y agitando su cuchillo, desafiante.

—¿Estás loca? Esa cosa va a acabar contigo. No tienes poder suficiente para enfrentarte a ella —le dijo—. Supongo que por eso le habías tendido una trampa —añadió más para sí mismo que para ella.

La chica tenía los dientes apretados, una pátina de sudor cubría su rostro, y sus manos temblaban visiblemente, aunque estaba claro que no era de miedo. Estaba tensa, ansiosa. Para ella aquello debía ser algo personal.

—Locai do ká —dijo, aunque en su voz no había la misma seguridad de antes.

—No podrás con él. Te matará.

—¡Locai do ká! —repitió furiosa.

—¿Quieres morir, muchacha estúpida? —le gritó él—. ¿Tan poco aprecias tu vida?

Suri volvió a sujetarla de la muñeca. Esta vez, cuando ella trató de liberarse, cerró su presa con más fuerza.

—En mi tierra tenemos un dicho: vive para luchar otro día.

—¡Khet edem! —gruñó.

—Está bien. Tú lo has querido. Quizás me odies después de esto, pero no pienso permitir que te lances de cabeza a una muerte segura —dijo

avanzando un paso y cerrando los brazos en torno a ella para estrecharla contra su cuerpo. La chica abrió mucho los ojos.

Y antes de darle siquiera tiempo a reaccionar, Suri se lanzó de cabeza al oscuro pozo, arrastrándola con él.

## Crímenes coincidentes

Los labios de Triano se movían de forma nerviosa, como tratando de vocalizar su sorpresa, pero ningún sonido salió de ellos. Sus ojos, sin embargo, expresaban su confusión y su sorpresa, y a Tarnika no se le escapó que en un momento dado exploraron su anatomía y se detuvieron, quizás algo más de lo que habría resultado cortés, en las bolsas de savia de su pecho; en lo que en una hembra humana habrían sido los senos. La joven *lorkin* se sintió tentada de hacerlas crecer solo para ver su reacción, pero se contuvo.

—Estás... ¡Estás desnuda! —farfulló el muchacho con ojos desorbitados.

Tarnika soltó un bufido exasperado, retrocedió un paso y se llevó las manos a la cintura.

—Te acabo de contar que existe una conspiración, que hay alguien tras un puñado de muertes y que puede estar relacionado con la Inquisición, ¿y lo único que te preocupa es que esté desnuda? ¡Humanos! —gruñó.

—Tu *glamur* —dijo mirando nervioso hacia la calle principal—. Vuelve a ponértelo. Antes que alguien te vea —añadió de forma atropellada.

Tarnika hizo un gesto con la mano y su cuerpo volvió a quedar oculto tras el hechizo que había estado usando como camuflaje.

—Ya está. ¿Contento?

—¿Qué haces aquí? Creía que el cazademonios y tú habíais abandonado la ciudad tras el incidente en la Academia. ¿Sabes que la Inquisición os está buscando?

Tarnika sacudió la cabeza.

—¿Qué te acabo de decir? —resopló—. ¿Por qué crees que no he ido ya a hablar con Bonaserra? Te lo repito: está pasando algo muy gordo, y necesito tu ayuda. ¿Podemos ir a algún otro lugar? Si me das unos minutos, te lo explicaré todo.

—Está bien —aceptó Triano finalmente, aunque no sin ciertas reticencias.

Ambos salieron del callejón y regresaron a la avenida principal.

No muy lejos de allí había una posada, un destartalado edificio que había visto días mejores, pero que serviría para sus propósitos. Triano la condujo hasta allí, y cuando llegaron abrió la puerta para Tarnika y la dejó entrar primero.

—Gracias —sonrió ella con coquetería, batiendo las pestañas. Los labios del agente se curvaron en una incipiente sonrisa, pero entonces debió recordar lo que se escondía bajo su *glamour*, y la misma mueca de enojo de antes regresó a su rostro. La *lorkin* era consciente del efecto que su aspecto tenía en los machos humanos, precisamente por eso lo había escogido, y se estaba divirtiendo de lo lindo con la confusión del muchacho.

—Deja de hacer eso —le reprendió él. Eso solo consiguió ampliar su sonrisa aún más.

La posada tenía una sala común en la planta baja, una taberna que en aquel momento estaba vacía. Un chico de aspecto desaliñado estaba limpiando vasos tras la barra, y les saludó con un asentimiento cuando les vio entrar. Triano le devolvió el saludo.

—Si desean una habitación, son diez argos la noche. O dos por una hora —les informó con una sonrisa cómplice. Eso le valió una mirada furibunda por parte de Triano, cuyo rostro se había teñido de un rojo encendido. Al parecer, aquella era de esa clase de posadas.

—Solo una mesa, gracias —respondió Tarnika reprimiendo una carcajada.

Se acomodaron en una de las más apartadas, lejos de los oídos curiosos del muchacho, y esperaron a que se acercara para tomarles el pedido.

—Dos vasos de Skurl —pidió el agente.

—Para mí no —le atajó Tarnika—. Prefiero una infusión de sauco.

El muchacho asintió con una sonrisa y regresó a la barra.

—El alcohol es veneno para mi gente —le explicó cuando el tabernero se hubo retirado.

—Para los humanos también —replicó él—, pero eso no impide que lo sigamos consumiendo. Habla. Y empieza desde el principio. ¿Qué haces en Hefestia?

—Vivo aquí —respondió ella cruzándose de brazos y repantigándose en la silla. Al parecer el agente no había entendido su broma, porque su mandíbula se había tensado. Suri la había obligado a aprender a leer las emociones humanas en sus rostros. Le había dicho que era importante que conociese la comunicación no verbal, porque para los sacos de carne era casi tan importante como la palabra hablada. Por eso supo que su expresión denotaba enojo—. Vale, está bien. Desde el principio —suspiró ella—. Cuando el maestro abandonó Hefestia tras la batalla de la ciudadela, me ordenó permanecer en la ciudad. Él necesitaba tiempo para recuperarse, pero no

podía dejar la capital sin supervisión, por eso me encomendó dos misiones. La primera era vigilar las barreras entre dimensiones para asegurarnos de que, si el Señor de la Guerra volvía a enviar a sus tropas, no nos pillara desprevenidos. Por suerte, eso no ha ocurrido.

—¿Vigilar las barreras entre dimensiones? ¿Qué se supone que significa eso?

—¿Es que la anciana no te ha enseñado nada? —resopló Tarnika—. Las criaturas que los tuyos persiguen, esos supuestos demonios, no son entidades invocadas desde vuestro “infierno”, como tu gente cree. En realidad se trata de seres procedentes de dimensiones adyacentes a la vuestra que han sido traídos a este mundo por el mago que los “invoca” para llevar a cabo su voluntad. Por eso necesitan mantener un control constante sobre ellos.

—¿Y cómo se supone que debes vigilar esas barreras?

—Mi gente lanzó un hechizo sobre la ciudad que me avisa cada vez que hay una incursión en vuestro plano. Así es como he detectado la llegada de casi veinte de esas criaturas en los últimos cuatro meses. Estoy segura que sabrás de lo que te hablo. Tu Brigada Démoniaca debe haber despachado a la mayoría.

—Espera... ¿Has dicho veinte? —musitó Triano—. Eso no tiene sentido. En los últimos meses hemos investigado casi el doble. ¿Cómo es posible que solo hayas detectado veinte?

—No lo sé. Quizás los magos que las trajeron a tu mundo usaron con ellas invocaciones mayores, y las criaturas aún siguen aquí. Supongo que conoces la diferencia entre una invocación mayor y una menor —le dijo entonces. Triano negó con la cabeza—. ¿Pero qué narices os enseñan en vuestra Academia? —rezongó Tarnika—. A diferencia de las invocaciones menores, en la que la voluntad del mago es la que mantiene aquí a las criaturas, en una invocación mayor, una vez una criatura ha cruzado la barrera es necesario abrir otro *portal* para devolverla a su mundo. Para que lo entiendas: cuando el *Licandro* fue traído por primera vez a tu mundo el mago que lo conjuró utilizó con él una invocación mayor; por eso permaneció aquí, y por eso tuvo que encerrarlo en el amuleto —le explicó—. El asesinato de ese pobre hombre en el callejón, sin embargo, lo ha cometido un *gárlak* traído con una invocación menor, por eso no merece la pena perder el tiempo buscándolo. A estas alturas ya estará muerto o se encontrará de regreso en su mundo.

Tarnika guardó silencio cuando el joven tabernero se acercó a la mesa



cargado con una bandeja en la que llevaba un vaso de barro cocido y una taza de té. Cuando se marchó fue Triano quien habló.

—¿Crees que eso es lo que ha ocurrido? —le preguntó—. ¿Crees que alguien tiene a un puñado de criaturas escondidas en algún lugar de Hefestia y que de vez en cuando las libera para crear el caos?

—O eso, o en vez de traerlas de una en una las están invocando en grupos —se encogió ella de hombros.

—Ni siquiera sabía que eso fuera posible —musitó Triano rascándose el mentón. Tarnika suspiró.

—Con lo que tu gente no sabe podría escribirse una enciclopedia —se burló.

—¿Puedes explicarme otra vez eso del hechizo que te avisa cuando hay una incursión? —le preguntó Triano tras un breve pero intenso silencio—. Porque créeme, he pasado diez años en la Academia, y nunca había oído hablar de nada parecido.

—Tampoco habías oído hablar antes de las invocaciones mayores —le recordó ella con tono burlón—. Eso es porque tu gente no sabe nada sobre magia. Sois como un montón de brotes, de niños, jugando con algo que no comprenden —escupió—. En realidad se trata de un encantamiento muy sencillo. Cuando se abre una brecha entre mundos la magia de mi gente reacciona a ella, y una alarma suena dentro de mi cabeza. Un simple hechizo de localización me permite averiguar en qué lugar se ha abierto la brecha, y luego solo es cuestión de investigar la incursión.

—Pero si existe un hechizo como ese, ¿por qué nadie en la Brigada lo conoce? ¿Tienes idea de la cantidad de vidas que podrían salvarse de detectar a tiempo la llegada de demonios?

—¿Y de quién es la culpa? —saltó Tarnika—. Cuando mi pueblo estableció contacto por primera vez con el tuyo os tendimos la mano y os ofrecimos intercambiar conocimientos. Pero vosotros, monos de mente estrecha y cortos de mira, nos visteis como un peligro, como una amenaza; y en lugar de recibirnos con los brazos abiertos nos cazasteis como a bestias. Para vosotros solo éramos criaturas sin alma a las que era necesario liquidar.

—Pero Suri sabía la verdad —insistió Triano—. Si él conoce ese hechizo, ¿por qué no nos dijo nada? ¿Por qué no lo compartió con nosotros?

—Porque para lanzar un encantamiento de esas características es necesario un aquelarre de cincuenta *lorkin*. ¿Cómo habría reaccionado tu gente de saber

que hay tantos en vuestra ciudad?

—Espera, ¿me estás diciendo que hay tantos *lorkin* en Hefestia?

Tarnika no respondió. Dejó que su sonrisa hablara por ella.

Triano tragó saliva.

El silencio que siguió era casi sólido, como una presencia, y la joven vio cruzar un puñado de emociones distintas por el rostro del muchacho. Reconoció, entre otras, sorpresa, incredulidad, asombro y miedo. Típico de los humanos.

—La segunda tarea que me encomendó el maestro era algo más compleja —prosiguió esforzándose por ignorar el gesto adusto de Triano—. Verás, cuando las tropas de Korro'th llegaron a Hefestia lo hicieron usando una *vía*, un *portal* entre mundos. Las *vías* son parecidas a vuestros *portales de paso*, solo que en lugar de conectar dos puntos de este mundo conectan dos planos distintos; y para abrirlas es necesaria una cantidad obscena de magia. Y eso no es todo. Cuanto más alejados se encuentran los planos entre sí, más complejo resulta abrir una. Las huestes del Señor de la Guerra debían encontrarse en Lork, o quizás en Imperia, la capital de su reino, por lo que necesitaban también un ancla en este lado; una baliza que les permitiera enfocar la *vía* para asegurarse que se abriera en el lugar correcto, y no a leguas de distancia o incluso en la dimensión equivocada. Esa baliza solo podía proporcionársela alguien que ya estuviese aquí.

—¿Estás insinuando que un hefestiano les ayudó a cruzar?

—No lo estoy insinuando, lo estoy afirmando. Hay un traidor entre vuestra gente. El maestro creía que esa persona debía estar usando una magia muy poderosa, magia de sangre, por eso me encomendó la tarea de localizarle.

—¿Y cómo se supone que debes hacerlo?

—Los *lorkin* poseemos una afinidad especial con la magia. La de Lork no es tan poderosa como la que hay aquí, e incluso allí podemos captar sus matices más sutiles. En tu mundo casi tenemos que bloquear nuestros sentidos para no vernos sobrepasados por su intensidad. Eso nos permite averiguar cuando se utiliza magia de sangre, o necromancia, o cualquier otra de sus variantes.

—Entonces, si eres capaz de determinar cuándo ese traidor utiliza la magia de sangre, ¿cómo es que todavía no has dado con él?

—¿Quién ha dicho que aún no lo he hecho? —preguntó ella algo ofendida.

—¿Has podido identificarle? —se sorprendió el agente.

—No —tuvo que admitir muy a su pesar—. Por eso necesito tu ayuda. Verás, por desgracia nuestra habilidad tiene algunas limitaciones. La distancia es una de ellas. Puedo detectar cuando se usa esa magia y el lugar aproximado en el que se emplea, pero Hefestia es una ciudad enorme, por lo que siempre llego tarde; y cuando lo hago, el mago ya ha desaparecido. Pero puedo oler sus remanentes en quienes la han utilizado, por eso sé que quien ayudó a la gente de Korro'th pertenece a vuestra Inquisición.

—Esa es una acusación muy seria —musitó el muchacho—. ¿Tienes alguna prueba?

—Solo mi palabra. Por eso necesito que confíes en mí. ¿Confías en mí, Triano?

—Eres una *lorkin* —replicó él casi sin pensar—. Confiar en ti va contra mi naturaleza, contra todo lo que me han enseñado. Pero durante el ataque a la ciudadela nos ayudaste. Le salvaste la vida a la capitana, y a un puñado de aprendices. Creo que te mereces al menos el beneficio de la duda. Dime, ¿qué quieres de mí?

—Cuando empecé a investigar esas muertes de las que te he hablado, supe que necesitaría ayuda —le explicó—. Esta máscara, esta identidad que uso para moverme con libertad por la ciudad, tiene muchas ventajas. Muchos humanos desatan sus lenguas cuando creen estar hablando con un miembro de vuestra prensa, especialmente con uno tan atractivo. Por cierto, ¿de verdad que mi nombre no te ha dado una pista? ¿Lora Qin? —sonrió Tarnika—. Y yo que creía que sería demasiado evidente... Por desgracia —prosiguió—, esta identidad no me abre tantas puertas como había esperado, por eso pensé que podría pedirle ayuda a la anciana, a tu capitana. Ya he estado antes en vuestros cuarteles, pero tras lo ocurrido en la ciudadela no me atrevía a regresar allí por miedo a que alguien pudiese ver a través de mi *glamur*. Es bueno, pero no tanto como los del maestro. Así que pasé un par de días vigilando vuestra guarnición, esperando el momento de poder abordarla. Fue entonces cuando lo descubrí. Mientras montaba guardia me topé con un humano que apestaba a magia de sangre, y ese mago vestía los colores de vuestra Inquisición. Por eso no puedo arriesgarme a acercarme a Bonaserra. Necesito que hables tú con ella.

—Si de verdad viste al traidor, ¿por qué no le atrapaste entonces? —quiso saber Triano—. Podrías haberte enfrentado a él, o seguirle hasta su guarida.

—¿Atacar a un miembro de la Inquisición frente a la sede de la Brigada

Demoniaca? Sí, eso habría sido muy inteligente —replicó ella con mordacidad—. No habría tenido ninguna posibilidad —sacudió la cabeza—. Mi pueblo domina la magia mucho mejor que el tuyo, pero por desgracia la nuestra no es muy útil para el combate. Pero sí le seguí. Y su rastro me condujo directamente hasta la fortaleza del río.

—¿Hasta Charnok? —se sorprendió Triano.

—En efecto. Y eso no es todo. Cuando anoche se abrió el *portal* por el que llegó el *gárlak* y fui a investigarlo, detecté rastros de magia de sangre. Pero su aroma, pese a ser similar al que percibí en el Inquisidor, era distinto. No sé si lo sabes, pero cada persona tiene una resonancia mágica diferente; un aroma distintivo, por decirlo de alguna forma. Y el que capté anoche no era el del mismo humano al que vi entrar en la guarida de la Brigada.

—¿Quieres decir que hay más de un traidor?

—¿Entiendes ahora por qué no puedo confiar en nadie?

—Estás confiando en mí —le recordó Triano.

—Eso es distinto. A ti te conozco.

—Pero no podías saber cómo reaccionaría.

—Quizás —dijo ella de forma coqueta—. O tal vez sí —añadió batiendo de nuevo las pestañas. Entonces arqueó la espalda para que sus pechos sobresalieran aún más. Triano sacudió la cabeza cuando sus ojos se movieron involuntariamente hacia su escote.

—¡Deja de hacer eso! —protestó el muchacho azorado, apartando la mirada.

La infusión ya se había enfriado, y Tarnika ni siquiera la había probado. Triano, sin embargo, ya había dado cuenta de su Skurl, y aprovechó aquel respiro para pedir otro.

—Creía que los de tu clase no bebían esa bazofia —comentó Tarnika divertida.

—Si con eso te refieres a los miembros de las Casas, el Skurl es más popular entre los jóvenes de buena familia de lo que crees —le confió él—. Háblame de esas muertes.

—Los crímenes, sí. Todo empezó hará unos tres meses con la muerte de un anciano llamado Ashur Berudia.

—Lo recuerdo —asintió Triano—. Falleció de un infarto. Era un hombre mayor, y bastante obeso. Su muerte no sorprendió a nadie.

—Yo no sabía quién era —prosiguió Tarnika—. Ni siquiera sabía lo que

había ocurrido. Solo percibí que alguien había empleado magia de sangre cerca de donde había muerto. Y cuando lo investigué descubrí que su cuerpo apestaba a ella. Una semana más tarde hubo otra muerte, en este caso la de un joven llamado Trimón Legolia.

—Le conocía. Estudió conmigo. Estuve en su funeral. Murió en un accidente de caza. Su caballo le derribó, y se partió el cuello en la caída. ¿También él olía a magia negra?

—Él no, su caballo —le aclaró Tarnika—. Le siguieron otras dos, un par de semanas después. Una de ellas fue la de un hombre de mediana edad de apellido Orzam. Su plataforma elevadora se precipitó al vacío cuando ascendía a su mansión flotante. El otro fue el crimen pasional que te he mencionado antes.

—Ese debe ser el Archimago Pizcazu. Su mujer le rebanó el cuello mientras dormía. Es cierto que había algo extraño en su muerte —musitó Triano—. Lady Pizcazu afirma no recordar nada, pero el servicio la encontró deambulando por la casa con el cuchillo en las manos y la ropa ensangrentada. Su abogado hizo que un Inquisidor la examinara por si habían usado una *compulsión* o una *subyugación* con ella, pero no encontraron nada.

—Creo que fue poseída, aunque no puedo estar segura sin verla cara a cara. Tu gente no conoce ese tipo de magia, por eso no supieron verlo. Por desgracia vuestra guardia no permite a nadie visitarla.

—¿Qué hay de los otros dos? Antes has mencionado seis crímenes.

—Siete, si cuentas el de esta mañana. El quinto fue el de un anciano de ciento noventa años que, de acuerdo con vuestra prensa, falleció a causa de su avanzada edad. Creo que se llamaba Tragón, o algo parecido.

—Tarkón —la rectificó Triano—. Bulgo Tarkón.

—El otro era un graduado de la Academia, un joven de nombre Ferman Yeomar. Al parecer el hechizo en el que estaba trabajando le explotó en la cara. Dicen que solo encontraron las suelas de sus botas.

—Dioses —murmuró el agente. Parecía haber perdido todo el color.

—¿Qué ocurre? —se preocupó Tarnika.

—¿No lo ves? —le preguntó—. No, claro. Tú no tienes por qué saberlo... —suspiró—. Tarnika, si lo que dices es cierto, y conste que no estoy dudando de tu palabra, todas esas víctimas tienen algo en común.

—¿Te refieres a que todos son varones?

—No, no es solo eso. Todavía no sabemos quién es el desgraciado que

hemos encontrado hace un rato, su cuerpo está tan desfigurado que ha sido imposible identificarle; pero estamos bastante seguros de que pertenece a una familia pudiente —Tarnika no entendía lo que tenía eso de particular, y su expresión debió dejarle claro a Triano que no le estaba siguiendo—. ¿No lo ves? —le hizo notar él—. Todos ellos eran miembros de las Casas.

## La tribu

Un golpe de tos húmeda hizo que Suri se doblara de forma espasmódica. La garganta le ardía, y notaba que le faltaba el aire. Intentó respirar, pero al tomar la primera inspiración descubrió que sus pulmones ya estaban llenos. Al exhalar, el agua brotó de su boca como de un manantial.

El aire era cálido y pegajoso, pero el frío parecía haberse aferrado a sus huesos. No era el frío de una noche de invierno en Hefestia, ni tampoco el que había sentido entre las nieves de Timar-Kathor. Era una clase distinta de frío, una que había experimentado antes en otra ocasión, cuando Alia le había arrancado con un beso de las garras de la oscuridad. Era la fría caricia de la muerte. Y también en esta ocasión el fantasma de otros labios sobre los suyos, una sensación cálida y acogedora, le había rescatado de su abrazo.

Se encontraba estirado en el suelo, con la espalda apoyada sobre una superficie dura e irregular, y tuvo que ponerse de lado para que el agua que estaba expulsando no volviera a entrarle por la nariz.

Cuando por fin pudo dejar de toser y hubo purgado toda el agua de sus pulmones se incorporó y se quedó sentado. Trató de hablar, pero irónicamente su garganta quemaba como si en lugar de aire estuviese respirando aliento de dragón. Sus ojos aún estaban desenfocados, y el paisaje a su alrededor solo era una mancha borrosa de verdes, azules y marrones.

Parpadeó un par de veces hasta que el mundo recuperó su nitidez, y entonces vio a la joven arrodillada frente a él, sentada a horcajadas sobre sus piernas. Sus ojos, de un verde tan intenso que casi parecían luminiscentes, le taladraban como si pudiesen ver a través de él. Sus labios, finos y angostos, estaban apretados en una mueca de disgusto. Su rostro bronceado de facciones afiladas estaba encendido, pero Suri no creía que se tratase de rubor, sino de ira mal contenida. Su respiración era profunda, aunque acelerada, y su cálido aliento se derramaba sobre él como un dulce licor.

La joven retrocedió y se incorporó con la celeridad de un felino. Estaba empapada. El agua chorreaba de su piel tostada haciéndola brillar. Su ropa se pegaba a su cuerpo como cera fundida, dejando poco espacio a la imaginación. La muchacha sacudió la cabeza, y de su cabello apelmazado llovieron un millón de centellas. El sol brillaba a su espalda, envolviéndola

en un halo dorado, y Suri se vio obligado a admitir que parecía una diosa, una criatura mítica de belleza salvaje; casi animal.

—¡Kelai locá! —gruñó ella señalando hacia algún lugar en la distancia, entre los árboles. Parecía preocupada, pero la furia no había abandonado del todo su expresión.

Suri miró a su alrededor. Se encontraban a orillas de un lago, probablemente el mismo que había visto desde lo alto de la pirámide. El bosque se alzaba a su alrededor como una muralla verde.

Recordaba haberse lanzado al vacío aferrado a ella.

Recordaba el gélido abrazo del agua cuando su superficie había interrumpido su caída.

Recordaba el rugido de la corriente arrastrándoles en la oscuridad.

Recordaba haber aguantado la respiración, luchando contra el impulso de tomar aire.

Recordaba el ardor en sus pulmones, la presión en sus oídos y el mundo desvaneciéndose a su alrededor.

Y después de eso, nada. Solo negrura.

«Me ha salvado de morir ahogado», comprendió. «Me ha dado el beso de la vida».

—Gracias —balbuceó con una voz tan ronca que no parecía la suya. Otro ataque de tos le obligó a doblarse.

—¡Milok secá! —insistió ella en su extraña lengua, enseñándole los dientes.

—Vale, vale —dijo él en tono apaciguador, alzando las manos—. Te he fastidiado la trampa. Lo siento. Creía que estabas en peligro, y he actuado sin pensar. Si me conocieras, sabrías que eso es típico de mí —añadió con una sonrisa torcida. Entonces vio el pequeño charco de sangre a sus pies, y recordó el corte que la joven tenía en el muslo. El tajo seguía sangrando, pero ahora que lo examinaba de cerca se dio cuenta de que la herida era demasiado limpia para haber sido hecha por una de las garras de la bestia—. Te heriste tú misma para atraer al oso, ¿verdad? —le preguntó, sorprendido y admirado por su audacia. Ella torció la cabeza y le estudió con los ojos entrecerrados como tratando de desentrañar el sentido de sus palabras—. Tenemos que cerrar la herida —dijo alzando una mano hacia su pierna. Ella se la abofeteó cuando sus dedos se acercaron a su muslo—. Eh, que solo estoy intentando ayudar —protestó él.



—¡Teraq no tikor! —gruñó ella.

—Está bien. Como quieras —se dio por vencido.

No podían quedarse allí. Por lo que sabía, la criatura podría estar buscándoles en aquellos momentos. No se encontraban tan lejos de la ciudad, y si el monstruo había olido la sangre de la joven, no le costaría volver a dar con su rastro. Decidido a ponerse en marcha, Suri hizo el ademán de incorporarse. Estaba agotado, y no estaba seguro de que sus piernas pudiesen sostenerle, pero aun así debía intentarlo. Pero cuando se disponía a levantarse la muchacha le empujó de nuevo hacia atrás, dejándole sentado.

Tendría que haber imaginado que algo no iba bien por la forma en que le miraba. Pero ella le había salvado la vida, y eso hizo que se confiara. Por eso no sospechó cuando la vio sacar el cuchillo de hueso y obsidiana de una funda que llevaba atada a la cintura. Y antes de poder preguntarse qué estaría haciendo, se encontró con la hoja presionada contra su garganta.

—Tranquila —dijo alzando las manos para que viese que no pretendía atacarla—. Solo quería levantarme.

—Ishaak budan —susurró ella entre dientes. Suri tragó saliva con mucho cuidado, y ese gesto hizo que la obsidiana mordiera su piel. Una cálida gota de sangre resbaló por su cuello.

—Hay que moverse —dijo pausadamente—. El monstruo aún debe estar buscándote.

—Ishaak budan —repitió.

—Mira, sé que no vas a matarme, de lo contrario no me habrías salvado —dijo Suri alzando una mano con cuidado y sujetándola de la muñeca. Ella no trató de soltarse, pero tampoco quitó la daga de su cuello—. Si nos quedamos aquí, acabaremos los dos muertos.

La muchacha torció la cabeza como si de verdad hubiese comprendido sus palabras y las estuviese sopesando. Entonces apartó el cuchillo.

Suri suspiró aliviado.

—Gracias. No sabes... —empezó a decir. Pero no pudo acabar, porque la joven alzó el cuchillo y descargó la empuñadura de hueso contra su sien. Suri sintió un estallido de dolor recorrerle todo el cráneo, y antes de hundirse de nuevo en la oscuridad un pensamiento horrible le pasó por la cabeza.

¿Y si la chica volvía a intentar atrapar al oso y esta vez decidía usarle a él como cebo?

Los latidos de su corazón resonaron dentro de su cabeza como los cascos de un ejército de caballería al galope. Suri se llevó las manos a las sienes antes incluso de abrir los ojos.

—¡Au! —gimió cuando sus dedos rozaron el bulto que le había dejado el golpe.

Pero no podía quejarse. Al menos seguía con vida, lo que significaba que sus temores no se habían hecho realidad.

Al abrir los ojos descubrió que se encontraba en lo que parecía ser una especie de choza cónica, acostado entre mullidas pieles de animal que olían a almizcle y sudor. La única luz procedía de un objeto que pendía de una cuerda atada a uno de los maderos. Al principio creyó que se trataba de una *candela*, pero su forma era demasiado irregular.

«Una piedra», comprendió cuando la examinó con detenimiento. «¿Qué clase de magia es capaz de hacer brillar una piedra sin que desprenda calor?», se preguntó. Por cómo resplandecía, la cuerda debería estar ardiendo.

Cuando trató de incorporarse descubrió que estaba desnudo. Sus ropas habían desaparecido. Alguien se las había quitado, y ni siquiera le habían dejado los calzones. Suri no era un puritano, pero hacía casi dos décadas que no despertaba desnudo en una cama ajena, por lo que la situación le violentó un poco.

—Vaya —dijo poniéndose en pie y envolviendo una de las pieles alrededor de su cintura—. Espero que al menos me haya invitado a cenar antes.

—No te quejes, extranjero. Has sido mucho más afortunado que otros —habló una voz infantil desde un rincón de la tienda que, extrañamente, quedaba envuelto por las sombras pese al brillo de la piedra que pendía sobre su cabeza—. Después de lo que has hecho, tienes suerte de seguir con vida. Aunque quién sabe, quizás Jaguar Veloz cambie de opinión y regrese para acabar lo que empezó —añadió con una risita.

—¿Jaguar Veloz? —preguntó Suri entrecerrando los ojos, tratando de distinguir la figura que se ocultaba en la oscuridad.

—La muchacha que ha salvado tu vida dos veces.

—Jaguar Veloz —repitió Suri saboreando el nombre—. ¿Y tú, quién eres?

Una niñita salió entonces de las sombras, que parecieron abrirse a su paso como un cúmulo de nubes barridas por el viento, y avanzó hacia él. La cría era de constitución pequeña y piel olivácea, y llevaba el oscuro cabello trenzado sobre uno de sus hombros. Tenía los mismos ojos verdes que Jaguar

Veloz, si es que aquel era de verdad el nombre de la muchacha a la que había ayudado, aunque sus rasgos eran más delicados. La túnica de piel que vestía tenía cuentas de colores y plumas de pájaro tejidas de forma despareja, y la llevaba ceñida a la cintura con una cuerda trenzada. Tenía algo en las manos, y Suri no tardó en reconocer su petate.

—¿Yo? Yo soy Nada —sonrió la niña—. O al menos así es como suena mi nombre en tu lengua. Y esta es mi casa —dijo sentándose frente a él con las piernas cruzadas y dejando el petate sobre sus muslos.

—Encantado, Nada. Yo soy Suricata. ¿Me puedes decir dónde me encuentro?

—¿Suricata? —La chiquilla torció la cabeza—. ¿Es ese tu nombre?

—No, pero así me llamaba mi maestro.

—Curioso. Habría jurado que Ardilla Ladradora te pegaba más. ¿Qué es un suricata?

—Un animal que vive en otras tierras, en un continente muy lejano. Es un tipo de mangosta, un pequeño mamífero de aproximadamente media vara de altura, delgado y bastante escurridizo.

—¿Media vara?

—Más o menos así —le indicó Suri con las manos. Nada asintió con expresión seria.

—Ah —dijo finalmente—. Como una ardilla ladradora.

—No lo sé, nunca he visto ninguna —admitió él encogiéndose de hombros—. Aún no me has dicho dónde nos encontramos.

—Esto es la aldea —respondió la niña hundiendo la cabeza en su petate y rebuscando en su interior.

—¿La aldea? ¿No tiene otro nombre?

Nada sacudió la cabeza sin molestarse en mirarle.

—¿Y quién vive en la aldea?

—La tribu —dijo ella sacando la *vara de zahorí* y haciéndola girar entre sus manitas.

—La tribu —repitió Suri. Algo le decía que no iba a sacar nada en claro de la mocosa. Por eso no le gustaban los niños. Su lógica le resultaba incomprensible—. ¿Quién te enseñó a hablar mi idioma?

—Nadie —respondió ella dejando la *vara* de lado y sacando un puñado de semillas.

—¿Quieres decir que lo has aprendido por tu cuenta?

Ella sacudió la cabeza.

—Nadie me ha enseñado, porque no estoy hablando tu lengua —dijo estudiando las semillas sobre la palma de su mano.

—Pero puedo entenderte —replicó Suri mordiéndose la lengua. Estaba perdiendo la paciencia.

—Es por el amuleto —respondió Nada señalando hacia su pecho, pero aún sin mirarle.

Suri sopesó el extraño objeto que colgaba de una tira de cuero alrededor de su cuello, y que hasta entonces no había visto. Era una piedra de color azul pálido tallada en forma de búho con las alas desplegadas.

—Interesante —murmuró él acariciando el animal con las yemas de los dedos. Podía sentir la magia fluyendo desde su interior y penetrando en su piel. Supuso que debía funcionar de forma similar a los hechizos traductores que habían empleado Toth y sus tropas para hacerse entender.

—¿No tenéis una magia parecida en tu tierra? —le preguntó Nada dejando las semillas en el suelo y metiendo de nuevo la mano en la bolsa.

—Sí, pero para llevarla a cabo necesitamos una base lingüística y gramatical. Sin conocer vuestro idioma me resultaría imposible crear un hechizo traductor.

—Eso es ridículo —rió la niñita levantando la vista hacia él—. ¿Por qué alguien querría hacer magia para comprender un idioma que ya conoce?

Se disponía a explicarle lo que había querido decir, pero sacudió la cabeza y lo dejó por imposible. No valía la pena gastar saliva.

—¿Hay por aquí algún adulto con quien pueda hablar?

—Puedes hablar con quién quieras —respondió ella estudiando ahora uno de los amuletos *lorkin*.

Suri dejó escapar un exasperado suspiro. Estaba dispuesto a salir de la tienda en busca de alguien que pudiese darle respuestas cuando recordó que seguía desnudo.

—¿Dónde está mi ropa? —le preguntó a Nada buscándola con la mirada. Pero en aquel lugar solo había pieles extendidas por el suelo y extraños talismanes hechos con ramas, cordeles y plumas colgando de los soportes del techo. Ella se encogió de hombros.

Suri apretó los dientes y contuvo las ganas de abofetearla.

—¿Puedes avisar a tu padre, o a cualquier otro adulto, y pedirle si puede venir a hablar conmigo—le pidió arrodillándose frente a ella. En aquel

momento se habría conformado incluso con Jaguar Veloz. Así de desesperado estaba.

—¿Por qué?

—Porque me gustaría que alguien respondiera a mis preguntas.

—Yo estoy respondiendo a tus preguntas —dijo la chiquilla con un mohín, horadándole con aquellos imposibles ojos verdes.

—Me refiero a respuestas que tengan sentido.

—Mis respuestas tienen sentido, aunque quizás no el que tú buscas.

Suri se rindió y se quedó sentado frente a ella.

Durante unos minutos se devanó los sesos tratando de encontrar un modo de hacer una pregunta que no resultase ambigua. Con suerte, recibiría alguna respuesta útil.

—¿Soy el primer atroethiano que ha pisado vuestra tierra? —dijo al fin. La niña, que sopesaba en aquellos momentos el *ojo de halcón* en su manita, meditó su respuesta.

—No. Pero eres el primero en mucho tiempo que sobrevive.

—¿Debo suponer que era eso a lo que te referías cuando has dicho que he tenido suerte?

Nada no se lo confirmó, pero su sonrisa fue respuesta más que suficiente.

—No os gustan los extranjeros, ¿verdad? —le devolvió la sonrisa. La suya era mordaz.

—La tribu aprendió por las malas a no fiarse de los forasteros. Quizás debería haber sido algo más precisa y haberte dicho que eres el primero que logra sobrevivir tanto tiempo.

—Entonces, ¿aún no han decidido qué hacer conmigo?

—Ahora mismo nuestro líder está deliberando. Le has causado muchos problemas a Jaguar Veloz, Ardilla Ladradora.

—Mi nombre es Suricata —la corrigió él.

—Es lo mismo.

—¿Qué problemas le he causado?

—Eso es un asunto que deberás discutir con ella.

—¿Puedo hacerlo ahora?

Nada volvió a reírse.

—¿Tú la ves por alguna parte? —le preguntó. El mago habría jurado que su tono era sutilmente malicioso.

Suri se mordió el labio inferior para contener la ira que iba acumulando

cada vez más presión en su interior, y cuando se mesó el cabello con ambas manos a punto estuvo de agarrar un puñado y tirar de él con frustración.

La niña le observaba con el ceño fruncido.

—¿Te duele? —le preguntó señalando la prótesis.

—¿Esto? No. Ahora apenas lo noto. —Suri movió el brazo en el aire, y un leve gemido metálico resonó por la choza—. No es como el de verdad, pero cada vez lo siento más integrado con mi propio cuerpo. ¿Vosotros no tenéis nada parecido?

—La tribu trabaja la piedra y la madera, pero no el metal. No lo necesitamos.

Suri recordó la hoja de obsidiana del cuchillo de Jaguar mordiendo su cuello, y se pasó los dedos por la herida de forma distraída. Para su sorpresa, el corte había desaparecido. De hecho, habría jurado que la piel de su cuello estaba incluso más tersa que antes.

Nada sacó entonces la brújula del petate, estudió con curiosidad la aguja, que no dejaba de girar de forma enloquecida en todas direcciones, y la sacudió junto a su oído como tratando de averiguar cómo funcionaba.

—Oye, ten cuidado con eso. Es muy delicado.

Ella le sostuvo la mirada durante unos segundos con una sonrisa pícaro en los labios. Entonces dejó la brújula en el suelo, frente a ella, y siguió revolviendo sus cosas.

—¿Así que vuestro líder está deliberando? ¿Y te ha dejado a ti para vigilarme? —Ella asintió con la cabeza—. ¿Y eso no le ha parecido un poco arriesgado?

—¿Por qué? ¿Acaso pretendes hacerme daño?

—Por supuesto que no. Solo eres una niña.

—¿Significa eso que si fuese mayor lo harías?

—No. No he venido aquí buscando problemas.

—¿Entonces qué buscas?

—Es difícil de explicar. Podríamos decir que estoy buscando ayuda.

—Ah —suspiró ella tomando un fruto de *ziguara* de uno de los bolsillos del petate y acercandoselo a la nariz para olerlo. Luego sacó la lengua y lo probó tentativamente, y cuando estuvo segura se lo metió en la boca y empezó a masticarlo. Su rostro se iluminó cuando la fruta empezó a hacer efecto—. Interesante —murmuró con una sonrisa—. Nunca había probado nada

parecido —añadió pasándose la lengua por los labios—. ¿Por qué crees que aquí encontrarás ayuda?

—Ni siquiera sé dónde es “aquí”.

—Ya te lo he dicho. Esto es la aldea.

—Lo que quiero decir es que ni siquiera sé si vosotros sois quienes estoy buscando.

Al decir eso sus ojos se desviaron hacia la brújula, que descansaba en el suelo, entre ellos dos. La aguja seguía dando vueltas sin parar. ¿Por qué no dejaba de girar?

Entonces lo comprendió.

Supuestamente la brújula debería indicar el camino hacia la gente de Lobo Audaz. Si ahora estaba señalando a todas partes a la vez solo podía significar una cosa: que había llegado a su destino.

—Sois vosotros —musitó.

—¿Quiénes somos?

—Tu gente. Tu tribu. Sois aquellos a quienes estaba buscando.

—¿Cómo lo sabes? No nos conoces. Nunca antes habías estado aquí.

—No, pero mi maestro era uno de los vuestros. Fue él quien me entregó esa brújula. Ella me ha traído hasta aquí.

—Jaguar veloz es quien te ha traído —le corrigió ella.

—Pero la brújula no miente. Este es el lugar que estaba buscando. El hogar de sus antepasados. Su hogar.

—Eso es difícil de creer. La gente de la tribu no acostumbra a abandonar la aldea.

—Mi maestro lo hizo. Era un hombre inquieto. Viajó por todo el mundo, y visitó muchas tierras antes de establecerse en Hefestia.

—Curioso. ¿Cuál era su nombre?

—Dudo que hayas oído hablar de él. Ya era un anciano cuando le conocí, y de eso hace ochenta años.

Nada torció la cabeza. Esperaba una respuesta

—Nunca me dijo su verdadero nombre, pero se hacía llamar Lobo Audaz.

Tras una pausa demasiado larga, Nada se lo quedó mirando con los ojos entornados.

—¿Te contó alguna vez por qué se marchó?

—No. No hablaba mucho de su pasado.

—Y a pesar de todo, presumes conocerle.

—Fue mi maestro. Mi mentor. Casi todo lo que sé lo aprendí de él, aunque soy consciente de que hay muchas cosas que nunca llegó a contarme.

—¿Te ha enviado él?

—No. Lobo Audaz murió hace años.

A pesar de que Nada hizo todo lo posible por ocultarlo, Suri vio en sus ojos lo que solo podía ser una punzada de dolor. Eso le hizo sospechar que la niña no era lo que aparentaba.

—¿Qué clase de ayuda esperas encontrar? ¿Acaso vienes en busca de conocimientos?

—Tal vez. Mi cuerpo está... roto. Mi vínculo con la magia quedó cercenado cuando casi morí, y necesito restablecerlo. Sé que el pueblo de mi maestro domina un tipo de magia desconocida en mi mundo, una magia que podría ayudarme a recuperar mi habilidad. La necesitaré para la guerra que se avecina.

—La tribu no se involucra en guerras ajenas —dijo Nada con mucha seriedad—. No has debido venir hasta aquí —añadió poniéndose en pie.

—La guerra que se acerca nos afecta a todos. También a vosotros —replicó él.

—Lo dudo. Vuestras tierras están demasiado lejos. Además, la tribu tiene sus propios problemas —sentenció ella dando media vuelta y dirigiéndose hacia la salida.

—¿Problemas como el oso que atacó a Jaguar Veloz?

Nada se detuvo y se volvió lentamente hacia él.

—¿Qué sabes sobre eso?

—No mucho. Solo que la bestia supuraba magia. Magia de sangre, si no me equivoco. Tengo algo de experiencia en ese campo. Tal vez pueda echaros una mano.

—Eres un niño hablando de cosas de mayores —dijo Nada fulminándole con sus profundos ojos verdes.

—Tal vez, pero un niño con un punto de vista distinto. Yo necesito algo de vosotros, y tal vez vosotros podáis conseguir algo a cambio. Podríamos ayudarnos mutuamente.

Nada se quedó pensativa unos segundos. Entonces se agachó, recogió la brújula y la acarició con los dedos, casi con veneración.

—¿Cómo murió? —le preguntó sin apartar los ojos del artefacto. A Suri no se le escapó que su voz temblaba un poco.



—Luchando contra el Rey... contra un nigromante. Murió como un guerrero.

—Entiendo —asintió ella. Entonces le lanzó la brújula. Suri la atrapó al vuelo.

Nada se volvió de nuevo hacia la salida.

—Entonces, ¿qué has decidido? —le preguntó—. ¿Vas a permitirme vivir?

Cuando Nada le miró de nuevo por encima del hombro lucía una sonrisa complacida. Sin volverse, la niña sacó un pequeño cuchillo de un bolsillo de su túnica y pasó la hoja por la palma de su mano. Unas gotitas de sangre resbalaron por su piel y cayeron al suelo.

Nada apretó el puño y susurró una palabra que ni siquiera el amuleto logró traducir.

Sus facciones fluyeron como el agua de un arroyo, y la pequeña figura de la niña quedó envuelta por una forma oscura que a Suri le recordó un poco a la que había visto en torno al oso. Asustado y sorprendido, retrocedió un paso.

La cabeza de Nada pareció ensancharse, aunque en realidad no era la suya, sino la forma que había tomado aquella extraña oscuridad que la envolvía. Unos cuernos tomaron consistencia a ambos lados de su frente, y el espeso humo negro se condensó como una tupida mata de pelaje blanco. Bajo esa forma fantasmal había otra, y pese a que no era posible distinguirla con claridad, Suri estaba seguro que ya no se trataba de la niña.

Durante un parpadeo aquella criatura pareció volverse sólida, pero enseguida la bestia se difuminó como el humo del que estaba hecha, y en su lugar quedó el cuerpo de una mujer.

Era una anciana de entre sesenta y setenta años, o al menos ese era el aspecto que presentaba; porque Suri estaba seguro que, si de verdad había conocido personalmente a su maestro, debía tener bastantes más. Era delgada, casi huesuda, de piel oscura, cabello canoso y con una telaraña de arrugas surcando su rostro. En sus labios había una sonrisa entre mordaz y satisfecha.

—Veo que mi aspecto no te ha engañado, Suricata —dijo la anciana—. Entiendo porque él se fijó en ti. Debía tenerte en muy alta estima para entregarte eso —señaló la brújula.

—¿Le conocías bien?

—Tanto como una madre puede conocer a su hijo.

—¿Hijo? —se sorprendió Suri.

La mujer sonrió, y sus ojos centellearon en la oscuridad como un par de

*candelas.*

—Tienes mucho que aprender, niño. La cuestión es si podrás hacerlo sin morir en el intento.

# SEGUNDA PARTE: MISTERIOS Y SECRETOS

*“Escucha la voz de los espíritus. Son ellos quienes nos permiten acceder a la magia; por eso somos a la vez sus siervos y sus amos”.*

*Bisonte Blanco, La Nada que Mantiene el Todo.*

## En compañía de lobos

Alia se abrazó para contener el estremecimiento que sacudía su cuerpo y se frotó los antebrazos desnudos con las manos enguantadas para confortarse. No era el viento lo que la hacía temblar, sino la altura. La ponía nerviosa. Nunca había sufrido de vértigo, pero saber que lo único que la mantenía en el aire era un hechizo no la tranquilizaba en absoluto. No era solo porque en aquel momento se encontrase suspendida a unas sesenta varas del suelo, sino porque no quería pensar en lo que ocurriría si su maldición llegase a interrumpir el encantamiento que mantenía aquella jaula en el aire.

Temía que el simple pensamiento bastase para hacer realidad sus temores.

Había decidido esperar hasta que el último grupo de invitados hubo subido para entrar en la jaula. Al menos así, si se precipitaba al vacío antes de alcanzar la plataforma, no se llevaría por delante a ningún inocente. Aunque en realidad, vista la actitud soberbia de algunos de los invitados que la habían precedido, dudaba que hubiese demasiados inocentes entre ellos.

Mientras la jaula se aproximaba a la mansión flotante, Alia pensaba en lo irónico de aquella situación.

¿Cuántas veces se había planteado en el pasado usar su habilidad contra una de esas mansiones? ¿Cuántas veces había deseado ver qué ocurriría si su poder interfiriese con los hechizos que las mantenían en el aire?

Ahora, sin embargo, mientras se acercaba cada vez más a la residencia de los Minari, descubrió que no le apetecía en absoluto descubrirlo.

La jaula se detuvo finalmente sobre el mullido césped, cerca del borde de la plataforma. Un pequeño muro de apenas un par de varas de altura era lo único que impedía que los pavos reales que paseaban por el jardín se lanzasen al vacío, aunque estaba claro que no habrían bastado para evitar que una persona cayera si se acercaba demasiado. La simple idea hizo que deseara alejarse de él a toda prisa.

En cuanto las puertas de la jaula se abrieron dos guardias vestidos con pantalones verdes y libreas negras con el león de la Casa Minari bordado en hilo de oro se acercaron a ella. Alia aprovechó para arreglarse el vestido y comprobar si su peinado había sufrido algún desperfecto. Supuso que esa sería la razón por la que había un enorme espejo de cuerpo entero junto al

elevador. Los Dioses no quisieran que una de las grandes damas llegase a la fiesta con aspecto desaliñado.

Tras colocarse un mechón rebelde que había escapado de su tocado, Alia echó otro vistazo a su vestido. Supuestamente debía ser solo un préstamo, pero en cuanto Bri había visto cómo le quedaba había insistido en regalárselo. Alia se había sentido un poco culpable. Aquel vestido costaba casi cinco merlines, el doble de lo que ella había ganado en un mes trabajando en la botica; pero había acabado aceptando porque no quería ofender a su amiga.

Se trataba de un delicado vestido de seda azul con brocados en añil y encajes transparentes en el pecho y los hombros. Era tan ceñido que apenas dejaba espacio a la imaginación; y a opinión suya, enseñaba demasiada piel. Salvando las distancias, aquel vestido era incluso más indecoroso que el que le había dejado Mirsa –los Dioses la tuvieran en su gloria– la noche del ataque al Coliseo.

Uno de los guardias extendió la mano y Alia le mostró su invitación. Tras confirmar que su nombre se encontraba en la lista los soldados le permitieron avanzar. Llegaba tarde, lo sabía, pero no podía importarle menos. Cuanto más retrasase su llegada menos tiempo tendría que pasar allí. Quizás por eso se entretuvo estudiando la finca y los terrenos que la rodeaban.

La vista quitaba el aliento.

A su espalda, Hefestia se extendía como una alfombra negra tejida con luces de colores. La luna llena centelleaba en el embalse, y arrancaba destellos plateados al Murgón. Frente a ella, los jardines poblados por plantas exóticas de aromas fragantes y flores multicolores formaban complejos patrones que parecían apuntar en dirección a la casa, que se alzaba cuatro plantas por encima del terreno. Todo estaba iluminado por *candelas* flotantes que le daban al paisaje un aire místico y algo melancólico.

A su derecha había un enorme y complejo laberinto de cipreses que le habría llevado horas recorrer entero. A su izquierda, un extraño estanque de aguas tan claras que era posible ver el mosaico con el escudo de la Casa Minari que había en su fondo desprendía un resplandor azulado gracias a las *candelas* que ardían en su interior. Alia se preguntó para qué diablos querría alguien tener un estanque tan grande sin peces, y lo achacó a la excentricidad de los ricos.

El edificio en sí era imponente. Sus paredes exteriores eran de mármol blanco, con enormes ventanales arqueados en punta, cristaleras con extraños

dibujos y balconadas de piedra ornamentadas con todo tipo de esculturas. Había grifos, sirenas, esfinges y unicornios; e incluso un enorme dragón cuyo aliento parecía estar hecho con cuarzo rojo. Pero sobretodo había leones. Docenas de ellos. Estaban repartidos por toda la fachada, tallados en sus paredes o atrapados en pleno salto como gárgolas brotando de sus almenas. El tejado era inclinado, de un negro tan intenso que destacaba incluso contra el cielo estrellado, y estaba plagado de chimeneas y torres estrechas y afiladas que apuntaban al cielo como un ejército de lanceros.

El sendero dio paso a unas escalinatas de piedra. En cuanto Alia puso un pie sobre el primer escalón se vio envuelta por la música que procedía del interior.

Un estremecimiento la sacudió cuando finalmente alcanzó la puerta principal.

—Dioses, debo haber perdido la cabeza —suspiró mientras reunía el coraje suficiente para seguir avanzando—. Me estoy metiendo en la boca del lobo, y lo estoy haciendo por propia voluntad.

De haber sabido antes que el hermano del que siempre hablaba Bri era en realidad Pernaces, no habría aceptado la invitación. Pero ya era demasiado tarde. Le había prometido a su amiga que asistiría a su fiesta de cumpleaños, y ahora no podía echarse atrás. No quería ofenderla. Además, no pensaba dejarse acobardar por el León. No permitiría que un niño consentido dictase cómo debía comportarse o con quién podía relacionarse. Si lo hacía, le estaría dejando ganar.

Bri le había contado que habría más de doscientos invitados en la fiesta, así que, con un poco de suerte, no le sería difícil evitar a Pernaces. De todas formas estaba bastante segura de que el muy cobarde no se atrevería a hacer nada mientras su hermana se encontrase cerca, y Alia no tenía intención de separarse de ella. Por alguna razón el León parecía tenerle miedo a la grácil y delicada Bri. O cuando menos, respeto.

—Todo irá bien —se dijo—. Soy Alia Beleón, aprendiz de la Academia. Me he enfrentado a guerreros *shingor* y a cazadoras *carraner*. Me niego a quedarme encerrada en mis aposentos como un conejo asustado en su madriguera esperando la llegada del zorro.

«Suri no lo haría», pensó. «Él plantaría cara».

Una punzada de añoranza le oprimió el pecho cuando pensó en el mago.

¿Dónde diablos estaría? ¿Y por qué no había vuelto a saber de él?

—Milady —la saludó un criado que esperaba junto a la puerta. También él quiso ver su invitación. Alia suspiró y se la entregó. Tanto protocolo le resultaba cansino. El hombre asintió con una reverencia y anunció su llegada en voz alta a todos los presentes—. Lady Alia Beleón —gritó tras golpear tres veces en el suelo con su bastón.

Todas las conversaciones cesaron, y varios centenares de ojos se volvieron hacia ella. Alia tragó saliva y avanzó un paso hacia el interior del enorme salón. Un incipiente rubor le tiñó las mejillas, y por un momento aquella situación le hizo pensar en las subastas de ganado de su Brulán natal.

«¿Qué diablos estoy haciendo aquí?», se preguntó, no por primera vez, mientras se adentraba en la marea de cuerpos que poblaban la sala.

La orquesta seguía tocando, y pronto las conversaciones se reanudaron, pero Alia se dio cuenta de que muchos de los invitados le lanzaban miradas indiscretas cuando pasaba junto a ellos. Hombres de todas las edades, vestidos con elegantes trajes de terciopelo o con recargadas túnicas de tafetán, parecían desnudarla con los ojos. Mujeres y jovencitas enfundadas en exquisitos vestidos de raso, seda o muselina de todos los colores imaginables, cuchicheaban a su paso. Algunas llevaban el cabello recogido en complejos tocados, mientras que otras decoraban sus cabezas con estrambóticos sombreros de formas imposibles. Y todas ellas, sin excepción, iban extremadamente maquilladas. Tanto, que Alia pensó con tristeza que con lo que se habría gastado aquella gente en cosméticos podría alimentarse a una familia entera durante un año.

La presión de sentirse observada fue tal que a punto estuvo de dar media vuelta y echar a correr hacia la salida. Pero entonces escuchó su nombre de labios de alguien conocido.

—¡Alia! —la llamó Bri. Su amiga se acercaba a ella con una sonrisa en los labios. Caminaba deprisa, aunque no tanto como para perder la compostura que podía esperarse de una señorita.

Estaba preciosa. Su vestido era de satén rosa, y la tela se deslizaba sobre su cuerpo como una cascada de agua, realzando sus curvas y acentuando su figura.

—Estaba preocupada por ti —le dijo cuando llegó a su lado y la tomó de las manos—. Pensaba que habrías cambiado de opinión en el último momento y que habrías decidido no venir. Pero mírate, estás divina. —Bri retrocedió un paso para estudiarla con detenimiento—. Aunque algo de maquillaje no te

habría hecho daño —la recriminó de forma afectuosa. Entonces la sujetó del brazo y la arrastró hacia el interior de la sala—. ¿Por qué has tardado tanto? —le susurró al oído sin dejar de tirar de ella—. Estaba a punto de salir en tu busca. Tengo que presentarte a un montón de gente, y las reglas de cortesía nos obligan a mantener una breve charla con todos ellos. Protocolo. Lo odio, pero así son las cosas. ¿Has visto el vestido que me ha obligado a ponerme mi madre? Dioses, me siento como una tarta en el escaparate de una pastelería, expuesta para que todo el mundo pueda ver lo deliciosa que soy. Espero que a nadie se le ocurra intentar catarme —rió de forma poco femenina—. Tu vestido es mucho mejor, aunque no creo que a mí me sentase igual de bien. Yo no tengo tanto pecho —suspiró echando un rápido vistazo a su torso casi plano—. Me temo que esta noche, pese a los esfuerzos de mi madre, vas a ser tú quien atraiga todas las miradas.

—¿Yo? —se sorprendió Alia.

Nunca se había considerado atractiva; no como su amiga. No era tan guapa, ni su figura era tan estilizada. No poseía la elegancia de Bri, ni su soltura. Ni su feminidad. Quizás su vestido y su peinado fuesen elegantes, pero en el fondo no dejaba de ser una sencilla chica de pueblo tratando de encajar en un ambiente que no era el suyo.

Se sentía como una impostora.

Bri arqueó una ceja y frunció los labios.

—¿De verdad no eres consciente de lo mucho que atraes las miradas de los hombres? —insistió su amiga. Alia casi se ruborizó cuando echó un vistazo a su alrededor y descubrió que era el centro de atención de varios grupos de varones.

—Yo creía que solo me miraban porque soy una desconocida; una novedad —musitó.

—¡Oh, vamos! ¿Lo dices en serio? —rió Bri—. Estás impresionante. Te aseguro que más de un jovencito va a soñar esta noche contigo. Pero tienes razón, algunos solo te miran por ser quien eres. Al fin y al cabo toda Hefestia estaba deseando conocer a Alia Beleón, la maga sin formación que consiguió detener una invasión demoniaca.

—¿Q... qué? —balbuceó. El color abandonó sus mejillas.

—¿Qué ocurre? ¿Creías que no lo sabía? —rió Bri.

—Pero... era un secreto. Se suponía que yo... que no podía decirle a nadie... Los Archimagos me prometieron...



Bri dejó escapar un bufido.

—¿Estás de guasa? ¿Olvidas que los Archimagos son, ante todo, miembros de las Casas? Algunos pertenecen a las más poderosas de Hefestia. ¿De verdad creías que mantendrían en secreto tu identidad? Pero si la mayoría ya se están peleando por ti.

—¿Por mí? —se sorprendió ella—. ¿Por qué querrían...?

—Creo que voy a tener que darte unas cuantas lecciones de política —la interrumpió su amiga—. Está claro que si vas a participar en el Juego necesitas conocer las reglas —suspiró—. Supongo que ya sabes que no todos los magos poderosos que pertenecen a las Casas comparten lazos de sangre con las familias; que muchos son reclutados a través del patrocinio de la Academia.

—Pero yo ya tengo un patrocinador —replicó Alia pensando en su tutor.

—¿Te refieres al viejo Bretanius? Vamos, Alia. Todo el mundo sabe que el anciano pertenece a una Casa en declive. Es demasiado mayor para que aceptes casarte con él, y no tiene herederos con los que poder desposarte —le recordó su amiga—. Quizás haya patrocinado tu entrada en la Academia, pero tú no eres una chiquilla manipulable, y él lo sabe. Creo que le asusta que alguna otra Casa te haga una propuesta mejor que la suya y decidas aceptarla. Puedes hacerlo, ¿lo sabías? —No. Alia no tenía ni idea. El Archimago había evitado mencionárselo, y Alia creía saber por qué—. Eres mayor de edad, así que podrías decidir aceptar la oferta de cualquier otra Casa, y no habría nada que él pudiese hacer para evitarlo. Por eso no quería dejarte venir esta noche. —Bretanius se había opuesto a que Alia asistiera a la fiesta. Por suerte, Bri había convencido a su abuelo para que el Consejo le permitiera abandonar la ciudadela—. Hefestia entera sabe lo poderosa que eres, en las fiestas de las Casas no se habla de otra cosa, y eso te convierte en un premio muy apetecible para cualquiera, especialmente para aquellas familias con herederos en edad casadera. No me sorprendería que esta misma noche recibieras las primeras propuestas de matrimonio.

Alia estuvo a punto de atragantarse. Aquello pareció divertir mucho a Bri, aunque maldita la gracia que le hacía a ella. Lo único que le faltaba era tener a una docena de pretendientes siguiéndola a todas partes como perritos falderos. Bastante malo era ya que todas las miradas pareciesen estar centradas en ella.

Alia se mordió el labio y frunció el ceño.

—Oye, no pongas esa cara —la amonestó Bri al ver su gesto hosco—. Al menos tú no tienes a tu madre presionándote para que aceptes una de esas propuestas, así que puedes darte la libertad de escoger a quien te apetezca. O de no escoger a nadie. Al menos de momento.

—¿Y si decido no aceptar ninguna de esas propuestas?

—Bueno, es probable que no te dejen en paz hasta que tomes una decisión. Nadie va a querer renunciar a la posibilidad de conseguirte. Pero mientras tanto aprovéchate de tu fama —sonrió Bri—. En estos momentos eres la joven más codiciada de Hefestia, la joya de la corona, y eso tiene sus ventajas: invitaciones a las fiestas más exclusivas, regalos de tus pretendientes y acceso a lugares que de otro modo te estarían vetados. Por desgracia, también tiene algunos inconvenientes. La noticia aún no ha llegado a los aprendices, pero puedes estar segura que después de esta noche todos van a saber quién eres en realidad, así que van a salirte amigos de debajo de las piedras —rió con lo que a Alia le pareció un tono ligeramente malicioso—. Pero no te preocupes, yo llevo años nadando en las aguas infestadas de tiburones, y puedo enseñarte a hacerlo sin recibir un mordisco.

Alia asintió. En aquel momento fue consciente de cómo estaba a punto de cambiar su vida, y no estaba segura de que fuese para bien. Gracias a los Dioses seguía teniendo a Bri, que se había interesado por ella aun sin saber quién era en realidad.

¿O quizás sí lo sabía?

Era posible que cuando se habían conocido ya lo supiese todo sobre ella. Después de todo uno de sus abuelos era Archimago de la Academia, y el otro el Inquisidor Supremo.

¿Y si Bri solo se había acercado a ella por ser quién era?

¿Y si la joven a la que consideraba su amiga tenía en realidad intenciones ocultas?

Aquella insidiosa pregunta la reconcomió por dentro hasta que no pudo soportarlo más.

—¿Tú lo sabías? —se atrevió a preguntarle finalmente—. ¿Sabías quién era yo en realidad cuando nos vimos por primera vez?

Bri se sonrojó.

—Sí —admitió apartando la mirada—. Pero no es lo que crees. Mi intención no era reclutarte en nombre de mi familia. Y no te odio tanto como para pretender que te cases con el imbécil de mi hermano. La verdad es que

cuando supe de ti por mi abuelo sentí un poco de lástima, porque sabía lo que te esperaba —la tranquilizó, rodeando su cintura con un brazo—. Y también sabía que no te acercarías a mí por ser quien soy, así que estaba bastante segura de que no te harías amiga mía solo por interés. Siento haberte mentido —suspiró. Parecía arrepentida, y eso hizo que Alia se sintiese mal consigo misma por haber desconfiado de ella.

—Soy yo quien debería disculparse. Después de todo fui yo quien te mintió. Así que en cierto modo estamos en paz.

—Entonces, ¿seguimos siendo amigas?

—Si no te molesta que esté a punto de remplazarte como la aprendiz más popular de la Academia... —bromeó Alia con un guiño travieso. Ambas se echaron a reír antes de fundirse en un abrazo—. Gracias. Por ser mi amiga.

—Espera hasta después de la fiesta para agradecérmelo —dijo Bri tirando de ella—. Quizás entonces no opines lo mismo; especialmente tras lo que estoy a punto de hacer.

Alia arqueó una ceja, y la sonrisa se congeló en sus labios cuando descubrió hacia dónde la estaba conduciendo su amiga.

—Lo siento —se disculpó Bri con un mohín—. El protocolo exige que te presente a los anfitriones en primer lugar. Pero no te preocupes, yo estaré a tu lado en todo momento.

Pernaces se encontraba de espaldas a ellas cuando se le acercaron, pero no le costó reconocerle. Vestía unos ceñidos pantalones militares con botas de cuero de caña alta, camisa blanca y un ornado chaleco que casi quedaba cubierto por la espesa mata de cabello verde que se derramaba sobre sus hombros. En aquellos momentos el León estaba hablando con una mujer alta de tez blanquecina y cabello rubio ceniza. Sus ojos eran del mismo color que los de Bri, aunque parecían observarlo todo con una frialdad que no había visto nunca en los de la joven. Era hermosa, aunque habría sido imposible determinar su edad. Casi parecía una versión alterada de Bri, aunque bastante más alta y con más curvas que su amiga.

—Madre —la llamó Bri con recato cuando llegaron junto a ellos—. Me gustaría presentarte a mi amiga Alia, la nueva patrocinada de la Academia. Alia, esta es mi madre, Lady Libitina Minari.

La mujer la escrutó con ojos tan fríos que a Alia le hicieron pensar en los de Toth.

—Milady —la saludó Alia con una ligera reverencia.

—Vaya, mira lo que nos ha traído el gato —dijo Pernaces con sorna—. Ya sabía yo que teníamos que quitarle esa manía de escarbar en la basura. Hermanita, no sabía que ahora te relacionases con el servicio —azuzó a Bri. Ella apretó los dientes, claramente irritada—. Te lo he advertido, madre. Si permites que esta boba continúe frecuentando este tipo de amistades, cualquier día la encontraremos en la cocina fregando los cacharros con las criadas. Que es un lugar mejor del que te corresponde a ti, arrabalera —añadió volviéndose de nuevo hacia Alia—. ¿Por qué no regresas al Imbornal a abrirte de piernas a cambio de unas monedas?

Alia contuvo las ganas de borrarle la sonrisa de un bofetón. No le pareció adecuado, especialmente con su madre presente. Pero eso no significaba que tuviese que aguantar sus desplantes en silencio.

Se disponía a responderle cuando Lady Minari se le adelantó.

—Hijo, esa no es forma de tratar a una invitada —le reprendió su madre, aunque la forma en que sus labios se fruncieron en una especie de sonrisa complacida parecía contradecir sus palabras—. Ni siquiera a una de clase humilde.

Estaba claro que Lady Minari compartía la opinión de su hijo.

—Eres un idiota, Perni —intervino Bri. El León frunció el ceño—. ¿Qué más da su origen humilde? ¿Acaso no sabes que Alia está ahora mismo en boca de todas las Casas? No ha habido otro aprendiz con tanto potencial en la historia reciente de la Academia. Las grandes familias van a pelearse por casarla con uno de sus herederos —sonrió con malicia. Y entonces se volvió hacia su madre—. Es una lástima que en la nuestra no haya ningún varón, Madre. Alia habría sido una interesante adquisición para los Minari.

—Pequeña zor... —empezó a maldecir Pernaces. Su madre le detuvo alzando una mano. Alia apretó los labios para contener una sonrisa. El León se dio cuenta, y una chispa de furia centelleó en sus ojos.

—Brígida, eso es impropio de una dama —la reprendió Lady Minari con frialdad—. Me avergüenzas.

—Mis disculpas, madre —respondió Bri agachando la cabeza. Pero su gesto no mostraba contrición, sino cierta petulancia y algo de desprecio—. Ahora, si me lo permitís, debo presentar a Alia al resto de invitados. Quizás entre ellos se encuentre un hombre de verdad —dijo tomándola del brazo y alejándola de ellos.

Alia escuchó a Pernaces gruñir, y eso la hizo sonreír de nuevo. Por

desgracia, su buen humor duró poco.

—Lo siento. Creo que te he metido en problemas con tu madre —se disculpó cuando se hubieron alejado lo suficiente. Un rápido vistazo por encima del hombro le confirmó que Lady Minari seguía fulminándola con la mirada.

«No es solo que le desagrade», comprendió de pronto. «Esa mujer me detesta».

—La odio —gruñó Bri—. Siempre se pone de parte de ese animal. No sabes cómo te envidio por ser huérfana —añadió. Por su expresión, Alia se dio cuenta de que se había arrepentido en cuanto las palabras habían abandonado sus labios—. Dioses, qué estúpida soy. Lo siento —se disculpó—. No quería decir eso.

—No te preocupes —la tranquilizó ella echando un último vistazo a Pernaces y a su madre—. Te entiendo.

Y lo hacía. Por un momento, Lady Minari le había recordado a su tía Milena.

—Hablaba en serio —le aclaró entonces Bri—. Me refiero a lo que le he dicho a mi madre. Si no tuviese a ese cretino por hermano habría hecho todo lo posible para que te unieses a nuestra familia. Así seríamos hermanas. No sabes cuánto me habría gustado tener a alguien como tú a mi lado. No te haces una idea de lo que supone crecer en esta casa. A veces creo que la única persona normal —aparte de mí, claro está— es mi padre. Él sí que me entiende. Por desgracia se pasa casi todo el tiempo viajando. Negocios, ya sabes. Pero hoy está aquí. Ha venido expresamente para mi cumpleaños. Después te lo presentaré. Vamos, todavía hay mucha gente a la que debes conocer.

Bri la condujo hacia un grupo de personas que estaban reunidas alrededor de un joven delgado y paliducho. No era feo, pero su aspecto le hizo pensar en una anguila. Al muchacho se le iluminó el rostro al verlas acercarse, y Alia tragó saliva. Pero no tenía por qué preocuparse. El interés del joven parecía estar centrado en su amiga.

—Lady Brígida. Es un placer volver a veros —la saludó el muchacho tomándola de la mano y plantando en ella un casto beso. Alia no sabía mucho de protocolo, pero le pareció que sus labios se entretenían demasiado en la mano de Bri. Su amiga no dio muestra alguna, pero Alia ya empezaba a conocerla, y supo cuánto la incomodaba aquello.

—Pelario —sonrió la muchacha, una sonrisa falsa que apenas conseguía ocultar su desprecio—. ¿O debo llamarte Lord Orzam? Lamenté mucho la prematura muerte de tu padre.

—Gracias. Un desafortunado accidente —asintió el joven agitando una mano con indiferencia. Sus ojos se posaron entonces en Alia, y una sonrisa lupina asomó a sus labios.

—Esta es mi amiga, Alia Beleón —los presentó Bri. A Alia no le gustó la forma en que los ojos del tipo se entretuvieron en su escote—. Creo que ya habrás oído hablar de ella.

—Milord —Alia hizo una pequeña reverencia y le tendió la mano. El joven la besuqueó, y ella dio gracias a los Dioses por llevar puestos los guantes.

«Debe ser como tocar una babosa», pensó.

—Ciertamente. He oído hablar mucho de vos —sonrió Lord Orzam con lascivia, casi desnudándola con la mirada. Alia deseó, no por última vez aquella noche, que su vestido fuese algo más recatado—. Es un placer conocerlos al fin.

—Encantada —respondió ella sin saber qué decir—. Siento mucho lo de vuestro padre.

—Son cosas que pasan —comentó él encogiéndose de hombros. No parecía muy afectado—. Pero la vida sigue. Espero verte la próxima semana en mi ceremonia de Proclamación —dijo volviéndose hacia Bri. Su amiga impostó otra de sus sonrisas forzadas.

—Por supuesto —asintió tratando de disimular su falta de interés—. No me lo perdería por nada del mundo —mintió.

—Lady Beleón —dijo Pelario a continuación, desnudándola con la mirada—. Sé que no habéis recibido una invitación formal, pero me sentiría honrado de contar también con vuestra presencia.

Su sonrisa era como la de un depredador que acabase de vislumbrar una presa indefensa.

—Me temo que no puedo prometeros nada, Lord Orzam. Pero gracias por pensar en mí.

Bri le presentó al resto de componentes del grupo, y tras intercambiar saludos y unas cuantas frases cordiales se disculparon con ellos aduciendo que tenían más invitados a los que saludar. Alia suspiró cuando se alejaron de ellos

—Dioses, que tipo más repulsivo —le dijo a Bri al oído—. No me digas

que ese es uno de tus pretendientes.

—Para mi desgracia —suspiró su amiga—. Y ahora que se ha convertido en Jerarca de su Casa seguro que redoblará sus esfuerzos y presionará a mis padres para que tomen una decisión.

—No se le ve muy afectado por la muerte del suyo —comentó Alia.

—No es de extrañar —le explicó Bri en tono confidente—. Todo el mundo sabe que, pese a que Pelario era el primogénito, su padre prefería a su hermano menor para sucederle. Por suerte para él el accidente con la plataforma elevadora ocurrió antes de que el viejo tuviese oportunidad de cambiar el testamento y de nombrar a su hermano como su sucesor—. Un criado pasó junto a ellas con una bandeja cargada de copas. Bri tomó dos y le ofreció una a Alia—. Y ahora que es el nuevo Jerarca mi madre no va a dejar de darme la lata para que acepte su propuesta. Los Orzam no son una familia muy poderosa, pero sí bastante acaudalada. Por eso estoy contenta —prosiguió—. Quizás no te has dado cuenta, pero acabas de quitarme un enorme peso de encima. Ahora que te conoce estoy segura que Pelario se olvidará de mí y dedicará todos sus esfuerzos a intentar conquistarte a ti —le guiñó un ojo.

—¡Serás guarra! —la reprendió Alia sin poder contener una sonrisa.

—¿Para que están las amigas? —se echó a reír Bri. Entonces alzó su copa y la hizo chocar con la suya.

—Ahora entiendo por qué me has invitado —gruñó ella.

—No creerías que lo he hecho solo por la bondad de mi corazón, ¿verdad? Debes admitir que es una jugada maestra. Al ponerte en el mercado les estoy dando a todos mis pretendientes una presa aún más jugosa.

—Dioses, haces que me sienta como una res a punto de ser subastada —se estremeció Alia al comprobar que, efectivamente, un puñado de jóvenes nobles las seguían con la mirada.

—Bienvenida a mi mundo.

—Cerda.

—De nada —se echó a reír Bri mientras la conducía hacia el siguiente grupo, con el que pasaron los próximos minutos.

Después de eso la guió hasta el siguiente. Y luego hasta otro más.

Y otro.

Y otro.

Así durante casi dos horas, hasta que todo el mundo en la sala tuvo la

oportunidad de conocer a la joven promesa de la Academia.

La ronda de presentaciones se le hizo eterna, y los apellidos empezaron a apilarse en su cabeza en un amalgama confuso: Coriander, Natalian, Alierto, Vecureo, Dramoleo, Persécole, Flamantis, y tantos otros que rápidamente olvidó. ¿Cómo era posible que hubiese tantas Casas en Hefestia?

Para su desgracia, Alia descubrió que lo que había ocurrido con Pelario no había sido una excepción. En realidad se repitió tantas veces que la joven acabó por acostumbrarse a las miradas de deseo y a las insinuaciones veladas, y casi empezó a disfrutar de la atención.

Alia nunca había sido demasiado popular entre los chicos de su pueblo. Allí la trataban como a un bicho raro, la muchacha maldita que no podía hacer magia y que rompía todo cuanto tocaba. Quizás por eso no había despertado el mismo interés que las otras jovencitas de su edad.

Tras llegar a Hefestia las cosas no habían cambiado demasiado en ese aspecto. Su trabajo apenas le había dejado tiempo para relacionarse con otros. Y puesto que prácticamente no abandonaba su pequeño apartamento más que para ir a trabajar, en los siete años que había vivido en la capital apenas se había relacionado con ningún hombre —excepto con dos: un capullo que había creído que solo era un juguete y un maldito mago engreído que había desaparecido de su vida con la misma velocidad con la que había entrado en ella—; por lo que ahora se sentía como la princesa de un cuento de hadas a la que cortejaban todos los príncipes —y sapos— del reino.

Curiosamente aquello le produjo sentimientos encontrados.

Por un lado disfrutaba de la atención, pero por el otro le fastidiaba un poco, porque en el fondo sabía que todos aquellos tipos la veían más como un trofeo que como a una persona. Para ellos solo era una herramienta, algo que les permitiría aumentar el poder de sus Casas.

Pero lo entendía. Después de todo, ella no era tan hermosa como Bri.

—Mira, ahí está mi padre —interrumpió su amiga sus cavilaciones tirando de ella.

Alia se fijó en el hombre al que Bri estaba señalando. Era alto, tanto como Pernaces, aunque sus facciones eran más suaves que las del León. De hecho, había algo familiar en ellas. Quizás fuesen sus ojos, pequeños y almendrados, o la forma ovalada de su rostro, o su nariz afilada. Alia no era capaz de precisar qué era exactamente, pero algo en él le resultaba conocido.

—Padre, quiero presentarte a mi amiga Alia —le saludó Bri cuando



llegaron junto a él—. Alia, este es mi padre, Lord Elicarión Minari.

Lord Minari se volvió hacia ellas con una sonrisa en los labios, y en cuanto sus ojos se encontraron con los de Alia su expresión se desdibujó. Durante unos momentos que se alargaron incómodamente el hombre pareció estudiarla con una intensidad que la dejó descolocada.

—¿Padre? —insistió Bri. Él pareció notar que se había quedado aturdido, y reaccionó enseguida.

—Lo siento —se disculpó—. Es que por un momento me has recordado a alguien. Es un placer conocerte al fin —dijo impostando una sonrisa—. He oído hablar mucho de ti —añadió señalando a su hija.

—El placer es mío, Lord Minari —respondió Alia con una ligera inclinación—. Le agradezco que me haya invitado esta noche.

—No podía decirle que no a mi pequeña —sonrió el hombre, una sonrisa cálida que le resultó extrañamente familiar—. Después de todo, esta es su fiesta. Mi hija me ha contado que no perteneces a ninguna de las Casas. ¿Tu familia no procede de Hefestia?

A Alia le sorprendió un poco la pregunta. Creía que a aquellas alturas todo el mundo sabría que solo era una triste campesina.

—No, señor. Soy originaria de un pueblecito llamado Lacústeris, en la comarca de Brulán. No creo que haya oído hablar de él.

El hombre asintió.

—Tengo entendido que posees un talento considerable —prosiguió—. Tus padres deben estar muy orgullosos.

—En realidad nunca llegué a conocerles —le explicó ella. Su corazón se encogió un poco. Hablar de ello siempre tenía ese efecto—. Me criaron mis tíos. Pero sí, mi tío Tarkán está muy orgulloso.

O al menos eso le había dicho en su última carta.

Quizás fue su imaginación, pero le pareció que Lord Minari palidecía.

—Ya veo —musitó—. Bueno, no os entretengo más. Disfrutad de la fiesta. Espero que tengamos ocasión de conocernos mejor en el futuro —dijo estrechando la mano de Alia entre las suyas—. Ahora, si me disculpáis, tengo obligaciones que me reclaman —se despidió.

Mientras se alejaban, Alia tuvo la desconcertante sensación de ser observada. Y cuando miró por encima de su hombro vio que Lord Minari seguía estudiándola con los ojos entrecerrados y una curiosa expresión.

«Qué extraño», pensó. Pero no le dijo nada a su amiga.

Alia se relajó cuando finalmente acabaron con la ronda de presentaciones y Bri la condujo hasta una sala anexa en la que solo había jóvenes de su edad. Aquellos eran sus supuestos amigos, sus compañeros de la Academia, de los que la muchacha despotricaba constantemente. Pero pese a su evidente desagrado, su amiga se comportó como una perfecta anfitriona, saludando con una sonrisa cordial a quienes se le acercaban, aceptando sus felicitaciones y agradeciéndoles su presencia.

Alia sonrió. Ahora le tocaba a ella sufrir la agobiante atención de los demás.

«Disfruta del anonimato mientras dure», se dijo, «porque mañana toda la Academia sabrá quién eres en realidad, y te costará pasar desapercibida como hasta ahora».

Bri pronto fue absorbida por una marea de cuerpos, y Alia aprovechó para retirarse a un rincón alejado, junto a la mesa de viandas. Estaba famélica, y aquel respiro le permitió picotear algo de la comida que se exhibía en lujosas bandejas de plata.

Allí había manjares que no había visto en su vida, y se propuso probarlos todos.

—Realmente podría acostumbrarme a esto —murmuró para sí misma mientras degustaba los pequeños bocados que parecían demasiado hermosos para ser consumidos.

Aprovechó para pasear la mirada por la abarrotada sala. Sus ojos tropezaron con algunos rostros familiares, aunque en realidad no conocía a sus propietarios. Solo eran estudiantes con los que se había cruzado en algún momento en la Academia. Al parecer, Bri tenía razón. Casi todo el mundo estaba allí aquella noche.

Chicos y chicas de todas las edades se agrupaban alrededor de la pista de baile o danzaban al ritmo de la música. Alia calculó que la media de edad rondaría entre los diecinueve y los veinte años, aunque los había mayores, y también más jóvenes.

Y luego estaban los ancianos.

Un par de grupos de adultos vigilaban atentamente a los estudiantes desde la distancia. Por su forma de vestir, Alia dedujo que se trataba de Archimagos. Tenía sentido que se encontrasen allí. Un grupo de adolescentes sin supervisión podía ocasionar más de un problema. Cuando esos adolescentes eran además capaces de manipular magia, cualquier cosa era

posible. Y puesto que aquel lugar carecía de las salvaguardas de la ciudadela, su presencia no era solo necesaria. Era imprescindible.

Uno de esos ancianos, descubrió entonces, la estaba observando con los ojos entornados. Cuando sus miradas se encontraron el Archimago asintió levemente. Alia le devolvió el saludo.

No sabía que Bretanius estaría allí, aunque debería haberlo imaginado.

Su tutor se había opuesto a que asistiera a la fiesta. Decía que era porque le preocupaba su seguridad, pero Alia sabía la verdad.

Bri tenía razón. El anciano temía que alguna Casa tratase de robársela. Debía creer que una muchacha de clase baja como ella, alguien que se había criado en la miseria, no podría resistirse a las promesas de una vida mejor; que se vendería al mejor postor a cambio de una buena suma o de ascender en la escala social.

¡Qué poco la conocía!

Cuando se había marchado, Suri la había dejado en manos de Bretanius. Alia no confiaba en él, pero confiaba en Suri; y si el mago creía que permanecer junto a él era lo más seguro para ella, entonces allí era donde se quedaría. A pesar de todo, no se dejaba engañar. Sabía que tras su aspecto bonachón se escondía un trepa, un animal político, y que ella era solo un peón que le permitiría escalar en la jerarquía del Consejo. Algo le decía que su patrocinador aspiraba al codiciado puesto de Gran Archimago, y que pretendía utilizarla a ella para alcanzarlo. Por eso no le interesaba que alguna de las familias pusiese sus ojos en ella. No quería que se la arrebataran de las manos.

«Que piense lo que quiera», se dijo mientras le devolvía el saludo. «Yo no soy propiedad de nadie».

Sus ojos siguieron vagando sin rumbo, pasando de un invitado a otro, hasta que tropezaron con el muchacho solitario que estaba sentado en un rincón. El pobre crío parecía tan fuera de lugar como ella. Alia sintió lástima por él.

Kíjob miró en su dirección, y cuando la reconoció una sonrisa estalló en sus labios y su mano se agitó en el aire en un saludo casi infantil. Alia le devolvió el saludo y la sonrisa.

En los días posteriores al derrumbe el muchacho parecía haber superado su timidez, y había empezado a hablar con ella a la hora del almuerzo. Gracias a eso ahora sabía muchas cosas sobre él. Kíjob era uno de los alumnos más prometedores de la Academia. Había sido patrocinado por los Camerelis, una

Casa menor emparentada con los Minari. Seguramente por eso le habrían invitado a la fiesta.

Kijob era huérfano. Nunca había llegado a conocer a su padre, y su madre había muerto un par de años atrás de escarlatina. Desde entonces había vivido en hogares de acogida, hasta que su habilidad mágica se había manifestado y había sido descubierto por un miembro de las Casas. El crío no era extraordinariamente poderoso, pero era de mente ágil, y su habilidad para trazar hechizos había sorprendido a más de un profesor. Era uno de los pocos estudiantes de primer año que conocía de memoria casi todos los símbolos, y el único capaz de completar un *táumator* con éxito al primer intento.

Quizás fueron sus orígenes similares los que hicieron que Alia se sintiese protectora con él, porque desde que había descubierto su historia había empezado a actuar con él como una especie de hermana mayor. Y viendo lo mal que parecía estar pasándolo en aquel momento, decidió que sería buena idea ir a hacerle compañía.

Se disponía a cruzar la sala cuando escuchó a alguien hablar a su espalda.

—¿Así que aquí es donde te has estado escondiendo toda la noche?

Alia se volvió hacia el desconocido creyendo que hablaba con ella, pero entonces vio que el hombre se dirigía a un joven de aspecto desaliñado que estaba apoyado contra una de las columnas con un libro en una mano y una pluma de fuente en la otra. Alia no reconoció al hombre, pero el chico era Deimos, el joven Génitor al que había conocido unos días atrás en la enfermería.

Deimos levantó la cabeza y estudió al hombre por encima de los cristales de sus lentes.

—Lo siento, señor —se disculpó el muchacho guardando sus pertrechos en uno de los bolsillos de su túnica—. Ya sabe cuánto me cuesta socializar.

—Lo sé —asintió el hombre con una sonrisa cálida en los labios—. Pero últimamente pareces incluso más ausente de lo normal. Si te he traído hoy ha sido para mantenerte alejado de los libros por un tiempo, así que espero no volver a verte con uno en las manos mientras estemos en la fiesta. ¿Por qué no estás ahí fuera con el resto de estudiantes? ¿Acaso no conoces a nadie?

Deimos se quitó las lentes y barrió la sala con la mirada. Cuando sus ojos se encontraron con los de Alia sus labios se curvaron en una tímida sonrisa. El hombre debió notarlo, porque se volvió hacia ella.

—¡Ah! La joven Alia Beleón —asintió el anciano. El hombre no parecía

sorprendido, pero sí descolocado—. Creo que aún no nos han presentado — dijo acercándose a ella con una mano extendida. Alia dejó su plato sobre la mesa y se la estrechó—. Soy Ártemus Minari. Tengo entendido que eres amiga de mi nieta Brígida.

Alia se quedó sin aliento. Sabía que uno de los abuelos de Bri era Archimago del Consejo, su amiga se lo había presentado poco antes; así que este debía ser el otro.

—¿El Inquisidor Supremo? —preguntó Alia tragando saliva. La serpiente roja que llevaba bordada en su librea debería haberle dado una pista. El hombre contuvo una mueca, pero aun así ella la notó.

—Me temo que ya no —dijo él ligeramente tenso—. Es un placer conocerte al fin —añadió, aunque no parecía en modo alguno complacido—. He oído muchas cosas sobre ti —asintió con nerviosismo, se frotó las manos y miró en derredor como si buscase algo—. Discúlpame, creo que me están llamando —dijo al fin. Entonces dio media vuelta y se perdió entre el gentío.

—No deberías haberle dicho eso —le soltó Deimos avanzando un paso hacia ella. Alia le estudió de arriba a abajo. Estaba claro que el muchacho se encontraba incluso más fuera de lugar que ella. Sus ropas no se parecían en nada a las del resto de invitados de sexo masculino. En realidad, Alia habría jurado que eran las mismas que llevaba a diario en la Academia, algo raídas y desgastadas por el uso. Su cabello rubio estaba descuidado, casi como si no se hubiese pasado un peine en la última década, y su rostro delgado y afilado había perdido la rojez que tenía cuando le había visto por primera vez en la enfermería.

—¿A qué te refieres? —le preguntó ella, su voz quizás algo más gélida de lo que pretendía. Todavía recordaba la advertencia de Bretanius, y verle hablar con tanta familiaridad con el Inquisidor Supremo no había hecho nada por tranquilizarla.

—Su cargo. No deberías haberlo mencionado. Hace menos de una semana que fue depuesto, por lo que para él aún es una herida abierta —le explicó el Génitor. Alia no salía de su asombro. Debía admitir que no sabía nada de política. Por alguna razón, había creído que el cargo era vitalicio—. Desde lo del Coliseo y el ataque a la ciudadela ha habido desavenencias en el seno de la Inquisición —le confesó el muchacho en voz baja—; una lucha interna por el control. Para su desgracia, Lord Minari pertenece al bando perdedor.

—No sabía nada.

—Lo sé. Y también él. Por eso no te ha mandado directamente a Charnok —bromeó. O al menos Alia esperaba que estuviese bromeando.

—¿Y tú? ¿Qué cargo ocupas? —le espetó ella. Ni siquiera se había planteado hacerlo. Las palabras habían salido de su boca casi sin pretenderlo. Pero no se arrepentía. Si de verdad Deimos trabajaba para la Inquisición, la misma gente que había querido encarcelarla y que había perseguido a Suri como a un criminal, necesitaba saberlo.

—Oh, yo no pertenezco a la Inquisición —respondió él—. ¿Qué ha sido lo que te ha dado esa idea?

—No lo sé. ¿Quizás que te dediques a crear artefactos para ellos?

Deimos parpadeó, confundido. Alia tocó su pendiente con la punta del dedo.

—¿Te refieres a las *caracolas*? No las hice para ellos. Soy un Génitor. Mi trabajo consiste en crear nuevos hechizos y artefactos, y en buscar nuevas aplicaciones para los que ya conocemos. Es cierto que la Inquisición se beneficia de mi trabajo, pero también lo hace el ciudadano de a pie. No sé si lo sabes, pero las *caracolas* ya se encuentran en el mercado.

—A precios prohibitivos —le hizo notar ella. Él pareció sonrojarse.

—Sí, me temo que en eso no tengo demasiado control. No soy yo quien fija los precios.

—Pues deberías. Después de todo, son un invento tuyo.

—No sabes mucho sobre los Genitores o sobre el comercio de artefactos, ¿verdad?

Alia no quería admitir que en realidad no sabía nada, por eso dejó escapar un bufido.

—¿Sabes? el otro día, cuando nos conocimos, yo ya sabía quién eras —le explicó el muchacho—. Aunque me habían prohibido mencionarlo. Pero ahora que todo el mundo está al corriente, me gustaría hacerte unas cuantas preguntas. Si no es mucha molestia, claro.

Aquello la confundió un poco. ¿Qué narices quería aquel tipo de ella?

—Verás, eres una de las pocas personas que vio de cerca a las criaturas transdimensionales —le confesó en voz baja, acercándose un poco más a ella. A Alia no se le escapó que Deimos no se refería a ellas como “demonios”—. Me gustaría que me contaras lo que recuerdas. Tengo una teoría, pero...

El repentino silencio de Deimos la sorprendió. Al principio no entendió lo que ocurría, pero entonces sintió otra presencia a su espalda.

—Llevo toda la noche buscándote —susurró alguien a su oído. La voz hizo que un estremecimiento la sacudiera, y trató de alejarse de ella. Pero unos dedos se cerraron dolorosamente en torno a su antebrazo—. ¿Me concedes el honor de bailar conmigo? —dijo Pernaces mientras la arrastraba hacia el centro de la pista.

## Sacudiendo los cimientos

El brazo de Pernaces se estrechó alrededor de su cintura, y Alia se encontró presionada contra su cuerpo. El contacto la repelía, pero el muchacho era más fuerte que ella, y no parecía tener intención de dejarla ir.

Alia dudó.

¿Debía resistirse? Se sentía tentada a hacerlo. El León se merecía cualquier desplante que pudiese hacerle. Pero no quería montar un espectáculo en la fiesta de su amiga, por lo que decidió seguirle la corriente; al menos por el momento. Así que impostó su mejor sonrisa y se dejó arrastrar hacia el centro de la pista.

Varias parejas se apartaron para hacerles un hueco, y docenas de ojos se clavaron en ellos. Por un momento los murmullos y cuchicheos se alzaron incluso por encima de la música. Alia podía imaginar lo que estarían diciendo: el heredero de la Casa Minari había movido ficha, y seguramente estaba intentando conquistar a la recién llegada.

¡Qué equivocados estaban!

Los pies de Pernaces empezaron a deslizarse por la pista de baile como un par de cisnes sobre la superficie de un lago. Sus movimientos eran fluidos y elegantes. Aquello la sorprendió un poco. ¿Quién iba a pensar que aquel zopenco era tan buen bailarín? Ella ni siquiera conocía los pasos, y por alguna estúpida razón se sintió torpe. No quería parecer una pueblerina, por eso se dejó llevar; y pronto se vio atrapada por el hipnótico ritmo de la música.

Quizás en cualquier otra ocasión –y con cualquier otra pareja– habría disfrutado de aquel momento, de su primer baile en sociedad, pero no podía olvidar quién era el imbécil que la tenía sujeta y lo que había tratado de hacerle apenas seis meses atrás. Por lo que ella sabía, podía incluso ser el responsable del derrumbe que había estado a punto de acabar con su vida un par de semanas atrás, así que no podía bajar la guardia.

—No te mueves mal para ser una campesina —dijo Pernaces con una sonrisa complacida, pero en absoluto cordial. Sus dedos se clavaban en su piel de forma dolorosa, y Alia se sintió tentada de darle un pisotón. Pero se



contuvo. Después de todo era una invitada en aquella casa, y él seguía siendo el hijo de sus anfitriones.

Había otra docena de parejas en la pista, pero los ojos de todos los presentes estaban clavados en ellos dos. Quizás conocían la enemistad que había entre ellos, o tal vez pensaban que el joven Minari había logrado seducir a la recién llegada, porque las miradas alternaban entre la sorpresa y la decepción. La única que parecía preocupada era Bri, que en aquellos momentos bailaba en el otro extremo de la pista con uno de sus numerosos pretendientes. Casi parecía a punto de dejar plantada a su pareja para correr en su auxilio. Alia le hizo un gesto tranquilizador con la mano y fijó sus ojos en Pernaces, fingiendo una sonrisa igual de falsa que la del muchacho.

—Tú tampoco te mueves mal para tener un palo metido por el culo — replicó ella clavándole las uñas en el hombro. La sonrisa del León titubeó un poco, y por un momento fue solo un montón de dientes apretados.

—Veo que estás adquiriendo las malas costumbres de mi hermana — escupió Pernaces—. Deberías aprender de una vez por todas cuál es tu lugar. A Brígida se lo permitimos porque pertenece a una de las grandes familias de Hefestia, pero tú eres una pueblerina. Tal vez ahora mismo seas el centro de atención de las Casas, pero ambos sabemos cuál es tu lugar, zorra —dijo alejándose un poco de ella y haciéndola girar como una peonza. Desde fuera el movimiento debió parecer elegante, pero Alia estuvo a punto de tropezar. Luego la atrajo de nuevo contra su cuerpo con tanta fuerza que el golpe la dejó sin respiración. Sus senos se aplastaron de forma dolorosa contra el duro pecho del León, y la joven habría jurado que en su sonrisa había más lujuria que desprecio.

La confirmación le llegó poco después, cuando la mano del muchacho descendió hasta la parte baja de su espalda para estrecharla con más fuerza contra su cuerpo. Algo rígido presionó contra su muslo. Al parecer Pernaces estaba disfrutando de aquello mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir. O eso, o llevaba un bastón escondido en los pantalones.

Alia reprimió un gesto de desagrado y aprovechó el siguiente paso para alzar la pierna y clavarle la rodilla en la ingle. La sonrisa del joven se borró de golpe, y el aire abandonó sus pulmones con un sonoro “uf”; pero soportó el castigo sin perder el paso o la compostura.

—La próxima vez no será la rodilla, sino la punta del zapato —le advirtió.

—Mmmm. Eres salvaje, gatita. Eso me pone —replicó él haciéndola girar

de nuevo.

Cuando volvió a estar entre sus brazos pudo ver a la madre de Bri y a su abuelo el Archimago hablando en voz baja en uno de los rincones. Sus ojos no parecían separarse de ellos, y sus miradas eran tan frías que habrían congelado el inframundo.

«Justo lo que me faltaba», pensó. «Ahora creerá que estoy intentando seducir a su hijo».

—Hay algo que no entiendo —le dijo a Pernaces—. Si tanto te desagradó, ¿por qué has querido bailar conmigo? ¿Y por qué no puedes mantener tus manos —y otras partes de tu anatomía— bajo control? De no saber que eres un monstruo sin sentimientos casi diría que te has encariñado conmigo —le espoleó guiñándole un ojo con picardía.

La reacción fue inmediata. El rostro de Pernaces se encendió, y empezó a resollar como un toro a punto de cargar.

—Eso quisieras tú, zorra —le espetó. Hasta entonces Alia no había notado que su aliento apestaba a alcohol—. No te engañes. Para mí solo eres otra fulana más. Basura del Imbornal. No te negaré que me gustaría disfrutar de tu cuerpo como lo hice con los de tus amigas. ¿Cómo se llamaban? Ni siquiera recuerdo sus nombres. No eran nadie. Solo escoria, como tú. Pero de ahí a suponer que siento algo por ti... Alguien como yo no se rebajaría a intimar con los de tu calaña.

La mención de sus amigas golpeó a Alia con la fuerza de un puñetazo. Imágenes de sus cuerpos mutilados acudieron a su mente, y eso le hizo hervir la sangre.

—No te atrevas a manchar su memoria —masculló con los dientes apretados.

—¿Manchar su memoria? Pero si eran plebe. Los tuyos solo sirven para una cosa: para satisfacer los caprichos de la gente como yo; de los que son vuestros mejores.

—¿Crees que por haber nacido en el seno de una gran Casa tienes derecho a utilizar a los demás como más te plazca? Eres tan estúpido como engreído.

—Cuida tu lengua, o tendré que enseñarte modales. Y esta vez ese mago pordiosero no está aquí para defenderte.

—¿Y por qué crees que necesito que alguien me defienda? —sonrió ella. — Sigue pinchándome, y puede que te lleves una sorpresa. No soy una chiquilla indefensa.

—¿De verdad crees poder conmigo? —se echó a reír Pernaces—. Chica, soy el León de Jade —dijo con rotundidad como si aquello diese por zanjada la discusión.

—No es eso lo que he oído decir en la Academia. Tengo entendido que desde aquella noche en el Coliseo te llaman el Meón de Jade. Aunque claro, eres tan estúpido que seguramente ni siquiera lo sabes.

La sonrisa de Pernaces se convirtió en una mueca, y la soltó de golpe.

—Pagarás por eso —la amenazó.

—Cuando quieras —replicó ella.

—Ahora mismo. En la arena —sonrió él. Entonces alzó los brazos y bramó por encima de la música—: ¡Tenemos un desafío! — La orquesta se detuvo como si alguien les hubiese dado la orden de hacerlo. Las parejas dejaron de bailar, y cincuenta pares de ojos se volvieron hacia ellos—. ¡Amigos, la recién llegada acaba de retarme a un combate en la arena! —dijo, haciendo de aquello un espectáculo—. Hoy por fin descubriremos si todo lo que se dice de ella es cierto o solo es otra advenediza tratando de hacerse un lugar en las Casas.

—¿Pero qué...? —balbuceó Alia, confundida.

¿Qué estaba pasando allí? ¿De verdad acababa de retar a Pernaces a un combate?

«Dioses», pensó. «Ahora sí que la he cagado».

Bri corrió hacia ella mientras el resto de invitados se dirigían hacia una de las puertas laterales. Su amiga tenía una expresión que aunaba preocupación y regocijo.

—¿Has desafiado a mi hermano? ¿En mi casa? ¿El día de mi cumpleaños? —le preguntó al llegar junto a ella.

—Lo siento —se disculpó Alia con la voz rota.

—¿Que lo sientes? ¡Pero si es el mejor regalo de cumpleaños que me han hecho en mi vida! —le dijo, abrazándola—. Dioses, no sé si tienes dos ovarios como dos carretas o si estás como una cabra, pero te admiro. — Entonces se quedó callada, como si acabase de caer en cuenta de algo—. Pero ahora que lo pienso, solo eres una novata. Apenas llevas unos meses en la Academia, y ni siquiera has aprendido a trazar *táumators* de combate. Quizás deberías haber esperado unos meses antes de retarle. ¡Que digo! Mejor unos años.

Alia asintió.

—Supongo que me ha perdido mi boca —admitió. Por dentro se estaba mortificando por haber permitido que Pernaces la manipulara de aquella forma; porque estaba segura que eso era exactamente lo que había ocurrido. Probablemente por eso la había sacado a bailar.

«Estúpida», se reprendió.

—No tienes por qué hacerlo, si no quieres —le dijo Bri tomándola del brazo. Ahora había verdadera preocupación en su voz. Alia estudió a su amiga, sopesando sus opciones—. Nadie te lo tendrá en cuenta. Después de todo solo eres una aprendiz de primer año.

—No —dijo finalmente—. No le tengo miedo. Y ya va siendo hora de que alguien le enseñe una lección de humildad a ese engreído.

—¿Estás segura?

—No, pero no pienso dejar que me intimide. Prefiero pasarme una semana en la enfermería que tener que aguantar sus pullas el resto del año.

—Esa es mi chica —sonrió Bri antes de conducirla hacia la puerta por la que iban saliendo todos los invitados.

—¿Dónde vamos? —le preguntó.

—A la arena. ¿No lo sabías? Mi familia tiene su propia arena de combate. Ahí es donde se entrenan mi hermano y sus amigos.

Las escaleras que tomaron las llevaron hasta una cámara subterránea que a Alia le recordó un poco al Coliseo, aunque a una escala mucho menor. Era circular, y en el centro había un cuadrilátero hundido en el suelo. A su alrededor había gradas de madera que ya estaban siendo ocupadas por los invitados. Las paredes estaban decoradas con los blasones de la Casa Minari. A ambos extremos de la arena había sendos leones de piedra parecidos a los que decoraban las fachadas, y sus esquinas estaban rematadas por enormes calderos de aceite cuyas llamas iluminaban la estancia. Alia calculó que la arena mediría unas diez varas de lado, lo bastante espaciosa para que ambos contrincantes pudiesen realizar sus conjuros con libertad de movimiento.

—Dioses, tu familia no hace las cosas a medias —le susurró a su amiga.

—Fue un regalo de mi padre por el decimoctavo cumpleaños de Perni. Pocas cosas le gustan más a mi hermano que presumir de su arena privada. Pero ahora en serio, Alia. Esto no es un juego. ¿Le has visto luchar?

—Una vez, en el Coliseo. La noche que atacaron los *shin*... aquellas criaturas.

—No sé qué ocurrió exactamente aquella noche. He oído rumores, algo de

que un mago lo humilló en público.

—Sí, algo he oído yo también —dijo Alia al recordar su enfrentamiento con Suri.

—Pues desde entonces mi hermano se ha entrenado a diario para mejorar su destreza, así que ahora es mucho más peligroso que entonces. Te lo digo para que entiendas a lo que te enfrentas. No creo que intente matarte, eso podría costarle su puesto en la Academia, pero los accidentes ocurren; y más en tu caso, que tienes un conocimiento nulo de defensa mágica.

Alia tragó saliva y miró al León, que ya se encontraba en la arena. El muy presumido ya se había quitado el chaleco y la camisa, lo que había provocado no pocos suspiros entre el público femenino, y se estaba luciendo para sus incondicionales. Eso hizo que tuviese aún más ganas de borrarle aquella estúpida sonrisa de los labios. Pernaces se hinchó como un pavo ante los vítores de sus seguidores, se paseó por la arena saboreando su momento de gloria y la miró fijamente a los ojos pasándose la lengua por los labios con lascivia.

Alia apartó la mirada, asqueada.

—Idiota engreído —escupió Bri.

—No le tengo miedo —dijo Alia en voz alta, más para sí misma que para su amiga.

—Entonces dale una lección —sonrió Bri palmeándole la espalda—. Y no te preocupes, yo estaré en primera fila. Si veo que intenta algo raro, intervendré. Estoy orgullosa de ti. Demuéstrale a todo el mundo de qué pasta estás hecha.

Alia se obligó a sonreír y empezó a descender hacia la arena.

«Definitivamente he perdido el juicio», se dijo. «La culpa es de Suri. Esto es típico de él. El muy idiota me ha pegado sus defectos».

Se disponía a saltar al cuadrilátero cuando Bretanius se interpuso en su camino. El anciano parecía más enfadado que preocupado.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, niña? —gruñó—. ¿Es que te has vuelto loca?

Alia inspiró hondo antes de responder.

—Sé lo que me hago —le dijo.

—No, no lo sabes. ¿Acaso has olvidado lo que ocurrió en los túneles? ¿Eres consciente de lo que puede pasar si tu magia se descontrola aquí?

No. Lo cierto era que hasta aquel momento no había pensado en ello.

«Estamos en una mansión flotante», dijo una vocecita dentro de su cabeza.

—Eso no va a ocurrir —respondió ella, rezando para no equivocarse.

No le preocupaba hacerle daño a Pernaces, pero pensar que sus acciones podrían tener como resultado no solo su propia muerte, sino la de los cientos de invitados que había en aquel momento en la mansión, hizo que se estremeciera. Pero se las arregló para ocultárselo al anciano.

—¿Y cómo estás tan segura? —insistió él—. Además, ¿desde cuando eres una experta en magia de combate? Si ni siquiera has aprendido aún a trazar *táumators*.

—Conozco la teoría, y domino unos pocos hechizos —replicó Alia—. Me las arreglaré.

—¡Hechizos básicos! —le recordó Bretanius—. Pernaces lleva años practicando, y ha participado en más torneos de los que puedo recordar.

—No tiene por qué preocuparse, señor. Puedo absorber cualquier cosa que me lance. No podrá dañarme.

—Niña estúpida. En un combate no todos los ataques son de origen místico. ¿Acaso crees que tu poder va a evitar que el fuego te quemee o que la falta de aire te asfixie? Además, recuerda que el Consejo ordenó que tu habilidad debía mantenerse en secreto.

—Sí, igual que mi identidad —arqueó ella una ceja—. Profesor, mire a su alrededor. —Alia señaló con una mano a los invitados que se congregaban en las gradas—. Todo el mundo sabe quién soy. Lo que soy. ¿Cómo supone que eso ha ocurrido? ¿Acaso cree que los Jerarcas no han divulgado ya mi habilidad a los cuatro vientos? ¿Quién es ahora el ingenuo?

Bretanius no admitió que tenía razón, pero no hizo falta. Su expresión hablaba por él.

Alia estaba segura que lo que le ocurría al anciano era que temía que una demostración pública de sus poderes aumentase aún más el interés de las Casas por ella, y que acabaría perdiendo la ventaja que le daba su patrocinio.

«Ese es su problema, no el mío», se dijo. «Y cuanto antes entienda que no soy de su propiedad, mucho mejor».

—Te va a destrozar, niña —dijo Bretanius señalando al León—. Esto no es lo que habíamos acordado. Se suponía que debías mantener un perfil bajo.

—No recuerdo que nadie me pidiera mi opinión cuando el Consejo decidió mi futuro —respondió ella.

Bretanius suspiró y recorrió la sala con la mirada.

—Todavía estamos a tiempo. Vámonos de aquí. Esto no es para ti, no es lo que necesitas —dijo tomándola de la mano—. Regresa conmigo.

Alia se había cansado de recibir órdenes y de que todo el mundo decidiera por ella, y le apartó la mano de un tirón.

—Hasta ahora solo me ha enseñado a esconderme —le reprochó—. Y esa no soy yo. Ya estoy cansada. Cansada de tener que agachar la cabeza y ocultar quién soy. Cansada de que los niños de buena familia me traten como a una desgraciada porque no tengo un apellido famoso. Esto se acaba aquí y ahora. Y si me cuesta unas quemaduras, un brazo roto o incluso la expulsión de la Academia, que así sea. No pienso permitir que un niño de papá me tache de fulana y se marche de rositas.

Alia dejó atrás al anciano y saltó a la arena.

El vestido se rasgó cuando aterrizó. Esperaba que Bri le perdonase por habérselo estropeado. Alia le lanzó a su amiga una mirada de disculpa por encima del hombro, pero Bri, que ya se había colocado en primera fila, como le había prometido, ni siquiera reaccionó.

El León se acercó a ella pavoneándose. Sus pies se movían sobre la arena con la misma agilidad con la que lo habían hecho en la pista de baile.

—Estás muerta. Lo sabes, ¿verdad? —le susurró antes de regresar a su rincón.

Un nuevo rugido hizo las delicias de sus admiradoras.

Alia caminó hasta uno de los extremos de la arena y se colocó sobre el círculo de piedra que había incrustado en el suelo a tal fin. El León se encaminó hacia el suyo y empezó a estirar los brazos y flexionar los dedos para entrar en calor. Su sonrisa transmitía su seguridad en sí mismo. Probablemente ya estaría saboreando su victoria y disfrutando de ella por adelantado.

—No le tengo miedo. No le tengo miedo —se repetía como un mantra—. Me he enfrentado a Toth. Me he enfrentado a los *shingor*. Pernaces solo es un mocoso. No le temo.

—¿Rezándoles a los Dioses, pordiosera? —la pinchó él—. No te molestes. No van a poder protegerte.

—Ten cuidado con sus ataques rápidos —dijo alguien a su espalda. Alia se volvió y descubrió a Deimos justo detrás de ella, en el límite de la arena—. Es muy hábil con ambas manos, y suele atacar nada más empezar el combate. Si le permites tomar la iniciativa no te dejará recuperar el aliento.

—Lo sé —asintió ella—. Y gracias por preocuparte —añadió con una sonrisa.

—No estoy preocupado —respondió el muchacho—. Al menos, no por ti —sonrió antes de retroceder hasta la grada. Pero no tomó asiento, sino que se quedó en pie, apoyado en una de las columnas que soportaban los calderos de aceite.

Alia notó que el abuelo de Bri, el antiguo Inquisidor Supremo, estudiaba al Génitor desde su asiento en el centro de las gradas.

—¿Estás preparada para sufrir una humillación? —gritó Pernaces.

Alia se volvió hacia él y sonrió.

El árbitro, que no era otro que Átrico, el perrito faldero de Pernaces, dio inicio al combate. El León rugió de nuevo y empezó a agitar los dedos de ambas manos, trazando dos *táumators* simultáneos. Bri tenía razón. Sus dedos se movían mucho más rápida y ágilmente de lo que recordaba.

Alia perdió unos segundos estudiando los símbolos.

Llevaba meses aprendiéndolos, aunque todavía no los conocía todos; ni tampoco la forma de combinarlos correctamente para crear un *táumator*. Pernaces le llevaba al menos ocho años de ventaja, por lo que para él las distintas permutaciones debían estar tan claras en su mente como los nombres y las propiedades de las hierbas lo estaban para ella.

Pero la muchacha había visto a Suri emplear la magia, y recordaba algunos de los hechizos que había usado el mago; por eso identificó el *yunque de Hefesto*, uno de los ataques preferidos por Pernaces. El otro *táumator* era mucho más complejo, y apenas reconoció dos de sus símbolos. Uno de ellos era *dar teorís*, el símbolo que representaba la tierra, y el otro era *nar carenis*, también llamado la chispa de la vida. Alia recordaba que ambos se empleaban en la creación de elementales, por lo que fuera lo que fuese lo que Pernaces se proponía hacer, tenía que estar relacionado con algún tipo de *golem*.

Alia no conocía demasiados hechizos, pero pensó que al menos uno de ellos debería servir contra su oponente. Así que alzó ambas manos y empezó a trazar su propio *táumator*.

Notó un cosquilleo cuando la magia empezó a fluir a través de ella y a tomar forma frente a sus ojos. El flujo de poder que circulaba por su interior no era tan poderoso como el que había percibido cuando atacó a Toth durante su enfrentamiento en la Academia, pero seguía siendo considerable. La magia



que había absorbido durante toda su vida debía hallarse almacenada en algún lugar desconocido, oculta tras el *táumator* de sellado que la contenía. Y pese a que ahora solo podía acceder a una mínima parte, sabía que era mucho mayor que la que podía percibir rezumando de su oponente.

Aquella sensación de poder, de invencibilidad, resultaba casi extática.

Alia se había decidido por un *eólion*, uno de los hechizos más básicos de control de viento. Se trataba de uno de los *táumators* más sencillos que existían, uno de los primeros que enseñaban en la Academia a los alumnos recién llegados. Quizás se tratase de un hechizo simple, pero no por ello menos peligroso. Suri ya le había explicado que el poder de un hechizo no dependía de su complejidad ni del tamaño del *táumator* empleado, sino de la cantidad de magia con la que se imbuía. Y el suyo debía contener bastante como para arrancar del suelo las raíces de un árbol de tamaño medio.

Algunos de los espectadores silbaron ante su pobre intento. Seguramente serían los seguidores de Pernaces, burlándose de ella por su elección. Ya debían dar por supuesta la victoria de su ídolo.

Alia sonrió. Ella les enseñaría a no fiarse de las apariencias.

Aún no había completado su *eólion* cuando un fogonazo de luz brotó de uno de los *táumators* de Pernaces. El vello se le erizó, y el aire se llenó con el inconfundible olor a ozono. Alia se concentró, buscó en su interior esa faceta de su poder que le permitía interrumpir la magia, y en cuanto dio con ella alzó su otra mano y la dejó fluir entre sus dedos como una extensión de su propio cuerpo. La energía se derramó a su alrededor creando una especie de escudo, y cuando el rayo impactó contra él se disipó en el aire, dejando atrás un puñado de chispas de color azul.

Un grito de sorpresa se extendió por las gradas.

Alia sonrió satisfecha, y siguió trazando su hechizo. Los símbolos habían parpadeado cuando había alzado su escudo anulador, y casi había acabado con sus esfuerzos por crear el *eólion*. Por suerte no se había deshecho por completo, y la joven siguió trabajando en él.

Ahora entendía por qué los estudiantes tardaban tanto tiempo en graduarse. No bastaba con memorizar los casi ciento cincuenta símbolos existentes y las distintas combinaciones que podían emplearse para usarlos, sino que además debían desarrollar destreza y habilidad a la hora de trazarlos. Y eso era algo que ella aún no tenía. Por eso cuando Pernaces concluyó su otro *táumator* y

cerró el círculo que lo activaba, Alia todavía estaba dibujando el quinto símbolo del suyo.

El público dejó escapar un gemido de excitación cuando reconoció el hechizo del León.

Sí, era complejo. ¿Pero tan peligroso sería?

La respuesta le llegó en forma de sacudida.

De repente toda la arena empezó a temblar, y Alia retrocedió un paso. Necesitaba saber de dónde vendría el ataque para poder detenerlo y absorberlo. Pero el ataque le llegó de todas partes a la vez. La tierra a su alrededor estalló hacia arriba, y la muchacha se vio rodeada por una nube de polvo que se precipitó hacia ella con violencia, haciéndola tambalearse y obligándola a cerrar los ojos.

Fue una suerte que recordase las palabras de Suri en el último momento.

«Nunca, jamás, interrumpas un hechizo», le había advertido el mago. «La magia contenida en él podría calcinarte».

Por eso Alia reabsorbió la que había imbuido en su *táumator* en cuanto la tierra empezó a temblar. Quizás Pernaces contaba precisamente con ello, por eso había esperado para lanzar el suyo hasta que el de ella había estado casi completo.

Cuando abrió los ojos descubrió que junto al círculo de piedra en el que se encontraba había ahora una serpiente de arena de unas cuatro varas de largo y casi un pie de ancho. La serpiente se removió ante ella, imitando los movimientos ondulantes de una cobra, y abrió sus fauces arenosas para dejar a la vista un par de afilados colmillos de piedra. La criatura emitía una especie de siseo que se encontraba a medio camino entre el silbido de una tetera y el bramido de un desprendimiento de tierra.

Alia se limpió el polvo de la cara y se puso en pie, esforzándose por ignorar el terror que amenazaba con paralizarla. La serpiente seguía agitándose frente a ella de forma hipnótica, danzando como una bandera sacudida por el viento. Alia se preguntó si su toque funcionaría con ella como lo había hecho con los *golems* en el pasado, y se concentró para hacerlo a distancia.

No lo había probado nunca. Sabía que la magia de un hechizo podía ser contrarrestada sin llegar a hacer contacto con él, pero no sabía si podría conseguirlo con la que animaba a un elemental. Esperaba no tener que acercarse a él para lograrlo, porque sus colmillos parecían tan afilados como cuchillos.

La serpiente se lanzó hacia ella.

Alia esperó hasta el último momento antes de saltar hacia la izquierda. Por desgracia la criatura fue más rápida de lo que esperaba, y sus fauces se cerraron en torno a su pierna. Los colmillos rasgaron su carne, y su sangre salpicó la arena.

Alia gritó, y el público contuvo el aliento.

Pernaces seguía sobre su plataforma, sonriendo, pero la sonrisa desapareció de sus labios cuando la criatura se deshizo al tocar la piel de la muchacha. La arena que le había dado forma cayó sobre ella al perder cohesión, dejando tras de sí solo las heridas abiertas.

Alia se puso en pie, ignorando el dolor del mordisco, y se sacudió la arena. Pernaces ya estaba preparando un nuevo *táumator*. El suyo se había disuelto cuando había reabsorbido su magia, por lo que tendría que empezar de cero.

Mientras trazaba el primer símbolo se dio cuenta de que le sería imposible finalizarlo antes de que el León completase el suyo. Aquello era una carrera contrarreloj en la que Pernaces era una liebre y ella una tortuga.

«Vamos, vamos, vamos», se repetía mientras movía los dedos de forma frenética.

Pero aún no había acabado el tercer ideograma cuando una *esfera ígnea* brotó de las manos de Pernaces y salió volando hacia ella.

—No, no, no —gimió cuando sintió el calor en su rostro.

«Estoy muerta», se dijo. «He cometido una estupidez. He creído que podría enfrentarme a Pernaces, y mi arrogancia me va a costar la vida. Si tan solo pudiese acabar mi *táumator* a tiempo...».

Entonces ocurrió algo inesperado.

Alia tenía claros los símbolos que debía trazar. Podía verlos en su mente con toda claridad. Conocía sus nombres y sus formas. Conocía sus significados. Solo necesitaba dibujarlos. Y de pronto los siete aparecieron frente a ella como si los hubiese trazado con los dedos.

No sabía cómo aquello era posible, ni siquiera había tenido tiempo de dibujarlos; pero allí estaban, flotando en el aire con un resplandor azulado y rodeados por un círculo de luz blanca.

El *eólion* se desató con la fuerza de un huracán.

La bola de fuego impactó contra la columna de aire, deshaciéndose en un millar de centellas que llovieron sobre la arena. Algunas cayeron sobre su vestido, prendiéndolo, y Alia tuvo que tirarse al suelo y rodar para apagar las

llamas. Lo consiguió, pero no antes de que el fuego lamiera su piel y levantara ampollas en su cadera y en uno de sus hombros.

El aire olía a chamuscado. El vestido se había consumido por varios lugares, dejando expuesta mucha más piel de la que se consideraba pudorosa. Pero no le importó, porque el *eólion* había tenido un efecto imprevisto que resultó ser una ventaja para ella.

La fuerte corriente de aire había levantado a Pernaces del suelo y lo había lanzado contra la pared del cuadrilátero, donde había impactado con la fuerza de un mazazo. El joven estaba intentando levantarse, y sacudía la cabeza como tratando de aclarar sus pensamientos.

El León la había herido, pero también ella había conseguido su libra de carne.

El público rugía ahora con fuerza.

Aquellos que creían que el combate estaba decidido de antemano ya no parecían estar tan seguros, y los que esperaban haberla visto caer durante los primeros minutos ahora tenían que morderse la lengua.

Entre los vítores, Alia reconoció la voz de Bri.

—¡Acaba con él! —la animaba su amiga.

Pernaces por fin pudo mantenerse derecho sin tambalearse, aunque sus pies no parecían del todo seguros. Enseguida empezó a trazar un nuevo *táumator*.

«Basta», pensó Alia.

En cuanto el hechizo estuvo completado la arena se alzó alrededor del chico y tomó consistencia. Una bola de tierra compacta del tamaño de una bala de cañón se quedó flotando unos segundos frente al León antes de salir disparada hacia ella. Alia notó como su rabia aumentaba.

«¡Basta!».

Alzó las manos para defenderse del proyectil en un acto reflejo, esperando que lo que había ocurrido antes volviera a repetirse. Pero esta vez ningún *táumator* se formó.

El proyectil avanzaba hacia ella. Si la acertaba la aplastaría como a una cucaracha.

—¡Basta! —gritó.

Y el eco de su voz resonó por la arena haciendo que un escudo de piedra se alzara frente a ella. La bola estalló contra él, y múltiples fragmentos salieron lanzados en todas direcciones; algunos contra el público, que gritó alarmado.

Alia parpadeó, confundida.

Esta vez no había usado ningún *táumator*, y aun así la magia la había obedecido; igual que el día que se había enfrentado a Toth.

Por el rabillo del ojo vio a algunos Archimagos y Jerarcas cuchichear entre sí señalando hacia la arena. Señalándola a ella.

Quizás antes no hubiesen notado que el *táumator* se había materializado frente a ella sin que sus manos se movieran, pero lo que acababa de hacer no les había pasado desapercibido.

¿Y si podía repetirlo?

¿Y si podía conseguir que la magia la obedeciera sin necesidad de usar hechizos?

Alia decidió probar suerte, y trató de visualizar una *esfera ígnea* en su mente. La imaginó flotando frente a su rostro, una esfera perfecta de color rojo y amarillo como el corazón de una estrella.

Y la magia respondió.

De uno de los calderos que se encontraban a su espalda se alzó una columna de fuego que pronto se condensó en una burbuja candente. Y con un pensamiento Alia la lanzó contra Pernaces.

Los gritos en las gradas se intensificaron.

Pernaces alzó ambas manos y trazó un hechizo a toda velocidad.

El *escudo de aire* a duras penas logró desviar a tiempo su bola de fuego.

Gotas de sudor resbalaron por el rostro del León.

Había dejado de sonreír.

—¿Ya no te diviertes, Perni? —le azuzó Alia con sorna. Entonces atacó de nuevo.

El aire crepitó a su alrededor, y un rayo brotó de las yemas de sus dedos y cruzó el espacio que la separaba de su oponente. Pernaces seguía moviendo las manos frenéticamente, y logró concluir su *dunaescudo* segundos antes de que el rayo impactase contra él. El muchacho gritó cuando su defensa se convirtió en polvo y la arena estalló frente a su cara con la fuerza de una galerna.

—¡Maldita zorra! —escupió, literalmente, la arena que había tragado.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta encontrarte en el lado opuesto de un azote mágico? —gritó Alia acumulando aún más poder.

Toda la magia concentrada a su alrededor empezó a fluir hacia ella, llenándola. Se sentía poderosa, invencible. Podía rehacer la realidad con un

pensamiento. Podía lograr lo que deseara. Podía hacer desaparecer a Pernaces con solo su fuerza de voluntad.

El público empezó a inquietarse. Un murmullo nervioso se extendió a su alrededor, y pronto se convirtió en una sucesión de gritos. Las *candelas* fueron perdiendo intensidad a medida que su poder era drenado. Los *glamures* titilaron y empezaron a desvanecerse, dejando a la vista rostros arrugados que momentos antes lucían una perfección casi divina.

Alia seguía absorbiendo magia.

Necesitaba más.

La quería toda.

Con un pensamiento, la arena a su alrededor se calentó hasta adquirir un tono rojizo. El calor convirtió los granos de silicio en gotas de cristal fundido, y pronto un riachuelo del color y la consistencia de la miel fluyó por el cuadrilátero como una corriente de agua.

El público contuvo el aliento.

Pernaces se parapetó en el centro de su plataforma. Gotitas de cristal fundido salpicaban el suelo junto a sus pies, y el muchacho hacía todo lo posible por evitarlas. El calor era insoportable. Ambos contendientes empezaron a transpirar.

Pero Alia no se detuvo.

Alzó los dedos, y de la superficie acuosa brotaron zarcillos parecidos a los tallos de una planta trepadora. La arena se cristalizó con un crujido seco, y cuando el calor se disipó una marea de lanzas de cristal se alzaba entre ellos como las espinas de un erizo.

Con un giro de muñeca Alia lanzó las púas contra el León. Una riada de aristas afiladas se alzó en el aire como una ola y empezó a moverse hacia el muchacho. Alia no tenía intención de herirle, pero quería que recordase aquel día durante el resto de su vida.

El León agitó las manos en el aire, trazando un nuevo hechizo, pero estaba claro que no podría concluirlo a tiempo.

Pernaces gritó cuando una de las espinas interrumpió su *táumator*. El retroceso lo lanzó de nuevo contra la pared, y el muchacho cayó al suelo encogido en posición fetal. Alia dejó escapar una carcajada, y detuvo las espinas a una pulgada de su rostro.

Había vencido.

Pernaces sollozaba como un niño, y Alia se sentía exultante.

Pero la magia no dejaba de fluir hacia ella.  
Quiso detenerla, pero no la obedecía.  
Un temblor azotó la estancia. Los invitados gritaron, esta vez de terror.  
Alia miró a su alrededor. Podía sentir la energía fluyendo hacia ella cada vez con mayor intensidad. Brotaba de las gradas, de las *candelas*, de los magos, de las paredes y del suelo.  
«¡Dioses, no!» pensó, angustiada. «¿Qué he hecho?».  
Intentó detener el flujo, pero no fue capaz.  
La magia seguía precipitándose sobre ella.  
La mansión se escoró visiblemente hacia un lado, y Alia comprendió que estaba consumiendo los hechizos que la mantenían suspendida en el aire.  
Sus peores miedos estaban haciéndose realidad.  
Unas manos se posaron en sus hombros.  
—Concéntrate —le susurró una voz cálida y firme—. No te dejes llevar por el pánico.  
—¿Suri? —preguntó esperanzada.  
Pero aquello era imposible. Suri no estaba allí.  
Cuando miró por encima de su hombro descubrió que la voz pertenecía a Deimos.  
—Busca en tu interior el lugar al que fluye la magia. Está ahí, ¿puedes verlo?  
Alia cerró los ojos y abrió su mente al *Oneiros*. El sello se encontraba frente a ella.  
—Ahora inviértelo. Imagina que es como un molino impulsado por el viento, y haz que sople en dirección contraria.  
—No sé cómo hacerlo —protestó ella al borde de las lágrimas. La casa se sacudió de nuevo y se escoró un poco más. Los gritos se intensificaron—. No me obedece.  
—No lo fuerces —la tranquilizó él—. Visualiza el flujo como un río, y luego imagina que discurre en dirección contraria. Puedes hacerlo. Confío en ti.  
Alia parpadeó y lo intentó de nuevo. Lentamente el poder dejó de fluir hacia ella.  
—Ahora devuelve la magia al lugar del que la has tomado —dijo Deimos.  
Alia se concentró primero en las *candelas*, que ahora estaban casi apagadas. Extrajo pequeños riachuelos de poder de la marea que la anegaba y los envió

de vuelta hacia las esferas de luz hasta que volvieron a brillar con la intensidad de antes.

Entonces se centró en los hechizos que mantenían la mansión a flote. Podía percibirlos, pero brillaban con un fulgor mortecino. Y cuando deseó que recuperasen el poder que les había arrebatado, la casa dejó de temblar y se estabilizó. Con cada gota de magia que extraía del torrente, este se volvía más manejable, y pronto fue lo bastante pequeño para devolver los *glamures* a sus propietarios y hacer que el cristal de la arena recuperase su forma original.

Con un último esfuerzo, Alia cortó su conexión con la magia y cayó al suelo, agotada.

—Muy bien. Estoy orgulloso de ti —dijo Deimos con una sonrisa.

La sala había enmudecido, y solo Bri se movió. Su amiga corrió hacia ella, saltó a la arena y se arrodilló a su lado. El Génitor retrocedió para dejarles espacio. Bri la abrazó. Alia todavía temblaba.

—Dioses, por un segundo he creído que la casa entera se iba a desplomar —dijo la joven—. Nunca había estado tan asustada. ¿Te encuentras bien?

—Lo... lo siento —balbuceó Alia. Las lágrimas corrían por su rostro—. Yo no quería...

—Tranquila. Ya pasó.

—Es culpa mía.

—¿Culpa tuya? —saltó Bri—. El idiota de mi hermano casi te ha quemado viva. De estar en tu lugar, yo no habría detenido las espinas. Lo habría ensartado como un alfiletero.

—Casi he hecho caer vuestra casa.

—Casi —repitió Bri con una sonrisa.

—Los Archimagos van a pedir mi cabeza. Tu abuelo... el Consejo va a crucificarme. Esta vez no voy a librarme de Charnok —suspiró agachando la cabeza.

—¿Estás de broma? —dijo Bri sujetándola de la barbilla para obligarla a mirarla a los ojos—. Nadie en la historia de Hefestia ha logrado nunca algo parecido. ¿Manipular magia sin necesidad de *táumators*, runas u objetos imbuidos? ¡Nadie! Después de lo ocurrido hoy aquí, todas las Casas van a querer hacerse contigo. Y créeme, nadie va a atreverse a contrariarte nunca más.

Bri la obligó a mirar a su alrededor.

Las gradas eran un auténtico caos. Varias mujeres —y algún hombre— se



habían desmayado. Los jóvenes estaban eufóricos, gritándose entre sí, excitados. Un grupo de Archimagos discutía de forma acalorada; algunos parecían incluso a punto de llegar a las manos. Lord Ártemus Minari trataba de abrirse paso hasta la Arena, pero tres ancianos miembros del Consejo se interpusieron en su camino hablando a gritos. Bretanius se mantenía alejado, cabizbajo, y sacudía la cabeza con pesar.

—Cariño —dijo Bri—. Esta noche te has convertido en la joya de la corona de Hefestia.

Alia suspiró, y sintió que el peso del mundo acababa de caer sobre sus hombros.

## Charnok

La chalupa debía medir unas cinco varas de longitud, y sus maderos estaban tan ajados que a Tarnika le sorprendió que pudiese mantenerse siquiera a flote. Una suave brisa invocada por Triano inflaba las velas que impulsaban la nave sobre las tranquilas aguas del embalse.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó. Ella asintió, aunque en realidad no lo estaba. No lo había estado desde se había subido a aquella barca. De poseer glándulas sudoríparas, como los humanos, estaría transpirando.

Estaba aterrorizada, y la culpa era del lugar al que se dirigían.

Pese a que aquella era una mañana clara y que el sol brillaba con fuerza, la torre que se alzaba en el centro de la isla parecía envuelta en sombras. Era como si la oscuridad fluyese de sus muros y se condensara en torno a ella. Tarnika no estaba segura de si aquello sería cosa de las lentes que cubrían sus ojos o si de verdad sus sentidos estaban percibiendo la magia corrupta que desprendía aquel lugar. Fuera como fuese, su aspecto resultaba ominoso, y despertaba en ella el irreprimible impulso de correr en dirección contraria.

No por primera vez aquella mañana, se preguntó si habría perdido el juicio.

¿Cómo se le había ocurrido aceptar la propuesta de Bonaserra? Acercarse a la fortaleza era una osadía. Entrar en ella era directamente una locura. Pero no les quedaba otra opción.

Un par de semanas después de hablar con Triano el joven se había puesto en contacto con ella para pedirle que se reuniese de nuevo con él. Al parecer tenía novedades. El lugar que le propuso para el encuentro era una taberna no muy distinta a la que habían visitado la otra vez, aunque esta se encontraba en el extremo opuesto de la ciudad, en el barrio obrero.

Tarnika entró en la posada vistiendo el *glamur* que ya se había convertido casi en una segunda piel para ella; el de Lora Qin. Varios ojos la siguieron por el local. Eso no la sorprendió. Sabía que su aspecto resultaba atractivo para los machos humanos. Ignoró sus miradas de deseo y exploró la sala hasta que dio con el agente.

El muchacho estaba sentado en una de las mesas más alejadas de la entrada. Le acompañaba una anciana con el cabello canoso y el rostro plagado de arrugas. Tarnika reconoció a la mujer pese al *glamur* tras el que se ocultaba, y

también reconoció la emoción que centelleaba en sus ojos, estrechos como rendijas. Era irritación. O tal vez ira mal contenida. Eso consiguió arrancarle una sonrisa.

La anciana respondió revolviéndose en su asiento.

Tarnika sabía que Suri confiaba en ella, y por eso también ella lo hacía; pero eso no significaba que tuviese que gustarle. Su relación con Bonaserra siempre había sido tensa, y la muchacha sospechaba que se debía a lo que la humana sentía por el maestro. Tarnika sabía que la capitana estaba celosa de ella, que la veía como a una especie de rival por los afectos del mago. ¡Como si su relación con Suri fuese de esa clase! Pese a todo, la muchacha se tragó su orgullo y no dejó que el desdén de la anciana la afectase. El asunto que la había llevado hasta allí era mucho más importante que sus rencillas personales.

Cuando se aproximó a la mesa un ligero cambio de presión en sus oídos y un cosquilleo en la base del cráneo le advirtieron que acababa de cruzar una barrera mística. Se trataba de una *burbuja de babel*. Suri le había enseñado a reconocer el hechizo.

—Triano —saludó al muchacho con un asentimiento mientras se acomodaba en una de las sillas—. Anciana —añadió para disgusto de la capitana.

—Triano me ha contado lo que has descubierto —dijo Bonaserra sin molestarse siquiera en devolverle el saludo—. Lo de esas siete muertes.

—Ocho —la corrigió ella—. La semana pasada hubo otra. Otro “accidente” —dijo dibujando las comillas en el aire con los dedos.

Bonaserra apretó los dientes. Triano pareció sorprendido.

—¿Otro más? —preguntó el muchacho.

—¿Estás segura de que se trata de magia de sangre? —frunció el ceño la anciana.

—¿Dudas de mi palabra? —Tarnika arqueó una ceja, un gesto muy humano que había copiado de su maestro—. Creía que conocías mejor a mi pueblo.

—No desconfío de tu palabra, pero si vamos a mover ficha contra la Inquisición tenemos que estar seguros. No quiero sorpresas. Mi situación ya es bastante comprometida. Tras los acontecimientos del Coliseo y la Academia me encuentro en la cuerda floja, y si se me ocurre levantar la voz contra la Inquisición no solo puedo perder mi puesto, sino que es probable que me acusen de herejía y que acabe con mis huesos en Charnok.

—Es magia de sangre —insistió Tarnika—. Estoy tan segura de ello como de tus sentimientos por el maestro.

Bonaserra entrecerró los ojos, que ahora centelleaban como *candelas*. Aquello había sido un golpe bajo, lo sabía, pero la anciana se las arreglaba siempre para sacarla de sus casillas, y Tarnika no era de las que se mordían la lengua.

—Malditos sean los Dioses —gruñó finalmente la anciana. Entonces pareció sumirse en sus propios pensamientos. Triano y ella la miraron expectantes. ¿Acaso la mujer había descubierto algo que a ellos se les hubiese escapado? Bonaserra parpadeó y los taladró con la mirada—. ¿De verdad no lo veis? —les preguntó casi al borde de la impaciencia—. Si lo que dice Tarnika es cierto y esos crímenes los están cometiendo las mismas personas que ayudaron a las tropas de Korro'th a cruzar hasta nuestro mundo, todas esas muertes tienen que estar relacionadas de alguna forma con sus planes de conquista.

—¿Cómo pueden...? —empezó Triano, pero Tarnika lo había entendido a la primera.

—Están eliminando a la oposición.

—Siete muertes en los últimos meses —asintió Bonaserra—. Todas ellas de miembros de las Casas. Ocho, si de verdad hay otra víctima que aún desconocemos. Y no podemos descartar que sean las únicas, porque según me ha contado Triano solo has podido detectar aquellas en las que se ha empleado magia de sangre. Quizás todos los ataques cometidos por criaturas interdimensionales en los últimos meses también estén relacionados. Nunca había habido tantos en Hefestia. Es casi como si alguien quisiera mantenernos ocupados.

—Es posible —respondió la joven—. Aunque no creo que los ataques y las muertes sirvan a un mismo propósito. Recordad que solo en una de las invocaciones se empleó magia de sangre. Si todas ellas fuesen obra del mismo grupo estoy segura que habría hallado rastros de hemomancia en todas las muertes, y no ha sido así.

—Entonces, ¿qué pretenden? —preguntó Triano.

—¿Por qué creéis que alguien querría quitar de en medio a miembros de las Casas? —les preguntó Bonaserra—. ¿Qué ganarían con esas muertes?

Al muchacho se le iluminaron los ojos.

—Están allanando el terreno —comprendió finalmente Triano—.

Preparándose para la invasión.

Bonaserra y Tarnika asintieron a la vez.

—Tras investigar a las víctimas hemos podido confirmar que tres de ellos eran Jerarcas —les hizo notar—. Otros dos eran Archimagos. Y los demás, pese a no poseer ningún cargo, eran magos poderosos. ¿Por qué crees, si no, que han escogido a miembros de las Casas?

—Os están debilitando —intervino Tarnika—. En mi mundo ocurrió algo parecido, aunque nosotros no supimos verlo hasta que fue demasiado tarde.

—Pero hay más de cincuenta Casas en Hefestia —les recordó el agente—. Y algunas de ellas cuentan con magos mucho más poderosos. ¿Por qué precisamente estos? Si yo planease una invasión habría empezado por eliminar al Consejo de Archimagos o a los Inquisidores. ¿Qué tienen estos de especial?

—Eso aún no lo sé —sacudió la cabeza la anciana—. Quizás esta solo sea la primera fase de su plan. Tal vez el siguiente paso sea un ataque abierto a la Academia. Por eso hay que seguir investigando. Tenemos que averiguar qué más tienen esas víctimas en común. Cualquier detalle puede ser importante, por eso no podemos obviar nada. Pero tendremos que llevar la investigación en secreto. Si de verdad hay miembros de la Inquisición involucrados en esos crímenes, no podemos permitir que descubran que sospechamos de ellos.

—Entonces, ¿no podemos contárselo a nadie? —preguntó Triano—. ¿Ni siquiera a nuestros compañeros de la Brigada?

Bonaserra sacudió la cabeza.

—Ahora mismo no sé en quién confiar. Si los traidores se han infiltrado en la Inquisición, ¿quién nos asegura que no los haya también en la Guardia o en la Brigada? Además, con tantos ataques demoniacos la Brigada no puede permitirse el lujo de perder el tiempo investigando otros asuntos. Al menos, no de cara a la galería. Si se me ocurre desviar recursos hacia otro caso con la que nos está cayendo mis superiores se me echarán encima. No, lo mejor será que esta información no salga de aquí.

—Deberíamos tratar de identificar a esos Inquisidores —dijo Tarnika.

—Pero no sabemos nada de ellos —replicó el muchacho.

—¿Crees que serías capaz de reconocerles? —preguntó la capitana.

—A uno de ellos le vi la cara —asintió la joven—. Y al resto podría identificarles por el rastro que la magia de sangre ha dejado en ellos. ¿Pero

cómo vamos a hacerlo? No es como si pudiese entrar en Charnok y examinarlos a todos uno por uno.

—¿Y por qué no? —sonrió Bonaserra con una mueca que no presagiaba nada bueno.

Sin duda la mujer estaba tan loca como el maestro.

Triano ya le había contado que la fortaleza estaba protegida por hechizos reveladores y por guardas mágicas, por lo que Tarnika no podría utilizar su *glamur*. Y sin un disfraz que enmascarase su auténtico aspecto, tratar de colarse en Charnok sería una misión suicida.

Eso sin mencionar que la simple idea de poner los pies en la isla hacía que la savia se le helase en las venas.

El vestido la cubría desde el cuello hasta las botas, y los guantes impedían que se le vieran las manos. El tejido era suave, pero Tarnika no estaba acostumbrada a usar ropa, y la tela le restaba movilidad y parecía arañarle la piel.

—Si no dejas de sacudirte vas a conseguir que volquemos —la regañó Triano asiéndose a los costados de la barca.

—¿Cómo podéis usar estas prendas tan incómodas? —protestó ella.

—¿Te parecería mejor que anduviésemos desnudos por las calles? —replicó él.

—No entiendo por qué tu sociedad está tan reprimida. Después de todo, el clima de Hefestia es bastante benigno. Entendería que os cubrieseis durante los meses más fríos, pero he visto y oído como transpira tu gente durante la estación seca, cuando el calor resulta casi insoportable. Es ilógico.

—La ropa es una de las pocas cosas que nos separan de los animales y de los seres incivilizados —resopló el muchacho.

—¿Estás insinuando que mi pueblo no es civilizado? —gruñó ella.

—No, no quería decir eso... —se sonrojó el chico.

—Déjalo. Está claro que ni siquiera sabes por qué las usáis. Seguramente tenga que ver con eso que llamáis moralidad, lo cual no deja de ser una incoherencia. También consideráis inmorales el asesinato, las violaciones y los robos. Pero mientras que esos crímenes tienen lugar a diario en vuestra ciudad, a nadie se le ocurre salir a la calle desnudo. Sois un pueblo muy contradictorio —sentenció.

Tarnika había tenido aquella misma discusión con su maestro en varias ocasiones, y siempre había acabado dejándola por imposible. Los humanos eran obtusos. Estaban demasiado centrados en su propia existencia para aceptar que no eran las únicas criaturas del universo, y que lo que en su mundo se consideraba normal en otros podía resultar extraño, o incluso tabú.

—Pequeñas criaturas de mente estrecha —farfulló en voz baja mientras se llevaba una mano enguantada a la cabeza para rascarse. Triano la detuvo a tiempo.

—Si sigues haciendo eso vas a conseguir que se te caiga la peluca —la reprendió.

—Pero es que pica —protestó ella con un mohín.

Aquella cosa le estaba irritando la piel.

Por sugerencia de Bonaserra, Tarnika había retraído sus lianas y había dejado su cabeza lisa como la de un macho pelón. Pero la anciana le había explicado entonces que ninguna hembra humana se habría dejado ver así en público, por lo que tendría que cubrirse con una de aquellas pelucas. Según la capitana no habría resultado creíble ni aunque cubriese su calva con aquel potingue que le había aplicado en la cara.

Lo llamaban maquillaje, y Tarnika sabía que las humanas lo usaban para mejorar su aspecto; aunque a ella no le parecía que el suyo hubiese ganado demasiado con aquella bazofia embadurnándole el rostro. La hacía parecer una de esas damas sonrosadas y blanduchas. Pero sabía que era necesario, por eso aguantaba las incomodidades.

Tarnika no había creído que aquello funcionara. ¿Cómo iba a camuflar aquella cosa su aspecto? Pero cuando Bonaserra hubo acabado de aplicarle el maquillaje y pudo mirarse al espejo, sus temores se desvanecieron.

—Parece que lleve puesto mi *glamur* —le había dicho.

—Lo parecerías si tus ojos no fuesen rojos —había respondido la anciana—. ¿Puedes cambiarlos de color sin usar magia?

—¿Crees que soy un camaleón?

Bonaserra sacudió la cabeza y sacó algo de un cajón de la cómoda frente a la que Tarnika estaba sentada.

—Prueba con esto —le pidió. El extraño objeto estaba hecho de alambre y cristal. Lentes, lo llamaban los humanos—. Los cristales oscuros cubrirán tus ojos. Si alguien te pide que te las quites dile que sufres de hipersensibilidad, que la luz te daña los ojos. Eso bastará.

El mundo se percibía más oscuro a través de los cristales ahumados, pero aquello no le restaba visibilidad. Después de todo, su visión era más aguda que la de los monos. Por eso se preguntó como las bolsas de carne podían ver con claridad a través de aquellas cosas.

Triano se había quedado mirándola con los ojos muy abiertos y una expresión estúpida en la cara cuando la había visto por primera vez disfrazada de humana.

—¿Y bien? —le había preguntado ella con impaciencia—. ¿Crees que dará el pego?

Triano había asentido con la cabeza y había balbuceado algo incomprensible.

Aquello había hecho reír a Bonaserra.

De verdad esperaba que su aspecto pudiese engañar también a los Inquisidores, porque de lo contrario estaría en problemas. En realidad, los dos lo estarían. No habría forma posible de justificar por qué un agente de la Brigada Démoniaca había acudido a Charnok acompañado de un demonio *lorkin*.

La chalupa alcanzó la orilla, y el muchacho atracó en un pequeño muelle de madera del que partía un camino que conducía directamente hasta la torre. En cuanto pisó tierra firme, Tarnika sintió el inconfundible hedor de la magia de sangre.

—Este lugar apesta a muerte —le dijo a Triano.

—Eso es porque ahí se encuentran presos los magos más oscuros de Atroreth.

—No, no es eso. Hay restos de hemomancia, pero son recientes, y mucho más intensos de lo que esperaba. O bien hay más nigromantes de los que creía, o se han realizado rituales dentro del edificio.

—¿Magia negra en Charnok? —se sorprendió el muchacho.

—¿No resultaría eso irónico? —se burló ella.

El guardia de la puerta les preguntó por el motivo de su visita, y Triano le enseñó el papel que les había dado la capitana. La excusa que habían ideado para su presencia en la isla era interrogar a Lady Pizcazu, la mujer que supuestamente había degollado a su esposo mientras dormía. Tarnika



aprovecharía para examinarla y confirmar si, como sospechaba, alguien la había poseído para obligarla a cometer el crimen.

—Soy el agente Erístide, de la Brigada Démoniaca —se presentó—, y esta es Vindora Krete, una consultora civil. Tenemos autorización para visitar a uno de sus prisioneros.

El guardia estudió el papel y barrió a Triano con la mirada. Tarnika hizo todo lo posible por evitar los temblores cuando el hombre se entretuvo algo más en ella.

—¿Por qué necesita la Brigada a una consultora civil? —quiso saber el guardia.

—Madame Krete es una reputada mentalista —le explicó Triano ciñéndose a la tapadera que les había proporcionado la anciana—. Creemos que sus habilidades cognománticas pueden ayudarnos a descubrir lo que se oculta tras los bloqueos mentales de Lady Pizcazu.

—La cognomancia no es una de las Artes aprobadas por la Inquisición —dijo el hombre con suspicacia.

—Madame Krete es Bezantina. Las leyes de Atroreth no le prohíben el uso de su don, solo transmitir sus conocimientos a otros —le recordó Triano. El guardia frunció el ceño y volvió a leer el papel.

Finalmente pareció darse por satisfecho y les permitió pasar.

Otro Inquisidor, este algo más joven, les guió a través de una sucesión de pasadizos laberínticos hasta una celda situada en la segunda planta. Tras abrirles la puerta se dispuso a entrar con ellos, pero Triano se interpuso en su camino.

—Muchas gracias. Te avisaremos si necesitamos algo —le dijo. El muchacho no parecía contento con aquello, pero la autorización estaba en regla, y les permitía interrogar a la sospechosa sin la presencia de un Inquisidor.

Cuando Triano se disponía a cerrar la puerta tras ellos, Tarnika le detuvo.

—Creo que será mejor que entre yo sola —le dijo. El agente arqueó una ceja. Por su expresión, estaba claro que aquello no le parecía una buena idea—. Necesito establecer contacto con la magia que se ha usado para manipular a esa mujer. Tu presencia solo me complicará las cosas.

Triano miró a su alrededor como si sopesara la validez de su argumento.

Finalmente suspiró, y sus hombros se relajaron un poco.

Tarnika no había notado hasta entonces lo tenso que estaba.

—De acuerdo, pero si necesitas ayuda no dudes en llamarme.

Ella asintió y cerró la puerta en sus narices.

—Estas condiciones son inhumanas —murmuró arrugando la nariz.

La celda era un minúsculo y húmedo cuartucho sin ventilación y sin más comodidades que un camastro de madera y un cubo para los desperdicios. El aire estaba enrarecido, y apestaba a heces, sudor y orina.

Lady Pizcazu estaba encogida en su catre. Ni siquiera alzó la mirada cuando la escuchó hablar. Tarnika se acercó a ella y la llamó por su nombre. Tuvo que insistir un par de veces antes de que la mujer respondiera.

La muchacha le explicó entonces el motivo de su visita y lo que se proponía hacer.

—No más pruebas, por favor —sollozó Lady Pizcazu con la voz rota y la mirada acobardada—. No más.

—No se preocupe —la tranquilizó—. No voy a hacerle daño.

—Yo no lo hice —insistió la mujer—. Le juro que yo no maté a mi marido.

—La creo. Por eso necesito examinarla.

Aquello hizo que una chispa de esperanza brillase en sus ojos. Eran de color pardo, igual que sus cabellos. Tarnika se arrodilló frente a ella y la tomó de las manos. Su piel era pálida, aunque habría sido difícil asegurarlo, porque estaba cubierta de polvo y hollín.

Suri necesitaba entonar el *cántico del alma* para poder acceder al *Oneiros*, pero Tarnika había descubierto que su afinidad con la magia le permitía hacerlo con solo concentrarse. En realidad el *Oneiros* no era muy distinto al trance que empleaba su gente durante la preparación de artefactos imbuidos, por lo que apenas tardó unos segundos en alcanzar el estado de conciencia alterada.

En cuanto abrió los ojos de la mente captó a su alrededor los filamentos entretejidos de la magia que impregnaba aquel lugar. No había esperado que hubiese tanta, especialmente debido a las *salvuardas*, pero se extendía a su alrededor como las raíces de un árbol. Le costó un poco separar las que formaban parte de las defensas de la fortaleza, pero finalmente dio con la que estaba buscando.

Era una especie de cordel escarlata cuyo extremo parecía estar anudado en torno a la cabeza de la mujer. Era tenue, tenía ya un par de semanas de antigüedad, pero el rastro residual de la hemomancia era muy intenso, y

podía tardar meses en disiparse del todo. Tarnika tomó el filamento entre sus manos y se dejó arrastrar por él.

Su ánimo abandonó la celda a través del suelo, y siguió hundiéndose cada vez más, dejando atrás varios niveles. Ya había atravesado media docena cuando por fin dio con la madeja de la que procedía aquella hebra.

Lo que vio la dejó sin respiración.

Se encontraba en una sala húmeda y pestilente; podía captar los aromas a pesar de que su cuerpo físico se hallaba a más de cincuenta varas de distancia. Aquello era una especie de mazmorra subterránea, pero allí no había presos. Al menos ninguno con vida.

En uno de los muros, colgado por las muñecas con cadenas y grilletes, había un pobre desgraciado. Estaba desnudo, y su piel estaba cubierta de grabados que centelleaban con un desagradable fulgor carmesí y que solo podían haber sido hechos con una hoja afilada. Tarnika reconoció algunos de los símbolos, y enseguida entendió para qué se habían usado.

«Alguien se ha estado comunicando con otro plano», comprendió.

A los pies del hombre había un caldero de barro, pero en su interior no había agua, sino un líquido oscuro y espeso que apestaba a cobre y podredumbre.

«Férdax», pensó cuando se dio cuenta de que el líquido burbujeaba como si hirviera.

La *sangría* seguía activa.

—Puedo verte —dijo una voz dentro de su cabeza. Era una voz profunda que parecía reverberar como el eco en una caverna.

Aquello era imposible.

Su maestro le había asegurado que en el *Oneiros* su presencia debería ser indetectable.

—Veo tus pensamientos, pequeña *lorkin* —insistió la voz—. Puedo oler tu miedo.

Tarnika no sabía qué estaba pasando allí o cómo era posible, pero no pensaba quedarse a averiguarlo. Estaba segura de saber a quién pertenecía aquella voz, y ese conocimiento la aterraba.

—Ven a mí, mi siervo —oyó de nuevo la voz que parecía proceder del interior del caldero; la voz de Korro'th—. Ven y encárgate de la intrusa.

Tarnika ignoraba con quién estaba hablando el Caudillo, pero no tenía intención de quedarse a averiguarlo. Con un golpe de voluntad volvió a asirse

al filamento y se impulsó de vuelta hacia arriba, de regreso a la celda.

Pero incluso en el *Oneiros* pudo notar que no estaba sola.

Alguien la estaba siguiendo.

¿Cómo *férdax* podían hacer aquello?

Su mente fue devuelta a su cuerpo de forma violenta, y habría caído de espaldas de no ser porque sus manos aún estaban entrelazadas con las de Lady Pizcazu.

—Pequeña intrusa —siseó la mujer con voz ronca y los ojos desorbitados. Sus manos soltaron las suyas y se cerraron en torno a su cuello. Sus uñas se clavaron en su carne—. ¿De verdad creías que podrías colarte en nuestro lugar de poder sin ser detectada?

Tarnika dejó escapar un gruñido y trató de liberarse, pero la presa de la mujer parecía de acero. No quería hacerle daño, sabía que Lady Pizcazu no tenía el control de su cuerpo. De alguna forma, el mago oscuro había conseguido seguirla hasta la celda, y había tomado posesión del cuerpo de la prisionera.

—Estúpida entrometida. Pagarás el precio por enfrentarte a mi señor —rechinó la mujer lanzando espumarajos por la boca.

Por suerte Tarnika no tenía pulmones. Su cuerpo respiraba a través de los poros de su piel, así que aquel gesto era inútil. Pero para su sorpresa, la fuerza empezó a abandonar sus miembros. Se sentía como si algo estuviese drenando su energía vital.

«Está empleando su magia contra mí», comprendió.

Gracias a los Primeros, Tarnika había venido preparada.

Rebusco en el bolsillo de su vestido hasta que dio con el pequeño amuleto que había decidido llevar en el último momento y lo pegó a la frente de la mujer. Un grito agudo llenó la estancia, pero no pertenecía a Lady Pizcazu, sino al mago que estaba utilizando su cuerpo.

—Esto te enseñará a no manipular las mentes de los demás —gruñó la joven.

La puerta se abrió a su espalda, y Triano corrió hacia ella

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó.

Lady Pizcazu había vuelto a hacerse un ovillo sobre el catre, y canturreaba algo ininteligible en voz baja.

—Me han localizado —respondió Tarnika frotándose el dolorido cuello—. Aún no sé cómo lo han hecho, pero el mago que poseyó a esta pobre mujer

me ha seguido desde el plano onírico. Sabe que estoy aquí.

—Entonces será mejor que nos marchemos antes de que alguien nos lo impida —respondió el agente examinándole el cuello—. Maldita sea, tu maquillaje —dijo sacando un pañuelo de uno de sus bolsillos. La muchacha se llevó una mano enguantada a las heridas, y el guante quedó manchado de savia y maquillaje—. ¿Eso es sangre? —le preguntó el agente.

—Savia —respondió ella—. Me ha clavado las uñas.

Triano limpió sus heridas con cuidado. El roce de sus dedos hizo que un inesperado estremecimiento la sacudiera, y Tarnika apretó los dientes. Por suerte él lo interpretó como un gesto de dolor.

—Lo siento —se disculpó mientras le anudaba el pañuelo alrededor del cuello—. Esto cubrirá las heridas y el desastre del maquillaje.

—Gracias —dijo ella tocando el pañuelo de forma distraída.

—Debería haber entrado contigo —dijo él con irritación.

—Si lo hubieras hecho, el mago te habría identificado. Es mejor que piense que no sabes nada sobre mí. Si cree que he engañado a la Brigada para colarme en la fortaleza, no sospechará de vosotros.

Triano asintió. Quizás aquello no le gustara, pero lo entendía

—Procura no mover demasiado la cabeza —le dijo colocando unos cuantos mechones de la peluca alrededor del pañuelo para cubrir la piel expuesta. Entonces dio media vuelta y empezó a caminar hacia la puerta.

Tarnika le siguió, pero al dar el primer paso sus piernas flaquearon, y a punto estuvo de caer al suelo.

—¿Estás bien? —se apresuró el muchacho en su ayuda.

—Creo que ese mago me ha hecho algo —dijo ella sacudiendo la cabeza. Se sentía mareada, y parecía que estuviese caminando entre aguas pantanosas. Triano la miró con preocupación—. Tranquilo. Puedo caminar. Pero será mejor que nos demos prisa. No sé cuánto tiempo podré aguantar, y la *piedra de Verudian* solo mantendrá al mago ocupado unos minutos. Al menos no podrá volver a poseer a esta pobre desgraciada.

Triano asintió, pero la preocupación no abandonó su rostro. Ahora que se fijaba, Tarnika descubrió que era un rostro atractivo y elegante. Para ser humano.

—Ya hemos terminado —le dijo Triano al guardia que esperaba al final del corredor.

Tarnika le echó un último vistazo a Lady Pizcazu. La mujer seguía

meciéndose en su catre, hecha un ovillo. Sintió lástima por ella, pero no podía hacer nada más por ayudarla. Su prioridad ahora era salir con vida de Charnok.

Antes de que el Inquisidor cerrase la puerta de la celda, ya se habían puesto en marcha.

—Esperen —les llamó el chico, que todavía se estaba peleando con la cerradura—. Les acompañaré hasta la salida.

—No será necesario —Triano sacudió una mano en el aire—. Ya conocemos el camino.

Tarnika notaba como las fuerzas la iban abandonando lentamente. No sabía lo que el mago le había hecho, pero se sentía como si no hubiese consumido agua en una semana. Sus articulaciones parecían cada vez más rígidas, y su piel empezó a researse. Esperaba que el maquillaje de su rostro impidiera que aquello fuese demasiado evidente.

Consiguieron alcanzar la planta baja sin toparse con nadie y sin que le fallasen las piernas, pero cuando avanzaban por uno de los corredores en dirección a la salida Tarnika sintió la presencia de un practicante de magia de sangre y se detuvo en seco. Triano estaba a punto de preguntarle qué estaba haciendo cuando ella puso una mano sobre su pecho y le empujó contra la pared.

—Silencio —murmuró.

En aquellos momentos un Inquisidor cruzó por la intersección que había frente a ellos. Por suerte iba abstraído en sus propios asuntos, porque pasó de largo sin verles.

—¿Era él, el que te ha atacado? —le preguntó Triano cuando calculó que se habría alejado lo suficiente.

—No, pero era uno de ellos. ¿Has podido reconocerle?

—No le he visto la cara —gruñó el muchacho—. Puede ser cualquiera.

—Vamos. Será mejor que no nos entretengamos más.

Tarnika suspiró aliviada cuando finalmente enfilaron por el pasillo en el que se encontraba la salida. Si podía llegar hasta ella sin derrumbarse, conseguirían salir de allí.

El guardia de la entrada los vio acercarse y empezó a abrir la puerta para ellos.

Ya casi estaban fuera.

Solo unos pasos más.

—¿Triano? —llamó alguien cuando se disponían a salir. Tarnika apretó los puños. Se estaba preparando para saltar al exterior y lanzar un hechizo cuando el muchacho se volvió para responder.

—Barlán, qué sorpresa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el joven Inquisidor ofreciéndole una mano al agente. Triano se la estrechó con una sonrisa en los labios—. ¿Has decidido dejar a esos perdedores de la Brigada y unirse por fin a nosotros?

—Me temo que no —rió Triano—. La paga no es tan buena —añadió en tono confidente. A su espalda Tarnika tiró de su túnica. Sus ojos habían empezado a irritarse, y bajo los guantes sentía que sus manos iban perdiendo firmeza. Tenían que salir de allí, y tenían que hacerlo lo antes posible. Triano la miró de reojo, y debió ver algo en su expresión, porque a continuación habló de forma atropellada—. Hemos venido por un caso, para interrogar a uno de vuestros detenidos. Por desgracia no nos ha sido de mucha ayuda.

—Veo que tienes una nueva compañera —dijo entonces el Inquisidor echando una mirada ponderativa a Tarnika. Ella tragó saliva y se encogió dentro de su vestido todo lo que pudo—. ¿No vas a presentarnos?

—En realidad no es una compañera. Es una consultora civil. Vindora, este es Remo Barlán. Remo y yo estudiamos juntos en la Academia. Barlán, esta es Vindora Krete.

—Es un placer, Milady —la saludó el Inquisidor tomándola de la mano y plantando un casto beso en sus nudosos dedos. Tarnika tuvo que contenerse para no gritar de dolor ante su roce—. Espero que este bruto la esté tratando con la consideración que una dama tan hermosa se merece.

—Encantada —respondió ella inclinando la cabeza y cubriendo su boca con una mano. Sabía que las hembras humanas expresaban así su timidez, por lo que su comportamiento no llamaría la atención. En realidad quería impedir que aquel tipo le viera los dientes o la lengua. Sin duda, eso la traicionaría. Al menos había conseguido hablar sin que la voz le temblara—. Triano, me temo que vamos a llegar tarde a nuestra siguiente cita —dijo a continuación.

—Tienes razón —asintió el muchacho—. Lo siento, Barlán. El deber nos reclama. ¿Nos vemos en la próxima reunión?

—Solo si prometes pagarme lo que me debes —rió el otro.

Tarnika se colgó de su brazo, y no lo soltó hasta que ambos alcanzaron el muelle.

—Deprisa. Tenemos que salir de aquí.

Tarnika subió a la barca con dificultad, y casi se derrumbó cuando sus pies tocaron la cubierta. Triano soltó los amarres, subió a la chalupa, se sentó frente a ella y dibujó un *táumator* en el aire. Una repentina brisa llenó las velas, empujándoles hacia la costa.

—¿Nos sigue alguien? —le preguntó sin atreverse a mirar atrás.

—Yo no veo a nadie.

Por si acaso, Tarnika sacó otro amuleto de uno de los bolsillos de su vestido, y tras pronunciar el encantamiento que lo activaba lo dejó en el fondo de la chalupa. Una espesa humareda blanca brotó del amuleto y empezó a rodearles. Triano parecía sorprendido y confundido. La nube no parecía afectada por la corriente de aire que empujaba la barca.

—Esto nos mantendrá protegidos de miradas curiosas.

—Tal vez no puedan vernos, pero sin duda verán el humo.

—Esto no es humo. Es un *tragaluz*. La nube absorbe toda la luz de su alrededor e impide que cualquiera que se encuentra en el exterior pueda verla.

—¿Quieres decir que es algún tipo de hechizo de invisibilidad?

—Puedes llamarlo así, si quieres.

—¡Eso es fantástico! ¿Tienes idea de lo útil que puede resultarnos?

—No tanto. Quizás quienes se encuentran fuera no puedan vernos, pero nosotros tampoco podemos ver lo que nos rodea. Es una suerte que el viento nos empuje en línea recta. Pero reza para que no nos crucemos con otra barca, o acabaremos en el fondo del lago.

Triano seguía embelesado con el *tragaluz*. Con una mano trató de disipar una brizna de vapor que se retorció frente a su cara, pero lo único que consiguió fue que se enredase entre sus dedos. Tarnika se quitó los guantes y examinó sus propias manos. Su piel parecía arrugada y árida como la corteza de un árbol muerto.

Triano notó que algo le ocurría, porque sus ojos se abrieron como frutos de pasethio.

—¡Dioses! ¿Qué te pasa? —la preocupación en su voz hizo que sus labios se fruncieran en un amago de sonrisa. Pero era una sonrisa sin humor. Le dolía demasiado para poder ocultarlo.

—El mago. Me ha hecho algo —le explicó. Sus manos parecían encoger ante sus ojos—. No sé si voy a poder...

Las fuerzas la abandonaron por completo, y se derrumbó en el fondo de la chalupa.



Triano se apresuró a su lado.

—¿Qué hago? —le preguntó. Su voz exudaba preocupación—. ¿Cómo puedo ayudarte?

Tarnika no sabía cuánto tiempo podría aguantar. Apenas le quedaban fuerzas para hablar, y moverse resultaba agónico. Aun así consiguió meter una mano en el bolsillo de su vestido y sacar de su interior la *flor de turanga*. No sabía si podía confiar en Triano. Quería creer que sí, pero en realidad no le conocía.

Por desgracia, no le quedaba otra opción.

Su cuerpo se rendía. Si no recibía ayuda pronto no estaba segura de poder sobrevivir.

—*Portal de paso* —murmuró con voz rota. Antes de acabar la frase el muchacho ya estaba trazando los primeros símbolos del *táumator*.

—¿Dónde? —preguntó él. ¿Era cosa suya, o era preocupación lo que había en su voz?

—La flor —respondió Tarnika tendiéndole la mano. Ese simple gesto supuso un esfuerzo titánico—. Ella te guiará.

Tarnika vio la duda en sus ojos.

—La flor —repitió casi sin fuerzas.

En cuanto Triano tocó la flor su expresión cambió.

Las flores de turanga estaban ligadas al árbol del que habían sido cortadas, y cualquiera que las tocara vería en su cabeza el lugar del que procedían. Esperaba que Triano lo entendiera, porque su boca se había reseca tanto que ya no era capaz de hablar.

Antes de que sus pesados párpados se cerrasen, Tarnika pudo ver el destello azulado del *portal* formándose frente a ellos.

## Sangre, dolor y orgullo

Suri clavó los dedos en la tierra y apoyó las rodillas para incorporarse. Apenas le quedaban fuerzas, por lo que tuvo que conformarse con quedarse en el suelo, a cuatro patas. Estaba tan dolorido que le costaba concentrarse. Sus músculos estaban tensos por el esfuerzo, y los golpes que había recibido —ya había perdido la cuenta de cuántos habían sido— latían como si en lugar de haberle producido solo hematomas le hubiesen dejado heridas abiertas.

—Yo y mi maldita boca —escupió la arena que había tragado al caer de bruces.

—Vamos, Ardilla Ladradora —le azuzó Halcón Peregrino con su habitual arrogancia—. ¿Aún quieres demostrar tu valía o ya has tenido suficiente por hoy?

Un coro de risotadas se extendió por entre los espectadores, y fue especialmente escandaloso entre los seguidores de Halcón, que vitoreaban a su amigo como los aprendices de la Academia lo hacían con sus favoritos durante los combates del Coliseo. En cierto modo, y salvando las distancias, aquel ritual le recordaba un poco a esos torneos, por eso le fastidiaba haberse visto envuelto en uno.

Pero no podía echarse atrás. Se negaba a darle esa satisfacción al insolente mocoso.

—¿Por qué? — azuzó al muchacho con una sonrisa ensangrentada—. ¿Acaso temes ser derrotado por un anciano lisiado?

Halcón dejó escapar un gruñido gutural que sus amigos corearon.

—¿De verdad piensas seguir con esto? —le preguntó Jaguar Veloz. La muchacha había corrido a su lado cuando había mordido el polvo, y ahora estaba acuclillada junto a él—. Eres estúpido, Ardilla Ladradora.

«Dioses, como odio ese maldito nombre», pensó.

Jaguar le tendió una mano para ayudarlo a incorporarse, pero él la ignoró. No quería que los demás tomaran ese gesto como una muestra de debilidad. Entonces recogió la vara de sauce que había estado utilizando como arma y la usó de apoyo para ponerse en pie. La muchacha dejó escapar un bufido exasperado y se alejó de él, rezongando en voz baja.

Suri se plantó de nuevo frente a su contrincante con los pies firmemente afianzados en el suelo, obligándose a ignorar las protestas de su castigado cuerpo. Estaba dolorido y agotado, aunque no tanto como habría cabido esperar.

Quizás ya no fuese el octogenario que había pisado por primera vez las costas del Continente Salvaje casi tres semanas atrás, pero tampoco era el veinteañero ágil y enérgico que se había enfrentado a las tropas de Korro'th. La magia de la tribu le había devuelto parte de su juventud. No toda, pero su cuerpo era ahora el de un hombre con la mitad de su edad. Aunque eso sí, había pagado por cada uno de esos años con sangre y dolor. Mucho dolor.

Las matriarcas, con Nada a la cabeza, se habían encargado de ello.

La primera vez que lo habían conducido hasta aquella apartada choza, Suri no había sabido lo que se proponían hacer con él. Una de las ancianas, una mujer llamada Serpiente Emplumada, le había explicado que estaba a punto de descubrir uno de los secretos de la magia de la tribu. De haber sabido entonces que se proponían sangrarle en un ritual en el que las hojas de los cuchillos morderían su piel con saña quizás se lo habría planteado dos veces antes de aceptar. Suri conocía la magia de sangre, aunque nunca había visto usarla de aquella manera. Y pese a haber pasado unas cuantas veces por el ritual, seguía sin entenderlo del todo.

—La magia de sangre es magia de sacrificio —le había explicado Serpiente. Aunque no se trataba de la misma clase de sacrificio que ofrecían los nigromantes en Atroreth, Bezantia o Radamantis, en los que se empleaba el dolor de las víctimas como potenciador de los hechizos, y no el del propio mago—. Es nuestro dolor el que nos permite implorar a los espíritus su poder.

—Entonces, ¿por qué soy yo quien debe soportarlo? —le había preguntado él. Porque el tormento había sido tal que algunas noches sus gritos seguían resonando en sus oídos cuando cerraba los ojos para tratar de dormir.

—Porque es tu cuerpo el que se beneficia de la magia —había dicho la mujer mirándole como si su pregunta fuese ridícula.

Con cada visita a la choza, Suri había ido recuperando parte de su vitalidad. Los achaques propios de la edad habían ido desapareciendo, y su fuerza y su resistencia habían aumentado de forma considerable. Ahora era capaz de correr un par de leguas sin agotarse, y las articulaciones ya no le dolían como antes. Era como si se hubiese estado alimentando única y exclusivamente de

frutos de *ziguara*, pese a que no había vuelto a probarlos desde que se había instalado en la aldea.

En realidad se sentía tan vital que incluso había empezado a añadir peso a su prótesis de forma paulatina sin que eso llegase a desequilibrarle. Era necesario hacerlo, si quería acostumbrarse a ella.

Pero aunque se sintiese rejuvenecido, su cuerpo seguía roto. Quizás la mayoría de sus arrugas se habían borrado, y tal vez su energía ya no se agotase con tanta facilidad como antes, pero aún se encontraba lejos de recuperar su antiguo vigor.

Y seguía sin ser capaz de acumular magia.

Seguía siendo un lisiado.

Por eso permitía que las ancianas le sangrasen un par de veces por semana, porque sabía que aquella era la única forma de recuperar su antiguo yo, de volver a ser la persona que necesitaba ser para proteger a Alia.

Para detener a Korro'th.

Se preguntó, no por primera vez, si las matriarcas usarían parte de la magia salvaje que les rodeaba para alimentar sus hechizos. Él no había sido capaz de manipularla cuando lo había intentado, pero quizás la gente de la tribu había aprendido a hacerlo. Y si era posible dominar aquella fuerza que parecía impregnarlo todo, debía descubrir cómo hacerlo. Eso podría ser vital no solo para el futuro de Atroreth, sino del mundo entero.

Pero cada vez que Suri había sacado el tema la anciana había sacudido la cabeza.

—No trates de correr antes de aprender a andar —le había dicho Serpiente Emplumada. Y a Suri no le había quedado otra que resignarse y armarse de paciencia.

—¿A qué esperas? —le azuzó Halcón devolviéndole a la realidad. El muchacho permanecía inmóvil, apoyado en su vara, observándole con una sonrisa torcida en los labios—. ¿Acaso ya has tenido bastante por hoy?

A su espalda, sus amigos corearon una risita maliciosa.

—Te estaba dando un respiro —replicó Suri enseñándole los dientes. El joven guerrero se unió a las carcajadas de sus amigos y empezó a bailar a su alrededor, cambiando el peso de un pie al otro con la habilidad de un bailarín. Se estaba mofando de él, lo sabía.

Suri hizo girar su cayado de sauce en las manos. La derecha respondía con presteza, aunque la izquierda le lastraba un poco. Sin duda Halcón ya se

había dado cuenta, porque casi todos sus ataques se habían centrado en la zona menos protegida.

«Si pudiese usar a *Shadzar* esta pantomima habría terminado hace tiempo», pensó.

—Debes disfrutar mucho con el dolor, Ardilla Ladradora —se burló el joven—. De lo contrario no te enfrentarías a los que son mejores que tú. Ríndete ahora que aún estás a tiempo, o te prometo que te obligaré a hacerlo yo. Y no será placentero. La tribu no es lugar para extranjeros débiles.

«Ahí vamos de nuevo», pensó.

De encontrarse en condiciones, aquel mocoso no habría podido vapulearle con tanta facilidad. El chico era ágil, aunque no demasiado brillante, y cometía el estúpido error de anunciar sus movimientos antes de hacerlos. En eso también le recordaba un poco a Pernaces: la misma arrogancia, la misma soberbia y los mismos errores típicos de un luchador engreído.

«Pie izquierdo adelantado, giro en redondo y ataque del revés», adivinó al verle moverse. Se agachó en el último momento, y la vara pasó zumbando a escasas pulgadas de su cabeza, un borrón de madera oscura con fuerza suficiente para noquearle de un solo golpe. Los espectadores soltaron un aullido, algunos sorprendidos por su agilidad y otros protestando por el fallido ataque de Halcón. Suri escuchó un gemido, y quiso creer que era Jaguar.

«Ahora aprovechará la inercia para cambiar el peso a la pierna derecha, tomará impulso y tratará de atacarme desde arriba».

Suri apoyó una rodilla en el suelo y alzó la vara por encima de su cabeza para interceptar el golpe. El azote fue tremendo, y su brazo derecho a punto estuvo de ceder. Por suerte el izquierdo aguantó, y el metal absorbió gran parte del impacto. Aun así, pudo sentirlo en los dientes.

Entonces miró al muchacho a los ojos y le dedicó una sonrisa burlona.

—¿Eso es todo? —le pinchó.

En el fondo la lucha con varas no era muy distinta a un duelo de magia. La velocidad y la agilidad eran importantes, pero lo era mucho más observar al contrincante y adivinar su siguiente movimiento. Y Suri era un experto en eso. Analizar las técnicas de combate de un rival, encontrar sus debilidades y adelantarse a sus movimientos podía suponer la diferencia entre una victoria y una derrota. Lo había visto muchas veces: luchadores más débiles o menos dotados que acababan imponiéndose a otros más experimentados solo porque

estos se habían confiado demasiado y no habían tenido en cuenta que sus ataques eran repetitivos, y por tanto previsibles.

Suri llevaba quince días recibiendo palizas sin piedad en lo que ya casi se había convertido en una tradición. Pero no había perdido el tiempo. Le había costado dar con una pauta, pero finalmente había calado al muchacho.

«Otro ataque en círculo, ahora hacia el lado opuesto, y un nuevo revés aprovechando la inercia del giro».

Suri pasó la vara por encima de su hombro izquierdo y le dio la espalda al joven para detener su envite. Parte del golpe fue frenado por su brazo metálico, que resonó como un gong, y el bastón se encargó de desviar el resto. El impacto fue tan fuerte que a punto estuvo de hacerle caer, pero logró afianzar los pies lo suficiente para mantener el equilibrio, y aprovechó el traspie para girar sobre sí mismo. Al hacerlo sostuvo la vara con ambas manos y la hizo oscilar de forma descendente con intención de golpear a Halcón en las piernas. Por desgracia el chico vio venir el ataque. El cabrito era rápido, y se desplazó de un salto hacia atrás, por lo que no consiguió hacerle caer, como pretendía. Aun así la madera del cayado chasqueó contra su tobillo, y el muchacho dejó escapar un aullido de dolor que pronto se convirtió en un rugido de rabia.

Suri ni siquiera le vio moverse. Cuando quiso darse cuenta algo le había golpeado con saña en el pecho, arrancándole el aire de los pulmones y enviándole de vuelta al suelo.

—Y de nuevo la Ardilla cae ante el Halcón —se pavoneó. Los vítores de su séquito se alzaron por encima de la cacofonía de voces, gritos y gemidos de los demás, y pronto sus aduladores le palmeaban la espalda y le felicitaban por el resultado del combate.

Suri trató de incorporarse, pero le faltaba el aliento. Una punzada de dolor le taladró el pecho cuando intentó moverse, por lo que decidió que quedarse tumbado en el suelo sería una buena idea.

—¿Suficiente por hoy, Ardilla? —le preguntó Jaguar inclinándose sobre él —. ¿O mi hermano aún no te ha quitado las ganas de morir?

La joven se arrodilló junto a él, y con mucho cuidado apoyó la palma de su mano contra su pecho desnudo. Suri dejó escapar un siseo.

—Eres peor que una criatura. Deja de quejarte —le reprendió.

El salmo que recitó a continuación sonó como un crujido de hojas secas, aunque quizás eso habrían sido sus huesos recolocándose. El dolor se fue

diluyendo lentamente, y pronto respirar dejó de ser una tortura.

—¿Hasta cuándo piensas seguir castigándote? —le taladró ella con la mirada—. Hoy te ha roto dos costillas; mañana podría ser peor.

—Uno no se amedrenta ante un matón. Le hace frente —gruñó incorporándose con dificultad. Halcón y sus amigos parecían estar celebrando su victoria—. Lo siento, pero no sé actuar de otra forma.

—Siempre puedes marcharte. Regresar a tu tierra.

—No —negó él con rotundidad—. Todavía no he conseguido lo que necesito.

—¿Y si tu búsqueda conlleva tu muerte?

—Entonces que así sea. Hay demasiado en juego. No puedo rendirme.

—Niño estúpido —farfulló Jaguar—. Vamos —añadió poniéndose en pie y echando a andar—. Ya hemos desperdiciado bastante tiempo por hoy. No quiero perder el resto del día por culpa de tu cabezonería. Aún tienes mucho que aprender.

Suri la siguió en silencio, aunque por dentro estaba blasfemando. No contra Halcón, sino contra sí mismo. ¿Cómo había sido tan idiota para dejarse provocar de aquella forma?

Jaguar le había explicado que el ritual de combate era una antigua práctica entre su gente, una ceremonia que se usaba para zanjar disputas entre los miembros de la tribu. Por lo que había averiguado Suri, esos combates rara vez se zanjaban con la muerte de uno de los participantes, pero se habían dado casos en los que la tozudez —o la enemistad entre los contendientes— había acabado con un final trágico. Según la joven, por lo general uno de los dos se rendía antes de que eso ocurriera.

Él, sin embargo, no tenía intención de hacerlo.

Suri no era de los que se dejaban intimidar por nadie.

Cuando le había preguntado a la joven por los motivos de su hermano para retarle, ella se había encogido de hombros.

—Eres un extranjero —le había dicho—. Para algunos esa es ofensa suficiente.

Pero Suri estaba bastante seguro de que su afilada lengua podía tener algo que ver. La tribu poseía una estructura matriarcal, y él había usado eso para espolear a Halcón cuando se había cansado de que el muchacho se metiera con él constantemente.

Tal vez si no hubiese insinuado que le sobraban pelotas para ser alguien

importante en la tribu, o que tal vez debería usar falda para que le tomaran en serio, no habría reaccionado de aquella manera. Pero la forma en que su rostro se había encendido de rabia y que sus dientes habían rechinado había sido impagable, y solo por eso casi merecía la pena soportar sus palizas a diario.

Suri era consciente de que tarde o temprano tendría que ponerle fin a aquello. El ejercicio no le venía mal, le ayudaba a fortalecer sus músculos y le permitía recuperar parte de su agilidad, pero no estaba seguro de que su cuerpo pudiese soportar mucho más el castigo.

Nada le observaba desde el otro extremo de la plaza, que, como cada mañana, se encontraba a reborar de curiosos que habían acudido a ver el combate. Hacía años que no se lanzaba un desafío de honor, por eso tenían tanto público. Suri no podía asegurar que los trescientos habitantes de la aldea se encontrasen allí, aunque su número superaba con holgura la centena. Quizás no había demasiadas distracciones en el día a día de la tribu, porque el combate pronto se había convertido en el pasatiempo favorito de los nativos.

Suri no había vuelto a hablar con la anciana desde que Nada había decidido respetar su vida —al menos de momento— y ponerle al cuidado de Jaguar. Ni siquiera durante sus sesiones de “sanación” había conseguido que la mujer respondiese a sus preguntas.

—Jaguar es tu guardiana —se limitaba a decirle—. Es ella quien debe explicarte las costumbres de la tribu y despejar tus dudas.

Por desgracia Jaguar no parecía demasiado inclinada a hacerlo.

La muchacha había protestado hasta desgañitarse cuando Nada le había ordenado hacerse cargo de él, pero al parecer la decisión de la anciana era ley, así que a Jaguar no le había quedado más remedio que obedecer. Por eso se encargaba de recordarle a diario cuanto le desagradaba su presencia y cómo le molestaba tener que perder su valioso tiempo cuidando de alguien tan inútil como un niño de teta.

Suri empezó a caminar hacia la anciana. Ya se estaba cansando de las negativas y los desplantes de Jaguar. Quería respuestas, y si debía acosar a Nada a diario para conseguirlas, eso era lo que haría. Pero a medida que se iba acercando a ella la mujer fue retrocediendo hasta alcanzar el linde de la jungla; y entre un parpadeo y el siguiente se esfumó entre las sombras. Fue como si se hubiese fundido con los árboles.

—¿Cómo hace eso? —le preguntó a Jaguar señalando hacia el lugar por el



que había visto desaparecer a la anciana. La muchacha se encogió de hombros.

—Sigues preguntando tonterías. Nada es la selva, y la selva es Nada.

Suri hizo rodar los ojos. Las respuestas de la chica eran tan crípticas como las de las ancianas, e igual de frustrantes. Parecía que aquella gente disfrutaba hablando en acertijos.

—Creo que no me tiene mucha simpatía —suspiró.

—Te equivocas, como siempre —sonrió ella—. En realidad te aprecia.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sigues vivo.

—Supongo que esa es una razón.

—Además, has traído de vuelta a su hijo.

—¿De qué estás hablando? Lobo Audaz fue incinerado en Hefestia. El único recuerdo que tengo de él es su brújula.

—No entiendes nada, Ardilla—dijo Jaguar deteniéndose en seco y obligándole a hacer lo mismo. Entonces se volvió hacia él y posó una mano sobre su dolorido pecho—. Lobo Audaz está aquí, en tu interior. Ahora cállate y sígueme. Tengo que curarte esas costillas antes de que vuelvan a moverse y te perforen un pulmón —resopló—. Niño estúpido.

Jaguar le condujo a través de uno de los senderos que se internaban en la jungla. Caminaron durante algo más de media legua hasta que alcanzaron el árbol en el que se encontraba la cabaña que compartían. Se trataba de una pequeña choza arbórea, apenas un chamizo construido sobre las ramas más gruesas de una enorme secuoya milenaria. Aquella no era la vivienda habitual de Jaguar, pero la tribu había decidido que no le querían cerca de la aldea, y puesto que la joven era su guardiana, se había visto obligada a convivir con él bajo el mismo techo. Eso parecía haber empeorado su animadversión hacia él.

La muchacha se asió a una de las lianas que colgaban junto al tronco y empezó a trepar con una agilidad envidiable. Suri agarró otra y la siguió, aunque su escalada resultó bastante menos elegante. Tenía que usar su brazo metálico para impulsarse hacia arriba, porque el otro apenas tenía fuerza suficiente para cargar con su peso, por eso avanzaba a trompicones. Quizás su cuerpo hubiese rejuvenecido unas décadas, pero todavía no había recuperado toda su vitalidad. Además, la falta de costumbre y las heridas del combate dificultaban su ascenso.

La altura tampoco ayudaba. Suri no era de los que sentían vértigo, pero solo un estúpido ignoraría las doce varas que separaban la cabaña del suelo del bosque.

En momentos como aquel era cuando más echaba de menos su magia. Una *columna de aire* le habría evitado la escalada. Pero ya no podía invocarlas.

De todas formas, tener que mirar constantemente hacia arriba mientras escalaba tenía sus ventajas. Jaguar tenía unos muslos fuertes y elegantes, y un trasero prominente que apenas quedaba cubierto por un diminuto trozo de tela. Realmente era una vista impresionante.

La sonrisa desapareció de sus labios cuando la muchacha alcanzó la plataforma y se volvió hacia él para echarle una mano. Por su expresión, se había dado cuenta de que Suri la había estado desnudando con la mirada. Ofendida, Jaguar retiró la mano que le había ofrecido y entró en la casa renegando y lanzando improperios.

«Cómo si quisiese algo de ella» pensó con irritación.

Aunque si tenía que ser sincero debía admitir que la visión de sus tersos muslos había despertado en él instintos que creía largamente olvidados.

«Viejo idiota», se reprendió. «Ya no tienes edad para esas cosas».

Y sin embargo, aquella no era la única vez que había permitido que sus pensamientos vagasen en esa dirección.

En ese momento acudió a su mente el rostro de otra joven, una que, como Jaguar Veloz, también le había dado el beso de la vida, rescatándole de las garras de la muerte. Una joven que le había sacado de su letargo existencial y que había puesto su vida patas arriba en tan solo unos días.

Su corazón se encogió un poco al evocar el rostro de Alia la mañana que se despidió de ella; el dolor que había visto en sus ojos, su desesperación cuando entendió que Suri estaba a punto de abandonarla.

—¡Maldita sea! —gruñó—. No podía hacer nada por ella. No en aquellas condiciones. —El sentimiento de culpa seguía allí—. Estará mejor sin mí — se dijo.

Quizás si lo repetía muchas veces acabaría por creérselo.

—Date prisa, estúpido —le reprendió Jaguar a través de las cortinas de la puerta—. Tengo que curarte esas fracturas antes de que empeoren, y no tenemos todo el día

Suri la siguió al interior de la choza.

Aquel era el único momento del día en el que la joven le permitía entrar en

la cabaña; cuando debía atender sus heridas. Por lo demás, tenía vetada la entrada. Jaguar incluso le hacía dormir en el exterior, en la plataforma que quedaba entre la pared de la barraca y la baranda que la rodeaba. Por suerte allí las noches eran casi tan cálidas como los días, por lo que tener un techo sobre la cabeza era más un lujo que una necesidad.

Con un suspiro se sentó en el arcón en el que estaban guardadas sus pertenencias. Nada no había querido devolverle la ropa, porque decía que con ella apestaba a caballeriza. No era de extrañar. El calor y la humedad hacían que cualquier cosa que llevase encima acabara empapada en sudor, y tras un par de días usándola el hedor se adhería a ella como las moscas a la mierda. Por eso le obligaban a llevar la misma extraña vestimenta que el resto de hombres de la tribu: un sencillo taparrabos que apenas cubría sus vergüenzas y unos mocasines de piel con suela de corteza. El primer día se había sentido ridículo, aunque con el tiempo se había acostumbrado a aquellas prendas.

Jaguar empezó a palpar sus heridas, y se rió de él cuando profirió un gemido lastimero.

—Has tenido suerte —le dijo examinando el hematoma que se extendía desde el esternón hacia las costillas como un enorme ojo morado—. Si el golpe hubiese sido más fuerte podría haberte detenido el corazón.

La joven abrió el frasco de barro que llevaba en las manos. Oía a orina y a moho. Usando dos dedos sacó de su interior un pegote de ungüento de color amarillo y empezó a extenderlo por su pecho. El bálsamo era cálido al tacto, y pronto un agradable estupor le envolvió por completo. La sensación era enormemente placentera, aunque Suri no sabía si se debía a las propiedades curativas de aquella cosa o a la forma en que los dedos de la joven acariciaban su piel. Fuera como fuese el dolor desapareció, y el oscuro moretón fue perdiendo color hasta que su piel recuperó su tono habitual. Pero la muchacha no se detuvo, sino que siguió masajeándole el pecho hasta que su piel absorbió todo el mejunje.

Sus ojos se encontraron con los de ella, y en los de Jaguar había una profundidad que por un momento le dejó descolocado. Entonces el recuerdo de Alia regresó a su mente, y Suri sintió otra punzada de dolor que nada tenía que ver con sus heridas.

—¿Duele? —le preguntó. Parecía preocupada, algo extraño en ella.

—Tranquila, puedo soportarlo.

—Mejor —sonrió—, porque va a empeorar.

La joven sacó su cuchillo de la funda, y sin mediar palabra pasó el filo por su costado, haciéndole un ligero corte a la altura de las costillas. Un hilo de sangre brotó de la herida y se deslizó hasta la cinturilla de su taparrabos.

—Joder —siseó, pero ella le ignoró.

Entonces clavó el cuchillo en el arcón, posó una mano sobre la herida abierta y comenzó a recitar una plegaria. La tribu las llamaba *cánticos de sangre*, y Jaguar le había explicado que servían para suplicar a los espíritus el poder necesario para llevar a cabo sus hechizos.

Su cuerpo sufrió una convulsión cuando un dolor indescriptible estalló en su pecho. Suri ahogó un grito y se aferró al asiento con todas sus fuerzas. Casi podía sentir como, bajo la piel, sus huesos se retorcían y se recolocaban antes de soldarse. El dolor duró apenas unos segundos, y terminó tan abruptamente como había empezado.

—Eres peor que un niño con la rodilla pelada —le reprochó ella guardando de nuevo el cuchillo en su funda.

Suri se palpó el pecho, tomó un par de inspiraciones y movió tentativamente los brazos. La tirantez había desaparecido, igual que el corte que le había hecho Jaguar. Las costillas ya no le molestaban al respirar.

—Odio esta parte —le dijo cuando se incorporó.

—La próxima vez sé más rápido esquivando los golpes de mi hermano.

—Para ti es fácil decirlo. Tú no tienes mi edad.

—Sigues sin comprender nada, Ardilla —sacudió la cabeza. Entonces también ella se puso en pie, y antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo le arrancó el amuleto del cuello—. Timo kara heia'k —dijo.

Suri había estado aprendiendo la extraña lengua de la joven. Todos los días Jaguar le obligaba a quitarse el amuleto durante varias horas para poder practicar el idioma de la tribu. Decía que era necesario si quería aprender el *cántico de sangre*. El suyo era un lenguaje complicado, ya que su gramática no se parecía en nada al atrorethiano; pero con su ayuda, y pese a la poca paciencia que demostraba, estaba logrando progresar.

«Timo kara heia'k», repitió Suri para sí mismo.

“Kara” era como llamaban los nativos al ciclo de la vida. La palabra “Timo” indicaba un momento concreto de dicho ciclo, algo así como la edad. “Heia” se utilizaba para indicar que algo era valioso o importante, pero la partícula “k” indicaba negación.

—Timo kara heia'k —insistió Jaguar con aire impaciente.

—La edad no importa —tradujo Suri.

Una sonrisa satisfecha le iluminó el rostro.

—Tal vez sí empiezas a entender —asintió ella, complacida, devolviéndole el talismán.

Suri se puso en pie y se estiró para comprobar si quedaba algún dolor residual en su cuerpo. Sus músculos se tensaron bajo su piel, que ahora tenía un tono más bronceado que cuando había llegado a la aldea, y le pareció que Jaguar no le quitaba ojo de encima. Era casi como si estuviese admirando su cuerpo.

«Tonterías», se dijo. ¿Cómo va a fijarse alguien como ella en un vejestorio como yo?».

—Estás mejorando —le dijo cuando salieron al exterior—. Hoy has estado a punto de atrapar a mi hermano. Has descubierto una hebra suelta en su tela de araña.

—Puede ser, si eso significa lo que creo que significa. Pero me ha faltado agilidad.

—Es un principio. Y él se ha dado cuenta. Tal vez sea un brabucón, pero no es tonto. Mañana te lo pondrá más difícil. ¿Quién sabe? Quizás logres sobrevivir, después de todo.

—¿Estás preocupada por mí? —le preguntó Suri con una sonrisa torcida. Ella respondió con un bufido.

—Si te ocurriese algo, todo el trabajo que hemos hecho hasta ahora habría sido para nada. Me fastidiaría haber perdido mi tiempo de esa forma —replicó ella.

—Te preocupas por mí —la pinchó él. Sabía que eso la sacaba de quicio. Pero esta vez Jaguar no reaccionó como él había esperado. En realidad parecía haberse sonrojado.

—Sabes que no tienes que seguir con esto, ¿verdad? —le dijo. Suri detectó una nota de preocupación en su voz—. Puedes retirarte cuando quieras. Solo tienes que rendirte.

—¿Y qué honor habría en eso? —le soltó él. Había aprendido pronto cuán importante era el honor para aquella gente. Una débil sonrisa satisfecha centelleó en los labios de Jaguar.

—Es posible que todavía consiga hacer de ti un valioso miembro de la tribu —dijo con lo que Suri habría jurado que sonaba a orgullo, y se acercó a él de forma peligrosa.

Jaguar y él eran casi de la misma altura, por lo que su cálido aliento se derramaba sobre sus labios. Durante un momento ninguno de los dos se movió, y Suri tuvo la extraña sensación de que la muchacha se estaba planteando besarle.

Él, desde luego, no habría hecho nada por impedirlo.

Un grito en la distancia interrumpió aquel extraño momento, y la intimidad que habían compartido se disipó como una nube barrida por una súbita brisa. Jaguar se tensó, retrocedió un paso, recogió su lanza, que había dejado junto a la puerta de la cabaña, y en un parpadeo estaba descendiendo por la liana.

—Maldita sea —masculló Suri antes de saltar tras ella.

Lo bueno de tener un brazo de metal era que le permitía deslizarse por la enredadera sin miedo a desollarse las manos, por eso alcanzó el suelo antes que la muchacha.

Jaguar echó a correr hacia el centro de la aldea en cuanto sus pies tocaron el sotobosque. Suri la siguió a la carrera. Los gritos se hacían más enérgicos a medida que se acercaban, y cuando alcanzaron la plaza descubrieron que casi toda la tribu se encontraba reunida allí. Nada también estaba presente, pero permanecía apartada, sin participar en el tenso debate.

La cacofonía era ininteligible. Suri trató de escuchar una de las conversaciones para intentar averiguar lo que estaba ocurriendo, pero solo captó palabras sueltas. Jaguar corrió hacia su hermano, y Halcón y ella se enzarzaron en una discusión que no tardó en atraer la atención de los presentes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Suri a nadie en particular.

—Un grupo de mujeres han sido atacadas junto al río —respondió una voz a su espalda. Cuando se volvió descubrió que se trataba de Nada. Suri parpadeó sorprendido. ¿Cómo narices se había movido tan rápido?

—¿Por alguna tribu rival?

—No. No hay honor en atacar a mujeres indefensas —replicó ella. Suri esperó, hasta que se dio cuenta de que la anciana no iba a añadir nada más.

Era desquiciante tratar con aquella gente.

—¿Quién las ha atacado?

—No quién, sino qué.

—El oso —adivinó él. Una mirada de aprobación fue la única respuesta que obtuvo de la mujer—. Ha vuelto —murmuró.

—Nunca llegó a marcharse —asintió ella. Había pesar en su voz—. Cinco

mujeres fueron a por agua. Solo tres han regresado.

—¿Qué ha ocurrido con las otras dos? —preguntó Suri. Nada sacudió la cabeza—. ¿No hay nada que podamos hacer?

—Ya es demasiado tarde para ellas.

—¿Han muerto?

—Sus cuerpos quizás aún vivan —dijo de forma críptica.

—Entonces, ¿no deberíamos ir en su busca?

—¿Debe el pájaro picar la fruta podrida solo porque todavía cuelga del árbol?

Suri la miró confundido, pero antes de poder preguntar qué narices quería decir con aquello los gritos de los dos hermanos se elevaron por encima del resto de voces.

—¿Es culpa tuya! —le reprochaba Halcón a Jaguar—. Tú le has provocado. Suri vio que varios miembros de la tribu asentían en concordancia.

—Es mi derecho —respondió ella roja de ira.

—También el mío, y no me verás correr tras él.

—Porque eres un cobarde.

—Y tú una insensata.

—Tal vez, pero yo no olvido tan fácilmente como tú —Jaguar golpeó el suelo con la contera de su lanza.

—¿Crees que a mí no me duele? ¿Crees que eres la única que le echa de menos? —le recriminó Halcón—. ¿Por qué no aceptas de una vez que le hemos perdido?

—Cobarde —apretó ella los dientes—. Incluso Ardilla tiene más valor que tú.

Halcón dio un paso atrás como si las palabras de su hermana le hubiesen golpeado físicamente. Sus ojos se estrecharon, y una mirada incandescente pasó de Jaguar a Suri.

—¡Ya es suficiente! —gritó Nada poniendo fin a la discusión. En realidad no había alzado la voz, pero sus palabras habían resonado por la plaza como un trueno—. Lo hecho, hecho está.

—No te metas, abuela. Esto es entre Jaguar y yo —soltó el mocoso de forma poco respetuosa. La anciana apretó los labios.

«¿Abuela?» se sorprendió Suri. No había pensado en ello hasta ahora, pero era cierto que las dos mujeres compartían un parecido asombroso. «Tienen los mismos ojos. ¿Cómo no lo he visto antes?».

Pero aquello no era lo que más le molestaba.

—Eh, niñato —le espetó a Halcón—. Esa no es forma de hablarles a tus mayores.

—No te inmiscuyas en lo que no te concierne, Ardilla —gruñó—. Tú no formas parte de la tribu. No tienes derecho a hablar —le reprochó el joven acercándose a él con aire amenazador.

—Silencio, niño —saltó Nada en su defensa. Suri no la había visto moverse, pero ahora se encontraba al otro lado del grupo que rodeaba a los dos hermanos—. No eres tú quien decide quién habla en nombre de la tribu.

El rostro de Halcón se tiñó de rojo, Suri no sabía si a causa de la ira o de la vergüenza, pero parecía a punto de explotar. Pero él no necesitaba que nadie le defendiera. Sabía cómo cerrarles la boca a los niñatos malcriados, ya fuesen Hefestianos o miembros de una tribu del Continente Salvaje. Ni siquiera la mirada de advertencia de Jaguar le detuvo.

—¿Sabes? Tu hermana tiene razón —dijo sonriéndole con malicia—. Eres un cobarde.

Halcón reaccionó a sus palabras lanzándose contra él con su daga de obsidiana en una mano y una mirada homicida en los ojos. Suri se había esperado algo parecido. Sin moverse de donde estaba alzó su brazo metálico y lo interpuso en el camino del cuchillo, que descendía a toda velocidad hacia su pecho. La hoja se quebró al impactar contra el metal, y el mago aprovechó la sorpresa para descargar el dorso de su mano de bronce contra el rostro del muchacho. Halcón retrocedió un paso, atontado por el guantazo. Su boca estaba teñida de rojo, y pronto empezó a escurrirle por el mentón.

—¡Pagarás por esto! —gruñó escupiendo sangre antes de volver a cargar.

Suri sonrió. Había previsto por donde llegaría el siguiente ataque, y lo esquivó moviéndose hacia la izquierda. La hoja de la daga se había partido por la mitad, pero seguía estando afilada. Cuando pasó rozando su pecho arañó su piel, aunque no llegó a morder su carne. El muchacho dio un par de pasos tambaleantes tratando de recuperar el equilibrio, pero cuando consiguió estabilizarse y se volvió hacia él, Suri ya estaba preparado, y descargó su puño artificial contra las costillas del guerrero. Los pies de Halcón se separaron del suelo, y su cuerpo voló un par de varas antes de caer como un saco de ropa sucia.

Sin darle tiempo a reaccionar se acercó a él, posó su mano sobre el pecho del joven y tocó la runa de su hombro con los dedos de su mano derecha.



Entonces susurró la palabra que Karáemon le había enseñado, y el peso del bronce se multiplicó. Halcón gimió de dolor cuando la presión aumentó sobre el mismo lugar en el que Suri acababa de golpearle.

—¿Sabes lo que es el respeto? —siseó el mago entre dientes—. Es lo que estoy a punto de enseñarte.

—La sangre se te lleve, extranjero.

Suri acarició de nuevo las runas, y el brazo se volvió aún más pesado. Se escuchó un crujido de huesos, y el muchacho profirió un alarido.

—Ahora, di que te rindes.

—Jamás —gruñó Halcón entre resuellos. Suri añadió su propio peso al del brazo.

—No te he oído.

—¡Muérete! —escupió el chaval con saña, aunque casi sin aliento. En sus ojos había auténtico terror.

—Tú primero —respondió el mago alzando el brazo —lo cual supuso un considerable esfuerzo—, y descargándolo contra el mentón del muchacho.

—Me rindo, me rindo —tuvo tiempo de decir de forma atropellada antes de que el crujido de huesos de su mandíbula al partirse ahogara su voz.

El silencio cayó a su alrededor como una losa, y durante unos segundos solo se escucharon los sonidos de la selva.

Suri devolvió su brazo a un peso más manejable y se incorporó.

Todos los ojos estaban clavados en él, miradas de sorpresa y conmoción que se desviaban rápidamente para no encontrarse con la suya. Solo Jaguar sonreía, aunque su sonrisa se desdibujó en cuanto notó que Suri la había visto.

—¿Ya has demostrado lo que querías? —escuchó decir a Nada a su espalda.

Una descarga eléctrica le serpenteó por la columna vertebral. Tal vez se había excedido. Si el muchacho era de verdad su nieto, quizás ahora tendría que enfrentarse a la ira de la mujer. Y después de lo que había visto hacer a la anciana, no estaba seguro de ser capaz de derrotarla. A pesar de todo, no se amedrentó. Él era Suricata, el mago renegado.

Hinchó su pecho y se volvió hacia Nada.

Si iba a morir, no sería de rodillas y suplicando.

—Lo siento, pero alguien tenía que enseñarle modales a ese cabeza de chorlito.

Nada se movió como una sombra agitada por la llama de una vela, y en menos de un parpadeo se encontraba frente a él. Estaba sonriendo. Era una sonrisa cálida, casi cordial. No había reproche en su mirada, sino algo parecido al... ¿orgullo?

—Aquí está el corazón de mi hijo —susurró mesando su cabello con afecto—. ¡Proclamo que Lobo Audaz ha regresado a nosotros! —gritó para que todos la oyeran—. Su nombre volverá a ser pronunciado junto a la hoguera.

Un clamor de júbilo se alzó entre los miembros de la tribu. Aquello le pilló por sorpresa, y casi le hizo saltar. Un centenar de cuerpos se cerraron en torno a él, y un sinnúmero de manos se acercaron para tocarle. Le acariciaban el rostro, los brazos, la cabeza y la espalda, y Suri se sintió un poco abrumado.

Por el rabillo del ojo vio a los amigos de Halcón llevarse a su compañero. Parecían respetar su victoria, y no mostraban su reproche por lo que acababa de hacerle a su amigo.

¿Qué estaba ocurriendo?

Cuando creía que estaba empezando a entender a aquella gente, le sorprendían con gestos como aquel.

El grupo se disolvió lentamente, y al final solo él, Jaguar y Nada quedaron en la plaza.

—Tu hermano puede ser impulsivo y algo estúpido, pero tiene razón. Debes olvidarte de él —dijo la anciana.

—Pero abuela... —protestó la muchacha.

—Sin peros, hija. Haz caso a tus mayores.

—¿Y qué ocurrirá con Serpiente Emplumada y Pequeño Colibrí?

Suri reconoció los nombres.

Serpiente Emplumada era una de las matriarcas que había participado en su curación, una de las pocas que se había dignado a dirigirle la palabra. Se trataba de una mujer alta y nervuda de unos sesenta años de edad, de mirada penetrante y voz cálida. Pequeño Colibrí era una jovencita, poco más que una cría. Era de sonrisa fácil, y a Suri le parecía que había intentado coquetear con él. También era de las pocas que le animaban durante sus combates con Halcón.

—No podemos hacer nada por ellas, ya lo sabes. —Nada sacudió la cabeza con tristeza—. Mañana iremos en busca de sus cuerpos.

—Quizás aún sigan con vida —replicó Jaguar—. Deberíamos buscarlas

ahora.

Nada miró fijamente a su nieta y negó con la cabeza.

—Comprendo tu dolor, pequeña, pero no pondré en peligro a nadie más. Mañana montaremos una partida de rastreo e iremos en su busca.

—Mañana será tarde —farfulló Jaguar aferrando con fuerza su lanza antes de dar media vuelta y alejarse de ellos resoplando como un toro embravecido.

—Desgraciadamente fue tarde en el momento en que el oso las atacó —murmuró Nada sacudiendo la cabeza.

«Las órdenes de Nada no impedirán que Jaguar salga esta noche a buscarlas», comprendió Suri mientras veía a la muchacha adentrarse en el bosque. «Y maldito sea mil veces si permito que lo haga ella sola».

# Popular

Los días posteriores a la fiesta fueron una auténtica locura. La voz se había corrido incluso entre aquellos que no habían presenciado el combate, y Alia se había convertido de la noche a la mañana en el centro de todas las conversaciones. Le era imposible moverse por la ciudadela sin que alguno de sus compañeros cuchichease a sus espaldas o la siguiera con la mirada cuando pasaba junto a ellos.

Otros parecían haber descubierto de pronto su existencia, y aprendices que antes la habían ignorado la paraban ahora en los pasillos para hablar con ella. Ya no podía salir de su cuarto sin que un puñado de estudiantes orbitasen a su alrededor como moscas en un establo, pugnando por su atención.

De repente todos querían estar cerca de ella. Todos querían escuchar sus opiniones sobre tal o cual asunto. Todos querían sentarse a su mesa a la hora del almuerzo.

De repente, todos querían ser sus mejores amigos.

Aquello la incomodaba. Odiaba ser el centro de atención; no solo porque no creyera que fuese merecida, sino porque sabía lo que se escondía tras las falsas muestras de afecto de sus compañeros. Sabía que todas aquellas promesas de amistad, las palabras zalameras y los halagos que ahora recibía a diario tenían en realidad un fin egoísta. Y eso la repugnaba.

Aunque lo que más le fastidiaba era saber que una parte de ella, una pequeña y egoísta parte que se esforzaba por mantener bajo control, estaba disfrutando de toda aquella atención.

Alia sabía por qué le ocurría.

Era la voz de la niña solitaria que había crecido sin amigos repitiendo una y otra vez que aquello no estaba tan mal, que era agradable estar rodeada de gente que la apreciaba sin importar el motivo. Pero Alia ya no era esa chiquilla, y no podía dejarse llevar por esa falsa sensación de relevancia.

Pensó en Bri, y en lo que su amiga le había contado; en lo que había significado para ella ser el centro de tantas atenciones no deseadas. Entonces la había compadecido.

Ahora la admiraba.

¿Cómo se las había arreglado para no perder la cordura? ¿Cómo había podido lidiar día a día con aquel exceso de atención sin que se le subiera a la cabeza?

—Ya se les pasará —le repitió Bri, quizás por centésima vez, mientras avanzaban por uno de los corredores entre miradas curiosas y murmullos mal disimulados—. Si les ignoras acabarán por cansarse, y te dejarán en paz.

Pero había transcurrido ya una semana desde la fiesta, y todavía tenía que esconderse cuando quería pasar algo de tiempo a solas. Por eso ahora solo abandonaba su dormitorio para ir a clase o para acudir a la biblioteca. Había descubierto que ese era uno de los pocos lugares en los que nadie podía molestarla. El problema era que tenía que ir siempre acompañada, o de lo contrario corría el peligro de no alcanzar nunca su destino.

Pero tener que refugiarse en la biblioteca también tenía sus inconvenientes. Puesto que ahora le era imposible visitar uno de los comedores sin que el resto de estudiantes acudiesen a ella como polillas a una llama, Alia había tenido que abandonar sus charlas con Kíjob. El muchacho era tímido y apocado, y solo se atrevía a acercarse a ella cuando se encontraba sola, por lo que llevaba varios días sin poder hablar con él.

Lo mismo había ocurrido con Deimos. Alia había notado que el Génitor la observaba desde la distancia sin atreverse a participar en los grupos que acostumbraban a rodearla, y eso la molestaba. Había sido él quien la había ayudado durante el torneo, cuando casi había perdido el control de su magia, y aún no le había podido dar las gracias como debía. En una de las pocas ocasiones que había tratado de hablar con él, uno de sus pretendientes le había cortado el paso, obligándola a dar media vuelta.

La única que no parecía afectada por su recién adquirida fama era Bri. Su amiga no tenía problemas para hacerse un hueco a su lado. A veces, incluso, se las arreglaba para espantar a los engorrosos aprendices que no entendían —o no querían entender— que Alia deseaba estar sola.

—Si no les paras los pies, nunca te dejarán tranquila —le había advertido su amiga. Pero Alia no sabía cómo hacerlo sin resultar brusca, y no quería ser desagradable con nadie—. Un par de semanas más y acabarás gruñendo a quien se te acerque —se había reído Bri. Y no iba demasiado desencaminada. Algunos de los estudiantes habían empezado a evitarla cuando ponía mala cara, quizás temiendo que descargase contra ellos su justa ira.

«Es curioso», pensó. «Ahora que estoy rodeada de gente en todo momento

me siento incluso más sola que cuando no tenía a nadie con quien hablar».

En realidad, en lugar de mejorar las cosas solo empeoraron con el paso del tiempo, porque fue entonces cuando empezaron a llegar las cartas.

Alia sabía que su recién adquirida fama no se limitaba solo a la Academia. Tras el combate con Pernaces su nombre estaba en boca de todas las familias poderosas de Hefestia; por eso no se sorprendió cuando recibió la primera invitación. De hecho, casi se sintió halagada. Pero pronto la siguieron muchas más, y dos semanas después de la fiesta ya tenía una veintena apiladas sobre su escritorio.

Por lo general solían ser invitaciones a fiestas, reuniones sociales o cenas de gala organizadas por alguna de las Casas. Alia había decidido ignorarlas todas, al menos de momento, aunque sabía que no podría hacerlo eternamente. Bri ya le había advertido que los afectos de las Casas eran volubles, y que incluso alguien como ella podía llegar a convertirse en una especie de descartada si se negaba a participar en el Juego.

—No puedes ignorarles para siempre —le había dicho—. No querrás convertirte en una maga repudiada, como ese tal Suricata, ¿verdad?

En realidad eso no le parecía tan mala idea. Si tenía que escoger entre unirse a una de las Casas o permanecer sola como Suri, Alia tenía muy claro lo que prefería.

Pero invitaciones no era lo único que recibía. Algunos de los sobres contenían propuestas de alianzas, de patrocinio e incluso peticiones de mano. El viejo Bretanius había fruncido el ceño cuando la había descubierto estudiando una de esas propuestas. Quizás creía que se estaba planteando aceptarla.

Alia solo se sentía intrigada por ver lo que le ofrecían.

Algunas Casas le prometían riquezas, otras le aseguraban títulos o propiedades, mientras que otras le ofrecían una posición en la línea sucesoria. Pero todas exigían lo mismo a cambio: lealtad absoluta.

Tendría que haber imaginado que algo así acabaría ocurriendo. Su victoria en la arena —y lo ocurrido durante el combate— había conseguido que todas las familias de la ciudad se interesasen por ella. Y visto el insistente tono de algunas de las cartas, estaba claro que no se rendirían con facilidad.

Alia aún no estaba lista para convertirse en la joya de la corona de Hefestia, como Bri la había llamado. En realidad, dudaba que alguna vez llegase a estarlo.

Y por si aquello no resultase ya bastante irritante, tras las cartas llegaron los regalos.

Estaba claro que todos querían ganarse su favor, y puesto que no podían hacerlo en persona, porque Alia se había negado a recibir a nadie en sus aposentos, ni siquiera a sus propios compañeros, trataban de hacerlo agasajándola con obsequios.

Pronto los animales muertos que aparecían a diario frente a su puerta dejaron paso a docenas de paquetes de distinto tamaño. Al principio Alia los había abierto todos, solo por curiosidad. Entre las ofrendas había joyas, perfumes, artefactos mágicos, botellas de vino y licores exóticos; y pronto su dormitorio pareció el tenderete de uno de los puestos del Mercado Fugaz. Pero tras la primera semana dejó de interesarse por el contenido, y se limitó a leer las tarjetas que acompañaban a los paquetes y a amontonarlos en su armario como piezas de un rompecabezas incompleto. Si dependiese de ella los habría devuelto todos, pero Bri la había convencido de que eso sería un insulto, y no era conveniente insultar a los miembros de las Casas.

Alia finalmente se plantó una mañana, un par de semanas después de la fiesta, cuando dos mensajeros de Lord Orzam se presentaron frente a su puerta con uno de los regalos más extravagantes de todos los que había recibido hasta entonces: una enorme jaula dorada con un pavo real albino en su interior.

La muchacha se había quedado mirando el animal con incredulidad.

¿Pero cómo esperaba el tipo que aceptase un regalo como aquel? ¿Qué se suponía que tenía que hacer con el ave? ¿Dejarlo suelto en la Academia, o tal vez pedirles a las cocineras que lo sacrificaran y se lo sirvieran durante el almuerzo? Eso habría sido como pasarle una mano por la cara a Pelario.

Finalmente optó por pedirles a los mensajeros que se lo llevaran. Decir que el joven Jerarca no se había tomado bien el rechazo sería quedarse corto.

La culpa era suya, lo sabía. No debería haber aceptado la invitación a su ceremonia de Proclamación como Jerarca, pero no había podido decirle que no a Bri. Su amiga estaba obligada a asistir —«Cosas de familia, ya sabes», le había dicho—, y no quería tener que hacerlo sola. Y puesto que Bri era su carabina a diario en la Academia, Alia sentía que debía hacer lo mismo por su amiga cuando esta lo necesitara. Aun así, de no conocerla mejor habría creído que Bri lo había hecho a propósito para quitarse a aquel moscón de encima.

Para su desgracia, durante la fiesta Pelario había ignorado a Bri y se había

pasado toda la noche persiguiéndola a ella. El joven Lord Orzam no le había pedido matrimonio inmediatamente, pero desde la Proclamación Alia había recibido sus propuestas día sí día también. Y por lo general solían llegar acompañadas por obsequios de todo tipo: vestidos, collares, perfumes e incluso un broche de oro con una gema engarzada que Alia estaba segura que era un rubí.

Y por si fuera poco, Lord Orzam no era el único que pretendía su mano.

Siete herederos de las familias más importantes de Hefestia habían expresado su interés en ella, y también la habían agasajado con regalos e invitaciones. Y no solo las grandes Casas aspiraban a tenerla entre sus filas. También las menores andaban a la caza de la joven patrocinada. Alia había encontrado pretendientes incluso entre los aprendices de la Academia. Por lo que Bri le había contado se habían celebrado ya tres combates por sus afectos, algo que le había parecido ridículo además de bastante misógino. ¿Acaso se la estaban rifando como a un ternero durante las festividades del solsticio? ¿Ninguno de esos jóvenes creía que ella tuviese algo que decir al respecto?

Al parecer, no. Por eso no la dejaban ni respirar.

—Bueno, ya hemos llegado —dijo Bri cuando se detuvieron frente a las puertas de la biblioteca—. ¿Estás segura que quieres quedarte sola?

Alia asintió. La biblioteca era el refugio perfecto contra los moscones. Los hechizos de silencio imbuidos en sus paredes impedían que el sonido se propagara por sus salas, así que mientras se encontrase en su interior nadie la molestaría.

—¿Quieres que te espere? —le ofreció su amiga—. O si lo prefieres puedo pasar a buscarte dentro de unas horas.

—No te preocupes —la tranquilizó ella—. Esperaré hasta la hora de la cena para regresar a mi cuarto. Con un poco de suerte, para entonces los pasillos ya estarán vacíos.

Bri se despidió de ella, y Alia se adentró en la enorme biblioteca.

La sala principal estaba abarrotada de estudiantes, pero no era allí donde ella se dirigía. Los volúmenes de Historia de la Magia se guardaban en una sala anexa, una pequeña estancia separada de la nave principal en la que apenas entraban los aprendices. Era el lugar perfecto, porque le permitía buscar información sin que alguno de sus compañeros la molestase.

Alia recuperó el libro que había estado leyendo la tarde anterior y se



acomodó en una de las mesas. Tras lo ocurrido durante el combate con Pernaces la joven había pasado casi todo su tiempo libre consultando los innumerables volúmenes que relataban la historia de la Academia. Seguía sin entender cómo había sido capaz de crear un *táumator* sin siquiera dibujar los símbolos, o cómo la magia había respondido con solo desearlo, y esperaba hallar en alguno de aquellos volúmenes una pista que explicase cómo lo había logrado. Pero hasta el momento no había encontrado ningún caso como el suyo en los casi mil doscientos años de historia documentada de la Academia.

Quizás Suri supiese algo más. Sus conocimientos se extendían más allá de la taumaturgia; y puesto que dominaba otras formas de manipulación de la magia, tal vez él tuviese las respuestas que necesitaba. Por desgracia llevaba cinco meses sin noticias suyas, y empezaba a creer que el mago se había olvidado de ella.

—Maldito idiota —gruñó, pero el hechizo de silencio se tragó sus palabras.

Estaba concentrada en la lectura cuando por el rabillo del ojo distinguió a Deimos en uno de los rincones de la sala. El joven Génitor caminaba con aire distraído. Llevaba varios volúmenes en las manos, y su mirada vagabundeaba por las estanterías, quizás buscando algo que no conseguía encontrar.

No le sorprendió que el muchacho estuviese solo, ni que tuviese la nariz enterrada en algún libro, ni que vistiese la misma ropa de siempre, algo ajada y tan arrugada que parecía que hubiese dormido con ella puesta. Esos parecían ser sus sellos de identidad.

Alia se entretuvo observándole, estudiando la forma en que los mechones rebeldes de su alborotado cabello parecían encrespase en todas direcciones; o los pequeños destellos plateados que las *candelas* arrancaban a sus intensos ojos azules; o el aire principesco que su nariz, larga y de aspecto regio, parecía darle a su rostro; o la forma en que se mordisqueaba distraídamente aquellos gruesos y encarnados labios cuando estaba concentrado.

¿Por qué diablos no podía apartar la vista de él?

No es que no le encontrase atractivo, sería estúpido negar lo evidente, pero Alia no pensaba en él de esa forma.

¿Verdad?

Deimos alzó la mirada del volumen que estaba revisando y sus ojos se encontraron con los de ella. Una sonrisa estalló en sus labios, y Alia sintió que las mejillas se le arbolaban.

«Idiota», se reprochó. «Ahora va a creer que significa otra cosa».

Finalmente reaccionó y levantó una mano para saludarle. Deimos debió tomárselo como una invitación, porque devolvió el libro a su lugar y empezó a caminar hacia ella.

Sin perder la sonrisa, Deimos dejó los libros que cargaba sobre la mesa y alzó una mano en el aire para trazar unos cuantos símbolos. En cuanto su *táumator* estuvo completo Alia sintió un sutil cambio de presión a su alrededor, y sus oídos parecieron destaparse.

—Así que es cierto lo que se cuenta por ahí —dijo Deimos acomodándose en una de las sillas que había frente a ella. La sonrisa aún iluminaba su rostro—. La poderosa Alia Beleón se esconde de sus compañeros en la biblioteca.

Alia frunció el ceño.

—Puedo oírte —balbuceó—. ¿Por qué puedo oírte?

—Lo llamo *intimarium* —le explicó el muchacho—. Es una esfera parecida a la *burbuja de babel*, pero el sonido no puede viajar más allá de sus confines. No anula los hechizos de silencio, pero puede contrarrestar su efecto. ¿Te gusta?

Alia arqueó una ceja.

—Fanfarrón —le dijo—. Si has venido a burlarte de mí, ya sabes dónde está la salida —añadió tratando de simular enfado, pero no pudo evitar que las comisuras de sus labios se curvaran levemente hacia arriba, traicionándola.

—Nada de burlas —le prometió él alzando su mano derecha. Entonces pareció fijarse en el libro que estaba leyendo—. ¿Documentándote para algún trabajo?

Alia se encogió de hombros. No había querido contarle a nadie lo que estaba buscando, ni siquiera a Bri; pero Deimos era una de las personas mejor informadas que conocía, y después de todo había sido él quien la había ayudado a mantener el control durante el combate. Quizás pudiese ayudarla también a dar con algunas respuestas.

—En realidad buscaba información sobre casos similares al mío —le dijo. Aquello pareció despertar su interés.

—¿Te refieres a magos capaces de manipular magia sin necesidad de *táumators*?

—¿Así que te diste cuenta? —preguntó ella con una sonrisa torcida.

—Creo que no fui el único —replicó él—. Pero dudo que encuentres nada

en los libros de historia. Te recomiendo que le eches un vistazo al tratado “Neutralización, consunción y pérdida del Arte taumatúrgico”, de Hieronimus Daxter.

—¿Lo has leído?

—Hace tiempo. Es un compendio de casos de magos que se quemaron usando su poder. Es un libro bastante antiguo, escrito por el Senescal de un Gran Archimago; uno de los primeros de la Academia. Al parecer, por aquel entonces era algo bastante común. Pero hace siglos que no se han visto casos parecidos.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, algunos creen que se debe a que la magia estaba mucho más concentrada entonces, y que con los años se ha ido diluyendo. Pero yo tengo otra teoría.

Alia esperó. Le interesaba mucho saber lo que opinaba el muchacho sobre su problema.

—¿Sabes de dónde procede la magia? —le preguntó. Sus ojos brillaban con excitación.

—Alguien me dijo una vez que la magia está en todas partes: en el aire, en la tierra, en la naturaleza y en todas las criaturas que pueblan nuestro mundo —respondió ella.

—Eso es cierto —asintió Deimos—. ¿Pero sabes de dónde procede?

Alia pensó en ello. De acuerdo con las leyendas habían sido los Dioses quienes la habían traído al mundo, aunque en ningún lugar se mencionaba cómo lo habían hecho o de dónde procedía.

—No lo sé —admitió finalmente. Deimos sonrió de nuevo.

—Piénsalo. Si de verdad la magia solo se encontrase a nuestro alrededor, tras siglos usándola, ¿no crees que debería haberse agotado? Nosotros la consumimos cada vez que creamos un hechizo, y llevamos milenios haciéndolo. ¿Cómo se recupera? ¿Cómo vuelve a regenerarse la que utilizamos? ¿Acaso es un pozo sin fin, una cornucopia inagotable?

—La vida crea magia —repitió ella una lección que recordaba de una de sus clases.

—Pero no toda la magia procede de los seres vivos —le hizo notar él—. ¿Qué hay de la que se encuentra en las rocas, en el agua, en el aire?

Un recuerdo acudió entonces a su memoria. Por un momento se encontró de nuevo en aquel lugar que no era un lugar, frente al sello de piedra que

bloqueaba el flujo de su poder. Cuando había comprendido por primera vez lo que era aquel sello se había preguntado de dónde procedería toda la magia que encerraba. Incluso Suri se había preguntado a dónde iba a parar la que Alia absorbía.

—¿Crees que procede de otro lugar? —preguntó de forma tentativa. Deimos sonrió, y su rostro se iluminó de nuevo.

—De otro plano. El de los Dioses. Creo que los antiguos procedían de un mundo en el que la magia lo es todo, en el que los pensamientos dan forma a la realidad. —Exactamente lo que le había ocurrido a ella durante el combate, cuando su voluntad había convertido la arena en un mar de espinas de cristal—. Y que de alguna forma esa magia se filtra a través del vacío entre mundos hasta el nuestro, nutriéndonos y dándonos poder.

—¿Crees que es de ahí de donde procede la mía?

—¿Y por qué no? Existen casos documentados de magos del pasado que eran capaces de extraer su poder de un lugar al que llamaban el Manantial. No son descripciones directas, sino simples referencias que aparecen en algunos libros. La mayoría de Archimagos creen que se trata de leyendas, de interpretaciones erróneas de hechos que no comprenden. Pero yo creo que en realidad existían esas personas. Personas como tú.

—Pero dices que no ha habido ninguno en siglos. ¿Por qué ahora? ¿Y por qué yo?

Deimos se encogió de hombros.

—Quién sabe. Quizás sea algo hereditario. He leído en alguna parte, ahora no recuerdo dónde, que esos magos eran descendientes directos de los Dioses; que algunos de ellos se aparearon con humanos, y que sus vástagos poseían parte del poder de sus progenitores. ¿Has oído hablar de las leyes de Mendel sobre la transmisión por herencia genética?

Alia recordaba haberla oído mencionar en una de sus clases de naturología, pero no le había prestado demasiada atención, porque no estaba relacionada con la magia.

—Por lo general los rasgos se transmiten de padres a hijos. Aquellos más infrecuentes van desapareciendo con el paso del tiempo, disolviéndose en el caldo genético, y son remplazados por otros más habituales, más típicos de los humanos. Por eso hay familias más dotadas para la magia que otras. Pero yo creo que hay ciertos rasgos, los que proceden directamente de los Dioses, que no desaparecieron del todo, sino que permanecieron en nuestro interior

de forma latente. Y cuando se dan las condiciones adecuadas, las combinaciones correctas, esos rasgos vuelven a expresarse. Creo que esa característica, la de acceder al Manantial, ha estado siempre presente en tu linaje, y que gracias a una serie de factores aleatorios se ha vuelto a manifestar en ti.

—No lo sé —negó ella con la cabeza—. Parece un poco traído por los pelos.

—Cuando hayas leído tanto sobre el tema como yo, no te lo parecerá.

—Entonces, si en el pasado había otros magos como yo, ¿qué ocurrió con ellos?

Deimos suspiró.

—La mayoría fueron consumidos por su propio poder —admitió el muchacho—. Pero ten en cuenta que en los libros solo se menciona a aquellos que sufrieron la peor de las suertes. Estoy seguro que había otros, magos con acceso al Manantial, capaces de usar su magia sin quemarse; y que fueron precisamente esos los que transmitieron ese poder a sus descendientes.

—¿Consumidos por su poder? —preguntó Alia asustada—. ¿Es eso lo que me espera? ¿Voy a perder el control cada vez que intente utilizar mi don, como me ocurrió durante el duelo con Pernaces?

—¡Por supuesto que no! —la tranquilizó Deimos—. Cuanto más aprendas sobre tu poder, más dominio tendrás sobre él. Quizás te lleve algo de tiempo, pero cuando hayas conseguido controlar el flujo serás capaz de obrar milagros, y no necesitarás runas, *táumators* o hechizos para darle forma a la magia. Bastará con tu voluntad.

—Pero entre tanto deberé andarme con pies de plomo. Ya he perdido el control en dos ocasiones, y no quiero que vuelva a ocurrirme.

—¿Dos? —se sorprendió Deimos.

—En el túnel. Bretanius dice que fue mi magia la que provocó el derrumbe.

—¿Estás segura?

—No. De hecho en esa ocasión ni siquiera percibí el poder acumulándose en mi interior. Puedo percibirlo, ¿lo sabías? Al principio creía que todos los magos podían captar los residuos que deja la magia sin necesidad de emplear un hechizo, pero al parecer soy la única —o una de las pocas— con esa habilidad. Por eso estoy segura que no fue mi magia descontrolada la que debilitó los muros. Pero Bretanius dice que pudo percibir la descarga gracias

a un hechizo de vigilancia que el Consejo me había impuesto, y que tras examinar personalmente los desperfectos la única magia que detectó en aquel lugar era la mía.

Deimos se mordió el labio y se rascó distraídamente la barbilla. Su cabeza debía estar dándole vueltas a algo. Sus conocimientos superaban a los de Alia, así que quizás el Génitor tendría la respuesta que ella había estado buscando.

—Creo que hay otra posible explicación —dijo finalmente el muchacho. Alia casi saltó de su silla de impaciencia.

Una perturbación en la esfera que les rodeaba hizo que tanto ella como Deimos se volvieran hacia la persona que acababa de entrar en ella. Alia abrió mucho los ojos cuando descubrió de quién se trataba,

—¡Kíjob! —exclamó.

El chiquillo le regaló una de sus sonrisas, pero cuando sus ojos se desplazaron hasta Deimos su rostro palideció, y la sonrisa se marchitó en sus labios.

—Lo... lo siento —tartamudeó— No sabía... no sabía que estabas acompañada.

Y antes de poder responderle el muchacho se alejó de ellos a la carrera.

Alia parpadeó, anonadada. Deimos frunció el ceño.

—¿Quién es el crío? —le preguntó siguiéndole con la mirada.

—Es Kíjob. Un compañero de primer año. ¿Le conoces?

—No. Hay algo familiar en él, quizás le haya visto antes en la ciudadela, pero no le conozco. ¿Amigo tuyo?

—Algo así. Es uno de los pocos que sigue tratándome como a una persona.

—Entiendo —asintió Deimos pasándose el pulgar por la barbilla. Alia esperó a que continuara, pero el Génitor parecía perdido en sus propios pensamientos.

—Me has dicho que puede haber otra explicación para lo que me ocurrió en los túneles —le recordó ella. Deimos parpadeó, como si estuviese esforzándose por alejarse de sus recuerdos, y volvió a centrar su mirada en ella.

—Existe un hechizo —dijo casi en un susurro—. Una maldición, en realidad. Algo sobre lo que leí en una ocasión —añadió pensativo.

—Aja —le animó ella a continuar.

—No encontrarás ninguna referencia en los libros de la Academia. De

hecho, la primera vez que leí sobre él fue en uno de los volúmenes que se guardan en la biblioteca de lecturas prohibidas de Charnok. Se trata de un hechizo de magia negra, y su sola mención puede suponerte una entrevista con los interrogadores de la Inquisición.

—Y a pesar de todo, tú lo conoces —sonrió Alia.

—Ventajas de ser un Génitor —se encogió él de hombros—. Hay pocas cosas que me estén vetadas. Ese hechizo en concreto es conocido como la *sombra de Hades*, o simplemente la *sombra*. Es animancia de la peor clase.

—¿Cómo funciona? —quiso saber la joven.

—No lo tengo muy claro. Las descripciones son vagas, pero todo parece apuntar a que se trata de una especie de protohechizo que se liga al aura de un mago. Es indetectable, porque no contiene poder alguno, y cuando se enlaza a una persona empieza a absorber magia de su interior para alimentarse. Al alcanzar la masa crítica la energía se libera en lo que los libros describen como una explosión de *magia caótica*.

—¿*Magia caótica*? Nunca había oído hablar de ella.

—Es la magia primigenia, descontrolada y salvaje. El efecto de la maldición varía dependiendo del potencial de la persona maldita, y sus resultados suelen ser letales.

—Pero mi habilidad puede anular cualquier hechizo que lancen contra mí. ¿Cómo ha podido alguien maldecirme con esa *sombra*?

—Tu habilidad no puede cancelarla, porque como te he dicho la maldición no contiene magia. Y sin poder para alimentarla, resulta indetectable y completamente inocua. Para que lo entiendas, imagina que tu magia es el agua, y que la *sombra* es una pasa deshidratada. No ocurre nada mientras la pasa esté seca, pero en cuanto entra en contacto con el agua empieza a hidratarse, a hincharse. Algo parecido ocurre con la *sombra*. Según tengo entendido, basta un simple hechizo para desatarla. Uno de los casos que ilustraba el libro era el de un mago que había ardido al tratar de prender una *candela*.

—Pero yo no estaba usando magia cuando ocurrió —protestó Alia.

—Porque quizás en tu caso eso no sea necesario. Recuerda que tú tienes una conexión directa con el Manantial, por lo que la *sombra* debió reaccionar al constante flujo de magia que hay en tu interior. Es posible que eso te salvara la vida.

—La montaña estuvo a punto de enterrarme viva —le recordó ella—. No

veo como eso me puede haber salvado la vida.

—Imagina que la *sombra* hubiese reaccionado a uno de tus hechizos. ¿Qué habría ocurrido si hubieses estado intentando prender una llama o invocar a un elemental de fuego?

La imagen del cuerpo chamuscado de Toth acudió a su mente, y Alia tragó saliva.

—¿Quién... quién podría hacer algo así? —preguntó. Deimos sacudió la cabeza.

—Ningún aprendiz, si es eso lo que te preocupa. De hecho, el autor de esta *sombra* tiene que ser alguien familiarizado con la animancia, y como sabes ese tipo de prácticas están prohibidas en Atroreth. Si alguien la ha empleado contra ti en la Academia está claro que tienen que haberla conseguido en el mercado negro.

Deimos se inclinó sobre la mesa, salvando la distancia que lo separaba de ella. Alia notó como el rubor teñía de nuevo sus mejillas. El Génitor estaba demasiado cerca. Podía sentir su aliento contra su rostro. Sus labios estaban ligeramente separados, casi como si se propusiera besar los suyos.

«¿Por qué se ha acercado tanto? ¿Qué espera de mí?»

—Al parecer, tienes enemigos muy peligrosos entre estos muros, y con bastantes recursos a su disposición. Si la *sombra* procede del mercado negro, puedo asegurarte que su coste debe ser prohibitivo.

La voz de Deimos era melosa. Su tono era cálido, y su cadencia era lenta y musical. Casi hipnótica. Si cerraba los ojos, casi podía imaginar que pertenecía a otra persona.

A Suri.

Un calor sofocante se extendió desde su estómago, y un extraño cosquilleo le trepó por la columna, sembrando pequeñas descargas a lo largo de su espina dorsal.

«¿Qué diablos te está pasando?», se reprendió.

De repente Deimos se sacudió como si algo le hubiese golpeado. Alia le vio ponerse en pie y, a falta de una explicación mejor, empezar a pelear con el aire.

—¿Qué ocurre? —gritó, pero Deimos se había alejado de la mesa, llevándose con él el *intimarium*, por lo que su voz quedó ahogada por el hechizo de silencio de la biblioteca.

Alia le observó zarandearse y forcejear, pero no había nadie más allí.



Confundida, se puso en pie y caminó hasta él.

—¡Weep! —escuchó cuando volvió a entrar en la esfera.

¿Por qué aquel sonido le resultaba tan familiar?

—¡Lo sabía! —gritó Deimos sin dejar de sacudirse. Tenía los brazos recogidos contra su pecho en una especie de presa, pero no había nada entre ellos—. Deja de resistirte —gruñó, aunque Alia no tenía ni idea de con quién hablaba.

Una de las estanterías se sacudió como si alguien la hubiese pateado, y varios libros se precipitaron sobre ellos.

—¡Weep! —volvió a escuchar, y dentro de su cabeza algo cobró sentido.

—¡Basta! —gritó Alia cuando entendió lo que estaba ocurriendo—. ¡Quieto!

Deimos dejó de forcejear, casi como si la criatura invisible a la que estaba sujetando hubiese dejado de resistírsele. El aire osciló entre sus brazos, y algo empezó a tomar forma.

—No le hagas daño, por favor —le pidió a Deimos. El muchacho tenía los ojos muy abiertos, y no parecía poder apartarlos de la criatura, que ahora se mostraba tan dócil como un cachorrito.

—¿Qué demonios es esto? —masculló el Génitor.

—¡Eres tú! —exclamó Alia ignorando al muchacho e inclinándose sobre el pequeño lagarto. El animal alzó una zarpa y agarró uno de sus dedos. Su cola se sacudía entre las piernas de Deimos, tratando de enredarse en ellas.

—¿Sabes lo que es esta cosa? —le preguntó.

—Sí —respondió ella acariciando la cabeza de la criaturita. El bicho se estremeció de placer y se relajó aún más ante su toque—. Nos hemos visto antes, ¿verdad, cosita?

El lagarto ronroneó, o al menos a Alia le sonó a ronroneo. Entonces levantó la cabeza y la miró con aquellos profundos ojos rojos.

—Weep —gimió.

—Eras tú, ¿verdad? En el túnel —dijo Alia. El animal pareció comprender sus palabras, e inclinó la cabeza para hundirse en su caricia—. Fuiste tú quien despejó el paso para que entrara aire y no me asfixiara. Por eso no pudo verte el profesor Bretanius. Y los animales muertos frente a mi puerta —comprendió de pronto—. No eran amenazas. Eran regalos.

—¿De qué estás hablando?

—Creo que nuestro amigo lleva meses cuidando de mí —sonrió Alia.

—¿Por eso me ha atacado? —preguntó Deimos dejándolo en libertad. La criatura se apresuró a trepar por la espalda de Alia hasta colocarse junto a su hombro. Por suerte no era muy pesada, o no habría podido con ella.

—¿Te ha atacado? Que raro. Si es muy dócil.

—¿De dónde ha salido? —quiso saber el muchacho.

—Era uno de los cazadores de Toth. Un *shingor*.

—¿Uno de los lagartos que atacaron el Coliseo? —preguntó estudiándolo con desconfianza—. Pues no lo parece. He leído los informes, y las descripciones...

—Esta es su forma original —le interrumpió ella—. Los *shingor* son esclavos, criaturas inocentes a las que la magia de Korro'th convirtió en asesinos. Cuando este me atacó en los túneles mi poder deshizo la magia transmutadora que lo había alterado, devolviéndole su aspecto original.

—¿Magia transmutadora?

—Es una larga historia —sacudió Alia la cabeza—. Creo que está agradecido por lo que hice por él, por eso no se ha alejado de mí. ¿Llevas todo este tiempo ocultándote en los túneles? —le preguntó al animal. La criatura respondió con un “cooo” que le recordó un poco al arrullo de las palomas. Aquello le arrancó una sonrisa.

Deimos seguía estudiando a la criatura con los ojos entrecerrados, como si no confiase del todo en ella. Desde luego no era tan peligroso como lo había sido antes de cambiar, aunque seguía teniendo garras y dientes afilados.

—Tienes amigos muy extraños —suspiró Deimos.

A la criatura no parecía gustarle demasiado el Génitor, porque cuando acercó una mano para acariciarle emitió un ligero gruñido y le miró desafiante.

Alia se encogió de hombros.

—¿Todas las criaturas de su especie poseen el mismo camuflaje?

—Por lo que yo sé, sí. Aunque yo creía que formaba parte de la magia de cambio. Pero no es así, ¿verdad? —le preguntó al lagarto rascándole bajo la barbilla—. Debe ser un mecanismo de defensa natural de su especie. ¿Y cómo vamos a llamarte? Porque tendré que ponerte un nombre. No voy a llamarte *shingor*, o lagarto.

—Weep —gimió la criatura.

—Weep —repitió Alia, y el lagarto descendió de su espalda hasta el suelo y empezó a restregarse contra sus piernas—. Creo que ese nombre te pega.

—Weep —insistió Weep.

—Ahora necesito que vuelvas a hacerte invisible —le dijo Alia echando un vistazo a su alrededor. No quería que nadie más supiera que el lagarto se encontraba en la ciudadela.

Casi como si hubiese comprendido sus palabras, Weep empezó a hacerse uno con su entorno, y pronto fue imposible distinguir dónde se encontraba.

Deimos seguía observándola con la boca abierta y una mirada de incertidumbre.

—La maldición —dijo Alia devolviéndole a la realidad—. ¿Sabes si su efecto es inmediato?

—Bueno, ya te he dicho que no se desata hasta que el mago maldito usa un hechizo. En tu caso, si de verdad se ha alimentado del Manantial, calculo que debe haber tardado unas tres o cuatro horas en alcanzar la masa crítica.

—¿Y es necesario estar cerca de la víctima para poder maldecirla?

—No sé si es imprescindible el contacto físico, pero diría que es necesaria una cierta proximidad. Imagino que quien la lanzó contra ti tiene que haber estado bastante cerca.

Eso debía haber sido durante el almuerzo en el Olimpo; Alia estaba segura.

—Entonces no hay demasiados sospechosos —dijo—. Solo cinco personas estuvieron cerca de mí esa mañana, y estoy bastante segura que dos de ellas son inocentes —añadió, porque se negaba a creer que Bri o Kíjob fuesen los responsables.

—¿Y cómo piensas averiguar cuál de ellos es el culpable?

—Bueno, has dicho que la *sombra* tiene que proceder del mercado negro, así que supongo que habrá que preguntarle a quien la creó.

## La gruta

Triano sintió que su garganta se anudaba. Tarnika se retorció en la cubierta de la chalupa con los labios apretados y las manos agarrotadas. La *lorkin* había mencionado que el mago que había poseído a Lady Pizcazu le había hecho algo, pero no tenía ni idea de qué podía ser.

«Un hechizo», pensó. «Magia de sangre».

La muchacha parecía haber encogido. Su vestido colgaba a su alrededor como si fuese varias tallas demasiado grande, y su rostro estaba chupado como si la carne se hubiese consumido y solo quedasen piel y huesos.

Pero no era carne y sangre lo que había bajo su piel. Ni siquiera estaba seguro de que los *lorkin* tuviesen huesos.

«Es una planta», se recordó.

—La flor —repitió la muchacha alargando una mano hacia él. Podía distinguir, incluso bajo los guantes, lo delgada y nudosa que parecía.

Era como si Tarnika estuviese envejeciendo por momentos.

Triano había visto antes algo parecido. Había sido durante el ataque a la Academia, cuando el cazademonios había consumido toda su magia, incluso la de los hechizos que mantenían su juventud, y los años habían caído de repente sobre él, cargando su cuerpo con el peso de su verdadera edad. Pero eso no podía ser lo que le estaba pasando a Tarnika. Los *lorkin* no eran humanos, no envejecían de la misma forma, ¿verdad?

Entonces, ¿qué diablos le estaba ocurriendo?

Triano recogió el pimpollo de color violeta que la muchacha sostenía en la palma de su mano extendida. Se trataba de una pequeña flor de pétalos ovalados que le recordó a una magnolia como las que su abuela tenía en el jardín de su mansión, pero apenas era del tamaño de una de sus uñas. Su perfume era extraño y desconocido, con notas de vainilla y jazmín; un aroma que, por alguna extraña razón, le hizo pensar en el hogar.

«*Portal de paso*. La flor. Ella te guiará», le había dicho Tarnika.

Pero ¿cómo iba a abrir un *portal* sin conocer su destino? Si se equivocaba podrían acabar en mitad del mar, o enterrados a veinte varas bajo tierra.

Confiaba en la joven, pero ¿lo suficiente como para poner su vida en sus manos?

«Por supuesto que sí», se dijo. Durante el ataque a la Academia no solo le había salvado la vida a la capitana, sino que había puesto la suya en peligro para rescatar a varios aprendices de una muerte casi segura. Eso decía más del carácter de la chica que cualquier cosa que la Inquisición pudiese inventarse sobre ella.

Triano acarició uno de los delicados pétalos con la yema de los dedos, y una imagen estalló en su cabeza. Era un árbol, un gigantesco árbol con el tronco gris, largas ramas cargadas de hojas gruesas de un verde intenso y brotes de color morado. Triano estaba seguro de no haber visto un árbol parecido en su vida, pero algo le decía que existía en realidad, y que no se encontraba lejos de allí.

No tenía ni idea de por qué estaba tan seguro, pero su presencia era innegable.

—Maldita sea —gruño, impotente. No sabía de qué otra forma ayudar a la muchacha, y no podía permitir que muriera.

Con un gesto disolvió el *eólion*, y esperó hasta que las velas se hubieron desinflado y la barca se detuvo antes de trazar los primeros símbolos del *portal de paso*. Mientras lo hacía se concentró en la imagen mental del árbol. Lo visualizó y deseó que el *portal* les condujera directamente hasta él.

—Espero no equivocarme —susurró mientras cerraba el círculo.

Con un destello azulado, un disco de luz se materializó frente a ellos por encima del casco de la nave. Triano se agachó junto a Tarnika. Con mucho cuidado la rodeó con sus brazos y la levantó. Le sorprendió lo ligero que era su cuerpo. Apenas pesaría cinco arrobas.

¿Qué le estaba ocurriendo? Parecía como si se estuviese consumiendo por momentos.

Pero no tenía tiempo de preocuparse por eso. Debía darse prisa. Tenía que buscar ayuda antes de que fuese demasiado tarde para ella.

Aún no tenía muy claro a dónde les conduciría el *portal*, pero si Tarnika creía que la flor era capaz de llevarles hasta un lugar seguro, debía confiar en ella.

Sin pararse a pensar estrechó a la muchacha contra su cuerpo y saltó hacia el vórtice.

Un halo de luz azul les envolvió. Triano llevaba meses empleando *portales* para trasladarse, pero la sensación seguía sorprendiéndole. El aire era frío y espeso. Era como tratar de respirar bajo el agua. Un cosquilleo le recorrió la

piel, y un chisporroteo eléctrico hizo que el vello de su nuca y sus brazos se erizara.

Y entonces, con un sonido de succión y una súbita corriente, se encontraron al otro lado.

El árbol estaba allí, tal y como lo había visto. Medía casi treinta varas de altura, y su tronco era tan ancho que si hubiese tratado de abrazarlo las yemas de sus dedos no habrían llegado a tocarse. Pero no fue eso lo que más le llamó la atención.

Lo que de verdad le sorprendió, lo que hizo que la sangre se le helara en las venas, fue la docena de *lorkin* que corrían hacia ellos.

Triano retrocedió hasta que su espalda topó contra el tronco del árbol.

Se encontraban en el centro de un descampado. El sol brillaba con fuerza sobre sus cabezas, pero el linde del bosque terminaba abruptamente en una pared de roca oscura que le hizo pensar en el cráter de un volcán.

¿Dónde demonios les había llevado aquel *portal*?

—¡Humanos! —gritó uno de los *lorkin* que corría hacia ellos. La palabra se hizo eco en los labios del resto de criaturas, y pronto la noticia se extendió como un fuego descontrolado.

Triano miró a su alrededor. El número de demonios era cada vez mayor, y todos parecían confluír hacia ellos. No sabía qué intenciones tendrían, y puesto que tenía las manos ocupadas, si le atacaban no podría defenderse. Esperaba que no creyeran que había sido él quien le había hecho aquello a Tarnika, o de lo contrario estaría acabado.

Con mucho cuidado dejó a la joven en el suelo y se arrodilló a su lado. Quizás si los *lorkin* veían que se preocupaba por uno de los suyos se lo plantearían antes de atacar.

—Necesito ayuda —gritó.

Sus palabras consiguieron que todas las criaturas se detuvieran al unísono, formando un cerrado círculo de cuerpos a su alrededor. No sabía si habían sido sus palabras o la desesperación en su voz, pero notó que las expresiones de los *lorkin* cambiaban de la alarma a la preocupación. La desconfianza, sin embargo, no llegó a abandonar sus ojos.

—Es Tarnika —dijo mientras le quitaba la peluca y los guantes a la muchacha. Su piel, que tenía ahora un matiz grisáceo y parecía tan arrugada como la de una anciana, quedó a la vista, y un coro de voces repitió su nombre.

—Es Tarnika. Tarnika. Ha traído a Tarnika —murmuraban las criaturas.

—Por favor —suplicó. El nudo de su garganta hizo que su voz se quebrara—. No sé qué le ocurre.

Una criatura con aspecto de tocón de árbol se abrió paso entre las demás y avanzó hasta una brazada de distancia de ellos. Era una hembra, o al menos esa fue la impresión que tuvo Triano. De haber tenido que compararla con un humano, habría dicho que se trataba de una anciana.

—¿Está viva? —preguntó la anciana con una voz que a Triano le recordó a la madera astillándose. Entonces se arrodilló junto a ellos, tomó a Tarnika de la mano y sus ojos se abrieron desmesuradamente y centellearon como *candelas*—. ¡Avisad a Akar! —gritó—. ¡Rápido!

Su mirada se centró entonces en Triano, que seguía arrodillado con la espalda contra el tronco del árbol. El muchacho habría jurado que la anciana le estaba midiendo; quizás tratando de adivinar sus intenciones. Él estaba demasiado asustado para hacer nada. Sabía que los *lorkin* no eran demonios, pero estar rodeado de ellos no le tranquilizaba en absoluto. Se esforzó por contener su agitada respiración y los desbocados latidos de su corazón. Quizás no les tuviese miedo, pero el pánico amenazaba con tomar el control de su cuerpo.

Tras unos segundos de escrutinio los rasgos de la anciana, que parecían tallados en corteza de árbol, se relajaron.

—La has traído hasta nosotros —le dijo finalmente—. Te lo agradecemos.

Otra criatura, esta de mayor tamaño y aspecto peligroso, llegó poco después a la carrera. Era un macho. De forma casi inconsciente, Triano sujetó la mano nudosa y reseca de Tarnika. No entendía por qué se sentía tan protector con ella, pero todos sus instintos le gritaban que debía cuidar de ella.

El recién llegado le estudió con el ceño fruncido, si es que eso era siquiera posible en aquellas criaturas. Debía tratarse del tal Akar que había mencionado la anciana. Triano creyó reconocer la preocupación en su rostro cuando se agachó junto a ellos y tomó a la muchacha entre sus brazos. Sin mediar palabra, Akar alzó a Tarnika, dio media vuelta y empezó a caminar hacia lo que parecía ser una especie de poblado.

La anciana les siguió de cerca.

¿Dónde diablos se encontraban? ¿A dónde les había llevado aquella flor?

Triano se incorporó y echó un vistazo a su alrededor. El árbol se encontraba en mitad de un claro, un descampado de hierba verde y fresca rodeado por lo

que solo podía ser descrito como un bosque. Las copas de los árboles se elevaban cuarenta o cincuenta varas por encima de su cabeza, y Triano creyó ver movimiento en las ramas más altas. El cántico cristalino de un riachuelo cercano llenaba el aire, y el evocador perfume de flores y frutas exóticas inundaba su nariz.

Cuando había tocado la flor había sentido la presencia cercana del árbol, pero aquel lugar no podía encontrarse en Hefestia. En la ciudad no había volcanes, ni bosques como aquel, ni riachuelos subterráneos. Y desde luego, en Hefestia no podía haber tantos *lorkin*.

«Para lanzar un encantamiento de esas características se necesita un aquelarre de cincuenta *lorkin*», le había explicado Tarnika días atrás. «Espera, ¿me estás diciendo que hay tantos *lorkin* en Hefestia?», le había preguntado él. Tarnika no había llegado a responderle.

Al parecer, había muchos más de cincuenta; quizás incluso un par de centenares. ¿Cómo se las habían arreglado para pasar desapercibidos todo ese tiempo? ¿Cómo es que nadie sabía de la existencia de aquella colonia?

«Probablemente el cazademonios lo sabe», se dijo. «Y quizás también la capitana».

Pero ahora no tenía tiempo de pensar en ello. Estaba preocupado por la muchacha, y no quería perderla de vista.

Se incorporó, ignoró las miradas de curiosidad —o de sorpresa— de los *lorkin* que le rodeaban, y siguió a Akar y a la anciana. Nadie trató de detenerle, como había temido que sucedería. El círculo se había roto en cuanto el gigante de piel áspera y aspecto peligroso se había abierto paso con la joven en brazos, y ahora algunos de los otros se habían unido a la silenciosa procesión que les acompañaba. Triano corrió hasta darles alcance.

—No sé qué le ha ocurrido —le dijo a Akar. El gigante le miró de reojo. Su expresión era sombría, distinguible pese a sus extrañas facciones—. Un mago oscuro la ha hechizado. Creo que ha usado magia de sangre, pero no sé qué le ha hecho.

—Es un *hidrófago* —gruñó el hombre con voz cavernosa—. Los hechiceros del Señor de la Guerra los emplearon contra mi gente durante la invasión de nuestro mundo. Su magia hace que el agua de nuestros cuerpos se consuma, reduciéndonos a cascarones resecos.

—¿Pueden ayudarla? —Triano habría preferido que la desesperación no empapase sus palabras, pero no podía evitarlo. Se sentía culpable. Debería



haber entrado con ella en la celda. No tendría que haberla dejado sola.

—Solo los Primeros lo saben —dijo Akar—. En realidad, todo depende de ella; de sus ganas de vivir.

Akar y la anciana entraron en una de las cabañas de la aldea. Triano no esperó permiso, y les siguió al interior. Nadie trató de impedirselo. El gigante dejó el cuerpo de Tarnika sobre una especie de camastro tejido con ramas y lianas y se arrodilló junto a ella.

—Granmia, necesitamos *agua de vida* del manantial —le pidió a la anciana. Ella asintió y abandonó la cabaña.

Cuando regresó poco después llevaba un cuenco en las manos, y la acompañaban cinco hembras más, todas jóvenes; quizás de la edad de Tarnika. Cada una de ellas cargaba con un cuenco similar al de la anciana. El líquido que contenían desprendía una especie de fulgor níveo, como si en su interior se escondiese una *candela* prendida.

—¿Qué es esto? —le preguntó Akar pasando un dedo por el rostro de la joven.

—Maquillaje —le explicó Triano—. Tarnika se estaba haciendo pasar por humana.

Akar sacudió la cabeza y dejó escapar un gruñido bajo que resonó por entre las paredes de la choza como el rugido de un león. Entonces tomó uno de los cuencos, abrió la boca de la muchacha y vertió en ella el líquido. Triano no vio su garganta moverse, por lo que creyó que Tarnika no podría tragar, pero el agua desapareció sin que una sola gota se derramara. Akar repitió la operación con los otros cinco cuencos.

—Ayúdame a moverla —le pidió el *lorkin* colocándose en uno de los extremos del camastro. Triano ocupó el otro, y entre los dos lo desplazaron hasta el centro de la cabaña—. Ahora espera fuera.

—Pero quiero ayudar —protestó él.

—No puedes. Tu presencia solo dificultará nuestra tarea. Espera fuera.

La anciana, Granmia, le tomó del brazo y le guió hasta el exterior.

—Si de verdad te preocupas por ella, rézales a tus Dioses —le dijo antes de regresar al interior de la choza y cubrir la entrada con una cortina que parecía tejida con ramas de un sauce llorón.

Las fuerzas parecieron abandonar a Triano en cuanto se quedó solo, y se sentó en el suelo con la espalda apoyada contra uno de los troncos que parecían formar parte del muro exterior de la cabaña. Hasta entonces no se

había fijado, pero en ese momento se dio cuenta de que la madera estaba viva. Los troncos eran en realidad árboles que habían crecido apretados los unos contra los otros, y que se curvaban en la parte superior para entrelazarse en una cúpula de ramas, hojas y frutos.

«Tiene sentido», pensó. «Si los *lorkin* son plantas, para ellos cortar un árbol para usar su madera debe ser como si nosotros construyésemos nuestras casas usando huesos humanos».

El muchacho sacudió la cabeza para alejar aquel desconcertante pensamiento. Seguía estando nervioso, y no era solo por encontrarse en un lugar desconocido rodeado de *lorkin*. Le preocupaba el estado de Tarnika. No comprendía por qué, pero pensar que podía ocurrirle algo, que podría perderla, hacía que su estómago se revolviere.

«Es la única que puede ayudarnos», se dijo. «La única que conoce la identidad de los traidores que están colaborando con el Señor de la Guerra. Por eso la necesitamos».

Y quizás si se lo seguía repitiendo acabaría por creérselo.

La espera le estaba desquiciando. Necesitaba mantener la cabeza ocupada si no quería perder el poco temple que aún le quedaba. Necesitaba distraer su mente. Por eso se introdujo la *caracola* de su pendiente en el oído y susurró el nombre de la capitana.

—Triano —escuchó la voz de Bonaserra responder dentro de su canal auditivo—. ¿Cómo os ha ido en Charnok? ¿Habéis descubierto algo?

Triano le contó a su superior lo ocurrido, incluido lo que había descubierto Tarnika y el ataque, procurando que su voz no temblara cuando lo hizo.

—¿Necesitáis ayuda? ¿Dónde estáis?

—No se lo va a creer, jefa. Estoy en una especie de aldea rodeado de *lorkin* —susurró.

—¿Te han llevado a la cueva? —se sorprendió ella. ¿Aquello era una cueva? ¡Pero si el cielo abierto se encontraba sobre su cabeza! —Tienes suerte. Pocos han visto la cueva y han vivido para contarlo.

Triano tragó saliva. Esperaba que ese fuese su caso. Le preocupaba que si Tarnika no sobrevivía, quizás tampoco él lo hiciera.

—¿Cree que van a...? —preguntó tragándose el nudo de su garganta.

—No —rió ella—. Es una forma de hablar. Pero es cierto que solo tres o cuatro personas más conocen ese lugar. ¿Cómo está Tarnika? ¿Crees que saldrá de esta?

—Eso espero. Creo que ha identificado a un par de Inquisidores. Jefa, hay más de los que creíamos. Tarnika dice que Charnok apesta a hemomancia. Dice que allí se están realizando rituales de sangre.

—Mierda —gruñó Bonaserra. Triano casi podía imaginársela pasándose la mano por la cara, como lo hacía siempre que le daban malas noticias—. Esto es peor de lo que me temía.

—¿Qué hay de las muertes? —le preguntó a su superior—. ¿Ha conseguido averiguar algo más sobre las víctimas?

La capitana les había asegurado que se dedicaría a investigar a los magos asesinados mientras ellos visitaban la fortaleza. Todavía no sabían qué tenían en común o por qué los traidores los habían escogido precisamente a ellos, pero estaban seguros que si lo descubrían serían capaces de dar con un patrón.

—Poco más, aparte de lo que ya sabíamos —suspiró la capitana, y a continuación le detalló lo poco que había descubierto—. Me temo que llevo demasiado tiempo alejada del Juego, así que no estoy al corriente de los rumores y los secretos que se susurran en los mentideros de las Casas —suspiró. Ciertamente no habían averiguado nada que les fuese de utilidad—. Ya sabes cómo funciona; al fin y al cabo tú perteneces a una de ellas. Si no estás involucrado directamente en sus intrigas, los sutiles movimientos de los Jerarcas te pueden pasar desapercibidos. ¿Se te ocurre algo que se me pueda haber pasado por alto?

—Nunca me ha gustado el Juego —se disculpó él—. Por eso he evitado entrar en él siempre que he podido. Supongo que es una de las ventajas de ser el hijo menor de una familia tan numerosa. Seguramente mis hermanos estén mucho más al corriente de esas cosas que yo. Por desgracia no puedo empezar a hacer preguntas sin despertar sospechas. Aunque quizás...

—¿Qué? —le apremió Bonaserra cuando su silencio se alargó demasiado.

Quizás era una idea estúpida, pero valía la pena intentarlo.

—Por lo general los rumores y los cuchicheos que circulan por las Casas suelen encerrar tantas verdades como mentiras, pero si cree que podemos confiar en ellos para obtener más información, creo conocer a la persona

idónea. Y lo mejor de todo es que mis preguntas no levantarán sospechas. Pero si hago esto va a deberme una, jefa.

—¿Por qué?

—Porque voy a tener que visitar a mi abuela, y Lady Camerelis no es de la clase de personas que permiten que una visita social sea simplemente eso.

—¿Acaso te llevas mal con ella?

—No exactamente, pero ella habría preferido que escogiese el clero en lugar de las fuerzas de seguridad como medio de vida, y le gusta recordármelo cada vez que me ve. Y estoy seguro de que también me va a echar en cara que, a mis veintiocho años, aún siga estando soltero —suspiró Triano.

Aquello debió hacerle mucha gracia a la capitana, porque cuando cortó la comunicación aún se estaba riendo.

Desde dentro de la choza le llegaba la dulce cadencia musical de un salmo. Las voces de los *lorkin* se alzaban como un coro, entretejiéndose como las hebras de una tela de araña. De no haber sabido que dentro de la cabaña solo había siete criaturas, Triano habría creído que el cántico procedía de un grupo mucho mayor. No comprendía lo que estaban diciendo, su lenguaje le era completamente desconocido, pero le recordaba un poco al viento soplando entre las hojas y a la lluvia repicando contra el sotobosque.

Tarnika le había contado que la magia de los *lorkin* empleaba rituales largos y complejos, aunque Triano no había esperado que lo fuesen tanto. El aquelarre debía llevar al menos veinte minutos salmodiando tras las paredes de la cabaña, y Triano se sentía tentado de echar un vistazo a través de la cortina. Después de todo, ¿cuándo volvería a tener la oportunidad de presenciar un ritual como aquel en persona?

Pero contuvo su curiosidad. Sabía lo delicados que eran los encantamientos como aquel, y no quería interrumpirlo. Había demasiado en juego.

Se preguntó, no por primera vez, cómo funcionaría exactamente la magia de los *lorkin*. No sabía si lo que les ayudaba a controlarla eran las palabras de sus salmos o la propia melodía. Tal vez eran el ritmo, la cadencia y la armonía los que les permitían acceder al poder. Desde que había conocido a Tarnika, Triano se había interesado cada vez más por los *lorkin* y por su magia, y había descubierto lo poco que sabía sobre ellos en realidad. Lo que

enseñaban en la Academia se encontraba tan lejos de la verdad que se preguntó si habría algo de cierto en todos aquellos libros. Por eso no había perdido oportunidad de preguntarle a la capitana sobre las criaturas. Estaba claro que ella sabía muchas cosas sobre ellos, aunque probablemente no tantas como el cazademonios. Al fin y al cabo Suricata tenía a una de ellos como aprendiz; algo que la Inquisición habría considerado merecedor de varias condenas consecutivas.

Finalmente el cántico se detuvo, y el silencio que le siguió fue pesado e inquietante.

Triano no se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento hasta que vio a Akar asomar por la puerta. Pese a sus exóticas facciones reconoció el agotamiento en su rostro. Su mirada parecía distante.

—¿Está bien? —se apresuró a preguntarle. Akar asintió con la cabeza, y su cuello emitió un ligero crujido.

—Se recuperará, aunque necesitará unos días para estar bien del todo. Gracias. De no ser por ti no habría sobrevivido.

—¿Puedo verla?

—Ahora está descansando. Quizás más tarde. Entre tanto me gustaría hablar contigo —dijo. Y sin mediar palabra empezó a caminar en dirección al riachuelo. Triano le siguió, porque supuso que eso era lo que la criatura esperaba de él—. Parece que mi hija confía en ti; de lo contrario no te habría traído a la cueva —habló finalmente cuando alcanzaron la orilla. ¿Tarnika era su hija?—. Por desgracia la experiencia me ha demostrado que su criterio no siempre es acertado. Dime, muchacho, ¿puedo confiar en ti?

Triano tragó saliva. Algo le decía que de su respuesta dependería lo que ocurriese a continuación, y no quería fastidiarlo.

Sabía por qué Akar se lo preguntaba. No era idiota. Por el tamaño de la aldea y la cantidad de criaturas que había allí, los *lorkin* debían llevar años escondiéndose en aquel lugar; quizás incluso décadas. Triano estaba seguro de que guardaban celosamente el secreto de su ubicación. La capitana ya le había dicho que solo unos pocos lo conocían, y con toda seguridad todos ellos se habrían ganado la confianza de Akar antes de que ese secreto les fuese desvelado.

Y allí estaba él, un desconocido en el santuario de aquellas criaturas; un extraño que ahora poseía el poder de acabar para siempre con su refugio.

Quizás un año atrás Triano habría corrido a explicarles a sus superiores lo

que había descubierto. Antes del ataque a la Academia el joven había creído las mentiras de la Inquisición: había considerado a los *lorkin* demonios, criaturas que debían ser cazadas y exterminadas. Pero tras conocer la verdad de labios de Bonaserra, y después de haber visto a Tarnika arriesgar su vida para salvar a un puñado de humanos, ya no opinaba igual. Especialmente tras averiguar que había traidores en el seno de la Inquisición.

—Señor, no tiene nada que temer de mí —le aseguró a Akar—. Nunca haría nada que pusiese en peligro a su pueblo. Además, ni siquiera sé dónde nos encontramos. Hemos llegado a través de un *portal de paso*, y solo he podido abrirlo porque esta flor me ha indicado el camino —le explicó sacando el pimpollo del bolsillo de su chaqueta.

—Ambos sabemos que eso no quiere decir nada —respondió Akar tomando la flor entre sus dedos. Triano no habría sabido decir exactamente lo que ocurrió a continuación, pero si hubiese tenido que describirlo habría dicho que la piel —la corteza— de los dedos de Akar había crecido en torno a la flor hasta absorberla por completo. En un momento estaba allí, y al siguiente había desaparecido—. Alguien que quisiese encontrar de nuevo este lugar solo tendría que dejar una marca mística, un rastro mágico que le permitiese regresar una vez lo hubiese abandonado.

—Cierto —asintió Triano—. Pero dada la afinidad de su pueblo con la magia estoy seguro que usted lo habría detectado.

Akar asintió, y Triano habría jurado que por sus labios cruzó el fantasma de una sonrisa.

—Hay más de trescientos de los míos en estas cuevas —prosiguió el gigante—. La mitad son mujeres, y casi una tercera parte son brotes; niños. Sé que no puedo obligarte a guardar silencio, pero quiero que seas consciente de lo que ocurriría si vuestra Inquisición descubriese dónde nos ocultamos. Sus vidas están ahora en tus manos.

Triano echó un vistazo a su alrededor.

Al otro lado del río un puñado de criaturas parecía jugar con una fruta que recordaba un poco a un balón, lanzándosela los unos a los otros como un grupo de chiquillos humanos. Ninguno de ellos mediría más de una vara o vara y media. Estaba claro que eran niños; o brotes, como los había llamado Akar. Pensar en lo que les podría ocurrir si los Inquisidores diesen con su refugio hizo que se estremeciera.

—Siempre pueden borrarle la memoria —le propuso entonces. Akar

arqueó una ceja—. Conozco un par de hechizos que me harían olvidar las últimas horas —le explicó—. Si eso va a hacer que se sientan más seguros, puedo enseñárselos.

—¿De verdad nos permitirías alterar tus recuerdos? —pareció sorprenderse Akar.

—He visto lo que nos amenaza, las criaturas que ese Señor de la Guerra envió a nuestro mundo. Y he visto luchar a Tarnika. Si de verdad sus tropas preparan una invasión, mi pueblo tendrá más posibilidades con su gente luchando a nuestro lado. Así que si eso es lo que necesitan hacer para ganarse mi confianza, adelante.

Los ojos de Akar parecían ver a través suyo. Fue una sensación desconcertante, como ser observado a través de un microscopio, pero Triano aguantó el escrutinio.

—No. Creo que esta vez mi hija no se equivoca, y que podemos confiar en ti —dijo finalmente el gigante—. Vamos. Tarnika ha preguntado por ti cuando ha despertado. Creo que tiene algo importante que decirte.

La cabaña estaba en silencio cuando entraron en ella. Las cinco jóvenes se habían marchado, y solo la anciana montaba guardia junto a la cama de Tarnika.

—¿Está despierta? —preguntó Akar. La muchacha abrió los ojos al reconocer la voz de su padre. Granmia tenía un paño húmedo en las manos. Estaba manchado de maquillaje. El rostro de Tarnika volvía a tener el saludable tono verdoso de siempre.

«¿No es extraño que ese color me parezca ahora algo natural?», se preguntó.

—Triano —le llamó ella en cuanto sus ojos se enfocaron en él.

—¿Cómo te encuentras?

—Como si hubiese pasado una semana en el desierto —respondió ella tratando de sonreír, aunque sus labios agrietados apenas se fruncieron.

—Necesitará unos días de reposo —les explicó Granmia—, pero pronto volverá a ser la que era. Es una suerte que hayamos podido intervenir a tiempo. Unos minutos más y no habríamos sido capaces de detener la maldición.

—Tu padre me ha dicho que querías hablar conmigo.

—Estás en peligro —dijo Tarnika. Su voz era apenas un murmullo—. El mago que me atacó no tardará en descubrir que eras tú quien me

acompañaba. Van a sospechar de ti.

—No necesariamente —replicó él—. Te he presentado como una consultora civil. La Brigada usa consultores todo el tiempo, y no tienen por qué estar relacionados con nosotros. Tu apariencia ha logrado engañarles a ellos. ¿Por qué van a creer que en nuestro caso ha sido distinto? Por lo que ellos saben, puedes habernos utilizado para acceder a Charnok.

—Quizás —admitió ella—. Pero por si acaso mantén los ojos bien abiertos. No me gustaría que algo te ocurriese por mi culpa.

—No te preocupes. Los traidores no se atreverían a eliminar a un agente de la Brigada.

—¿Estás seguro? Ya han matado a Jerarcas y a miembros de las Casas, y se las han arreglado para hacer que parecieran accidentes o muertes naturales.

Triano suspiró. Tenía razón. Debía hacer algo para alejar las sospechas de él. Quizás si presentaba una denuncia contra Vindora Krete, la identidad falsa que había estado usando Tarnika, conseguiría alejar las sospechas de él.

—Ya se me ocurrirá algo —la tranquilizó.

—Una cosa más. ¿Conoces bien al humano que te ha saludado cuando nos marchábamos? —le preguntó.

—¿Te refieres a Barlán? Sí. No puedo decir que seamos íntimos, pero estudiamos juntos, y todavía nos vemos de vez en cuando, durante las reuniones mensuales con mis compañeros de promoción. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque tu amigo es el Inquisidor al que vi salir de vuestro cuartel —le explicó Tarnika apartando la mirada—. Ese tal Barlán es uno de los agentes de Korro'th.



## Las hermanas perdidas

Suri no tuvo que esperar demasiado. Como había supuesto, Jaguar había decidido salir por su cuenta en busca del oso, y había esperado a que todo el mundo estuviese dormido para ponerse en marcha. Estaba claro que no quería que nadie la siguiera.

Desde su lugar en la plataforma de la cabaña del árbol, tumbado sobre una mullida piel, el mago la escuchó moverse dentro de la choza. Sus pasos eran ligeros, pero los maderos eran viejos, y protestaban bajo su peso. La luna apenas brillaba aquella noche, pero aun así pudo distinguir su silueta cuando finalmente abandonó la cabaña y le echó un último vistazo antes de empezar a descender por una de las lianas. Él se estaba haciendo el dormido, y al parecer había conseguido engañarla.

Suri había intentado razonar con ella cuando habían regresado a la cabaña unas horas antes. Quería hacerla entrar en razón, tratar de convencerla de que no era buena idea ir sola tras el oso, especialmente en plena noche. Pero Jaguar era al menos tan testaruda como su hermano, y le había rehuido; ignorándole al principio, y perdiendo las formas cuando Suri había insistido. Las chozas no tenían puertas; de lo contrario, Suri estaba seguro que la muchacha la habría cerrado en sus narices.

Cuando la liana dejó de agitarse se incorporó lentamente y echó un vistazo por encima de la barandilla de la plataforma. Por desgracia fue demasiado lento, y no consiguió ver a Jaguar perderse entre las sombras, por lo que no habría sabido decir qué camino había tomado. O bien la joven sabía moverse por el bosque con la misma inquietante facilidad que Nada, o había adivinado que estaba fingiendo y se estaba escondiendo de él.

Probablemente ambas cosas.

Maldiciéndose a sí mismo por haber permitido que le diera esquinazo, Suri recogió varias de sus pertenencias, entre ellas su odre y un saquito de cuero con varios artefactos que se colgó del cinto en el que llevaba la funda de su daga, se agarró a una de las lianas con su mano de metal y se deslizó por el tronco del árbol.

Cuando sus pies tocaron el sotobosque se acuclilló en el suelo tratando de hacerse invisible. No quería hacer ruido. Jaguar era inteligente y desconfiada

por naturaleza. Si de verdad no se había tragado su pantomima era probable que le estuviese esperando escondida en algún lugar para impedir que la siguiera, y probablemente lo haría dejándole inconsciente. Suri había probado en alguna ocasión las caricias de su lanza, y no le apetecía volver a pasar por esa experiencia. La muchacha tenía una fuerza increíble para una mujer de su tamaño.

Permaneció unos segundos inmóvil y en silencio, prestando atención a cada uno de los sonidos que la noche arrastraba hasta él, tratando de localizar las pisadas de Jaguar. Los grillos desgranaban una sinfonía a la que se añadía de vez en cuando el ulular distante de algún ave nocturna. La ligera y cálida brisa agitaba las ramas y sacudía las hojas con un siseo bajo y monótono. A su derecha un pequeño roedor escarbaba la tierra buscando semillas o gusanos. Pero ni un solo ruido de pasos. Ni un alma a su alrededor.

Finalmente se incorporó, y fue entonces cuando sintió una presencia a su espalda.

«Malditos sean los Dioses», pensó. ¿Cómo narices se las había arreglado Jaguar para sorprenderle sin que él la oyera acercarse?

—Jaguar, yo... —empezó a disculparse, pero cuando se volvió hacia la figura que descansaba apoyada contra el tronco del árbol descubrió que no era la muchacha—. ¿Nada? —se sorprendió al ver a la anciana, en su forma infantil, estudiarle con los ojos entornados y una misteriosa sonrisa en los labios—. ¿Qué haces aquí?

—Bonita noche para un paseo, ¿no te parece? —le saludó ella.

—Supongo —se encogió Suri de hombros. ¿Sabría la mujer lo que se disponía a hacer? Probablemente. Nada debía conocer bien a su nieta, y sin duda habría supuesto lo que pretendía. ¿Habría adivinado también que Suri tenía intención de seguirla?—. No podía dormir —se inventó él, solo por si acaso.

—Parece que no eres el único —respondió Nada acariciando de forma distraída la corteza de la secuoya con las yemas de los dedos—. Mi nieta ha debido pensar lo mismo —añadió avanzando un paso hacia él. La luna menguante arrancó un destello color esmeralda a sus ojos, y Suri creyó ver en ellos una nota de diversión mezclada con la preocupación subyacente.

Por un momento se planteó mentirle, decirle que Jaguar había estado inquieta toda la noche y que finalmente había decidido salir a quemar su nerviosismo con algo de ejercicio, pero ¿qué sentido tendría? Probablemente

la anciana ya habría adivinado lo que le pasaba a su nieta por la cabeza, así que lo más sensato era contarle la verdad.

—Voy a ir tras ella.

—Lo sé —asintió la niña anciana.

—¿No vas a tratar de impedírmelo? —arqueó Suri una ceja.

—¿Por qué debería a hacerlo? Ahora formas parte de la tribu. Eres libre de ir y venir a tu conveniencia. Nadie va a detenerte.

Suri le dedicó a la anciana un último asentimiento y empezó a caminar. Pero antes de adentrarse en la espesura se volvió hacia ella.

—Tú lo sabías, ¿verdad? —afirmó categórico a pesar de la pregunta—. Sabías que saldría en su busca.

Nada asintió. Su mirada era triste, y estaba cargada de resignación.

—¿Y no se lo has impedido?

La niña se encogió de hombros, y sus cejas se elevaron.

—Soy su abuela, no su guardiana. Además, necesita hacerlo. Hay mucha rabia en su interior, casi tanta como culpa. Si no se enfrenta a sus demonios, jamás hallará la paz.

Suri asintió de nuevo. Quería decirle que no se preocupara, que él cuidaría de ella, pero no estaba seguro de poder hacerlo. No en su estado. Por lo que sabía, quizás sería Jaguar quien tuviese que cuidar de él.

Por eso no dijo nada. Se limitó a dar media vuelta y empezó a caminar de nuevo.

—Suricata —le llamó Nada antes de que se perdiera en la oscuridad. Suri se volvió hacia la chiquilla, que había vuelto a apoyarse contra el árbol y estaba acariciándolo de nuevo.

Entonces ocurrió algo extraño.

Su manita se hundió en la corteza como si estuviese hecha de arena, y cuando volvió a sacarla un pedazo de tronco la siguió, emergiendo del árbol como una rama que hubiese brotado de forma espontánea. El brote fluyó entre sus dedos como una criatura viva, estirándose y retorciéndose hasta que una vara pulida de dos dedos de grosor y tan larga que casi doblaba a Nada en altura emergió de la corteza. Nada tiró entonces de ella, y el hueco que dejó en el tronco al ser arrancada quedó de nuevo cubierto por la corteza, que pareció fluir como melaza.

Nada sujetó la vara en posición vertical. Entonces sacó una punta de obsidiana de uno de los bolsillos de su vestido y la acercó al extremo

superior. Con una palabra que el amuleto de su cuello no logró traducir, y que por alguna razón a Suri le recordó al lenguaje de los *lorkin*, la madera se agitó y cambió hasta abrazar la piedra por su parte inferior.

—Necesitarás esto —le dijo entregándole la lanza—. Ahora eres un cazador de la tribu.

Suri la tomó de sus manos y la sopesó. Era ligera y de aspecto delicado, pero cuando trató de doblarla descubrió que era mucho más resistente de lo que parecía. Su superficie era extremadamente suave, como si hubiese sido pulida hasta dejarla como el cristal. La hizo girar entre sus manos, y la punta de obsidiana emitió un destello a la luz de la luna. Pero había algo más. Era una sensación extraña y familiar a la vez, un zumbido sordo parecido al que había percibido la primera vez que había tocado a un *lorkin*.

La vara estaba viva. Y por imposible que pudiese parecer, Suri estaba convencido que poseía algún tipo de inteligencia.

—Pareces sorprendido —sonrió Nada—. ¿Creías que tus amigos verdes eran los únicos capaces de manipular la flora?

Suri parpadeó y miró fijamente a la anciana.

—¿Conoces a los *lorkin*?

—Tu tierra no fue el único lugar al que acudieron en busca de asilo —le explicó ella.

—¿También se establecieron aquí?

Aquello era una sorpresa. Akar no le había mencionado que su pueblo hubiese alcanzado las costas del Continente Salvaje. Nada negó con la cabeza.

—Esta tierra no era buena para ellos —dijo la anciana.

Suri miró a su alrededor, confundido. Los bosques, la vegetación, el aire limpio cargado con los olores de la naturaleza... ¿De qué modo no era esta tierra buena para los *lorkin*? Probablemente este lugar sería lo más parecido a Lork que podrían encontrar en su mundo. Pensó en el pueblo de Akar, malviviendo en una cueva bajo el monte Prometeo. ¿Por qué habrían aceptado establecerse allí habiendo tantos bosques vírgenes en el Continente Salvaje?

—No lo entiendo —sacudió la cabeza.

—Miras, pero no ves —replicó Nada. Entonces dejó escapar un suspiro—. Demasiada magia salvaje —le explicó—. Abrumaba sus sentidos. Pero su

pueblo conoce a la tribu, y aprendió unas cuantas cosas de nosotros, igual que nosotros aprendimos de ellos.

Tenía sentido. Suri conocía la afinidad de los *lorkin* con la magia. Para ellos el poder desatado que había a su alrededor debía ser como encontrarse en una sala abarrotada con un millar de personas gritando a la vez.

Suri quería preguntarle a Nada por los *lorkin*, sobre lo que la tribu había aprendido de ellos y sobre lo que estos les habrían explicado sobre Korro'th y la invasión de su mundo; pero no era el momento. Había perdido ya demasiado tiempo hablando con la anciana, y Jaguar Veloz hacía honor a su nombre. La había visto moverse por la jungla, y sabía que podía dejarle atrás sin problemas. Si no se apresuraba le sería imposible seguirle el rastro.

—Gracias —se despidió alzando el arma.

—No son necesarias. Todo guerrero necesita una lanza. Pero recuerda, una cacería es algo especial. Tiene sus propias reglas. En cualquier momento el cazador puede convertirse en presa. Mantén el viento en tu rostro, y si cambia, adáptate. No lo olvides. Quizás eso te salve la vida. Que tengas suerte.

Suri asintió, se volvió hacia el bosque y salió corriendo en pos de Jaguar.

—La necesitarás —escuchó el eco de su voz resonando entre los árboles.

Seguir el rastro de Jaguar no resultó ser tan sencillo como había supuesto en un principio, especialmente de noche. La chica sabía moverse, y sus pasos ligeros apenas dejaban huellas visibles en el sotobosque. Pero Suri creía saber hacia dónde se dirigía. Las mujeres habían sido atacadas junto al río, y pese a que la corriente discurría paralela a la aldea y que el ataque podía haber tenido lugar en cualquier punto de su curso, al menos tenía un lugar por el que empezar.

En cuanto se hubo alejado lo suficiente sacó de su zurrón una de las plumas que usaba la muchacha para trenzarse el pelo y la sostuvo entre los dedos. Hacía días que la había cogido, aunque todavía no sabía por qué lo había hecho. La había encontrado en la choza, y la muchacha no la había echado en falta.

De seguir teniendo su poder habría trazado un *táumator* de localización sobre la pluma para dar con su propietaria, pero por desgracia esa era una de las muchas cosas que ya no podía hacer. Pero desde que había llegado a la aldea había aprendido unos cuantos trucos nuevos, y se disponía a poner uno de ellos en práctica.

Usando la daga de obsidiana que le había regalado Jaguar —porque según ella un guerrero no podía ir desarmado—, Suri se hizo un pequeño corte en la palma de la mano.

—Joder —siseó ante el punzante dolor—. Creo que nunca me acostumbraré a esto de la automutilación.

Semanas atrás, cuando había empezado a practicar la magia de la tribu, Suri le había comentado a la joven que el ritual de los cortes le parecía una auténtica salvajada, algo propio de un masoquista. A pesar de todo, debía admitir que eso era preferible a desangrar a un pobre desgraciado para acumular poder, como sabía que hacían los hemomantes de Atroreth o Radamantis.

—Eres como un niño —había respondido Jaguar a sus quejas. La joven estaba sentada en el suelo de la cabaña, frente a él—. Protestas por todo, y a todo le pones pegas. Un guerrero acepta el dolor y aprende a vivir con él. Además, esto no se trata de disfrutar de él; se trata de abrazarlo, de ofrecerlo a cambio de poder.

—¿Por qué? —la había cuestionado él—. Hay magia aquí, a nuestro alrededor. Puedo percibirla. ¿Qué necesidad hay de ofrecer algo a cambio cuando puedo simplemente tomarla?

—No entiendes nada —le había dicho ella.

—Pues explícamelo. No haces más que hablar en acertijos, y cuando te pregunto algo me sales con evasivas o me explicas alguna parábola que se supone que tiene que ayudarme a aclarar mis dudas pero que lo único que consigue es confundirme aún más.

—Eso es porque tu cabeza está llena de conocimientos inútiles.

—No son inútiles —protestó él—. Esos conocimientos me han salvado la vida en más ocasiones de las que puedo recordar.

—Quizás —admitió ella—. Pero eso fue en tu tierra. En este lugar las cosas son distintas, y hasta que no lo entiendas no serás capaz de comprender. De realmente ver.

—Lo que yo decía. Acertijos.

Jaguar había sacudido la cabeza, exasperada.

—¿Quieres una respuesta clara? Pues ahí va una: No puedes usar la magia que hay a nuestro alrededor porque es magia corrupta. Maligna.

—La magia no es buena ni mala. Es una fuerza neutral.

—En tu mundo, quizás. Aquí la magia es algo vivo. Tiene conciencia. Y

voluntad.

—Pero eso es imposible.

—¿Lo ves? Demasiadas preconcepciones, demasiados conocimientos —había repetido ella muy seria—. Si de verdad quieres aprender a usar nuestra magia tienes que olvidarte de todo lo que sabes. Y jamás, bajo ninguna circunstancia, trates de usar la que te rodea.

—Pero con toda la que hay a vuestra disposición... ¿Acaso no veis que os estáis limitando a vosotros mismos?

—¡Jamás! —había repetido ella con un gruñido.

Un hilillo de sangre brotó del corte de su mano, y Suri la recogió en su palma como si se tratase de un cuenco. La magia empezó a palpar a su alrededor.

Aquella era una de las diferencias más notables entre la magia de sangre y la taumaturgia. Mientras que para trazar un *táumator* Suri tenía que usar el poder acumulado en su interior o absorber el que le rodeaba, con la magia de sangre eran el dolor y el sacrificio los que alimentaban el hechizo.

Aún no comprendía del todo cómo funcionaba o de dónde procedía esa magia. Él había supuesto que del propio ambiente, pero tras lo que le había explicado Jaguar ya no estaba tan seguro. Tal vez proviniese de algún otro lugar, quizás del mismo del que Alia extraía la suya.

—No debes extraer más poder del necesario —le había advertido Jaguar durante una de sus lecciones—. Tal vez creas que eso no es importante, pero en este lugar la magia no utilizada no regresa a su lugar de origen, sino que pasa a formar parte de la que nos rodea.

Suri pensó en ello. En el tiempo que había pasado en la aldea había descubierto que la tribu apenas utilizaba magia en sus tareas cotidianas. La mayoría de trabajos se realizaban con esfuerzo y sudor, algo impensable en Hefestia. Suri no había entendido el por qué hasta ese momento. Si el precio que debían pagar por usarla era tan alto y las consecuencias de un error de cálculo tan peligrosas, comprendía la reticencia de la tribu a depender de ella.

—Entonces, ¿tu gente no es capaz de acumularla como lo hacemos nosotros?

—Eso es una perversión. La magia no está hecha para ser contenida. Tu gente nos considera bárbaros y se escandaliza con nuestras prácticas, pero

sois vosotros quienes abusáis de ella. Utilizáis vuestra propia energía vital para alimentar vuestros hechizos, y cuando no tenéis suficiente se la robáis a la naturaleza, como si fuese un recurso que podéis explotar a voluntad. ¿Acaso no sabéis que todo tiene un precio?

—¿Me lo dices a mí? —refunfuñó él—. ¿Acaso crees que yo no lo he pagado?

—Y eso debería haberte enseñado la lección. Pero no lo ha hecho. Y ahora estás aquí porque has consumido tu fuerza vital, y esperas que nosotros podamos ayudarte a restaurarla. Pero no entiendes que para eso no nos necesitas. Tu magia regresará a ti a su debido momento, pero eso no significa que mientras tanto no puedas seguir invocándola.

—¿Y cómo se supone que debo hacerlo? Cada vez que intento trazar un *táumator* no consigo completarlo, porque no puedo acceder a mi poder.

—Ese es tu error: creer que el poder es tuyo. No lo es, por eso debes pagar un precio por usarlo. Vosotros ofrecéis parte de vuestro espíritu como moneda de cambio. Nosotros empleamos el dolor y la sangre. Los Ancestros lo sabían, y ese fue el conocimiento que nos transmitieron.

—Pero ¿por qué sangre?

—¿Preferirías mutilarte y ofrecer un pedazo de tu carne? —replicó ella con sorna.

—¡Pues claro que no! —respondió Suri echando un vistazo a su brazo metálico.

¡Qué irónico resultaba aquello!

—Y a pesar de todo, entregáis parte de vuestra alma a cambio de poder.

—Porque el alma, como tú la llamas, se recupera con el tiempo.

—Entonces, ¿qué haces en la aldea? Si de verdad crees que tu espíritu se habría recuperado con el tiempo, ¿por qué has acudido a nosotros?

—Porque se me estaba acabando el tiempo —admitió él—. Ya sabes que se acerca una guerra, y tenía que estar seguro de haberme recuperado antes de que eso ocurriera. Además, mi maestro me habló hace años de vuestra magia, la magia de los espíritus, y creía que si llegaba a dominarla conseguiría volverme más poderoso. Lo necesito para lo que se avecina.

—Eres idiota —le había respondido Jaguar—. No entiendes que todo está relacionado. No puedes pedir ayuda a los espíritus sin ofrecer algo a cambio. ¿Acaso no te lo explicó tu maestro? Es necesario complacerles para suplicar



su ayuda, ya sea para sanar heridas, para invocar la lluvia o para acelerar las cosechas.

—Sangre y dolor —musitó Suri cuando lo comprendió.

—Exacto. Somos la unión de cuerpo, mente y espíritu. La sangre representa el cuerpo, el dolor es la mente, y el espíritu es magia. Uno no puede existir sin los otros dos —le explicó Jaguar. Eso le recordó un poco al funcionamiento de los *táumators*, en los que era necesaria una combinación de movimiento, sonido y voluntad. «Cuerpo, mente y espíritu», pensó Suri—. Aunque no siempre es así —añadió la muchacha para su mayor confusión—. Pero esa es una lección para otro día.

—¿Por qué para otro día?

—Porque todavía no dominas la sangre. Cuando hayas asimilado ese conocimiento estarás listo para dar el siguiente paso en tu camino hacia la verdad.

—Acertijos —gruñó Suri.

Eso le valió otro golpe con el tocón de la lanza, pero la joven estaba sonriendo.

—Esos espíritus, ¿están relacionados con los *tótems* de los que siempre hablaba Lobo Audaz? —le preguntó. Jaguar sonrió.

—Tal vez no seas tan estúpido como creía —asintió ella.

—Háblame de ellos.

—Un *tótem* es la expresión de nuestra alma, lo que nos define como personas. Suelen ser animales que comparten algunas de nuestras características, y de ellos tomamos nuestros nombres. Su forma es la que adoptamos cuando entramos en comunión con el mundo de los espíritus.

—¿También es necesaria la sangre para acceder a su poder?

—No seas tonto. El *Tótem* es tu poder interior, tu alma. Es lo que vosotros, los habitantes de tu tierra, consumís cuando usáis vuestra magia. Nosotros no abusamos de él, sino que pedimos su ayuda cuando la necesitamos.

—Entonces, esos espíritus que nos rodean y a los que ofrecemos nuestra sangre a cambio de poder, ¿son en realidad *tótems*?

—Tus ojos se están abriendo lentamente —asintió Jaguar.

—¿Y siempre es necesario pagar con sangre?

—No, pero siempre requieren un sacrificio. En ocasiones puede ser algo tan sencillo como una canción o una historia. A los *tótems* les encantan las historias. Otras veces se les puede sobornar con alimentos o con reliquias,

objetos cargados de magia o de recuerdos. Todo depende del favor que requieras de ellos.

Suri asintió. Ahora entendía un poco mejor cómo funcionaba la magia de la tribu.

Los *cánticos de sangre* que empleaban las ancianas durante sus sesiones de sanación eran distintos a los que Jaguar usaba cuando curaba sus heridas. Eso le había sorprendido un poco. Al principio los había tomado por letanías como las que utilizaban los *lorkin* en sus hechizos, pero ahora veía que eran algo distinto.

No se trataba de encantamientos, como él había supuesto, sino de ofrendas.

La sangre y el dolor eran solo parte de la moneda de cambio que debían pagar para sanar su alma. Los *tótems* requerían de un pago adicional, y para eso servían los cánticos; para cubrir esa diferencia.

—¿De quién aprendieron tus antepasados los secretos de los espíritus? —le preguntó.

—De los Ancestros.

—¿Y por qué no existe mención sobre ellos en ninguna otra creencia?

Jaguar se encogió de hombros.

—Quizás porque los antiguos que visitaron tu tierra eran distintos a los que visitaron la nuestra. Quién sabe. Tal vez os lo enseñaron, y tu pueblo lo ha olvidado. La memoria del nuestro es tan antigua como las montañas o los ríos.

Suri se había preguntado entonces si lo que había visto cuando había intentado acceder al *Oneiros* aquella primera noche que había pasado en la selva era lo que la tribu llamaba “el mundo de los espíritus”. Era bastante probable, aunque no explicaba por qué en este lugar era tan distinto del que él conocía. De ser así, eso significaría que cada vez que los atrorethianos usaban la magia, en realidad estaban consumiendo las almas de aquellos que habían perecido tiempo atrás. La idea hizo que se estremeciera.

—¿Tienen los espíritus el poder de rehacer la realidad?

—El poder, sí. Pero no la voluntad.

Aquello tenía cada vez más sentido. Si lo estaba entendiendo correctamente, cada vez que Suri había accedido al *Oneiros* para manipular la magia, en realidad había estado obligando a los espíritus a hacerlo por él.

Esa idea le resultó excitante.

Durante años había intentado encontrar una teoría unificadora que explicase

por qué la magia funcionaba de forma diferente en distintos lugares del mundo a pesar de ser la misma; y sin saberlo Jaguar le había proporcionado una respuesta que no solo parecía coherente, sino que encajaba en todo lo que Suri había aprendido a lo largo de su longeva existencia.

Suri dejó de lado sus recuerdos y se concentró en el hechizo que quería trazar.

Depositó la pluma sobre su palma ensangrentada y cerró el puño con fuerza, apretando los dedos contra la herida. El dolor se extendió por todo su brazo, y Suri le dio la bienvenida tal y como le había enseñado Jaguar.

Gotas de sangre resbalaron por entre sus dedos y cayeron al suelo.

Sangre y dolor.

«Espero que sea suficiente», se dijo, «porque no veo ningún *tótem* por aquí».

Entonces se concentró en el dolor de su herida y entonó el *cántico de sangre*.

En ese momento notó como la magia fluía hacia él; débil y escasa, pero magia al fin y al cabo. En realidad tampoco necesitaba mucha para lo que se proponía hacer.

Nunca había intentado algo parecido. Siempre que había empleado la magia de sangre lo había hecho usando alguno de los hechizos que Jaguar le había enseñado. Pero la joven nunca le había explicado como pedirles ayuda a los espíritus para buscar algo, así que usó el poder que había obtenido con su sacrificio para trazar un pequeño *táumator* de rastreo.

Para su sorpresa, funcionó; y aquello pareció confirmarle que sus sospechas eran acertadas. No importaba cómo se utilizase la magia que los *tótems* ofrecían, siempre y cuando se utilizase toda.

El hechizo se activó, y una neblina rojiza empezó a fluir de la palma de su mano hacia el interior del bosque. El rastro lo formaban los remanentes de la magia que Jaguar utilizaba a diario, y que habían acabado impregnando la pluma.

Suri la inspiró con fuerza y cerró los ojos.

En el pasado, aquel habría sido el momento de acceder al *Oneiros* para seguir el rastro de la magia hasta Jaguar, pero allí no se atrevía a hacerlo. En

aquel lugar el mundo de los espíritus era demasiado activo para poder operar en él.

Pero aquella no era la única forma de rastreo que conocía, solo la más sencilla.

Suri sacó de su bolsillo la *baya sabueso* que había cogido de su petate antes de salir de la choza y se la llevó a la boca. Cuando la mordió una explosión dulce inundó su paladar, y en cuanto su zumo se deslizó por su garganta sintió que sus sentidos se agudizaban.

Parpadeó, y la noche se iluminó como si de repente hubiese amanecido. Las copas de los árboles eran ahora perfectamente visibles contra el oscuro cielo, e incluso podía distinguir las siluetas de las aves nocturnas posadas en sus ramas.

Los sonidos del bosque también se intensificaron. El zumbido de los mosquitos era ahora tan agudo que parecía que hubiese un millar de ellos volando a su alrededor, y Suri habría jurado que podía escuchar incluso los silenciosos chasquidos que los murciélagos usaban para orientarse.

Su piel se volvió hipersensible. Sus terminaciones nerviosas captaban las minúsculas diferencias de temperatura provocadas por las suaves corrientes de aire, e incluso percibía en sus poros la humedad del ambiente. Aquello resultó ser una maldición, porque también el dolor del corte se volvió más intenso.

Cientos, quizás miles de aromas, asaltaron sus fosas nasales. La mayoría le resultaron desconocidos, pero no importaba. Solo le interesaba uno de ellos, el que había dejado Jaguar.

Suri se concentró en él y empezó a seguir su rastro.

El aroma discurría por una de las muchas veredas que había en el bosque, pero tras unos minutos se perdía entre los arbustos. Allí había muchas más esencias, por lo que seguir el rastro se volvió más difícil.

La baya tenía un efecto limitado, y tras casi media hora siguiendo su pista la perdió definitivamente cerca del río. Por suerte el terreno allí era fangoso, y no tardó en dar con las pisadas de la muchacha.

Las huellas seguían el cauce en dirección norte, de acuerdo con las estrellas, y le condujeron hasta un meandro en el que la corriente se ensanchaba para formar una pequeña laguna. Junto a su orilla había varios juegos de pisadas de distinto tamaño.

No todas eran humanas.

Aquel debía ser el lugar en el que el oso había atacado a las mujeres.

—Debería haber supuesto que me seguirías —habló una voz en la oscuridad. Suri se volvió hacia ella y vio a Jaguar apoyada contra una de las rocas—. Tendría que haberte atado antes de irme —le dijo—. ¿Cómo me has encontrado?

—Tengo mis métodos —respondió él con una sonrisa torcida.

—Parece que por fin has aprendido algo —se burló ella. Su tono era casi adulator—. Pero sigues siendo tan silencioso como un búfalo. Como una estampida de búfalos.

—¿Me has oído? —preguntó, sorprendido. Y él que creía que se había movido en silencio. De niño había sido uno de los mejores rateros del Imbornal. Había sido capaz de quitarle la faltriquera a un paleta sin que llegase a notar su presencia. Quizás con la edad había perdido esa habilidad. O tal vez los sentidos de Jaguar eran más aguzados que los suyos.

—Habría sido difícil no hacerlo —respondió ella—. No deberías haberme seguido, hidec lorput. Esto no te incumbe. Es un asunto de honor.

Suri frunció el ceño. Aquella no era la primera vez que su amuleto no lograba traducir alguna de las palabras del idioma de la tribu. Ya lo había notado antes, durante sus sesiones de sanación, y cuando le había preguntado a Serpiente por el motivo la anciana le había contado que algunos conceptos de su lengua eran tan complejos que no debían tener correspondencia en el idioma atrorethiano; por eso el medallón no podía traducirlos. Esa era la razón por la que Suri debía aprender la lengua de la tribu, para saber cómo suplicar la ayuda de los espíritus.

Pero aquellas tres palabras no formaban parte de un hechizo, por lo que el mago supuso que Jaguar se las había inventado para poder insultarle sin que él se diera cuenta.

—Pues lo siento, porque ya estoy aquí, y no pienso regresar —se plantó él—. ¿Has encontrado a las mujeres desaparecidas?

—Todavía no —respondió ella con sequedad, claramente irritada—. Deberían estar por aquí. Tenemos que dar con ellas antes de que sea demasiado tarde.

—No quiero parecer negativo, pero dudo que a estas alturas sigan con vida.

Suri se inclinó para inspeccionar las huellas. Un experto en rastreo habría sido capaz de determinar exactamente lo que había ocurrido en aquel lugar. Pero él no lo era, así que solo podía imaginar cómo habían ido las cosas.

Tres juegos de huellas se alejaban de allí y se internaban en el bosque casi en la misma dirección por la que él había llegado. Las otras dos desaparecían en el caos de pisadas que había junto a la orilla.

Pero no había cuerpos.

¿Se los habría llevado el oso?

Sus tripas se revolviéron cuando vio el tamaño de las zarpas. El bicho era monstruoso.

—¿Hay sangre? —le preguntó a Jaguar. De haber podido invocar una esfera de luz no habría dependido de los sentidos de la chica para averiguarlo.

—No la suficiente como para suponer un riesgo para la vida de ninguna de ellas. Al menos una de las dos estaba herida. Pero él no las habría matado para consumir su carne.

¿Él? ¿Se refería al oso?

Eso resultaba extraño.

¿Por qué razón, si no, habría atacado aquella criatura a las mujeres? Suri sabía que los osos eran omnívoros, y que no le hacían ascos a la carne fresca. Pero la ausencia de sangre parecía indicar que no había acabado con ellas; al menos no en aquel lugar.

Quizás se las habrían arreglado para escapar de él a través de la laguna, y en aquel momento estaban escondidas en el bosque, en la orilla opuesta.

—¿Crees que lograron huir?

—Si lo hicieron, él las habrá seguido. Como recordarás, no se rinde tan fácilmente.

Suri asintió y siguió a la muchacha, que ya se había adentrado en las gélidas aguas del río. Cuando sus pies se hundieron en la orilla tuvo que apretar los dientes para evitar que le castañetearan. ¿Cómo podía Jaguar, a quien el agua llegaba ya por la cintura, no notar el frío?

—Si no las atacó para alimentarse, ¿qué quería de ellas? —le preguntó para evitar pensar en el frío que parecía calarle hasta los huesos.

La joven no respondió.

«¿Qué me está ocultando?», se preguntó.

—¡Aquí! —gritó la joven desde la otra orilla—. Más huellas. Parece que se internan en el bosque —dijo antes de echar a correr.

Suri se apresuró a seguirla, pero cuando alcanzó el linde la muchacha ya se había perdido entre los árboles.

—Maldita sea —gruñó, y empezó a correr en su misma dirección sin tener

muy claro qué camino habría tomado.

Cuando creía haberla perdido, escuchó el grito.

Era ella. Estaba seguro.

—Jaguar —la llamó, pero la joven no respondió.

Se apresuró a seguir lo que le pareció que era el sonido de un sollozo.

¿Estaba llorando?

Las copas de los árboles bloqueaban la escasa luz de la luna, por lo que aquella zona del bosque parecía incluso más oscura que la que había dejado atrás.

Finalmente dio con Jaguar. En realidad casi tropezó con ella, porque se había detenido y estaba arrodillada junto a dos bultos informes que descansaban en el sotobosque. No fue hasta que se agachó a su lado que los reconoció como lo que eran: dos cuerpos.

Uno de ellos parecía momificado, apenas un puñado de huesos cubiertos de piel apergaminada, casi curtida. El otro no estaba en mucho mejor estado, pero para su sorpresa seguía respirando.

—¿Qué diablos...? —masculló Suri. Nada había dicho que las desaparecidas eran Pequeño Colibrí y Serpiente Emplumada, pero él conocía a ambas mujeres, y aquellos cuerpos no podían pertenecer a ninguna de las dos.

Jaguar estaba de rodillas, y tenía la cabeza de la anciana apoyada sobre sus muslos. Le estaba acariciando el cabello y cantándole una delicada melodía sin palabras que sonaba como una canción de cuna.

—¿Son ellas?

Jaguar no respondió. No podía. Las lágrimas anegaban sus ojos, y su voz seguía desgranando aquella dulce melodía.

—Parece como si... —empezó. Y de pronto comprendió lo que había ocurrido—. Les han absorbido la magia —masculló.

—El oso ha consumido sus espíritus —le rectificó ella. El pecho de la anciana —de Colibrí; algo le decía que aquella mujer era la misma jovencita que había coqueteado con él— apenas se movía. Su respiración era lenta y trabajosa, e iba acompañada por un desagradable silbido.

— Pero eso significa... —dudó—. ¿Qué edad tenían?

—Serpiente Emplumada tenía doscientas sesenta primaveras. Pequeño Colibrí apenas ciento tres.

Suri parpadeó, perplejo.

Eso explicaba lo que les había ocurrido, algo no muy distinto de lo que le había pasado a él. Si él seguía con vida era solo porque su edad no era tan avanzada como la de las dos mujeres. Probablemente Serpiente Emplumada había fallecido al instante. Pequeño Colibrí había conseguido sobrevivir hasta entonces, pero no debía quedarle mucho tiempo.

Suri recogió unas cuantas ramas secas que encontró por los alrededores y usó su yesca para prender una pequeña hoguera. La noche no era fría, pero aquello le parecía lo más adecuado. Jaguar ni siquiera se inmutó. Estaba demasiado concentrada atendiendo a la mujer, que ahora reposaba entre sus brazos; mesando su cabello de forma distraída mientras le cantaba al oído. Suri se sentó frente a ellas, y gracias a las llamas pudo ver el dolor en el rostro de la muchacha.

—Esta era su canción favorita —susurró cuando las últimas notas de su melodía aún resonaban por el bosque—. No se dormía hasta que se la cantaba. Todas las noches; desde que nació.

Suri pensó en ello, y eso le trajo a la mente una pregunta que se había estado haciendo casi desde que había llegado a la aldea por primera vez, pero que hasta aquel momento no había tenido el valor de hacer.

—Jaguar, ¿qué edad tienes?

La joven le miró fijamente, clavando en él aquellos ojos verdes.

—Doscientos treinta y cuatro —respondió ella como si fuese lo más natural del mundo.

Suri tragó saliva.

¿Era eso posible?

Casi dos siglos y medio, y seguía teniendo la lozanía de una muchacha con una décima parte de esa edad. ¿Qué clase de hechizos de rejuvenecimiento emplearía aquella gente? Incluso los magos más ancianos de Atroreth apenas alcanzaban los doscientos años. ¿Cómo podía la gente de la tribu sobrevivir tanto tiempo sin acusar el peso de su verdadera edad?

Lobo Audaz le había dicho que tenía ciento ochenta y siete cuando se habían conocido. Él había creído que era muy mayor para los estándares de Atroreth, pero ahora estaba seguro que, de no haber muerto cuando lo hizo, probablemente habría alcanzado la edad de Serpiente emplumada. Tal vez incluso fuesen contemporáneos.

Ahora entendía porque Jaguar le insultaba llamándole niño de teta. Para ellos, a sus ochenta y ocho años Suri era apenas un chaval.



Se preguntó qué edad tenía Nada en realidad. Casi le daba miedo pensar en ello.

En su lugar, dijo:

—¿No hay nada que podamos hacer por ella? —Suri pensaba en como las ancianas le habían ayudado a él. Quizás aún estuviesen a tiempo de hacer lo mismo por Colibrí.

—Ya es demasiado tarde —respondió Jaguar con voz temblorosa—. Está muy débil. Su cuerpo no resistiría la tensión de una ceremonia de sangre.

Suri asintió.

Jaguar reanudó su canción de cuna.

La anciana se arrullaba entre sus brazos con una débil sonrisa en los labios.

Dos horas más tarde Pequeño Colibrí exhaló su último aliento.

Suri, que se había quedado traspuesto con la suave melodía y el agradable estupor de la hoguera, se desperezó. Sus articulaciones crujieron en protesta.

—¿Era familia? —le preguntó.

—Toda la tribu lo es —respondió Jaguar—. Todos los niños son nuestros hijos y sobrinos. Todos los adultos son nuestros primos y hermanos. Todos los ancianos son nuestros padres y abuelos. La tribu es sangre.

Jaguar dejó el cuerpo de Colibrí en el suelo con suavidad y se puso en pie. Su rostro parecía haber endurecido. Los nudillos de su mano tenían un tono macilento por la fuerza con la que asía su lanza.

Suri la imitó.

—¿Y ahora? ¿Las llevamos de vuelta a la aldea?

—No —sacudió ella la cabeza con rotundidad. Su rostro era una máscara de frialdad, aunque podía notar su ira bullendo bajo ella—. Ahora vamos a cazar a la bestia.**El traficante de magia**

Alia frunció el ceño, pensativa, tratando de obligar a su mente a recordar, pero era como si una espesa niebla cubriese sus recuerdos. Sabía que los símbolos estaban allí, enterrados en algún lugar de su memoria. Si tan solo pudiese hacer que funcionase como era debido...

—¿Estás segura que es aquí? —interrumpió Deimos sus cavilaciones.

Alia echó un vistazo a su alrededor y asintió en silencio. Estaba bastante segura.

Aquel almacén medio derruido en el centro del Escancio era inconfundible. El problema era que no conseguía recordar con exactitud los símbolos que

había visto emplear a Suri para desbloquear aquella maldita puerta.

Debería haber prestado más atención; pero ¿cómo demonios iba a saber que los necesitaría en el futuro? ¡Si por aquel entonces ni siquiera sabía que era capaz de manipular la magia!

—Podríamos intentar usar un *manifestum* —le propuso Deimos, que esperaba pacientemente apoyado contra una de las paredes. Alia arqueó una ceja. El Génitor suspiró —. Un hechizo revelador —le aclaró.

—No creo que funcione —musitó ella. Pero aun así se hizo a un lado para dejar que el chico comprobara su teoría.

—Toda magia deja un rastro —le explicó Deimos mientras se colocaba frente a la puerta y agitaba los dedos sobre su superficie irregular. Empezó a trazar extraños símbolos que a Alia le resultaron desconocidos. Eso no la sorprendió. Sus profesores habían empezado por enseñarles los ideogramas más comunes, aquellos que más se utilizaban en taumaturgia. Deimos ya le había mencionado que había unos cuantos tan infrecuentes que solamente se empleaban en un par de encantamientos poco conocidos. Quizás los que había utilizado Suri no fuesen tan exóticos, pero desde luego no se encontraban entre los que Alia había conseguido memorizar en el tiempo que llevaba en la Academia—. Si de verdad esto es un *pórtico* y se utiliza a menudo, la madera debería haber quedado impregnada con su magia. El *manifestum* nos permitirá ver el último hechizo que se ha empleado para abrirla.

Deimos terminó de trazar el conjuro, pero no ocurrió nada.

Alia ya se había esperado algo parecido.

Suri le había contado que las entradas al mercado cambiaban cada cierto tiempo para impedir que los Inquisidores pudiesen dar con ellas. Quizás aquella puerta ya no estuviese activa. Y aunque lo estuviera, Alia estaba segura que estaría protegida contra hechizos como aquel. ¿Qué clase de entrada secreta sería si cualquiera pudiese adivinar la combinación para abrirla con algo tan sencillo como un hechizo revelador?

Deimos se dio por vencido y volvió a cruzarse de brazos, apoyado contra la pared.

—No estoy segura de que lo que desbloquea el *pórtico* sea un hechizo. Creo que es más bien una especie de contraseña.

—¡Pues claro! —El muchacho se golpeó la frente con la palma de la mano —. Lo que necesitamos es un *cláudicor*. Lo bueno es que todos los *cláudicor*

usan los cuatro mismos símbolos iniciales, así que ya tenemos la mitad del hechizo. Ahora solo tenemos que adivinar cuales son los otros; los variables.

—Solo recuerdo tres de los otros cinco —le explicó Alia—. Y dos de ellos ni siquiera los he visto en los libros.

—Espera, ¿has dicho cinco? —se sorprendió el muchacho—. Eso no tiene sentido. Los *cláudicor* solo contienen ocho ideogramas.

—Pues este tenía nueve —insistió ella. De eso estaba segura.

—Quizás... —musitó el chico mordiendo el labio inferior.

Entonces tomó de nuevo su lugar frente a la desvencijada puerta y empezó a trazar sobre ella los cuatro primeros ideogramas del *cláudicor*. Luego, siguiendo las instrucciones de Alia, dibujó los tres siguientes.

—El mago al que viste usar el hechizo, ¿sabes si era poderoso? —le preguntó Deimos.

—Mucho más que cualquiera de los que conozco. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque solo hay una razón por la que un *cláudicor* requeriría de un noveno ideograma —le explicó dejando un espacio en blanco y trazando el último símbolo. Alia lo reconoció enseguida.

—*Al leeyah* —susurró.

¿Cómo no había sido capaz de recordarlo antes?

Quizás era porque lo había visto tantas veces durante sus lecciones que había olvidado cuándo lo había hecho por primera vez. Pero ahora estaba segura de que aquel era el noveno.

—Es el símbolo que se emplea para absorber magia ambiental —le explicó Deimos como si ella no lo supiera. Entonces una sonrisa floreció en sus labios—. *Al leeyah* —repitió saboreando la palabra—. No me había dado cuenta hasta ahora. Suena como tu nombre.

Alia sonrió. Lo sabía.

Tenía sentido que aquel fuese el noveno ideograma. Cuando Suri había abierto aquel *pórtico* estaba agotado. Acababa de usar gran parte de su poder luchando contra las criaturas de Toth para salvarlas a ella y a Oria, y cuando habían visitado el mercado todavía no se había recuperado del todo.

—Si ese es el último símbolo, no lo necesitaremos —le explicó Deimos—. Así que ahora solo tenemos que averiguar cuál es el octavo. ¿No recuerdas nada de él?

Alia inclinó la cabeza y estudió el *táumator* incompleto tratando de llenar los huecos. Los trazos brillaban con un destello azulado sobre la oscura

madera. Si pudiese recordar cual era el que faltaba...

—Creo que era algo parecido a esto —dijo agitando un dedo frente a la puerta. Primero trazó la semicircunferencia en forma de U invertida, luego la línea inclinada que la dividía en dos por su extremo superior, y después los tres puntos, que no recordaba exactamente en qué posición iban colocados.

—Se parece a *nar corolis* —musitó Deimos—. O tal vez a *dar huerensis*.

—Soy idiota. Debería haber prestado más atención —masculló Alia, enfadada consigo misma—. Malditos magos con sus estúpidos secretos —añadió pensando en Suri.

—¿Sabes que ahora también tú eres una maga, verdad? —la pinchó Deimos.

Alia se volvió hacia él y le fulminó con la mirada.

—Estás a un paso de que te envíe de vuelta a la Academia, así que no me provoques —le amenazó. El muchacho se limitó a sonreír.

Deimos había insistido en acompañarla cuando le había contado que pretendía visitar el Mercado Fugaz para investigar quién podía haber creado la *sombra de Hades*.

—Estás loca —le había dicho él—. ¿Pretendes enfrentarte tú sola a alguien capaz de crear algo así? Estamos hablando de un mago que domina la animancia; magia negra de la peor clase.

—¿Acaso dudas de mi habilidad para defenderme? —había protestado ella.

—No. Solo de tu cordura.

Por desgracia no le había quedado más remedio que aceptar su ofrecimiento; básicamente porque los Archimagos no le permitían salir de la Academia sin la supervisión de un graduado. Y Deimos, pese a seguir viviendo en la ciudadela, ya no era un aprendiz. Quizás por eso el muchacho no había abandonado aquella sonrisa arrogante en toda la tarde.

—No pongas esa cara —le había dicho a su ceño fruncido cuando se habían adentrado en las poco salubres calles del Escancio—. ¿Acaso habrías preferido la compañía de uno de tus pretendientes?

—Opciones no me habrían faltado —había sonreído ella, sarcástica—. Cualquiera de ellos habría dado su mano derecha por la oportunidad de pasar algo de tiempo conmigo.

—De eso no tengo ninguna duda. Aunque no creo que ninguno de ellos tuviese esto en mente. El Escancio no es precisamente el mejor lugar para una cita romántica

—Tú sigue pinchándome —le había amenazado ella.

Pero ni siquiera sus amenazas habían impedido que Deimos siguiese espoleándola. Ahora casi encontraba entretenidos sus intentos de hacerla enfadar.

—Está bien —dijo el Génitor colocándose de nuevo frente a la puerta—. Probemos primero con *nar corolis*, aunque no creo que el ideograma que representa la afinidad tenga demasiado sentido en un *cláudicor*.

El Génitor completó el *táumator* y abrió la puerta, pero al otro lado solo encontraron el interior del derruido almacén.

—Vale, no desesperes todavía. Aún tenemos que probar con *dar huerensis*.

Deimos repitió la operación, esta vez con el otro ideograma. En cuanto cerró el círculo se escuchó un chasquido parecido al de un pestillo al ser desbloqueado. Alia sonrió. Recordaba ese sonido.

Sin esperar a que Deimos se apartara, Alia abrió la puerta. Esta vez, frente a ella se encontraban el túnel excavado en la roca y las escaleras de piedra pulida que descendían hacia el interior de la tierra.

—Gracias —musitó a regañadientes. Y no por primera vez aquella tarde deseó poder borrarle al muchacho aquella sonrisa autosuficiente de un bofetón.

—A su servicio, Milady —respondió él con una ligera inclinación.

Alia se mordió la lengua para contener la imprecación que había estado a punto de soltarle e invocó una esfera de luz. Aquel era uno de los primeros hechizos que había aprendido, y con él quería demostrarle al Génitor que en realidad no le necesitaba.

Era mentira, pero aquel pensamiento hizo que se sintiera mejor consigo misma.

—¿Estás segura que aquí encontraremos lo que buscamos? —le preguntó mientras se adentraban en la oscuridad.

—Alguien me contó una vez que este era el mejor lugar para conseguir hechizos prohibidos. Si quienquiera que me lanzó la *sombra* la consiguió de un traficante, tuvo que haber sido aquí.

—En el mercado negro —dijo Deimos.

—Mercado Fugaz —le corrigió ella.

—He oído hablar de él, pero nunca antes lo había visitado. ¿Es cierto que ahí puede encontrarse de todo?

—Eso me han dicho. En realidad solo he estado aquí una vez, pero me

sorprendió la cantidad de artefactos e ingredientes que se pueden encontrar.

—Pero no estás segura de que la *sombra* proceda de allí.

—Dame un respiro, ¿vale? Además, por algún sitio hay que empezar. Y puesto que tú no tienes idea de por dónde hacerlo, este lugar es tan bueno como cualquier otro.

—Nunca he visto a nadie usar una maldición como esa. ¿Cómo se supone que voy a saber dónde encontrar a quienquiera que la haya creado?

—Bueno, trabajas para la Inquisición, ¿no? Creía que tendrías acceso a sus registros.

—Ya te he dicho que no trabajo para ellos. Y no es como si los Inquisidores tuviesen un archivo con el nombre de todos los magos oscuros de la ciudad. De ser así, hace tiempo que los habrían arrestado, ¿no crees?

Alia sacudió la cabeza. No estaba tan segura de que las cosas fuesen exactamente así, pero no dijo nada. No creía que Deimos compartiese su creencia de que la Inquisición era una institución obsoleta más preocupada por mantener el control sobre la ciudadanía que por capturar a magos renegados.

La caza de brujas que habían organizado contra Suri, pese a haber sido orquestada por uno de sus miembros con una rencilla personal contra el mago, había tenido como resultado la muerte de un puñado de aprendices y de unos cuantos miembros de la Guardia Blanca. Y para colmo, los muy cínicos habían tenido las santas narices de acusar a Suri de lo ocurrido.

¿Cómo se podía confiar en ellos para hacer su trabajo cuando quienes estaban al mando no eran mucho más honrados que los jefes de las bandas de ladrones y asesinos que dominaban el Sudario o el Imbornal?

Pero aquel no era el momento de obsesionarse con eso. Tenía preocupaciones mucho más urgentes, como averiguar quién quería verla muerta y por qué.

—La *sombra* tiene que proceder de aquí —dijo muy segura.

«Dioses, de verdad espero que proceda de aquí», pensó, «porque de lo contrario no tengo ni idea de dónde buscar a continuación, y dudo que sea capaz de sobrevivir a otro intento de asesinato como ese».

Alia sospechaba quién se encontraba tras la *sombra*. Si Deimos tenía razón, solo cinco personas podían ser las responsables; las únicas cinco con las que había estado en contacto el día del derrumbe. Y era imposible que Bri o Kíjob lo hubieran hecho. Se negaba a creerlo.

Eso significaba que el autor tenía que ser Pernaces o uno de sus lacayos, y no creía que ninguno de ellos poseyera los conocimientos necesarios para crear una magia como aquella.

No. Sin duda habían tenido que conseguirla en el mercado negro.

—¿Y qué piensas hacer si das con el responsable? —le preguntó Deimos.

—Cuando dé con él le obligaré a decirme quién le pagó para maldecirme.

—¿De verdad crees que va a confesar y a traicionar a sus clientes?

Alia se volvió hacia él con gesto circunspecto.

—No me conoces —le dijo—. Quizás creas que sí, pero no sabes nada sobre mí. No sabes de lo que soy capaz. No cometas el mismo error que ha cometido la persona que está intentando acabar conmigo. Pernaces lo hizo, y mira lo que estuvo a punto de ocurrirle. Me tomas por una pobre campesina, una muchacha ignorante que apenas está empezando a descubrir su potencial; pero no te equivoques: esa no soy yo. Me he enfrentado a criaturas que han destripado a Archimagos e Inquisidores, y he sobrevivido. Me he enfrentado a una Primal del Señor de la Guerra, y la mandé al olvido. Media Hefestia me ha visto poner de rodillas al heredero de la Casa Minari, uno de los favoritos del Coliseo. Quizás no conozca tantos hechizos como tú, pero como pudiste ver durante el torneo, no los necesito. Por alguna razón que todavía no comprendo la magia obedece a mi voluntad. ¿De verdad crees que es inteligente enfrentarse a mí?

—Eso suena muy parecido a la soberbia —dijo Deimos arqueando una ceja. Entonces alzó una mano y la dejó descansar sobre su hombro—. No permitas que lo que eres capaz de hacer se te suba a la cabeza, o quizás acabes descubriendo que ni todo el poder del mundo puede protegerte de un cuchillo en la oscuridad.

Alia desenfundó la daga que había recibido como regalo de uno de sus pretendientes, un estilete con la empuñadura decorada con pequeñas piedras preciosas y una afilada y fina hoja de casi un palmo de largo, y la sujetó contra el cuello del muchacho antes de que él se diese cuenta siquiera de que se había movido. Deimos tragó saliva.

—No soy una chiquilla indefensa —le dijo apretando los dientes—. No cometas tú también el error de subestimarme.

Deimos sacudió la cabeza, retrocedió un paso y siguió descendiendo por las escaleras, tomando la delantera.

En realidad Alia estaba asustada, pero no pensaba permitir que el Génitor lo

viera. No mostraría su debilidad ni siquiera ante sus aliados.

Finalmente alcanzaron la entrada del mercado, y ante ellos se abrió la amplia avenida que era el corazón del comercio ilegal de Hefestia.

Multitud de tenderetes y tenduchas se apiñaban a ambos lados de la calle, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Como Suri le había explicado, allí podía encontrarse de todo: hechizos, pociones, ungüentos, hierbas y animales exóticos, armas de todo tipo y tamaño, pergaminos antiguos e incluso instrumentos para la práctica de la magia y la alquimia. Y aquello no era todo. Docenas de tabernas y prostíbulos se alineaban a lo largo de sus calles y callejas, ofreciendo a sus clientes lo que no podían conseguir en la ciudad.

Todo lo que había allí estaba a la venta.

Todo tenía un precio, si podías pagarlo.

Deimos dejó escapar un gemido lastimero cuando vio los tenderetes, un quejido que sonó muy parecido al de un perro frente a un plato de jamón asado. Alia reprimió una sonrisa y siguió al muchacho, que parecía estudiarlo todo con mirada ansiosa y los ojos muy abiertos.

Lo entendía. Algo parecido le había ocurrido a ella la primera vez que había visitado aquel lugar. Pero en esta ocasión su atención no estaba puesta en las paradas, sino en lo que les rodeaba. Todavía recordaba las advertencias de Suri.

«No todo el mundo que visita el mercado es inofensivo», le había dicho. «Como todo mercado negro, este también atrae a individuos poco recomendables».

Alia sabía que en aquel lugar había gente peligrosa. Ya había tenido un encontronazo con uno de ellos, el infame Rey de las Ratas, y no quería volver a cruzarse con él ni con alguno de sus secuaces.

Pensar en el mago hizo que la embargara una punzada de nostalgia. Le echaba de menos. Echaba de menos su irritante altanería, sus comentarios mordaces, su... todo.

«No», se dijo. «Suri no está. Se marchó. Te abandonó. Tienes que dejar de pensar en él. Ahora solo dependes de ti misma».

—Esto es increíble —balbució Deimos lanzándose sobre la mercancía de un tenderete como un niño frente a un plato de galletas—. Un mezclador de *prioxis* —dijo tomando un extraño objeto entre las manos con una reverencia casi religiosa—. ¡Un tamizador *evariano*! —añadió olvidándose del primer



chisme y tomando otro a continuación, una especie de amalgama de esferas de cristal unidas por varios tubos de distinto tamaño y grosor—. ¿Sabes el tiempo que llevo buscando uno de estos? Pero en Hefestia no se fabrican, hay que importarlos de Bezantia, y los aranceles son prohibitivos. ¿Cómo pueden tenerlos aquí? ¡Y a este precio!

El vendedor, un hombretón de tez oscura y brazos de estibador, soltó un quejido al ver al Génitor manipular el objeto con tan poco cuidado, aunque su sonrisa no desapareció de sus labios. No le gustaba como el muchacho trataba su mercancía, pero no pensaba permitir que eso le hiciese perder una posible venta.

—Cuidado —le advirtió Alia—. Si lo rompes, lo pagas.

Deimos asintió de forma distraída mientras seguía estudiando la mercancía. Alia le dedicó al vendedor una mirada de disculpa. El hombre sonrió de nuevo, esta vez de forma abierta y cordial. Alia se dijo que aquel momento era tan bueno como cualquier otro para empezar a indagar.

—Estoy buscando un hechizo —le dijo al vendedor. El hombre asintió y esperó a que elaborara—. En realidad se trata de una maldición.

La expresión del tipo cambió a una de cautela.

—Señorita, yo no trabajo con magia negra —le dijo él con aire casi ofendido—. Si desea comprar un *secasemillas* o un *gálvator*, soy su hombre, pero yo no comercio con esa clase de magia.

—Entiendo —asintió Alia. Entonces tomó el tamizador que Deimos había estado mirando y jugueteó con él entre las manos. El vendedor frunció el ceño—. Y si quisiera conseguir una, ¿dónde debería buscarla? —le preguntó. Los ojos del tipo pasaron del tamizador a Alia de forma alternativa. Estaba claro que no sabía lo que la muchacha se proponía hacer, y que no estaba del todo seguro de que su visita no acabaría resultando en pérdidas para él—. ¿Cuánto por el tamizador y una respuesta?

Los labios del tipo se curvaron en una sonrisa avariciosa.

—Cinco merlines —respondió él.

El precio era abusivo, y Alia lo sabía, pero necesitaba respuestas.

Para sorpresa del comerciante, la joven sacó de su bolsillo uno de los artefactos que había recibido como regalo de uno de sus pretendientes. Bretanius le había explicado que se trataba de una *araña arcoíris*, un objeto que las damas de sociedad usaban para convertir la seda común en el tan

preciado satín iridiscente. Los ojos del vendedor brillaron con una mezcla de incredulidad y anhelo.

—¿Cuánto a cambio de la *araña*? —le preguntó.

—Milady, si de verdad queréis deshaceros de ese amuleto os ofrezco el tamizador, la respuesta que estáis buscando, y puedo añadir el mezclador que tanto parece haber llamado la atención de vuestro compañero —sonrió. A Alia no se le escapó que el hombre la trataba ahora con mucha más deferencia que antes. Seguramente creía que pertenecía a una de las Casas.

—Trato hecho.

Alia extendió una mano y le ofreció el amuleto. El tipo lo tomó con una sonrisa, se lo guardó en el interior de su gabán y empezó a empaquetar sus compras.

—No hay muchos vendedores que comercien con magia negra —le explicó sin mirarla a los ojos; como si en realidad no estuviese hablando con ella, sino pensando en voz alta—. No sabría decir quién puede venderos una maldición, pero sé a quién podéis preguntarle. Se hace llamar Arindol, y es conocido por traficar con magia prohibida. Si él no os la puede conseguir, sin duda sabrá quién puede hacerlo.

Arindol. El nombre le resultaba familiar, pero no conseguía ubicarlo.

—¿Sabe dónde puedo encontrarle?

—No tiene un puesto en el mercado, pero suele moverse por un par de tabernas de la zona. Podéis probar en el Caldero Azul o en la posada de Madame Zora —le dijo el hombre antes de entregarle una bolsa de tela con los objetos que acababa de envolver para ella. Alia le dio las gracias y caminó hasta Deimos, que en aquel momento estaba curioseando la mercancía de otro tenderete.

—Toma —le dijo al muchacho ofreciéndole la bolsa. Deimos la abrió, y cuando descubrió lo que había en su interior sus ojos se iluminaron como *candelas*.

—¿Por qué? —le preguntó él con cierta desconfianza.

—Por lo general cuando alguien te hace un regalo se suele dar las gracias, no preguntar el motivo —le echó ella en cara.

—Gracias. Pero ¿por qué? —insistió él. Alia se encogió de hombros.

—Era el precio por obtener respuestas.

Tardaron casi media hora en dar con el Caldero Azul. El lugar tenía un aspecto poco recomendable. Se encontraba en uno de los callejones menos

transitados del Mercado, y parecía sostenerse en pie por pura fuerza de voluntad. Alia se dirigió hacia la entrada. Deimos no dijo nada. Se limitó a seguirla sin protestar, pero por su expresión estaba claro que aquel lugar le gustaba tan poco como a ella.

No había demasiados clientes. Quizás fuese por la hora, o tal vez por la naturaleza del local. Alia se encaminó hacia el mostrador, donde una tabernera delgada como un palo y con cara de haber asesinado a sus últimos tres maridos les dio una poco cálida bienvenida. Alia ignoró sus modales y pidió un vaso de Skurl. Deimos pidió un zumo de bayas, y cuando la mujer le respondió con una ceja arqueada el muchacho se azoró y se conformó con otro vaso del mismo apestoso licor que había pedido ella.

—Estoy buscando a un amigo —le dijo Alia a la mujer cuando les hubo servido. Ella no respondió, pero tampoco le dio la espalda—. Se hace llamar Arindol.

La tabernera dejó escapar un bufido e hizo rodar los ojos en sus cuencas.

—Espero que de verdad no sea amigo vuestro —dijo con una voz tan masculina que podría haber pertenecido a un leñador—. Una señorita como usted no debería relacionarse con gente de esa calaña.

—Me temo que la necesidad obliga. Tengo entendido que suele venir por aquí.

La mujer miró los dos vasos de Skurl aún sin tocar. Alia entendió enseguida lo que quería. Sacó un merlín de su bolsa y lo puso sobre el mostrador. Con aquello se podrían comprar diez botellas de aquella bazofia. La mujer sonrió.

—Hace dos semanas que no viene por aquí —le explicó la tabernera guardándose la moneda entre los pechos—. Tengo entendido que el Rey le ha prohibido comerciar en el Mercado.

Alia apretó los dientes. Sin aquella pista volverían a encontrarse en un punto muerto.

—¿Por casualidad no conocerá a nadie que ofrezca los mismos servicios que mi amigo? Necesito conseguir algo con urgencia, y contaba con poder hacer tratos con él.

La mujer barrió la sala con la mirada antes de inclinarse sobre la barra.

—Una jovencita como vos no debería preguntar esas cosas —dijo la mujer.

—¿Por qué no dejáis que sea yo quien decida eso? —respondió Alia—. ¿Tenéis un nombre para mí o no?

—Si estáis buscando lo que creo que estáis buscando, solo hay una persona

en el mercado que pueda ayudaros. Pero os recomiendo que busquéis en cualquier otro lugar. Esa persona es muy peligrosa, y hacer tratos con ella puede resultar nocivo para vuestra salud.

Alia se estaba cansando de tanto secretismo. Si la mujer la consideraba una muchachita indefensa, quizás debería mostrarle lo equivocada que estaba.

Puso una mano sobre el mostrador y accedió a la corriente de magia que había en su interior. Entonces deseó que la resistencia de la madera cambiase, y la superficie de la barra onduló como la de un estanque. Los dos vasos de Skurl fueron engullidos, atravesaron la dura superficie y se precipitaron al vacío por el otro lado. La vajilla crujió al estallar contra el suelo. La mujer retrocedió un paso, perpleja y con el miedo asomando a sus ojos. Alia se limitó a sonreír.

—¿Me vais a dar un nombre?

—Perníobe —balbuceó la tabernera con voz temblorosa—. La persona a la que buscáis es Perníobe, la bruja del Rey.

## Rumores

El rugido de la criatura hizo que Triano se encogiera un poco, aunque hizo todo lo posible por ocultarlo. No quería que pareciera que estaba asustado. Tarnika, sin embargo, permanecía erguida en una pose desafiante, con las piernas ligeramente separadas y los puños apoyados en las caderas. Era una visión impresionante y a la vez algo turbadora.

Ahora que se había quitado el vestido y el maquillaje, la muchacha volvía a estar desnuda, y Triano no sabía hacia dónde mirar, especialmente con su padre bramando con aquella voz que le hacía rechinar los dientes.

Era curioso. Ver desnudas a las cinco jóvenes que habían participado en el ritual de sanación no le había afectado en lo más mínimo, pero ver a Tarnika sin ropa hacía que se arrebolara. Afortunadamente los gritos de Akar alejaron ese pensamiento de su cabeza.

—¡No pienso permitirlo! —retronó la voz del gigante dentro de los confines de la pequeña cabaña—. Ya he estado a punto de perderte una vez. ¿Crees que pienso quedarme sentado y ver cómo te sacrificas de nuevo para ayudar a los humanos?

—Estás ciego, padre. Ellos no son los únicos que están en peligro. ¿Acaso crees que cuando Korro'th llegue a este mundo nos permitirá seguir existiendo? ¿Que se olvidará de nosotros? A veces creo que eres tan ingenuo como un brote.

Tarnika le había explicado al anciano —porque algo le decía que aquella criatura era mucho más longeva de lo que su aspecto insinuaba— lo que habían descubierto; los planes del Señor de la Guerra para deshacerse de los miembros más poderosos de las Casas y la existencia de traidores en el seno de la Inquisición; pero Akar solo parecía preocupado por la seguridad de su hija. Eso no le sorprendió. Es más, consiguió hacerle sentir un poco celoso. ¡Qué no habría dado él porque su padre hubiese reaccionado de la misma forma cuando le había dicho que pretendía unirse a la Brigada!

Lord Erístide se había limitado a mirar a su hijo con indiferencia. Ni tan solo había expresado preocupación por su bienestar. Lo único que le molestaba era que estuviese contraviniendo su voluntad de ingresar en el clero.

Concebido por accidente casi siete años después del nacimiento del tercero de los descendientes de la Casa Erístide, Triano había resultado ser una decepción para su padre en todos los sentidos. Incluso llegó a decirle que habría preferido que hubiese sido una niña; al menos así podría haberla casado con el heredero de una de las otras Casas.

—Ingenuo o no, tu lugar no está entre los humanos —se plantó Akar—. Si llegasen a descubrirte...

—No lo harán. La magia del maestro me protegerá —respondió Tarnika mostrándole un amuleto de piedra que había sacado del arcón que reposaba junto a una de las paredes.

—¿Eso es una *piedra de Karras*? —preguntó Triano, y enseguida se arrepintió de haberlo hecho, porque la mirada de Akar cayó sobre él como una venganza.

—Pequeña, acabamos de limpiar tu cuerpo de los efectos de un *hidrófago* —intervino la anciana, que hasta entonces había permanecido ajena a la discusión—. Tardarás unos días en estar recuperada del todo. Mientras tanto, no es conveniente que hagas esfuerzos.

—No tengo intención de regresar a la fortaleza, si eso es lo que os preocupa —replicó Tarnika—. Pero Triano y la capitana necesitan mi ayuda. Ninguno de ellos puede detectar la magia de sangre, y eso es lo que están empleando los traidores para acabar con los magos.

—Señor, sé que no me conoce —se atrevió a hablar Triano—, y que posiblemente no confíe del todo en mí, pero le prometo que haré lo posible por mantener a Tarnika a salvo.

Akar volvió a clavar de nuevo aquellos desconcertantes ojos rojos en él, y Triano sintió como si alguien hubiese caminado sobre su tumba.

—¿Protegerla? —escupió el gigante—. ¿Igual que lo has hecho en la fortaleza?

Triano sintió que le subían los colores y apartó la mirada.

Tenía razón.

Tarnika podría haber muerto, y él no habría podido hacer nada por impedirlo.

¿Cómo pretendía mantenerla a salvo cuando ni siquiera sabía por dónde llegaría el siguiente ataque?

—Estás siendo injusto, padre —saltó ella en su defensa—. He sido yo quien ha insistido en entrar sola en la celda. La culpa de lo ocurrido es solo mía.

—No vas a marcharte, y no hay más que discutir. Necesitas descansar. Si es necesario montaré guardia frente a tu puerta para asegurarme de que no abandonas la aldea.

Tarnika dejó escapar un grito indignado y le dio la espalda a su padre, lista para marcharse. Pero cuando avanzó un paso en dirección a la puerta un puñado de lianas brotó del cuerpo de Akar y se enredó en torno a ella, inmovilizándola.

—Si es necesario te mantendré amordazada hasta que entres en razón —dijo el *lorkin* con severidad. Entonces se volvió hacia Triano—. Joven, agradezco lo que has hecho por mi hija, y te prometo que cuando lo necesites uno de los míos acudirá en tu ayuda. Pero no puedo permitir que Tarnika vuelva a ponerse en peligro; al menos no hasta que se haya recuperado.

Triano miró a la muchacha, que se retorció como una posesa tratando de liberarse del agarre de su padre. Habría preferido poder contar con ella para lo que se disponía a hacer. No era peligroso, pero la simple idea de tener que visitar a su abuela él solo hacía que las tripas se le anudaran.

Pero Akar estaba en lo cierto. Tarnika aún estaba débil. Pese a que se la veía recuperada seguía envolviéndola un halo de fragilidad que antes no tenía, y Triano no se lo habría perdonado si algo le ocurriese.

—Por favor, Tarnika —dijo acercándose a la muchacha—. Tu padre tiene razón. Necesitas estar en condiciones para cuando llegue el momento de actuar. Entre tanto, yo puedo encargarme de lo que hay que hacer.

La joven le miró con los ojos entrecerrados. Estaba claro que la idea no le entusiasmaba, pero al menos había dejado de resistirse. Triano le devolvió la mirada, tratando de transmitirle con ella sus disculpas y su preocupación. Finalmente se desinfló, y la expresión de completa derrota que distorsionó su rostro hizo que a Triano se le encogiese un poquito el alma.

—Al menos llévate esto —le pidió. Una de sus manos se abrió paso entre las lianas. En ella sostenía la *piedra de Karras*—. Me quedaré más tranquila sabiendo que estás protegido.

El *portal de paso* le condujo directamente frente a las puertas de la mansión de los Camerelis. Triano había pensado en pasar antes por el cuartel de la Brigada, pero ya eran las cinco de la tarde, y sabía que su abuela estaría en aquellos momentos tomando el té; el momento perfecto para una visita social.

Además la capitana ya estaba al corriente de todo, así que no le urgía hablar con ella.

La anciana Lady Camerelis seguía viviendo en la que había sido durante siglos la mansión familiar, aunque ahora el Jerarca de la Casa era su hijo Étrigan, el tío de Triano.

El muchacho no tenía demasiada relación con ellos. En realidad no había vuelto a ver a su abuela desde que había decidido unirse a la Brigada, aunque gran parte de la culpa la tenía ella. Lady Camerelis era una mujer estirada de ideas rígidas, y era la que más había presionado a su padre para que le obligara a tomar los hábitos y convertirse en uno de los sacerdotes del Templo de los Dioses. Al fin y al cabo eso era lo que se esperaba del hijo menor de cualquier Casa que se preciase de llevar ese nombre.

Pero Triano se había negado a seguir el camino que su padre y su abuela habían trazado para él, y eso le había valido no pocos dolores de cabeza.

El viejo había amenazado con desheredarle, y pronto las invitaciones a los eventos familiares dejaron de llegarle. No es que le preocupase demasiado; Triano ni siquiera se llevaba bien con sus primos, demasiado arrogantes para su gusto, y odiaba la costumbre de sus hermanos de mirarle siempre por encima del hombro. Como si por sus venas no corriese la misma sangre.

Pero ahora necesitaba su ayuda.

Lady Siona Camerelis, nacida Minari, era toda una institución entre las Casas.

Era una mujer respetada, de carácter fuerte y opiniones bien fundadas. Algunos decían que más incluso que las de su marido, el difunto Lord Omerio Camerelis. Las malas lenguas aseguraban que había sido ella quien había regido el destino de la familia, que en realidad Omerio había sido un calzonazos, y que la sangre Minari que corría por sus venas era demasiado impetuosa para ser contenida. Y al parecer eso no había cambiado con la muerte de su esposo, porque esos rumores aún seguían circulando, solo que ahora eran sobre su hijo Étrigan, el actual Jerarca, al que algunos llamaban “niño de mamá” por lo mucho que dependía de los consejos de la anciana.

Había incluso quien aseguraba que, de haber nacido varón, Lady Siona habría convertido a los Minari en la familia más poderosa de Atroreth. Al fin y al cabo sus conocimientos y observaciones habían sido las que habían salvado a los Camerelis de convertirse en una Casa en decadencia. Y pese a que la suya seguía siendo una de las familias menores, la deferencia con la



que eran tratados sus miembros los ponía a la par con Casas tan poderosas como los Minari, los Ostrohod o los Coriander. Las mujeres de algunas de esas familias, incluso, acudían a ella en busca de consejo cuando querían organizar una unión entre dos Casas, y no había fiesta en la capital a la que no fuese invitada. Quizás por eso era una de las personas mejor informadas de Hefestia en lo que al Juego se refería. Tenía tanta influencia que incluso su propio hermano Ártemus, el recientemente depuesto Inquisidor Supremo, valoraba sus opiniones.

Pero Triano la conocía bien, y sabía que bajo la fachada de dama respetable se escondía una auténtica arpía. Su abuela era de esa clase de personas que cuando no conseguía salirse con la suya hacía lo imposible para que alguien pagara por ello de una forma u otra. No estaba seguro, pero algo le decía que la amenaza de desheredarle había sido cosa de la vieja.

Pero por mucho que le doliera, la necesitaba. Necesitaba de sus conocimientos para arrojar algo de luz sobre todas aquellas muertes.

Si había algo en común entre las víctimas, algo que a ellos se les hubiese pasado por alto, sin duda Lady Camerelis sabría verlo.

—¿Piensas llamar al timbre o vas a quedarte ahí plantado toda la tarde mirando la puerta? —le sorprendió una voz a su derecha.

Triano se volvió hacia ella.

Una mujer delgada, de estatura media, con los ojos verdes y una sonrisa traviesa en los labios, estaba plantada junto a él en la acera. Su mente tardó unos segundos en reconocerla, o al menos en reconocer el *glamour* que vestía, porque no estaba acostumbrado a verla con aquel tono de piel.

—¡Tarnika! —exclamó— ¿Qué diablos haces aquí? ¿Cómo me has encontrado?

Ella se inclinó y, acercándose a él, le susurró con delicadeza al oído—: Magia.

Su cálido aliento contra su piel le hizo estremecer.

Tarnika se apartó un poco y le estudió con los ojos entrecerrados y una ceja arqueada.

—¿De verdad creías que iba a hacerle caso a mi padre? —dijo. En su voz había un tono desafiante—. Hace cuatro años me expulsó de la aldea y me obligó a ir a vivir con el maestro. Si de verdad cree que después de eso voy a seguir sus órdenes como un brote obediente es que no me conoce.

—Parece que no te llevas demasiado bien con él —apostó Triano. Ella

apretó los labios.

—Mi padre es un cobarde. Lo único que sabe hacer es esconder la cabeza bajo tierra, como esas enormes aves que tenéis en vuestro mundo. Lo hizo cuando mi madre murió a manos de uno de los vuestros, y lo hace ahora, cuando los planes del Señor de la Guerra nos amenazan a todos. —En su voz había rabia mal contenida, y una ligera nota de desprecio—. Hace tiempo que conoce la amenaza que Korro'th supone para este mundo, pero ¿crees que ha hecho algo para prepararnos para su llegada? Sí, si le preguntas te dirá que la culpa es vuestra; de los humanos. Te dirá que ha tratado de advertiros en varias ocasiones, pero que vosotros os negáis a escuchar. Y no diré que no tenga parte de razón. Los tuyos son bastante estrechos de mente, y desconfían de mi pueblo por principios. Pero en lugar de permitir que mi gente se prepare para lo que se avecina, prefiere mantenernos dóciles y acobardados. Apostaría mis gineceos a que ya tiene preparada una ruta de huida para cuando comience la invasión.

Aquella era la primera vez que Tarnika le hablaba de su padre. Triano no había esperado que la muchacha tuviese tantos problemas con su familia, aunque al parecer ambos tenían eso en común. Pero no era ese el detalle que más había llamado su atención.

—¿Qué le ocurrió a tu madre? —se interesó. Tarnika agachó la cabeza, y sus ojos barrieron el suelo bajo sus pies.

—Uno de vuestros magos, un Inquisidor, acabó con su vida. Era una gran guerrera, ¿lo sabías? Del clan de los Kimora. Durante la invasión de Lork luchó con la resistencia, y habría seguido haciéndolo de no haberle hecho caso a mi padre cuando decidió que lo más seguro para mi pueblo era huir y esconderse en tu mundo. Le prometió que aquí estaríamos a salvo. Y cuando no pudo cumplir su promesa, en lugar de buscar venganza contra su asesino, que era lo que el honor le exigía, optó por no hacer nada.

—Así que decidiste hacerlo tú —comprendió Triano de repente. Tarnika asintió.

—No te negaré que quizás en aquel momento me dejé llevar por el dolor y por el odio que sentía no solo hacia ese humano en particular, sino hacia todos vosotros. Cometí una estupidez, y alguien más pagó por ello. —Tarnika suspiró. El *glamur* no alteraba su aspecto, solo lo humanizaba, por lo que transmitía a la perfección sus emociones; y el dolor y el arrepentimiento eran fácilmente reconocibles en su rostro—. Como castigo, mi padre me desterró.

Pretendía enviarme a Isla Conejo, pero el maestro intercedió en mi favor y decidió acogerme como pupila. Mi padre aceptó, porque creía que eso me ayudaría a entender mejor a los humanos.

—Me alegro de que lo hiciera —dijo Triano. Tarnika le apuñaló con la mirada—. Quiero decir que me alegra que no te enviara a Isla Conejo —se corrigió.

La muchacha sonrió, una de aquellas sonrisas coquetas que parecían tan naturales en Lora Qin, y Triano sintió que las mejillas le ardían. La verdad era que no parecía estar recuperándose de un ataque que casi le había costado la vida, aunque quizás eso se debiera a que el *glamour* también mejoraba su aspecto.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó. Ella se encogió de hombros.

—Estaré bien mientras me mantenga hidratada. El aquelarre ha conseguido detener la maldición, y el agua de vida me ha devuelto las fuerzas. Pero pasarán un par de días antes de que esté en forma para luchar.

—Bueno, hoy no vas a necesitarlo —la tranquilizó él. Y cuando recordó lo que se disponía a hacer su rostro se distorsionó en una mueca de desagrado.

—Parece que tampoco tú te llevas demasiado bien con tu familia —sonrió ella.

—Recuérdame que un día de estos te explique por qué —respondió él antes de volverse hacia la puerta y llamar al timbre.

El mayordomo le reconoció enseguida, y cuando Triano le dijo que quería ver a su abuela el hombre les acompañó hasta la biblioteca.

Lady Siona Camerelis estaba sentada en su butaca favorita junto al enorme ventanal por el que se colaba la mortecina luz del atardecer. En una mesa junto a ella había un juego de té de porcelana. La anciana les escrutó con la mirada cuando el mayordomo anunció su presencia, y sus labios esbozaron una sonrisa apática y carente de humor.

—Triano —dijo con aquella voz suya que pretendía transmitir calidez pero que al muchacho siempre le había sonado moralizante—. Qué sorpresa tan... inesperada.

La pausa que dejó entre las dos últimas palabras insinuaba que aquello no era lo primero que le había pasado por la cabeza.

—Abuela —la saludó él acercándose a ella para besarla en la mejilla. La mujer ni siquiera se movió de su butaca—. Me alegra verte.

—Si te alegraras no habrías esperado un año para hacerlo —replicó la

anciana. Entonces sus ojos estudiaron a Tarnika con curiosidad—. ¿Quién es tu acompañante?

—Abuela, esta es mi amiga Lora Qin. La señorita Qin trabaja para la Voz de Hefestia —le explicó Triano recordando la tapadera que había estado usando la joven.

—¿Periodista? —Los labios de Lady Camerelis se curvaron en una mueca que no consiguió ocultar del todo su disgusto—. Hijo, sabes lo que opino de la prensa.

“Sí, que no está tan bien informada como tú”, pensó Triano, pero en su lugar dijo—: Abuela, Lora solo es una amiga. No está aquí por trabajo.

—Una amiga —musitó la mujer como si la palabra le hubiese dejado mal sabor de boca—. Entiendo —asintió lentamente—. ¿Y a qué debo el placer de tu visita?

—¿Acaso necesito una razón para visitar a mi abuela?

La anciana arqueó una ceja.

Triano suspiró.

Estaba claro que le conocía demasiado bien para tragarse sus patrañas.

—Necesito tu ayuda —confesó finalmente, desinflándose. Por alguna razón, cada vez que se encontraba en su presencia Triano volvía a sentirse como un niño pequeño. No importaba que tuviese veintiocho años, o que se hubiese enfrentado a criaturas que harían temblar al soldado más curtido. Su abuela hacía que todas sus inseguridades se manifestasen a la vez con una sola mirada.

Lady Camerelis no respondió, pero les indicó con una mano que tomaran asiento. Entonces llamó al mayordomo y le pidió que trajera dos tazas más.

Durante los primeros minutos Triano no se atrevió a hablar. La anciana tomaba pequeños sorbos de su taza mientras les estudiaba a ambos con los ojos entornados. Tarnika se removía incómoda en su asiento.

—¿Y bien? ¿Qué necesitas de mí? —preguntó al fin. Típico de ella. Directa al grano.

—Supongo que ya te habrás enterado de la muerte de Yafar Jamilo —empezó Triano. Ese era el nombre que les había dado Tarnika la semana anterior cuando se habían reunido con Bonaserra en la taberna, el de la octava víctima. Lady Camerelis asintió, aunque su rostro no dejó entrever emoción alguna—. La Brigada ha descubierto que su muerte, igual que otras tantas que han tenido lugar en los últimos meses, no fue accidental.

Aquello hizo que la máscara de imperturbabilidad de la anciana fluctuara.

—¿De veras? —preguntó como si aquello no la hubiese afectado en lo más mínimo. Pero Triano la conocía. Casi podía ver los engranajes de su cabeza trabajando tras aquella mirada aparentemente indiferente.

—En realidad sospechamos que varios miembros de las Casas han sido asesinados, pero no conseguimos encontrar un patrón en las víctimas —le explicó a continuación—. Nada que las relacione, aparte del hecho de tratarse de magos poderosos.

—¿De qué magos estamos hablando?

Triano le dio los nombres, y la mujer pareció sumirse en una especie de trance, con los ojos cerrados y las manos apoyadas sobre sus muslos.

—Interesante —dijo al fin—. Eso explica muchas cosas.

Triano notó que los músculos de su espalda se tensaban.

¿Qué sabía su abuela que a ellos se les hubiese pasado por alto?

Sin duda, fuera lo que fuese tenía que estar relacionado con el Juego, o de lo contrario no habría despertado su interés. Había pocas cosas que atrajesen tanto a Lady Camerelis como las intrigas de las Casas.

—¿Crees que sus muertes pueden estar relacionadas con el Juego? —le preguntó.

—¿Acaso ocurre algo en Hefestia que no lo esté? —dijo ella. Pero no añadió nada más. Triano sabía cuánto le gustaba hacerse de rogar, especialmente cuando sabía algo que los demás ignoraban.

—Abuela, por favor —le suplicó—. Hay vidas en peligro. Cualquier cosa que puedas contarnos puede ayudarnos a salvar a la próxima víctima.

—Por supuesto —asintió la mujer. Pero en lugar de seguir hablando clavó de nuevo sus ojos en Tarnika.

—Si teme que vaya a hacer público lo que nos cuente hoy aquí, puede estar tranquila —dijo la muchacha—. No busco una historia; solo estoy ayudando en la investigación.

—Y por qué estaría una reportera más interesada en resolver un caso que en informar sobre él —la azuzó la anciana. Triano y ella intercambiaron una mirada, pero a ninguno de los dos se les ocurría una respuesta convincente—. Ah, entiendo —asintió Lady Camerelis. Triano ignoraba qué había visto su abuela, pero al parecer había sido suficiente para soltarle la lengua—. Veamos. ¿Por dónde empiezo? Ah, sí. Los Jerarcas. Lord Orzam parece el caso más evidente. Supongo que ya sabéis que Séleman falleció antes de

poder cambiar su testamento. Todo el mundo sabe que el viejo prefería a su segundo hijo como sucesor, pero su repentina muerte ha dejado la Casa en manos de su primogénito, Pelario; un muchacho estúpido más preocupado por encamarse que por controlar los intereses de la familia—. La anciana tomó un parsimonioso sorbo de su taza antes de continuar. Tarnika la imitó—. Luego está Ashur Berudia. Otro Jerarca. Su muerte no sorprendió a nadie. El bueno de Ashur no sabía decirle que no a un buen plato de comida. Sus sanadores ya le habían advertido del peligro que corría su salud, pero él se creía inmortal. El control de su Casa ha quedado en este caso en manos de su primogénito Mirano. Y por último tenemos al Archimago Pizcazu. Un asunto muy feo. Ya suponía yo que Galaria no tenía nada que ver con su muerte. Esa historia sobre el crimen pasional no tiene sentido para cualquiera que los conozca. Etivio besaba el suelo que pisaba su esposa, y Galaria no tiene los arrojos necesarios para hacer algo así. Ni siquiera se atreve a alzar la voz cuando está contrariada. Suponer que puede haber apuñalado a su esposo es tan absurdo como creer que tú harías algo para complacer a tu padre.

Triano ignoró su punzante comentario. Aquello era típico de su abuela, aprovechar cualquier circunstancia para ponerle en evidencia.

—¿Quién se beneficia con su muerte?

—Bueno, puesto que Etivio murió sin descendencia y que una mujer no puede ser Jerarca, es bastante probable que su hermano mayor Asulán tome las riendas. La familia no ha querido hacerlo público aún, ya que Galaria todavía está presa, pero Asulán ya se ha hecho cargo de los negocios de la familia. Su nombramiento es un mero trámite.

—Sospechábamos que alguien podía estar eliminando a Jerarcas para debilitar a las Casas, pero por lo que dices parece creer que la intención de los asesinos es otra —dijo Triano.

—Si supieses tanto como yo sobre el Juego te habrías dado cuenta de que en realidad esas muertes no están diseñadas para debilitar, sino para alterar el equilibrio de poder.

—¿Qué quieres decir?

—¿Acaso no está lo bastante claro? —suspiró Lady Camerelis—. Alguien quería que el control de esas Casas cambiase de manos.

—Pero no todos los fallecidos eran Jerarcas —le hizo notar él.

—No, pero sus muertes han tenido un impacto mucho mayor de lo que supones. Toma por ejemplo el caso del Archimago Yeomar. Ferman no tenía

hijos varones, por lo que sus propiedades han pasado a manos de su hija. Quizás no lo sepas, pero la joven Malena está prometida con el heredero de la Casa Abaculis, por lo que todas sus riquezas quedarán bajo el control de su esposo cuando el matrimonio se haya consumado. Y luego tenemos a Eros Serena. —ese era el nombre del pobre desgraciado que había sido despedazado por el *gárlak*—. Antes de su muerte el joven Serena estaba prometido a Ariana Ostrohod. Ahora los padres de la muchacha han tenido que escoger a otro de sus pretendientes: Edulio, el primogénito de la Casa Morana. ¿Empiezas a ver un patrón?

Triano asintió.

—Parece como si alguien estuviese manipulando quién controla las Casas.

—¿Alguien? —le preguntó su abuela frunciendo el ceño—. Hijo, puede que haya tres o cuatro personas en toda Hefestia con estos conocimientos. Yo misma solo sé sobre el compromiso de Ariana Ostrohod con el muchacho Morana porque su madre me lo consultó antes de tomar la decisión. No. Creo que no hay una sola persona tras esas muertes, sino todo un grupo. Quizás uno compuesto por los que se han beneficiado con ellas.

—¿Quieres decir que se han puesto de acuerdo para desestabilizar el equilibrio que existe entre las Casas?

«O que alguien les está ofreciendo precisamente lo que desean a cambio de su apoyo», se le ocurrió entonces.

Eso tendría sentido.

Quizás los traidores habían buscado apoyo entre los miembros descontentos de las Casas para preparar la invasión. Sin duda las cosas serían más fáciles para Korro'th si sus fuerzas contaban con ayuda cuando llegase el momento de actuar. Según le había explicado Tarnika, en su mundo había ocurrido algo parecido.

Pero aún había ciertos detalles que no encajaban.

—¿Qué hay de Jamilo, Tarkón y Legolia? —preguntó Triano—. ¿Quién se beneficiaría de sus muertes?

—En el caso de Jamilo, está claro. El muchacho era el primogénito, lo que le convertía en el primero en la línea sucesoria. Tras su muerte, esa responsabilidad ha recaído en manos de su hermano Adamo —sonrió Lady Camerelis—. El de Bulgo Tarkón es algo más complejo —prosiguió la anciana—. Bulgo era un sodomita, por lo que nunca llegó a casarse; y murió sin descendencia. Pero era un hombre tremendamente inteligente, y los

Dioses saben que su hermano Rhesus, el Jerarca de su Casa, no tomaba una decisión sin consultárselo antes. Tal vez su injerencia no le gustaba a su sobrino, y por eso ha decidido quitárselo de encima.

Triano pensó en ello, y cuantas más vueltas le daba más sentido parecía tener todo.

Korro'th se estaba ganando la lealtad de las Casas colocando a sus cómplices a la cabeza o facilitándoles el acceso a lugares de poder. Y para ello estaba empleando a sus peones humanos, los traidores ocultos en el seno de la Inquisición.

—Pero Trimón Legolia no era un primogénito. Ni siquiera se encontraba en la línea sucesoria. Y por lo que sé, tampoco estaba prometido. ¿Qué interés podría tener esa gente en su muerte?

—Quizás descubrió lo que se proponían, y lo eliminaron para cerrarle la boca —propuso Tarnika. Era la primera vez que participaba en la conversación.

—Es posible —asintió Lady Camerelis aparentemente complacida—. O tal vez le ofrecieron participar en la conjura y él se negó a hacerlo; y por eso tuvieron que eliminarle.

Triano y Trimón habían sido compañeros en la Academia, y sabía que su amigo odiaba el Juego tanto como él. De hecho, casi se sentía agradecido por haber nacido en tercer lugar, porque así podía vivir su vida lejos de las intrigas de las Casas.

No, sin duda Trimón se habría negado a participar en una conjura como aquella.

Quizás eso fue lo que selló su destino.

El reloj de la biblioteca marcó las seis, y Lady Camerelis se puso en pie, dando por terminada la reunión. Triano había esperado algo así. Su abuela siempre tenía algún compromiso al que acudir, y ni siquiera la visita de su nieto haría que cambiase sus planes.

—Ha sido una charla muy interesante —dijo mesándose el vestido con las manos—. Habría preferido hablar contigo sobre tu futuro, pero imagino que eso tendrá que esperar.

Cuando dijo eso último sus ojos estaban clavados en Tarnika.

Triano ya se había temido algo así. Por suerte, su abuela no había perdido su tiempo criticando sus decisiones o juzgándole por el camino que había decidido tomar. Pero no se engañaba. Tarde o temprano le tocaría aguantar



sus reproches. Y puesto que llevaba un año mordiéndose la lengua, no serían pocos.

—Gracias por todo, abuela —le dijo. Tarnika y él se pusieron en pie—. Te rogaría que no comentases este asunto con nadie. Si de verdad hay una conspiración para alterar el equilibrio de las Casas, cuanta menos gente lo sepa más posibilidades tendremos de detener a los responsables.

—¿Me has tomado por una chismosa, nieto?

—No, abuela. Solo me preocupo por tu seguridad.

«Y por la nuestra», pensó. Pero no lo dijo en voz alta.

Tras despedirse de ella, Tarnika y él se dirigieron hacia la salida.

Antes de llegar a la puerta, su abuela le detuvo.

—Olvídate de ella —le dijo cuando se quedaron a solas. Triano no sabía a qué se refería, y la anciana debió verlo en sus ojos—. La muchacha. Esa periodista —escupió la última palabra—. ¿Acaso crees que no he notado cómo la miras, o que no me he dado cuenta de cómo te mira ella? Una chica así está bien para un entretenimiento. Eres joven, y entiendo que tengas necesidades, pero ni tu padre ni yo aceptaremos que te cases con una... don nadie. —Triano estaba seguro que eso no era lo que había estado a punto de llamarla.

—Abuela, no es lo que crees. Ya te he dicho que Lora es solo una amiga —insistió él.

Pero entonces, ¿por qué le había sonado a mentira?

—Si tú lo dices... —concluyó la anciana antes de dar media vuelta y echar a andar pasillo abajo—. Pero no olvides cuál es tu lugar —añadió antes de perderse de vista.

Tarnika le esperaba frente a la entrada. El mayordomo montaba guardia junto a la puerta, y no apartaba los ojos de ella. Quizás temía que fuese a robarles la plata.

—¿Todo bien? —preguntó la muchacha.

Triano asintió y la tomó del brazo. Aún estaban cruzando el jardín cuando la joven pareció tropezar. De no haberla tenido sujeta, seguramente habría caído al suelo.

—¿Estás bien? —se preocupó. Quizás no estaba tan recuperada del ataque como le había hecho creer. Tarnika se llevó una mano a la sien y sacudió la cabeza.

—No. Estoy bien. Es solo... —añadió bajando la voz—. Es la alarma —le

susurró al oído—. Alguien está usando magia de sangre.

## La serpiente de sangre

Cuando el sol de la mañana despuntó y su luz empezó a filtrarse por entre las copas de los árboles, Suri pudo confirmar por fin lo que venía sospechando desde hacía ya algunas horas: Jaguar no parecía estar siguiendo ningún rastro. La muchacha le llevaba la delantera, por lo que Suri se había fijado que en ningún momento se había detenido para estudiar el terreno en busca de huellas o indicios de la presencia del oso. Era como si supiese de antemano hacia dónde se dirigía, como si tuviese claro dónde podría encontrarle.

Y eso no tenía sentido.

Porque de saber dónde encontrarle, ¿no habría ido antes en su busca?

«Quizás ya lo ha hecho», se le ocurrió entonces.

Recordaba la primera vez que había visto a la muchacha, cuando sin pretenderlo había echado a perder la trampa que tan cuidadosamente había preparado para atrapar a la criatura en la ciudad sepultada bajo el anfiteatro. Y algo le decía que aquel no era su primer intento, y tampoco su primer fracaso.

En el tiempo que llevaba con la tribu, Suri había visto a Jaguar seguir el rastro de un animal por el bosque durante horas hasta arrinconarlo y finalmente atraparlo solo con la ayuda de su agilidad y de su lanza. Jaguar era perspicaz y paciente. Se movía por la selva como un depredador, por lo que Suri estaba seguro de que era una cazadora más que competente. Pero una y otra vez la criatura había conseguido Burlarla, y eso solo podía significar que el monstruo era mucho más inteligente –y peligroso– de lo que parecía.

Estaba claro que había algo más, algo que la tribu sabía pero que se negaban a compartir con él. Cada vez que Suri había preguntado por el oso las respuestas habían sido crípticas o evasivas. No importaba que le preguntase a Jaguar, a su abuela o a cualquiera de las ancianas. Las mujeres no habían querido explicarle nada, y Suri se estaba cansando de que le tomaran por un majadero.

Sospechaba que todo aquello –la presencia del oso, sus ataques aparentemente aleatorios, la obsesión de Jaguar con la criatura– estaba relacionado de alguna forma con la magia salvaje, pero puesto que nadie se lo

había querido confirmar, no podía estar seguro. Así que, de momento, solo tenía suposiciones.

El aire de la mañana era denso y pantanoso, y respirarlo era un auténtico suplicio. Y tras las casi cinco horas de caminata ininterrumpida Suri debía lidiar también con el dolor de piernas y el ardor de pies, que le recordaba a cuando había caminado descalzo sobre un lecho de ascuas. A pesar de todo aguantó las incomodidades sin protestar, porque de todas formas no habría servido de nada. Conocía a Jaguar, y sus quejas probablemente habrían conseguido que la joven le soltase algún desplante o que le taladrase con aquella mirada altanera tan característica; la misma que había usado con él cuando, durante sus lecciones, le había propuesto tomarse un pequeño descanso para beber agua y recuperar fuerzas.

Algo le decía que la muchacha no tenía intención de descansar hasta haber dado con el oso, y que lo único que conseguirían sus quejas sería avinagrar aún más su carácter.

Suri suspiró, metió una mano en la bolsita de cuero que llevaba colgada del cinto y rebuscó en su interior hasta que dio con un par de frutos de *ziguara* que había cogido de su petate antes de abandonar la cabaña. Se llevó uno a la boca y le ofreció el otro a Jaguar. La chica negó con la cabeza.

—Necesitas energía —le dijo. Ella le ignoró—. Jaguar, llevamos toda la noche caminando. Si tu intención es enfrentarte al oso, no puedes hacerlo en estas condiciones. El cansancio jugará en tu contra, y eso puede hacer que cometas un error. ¿No prefieres estar fresca y descansada cuando llegue el momento?

Ella se detuvo, y sin mirarle alargó una mano hacia él. Suri le entregó el fruto, y la oyó masticarlo antes de retomar la marcha.

El mago sonrió, admirado de lo fácil que había sido convencerla.

En el tiempo que llevaba en la aldea había llegado a conocer a la joven casi tan bien como conocía a Tarnika, y le había sorprendido lo mucho que ambas mujeres se parecían. Las dos eran igual de testarudas, de carácter fuerte y con más coraje que sentido común. Por eso Suri creía saber cómo manipularla. Como con la *lorkin*, con Jaguar había que presionar los botones correctos para hacerla entrar en razón.

Por eso decidió que había llegado el momento de obtener respuestas.

Sabía que no las conseguiría preguntando directamente, pero había otras formas de sacarle la información. Lo mejor era conducirla hasta donde él

quería de forma subrepticia.

—Ya sabes dónde vas —le dijo. No era una pregunta, sino una afirmación.

Ella le ignoró.

El sendero era estrecho y estaba cubierto de maleza, por lo que Suri tenía que caminar tras ella, y no podía verle la cara. Pero el gruñido que emitió le dejó claro que en aquel momento su expresión no sería nada amistosa.

—No estamos siguiendo un rastro —insistió.

Jaguar soltó un bufido exasperado.

—Creo que sabes dónde se oculta la criatura, y que no has querido decírmelo.

Finalmente se detuvo y se volvió hacia él. El fuego que había en sus ojos casi le hizo retroceder, pero plantó los pies en el suelo. Se negaba a dejarse amedrentar por ella.

—¿Sabes cómo encontrarla, ¿verdad?

—Encontrarle —le rectificó ella antes de echar de nuevo a andar. Suri no entendió la puntualización, pero no se le escapó que no lo había negado. Sabía cómo dar con el oso.

—He notado que hablas de él como si fuese una persona —le dijo al cabo de un rato. Ella se encogió de hombros, pero no se detuvo.

—Es una larga historia.

—¿Tanto como la caminata que tenemos por delante? —la pinchó él—. Porque, a menos que seas capaz de abrir un *portal* hasta nuestro destino, creo que ahora mismo disponemos de tiempo más que de sobras.

Jaguar resopló de nuevo.

—¿Has oído alguna vez esa expresión que dice que el conocimiento es poder?

La chica no dijo nada.

—Si tenemos que luchar contra esa cosa deberías explicarme todo lo que sabes sobre ella, porque puedes estar segura que no voy a permitir que te enfrentes a ese monstruo tú sola. No me mires así, voy a hacerlo te guste o no. Así que será mejor que me cuentes lo que me has estado ocultando, porque cualquier detalle, por minúsculo que sea, puede suponer la diferencia entre una victoria y una dolorosa muerte.

Ella siguió ignorándole.

—Está bien —le espetó Suri—. Pero si ese bicho acaba conmigo por no haber sabido cómo defenderme de él, mi muerte pesará sobre tu conciencia.

Y te prometo que cuando mi espíritu haya cruzado al otro lado, regresaré para atormentarte —añadió con una sonrisa.

—Es mi padre —gruñó ella sin dejar de caminar.

—¿Qué?

—El oso. Es mi padre.

Suri se detuvo en seco. Jaguar tardó unos segundos en reaccionar, pero finalmente también ella lo hizo, aunque no se atrevió a mirarle a la cara.

—¿Puedes elaborar un poco más?

La chica sacudió la cabeza. Sus ojos estaban clavados en el suelo. Suri no sabía si estaba tratando de ordenar sus pensamientos, si acaso buscaba las palabras exactas para expresarlos. Por como sonó su voz, quizás solo estaba intentando mantener las lágrimas bajo control.

—¿Recuerdas cuando te hablé de los *tótems*? —empezó. De pronto parecía dubitativa. Estaba claro que hablar de aquello le resultaba doloroso. Suri asintió.

—¿Está esto relacionado con el de tu padre? —le preguntó cuando su silencio pareció alargarse una eternidad.

—Algo así. Como te conté, todos tenemos uno; un espíritu guía que nos acompaña desde el momento de nuestro nacimiento.

—Recuerdo que me dijiste que eran animales —prosiguió Suri—. Que comparten con vosotros algunas de sus características, y que son ellos quienes determinan vuestro nombre. El tuyo es Jaguar Veloz, por lo que asumo que tu *tótem* debe ser ese felino.

La chica asintió.

—¿Cómo se llamaba tu padre?

—Oso Sagaz —respondió ella en un susurro.

—Entiendo el principio de los *tótems* —admitió él—; aunque todavía no acabo de comprender del todo cómo funcionan. Sé que cuando hacéis magia recurrís a los que habitan en el plano espiritual para solicitar su ayuda, pero no sé exactamente cómo se relacionan con el que os acompaña; con el vuestro.

—Son nuestros *tótems* quienes nos permiten comunicarnos con los que solo existen en forma espiritual —le explicó la joven—. Y también podemos pedirles prestadas algunas de sus habilidades; hacernos uno con ellos.

—¿Qué quieres decir?

—No te asustes —le pidió retrocediendo un paso.

Jaguar cerró los ojos, y cuando volvió a abrirlos sus pupilas se habían estrechado hasta ser solo dos tajos verticales. El verde de sus iris estaba ahora salpicado de motitas doradas, y había en ellos una profundidad antinatural. Su piel tostada era más oscura que antes, y parecía estar cubierta por un fino y corto pelaje apenas distinguible bajo la suave luz de la mañana. Su cabello era más frondoso; más salvaje.

La muchacha alzó una mano y le mostró los dedos. Sus uñas eran ahora negras y gruesas, y se curvaban como afiladas garras. Cuando sonrió, una ristra de colmillos centelleó tras sus labios.

—Dioses —murmuró Suri casi sin aliento.

—Es la magia de nuestro *tótem* la que nos permite cambiar, y también la que nos mantiene jóvenes —le explicó la muchacha. Su voz sonaba parecida al ronroneo de un gato—. Cuando tomamos prestada su apariencia la magia pasa a formar parte de nosotros, y podemos usarla sin tener que pagar por ella, porque el precio es permitir a nuestro *tótem* salir a la luz.

—¿Quieres decir que cuando tomas esta forma no necesitas emplear hemomancia o invocaciones para manipular la magia?

Como respuesta Jaguar apoyó una de sus manos sobre el tronco de un árbol, y la madera se retorció bajo ella, ondulando y cambiando de forma. Una de las ramas descendió hasta rozar sus cabezas, y de ella brotaron flores y frutos que poco antes no se encontraban allí. Jaguar tomó uno y se lo ofreció a Suri.

—En este estado somos magia pura —le explicó—. Por desgracia, no podemos mantener esta forma durante mucho tiempo —añadió parpadeando.

Cuando sus ojos se volvieron a abrir sus pupilas habían recuperado su aspecto normal, el pelaje se había esfumado, y sus garras y colmillos volvían a ser solo uñas y dientes.

—Cuanto mayor es tu afinidad con tu *tótem*, más poder recibes de él; tanto mágico como físico. Unos pocos, como Nada o algunas de las otras ancianas, pueden incluso tomar su forma, no solo sus características.

—¿Y al adquirir su aspecto, recibes también sus atributos? —quiso saber Suri—. ¿Su velocidad y su agilidad? ¿Sus sentidos aumentados?

—No lo entiendes. Yo ya poseo esos atributos —le corrigió ella—. Forman parte de mí. Aunque cuando dejo salir a la bestia se agudizan aún más.

—Algo le ocurre al mío, ¿verdad? A mi *tótem* —preguntó Suri. Se le acababa de ocurrir, y parecía encajar en lo que había descubierto sobre la magia de la tribu.

—Cuando llegaste a nosotros, el tuyo casi había desaparecido. Por eso las ancianas te sometieron al ritual de sangre.

—Creía que eso era para sanar mi cuerpo.

—Como siempre, te equivocas. Es tu espíritu el que necesita ser sanado, no tu carne. Fue tu *tótem* el que sufrió cuando consumiste su poder. Y hasta que no se haya recuperado no podrás volver a suplicar su ayuda.

—¿Quieres decir que puedo volver a ser el que era?

—No —sacudió ella la cabeza—. Ahora conoces la verdad. Cuando hayas recuperado tu vitalidad serás incluso más de lo que eras antes, porque ahora entiendes cómo funciona su magia. Cuando tu espíritu vuelva a estar en paz, podrás hacer cosas que antes considerabas imposibles.

Suri pensó en ello. Si lo que decía Jaguar era cierto, tal vez cuando su espíritu se hubiese recuperado también él podría usar algunas de las particularidades de su *tótem*. No sabía demasiado sobre los suricatas, salvo que eran animales muy territoriales, rápidos, escurridizos y sorprendentemente feroces para su tamaño. También sabía que eran criaturas sociales, y que podían arriesgar sus vidas si con ello conseguían mantener a salvo a los miembros de su grupo, a los que consideraban su propia familia.

«Quizás ya me parezco a ellos más de lo que creía», se dijo no sin cierta ironía.

—¿Sois capaces de ver los *tótems* de otras personas? —se le ocurrió entonces. Quizás eso era lo que había pasado con Lobo Audaz. Su maestro le había llamado pequeño Suricata aquella noche, cuando Suri había hecho magia por primera vez. Él siempre había creído que se había ganado ese apodo por sus habilidades como ladrón, pero al parecer esa no era la razón.

—Sí, pero esa es una habilidad que desarrollamos con la edad y la experiencia—asintió la muchacha—. Es necesario hacerse uno con tu espíritu para poder ver más allá de la carne.

—¿Por qué Nada no lleva el nombre de su *tótem*? ¿Acaso no tiene uno?

—Pues claro que sí. No digas tonterías. Nada no es su nombre; es su cargo. Ella es la Nada que Mantiene el Todo, la Voz Que Nos Guía. Su verdadero nombre es Bisonte Blanco.

—¿Qué es un bisonte? —preguntó.

—El bisonte es el señor de las praderas —le explicó ella—. El gigante al que veneraban nuestros antepasados, las tribus del Gran Norte. Es un animal



sagrado. Representa la fuerza, la gratitud, la abundancia, la estabilidad y la prosperidad. Y además es el portador de la paz.

—Su aspecto... Es una criatura grande, velluda y con cuernos, ¿verdad? — le preguntó al recordar la forma fantasmal que había visto en torno a Nada aquella primera mañana en la aldea, cuando la anciana había cambiado de niña a mujer ante sus ojos.

La muchacha asintió.

—Tu padre. Oso Sagaz. ¿Cómo llegó a convertirse en la criatura que es ahora? ¿Acaso perdió el control sobre su *tótem*? ¿Fue por culpa de la magia corrupta?

—Se infectó con ella —asintió Jaguar—. Cuando intentó utilizarla. —La joven dejó escapar un pesado suspiro—. Te dije que era peligrosa.

—¿Qué ocurrió?

—Robó el poder del reino de los espíritus, y su *tótem*, su alma, se corrompió.

—¿Por qué intentó usarlo, si sabía el peligro que corría?

—Porque creyó que no tenía otra opción. Su hija se moría, y la magia de la tribu no podía salvarla.

Jaguar agachó la cabeza. Sus ojos se clavaron en el suelo.

Culpa.

Aquello era lo que impulsaba a la muchacha: la culpa de saber que su padre se había sacrificado para salvarla; que había dejado atrás su humanidad para que ella pudiese seguir viviendo.

Ahora entendía por qué le afectaban tanto los ataques del oso, y por qué parecía haber dedicado su existencia a acabar con la criatura. No era solo porque quisiese liberar a su padre de su condena, sino porque se consideraba responsable de todas las muertes que el monstruo había causado. Cada una de ellas debía pesar en su conciencia como una losa.

Lo que ignoraba era de qué forma pretendía Jaguar liberar a su padre.

¿Existiría alguna clase de hechizo para extraer la magia corrupta de su cuerpo, o solo la muerte conseguiría acabar con su maldición?

Fuera como fuese, saberse responsable de su estado era lo que había convertido a Jaguar en la cazadora implacable que era ahora.

—No fue culpa tuya —trató de hacerle entender Suri—. Un padre haría cualquier cosa por mantener a salvo a sus hijos.

—Debería haberme dejado morir —susurró ella dando media vuelta y

echando a andar.

Suri no pensaba permitir que la conversación terminase allí. Aún tenía dudas, y ahora que por fin había conseguido que Jaguar desatase su lengua, tenía intención de resolverlas de una vez por todas.

—Los infectados... no sé si los llamáis así... ¿Todos atacan a la gente?

—No todos —respondió ella sin volverse hacia él—. Los poseídos conservan los recuerdos de su vida anterior, y la mayoría son conscientes de una forma u otra de lo que les ocurre; por eso deciden internarse en la selva para morir. Pero en ocasiones la corrupción es tal que la esencia de quienes eran se pierde del todo, diluida en el espíritu de la bestia.

Suri quería entender mejor el proceso, saber de qué forma la magia corrupta tomaba el control. Ignoraba si eso era un castigo que los espíritus infligían a quienes osaban robar el poder o si por el contrario se trataría de una especie de locura parecida a la que sufrían los nigromantes cuando abusaban de su magia. La mayoría de magos oscuros acababan enloqueciendo por lo que la corrupción le hacía a sus mentes. Quizás eso era también lo que les pasaba a quienes infectaba la magia salvaje.

O tal vez era algo completamente distinto.

Quizás lo que le ocurría a Oso Sagaz era que los espíritus habían tomado su alma como pago por el uso del poder, y ahora solo quedaba de él su lado animal. Suri no sabía si aquello era posible, aunque explicaría ciertas cosas.

—La criatura —dijo—. Se alimenta de vida, ¿verdad? De almas —añadió recordando los cadáveres drenados de Serpiente Emplumada y Pequeño Colibrí.

—La necesita para seguir viviendo.

Aquello tenía sentido. Sin una mente humana controlando a la bestia, esta se limitaría a comportarse como lo haría un animal. Solo que en lugar de carne, frutos y bayas esta ansiaba almas. Magia que pudiese seguir sustentándola.

—¿Cuánto tiempo lleva tu padre... el oso...? —empezó a decir, pero no sabía cómo terminar la pregunta. Jaguar tembló visiblemente, pero no se detuvo.

—Tres años —admitió ella.

—Dioses. ¿Y en todo ese tiempo no habéis conseguido detenerle? La tribu posee una magia muy poderosa, y además tiene muchos cazadores.

—Lo intentamos. Muchas veces. Pero la criatura es inteligente. E

implacable. Y nuestra magia no le afecta.

—¿El oso conserva los recuerdos de tu padre?

—Los recuerdos, sí. Pero no hay sentimientos asociados a ellos. Solo el ansia —le explicó—. La primera vez que fuimos en su busca perdimos a dos cazadores. La segunda, a cinco —Jaguar se encogió de hombros, abatida—. La tercera... —su voz se truncó.

—Perdiste a alguien importante para ti —adivinó el mago.

Jaguar se frotó los ojos con el dorso de la mano. Quizás estaba tratando de reprimir las lágrimas, o tal vez limpiándolas para que él no las viera.

—Con cada nuevo ataque la criatura se hacía más fuerte —prosiguió ella ignorando sus palabras—. Por lo que las matriarcas decidieron que lo mejor sería dejar a la bestia tranquila. Creían que tarde o temprano la corrupción acabaría por consumirla. Pero se equivocaban. El oso se volvió atrevido. Empezó a atacar la aldea.

—¿Cuántos han sido? ¿Cuántas muertes? —quiso saber Suri.

—Demasiadas —respondió ella negándose a dar un número.

Y esas fueron las últimas palabras que pudo sacarle, porque Jaguar echó a andar de nuevo y no volvió a hablar hasta que, media hora más tarde, se detuvo en el linde del bosque.

Cuando la alcanzó, lo que vio frente a él le dejó boquiabierto.

Se encontraban al borde de un acantilado, y frente a ellos se extendía un valle en forma de cuenco en el que se alzaba un laberinto de calles, avenidas y construcciones de piedra y mármol.

—La ciudad —murmuró casi sin aliento.

No había esperado que aquel fuese su destino. De hecho, ignoraba qué distancia habría entre la ciudad y la aldea, porque la otra vez Jaguar le había dejado inconsciente junto al lago, y cuando había despertado ya se encontraba en la cabaña de Nada. Se preguntó entonces si la muchacha habría cargado con él todo el camino. Dado lo que les había costado llegar hasta allí, parecía imposible.

—Eh'n Bak Too —dijo la joven explorando las ruinas con la mirada—. La capital de nuestros antepasados. La cuna de nuestra civilización. Nuestra mayor vergüenza.

—¿Está él aquí?

—Él siempre está aquí —respondió ella—. Porque aquí es donde se encuentra la mayor concentración de magia corrupta. Este es su hogar.

Jaguar avanzó un paso hacia el borde del precipicio y se lanzó al vacío.

Suri creyó que había perdido el juicio, hasta que asomó la cabeza y vio que en realidad no era un acantilado, sino un empinado talud que descendía hasta la parte baja del valle.

El mago saltó tras ella, y en cuanto sus pies tocaron la inclinada pared se hundieron en la tierra, que parecía desprenderse a su paso. Aquello hizo que su descenso fuese bastante precario. Jaguar brincaba con la agilidad de una cabra katherana, pero Suri no era capaz de seguirle el ritmo. Nunca había sido un gran escalador. En realidad, nunca había tenido que preocuparse demasiado por ejercitarse. Nunca lo había necesitado. Hasta entonces, siempre que se había encontrado con un obstáculo en su camino había podido salvarlo usando su magia, con una simple *columna de aire*, un *portal de paso* o incluso unas *alas de Hermes*, que habrían hecho sus pasos ligeros como el aire.

Pero ya no podía recurrir a su poder. Ni siquiera para algo tan sencillo como eso.

Ahora solo tenía su cuerpo.

En realidad, en las casi cinco semanas que llevaba en la aldea Suri había aprendido a depender cada vez menos de su magia y más de sus músculos, justo lo contrario de lo que había hecho en Hefestia. Era curioso que, dominando el Arte como lo hacían, la tribu apenas emplease la magia en su día a día.

Eso tenía ciertas ventajas, como la forma en que se estaban reforzando sus músculos o la resistencia que parecía estar desarrollando gracias a los intensos ejercicios a los que Jaguar le sometía a diario. Por eso no se sorprendió cuando sus piernas no flaquearon al empezar a trotar pendiente abajo.

Aun así, el descenso fue complicado. La lanza que le había regalado Nada le dificultaba moverse sin tropezar. Jaguar llevaba la suya en una mano, y usaba la otra para sujetarse a los salientes y mantener el equilibrio. Pero Suri necesitaba las dos, por eso la llevaba atada a la espalda, y la contera tenía la fea costumbre de engancharse en cualquier grieta o matojo que se encontrase en su camino.

Cuando por fin se detuvo en el fondo del valle le faltaba el aliento, tenía los mocasines llenos de piedras y arenilla y las piernas marcadas con cortes y

arañazos, pero no estaba tan agotado como había esperado. Y no había perdido ningún diente.

El calor, sin embargo, era mucho peor allí. Sin la protección de los árboles el sol caía sobre ellos como una venganza, recalentando su delicada piel y achicharrándola con saña. La humedad no ayudaba, y por su culpa el aire era tan irrespirable como lo había sido en la fragua de Karáemon.

—¿Qué haces? —le preguntó Jaguar, impaciente, cuando le vio sentarse en una roca—. No podemos perder más tiempo.

—Dame un segundo —le pidió Suri quitándose un zapato y sacudiéndolo para vaciarlo de arenilla.

—Aquí estamos demasiado expuestos— le apremió ella. Parecía tensa.

—¿Quieres tener que cargar conmigo el resto del camino? —le preguntó mientras hacía lo mismo con el otro zapato. La chica dejó escapar un gruñido, y antes de que Suri hubiese podido volver a calzarse echó a correr hacia la ciudad.

Suri suspiró, se incorporó y la siguió a la carrera.

Aún no habían alcanzado los primeros edificios cuando un familiar hedor atacó sus sentidos. Suri arrugó la nariz, pero no se detuvo. No recordaba haber percibido el aroma de la magia de sangre la primera vez que había estado en la ciudad, y se preguntó si se debería a la presencia del oso.

Jaguar avanzaba por entre las ruinas como si conociese de memoria el trazado de las calles. Suri a duras penas podía seguirle el ritmo. Quizás la joven había tomado prestada la velocidad de su *tótem*.

Intentó llamarla para pedirle que le esperara, pero ella se limitó a mirarle por encima del hombro llevándose un dedo a los labios e instándole a guardar silencio. Se dirigían a la pirámide, de eso no había duda. La enorme construcción se alzaba frente a ellos por encima de los tejados de las casas, y avanzaban hacia ella casi en línea recta.

Cuando Suri llegó a la plaza que la rodeaba vio que Jaguar ya se encontraba trepando a la carrera por una de sus caras.

—Dioses —gimió resollando—. Esta chica me va a matar.

—Has sido tú quien ha insistido en venir —respondió ella sin aflojar el paso.

¿Tan fino era su oído que le había escuchado incluso desde aquella distancia? De ser así no le extrañaba que le hubiese descubierto cuando la había seguido hasta el río la noche anterior.

Suri alcanzó por fin la cima, respirando con dificultad y con el cuerpo empapado en sudor, y dio gracias a los Dioses por que el pequeño templo que coronaba la estructura les ofrecía cobijo del inclemente sol de la mañana.

Jaguar ya se encontraba allí, agazapada bajo el dintel de una de las puertas, inspeccionando el valle desde su atalaya.

—¿Puedes verle? —le preguntó Suri apoyándose contra el altar. Los músculos de sus piernas latían al compás de su corazón, y con cada pulsación oleadas de dolor parecían treparle por los muslos y extenderse por su espalda. Tenía el cuello rígido, y pese a la sombra que les proporcionaba el templo, sentía su rostro arder.

—Todavía no —respondió ella cortante sin dejar de otear el horizonte.

Suri sacó su odre del petate y tomó un largo trago de agua.

Fue en ese momento, al levantar la cabeza para beber, cuando vio las pinturas del techo. La vez anterior ni siquiera se le había ocurrido mirar hacia arriba, por eso no se había dado cuenta de que los grabados de las paredes continuaban por encima de su cabeza, cubriendo por completo la cúpula de aquel extraño santuario. En ellos aparecían también criaturas de aspecto humano con cabeza animal.

Entonces no había pensado en ello, pero ahora que sabía que los Dioses también habían visitado aquel lugar no pudo evitar comparar aquellas pinturas con los bajorrelieves que había visto en la ciudad de Tebas. El hombre con cabeza de ave podría haber sido perfectamente Horus, y la mujer de rostro felino se parecía mucho a Bastet. Suri no creía que se tratase de los mismos Dioses, aunque era lógico asumir que estaban emparentados de alguna forma.

Las figuras del techo no estaban haciendo magia como las de las paredes, sino que estaban reunidas alrededor de una especie de disco de color carmesí. Por un momento Suri creyó que se trataba de un *portal*, pero entonces vio las gotas rojas que manaban de los brazos de las figuras y que se precipitaban hacia el centro del círculo, y entendió lo que representaban en realidad.

Eso despertó en él nuevas dudas.

—La magia salvaje —le preguntó a la muchacha— ¿Cómo ocurrió? Algo me dice que las cosas no siempre fueron así. ¿Me equivoco?

—Ahora no es momento para historias —protestó ella.

—Jaguar, esto es importante —insistió Suri.

La chica resopló y se volvió hacia él, abandonando momentáneamente su

vigilancia. Sin moverse del escalón de piedra en el que estaba sentada, descolgó su odre del hombro y tomó un sorbo de agua. Un par de gotas escaparon por las comisuras de sus labios, y Suri las siguió con la mirada cuando resbalaron por la curva de su cuello, trazando dos surcos paralelos sobre su tostada piel.

—Mi gente vino a estas tierras desde el Gran Norte —empezó a relatarle la joven. El mago parpadeó y apartó sus ojos de ella, azorado—. Antes de establecernos aquí éramos un pueblo nómada, y habitábamos en las grandes praderas. Pero la era de las nieves nos obligó a buscar refugio en el sur. Eso fue mucho antes de la llegada de los Ancestros.

—Cuando hablas de los Ancestros, ¿te refieres a tus antepasados?

—No digas tonterías. Los Ancestros eran los portadores de la magia, los creadores de todo. Son esos a los que tú llamas Dioses —le explicó ella con voz cortante—. Por aquel entonces mi gente aún estaba bajo el gobierno de los ancianos. Hombres —escupió con desagrado—. Por eso todavía había rencillas entre los distintos clanes. Pero esta tierra era fértil, y nos proporcionaba lo suficiente para poder sobrevivir sin tener que luchar por los recursos. Hasta la llegada de los Ancestros, las tribus vivieron separadas las unas de las otras. Ellos trajeron unidad.

—¿Fueron ellos quienes os enseñaron a usar la magia de los *tótems*? —preguntó Suri señalando las figuras de la pared.

—Sí —le confirmó ella—. Y también la de sacrificio. Su llegada trajo el florecimiento de nuestra cultura. Fueron ellos quienes fundaron esta ciudad, este bastión de poder. Había otras, pero Eh'n Bak Too era la cuna de todo conocimiento, el centro de nuestro imperio. Durante siglos mi gente dominó estas tierras y unificó todos los clanes, porque descubrieron que como pueblo unido teníamos más poder que como tribus dispersas. Eso nos condujo a una edad de oro en la que la cultura, las artes y la magia florecieron y estuvieron al alcance de todos.

Suri trató de imaginárselo.

Por lo que Jaguar contaba, aquel lugar debía haber sido tan impresionante como la propia Roma o el Egipto de los faraones durante la Era de los Dioses. Pero incluso esos imperios habían acabado por caer, y suponía que algo parecido debía haber ocurrido allí.

—Cuando los Ancestros regresaron a su mundo el control de la ciudad quedó en manos del cónclave de ancianos, que se aseguraba de que sus

enseñanzas siguieran impartándose entre el pueblo. Y así fue durante los siguientes tres siglos. Pero un día uno de los ancianos, un sabio llamado Janaab' Pakal, descubrió la *puerta de sangre*, y todo cambió.

—¿La *puerta de sangre*?

—Janaab' era un mago muy poderoso que creía que los Ancestros nos habían dejado los conocimientos necesarios para “ascender”, para llegar a ser como ellos. Y en su búsqueda de esa verdad dio con una forma de comunicarse con ellos. O eso creyó.

—Déjame adivinar: no eran vuestros Ancestros —apostó Suri.

Jaguar negó con la cabeza.

—Mis antepasados creyeron que sí lo eran; o al menos uno de ellos. El Guardián del Manantial, se hacía llamar; aunque en nuestras leyendas recibe muchos nombres distintos. La tribu le conoce como la Serpiente de Sangre — Jaguar escupió el nombre como si le hubiese dejado un desagradable regusto en la boca—. Se identificó a sí mismo como emisario de los Ancestros, y le prometió a Janaab' los conocimientos que tanto ansiaba: poder ilimitado, inmortalidad y ascensión. Le hizo creer que si seguía sus instrucciones un día podría trascender y convertirse él mismo en un Ancestro.

Si lo estaba entendiendo bien, lo que Jaguar llamaba *puerta de sangre* era en realidad una brecha abierta a otro plano. Akar le había hablado una vez de algo parecido. El *lorkin* las llamaba *sangrías*, y su funcionamiento no era muy distinto al de los *cuencos de voces*; solo que en lugar de emplear agua usaban sangre para establecer canales de comunicación, y eran capaces de cruzar las fronteras entre mundos.

Algo le decía que lo que había ocurrido allí era que los antepasados de Jaguar habían conseguido establecer contacto con otro mundo, uno con una cultura más avanzada que la suya, y que ese emisario se había aprovechado de su ignorancia para manipularles.

—¿La Serpiente les engañó?

—En realidad, no. La Serpiente conocía otras formas de manipular la magia, formas que los Ancestros no habían enseñado a nuestro pueblo; por eso Janaab' y los suyos creyeron que se trataba de verdad de un heraldo. Las cosas que aprendieron de él, los conocimientos que les transmitió, hicieron que los ancianos acumulasen mucho más poder del que habían tenido jamás. Pero cuando hubieron dominado esos nuevos conocimientos se negaron a compartirlos con el resto, como deberían haber hecho, y los usaron en su



provecho. La Serpiente les había explicado que no todos conseguirían ascender, que solo los “dignos” podrían hacerlo. Ese fue el inicio de la época imperial. Los miembros del cónclave lucharon entre ellos hasta que uno se alzó por encima de los demás; y ese fue Janaab’ Pakal. Él fue nuestro primer monarca.

A Suri le pareció que aquello guardaba muchas similitudes con lo que había ocurrido en la antigua Roma, cuando la república se había convertido en un imperio. Algo le decía que ese había sido el principio del fin para el pueblo de Jaguar.

—Con la llegada del imperio volvieron las guerras tribales. Las otras ciudades se negaron a rendir pleitesía a Janaab’, y el rey envió a sus ejércitos para devastarlas. Una tras otra fueron cayendo bajo su yugo, y aquellos que se negaron a obedecerle fueron ejecutados o hechos prisioneros. Así fue como mi pueblo aprendió lo que era la esclavitud.

—La ciudad bajo tierra —recordó Suri—. Era allí donde vivían los esclavos, ¿verdad?

Jaguar asintió.

—El emperador los necesitaba. La Serpiente le había enseñado que la magia de sacrificio era más poderosa cuando se ofrecía una vida a cambio, y el rey empezó a entregar a los esclavos como ofrenda. Miles de inocentes perecieron en ese altar en su búsqueda de poder —dijo Jaguar señalando el tabernáculo de mármol—, pero ni siquiera eso ayudó al rey loco a ascender. Uno creería que eso habría desanimado a su hijo Akul, pero tras la muerte de su padre Akul siguió con sus bárbaras costumbres. Fue él quien hizo construir la pirámide y el templo en honor a Kan K’i’ik’, la Serpiente de Sangre. —La muchacha suspiró y sacudió la cabeza—. Al final de su reinado todos los esclavos habían sido sacrificados, y entonces les llegó el turno a aquellos que no eran de sangre pura: los miembros de otros clanes y los forasteros. No importaba que llevasen generaciones viviendo entre nosotros, o que hubiesen tenido descendencia con miembros de nuestro pueblo; para Akul seguían siendo extranjeros. Y tras acabar con ellos les llegó la hora a sus descendientes. Cuando Kaar Aka’t, el nieto de Akul, ascendió al trono, los sacrificios ya eran una tradición, y se ofrecían con cada luna llena.

—¿Durante cuánto tiempo? —quiso saber Suri—. ¿Cuánto duró esa locura?

—Cerca de un baktún; cuatro siglos, de acuerdo con vuestro calendario —respondió Jaguar apartando la mirada.

—Pero todas esas muertes, toda esa magia... —masculló el mago.

—¿Lo entiendes ahora? —preguntó la joven—. Tras tantos sacrificios, las muertes habían dejado de tener un sentido ritual y se habían vuelto una tradición. Los monarcas habían dejado de usarlas para obtener poder, y solo eran una demostración del que ya poseían. ¿Recuerdas que te advertí que nunca pidieras más magia de la que necesitabas? Como tu gente, la estirpe real no era consciente de lo que ocurría con la que no era consumida. Creían que no afectaría al equilibrio. Pero eso fue exactamente lo que ocurrió, especialmente durante el reinado de Kaar Aka't.

—¿Me estás diciendo que lo que hizo que la magia se volviera salvaje fue el hecho de acumularla sin gastarla?

—En parte. Quizás en tu tierra esa acumulación no habría tenido más consecuencias que la creación de un “punto caliente”, un lugar de poder —le explicó Jaguar. Suri sabía a lo que se refería. La Academia era uno de esos “puntos calientes”, creado tras siglos de emplear la taumaturgia en el mismo lugar—. Pero aquí llevábamos milenios recurriendo a los *tótems* para implorar su ayuda —prosiguió la joven—, y sin quererlo pusimos todo ese poder a su disposición. ¿Recuerdas que te conté que los *tótems* son los espíritus de aquellos que vivieron antes que nosotros y que poseen el poder para rehacer la realidad pero no la voluntad de hacerlo? Pues tras acumular toda aquella magia, eso cambió.

—¿Quieres decir que los espíritus empezaron a afectar al mundo físico por su cuenta?

Jaguar asintió.

—Y habrían seguido haciéndolo de no ser porque un grupo de mujeres dio sus vidas para sellar el plano espiritual e impedir que su magia se filtrara hasta el nuestro.

—Por eso ahora tenéis que suplicar su ayuda para invocarla —comprendió Suri de repente—. Porque al sellar el plano espiritual bloqueasteis también el acceso a ella.

—Era necesario. De lo contrario nadie habría sobrevivido. ¿Imaginas lo que habría ocurrido si los espíritus hubiesen podido rehacer el mundo a su voluntad?

—Algo me dice que eso no era lo que más preocupaba a tus antepasadas —apostó el mago. Jaguar suspiró y sacudió la cabeza.

—Gavilán Que Vuela Solo temía que la Serpiente tratase de hacerse con ese

poder —le confirmó ella—, y al parecer no andaba errada. Algunas leyendas afirman que esa era su intención desde el principio. De acuerdo con las crónicas, Gavilán y las otras ocho Sagradas se enfrentaron al Heraldo cuando intentó cruzar la *puerta de sangre*. Fue su sacrificio el que impidió que lo lograra.

Suri se preguntó si esa sería la causa por la que la tribu tenía ahora una organización matriarcal; si tal vez lo que había ocurrido en el pasado, bajo el gobierno de los hombres, era lo que había llevado a un cambio tan drástico en su estructura política.

Eso tendría sentido.

—Tras eso, mi pueblo abandonó la ciudad —prosiguió Jaguar—. Quizás los espíritus ya no pudiesen afectar al mundo físico sin ayuda, pero su magia, la magia corrupta, aún se concentraba aquí. Por eso mi gente regresó a su existencia nómada y volvió a dividirse en tribus; una por cada una de las Nueve Sagradas. La nuestra es descendiente de Gavilán.

—¿Cuánto hace de eso?

—De acuerdo con las leyendas, ocurrió hace un baktún y medio. Unos seis siglos.

—¿Y eso es lo único que conserváis de esa época? ¿Leyendas?

Jaguar resopló indignada.

—Las leyendas son las crónicas de nuestro pueblo, Ardilla. No son simples historias que se explican al calor de la hoguera. Son vivencias del pasado transmitidas de generación en generación; de madres a hijas. El cuero se pudre y la piedra se desgasta, pero mientras queden miembros de la tribu, la historia se conservará. Y si no queda nadie para contarlas o escucharlas, entonces ¿a quién le importan?

—¿Pero no se desvirtúan las leyendas cada vez que se cuentan? Después de todo, con cada repetición puede perderse algo de la historia original. Incluso los detalles pueden variar dependiendo de quién las explique.

—No digas tonterías —resopló Jaguar—. Las Conocedoras de la Verdad las memorizan palabra por palabra. La historia no se pierde ni se altera. Además, si alguna se equivocase al contarla, mi abuela se encargaría de corregirlas.

—¿Tu abuela? —se sorprendió Suri—. ¿Es que ella las conoce todas?

—Claro que sí. Nada estaba allí. Solo era una chiquilla, pero aún recuerda muchos de aquellos sucesos. Gavilán Que Vuela Solo era su madre.

—Espera —balbuceó Suri—. ¿Me estás diciendo que Nada tiene seiscientos

años?

—Seiscientos dieciséis —sonrió Jaguar—. Pero no se lo recuerdes. Es muy quisquillosa con su edad.

Suri no se lo podía creer. No sabía de nadie que hubiese vivido tanto tiempo. En las Crónicas de los Dioses se mencionaba a magos como Set, Enoc, Matusalén o Cainán, quienes, de acuerdo con los escritos, habían superado en algunos casos los nueve siglos; pero Suri siempre había creído que había más mito que verdad tras esas historias.

Si Nada tenía de verdad esa edad, si la gente de la tribu vivía tantos años, ¿era posible que existiese también la inmortalidad?

De acuerdo con Akar, cuyo pueblo era incluso más longevo que el de Jaguar, no en todos los mundos se entendía el paso del tiempo de la misma forma. El *lorkin* le había hablado de especies cuyos miembros alcanzaban la senectud con tan solo veinte años, y de otras para las que medio siglo apenas suponía el paso de la adolescencia a la edad adulta. De acuerdo con lo que había podido averiguar su gente durante la invasión de Lork, el propio Korro'th parecía ser inmortal, y llevaba más de cinco milenios amasando poder.

Fue entonces cuando se le ocurrió.

No parecía posible, pero debía comprobarlo.

Casi sin pensarlo volvió a centrarse en la pintura del techo, en la *puerta de sangre*.

—Jaguar, antes me has dicho que la Serpiente aparece con distintos nombres en varias de vuestras leyendas. ¿Recuerdas alguno más?

—Bueno, en algunas se le conoce como el Guardián del Manantial; en otras como el Herald de los Ancestros; e incluso hay unas pocas en las que se le llama La Voz Inmortal.

—¿Y no sabrás por casualidad qué nombre se daba a sí mismo?

La joven abrió la boca para responder, pero en aquel momento un rugido se extendió por el valle, ahogando sus palabras y haciendo que el vello de la nuca se le erizara.

El oso había llegado.

## La tomadora de vidas

Alia salió de la taberna con Deimos pisándole los talones. La muchacha estaba tan sorprendida como asustada por lo que acababa de ocurrir. El Génitor, sin embargo, lucía una curiosa sonrisa en los labios.

Cuando había usado su magia ni siquiera había estado segura de ser capaz de lograr lo que se proponía, y para ser del todo sinceros debía admitir que la cosa no había ido exactamente como ella había planeado. En realidad lo que quería hacer era debilitar el mostrador para después golpearlo con la mano y hacerlo pedazos. Estaba segura que aquello habría resultado espectacular y también un poco terrorífico. Lo que no había esperado era que la madera cambiase de densidad y se comportara como si estuviese hecha de gelatina.

Era la primera vez desde el torneo que intentaba usar su magia sin trazar un *táumator*, y no había esperado que funcionase.

De ahí la sorpresa.

El miedo se lo había provocado algo muy distinto.

Un nombre: Perníobe.

Habían transcurrido casi seis meses desde que se había encontrado por primera vez con la bruja, y ya entonces Alia se había sentido amenazada por su sola presencia. Descubrir que la maga renegada podía ser la responsable de la maldición que había estado a punto de acabar con ella no hizo que se tranquilizara.

—¿Conoces a esa mujer? —le preguntó Deimos cuando regresaron a la avenida principal—. ¿A esa tal Perníobe?

—Si consideras que sobrevivir a uno de sus ataques es conocerla, entonces sí, la conozco —respondió Alia—. Desde luego no es la persona con la que más me apetece encontrarme en este momento; especialmente porque la última vez que nos vimos prometió acabar conmigo —sonrió encogiéndose un poco de hombros de forma culpable.

Deimos se detuvo y la escrutó con la mirada. ¿Qué era lo que estaba buscando?

—Creo que no ha sido buena idea venir aquí —dijo finalmente frunciendo el ceño—. Deberíamos regresar a la Academia.

—¿Y quedarme sentada esperando a que quien sea que ha querido matarme lo intente de nuevo? —replicó ella—. Sí, esa me parece una excelente idea.

—Alia, si esa mujer es quien creo que es, es mucho más peligrosa de lo que supones.

—Sé lo peligrosa que es, pero no me asusta. Por poderosa que sea, mi habilidad me permite interrumpir cualquier hechizo que me lance. Además —añadió con una sonrisa—, te tengo a ti. Eres un Génitor, ¿no? Estoy segura que entre los dos podremos con ella.

Deimos sacudió la cabeza.

—Aún no controlas tu habilidad —le recordó él—. ¿Y si te enfrentas a ella y te ocurre lo mismo que te pasó durante el combate con Pernaces? No sé exactamente dónde nos encontramos, pero todo parece indicar que estamos bajo tierra. Si tu magia se descontrola podríamos acabar enterrados bajo cientos de toneladas de roca.

—Oh, no te preocupes. Lo peor que puede pasar es que el Murgón se nos venga encima —su voz fue perdiendo fuerza hasta que la última palabra sonó apenas más fuerte que el zumbido de una mosca.

—¿Quieres decir que estamos bajo el río? —exclamó el muchacho sin dejar de mirar en derredor—. Definitivamente, estás loca.

—Bienvenido a mi mundo —sonrió ella.

Un crío flacucho de no más de diez u once años pasó corriendo por su lado y tropezó con Deimos. El golpe le hizo tambalearse, y a punto estuvo de perder el equilibrio.

—¡Eh, ten más cuidado! —le gritó el Génitor. El chiquillo le lanzó una mirada pícaro por encima del hombro. Estaba sonriendo. Deimos se arregló la librea, palpándose para comprobar que no había sufrido daños, y su rostro pasó de la sorpresa al enojo—. ¡Maldito mocoso! —exclamó antes de echar a correr tras él—. El rufián me ha robado la faltriquera.

—¡Deimos, no! —le llamó Alia. Pero cuando quiso detenerle ya era demasiado tarde. El Génitor ya corría a grandes zancadas en pos del chaval con la bolsa sacudiéndose en su mano y su delicado contenido tintineando peligrosamente.

El raterillo era rápido y escurridizo, y se abría paso entre la gente con la facilidad con la que el agua se cuela por entre las rendijas. Alia conocía a los de su clase, chavales que se habían criado en la calle y que sobrevivían gracias a lo que conseguían robar a los pobres incautos que se cruzaban en su

camino. De haberle ocurrido a ella, habría dado por perdido el dinero y se habría consolado pensando que aquella noche el ladronzuelo comería caliente. Pero Deimos debía ser de buena familia, y para él permitir que un ratero le robase el dinero debía ser una especie de ofensa. Seguramente consideraba a los de su clase como otra lacra más que la ciudad debía soportar.

—¡Déjalo, Deimos! —insistió Alia resollando tras él—. ¡No vale la pena!

El Génitor la ignoró y siguió corriendo.

Cuando consiguió reducir la distancia y casi tenía al chiquillo al alcance de la mano, el bribón giró a la derecha y se perdió por uno de los callejones laterales.

Deimos se adentró en la oscuridad tras él.

Alia se detuvo en seco.

Algo no iba bien.

Quizás debería haber advertido a su acompañante sobre los peligros que acechaban constantemente en el mercado, pero no lo había considerado necesario. Había creído que el muchacho era lo bastante listo como para evitar meterse en problemas; que no se habría dejado engañar por un truco tan viejo como aquel.

Alia lo había visto muchas veces en la ciudad, y estaba bastante segura de lo que ocurriría a continuación.

El crío solo era el cebo. Si el paleta al que robaba daba por perdido el dinero, las ganancias de aquel día serían las que llevase en su bolsa. Pero si el tipo era lo bastante estúpido como para intentar atraparlo, lo más probable era que el ratero le condujese hasta algún callejón sin salida donde se encontraría rodeado por los compinches del raterillo, que se las arreglarían para quitarle hasta las botas.

Eso si no acababa con un puñal clavado en las tripas.

El problema era que Deimos no lo sabía. Lo más probable era que hubiese sido criado en una de aquellas enormes mansiones, protegido de la fealdad del mundo. El Génitor podía ser inteligente, pero carecía de la viveza propia de quien ha crecido en las calles, y eso lo volvía confiado. Nadie debía haberle explicado que era una mala idea abandonar las avenidas bien iluminadas y adentrarse en los oscuros callejones.

—Malditos niños ricos —gruñó Alia avanzando con dificultad. No era fácil correr con aquella falda que no dejaba de enredarse en los tobillos.

La galería por la que entraron a continuación era algo más alta que los túneles de la Academia, y no mucho más ancha. Aquello le produjo cierta ansiedad. Desde el derrumbe había evitado volver a usar los de la ciudadela, por lo que ahora, enfrentada de nuevo a la estrechez de un pasadizo angosto y oscuro, la situación despertó en ella un desconocido sentimiento de claustrofobia.

«Esto es malo» se dijo. «Muy malo».

Hizo todo lo posible por ignorar los crujidos de la roca al quebrarse. Sabía que solo estaban en su cabeza. Pero ni siquiera eso alejó del todo sus temores.

Deimos seguía corriendo, adentrándose cada vez más en los laberínticos corredores, ajeno por completo a lo que podía estar esperándole a la vuelta de la siguiente esquina.

Al girar a la derecha en el siguiente cruce Alia se dio cuenta de que había perdido a Deimos de vista. Se detuvo, tratando de recuperar el aliento, y cerró los ojos para concentrarse en los sonidos que la rodeaban. Podía oír los pasos del Génitor, pero el eco que se propagaba por los túneles hacía imposible determinar de qué lugar procedían. Volvió a llamarle un par de veces más, pero o bien su voz estaba estrangulada por sus resuellos o bien el muchacho estaba demasiado lejos y no podía oírla. Y cada vez que se acercaba a una nueva bifurcación temía que aquella sería la última, que allí sería donde encontraría al muchacho con una daga clavada en el vientre.

Alia se acercó al siguiente nudo y miró en ambas direcciones. Allí no había *candelas*. La oscuridad lo cubría todo. Se disponía a llamarle de nuevo cuando, a su izquierda, un golpe seco resonó por los túneles seguido de un gemido lastimero.

—¡Deimos! —gritó adentrándose en el oscuro corredor.

El pasadizo era curvo, por lo que no podía ver lo que había al otro lado. Alia avanzó tanteando la pared hasta que una luz apareció en el extremo opuesto. Cuando se aproximó a ella descubrió al otro lado lo que parecía ser una especie de plaza circular. Era bastante grande, quizás veinte o veinticinco varas de diámetro, aunque podía ser incluso mayor, porque la única *candela* que colgaba del techo, en su centro, ni siquiera alcanzaba a iluminar el muro de piedra que la delimitaba.

A través de la estrecha boca del túnel Alia solo podía ver lo que se encontraba directamente frente a ella; y lo que vio fue a Deimos tendido en el suelo junto a la entrada de la plaza. A su lado, parte del contenido de la bolsa



se había desparramado, y fragmentos de cristal y metal brillaban sobre la basta roca.

Alia echó a correr hacia él, pero antes de alcanzar la salida del túnel algo la hizo detenerse. Ignoraba lo que le habría ocurrido a Deimos, pero cabía la posibilidad de que alguien le hubiese estado esperando junto a la entrada de la plaza, escondido tras la pared, y le hubiese atacado en cuanto la había cruzado. Por lo que ella sabía, en aquel momento podía haber una docena de personas esperándola para hacer lo mismo con ella.

No se había equivocado. El chiquillo les había conducido hasta una trampa. «¿Qué hago?», se preguntó.

Podía intentar salvar la distancia a la carrera y agacharse en el último momento para esquivar cualquier golpe que lanzasen contra ella. Sin duda el responsable ya estaría listo para descargar uno contra la próxima persona que se atreviese a adentrarse en la plaza. Si se movía lo bastante rápido, quizás podría incluso contraatacar antes de que el ladrón se diese cuenta de lo que estaba ocurriendo.

La otra opción era avanzar lentamente y sin hacer ruido, y tratar de sorprender a quienquiera que la estuviese esperando.

Pero Alia no era de las que se andaba con sutilezas.

Se agarró los faldones con ambas manos y echó a correr, y cuando llegó a la salida se lanzó al suelo y rodó hasta haber salvado la “zona de riesgo”. Se detuvo junto al caído Deimos y se volvió a tiempo para ver a un tipo enorme golpear con un garrote de madera el aire justo en el lugar en el que debería haber estado su cabeza. El bastón chasqueó contra la pared, haciendo saltar pedazos de roca y polvo, y el tipo dejó escapar un gruñido de frustración.

Alia ni siquiera se molestó en comprobar si había alguien más en la plaza. Toda su atención estaba centrada en el matón. Por suerte no había aterrizado lejos de donde la estaba esperando, y aprovechó la proximidad para descargar una patada contra una de las rodillas del tipo. El crujido de huesos resonó por toda la plaza, y solo fue acallado por los aullidos de dolor que profirió el matón al caer al suelo abrazado a su pierna.

El tipo había dejado de ser un peligro inmediato, por lo que Alia se volvió hacia Deimos. El muchacho estaba inmóvil, y un hilillo de sangre le recorría la frente. Por suerte seguía respirando. Alia comprobó su pulso. Era lento, pero regular. Con suerte el Génitor saldría de aquella solo con un chichón, aunque no envidiaba el dolor de cabeza que tendría cuando despertase.

—No creía que fueses tan estúpida —habló una voz desde la oscuridad. Pertenece a una mujer, y parecía proceder de todas partes. Alia la reconoció pese a que solamente la había escuchado en una ocasión antes de aquella tarde.

—¿En serio, Perníobe? —le soltó incorporándose y sacudiéndose el polvo del vestido. Alia exploró los alrededores buscando a la bruja con la mirada, pero no pudo dar con ella. La luz de la única *candela* que iluminaba la plaza no alcanzaba todos los rincones, y cualquiera habría podido ocultarse entre las sombras—. ¿Tan bajo has caído que ahora te dedicas a robar a los turistas?

—La culpa es tuya. Tu inesperada presencia en el Mercado me ha obligado a actuar de forma precipitada —siseó Perníobe.

Alia clavó sus ojos en el lugar del que parecía proceder la voz, y fue entonces cuando la vio. No podía distinguirla con claridad, porque la oscuridad parecía abrazarla y solo era posible intuir su silueta, pero estaba claro que era ella. La bruja avanzó un paso. Sus ojos centellearon en la negrura, y una sonrisa que era toda dientes se abrió paso entre las sombras. Por alguna razón, a Alia le hizo pensar en un gato.

Con el siguiente paso las tinieblas parecieron retroceder, dejando a la vista un vestido de color sangre con encajes de plata en el escote y una especie de cota de malla en las mangas. La luz arrancó destellos argentinos a la prenda, y Alia comprendió que no se trataba de una malla, sino de escamas plateadas. Un largo corte en el lateral de la falda, a la altura del muslo, dejaba a la vista una de sus largas piernas.

—Tengo entendido que me estás buscando —dijo la mujer con una sonrisa. Alia pudo ver entonces al chiquillo. Estaba tirado en el suelo, junto a la bruja, hecho un ovillo. Se sacudía como si estuviese sollozando, pero sus lágrimas eran mudas—. Así que he pensado facilitarte la tarea.

Un par de tipos aparecieron en ese momento por el túnel que había a su espalda, el mismo por el que había llegado ella. Ambos iban armados con cuchillos, y sus sonrisas sucias y desdentadas no prometían nada bueno. Alia creyó reconocer a uno de ellos. Le parecía haberlo visto en la taberna. Los recién llegados ayudaron a su compañero herido a ponerse en pie.

Alia recorrió la plaza con la mirada. Estaba claro que no podrían salir por donde habían entrado; y por desgracia aquella parecía ser la única vía de escape.

—Y la estúpida soy yo —dijo apoyando los puños en sus caderas y clavando sus ojos en Perníobe. No se atrevía a apartar la mirada de la bruja, pero tampoco quería darles la espalda a sus lacayos, así que retrocedió unos pasos hasta que todos ellos quedaron dentro de su campo de visión. Si alguno se movía, no la pillarían por sorpresa—. Ya intentaste acabar conmigo en una ocasión. ¿Qué te hace creer que esta vez tendrás más suerte?

—Ahora no tienes a Dagg para protegerte —respondió la hechicera. Parecía muy segura de sí misma.

Había algo extraño en el aire, una especie de hedor metálico que le cosquilleaba en la nariz y hacía que su lengua picara. Alia lo había captado al adentrarse en la plaza, aunque entonces había estado demasiado ocupada para prestarle atención. Pero ahora anegaba sus sentidos como si alguien los hubiese agudizado de repente. No lo reconoció enseguida, pero el olor la transportó al sótano en el que había visto por primera vez a Toth.

Un estremecimiento sacudió su cuerpo, y la muchacha apretó los puños para evitar que sus manos temblaran.

—¿Y por qué crees que le necesito? —le dijo a la bruja—. Si no recuerdo mal, no fue él quien te detuvo la vez anterior.

—¿Te refieres a la rata? —el desprecio que había en sus palabras era casi palpable. En cuanto había descubierto que la hechicera podía ser la responsable de la maldición, Alia había esperado poder acudir al palacio del Rey para interrogarla. Por lo que sabía, Ildo era el único capaz de mantener a su perra bajo control. Por desgracia el Rey de las Ratas no se encontraba allí en aquel momento para tirar de la correa—. Yo no le veo por ninguna parte —se burló la mujer—. De todas formas, no es como si su presencia fuese a cambiar el resultado. El viejo Ildo ya no es el que era. Desde que se deshizo del *Licandro* ha perdido el poco respeto que le tenía, y pronto perderá también su corona. Y la cabeza.

—Promesas, promesas, promesas —se burló Alia. No conocía bien a la bruja, pero si debía fiarse de su experiencia previa con ella, su impaciencia y su carácter volátil eran su mayor debilidad. Si conseguía hacerla estallar quizás lograría que se precipitase y cometiera un error—. Uno creería que a estas alturas ya controlarías el submundo, pero parece que pese a todo tu poder sigues siendo solo una triste lamebotas.

—Mocosa insolente —rezongó la bruja avanzando otro paso. Había algo a su espalda, un pequeño bulto en el suelo, pero estaba oculto entre las

sombras, por lo que Alia no habría sabido decir de qué se trataba—. Voy a arrancarte la piel y a hacerme unos guantes con ella.

—Oh, vamos, ¿en serio? —se burló Alia. Tenía que combatir su miedo con humor, o temía que se echaría a temblar. Después de todo, Perníobe era una hechicera con casi ciento cincuenta años de experiencia —y probablemente el mismo número de muertes— a sus espaldas—. ¿Unos guantes? Me he enfrentado a criaturas que han amenazado con comer mi carne y roer mis huesos. ¿Y tú crees que unos guantes van a asustarme?

—Hazte la valiente si quieres, chiquilla, pero no me engañas. Puedo oler tu miedo.

—¿No será tu perfume, lo que hueles? Porque no quería decir nada, pero parece que te hayas bañado en él. ¿Qué ocurre? ¿No hay aseos en el mercado y tienes que cubrir tu hedor con fragancias artificiales?

«¿Por qué no ataca de una vez?», se preguntó. Cualquier otro ya estaría lanzando hechizos contra ella, pero Perníobe ni siquiera había alzado un solo dedo. ¿A qué demonios estaba jugando?

—Quizás seas tú quien me tiene miedo, anciana. ¿Acaso la gran Acaoria Nimedia de Pérnica está asustada de una simple aprendiz?

—Conoces mi nombre —se sorprendió Perníobe—. ¿Te lo dijo Dagg?

—¿Por qué crees que toda mi vida gira en torno a Suri? —le soltó Alia cruzándose de brazos con fingida irritación—. Parece que sigues un poquito obsesionada con él. ¿Es porque te enamoraste y él te rechazó? —Alia ni siquiera sabía si era cierto, pero por lo poco que le había contado el mago sospechaba que eso era precisamente lo que debía haber ocurrido. La forma en que la bruja apretó los dientes le confirmó que aquello no debía encontrarse muy lejos de la verdad—. Te recuerdo que soy una estudiante de la Academia, y que tengo acceso a cientos de volúmenes de historia —prosiguió Alia—. Y cuando alguien me amenaza de muerte, me gusta saber a quién me enfrento. Por cierto, tu nombre aparecía en un libro muy, muy, muy antiguo —sonrió con malicia—. Y debo admitir que el sobrenombre de Arpía de Vitacura te viene como anillo al dedo. ¿Quién te lo puso, un antiguo amante?

Perníobe alzó una mano, pero se contuvo.

«¡Ataca de una vez!», gritó Alia dentro de su cabeza.

—¿Sabes? Una de mis profesoras, Lolana Siseido, aún se acuerda de ti —siguió pinchándola, tratando de hacerla reaccionar—. Dice que siempre fuiste

una oportunista con más ambición que talento.

—¿La vieja zorra sigue con vida? —se sorprendió Perníobe—. Quizás le haga una visita más tarde, cuando haya acabado contigo. Aún tengo cuentas pendientes que saldar con ella. Pero ahora...

La bruja hizo un gesto con la mano, pero no para trazar símbolos, sino para indicar a sus secuaces que avanzaran. Alia les vio moverse por el rabillo del ojo. Uno de ellos jugueteaba con su cuchillo, cambiándoselo de una mano a la otra. El otro sujetaba el suyo con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos. El tercero seguía apoyado contra la pared, donde lo habían dejado sus compañeros. Alia no creía que pudiese moverse.

—Lo que suponía. Eres tan cobarde que vas a dejar que otros hagan tu trabajo— le espetó—. Matones y chiquillos —sacudió la cabeza—. Te escondes tras matones y chiquillos.

—Te equivocas, niña —respondió la hechicera con una sonrisa siniestra en los labios—. El chiquillo solo era un medio para atraer tu atención. Cuando he descubierto que me estabas buscando me he visto obligada a improvisar. El mocoso me ha sido útil. El pobre habría hecho cualquier cosa para proteger a su hermanita, ¿verdad? —dijo dándole una patada al crío, que seguía acurrucado en el suelo, temblando y sollozando—. Pero no me escondo; es que no quiero mancharme las manos con basura del Imbornal.

Alia había empezado a volverse hacia los secuaces de Perníobe, pero al escuchar sus palabras se detuvo. ¿Dónde las había oído antes? ¿Quién la había llamado así?

«Pernaces», pensó. «La noche de la fiesta».

¿Sería posible?

Los matones avanzaron un cauteloso paso hacia ella.

—Adelante —les instigó Alia alzando las manos, preparándose para lanzar el primer hechizo—. A ver de lo que sois capaces.

—Que ese sea tu epitafio, pues —respondió la bruja con una risotada siniestra.

—No —gimió Deimos con voz quebrada—. Alto.

Alia se volvió hacia el muchacho, que seguía tirado en el suelo, aún sangrando. Una de sus manos estaba extendida, y señalaba hacia algún lugar en el suelo, cerca de la pared. Alia la siguió con la mirada. Las sombras eran densas allí, por eso hasta que no se fijó no vio el trazo rojizo que alguien

había dibujado a una vara del linde. Pequeños símbolos aparecían trazados aquí y allá, como ideogramas de un enorme *táumator*.

Fue entonces cuando reconoció el acre aroma que el perfume de Perníobe no había logrado ocultar del todo.

Sangre.

—*Sello sangriento* —murmuró Deimos. El muchacho trató de incorporarse, pero sus piernas flaquearon y volvió a caer al suelo—. Te devolveré lo que le lances —le advirtió.

—Magia de sangre —gruñó Alia girándose hacia la bruja.

Perníobe chasqueó la lengua.

—Vaya —suspiró—. Tu amigo acaba de quitarle toda la gracia. ¿Tienes idea de cuánto me ha costado completar el *sello*? —dijo acariciándose los labios con un dedo. Hasta ese momento Alia había creído que la hechicera llevaba guantes del mismo color que el vestido, pero entonces se dio cuenta de que el rojo de sus manos era sangre—. Creo que solo por eso voy a destriparte lentamente —añadió mirando a Deimos. Entonces hizo otra señal a los matones, y los dos se pusieron de nuevo en movimiento—. Chiquilla estúpida. No deberías haber venido tú sola.

—Por si no te has dado cuenta, no estoy sola —la corrigió ella.

—¿Lo dices por tu amigo, el ratón de biblioteca? —se rió Perníobe—. Dudo que en su estado, y sin poder utilizar su magia, te sea de mucha utilidad.

—No me refería a él —sonrió Alia—. ¿Weep?

—Weep —respondió el lagarto desde algún lugar de la plaza.

—¡Matadles! —gritó Perníobe, su sorpresa convertida en furia.

Uno de los sicarios se lanzó hacia Alia. El otro avanzaba hacia Deimos, que por fin había conseguido ponerse en pie. El aire entre ellos pareció fluctuar, y Weep se materializó frente al tipo que se dirigía directamente hacia Alia.

El lagarto saltó hacia el sicario, se colgó de su brazo y cerró su mandíbula en torno a su muñeca, hundiendo sus afilados dientes en la carne. El tipo profirió un aullido de dolor. Sangre brotó de la herida. El cuchillo le resbaló entre los dedos y cayó al suelo.

Alia ya se había puesto en movimiento, y cuando se lanzó hacia el matón ya tenía su daga en la mano. El tipo ni siquiera la vio moverse, estaba demasiado ocupado tratando de librarse de Weep, por eso no pudo esquivar la hoja que

se clavó en su muslo. El alarido que profirió resonó por la plaza como un aullido cuando la sangre manchó sus pantalones.

No contenta con haber reducido al primero, Alia rodó sobre sus pies y lanzó un tajo circular contra su compañero. La hoja silbó al cortar el aire, y no se detuvo hasta morder el brazo del gorila.

El inesperado dolor le hizo titubear, y Deimos aprovechó su momentánea confusión para atacarle. El Génitor podía parecer un muchacho escuálido, pero era más fuerte de lo que aparentaba, y cuando lanzó el puño contra la mandíbula del tipo lo hizo descargando todo su peso en él. El impacto hizo que el hombre se tambaleara y perdiera el equilibrio.

—¡Hatajo de inútiles! —chilló Perníobe— ¡Acabad con ellos de una vez!

Weep gruñía y forcejeaba como una fiera salvaje, sujeto al brazo del matón con sus pequeñas y afiladas uñas. Sus mandíbulas estaban cerradas con tanta fuerza que ni siquiera las sacudidas del tipo conseguían que aflojara su presa. El lagarto agitaba la cabeza con tanta violencia que acabó por arrancarle un pedazo de carne. Tras eso, las ganas de luchar del sicario desaparecieron casi tan rápidamente como lo hizo él.

El otro se había recuperado ya del puñetazo de Deimos, pero tras ver el estado en el que había quedado su compañero se lo pensó dos veces y lo siguió hasta el túnel.

El tercero había desaparecido hacía rato.

Alia suponía que se habría arrastrado corredor abajo tras empezar la escaramuza.

Cuando el último matón se perdió en la oscuridad, Alia se volvió hacia Perníobe.

La hechicera ya no sonreía.

—¿Eso es todo? —la azuzó.

La bruja había retrocedido hasta colocarse junto al chiquillo. Entonces se agachó junto a él y le agarró del pelo, obligándole a levantarse. Cuando lo tuvo donde quería cerró una de sus manos ensangrentadas alrededor de su raquítico cuello.

—Te lo concedo, me has sorprendido —dijo la mujer—. Y eso no sucede a menudo. —Perníobe trataba de mantener la calma, pero la tensión empapaba sus palabras—. Ahora pídele a esa cosa que se marche, o le romperé el cuello al mocosito.

Alia ignoró su orden.

—Hablo en serio —insistió Perníobe—. Ya he matado a su hermana —dijo haciéndose a un lado y dejando a la vista el bulto informe que había mantenido oculto tras ella. Ahora que sabía de lo que se trataba, Alia reconoció el cuerpo roto de una pequeña chiquilla algo más joven que el ladronzuelo. Estaba envuelta por un halo oscuro. «Sangre», pensó con un estremecimiento—. Por desgracia para ella, la necesitaba para el ritual.

—Maldita hija de perra —renegó Alia avanzando un paso hacia la bruja de forma amenazadora. Lágrimas de rabia velaban sus ojos—. ¿Y te consideras a ti misma humana?

Perníobe sonrió de forma despectiva y siguió retrocediendo.

—Solo es una rata de alcantarilla —escupió—. Las hay a montones en el lugar del que salieron estas dos.

En cuanto sus pies cruzaron por encima del círculo de sangre la hechicera alzó una mano enjoyada y empezó a trazar un *táumator*. El crío trataba de resistirse, pero la bruja le tenía bien sujeto. Y cuando su agarre se hizo más salvaje, el ladronzuelo dejó de luchar.

Perníobe le estaba asfixiando.

No podía permitirselo.

Sin preocuparse por su propia seguridad se lanzó a la carrera hacia la bruja, y antes de que la mujer pudiese completar el hechizo Alia hundió su mano entre los símbolos, interrumpiéndolos, y sintió como la magia chisporroteaba entre sus dedos. Los ideogramas se disiparon como si nunca hubiesen existido.

—¡No! —aulló Perníobe retrocediendo otro paso y alzando de nuevo la mano.

Pero Alia no pensaba permitirle tomar aliento.

Aún tenía la daga en la mano, y sin pensar en las consecuencias la empujó contra el vientre de la hechicera. Perníobe reaccionó a tiempo y consiguió detenerla antes de que la hoja se hundiese en su carne, pero para ello tuvo que soltar al niño. El ladronzuelo cayó al suelo entre pesadas inhalaciones, y se quedó mirándolas con los ojos muy abiertos. Entonces echó un vistazo al cuerpo sin vida de la niña, y Alia vio las lágrimas empapando su rostro.

Quizás el crío siguiese afectado por la muerte de su hermana, pero no era tonto. Sabía que quedarse allí podía costarle también a él la vida. Y arrastrándose como pudo, medio corriendo medio gateando, alcanzó el túnel y se perdió en la oscuridad.



—Pagarás por esto —gruñó Alia frente al rostro de la hechicera.

Perníobe desenfundó su cuchillo con tal celeridad que Alia no lo vio hasta que el frío acero mordió la piel de su antebrazo. El corte no era profundo, pero escocía. Ignorando el dolor, Alia agarró a la mujer por la muñeca para retorcerle el brazo y obligarla a soltar el arma, pero Perníobe la tenía bien sujeta.

En ese momento deseó ser mucho más fuerte de lo que era.

Deseó poder pulverizarle los huesos a la bruja.

Hacerla gritar.

Y para su sorpresa, eso fue exactamente lo que ocurrió.

Alia sintió un súbito aumento de poder en su interior, y de repente su mano parecía estar hecha de acero. La muñeca de Perníobe se partió con un chasquido, y la hechicera bramó de dolor. Su cuchillo cayó al suelo, y la mujer retrocedió sosteniéndose la destrozada mano contra el pecho.

—Maldita pordiosera —gruñó. Y eso fue lo último que pudo decir, porque a continuación Alia le hundió el puño en la boca, arrancándole cuatro dientes.

—Eso es por lo que le has hecho a la niña —escupió.

La bruja cayó al suelo hecha un ovillo, protegiéndose la cabeza con ambas manos, derrotada. Pero aún seguía siendo peligrosa, Alia no se engañaba. Así que la cogió de las manos, primero una y después la otra, y apretó con fuerza hasta que oyó crujir sus dedos.

Perníobe no volvería a usar su magia contra nadie.

—Basta, por favor —gimió. La sangre manaba de su boca desdentada—. Ten piedad.

—¿Piedad? —gruñó Alia—. ¿Igual que tú la has tenido con esa niña? Debería seguir golpeándote hasta que tu cabeza no fuese más que un guiñapo sanguinolento —le dijo. Estaba tentada de hacerlo. Incluso había alzado el puño para descargarlo de nuevo contra ella. Pero algo la detuvo.

No algo; alguien.

Suri.

«No eres una asesina», creyó oírle decir. Pero eso no era posible. Suri no estaba allí.

Alia se volvió hacia Deimos creyendo que había sido él quien había hablado, pero el Génitor la observaba en silencio, casi como si esperase verla descargar el siguiente golpe.

Era extraño. Su gesto era contenido, pero sus ojos casi parecían incitarla a

hacerlo.

—Quiero respuestas —le dijo a Perníobe—. Dime la verdad y quizás te permita seguir viviendo. ¿Fuiste tú quien preparó la *sombra de Hades*?

Perníobe la fulminó con la mirada.

—¡Responde! —gritó Alia alzando el puño por encima de su cabeza.

—Sí —admitió la bruja. Su cuerpo podía estar roto, pero su mirada seguía siendo desafiante.

—¿Quién te la encargó? ¿Quién quiere verme muerta?

En lugar de responder, la hechicera se rió.

—¿Weep, por qué no le enseñas a esta bruja algunos modales? —sonrió Alia. El lagarto se acercó a Perníobe y chasqueó sus dientes junto a su rostro, siseando.

—No tienes ni idea de a quién te enfrentas, campesina —le advirtió la mujer.

—Esta campesina acaba de darte una paliza —le recordó ella—. Así que ¿por qué no respondes y te ahorras algo de dolor?

—Estás muerta, y aún no lo sabes —prosiguió la hechicera. Entonces se echó a reír—. Y todo por un puñetero medallón.

—¿Qué? —parpadeó Deimos. Parecía confundido.

—¿El medallón? —titubeó Alia. Casi de forma inconsciente se llevó la mano al camafeo de oro y obsidiana que colgaba de su cuello.

—Sí, el medallón. El sello de la Casa Tardicán.

—Esa Casa no existe. Tu Rey mintió.

—Claro que no existe, estúpida. Se extinguió al morir su último descendiente varón. Pero el linaje aún perdura.

—Yo no soy una Tardicán —negó Alia—. Mi familia no es de origen noble.

—Nadie ha dicho que lo seas, pordiosera.

—Entonces ¿cuál es su relación conmigo?

—Nunca debiste robárselo a su legítima propietaria. Ese camafeo ha pasado de madre a hija durante los últimos trescientos años, y su dueña quiere recuperarlo. Te matará por ello, ¿lo sabes? —rió.

—¿Quién es? —preguntó de nuevo, esta vez agachándose frente a ella para poder mirarla a los ojos— ¿A quién pertenecía antes de ser de mi madre?

—Nunca fue de tu madre, pequeña ladrona. Ella solo lo encontró y se apropió de él.

—¿Quién? —insistió Alia agarrándola del cuello.

—Ya la conoces—sonrió Perníobe de forma siniestra—. Por lo que he oído decir, incluso has estado en su casa. Se cuenta que estuviste a punto de hacerla caer.

La respuesta la golpeó como un mazazo.

—No —negó con la cabeza—. No es posible.

—Me temo que sí. Y Lady Libitina no va a detenerse hasta que lo recupere.

—No —repitió Alia. Se negaba a creer que la madre de Bri...

Aunque pensándolo bien, tenía sentido.

Si la madre de Pernaces era quien había encargado la maldición, tenía que haber sido él quien la había lanzado contra ella. Eso parecía confirmar sus sospechas.

Pero ¿de verdad todo aquello había sido solo por el medallón?

¿Qué clase de desequilibrada intenta matar a alguien para recuperar una reliquia?

Perníobe volvió a reír cuando vio la confusión en su rostro.

—Sigues sin entender nada, niña estúpida.

— Alia, vámonos—la apremió Deimos—. Este lugar no es seguro. Sus esbirros podrían regresar en cualquier momento.

—Que desperdicio —sacudió la bruja la cabeza—. Y pensar que Suri se sacrificó por ti... Podría haber reinado a mi lado, y en cambio te eligió a ti, una campesina. Una aberración.

—Alia, vámonos —insistió el Génitor—. La dejaremos aquí encerrada y avisaremos a la Inquisición para que vengan a recogerla.

—¿Y si escapa? —susurró la joven—. Lleva más de un siglo escondiéndose de ellos—. Alia se volvió hacia el cuerpo inerte de la niña—. ¿Cuántos inocentes han muerto por su culpa? ¿Cuántos más deben morir para que ella pueda seguir viviendo?

Perníobe se removió inquieta en el suelo. Ahora parecía asustada. Quizás creía que Alia tenía su misma sangre fría y que pretendía acabar con ella.

Pero bajo aquella máscara de cobardía se escondía una sonrisa mal disimulada.

—Solo una más —respondió la bruja. Y antes de darse cuenta de lo que estaba pasando Perníobe cerró una de sus destrozadas manos alrededor de su antebrazo.

Alia no entendía como la hechicera podía tener fuerzas suficientes para

sujetarla. Sus dedos debían ser un montón de huesos fracturados, pero su presa parecía de acero.

Entonces lo sintió.

Primero fue como un cántico lejano, como una melodía que resonaba en el interior de su cabeza sin molestarle antes en pasar por sus oídos. El aire se espesó, y de pronto le costaba respirar.

—Tu vida será mía —masculló la hechicera.

El chasquido de huesos se hizo audible, y Alia pudo sentir como sus dedos se recomponían lentamente bajo su piel.

Perníobe se estaba recuperando.

La cabeza empezó a darle vueltas, y sintió que las fuerzas la abandonaban. ¿Qué estaba ocurriendo?

—¡Basta! —oyó gritar a Deimos.

La magia, su magia, la estaba abandonando.

Le costó un poco percibirlo, pero en cuanto detectó la fuga supo que se encontraba en su herida; la misma que Perníobe le había hecho con su daga y que ahora tenía cubierta con la mano.

«Me está drenando», comprendió. «Está usando hemomancia para robar mi magia».

Una avalancha de pánico cayó sobre ella.

No sabía qué hacer, ni cómo evitar que la mujer siguiese robándole la vida.

—Concéntrate —susurró una cálida y firme voz—. No te dejes llevar por el pánico.

¿Lo estaba soñando, o alguien le estaba hablando al oído?

«Deimos».

Podía sentir su presencia como lo había hecho la noche del combate, cercana y poderosa. No recordaba haber percibido entonces tanta magia en el interior del muchacho, pero ahora parecía brillar como la luna llena en una noche sin estrellas.

—Puedes detenerla. Tú eres la dueña de tu magia.

Era cierto. Aquella era su magia, y no pensaba permitir que Perníobe se la robase para usarla en su contra y seguir matando.

Pensó en lo ocurrido la noche de la fiesta, en cómo había absorbido toda la magia del ambiente para acumular poder. Aquello no era muy distinto. La única diferencia residía en que ahora tenía un lugar del que tomarla.

Se concentró en su herida, en la energía que fluía a través de ella desde su

cuerpo hacia el de la hechicera, y deseó que el flujo se invirtiera. Lentamente sintió como la energía regresaba a su cuerpo.

—¡No! —chilló Perníobe cuando entendió lo que estaba pasando.

Pero ni siquiera eso la hizo detenerse. Alia siguió tomando, y tomando, y tomando, hasta que no quedó nada más que tomar.

Cuando abrió los ojos —ni siquiera se había dado cuenta de que los había cerrado—, el cuerpo marchito de la bruja estaba tendido en el suelo sin vida. Hebras de cabello negro se habían desprendido de su cabeza, y los pocos que aún estaban pegados a su cráneo eran del color de la leche. Su rostro, antes afilado y hermoso, era ahora una máscara de cuero reseco que parecía haber sido moldeada sobre un esqueleto. La mano aferrada a su antebrazo chasqueó y se convirtió en polvo cuando Alia intentó liberarse de ella.

Perniobe había muerto. Lo único que quedaba ahora de la bruja era un cascarón consumido que apenas llenaba el elegante vestido.

—Dioses —murmuró Deimos. En su voz había una mezcla de asombro y reverencia.

Alia se incorporó y se sacudió el polvo—. La has matado —balbuceó.

—No. Solo he recuperado lo que pretendía arrebatarme —escupió Alia volviéndose hacia él—. Y puede que algo más.

—La has dejado seca.

—He hecho justicia —le corrigió.

Y tras echar un último vistazo al cuerpo de la niña, empezó a caminar hacia la salida.

Deimos recogió su bolsa y corrió tras ella. Weep se les unió poco después. El animal le olisqueó la mano y le lamió la sangre de los dedos con su lengua bífida antes de camuflarse con la roca y desaparecer de su vista.

—¿Qué era eso del medallón? —le preguntó—. ¿Qué es lo que no me has contado?

—Mi madre me dejó este broche —le explicó ella sacando el colgante de debajo de su blusa—. Al parecer no era suyo. Todavía no sé cómo llegó a sus manos, pero estoy dispuesta a averiguarlo.

—¿Cómo?

—Preguntándole a su legítima propietaria —dijo Alia muy segura—. Voy a la mansión de los Minari. Si de verdad Libitina lo quiere de vuelta, voy a darle la oportunidad de recuperarlo. Pero antes voy a averiguar cómo lo consiguió mi madre.

## La cábala

Bonaserra paseaba de forma nerviosa por la pequeña habitación con toda su atención centrada en Triano. El muchacho le estaba relatando la conversación que había mantenido con su abuela. Pero su gesto era ausente, como si estuviese sumida en sus propios pensamientos. Se limitaba a asentir de vez en cuando de forma distraída, como si las teorías que estaba exponiendo el agente encajasen en lo que ella misma había deducido por su cuenta.

Era como si ya supiese lo que Lady Camerelis les había contado.

Triano pensó que quizás la capitana estaba mejor informada de los entresijos del Juego de lo que le había dado a entender; que solo le había enviado a hablar con su abuela para confirmar si lo que la anciana sabía coincidía con sus propias sospechas. Eso tendría sentido. Partía Bonaserra era de esa clase de personas a las que les gusta jugar con un as en la manga; de las que hacen creer a los demás que saben menos de lo que en realidad saben, y luego explotan esos conocimientos en su favor.

Tarnika estaba sentada en una de las butacas del salón en una postura indolente. Se había deshecho de su *glamour*, y las lianas de su cabello se sacudían sobre sus hombros y alrededor de su cabeza como agitadas por una brisa invisible. El efecto era hipnótico, y Triano no parecía poder apartar sus ojos de ella.

Eso le preocupó, porque hizo que la advertencia de su abuela acudiese a su mente.

No era verdad que hubiese estado mirando a la joven de forma distinta; o al menos a él no se lo parecía. Sí, era cierto que Tarnika era hermosa incluso sin su *glamour*. Triano no entendía como una criatura de piel verde y ojos rojos podía resultar tan grácil y femenina y a la vez tan peligrosa y letal. Quizás era precisamente esa combinación la que la hacía tan fascinante. Pero de ahí a decir que se sentía atraído por ella...

Bueno, si debía ser completamente sincero, tal vez la joven sí que le atraía un poco. Pero Tarnika era una *lorkin*, una criatura de otro mundo, de otra especie. Pensar en ella de esa forma era... peligroso.

Aun así se preguntó si Lady Camerelis tendría razón, si de verdad la muchacha le miraba a él de la misma forma. La idea de que pudiese ser así

hizo que su estómago aleteara como una bandada de estorninos.

«No», se dijo. «Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos. No es momento de pensar en eso». Así que alejó esa ridícula idea de su cabeza y esperó a que la capitana procesara la información que acababa de darle.

—Esto es peor de lo que creía —dijo finalmente Bonaserra—. Si de verdad esos estúpidos están aceptando la ayuda de los agentes de Korro'th, son mucho más cortos de miras de lo que creía. ¿Acaso no se dan cuenta de lo que están haciendo?

—Dudo que la mayoría sean capaces de ver más allá de sus propias ambiciones —dijo Triano.

—No subestiméis el poder de persuasión de Korro'th —les advirtió Tarnika—. En mi mundo no existen las mismas jerarquías socioeconómicas que en el vuestro, y a pesar de ello el Señor de la Guerra se las arregló para manipular a unos pocos de los nuestros.

—Lo dices como si fuese el propio Korro'th quien los ha convencido personalmente para darles su apoyo —dijo Bonaserra.

—No me sorprendería —respondió la muchacha—. Cuando he visitado las mazmorras de Charnok he descubierto una *sangría*, una vía de comunicación abierta entre vuestro mundo e Imperia; y la voz que procedía de ella era la del propio Korro'th. Tal vez la esté usando para comunicarse con sus seguidores; o para hablar a través de uno de ellos usando su cuerpo, de forma parecida a como lo hizo el traidor con el de Lady Pizcazu.

—¿Te refieres a una *posesión*? —se sorprendió Triano.

Tarnika se encogió de hombros.

—Es posible. El Señor de la Guerra domina muchas clases de magia, y es capaz de lograr cosas que a los tuyos pueden parecerles irrealizables.

—Ese pensamiento no resulta en absoluto tranquilizador —intervino Bonaserra— Pero puesto que de momento solo es una conjetura, será mejor que nos centremos en lo que sabemos con certeza. O al menos en lo que sospechamos que puede ser cierto —se corrigió enseguida—. Necesitamos averiguar más cosas sobre esa cábala, si es que existe en realidad. Es necesario descubrir quienes forman parte de ella, cuáles son sus intenciones y si tienen algo que ver con el incremento de ataques de criaturas demoniacas en las últimas semanas. Algo me dice que Jamilo no será nuestra última

víctima. Si conseguimos identificar al resto de los componentes de ese grupo, quizás podamos evitar más muertes.

—Es posible que ya sea tarde para eso —señaló Tarnika—. Cuando salíamos de la mansión de su abuela he detectado un hechizo de magia de sangre. No sabría precisar dónde ha sido lanzado, pero mis sentidos me indican que ha ocurrido cerca del río. Quién sabe, quizás ha sido en la propia fortaleza.

—Eso no suena bien— masculló Bonaserra—. Tendremos que mantenernos alerta por si mañana nos sorprende la noticia de otra muerte “accidental”. Mientras tanto, tenemos otras preocupaciones. En la última semana ha habido seis ataques más, casi uno por día, y no hemos sido capaces de capturar a las criaturas responsables. Diablos, ¡ni siquiera tenemos una triste descripción! ¿Cómo sabemos que no nos encontramos ante otra partida de caza como la que enviaron hace cinco meses?

—Porque de ser así, yo lo sabría —le recordó Tarnika—. Esos ataques no tienen nada que ver con las muertes de esos magos.

—Que nosotros sepamos —la corrigió Bonaserra—. Pero investigarlos mantendría nuestra atención dividida, así que de momento los dejaremos en manos del resto de agentes de la Brigada. Nuestro propósito es conseguir más información sobre esa cábala.

—Creo saber de qué forma hacerlo —dijo Triano para sorpresa de ambas mujeres—. Aunque puede resultar peligroso.

—¿Y qué parte de nuestro trabajo no lo es? —le recordó Bonaserra.

La idea se le había ocurrido tras descubrir que su compañero, el Inquisidor Remo Barlán, era uno de los traidores.

Aún no se hacía a la idea de que el tímido y apocado Remo fuese un nigromante. En la Academia siempre había sido uno de los más responsables, el típico estudiante aplicado que tiembla ante la idea de saltarse una sola norma. ¿Qué le habría ocurrido para acabar así? ¿Qué habría empujado al muchacho a traicionar a su gente? Su familia no era de las más poderosas de Hefestia, pero su Casa tampoco estaba en declive. Remo era el cuarto hijo de Lord Barlán. ¿Acaso había sido su ambición la que le había empujado a hacerlo?

Desde luego, Triano no había esperado algo así de él.

—Creo que puedo infiltrarme en esa cábala.

Para su sorpresa, la única que expresó su disconformidad con el plan fue



Tarnika.

—Has perdido el juicio, humano —le soltó—. ¿Olvidas que los Inquisidores descubrieron mi presencia en la fortaleza? Saben quién soy, lo que soy en realidad. Y te recuerdo que tu amigo nos vio juntos, así que es probable que ya sospeche de ti. ¿Acaso les crees tan estúpidos como para permitirte conocer sus planes cuando saben que trabajas conmigo?

—En realidad eso no tiene por qué ser así —la interrumpió la capitana. Su sonrisa confiada parecía indicar que sabía algo que ellos ignoraban—. Cuando preparé la falsa autorización tuve en cuenta que algo parecido podía llegar a ocurrir. Después de todo estamos hablando de Charnok; no había forma de estar seguros de que no te descubrirían —añadió mirando a Tarnika.

—¿Y a pesar de todo, me permitiste ir? —preguntó la *lorkin* con los labios apretados.

—Era un riesgo que valía la pena correr —replicó Bonaserra.

—Porque no era tu vida la que estaba en peligro, anciana —protestó la muchacha.

—Sea como sea —continuó la capitana ignorando las protestas de Tarnika—, hay una forma de alejar las sospechas de Triano. Llamaré a central y les pediré que emitan una orden de búsqueda y captura contra Vindora Krete. Como recordaréis, la identidad que le proporcioné a Tarnika era la de una consultora civil, alguien no relacionado con la Brigada. Eso nos permitirá desligarnos de ella. Diremos que nos engañó, que nos utilizó para poder infiltrarse en la fortaleza, y que no descubrimos que en realidad se trataba de una *lorkin* hasta después de vuestra visita. Quizás eso nos haga parecer un hatajo de idiotas por haber permitido que nos engañasen de esa forma, pero al menos nadie dudará de tu lealtad. Dejaré claro que fui yo quien te ordenó acompañarla, que tú ni siquiera la conocías antes de esta mañana. Eso debería bastar.

—Pero eso te pondrá en el punto de mira de la Inquisición —le hizo notar Tarnika—. Por lo que dijiste, ya desconfían de ti. Si averiguan que le facilitaste la entrada a Charnok a un *lorkin*, los Inquisidores se te echarán encima. Puedes perder tu trabajo, o incluso ser acusada de traición.

—Me temo que ya es demasiado tarde para preocuparse por eso —suspiró Bonaserra—. La Inquisición ya sabe que la Brigada es la responsable de tu presencia en la isla, ya sea a propósito o por desconocimiento. No me sorprendería que mañana, en cuanto llegue a la central, me estén esperando

para interrogarme. Al menos admitiendo mi culpa conseguiré que las sospechas no recaigan sobre Triano.

—Jefa, no puede hacerlo —protestó el muchacho.

—Es nuestra única opción. Cuando decidí permitir que visitarais a Lady Pizcazu ya sabía que algo así podía ocurrir. No te preocupes por mí —trató de tranquilizarle—. Saldré de esta. Soy como un gato: siempre caigo de pie. Preocúpate más por tu propia seguridad. Si de verdad vamos a infiltrarte en esa cábala, tu vida corre más peligro que la mía.

—Entiendo lo que queréis hacer —dijo Tarnika—. Pero no cómo pretendéis hacerlo.

—Bueno, si es cierto que esa gente está ofreciendo su lealtad a Korro'th a cambio de poder e influencia, en realidad Triano es el candidato perfecto —le explicó Bonaserra.

—No olvides que soy el hijo menor de los Erístide —prosiguió el muchacho—. Eso me impide aspirar a una posición de poder en mi familia. Pero si algo les ocurriera a mis hermanos...

Tarnika exhaló pesadamente y sacudió la cabeza.

—Nunca entenderé a los humanos —dijo más para sí misma que para los otros dos.

Como cada mes, la promoción del noventa y ocho se reunía aquella noche en la taberna de Karmajong. No todos estarían presentes, pero Triano estaba seguro que Barlán no faltaría a la cita. Algo le decía que Remo estaba usando esas reuniones para captar miembros para su causa, y que había sido así como había intentado convencer a Trimón Legolia para que se uniese a ellos.

Triano sospechaba que los traidores le habían propuesto a Trimón lo mismo que les habían ofrecido a Berudia, Orzam, Jamilo y a todos los demás: la posibilidad de amasar poder librándose de alguno de los miembros de su familia. Pero a diferencia de los otros, Legolia era un ser humano decente. Ya durante su época en la Academia Trimón había demostrado mucha más entereza e integridad que la mayoría de sus compañeros, y era uno de los pocos jóvenes Hefestianos que no solo se llevaba bien con sus hermanos mayores, sino que además aceptaba su posición en el seno de su familia. Trimón no poseía la ambición de algunos de sus compañeros, e incluso le

había comentado a Triano en una ocasión que se estaba planteando seriamente abrazar el sacerdocio como forma de vida.

No, si alguien se había acercado a él para proponerle participar en aquella conjura, Triano estaba seguro que su amigo se habría negado.

Por desgracia, era bastante probable que su negativa le hubiese costado la vida.

La sala que la taberna reservaba para ellos el tercer jueves de cada mes se encontraba ya abarrotada pese a que solo tres cuartas partes de su promoción se hallaban presentes. Triano recibió un saludo colectivo cuando cruzó la puerta, y a continuación sus compañeros fueron dándole la bienvenida uno por uno.

Como había esperado, Barlán se encontraba allí; y cuando el joven Inquisidor se acercó a él para estrechar su mano lucía una sonrisa ácida en los labios.

—Parece que tu superior está en problemas —le dijo. Triano tuvo que contener la mueca que a punto estuvo de asomar a su rostro.

—Dímelo a mí —respondió él ciñéndose a su papel—. ¿Te lo puedes creer? ¡Dejarse engañar de esa forma por un *lorkin*!

La información había corrido como la pólvora tras hacerse pública la orden de busca y captura contra la falsa Vindora Krete. El nuevo Inquisidor Supremo, Shesmu Molokai, había pedido la cabeza de Bonaserra, pero el comisario Nigura, el responsable de la Guardia Hefestiana, de la que dependía directamente la Brigada, se había negado a complacerle. Aun así, aquel supuesto error de juicio le había costado a Bonaserra su cargo.

Y por si aquello no fuese ya bastante malo, durante la semana posterior a su visita a Charnok la Brigada había tenido que investigar cinco nuevos ataques demoniacos en la ciudad. O se trataba de una de las peores casualidades en la historia de la Brigada, o alguien estaba tratando por todos los medios de desprestigiarles.

Tarnika no había detectado ninguna brecha más entre realidades, por lo que las criaturas no podían haber llegado a Hefestia a través de una *vía*. La muchacha estaba convencida de que esos seres ya debían encontrarse en la ciudad; quizás ocultos del resto del mundo por uno de esos magos. O tal vez habían sido invocados en algún otro lugar y luego traídos a la capital para cumplir con su cometido. Fuera como fuese, algo le decía que la *lorkin* se equivocaba, y que los ataques sí estaban relacionados con la cábala.

—Ha tenido suerte de que solo la hayan degradado —le dijo Barlán—. Cualquiera otro habría acabado en una de nuestras celdas por permitir que ocurriese algo así.

—Vamos, Barlán. ¿No creerás de verdad que la capitana sabía que Krete era una *lorkin*? Tal y como yo lo recuerdo, el demonio consiguió engañarnos también a nosotros. Si no me equivoco, tú incluso coqueteaste con ella —le pinchó Triano. Para su sorpresa, Barlán se sonrojó.

—Tienes razón —se vio obligado a admitir—. Su disfraz era muy bueno. No entiendo como las defensas de la fortaleza no fueron capaces de detectarla.

—Esos monstruos llevan siglos moviéndose entre nosotros —le recordó Triano—. Seguro que están acostumbrados a esconderse a simple vista. A saber dónde más habrán conseguido infiltrarse.

—Deberíamos acabar con ellos de una vez por todas. Lord Molokai sospecha que tienen un bastión en Hefestia, un refugio secreto. Llevamos meses buscándolo, desde que aquella fulana consiguió colarse en la Academia para ayudar a sus cómplices durante el ataque, aunque hasta el momento no hemos tenido suerte.

Triano apretó los dientes y contuvo su rabia. Sabía que estaba hablando de Tarnika. A saber qué otras mentiras habría inventado la Inquisición sobre su presencia en la ciudadela. Y todo para justificar la persecución de sus congéneres.

—¿*Lorkin* en Hefestia? —preguntó Triano simulando un falso estremecimiento—. Dioses, dónde vamos a ir a parar.

La reunión se alargó hasta bien entrada la madrugada. Triano ya estaba acostumbrado a que en aquellos encuentros la mayoría de sus compañeros se dedicase a beber, a discutir de política y a despotricar contra sus propias familias. Era lo habitual.

Poco a poco los antiguos alumnos de la promoción del noventa y ocho fueron marchándose, y pronto solo quedaron un puñado de ellos. Triano había rellenado su copa en más ocasiones de las que recordaba, pero cada vez que lo había hecho había utilizado la pequeña piedra que Tarnika le había prestado para transmutar el alcohol en agua, por lo que su mente estaba tan

lúcida en aquel momento como lo había estado al principio de la noche. Simular estar ebrio para beneficio de sus compañeros no fue complicado.

Durante toda la noche Triano había estado haciendo lo que se esperaba de él: protestar por su posición en su familia y hablar pestes de sus hermanos. No era algo nuevo. Cuando llevaba encima dos copas de más se le soltaba la lengua, y todos sabían la poca simpatía que sentía hacia su familia. Así que aquella noche se limitó a reforzar esa idea en la mente de Barlán, haciendo especial hincapié en lo mucho que detestaba a su hermano mayor y en cuanto daño iba a hacerle a su Casa que el muy inútil se hiciera con el control cuando su padre, el viejo Lord Erístide, mordiera por fin el polvo.

Su treta funcionó.

Barlán no parecía haberle prestado demasiada atención después de su intercambio al principio de la noche, pero Triano había notado que el Inquisidor le había estado observando desde la distancia y escuchando sus críticas de forma subrepticia.

El reloj tocó finalmente las dos, y puesto que Remo no había hecho ningún movimiento, Triano decidió que había llegado la hora de marcharse.

Se encaminaba hacia la salida cuando alguien gritó su nombre. Triano se volvió hacia quien le había llamado, y vio a Remo corriendo hacia él.

—No más copas —le dijo arrastrando las palabras cuando llegó a su lado—. Ya he tenido fusicien... susifien... bastante por hoy.

Barlán dejó escapar una risotada y le rodeó los hombros con un brazo mientras cruzaban la puerta y salían al fresco aire de la noche.

—Tranquilo, amigo. No quiero que mañana me culpes por tu resaca.

No le sorprendió que Remo sonase ahora menos ebrio de lo que lo había hecho durante la reunión. Quizás también el Inquisidor había simulado su borrachera.

—Sabes que te aprecio, ¿verdad? —le dijo Triano colgándose de él cuando fingió trastabillar al caminar—. Me gusta que seas siempre tan directo—. Entonces sacó su faltriquera del bolsillo, y Barlán le observó, divertido, pelearse con el cierre hasta que por fin logró abrirlo y sacar de su interior un puñado de monedas—. Creo que te debo dinero —dijo depositándolas sobre su mano. Estaba seguro que allí había mucho más de lo que Remo le había prestado el mes anterior, pero un borracho no se fija en esas cosas. Barlán aceptó el dinero sin molestarse en contarlo y se lo guardó en el bolsillo.

—Escucha, el sábado doy una fiesta privada en nuestra casa de campo —le

dijo—. No seremos muchos, solo unos pocos amigos. Me preguntaba si te gustaría venir.

—¿Amigos tuyos? —Triano fingió sorpresa. Entonces apuntó a Barlán con un dedo y le golpeó un par de veces en el pecho—. Sé lo que tramas —añadió. Para su deleite, Barlán pareció perder todo el color—. Quieres convencerme para que deje la Brigada y me una a la Inquisición.

Remo dejó escapar otra carcajada. Esta parecía transmitir cierto alivio.

—Te prometo que no intentaré hacerte cambiar de bando —le tranquilizó Barlán—. Se trata solo de una reunión informal. Hay unos amigos a los que quiero presentarte. Creo que descubrirás que tienes mucho en común con ellos.

—Vale, pero tú pones la bebida —sonrió estúpidamente—. El sábado. ¿A qué hora?

—Te llamaré para darte los detalles. Creo que, tal y como estás ahora mismo, es posible que mañana ni siquiera recuerdes esta conversación.

Triano se volvió hacia Remo y se abrazó a él, cargándole con todo su peso.

—Eres un buen amigo —dijo derramando su aliento contra el rostro del otro. Barlán arrugó la nariz ante el penetrante olor del Skurl.

Uno no puede simular estar borracho sin tomar al menos una copa.

—Anda, ve a dormir la mona —le despidió Remo con una palmadita en la espalda—. Te llamo mañana.

La casa se encontraba a las afueras de Hefestia, a unas treinta leguas al este de la ciudad. Triano no había podido alquilar un automotor para desplazarse hasta allí, su sueldo no le alcanzaba para poder permitírselo, así que había usado un *portal de paso*; una de las ventajas de ser miembro de la Brigada.

El hechizo de transporte era caro y difícil de conseguir, pero Bonaserra se había encargado de que sus hombres lo conocieran, porque nunca se sabía cuándo sería necesario desplazarse de un extremo al otro de la ciudad durante la persecución de una criatura transdimensional.

A pesar de todo, le había costado dar con el lugar. Barlán no le había dado las coordenadas exactas, solo unas pocas indicaciones de cómo llegar hasta allí por carretera. Y puesto que Triano nunca antes había estado en aquel lugar había necesitado tres saltos para completar solo parte del trayecto. El último *portal* le había dejado en uno de los cruces de la carretera que unía

Hefestia con Micenia, la ciudad costera más importante de Atroreth, y Triano había tenido que recorrer a pie las dos últimas leguas que lo separaban de la finca.

El edificio era una maciza construcción de piedra situada al final de un camino particular. Las tierras que rodeaban la casa estaban pobladas por espesos bosques que le daban cierta privacidad. Triano se vio obligado a usar una *esfera de luz* para poder guiarse por entre los árboles. La luna no brillaba aquella noche, pero aunque lo hubiese hecho su luz no habría bastado para iluminar el camino. El espeso follaje lo habría impedido.

No le sorprendió descubrir que frente a la entrada había al menos una docena de automotores. Sin duda todos los amigos a los que Barlán había invitado a aquella reunión procedían de familias acaudaladas. Triano reconoció los escudos de las Casas Tarkón, Abaculis y Morana en tres de los vehículos. El resto no tenía blasones, o habían sido convenientemente retirados por sus propietarios antes de asistir a la reunión.

«Parece que nuestras sospechas eran acertadas», pensó mientras se acercaba a la casa.

Alzó la mano para llamar al timbre, pero dudó.

Estaba asustado, habría sido una estupidez negarlo.

Cuando había interpretado el papel de hijo resentido para beneficio de Barlán –un papel para el que no había tenido que fingir demasiado, ya que se encontraba asombrosamente cerca de la realidad–, no había esperado una respuesta tan inmediata. Había supuesto que le llevaría algo más de tiempo ganarse la confianza de su antiguo compañero de promoción; que serían necesarias unas cuantas semanas más para que las semillas que había plantado diesen su fruto. Por eso se había sorprendido cuando Remo le había abordado esa misma noche para invitarle a aquella velada.

Sospechaba que podía tratarse de una trampa.

Quizás Remo había sido capaz de ver a través de sus mentiras, y solo le había citado para sonsacarle la verdad. O peor aún, para deshacerse de él sin la presencia de testigos.

Pero Triano no podía dejar pasar una oportunidad como aquella, porque lo que averiguase durante la reunión podría confirmar sus sospechas sobre la cábala; y tal vez le permitiría averiguar también quién más formaba parte de ella.

Lo único que le impedía echar a correr en dirección contraria era que

Barlán y él se conocían desde hacía tiempo, y que su comportamiento de la otra noche no había sido muy distinto de cómo había venido actuando en reuniones anteriores. Sus críticas a su familia eran de sobras conocidas por el Inquisidor. Habían discutido sobre ello en muchas ocasiones, quizás porque ambos se encontraban en situaciones parecidas; así que no había motivos para suponer que Remo desconfiaba de él.

Además, el comentario que le había hecho durante su breve encuentro en Charnok, su propuesta de abandonar la Brigada para unirse a la Inquisición, no era algo nuevo. Barlán le había hecho aquella misma oferta en varias ocasiones, aunque hasta entonces Triano siempre se lo había tomado como una broma. Ahora ya no estaba tan seguro.

Si de verdad Remo creía que Triano y él se parecían, tenía sentido que el Inquisidor tratase de llevar a su amigo a su propio terreno.

Pero ¿por qué ahora?

Si Tarnika tenía razón, la cábala llevaba meses actuando, por lo que el Inquisidor había tenido oportunidades más que suficientes en el pasado para intentar captarle para su causa. Así que, ¿por qué precisamente ahora?

¿Habría influido en su decisión la caída en desgracia de Bonaserra? ¿Creería Barlán que aquella habría sido la gota que habría colmado finalmente su paciencia?

Era plausible. Aunque también cabía la posibilidad de que los seguidores de Korro'th hubiesen decidido adelantar sus planes, o que la conclusión de los mismos se hallase mucho más cerca de lo que habían supuesto. Tarnika había insinuado que el propio Señor de la Guerra podría encontrarse en aquellos momentos en Hefestia, ultimando los detalles de la invasión. Tal vez la tan temida incursión se hallaba a la vuelta de la esquina, y la cábala necesitaba aumentar el número de sus miembros antes de que el conflicto se desatara.

Sí, era cierto que de esa forma se arriesgaban a revelar sus planes a aquellos que no compartían su visión, pero Triano suponía que siempre podían hacer con ellos lo mismo que habían hecho con el pobre Legolia.

Por eso su mayor temor era no llegar a ver la luz de un nuevo día.

Fuera como fuese, ya se encontraba allí, y no pensaba permitir que sus miedos le impidieran llegar hasta el fondo de aquel asunto.

Así que se armó de valor, respiró hondo y llamó a la puerta.



## El día del oso

Suri se acercó a la abertura y echó un vistazo por encima del hombro de Jaguar. La muchacha estaba apoyada en el dintel de una de las puertas del templo, explorando con ojos nerviosos la ciudad que se extendía bajo sus pies como un tapiz blanco, gris y verde.

El rugido había resonado con tanta fuerza que resultaba difícil determinar su procedencia. Desde su atalaya lo único que el mago alcanzaba a ver eran los techos semiderruidos de los edificios y las callejas abandonadas y cubiertas de maleza, por lo que no habría sabido decir dónde se ocultaba la criatura.

—¿Puedes verla? —le preguntó a Jaguar cuando la oyó tomar una rápida inspiración y contener el aliento. Ella alzó la mano y señaló hacia las ruinas de una construcción que se encontraba a menos de media legua de distancia.

Suri entrecerró los ojos, pero ni siquiera así consiguió distinguirla, así que sacó el *ojo de halcón* de su escarcela y lo usó para observar a la criatura. Las ruinas en las que estaba escarbando pertenecían a un edificio que en la antigüedad debía haberse alzado tres o cuatro plantas por encima del nivel del suelo. Una de sus paredes aún estaba en pie, casi intacta, pero el resto se había venido abajo, y ahora eran poco más que una pila de escombros.

El oso olfateaba entre los cascotes como si bajo ellos se escondiese algo que solo él podía percibir.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó a Jaguar.

—Me está buscando —respondió ella.

—¿Y por qué te busca ahí? —insistió Suri sin dejar de estudiar sus movimientos.

—Porque ahí es donde le ha conducido mi olor —respondió ella de forma críptica. El mago arqueó una ceja. Jaguar suspiró, exasperada—. El oso se siente atraído por la sangre, especialmente por la mía.

—¿Me estás diciendo que hay sangre tuya bajo esos escombros? —le preguntó. La chica se encogió de hombros.

—Ya te he dicho que no es la primera vez que intento capturarlo —le recordó—. En todo este tiempo he ido dejando mi rastro por toda la ciudad. Ese de ahí es bastante reciente; no tendrá más de un par de semanas.

Eso quería decir que Jaguar se había estado escabullendo sin que Suri lo supiera para seguir con la caza; probablemente por las noches, mientras él dormía.

¿Cómo no se había dado cuenta?

—Está bien. ¿Cuál es el plan? —dijo guardándose las preguntas para más tarde.

En lugar de responder, Jaguar desenfundó su daga y se hizo un corte en la mano con la afilada hoja de obsidiana. La sangre brotó de la herida, y pronto se acumuló en su palma. Suri suponía que la muchacha se disponía a usarla para crear un hechizo, pero para su sorpresa la sacudió en el aire. Gotas de color carmesí salpicaron las paredes del templo y los escalones de la pirámide en un patrón semicircular.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó sin salir de su asombro. Jaguar sonrió.

—Le estoy atrayendo —respondió envolviendo la herida con un pedazo de tela que sacó del talego que colgaba de su espalda.

—¿Te has vuelto loca? —protestó Suri—. ¿Pretendes que nos siga hasta aquí?

—Esa es la idea —asintió ella.

—Pero la bestia es enorme —replicó él—. Ni siquiera estoy seguro de que quepa por una de esas puertas. Además, el templo es minúsculo. No vamos a poder maniobrar aquí dentro.

—Esa es la idea —sonrió ella.

Jaguar sacó del macuto un paquete envuelto en tela y lo dejó sobre el altar.

—¿Qué es eso? —quiso saber Suri.

La chica no respondió. Se limitó a desenvolver los objetos y a distribuirlos en círculo sobre la desgastada superficie de mármol, ocupando cada uno un punto cardinal distinto. En el norte colocó una punta de flecha de piedra manchada con lo que parecía ser sangre seca; al sur, un saquito de piel del tamaño de una ciruela que contenía un polvo pálido que tanto podía ser arena como sal; al oeste, una especie de collar de cuentas y plumas tan antiguo que podría haber pertenecido a Nada durante su juventud; y al este una daga, distinta a todas las que el mago había visto usar hasta entonces a los miembros de la tribu. Su empuñadura era de metal dorado, y estaba decorada con extrañas figuras. Su afilada hoja parecía estar tallada en cristal rojo—. ¿Es eso un rubí? —se sorprendió el mago.

—Es un *diamante sangriento* —respondió Jaguar acariciando la hoja con la punta de un dedo—. Lo único capaz de matar a la criatura. O lo será cuando haya concluido el ritual.

—Creía que me habíais dicho que tu pueblo no trabajaba el metal.

—La daga es una reliquia —le explicó ella—. Tiene más de mil años. Es el arma que usaban Janaab' Pakal y sus descendientes en sus rituales de sangre.

Suri tomó el arma entre las manos y la estudió con curiosidad. Pasó un dedo por su brillante hoja, que mediría casi ocho pulgadas de longitud. Estaba tan afilada que ni siquiera notó el corte hasta que la sangre empezó a brotar de la herida.

—Es magnífica —dijo.

Jaguar se la quitó de las manos, limpió la sangre y la volvió a colocar sobre el altar.

Suri se preguntó si la hoja sería lo bastante resistente. Era delgada y aguzada, más propia de un estilete que de una daga; de apenas un dedo de ancho y media pulgada de grosor junto a la empuñadura. La punta era incluso más fina que la del cincel que había empleado Raslín para grabar las runas de su brazo. Suri no tenía ni idea de lo resistente que debía ser, pero si de verdad se trataba de un diamante, por duro que fuera, una mala caída o un golpe en el lugar adecuado podría astillarlo; o peor aún, quebrarlo en mil pedazos.

—¿Resistirá? —le preguntó a Jaguar.

—No se trata de un arma cualquiera —le explicó ella—. Los miles de sacrificios que se han llevado a cabo con ella han impregnado su hoja de sangre y magia. Aguantará. Pero para que funcione con el oso antes es necesario encantarla. Ningún arma creada por el hombre es capaz de matar a una criatura infectada por la magia corrupta. Pueden hierirla, pero no acabar con ella. Solo el *diamante sangriento* puede atravesar su corazón.

—¿Significa eso que no vas a intentar salvar a tu padre?

Jaguar agachó la cabeza y apartó la mirada.

—Voy a salvar su alma. Su cuerpo murió hace tiempo.

Aquella afirmación le hizo entender un poco mejor el humor sombrío de la muchacha. Desde el principio Suri había creído que Jaguar pretendía romper la maldición que había cambiado a su padre y liberarlo de aquella condena; pero al parecer eso era imposible. Quizás era cierto que no existía cura para su mal.

Suri suspiró.

Pensó en lo duro que debía ser para la joven tener que enfrentarse a una situación como aquella, tener que ser ella quien acabase con la vida de su padre.

No. No lo permitiría. Si podía, evitaría que fuese ella quien tuviese que asestarle el golpe mortal.

—Lo siento —murmuró.

Jaguar sacudió la cabeza y se concentró en los objetos del altar.

En el exterior, la criatura rugió de nuevo.

Suri echó un vistazo por encima de su hombro.

El oso ya debía haber captado el olor de la sangre de Jaguar, porque se había puesto en marcha, y ahora avanzaba a la carrera hacia la pirámide.

—Ya viene —le dijo.

Ella le ignoró, caminó hacia una de las paredes y arrancó un puñado de hojas de una de las plantas trepadoras que crecían allí. Las arrojó al interior del mortero y empezó a majarlas. Añadió un pellizco del polvo blanco al cuenco, y tras verter un chorro de agua de su odre, siguió removiendo. A continuación descubrió la herida de su mano y dejó caer unas gotas de su propia sangre. Entonces arrancó una pluma del collar y la sumergió en la mezcla, añadiendo la punta de la flecha antes de empezar a desgranar un cántico que se elevó por el interior del templo como una sinfonía disonante.

Por encima de las notas del cántico se escuchaban las pisadas de la bestia.

Suri se asomó a la puerta del templo y echó un vistazo hacia abajo.

El oso ya había empezado a trepar por las escaleras. Los temblores que provocaban sus zarpas al golpear la piedra desnuda podían percibirse incluso a través del suelo del templo. A la velocidad a la que se movía, la criatura tardaría menos de un minuto en alcanzarles.

—Date prisa —apremió a Jaguar—. La bestia está cada vez más cerca.

La muchacha tomó la daga de rubí entre ambas manos, la alzó por encima de su cabeza y, sin dejar de cantar, hundió su hoja en el cuenco y la bañó en la mezcla. Suri sintió como la magia fluía desde el altar hacia la daga, embebiéndola de poder.

Jaguar concluyó su cántico.

El silencio que siguió solo fue roto por el bum, bum, bum de las pisadas de la criatura, que casi parecía acompasado al ritmo de los latidos de su corazón.

—¿Está lista? —le preguntó. Como respuesta Jaguar alzó la daga y golpeó la hoja con una uña. Un tañido claro y cristalino se extendió por todo el

templo, y Suri percibió la magia reverberando en su eco. Era poderosa; más que la de cualquier artefacto que hubiese visto nunca. Pero ¿bastaría para acabar con la criatura? ¿Resistiría el castigo? Después de todo, un diamante solo era un pedazo de carbón cristalizado, y como tal, un mal golpe podía acabar con él.

—Creo que sí —respondió ella con un amago de sonrisa en los labios. Las pisadas del oso retronaban cada vez más cerca—. ¿Y tú? ¿Estás listo?

—¿Qué necesitas? —le preguntó.

—Para acabar con la criatura tengo que clavarle la daga en el corazón, así que voy a tener que acercarme mucho a ella. Tu trabajo será distraerla.

Suri tragó saliva y echó un vistazo a su alrededor. No había demasiado espacio para maniobrar, así que no sería complicado mantener ocupada a la criatura. Lo difícil sería hacerlo sin perder la vida. O uno de sus miembros. Suri se acarició distraídamente el bíceps de su prótesis metálica. Ya se había enfrentado una vez a las afiladas mandíbulas de un monstruo, y no le apetecía volver a pasar por una experiencia parecida.

Si lo que Jaguar le había dicho era cierto, no podría valerse de su magia para atacar directamente al oso. La magia corrupta que le impregnaba debía protegerle de los hechizos. Pero aunque la magia no le afectase, nada podría impedir que una lluvia de piedras o una llamarada le dañaran. Quizás no consiguieran detenerlo, pero sin duda le darían tiempo a Jaguar para planear su ataque.

Suri se hizo un corte en el antebrazo y dejó correr la sangre. Usaría el dolor para acumular magia y trazar sus *táumators*.

En aquel momento deseó haber aprendido a invocar las abejas de fuego que Jaguar había empleado la primera vez contra el monstruo; le habrían sido muy útiles para mantenerlo a raya. Pero tendría que conformarse con sus propios conocimientos, que no eran pocos, y con los objetos imbuidos que aún le quedaban.

Jaguar casi pareció leerle el pensamiento, porque le preguntó—: ¿Te queda alguna de aquellas cosas que usaste la última vez? ¿La red de lianas?

—¿Una *semilla de guaco*? —sonrió Suri—. Creo que sí —asintió mientras rebuscaba en el interior de su bolsita, que ya estaba casi vacía. Cuando dio con ella se la mostró a la muchacha. Ella le devolvió la sonrisa.

La criatura se encontraba cada vez más cerca. Sus pisadas resonaban cada vez con más fuerza, y los temblores hacían que una fina lluvia de polvo, que

probablemente llevaría milenios acumulándose entre las juntas, lloviera sobre ellos desde el techo.

—Espera a que haya entrado para inmovilizarle —le pidió Jaguar rodeando el altar para colocarse al otro lado. La *daga de sangre* centelleó en su mano.

Suri asintió, se puso a su lado y empezó a trazar los primeros símbolos de un *táumator ígneo*, aunque lo dejó sin completar. Entonces sopesó la semilla en su mano metálica, listo para lanzarla.

El siguiente rugido de la criatura sonó tan cerca que Suri habría jurado que podía percibir incluso la fetidez de su pútrido aliento. Arrugó sin querer la nariz y parpadeó como si el hedor le escociera los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, Jaguar había cambiado.

Su piel tostada tenía ahora un tono más oscuro, casi del color de la madera de nogal, y estaba cubierta de un fino pelaje que le recordó al terciopelo. Sus ojos volvían a estar salpicados de dorado, y sus pupilas eran de nuevo dos tajos verticales. En sus labios brillaba una sonrisa llena de colmillos, y los músculos de su cuerpo estaban tan tensos que parecían trenzados con acero.

La muchacha dejó escapar un rugido gutural y agitó la daga en el aire, frente a ella. Suri se preguntó cómo podría empuñarla sin clavarse las afiladas garras en la palma de la mano. Por lo blancos que estaban sus nudillos, la fuerza con la que la asía debía ser considerable.

—Dioses —musitó Suri conteniendo el temblor que amenazó con sacudir todo su cuerpo. Estaba asustado, no podía negarlo; más incluso de lo que lo había estado cuando se había enfrentado a Toth. Entonces aún poseía su poder. Ahora, sin embargo, dependía de la sangre y del dolor para invocarlo, y todavía no estaba seguro de que fuese a funcionar.

El oso alcanzó la cima de la pirámide. Suri se llevó la *semilla* a los labios, susurró el encantamiento que la activaba y empezó la cuenta atrás. El monstruo tenía las fauces cerradas, pero mostraba una colección de dientes manchados de babas, sangre y algo oscuro y espeso que apestaba a carne podrida. El aire se enrareció con un desagradable hedor a almizcle, muerte y podredumbre. Suri tuvo que contener las náuseas.

—¡Ahora! —gritó Jaguar encaramándose con elegancia felina al altar, daga en mano.

Suri lanzó la *semilla* contra el oso.

La criatura ni siquiera la vio. Toda su atención estaba centrada en la chica.

La *semilla* salvó la distancia que lo separaba de la criatura en décimas de

segundo, y cuando estaba a punto de impactar contra ella pareció rebotar contra un muro invisible y salió disparada en dirección contraria.

Suri parpadeó.

—¿Qué diablos...? —gruñó.

¿Cómo podía haber ocurrido algo así?

Cuando Jaguar le había advertido que la magia no podía dañar a la criatura había supuesto que se refería a que su propio poder corrupto lo protegía de los ataques directos. Pero al parecer ni siquiera los artefactos funcionarían contra él.

Y eso no era lo peor de todo.

Tras chocar contra su escudo místico la simiente había rebotado contra la base del altar, y un centenar de lianas, ramas y raíces habían brotado de ella y se habían aferrado a lo que tenían más cerca, que resultaron ser las piernas de la muchacha. En menos de un segundo la vegetación se enredó en su cuerpo y la envolvió como un capullo a una mariposa. Jaguar cayó sobre el altar; inmóvil e incapaz de reaccionar.

El oso, ajeno a lo que estaba ocurriendo, rugió de nuevo y se lanzó contra ella.

Suri no perdió el tiempo. Cerró el círculo de su *táumator* y lanzó la *serpiente ígnea* contra la criatura. No creía que sirviese de mucho, pero al menos la entretendría lo suficiente como para darle la oportunidad de ayudar a Jaguar a liberarse.

Trepó de un salto al altar y se colocó sobre la muchacha. No se atrevía a usar su cuchillo por miedo a cortarle la piel, así que agarró un puñado de enredaderas con su mano metálica y tiró de ellas hasta que se quebraron.

A su espalda el oso gruñía, pero algo le decía que era más de frustración que de dolor. El fuego no bastaría para detenerlo. Quizás ni siquiera le dañaba. Si fuese tan sencillo acabar con él, la tribu lo habría hecho tiempo atrás.

—¡Jaguar! —gritó Suri sin dejar de pelear contra las enredaderas. La cubrían de tal forma que solo sus gemidos de protesta delataban la presencia de alguien vivo en el interior del capullo. Era posible que ni siquiera pudiese respirar. Si tardaba demasiado en liberarla la chica corría el peligro de morir asfixiada.

—¡Ah! —gritó cuando su boca quedó finalmente libre y pudo exhalar por fin el aire que ardía en sus pulmones. A continuación inhaló, y aquel sonido

hizo que el corazón de Suri latiera de nuevo.

Un repentino golpe de calor le hizo volverse hacia la criatura.

El oso se había incorporado sobre sus patas traseras. Su cabeza casi rozaba el techo, y sus zarpas se agitaban frente a él de forma caótica. Cada vez que una de ellas acertaba al elemental, una parte de su cuerpo quedaba reducida a un montón de chispas, que se desvanecían rápidamente en el cálido aire de la mañana. La serpiente tenía ahora la mitad de su tamaño original, y a aquel ritmo no tardaría en desaparecer del todo.

Suri consiguió liberar finalmente los brazos de la muchacha, y ella usó la *daga de sangre* para cortar las enredaderas que aún la sujetaban. Suri no sabía si se debía a su fuerza aumentada o a las características mágicas del cuchillo, pero bastaron cuatro o cinco tajos para desembarazarse por completo de las lianas.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó.

Suri iba a responder cuando percibió movimiento por el rabillo del ojo. Ni siquiera se volvió para ver lo que ocurría: estaba claro que tenía que ser el oso. Sin pararse a pensar se abrazó a la muchacha y rodó con ella sobre el altar hasta que ambos cayeron por el lado opuesto. El oso dejó escapar un bramido de irritación cuando su zarpa golpeó el mármol.

—No lo sé —resolló Suri—. No entiendo cómo ha podido hacerlo. Ni siquiera un *salmo angelical* es capaz de detener los efectos de un artefacto *lorkin*.

—Pues será mejor que encontremos otra forma de distraerle, o la próxima vez no tendremos tanta suerte.

—¿Suerte? —preguntó Suri con incredulidad.

—Seguimos vivos, ¿no? —respondió ella con una sonrisa salvaje en los labios.

Suri sacudió la cabeza, pero también él sonrió. Entonces se llevó el pulgar metálico a la herida de su antebrazo e hizo presión. El dolor se extendió por su cuerpo como una mancha de aceite, y el mago lo usó para suplicar poder a los espíritus.

En cuanto tuvo suficiente lo usó para invocar otro elemental; esta vez uno de piedra.

Un león parecido a los que custodiaban el patio de la Academia brotó del suelo justo cuando el último fragmento de la *serpiente ígnea* se disolvía entre las zarpas del oso, y Suri lo interpuso entre ellos y el monstruo. No era muy



grande, su cabeza apenas tendría el tamaño de una de las zarpas del oso, y escasamente le llegaba a la cintura; pero, de nuevo, su cometido solo era el de ganar algo de tiempo.

—Voy a tratar de distraerle —dijo Suri—. Intentaré que se vuelva para que puedas atacarle por la espalda.

Jaguar sacudió la cabeza.

—No funcionará. La daga no es lo bastante larga para alcanzar su corazón desde ahí —le hizo notar ella—. Tengo que apuñalarle en el pecho.

—No podía ser sencillo, ¿verdad? —gruñó—. Está bien. Voy a salir del templo y a rodearlo para sorprenderle por la retaguardia. No esperes mi señal. Cuando veas una oportunidad, ataca.

Jaguar asintió y le observó salir por la puerta que quedaba a su espalda.

Mientras rodeaba la construcción se descolgó la lanza, que aún llevaba colgada de la espalda, y la asió con las dos manos. Tardó menos de quince segundos en alcanzar la entrada por la que había accedido el oso, y cuando se hubo colocado tras él se preparó. El monstruo seguía erguido sobre sus flancos traseros, tratando de esquivar al león de piedra para llegar hasta la chica, pero el elemental había sido creado con un único propósito: el de entretenerle. No se rendiría ni se apartaría de su camino. Acabaría destrozado antes de permitirle pasar.

Por desgracia, bastaron cuatro zarpazos para reducirlo a escombros.

Suri aprovechó que la criatura estaba entretenida para saltar sobre su espalda y pasar la lanza por encima de su cabeza, rodeando su cuello y tirando de ella. El oso rugió y se sacudió. La madera protestó, pero no se quebró, sino que se curvó ligeramente adaptándose a la presión. En ese momento Jaguar se lanzó hacia él como impulsada por un resorte. Sus movimientos eran gráciles y elegantes, pero no por ello menos letales. La daga resplandecía en su mano mientras cruzaba al vuelo la distancia que la separaba de la criatura.

—Perdóname, padre —musitó casi como una plegaria.

Y justo cuando parecía que la hoja de la daga se hundiría en el pecho del monstruo, el oso se movió a una velocidad que debería haber sido imposible para una criatura de su tamaño y descargó un zarpazo contra la muchacha.

El golpe la acertó de lleno en el estómago, robándole todo el aire de los pulmones y lanzándola contra una de las paredes del templo. Su cabeza

golpeó contra el muro, y el impacto hizo que Jaguar dejase escapar un quejido.

La muchacha cayó al suelo como una muñeca de trapo. En su vientre había ahora cinco profundos cortes paralelos que no dejaban de sangrar, y un pequeño charco rojo se estaba formando rápidamente alrededor de su cabeza.

El oso gruñó triunfal.

—¡Jaguar! —gritó Suri. Pero la chica no se movió.

El oso parecía empeñado en quitárselo de encima. Se dejaba caer sobre las cuatro patas y se restregaba contra las paredes del templo tratando de aplastarle, pero él se las arreglaba cada vez para no quedar atrapado entre los muros y el masivo cuerpo de la bestia. Se negaba a soltarse. Corría el peligro de acabar con unas cuantas contusiones y algún hueso roto, pero eso era preferible a lo que le esperaba si la criatura conseguía hacerle caer. Suri recordaba haber visto una vez a un tipo tratando de domar un caballo salvaje, y entonces había admirado su valor. Ahora le parecía que aquello había sido un juego de niños. Al menos el caballo no le arrancaría la cabeza de un bocado a su jinete si conseguía derribarle. El oso no sería tan considerado.

Era una suerte que la lanza fuera tan resistente. Un pedazo de madera normal y corriente se habría quebrado a la primera sacudida, pero si como Suri sospechaba aquella tenía las mismas propiedades que la madera trabajada por los *lorkin*, sería capaz de soportar el impacto directo de una roca sin quebrarse. Lo mismo podía decir de su prótesis. El metal sería capaz de aguantar lo que le echaran, pero por desgracia los receptores sensoriales que Suri había enlazado a ella hacían que cada salto y sacudida de la criatura hiciese palpar su cuerpo de dolor. Suri podía notar cada zarandeo en los huesos, sus brazos parecían a punto de desencajarse —especialmente el metálico—, y su cuello y espalda soportaban una tensión considerables. Además, se había mordido la lengua, y el regusto metálico de la sangre le inundaba la boca.

Pero no pensaba rendirse.

Su vida no era la única que estaba en peligro.

El oso había intentado acercarse un par de veces a la inconsciente Jaguar, incitado seguramente por el penetrante olor de su sangre, y solo una serie de tirones en el momento oportuno habían impedido que lo consiguiera. Eso le había valido unas cuantas magulladuras más y otro violento golpe contra una de las paredes. La criatura, más inteligente de lo que tenía derecho a ser, se

había incorporado sobre sus cuartos traseros y había retrocedido hasta golpearle contra uno de los muros. Aquello le había dejado sin aliento, pero por suerte solo había conseguido atrapar su brazo de bronce. De haber descargado todo su peso contra su tórax, sus diez quintales habrían resultado tan letales como sus garras o sus colmillos, y Suri habría quedado aplastado como una cucaracha.

Pero ni siquiera eso hizo que se soltara.

Había demasiado en juego.

—¡Deja de moverte! —gruñó contra su pellejo. Un puñado de apestoso pelaje se le metió en la boca. El sabor era atroz, y le obligó a escupir.

El oso seguía encabritado, erguido sobre sus patas traseras, y Suri no estaba seguro de poder seguir sujetándolo por mucho tiempo. No era rival para él. Pero quizás habría una forma de quitárselo de encima, al menos por unos minutos. Eso le daría una oportunidad para atender las heridas de Jaguar. Le preocupaba que hubiese cada vez más sangre, y que su respiración fuese tan superficial e irregular.

Hasta ahora había conseguido que la criatura se moviera cambiando la presión de su agarre o tirando con violencia de él. Si conseguía que se desplazase hasta una de las puertas, quizás podría hacer algo más. Así que apretó los dientes, tiró con fuerza de la lanza y obligó al animal a cabecear hacia la derecha.

Un par de pasos más y se encontrarían justo donde él quería.

Jaguar emitió un gemido sordo, y su cabeza se movió. Eso pareció incitar a la criatura.

Suri tiró con más fuerza.

El oso cabeceó de nuevo y se desplazó un poco más.

Ya casi estaba.

Cuando sintió el calor del sol contra su espalda, Suri supo que lo había conseguido.

Había logrado que el oso se colocase frente a una de las puertas del templo.

Usando las pocas fuerzas que le quedaban encogió las piernas, apoyó los pies contra las cervicales de la criatura y, estrechando su prótesis alrededor del cuello de la bestia, activó las runas que alteraban su densidad. Los gruñidos del monstruo se tragaron el encantamiento, pero Suri notó como la magia penetraba en el metal, volviéndolo más pesado.

El oso podía ser muy estable sobre sus cuatro patas, pero cuando se

incorporaba sobre sus cuartos traseros su equilibrio era precario. El peso añadido de su cuerpo y de la prótesis lograron desequilibrarle, y el animal trastabilló hacia atrás, hacia la abertura.

Una de sus patas consiguió afianzarse en un escalón, pero la otra solo halló vacío.

El oso empezó a caer.

Suri saltó hacia la derecha, apartándose justo a tiempo para no ser arrastrado escaleras abajo. Su caída no fue muy elegante, y el golpe hizo que una de sus costillas crujiera de forma alarmante, pero consiguió clavar sus dedos metálicos en uno de los escalones antes de que la inercia le hiciera seguir al oso pirámide abajo.

Todo su cuerpo gritaba. Lo único que deseaba en aquel momento era cerrar los ojos y dejarse llevar por el agotamiento, pero no podía. Jaguar le necesitaba. Estaba herida, había perdido mucha sangre, y Suri creía haber escuchado un crujido de huesos cuando su cabeza había golpeado la pared.

Con un gemido quejumbroso devolvió su brazo a un peso más manejable y se apresuró de nuevo hacia el templo.

Jaguar seguía tirada en el suelo, pero había empezado a moverse. Suri se arrodilló a su lado, e inmediatamente hizo presión sobre la herida de su vientre. La joven gruñó a modo de protesta y se sacudió de dolor.

—Tranquila —le dijo—. No te muevas.

Suri recordaba el hechizo que la muchacha había empleado a diario para sanar sus heridas tras los combates con Halcón. Quizás no conociera el significado de la mitad de las palabras, porque el amuleto no había logrado traducirlas, pero no lo necesitaba. Bastaba con imitar los sonidos y la cadencia. O al menos eso esperaba.

Su voz desgranó la melodía que ya era familiar para él, y sintió la magia fluir hacia la muchacha. Su dolor y la sangre de sus heridas serían pago suficiente para los espíritus. Ahora solo faltaba que le escucharan y aceptasen ofrecerle su ayuda.

Durante unos segundos que se le hicieron eternos no ocurrió nada, pero entonces Jaguar se sacudió y emitió un alarido que le taladró los oídos. En la base de la pirámide, el oso bramó su respuesta. Seguramente ya se habría recuperado y habría empezado a trepar de nuevo.

La magia quemaba en sus manos. Era como acercarlas al fuego de una fragua. Suri se mordió el labio para obligarse a ignorar el dolor y la hizo fluir

hacia el cuerpo de Jaguar. No sabía si era necesario concentrarse en las heridas, pero por si acaso las visualizó cerrándose. Bajo sus dedos, la piel empezó a cicatrizar. Jaguar gemía y se sacudía como atrapada por el delirio de una fiebre.

En el exterior, las pisadas del oso se hicieron más fuertes.

Se les acababa el tiempo.

Jaguar abrió finalmente los ojos y parpadeó, confundida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Hemos ganado?

—Más bien no —replicó Suri pasándole un brazo por debajo de las axilas para ayudarla a incorporarse—. El oso te ha herido, y te ha dejado inconsciente. He conseguido empujarle pirámide abajo, pero no creo que tarde en volver. Tenemos que salir de aquí —la apremió.

—Pero el oso... —protestó la muchacha.

—Olvídalo. No podemos enfrentarnos a él en estas condiciones. Necesitamos trazar un plan; replegarnos. Si queremos vencerle vamos a tener que ser más listos que él.

—¡La daga! —exclamó barriendo el suelo con la mirada—. Necesitamos la daga.

Suri agachó la cabeza. Cuando el oso había lanzado a Jaguar contra la pared había visto la daga escapar de sus manos y golpear el muro de piedra antes de caer al suelo. Al parecer el diamante no era tan resistente como había creído, porque la hoja se había roto con el impacto.

El rostro de la muchacha se contrajo cuando Suri le dio la noticia, y se arrastró a gatas por el suelo hasta que dio con los restos.

—No —gimió cuando los vio. Su grito hizo que el corazón de Suri se encogiera un poco—. No —repitió al borde de las lágrimas.

Suri la vio asir la empuñadura. Un pequeño fragmento de cristal seguía unido a la guarda, pero apenas era mayor que su dedo meñique. No bastaría para alcanzar el corazón de la bestia.

—Olvídate de la daga —le dijo tomándola del brazo—. La hemos perdido.

—Era lo único que podía acabar con él —gimió la chica.

—Pues habrá que improvisar. ¿Puedes caminar? —le preguntó—. Tenemos que salir de aquí. El templo es demasiado pequeño. Necesitamos encontrar un lugar en el que poder tenderle una trampa.

Jaguar asintió y trató de levantarse, pero sus piernas flaquearon. Todavía estaba atontada por el golpe.

—Mierda —gruñó Suri—. ¿Voy a tener que cargar contigo?

La idea no le entusiasmaba. El oso estaba al caer, y Suri no creía poder enfrentarse al descenso con la muchacha a cuestas, especialmente con la criatura pisándoles los talones. Como había descubierto, el cabrito era mucho más rápido de lo que parecía.

—No será necesario —replicó ella arrastrándose de vuelta hacia el altar.

En cuanto alcanzó su base empezó a palpar a su alrededor con los dedos. Tras unos segundos dio por fin con lo que estaba buscando, una especie de mecanismo oculto. Al presionarlo se escuchó un chasquido seguido de lo que parecía ser un traqueteo de ruedas y poleas poniéndose en movimiento. Una de las losas del suelo se desplazó hacia un lado, dejando a la vista una abertura.

—Una trampilla —susurró el mago estudiando con incredulidad el oscuro boquete que se había abierto en el suelo.

—¿Querías una salida? —balbuceó Jaguar—. Pues ahí tienes una —añadió empujándole hacia la negrura.

## La heredera

Deimos y Alia abandonaron el Mercado Fugaz sin atraer más atenciones indeseadas. La joven ignoraba cuánto tardarían en descubrir los cuerpos de la bruja y la chiquilla, pero dado lo oculta que estaba aquella plaza y lo laberíntico de los túneles que conducían hasta ella, era bastante probable que pasasen días antes de que el hedor a muerte y descomposición atrajeran la atención de algún transeúnte.

Alia sabía que la Guardia Hefestiana no bajaba nunca al mercado, por lo que nadie investigaría esas muertes. Los guardias del Rey de las Ratas eran los únicos que había allí, y algo le decía que su cometido no era precisamente el de mantener la ley y el orden; así que era poco probable que alguien llegase a relacionarles con ellas.

Aun así, Alia estaba asustada.

Y pese a su convicción de haber hecho lo correcto, se sentía culpable.

No podía apartar de su cabeza la imagen de Perníobe consumida por el tiempo. La forma en que su cuerpo había envejecido y se había resecado como la cecina cuando su magia había sido absorbida por el pozo sin fondo que había en su interior le había recordado, en cierto modo, a lo que le había ocurrido a Suri tras la batalla de la Academia, cuando había consumido todo su poder. La diferencia residía en que la hechicera era mucho más vieja que el mago, por eso la muerte no había tenido piedad de ella.

Aquella era la primera vez que Alia había arrebatado una vida. Una vida humana, no la de una criatura, como en el caso de Toth. Y pese a saber que no había sido culpa suya, que lo ocurrido había sido el inevitable resultado de una amenaza contra su propia vida y no de una decisión tomada de forma consciente, las consecuencias eran las mismas.

Y el peso de esa culpa resultaba abrumador.

«¿Era esto de lo que intentaba protegerme Suri?», se preguntó. «¿Por eso no quiso llevarme con él? ¿Acaso temía que tarde o temprano me acabaría encontrando en una situación en la que mi supervivencia podría depender de quitarle la vida a otra persona?».

De ser así, debía estarle agradecido. No importaba que la bruja fuese una asesina, o que se mereciera lo que le había ocurrido; los remordimientos eran

reales, y no dejaban de atormentarla. Después de todo, habían sido sus acciones las que habían llevado a la bruja a su muerte.

Deimos pareció notar que algo le ocurría, porque descansó una mano sobre su hombro y le dio un ligero apretón.

—No había nada que pudieses hacer —trató de consolarla. Alia asintió.

—Lo sé, pero eso no hace que me sienta mejor.

—Era su vida o la tuya —le recordó él.

—Ojalá no hubiese tenido que ser así.

—Se lo merecía —insistió el muchacho—. Ya viste lo que le hizo a aquella pobre niña.

Alia se estremeció al recordar el cuerpo roto y ensangrentado de la pequeña. Eso hizo que la rabia mitigase un poco la culpa, pero esta no desapareció del todo.

«Céntrate en esa rabia», se dijo. «La necesitarás para lo que tienes que hacer».

Descubrir que Lady Minari se encontraba tras la maldición le había hecho arder la sangre. Ahora estaba segura que había sido Pernaces quien se la había lanzado. Tenía que haber sido cuando la había abordado en el Olimpo a la hora del almuerzo.

Si se detenía a examinarlo con detenimiento, tenía incluso sentido.

Pernaces le había dicho que ya sabía que se encontraba en la Academia, aunque hasta entonces no había intentado acercarse a ella. Y Alia estaba segura de que si lo había hecho aquella mañana, había sido solo para poder lanzarle la maldición.

Tenía sentido que el León estuviese ayudando a su madre. Durante la fiesta de cumpleaños de Bri le había parecido que tanto Lady Minari como su hijo compartían su animadversión hacia ella. Alia podía entender los motivos del muchacho, pero ¿por qué la mujer la quería ver muerta? ¿De verdad era solo por culpa del medallón? ¿Qué tenía aquel camafeo de especial?

Ildo, el Rey de las Ratas, le había explicado tiempo atrás que la joya era en realidad el blasón de la familia Tardicán, una Casa desaparecida casi tres siglos atrás. Tras enterarse, Alia se había preguntado si quizás su madre y ella misma eran descendientes directas de esa familia, ya que supuestamente el medallón habría pasado de madres a hijas durante generaciones. Cabía la posibilidad de que la familia caída en desgracia hubiese abandonado la ciudad para instalarse en el campo, y que tras siglos alejados de la capital



hubiesen acabado por olvidar sus orígenes. Habría resultado una sorpresa descubrir que por sus venas corría sangre noble, especialmente dada la antipatía que sentía por los magos de clase alta; aunque tarde o temprano lo habría acabado aceptando.

Pero la verdad, o al menos lo que Perníobe le había asegurado que era la verdad, era muy distinta, y más difícil de aceptar.

Según la bruja, la legítima propietaria del medallón no era Sora, sino Libitina Minari; aunque Alia seguía sin saber cómo habría llegado el broche a manos de su madre.

Se negaba a creer que Sora lo hubiese robado, como había insinuado tantas veces su tía Milena. También Perníobe lo había sugerido, pero Alia se negaba a creerlo.

¿Habría sido un regalo?

No parecía probable. Por un momento se le había ocurrido que quizás su madre y Lady Minari habían sido amigas de jóvenes, como ella y Bri, y que quizás la dama se lo había obsequiado. Pero su tío le había contado que Sora era una simple criada, y tras lo ocurrido durante la fiesta Alia estaba segura que Libitina no era de las que se relaciona con el servicio; y mucho menos de las que regala una reliquia familiar a una doncella.

Así que, ¿cómo había llegado la joya a manos de Sora?

¿Y cómo había averiguado Lady Minari que estaba en su poder?

No podía habérselo contado Bri. Era imposible. Cuando lanzaron la maldición, su amiga ni siquiera lo había visto; y estaba claro que en aquel momento Lady Minari ya debía saber que estaba en su poder, porque de lo contrario no habría tenido motivos para atentar contra ella.

Pensar en Bri hizo que se le encogiera el estómago.

¿Cómo iba a contarle a su amiga que su madre quería verla muerta?

¿Cómo se lo tomaría?

¿La creería, o se pondría de parte de su familia?

¿Conocería la historia del medallón?

Bri lo había visto en más de una ocasión colgando de su cuello, y no parecía haberlo reconocido. Eso tenía sentido. Después de todo, el camafeo llevaba en su familia desde antes de nacer ella, y Bri era un par de años más joven que Alia.

Además, se negaba a creer que su amiga se encontrase tras aquello.

Pernaces, sin embargo...

Ese cerdo arrogante era capaz de eso y de mucho más.

Pero tampoco él había visto el medallón. La noche del Coliseo Alia no lo llevaba puesto, así que no podía haber sido él quien se lo contara a su madre.

Quizás era cosa de Perníobe. Sin duda la bruja había estado atenta a las palabras del Rey de las Ratas cuando este les había mencionado a Suri y a ella el origen del camafeo. Tal vez la hechicera sabía que Lady Minari era la última descendiente de los Tardicán, y había decidido vengarse de su afrenta contándole la verdad. Eso tendría sentido.

O puede que lo hiciera el propio Ildo.

Suri ya le había advertido que no podían confiar en él. Si el Rey había creído que podía sacarle algún beneficio a aquella información, no habría dudado en venderla.

Alia sacudió la cabeza para alejar todas aquellas conjeturas y volvió a centrarse en su rabia. No podía permitir que su convicción flaqueara. Quería respuestas. No; las necesitaba. Necesitaba saber de qué forma estaba relacionado el medallón con Libitina Minari, cómo había llegado a manos de su madre y por qué la mujer estaba dispuesta a acabar con ella solo para recuperarlo.

Por eso en aquel momento se dirigía hacia la mansión de los Minari con Deimos pisándole los talones.

El muchacho había insistido en seguirla, y a Alia no se le había ocurrido en ningún momento pedirle que no lo hiciera. Estaba segura que podría necesitar su ayuda; después de todo Deimos no era solo un graduado, sino también un Génitor. Habría sido una estupidez enviarle de vuelta a la Academia cuando su presencia podía resultarle de utilidad. Además, el joven parecía estar muy interesado en el broche. Tras abandonar el Mercado había estado interrogando a Alia, y ella le había explicado lo poco que sabía sobre él.

—Espero que no pretendas enfrentarte a Lady Minari —le había advertido el joven.

—No pretendo retarla a un combate, si es a lo que te refieres —había respondido ella, aunque estaba bastante segura de que eso sería precisamente lo que acabaría sucediendo. Fuera lo que fuese lo que llegase a ocurrir entre ellas, estaba claro que la mujer no iba a permanecer de brazos cruzados mientras Alia la acusaba de intentar asesinarla.

—¿Sabes que una acusación como esa puede ser considerada como una declaración de guerra? —le advirtió Deimos—. La política de las Casas es

muy compleja. Algunos de los mayores conflictos en la historia de Hefestia se han desatado por culpa de pequeños malentendidos como ese. Y una confrontación directa con la esposa de un Jerarca, especialmente uno tan influyente como Elicarion Minari, no es lo que yo llamaría un “pequeño malentendido”. Las guerras entre las Casas...

—Te recuerdo que yo no pertenezco a ninguna —le atajó Alia—. Y esto no es un malentendido. Esa bruja ha querido matarme.

—Peor aún. Con tus acciones no solo vas a poner en tu contra a los Minari, una de las familias más poderosas de Hefestia, sino que conseguirás que el resto de Casas se alejen de ti como de una apestada. Si haces lo que creo que pretendes hacer corres peligro de convertirte en una paria. Todas esas propuestas de matrimonio y de alianza que has recibido se esfumarán como el rocío de la mañana.

—Bien —asintió ella con convencimiento—. De todas formas nunca he querido unirme a ninguna de ellas. Si esto tiene como resultado que todos esos pretendientes babosos me dejen tranquila de una vez por todas, lo consideraré como un beneficio añadido.

—Eres una joven muy inusual, ¿lo sabías?

Alia se encogió de hombros.

—Eso no es ninguna novedad.

Alia alzó la mirada hacia el enorme pedazo de roca que flotaba sobre sus cabezas. No habría sabido decir a qué altura se encontraba, quizás a setenta u ochenta varas; puede que a cien. Su sombra se proyectaba sobre ellos de forma ominosa como una espada de Damocles, lista para precipitarse sobre la ciudad y segar la vida de cuantos tuviesen la mala fortuna de encontrarse debajo.

La noche de la fiesta no se había fijado demasiado en los terrenos que había bajo la mansión. Había estado tan preocupada por lo que estaba a punto de hacer que no había prestado atención al pequeño asentamiento que se ocultaba tras las verjas de la propiedad. Pero ahora, a la luz del día, podía distinguir claramente los pequeños edificios, las cuadras, las cocheras de automotores y los almacenes que se alzaban en el centro del terreno. Alia supuso que allí era donde se alojaban los sirvientes y la guardia personal de los Minari.

Pensar que había puesto en peligro también las vidas de aquellos pobres inocentes la noche del torneo, cuando casi había derribado la mansión, hizo que su estómago se anudara.

—¿Y ahora qué? —preguntó Deimos cuando se detuvieron frente a la cancela—. No nos esperan, y dudo que los guardias nos permitan entrar sin una invitación. Las Casas son muy celosas con su seguridad.

—Entonces tendremos que colarnos.

—¿Y cómo pretendes hacerlo?

Alia se volvió hacia el muchacho con una sonrisa maliciosa en los labios.

—¿Por qué crees que te he traído?

Deimos sacudió la cabeza, pero las comisuras de sus labios estaban fruncidas en una incipiente sonrisa.

—Está bien —aceptó él con fingida resignación—. Te ayudaré a subir. Pero si Lady Minari te reta a un combate de honor, no podré intervenir. Las reglas de esos duelos son muy estrictas. Y estoy seguro de que, en cuanto lances tus acusaciones, eso es precisamente lo que ocurrirá.

—Ya me preocuparé de eso cuando llegue el momento. Tú ayúdame a llegar hasta allí.

Deimos asintió y empezó a trazar los primeros símbolos de un *táumator*.

—Será mejor que te sujetes la falda —le advirtió.

Alia había esperado que el Génitor utilizase un *portal de paso*, pero o bien el muchacho no conocía el hechizo, algo que le habría sorprendido, o tenía otra idea en mente. Reconoció el símbolo *dar eolis*, que representaba el aire y lo etéreo, por lo que supuso que estaba preparando un *pilar de aire sólido* para elevarles hasta la plataforma.

Antes de cerrar el círculo de su *táumator* Deimos recogió el vuelo de su túnica y lo anudó alrededor de su cadera. Alia no podía hacer lo mismo, porque ella no llevaba pantalones bajo el vestido, así que se agachó, pasó una mano por entre las piernas, sujetó el faldón por el dobladillo trasero y lo hizo pasar por entre sus muslos para introducirlo después por la cinturilla de la falda. Alia había visto a su tía hacerlo muchas veces cuando trabajaba en el campo. El resultado no era demasiado elegante, no podía imaginar a una de las jóvenes de la ciudad haciendo algo parecido, pero después de todo ella solo era una triste aldeana, así que su aspecto no podía importarle menos.

—¿Lista? —preguntó Deimos. Alia asintió, y para su sorpresa el chico pasó un brazo alrededor de su cintura y la estrechó contra su cuerpo. Entonces

cerró el círculo, y con un estallido de luz púrpura una corriente de aire ascendente empezó a soplar a su alrededor.

Había supuesto mal. Aquello no era un *pilar de aire sólido*, sino un vendaval en toda regla; una variante de *eólion* que no le resultaba conocida.

—Espero no haberme equivocado al calcular la fuerza de empuje —dijo Deimos. Su voz fue barrida por la corriente.

Cuando el viento alcanzó suficiente velocidad el aire los empujó hacia arriba.

Al principio se movían lentamente, pero a medida que se alejaban del suelo su velocidad iba aumentando, y pronto el mundo bajo sus pies no fue más que una mancha borrosa.

Alia trató de relajarse y se mordió la lengua para no gritar. Si interrumpía sin querer aquel hechizo ambos acabarían aplastados contra el pavimento.

Su estómago se revolvió ante la idea.

Pero había algo más que mantenía su mente ocupada: la proximidad de Deimos.

La muchacha no había esperado que el cálido y firme cuerpo del joven la afectase de aquella manera. Aquel era el contacto más íntimo que había tenido con otra persona desde que había sostenido a Suri entre sus brazos cuando creía que había muerto —cuando le había besado—, y no estaba demasiado segura de cómo responder a aquella inesperada proximidad.

El Génitor sonreía como un chiquillo, una sonrisa franca y abierta que hizo que algo se agitara en su interior; algo con lo que no estaba preparada para lidiar.

¿Pero qué narices le estaba ocurriendo?

Por suerte las sacudidas le estaban revolviendo el estómago, y aquello le dio algo en lo que concentrarse; principalmente porque no quería vomitarle encima al muchacho.

Cuando alcanzaron la plataforma Deimos hizo un gesto con la mano, y el viento cambió de dirección, empujándoles hacia el césped de los jardines. El súbito cambio hizo que Alia perdiese su postura vertical, y aterrizó rodando sobre el mullido suelo. Eso no hizo nada por mejorar su mareo, y cuando por fin pudo incorporarse tuvo que correr hasta el borde del precipicio para vaciar el contenido de su estómago.

—Espero que no hubiese nadie ahí abajo —bromeó Deimos, que había aterrizado con mucha más elegancia que ella y ahora estaba tratando de

arreglar el desastre que la ventisca había hecho con su pelo.

Cuando Alia sintió que su estómago se relajaba se incorporó y se alisó la falda. No había acabado de acicalarse cuando cuatro guardias se aproximaron a ellos a la carrera.

—¡Alto ahí! —ordenó uno de ellos apuntándoles con su lanza. Deimos retrocedió un paso y levantó las manos a modo de rendición.

—Tendríamos que haber imaginado que esto ocurriría —le susurró el muchacho.

Pero Alia no tenía intención de amilanarse.

—He venido a ver a Lady Minari —dijo tratando de sonar segura de sí misma.

—Los intrusos no tienen derecho a exigir nada —respondió el guardia.

Alia avanzó un paso hacia él.

—¿Sabéis quién soy? —les preguntó—. ¿Alguno de vosotros me reconoce?

El guardia dudó. Sacudió la cabeza y se volvió hacia sus compañeros. Dos de ellos tenían la misma mirada confundida, pero el tercero la observaba con los ojos muy abiertos.

Alia sonrió.

—Exacto —le dijo al soldado—. Soy la aprendiz que casi derribó la mansión hace unas semanas —sonrió—. ¿De verdad queréis contrariarme?

En su favor debía admitir que ninguno de los hombres retrocedió; pero su lenguaje corporal indicaba que habían tenido que contenerse para no hacerlo.

—Quiero ver a Lady Minari —repitió, y esta vez añadió un tono de amenaza a su voz. Los guardias volvieron a intercambiar miradas, esta vez de preocupación.

La puerta principal se abrió en aquel momento, y un hombre alto, de rasgos suaves, con el rostro ovalado y la nariz pequeña y afilada apareció frente a ellos. Caminaba con la seguridad que su posición le confería, pero en cuanto sus ojos tropezaron con los de Alia sus pasos se hicieron titubeantes.

—¿Qué ocurre aquí? —les preguntó Elicarión Minari a sus hombres.

—Intrusos, señor —respondió uno de ellos sin dejar de apuntarles con la lanza.

—Lord Minari —le llamó Alia—. No sé si me recuerda. Soy Alia Beleón, la amiga de Bri. Su hija nos presentó el día de su cumpleaños. Necesito hablar con su esposa.

—Me temo que Libitina no se encuentra en casa —respondió Lord Minari.

Alia no supo interpretar su expresión, pero parecía transmitir sorpresa y... algo más. Algo que se le escapaba.

—Es importante, señor —insistió.

—Está bien —asintió—. Dejadles pasar —ordenó. Los soldados se hicieron a un lado.

Alia y Deimos siguieron al Jerarca al interior del edificio. Aquel breve paseo casi consiguió hacer desaparecer toda la ira que había ido acumulando a lo largo de la tarde. Lady Minari no se encontraba allí, y no estaba segura de si debía contarle algo a su esposo. Tal vez también él estuviese involucrado; o quizás no sabía nada. La cuestión era: ¿cómo reaccionaría cuando se enterara?

Lord Minari les condujo hasta un enorme despacho que a Alia le recordó un poco a la biblioteca de Suri, aunque la opulencia con la que estaba decorado se encontraba en las antípodas del estudio del mago. Sin decir nada, Elicarion tomó asiento en la butaca que había al otro lado del enorme escritorio de roble. Su imagen resultaba imponente, y transmitía esa clase de autoridad que solo aquellos que han nacido con poder son capaces de proyectar.

Aquello la hizo sentirse un poco intimidada, aunque no acababa de entender el porqué.

El hombre hizo entonces un gesto hacia las dos sillas vacías, invitándoles a acomodarse. Alia dudó, pero ya estaban allí. Ya era demasiado tarde para echarse atrás.

—¿Y bien? —empezó Lord Minari cuando se hubieron sentado—. ¿Qué necesitáis de mi esposa que sea tan urgente como para tratar de colaros en mi residencia?

Alia abrió la boca para hablar, pero las palabras se negaron a salir de sus labios. Deimos debió notar su indecisión.

—Creemos que Lady Minari ha atentado contra la vida de Alia —dijo el muchacho. La mandíbula de Elicarion Minari se tensó, y sus labios perdieron todo el color—. Alguien le lanzó una *sombra de Hades*, y sabemos que la responsable es vuestra esposa.

—Esa es una acusación muy seria, muchacho —dijo el hombre—. Una que alguien como tú debería saber que es peligroso hacer.

—Acabamos de hablar con la hechicera que la preparó —prosiguió Deimos ignorando las protestas del Lord—. Ella nos ha confirmado que fue vuestra esposa quien se la encargó.

—¿Eso es todo cuanto tenéis? ¿La palabra de una nigromante?

Alia se llevó una mano al pecho y palpó con los dedos el camafeo. Entonces tiró de la cadena hasta que la joya quedó expuesta.

—¿Habíais visto antes este broche? —le preguntó.

Lord Minari se inclinó sobre la mesa para poder estudiar el medallón, y cuando lo vio con claridad su rostro palideció. Estaba claro que lo había reconocido.

—¿De dónde has sacado eso? —Elicarión tenía los labios tensos y los ojos entornados. Parecía a punto de sufrir un ataque.

—Era de mi madre —respondió ella—. La hechicera nos ha contado que este medallón es el motivo por el que su esposa me quiere muerta. Tengo entendido que es el blasón de la Casa Tardicán.

—Es cierto. Ese broche es de Libitina. No entiendo cómo... —musitó sacudiendo la cabeza. Entonces algo se iluminó tras sus ojos, como si de repente hubiese empezado a atar cabos—. Tu madre... —dudó—. ¿Cómo... cómo se llamaba?

—Sora —respondió ella—. Sora Beleón.

Los ojos de Elicarión parecían querer abandonar sus órbitas, y Alia habría jurado que estaba conteniendo el aliento.

—No es posible —musitó tras un extraño silencio en el que pareció estudiarla con una intensidad que la incomodó un poco—. Yo no... no sabía... no estaba seguro —titubeó—. Cuando te vi en la fiesta creí que... pensé... ¡Dioses! ¿Sabes cuánto te pareces a ella?

—¿Conocía a mi madre? —preguntó Alia sorprendida. Elicarión asintió.

—Hace mucho tiempo —dijo. En su voz había algo parecido a la añoranza—. Tu madre trabajaba para mi familia. En esta misma casa.

Aquella era la primera vez que Alia se encontraba con alguien que hubiese conocido a Sora cuando aún estaba en Hefestia. Una parte de ella quería interrogarle, preguntarle por su madre, tratar de averiguar cuanto le fuese posible sobre su pasado. Pero aquel no era el momento. Estaba allí para investigar por qué Lady Minari la quería ver muerta.

—¿Sabe si mi madre y Lady Libitina eran amigas?

—¿Amigas? ¡Dioses, no! ¿Por qué lo preguntas, muchacha?

—Porque si no, no me explico cómo pudo llegar este medallón a sus manos.

Elicarión Minari suspiró y se derrumbó en su butaca.



—Me temo que eso es culpa mía —admitió con tristeza—. Tu madre y yo... nosotros... Verás, mi familia arregló mi matrimonio con Libitina cuando aún estábamos en la Academia. Nuestros padres concertaron nuestra unión para fortalecer nuestras Casas. Pero yo no estaba enamorado de ella. Mi corazón pertenecía a otra.

Un escalofrío hizo que su piel se erizase.

No, aquello no era posible.

—¿Quiere decir que usted y la madre de Alia...? —preguntó Deimos por ella.

Elicarion asintió y apartó la mirada.

—Cuando mis padres lo averiguaron, despidieron a Sora. Yo quise marcharme con ella, pero mi padre me amenazó. Me dijo que si intentaba volver a verla me desheredaría. —Los ojos de Lord Minari parecían enfocados en el vacío, perdidos en el pasado—. A mí me daba igual el dinero. Estaba dispuesto a dejarlo todo por tu madre —prosiguió—. Pero entonces mi padre me dijo que si no le obedecía se encargaría de hundir a tu familia. Mi padre era... bueno, digamos que era capaz de eso y de mucho más. Así que por el bien de Sora tuve que olvidarme de ella, acceder a las demandas de mi familia y casarme con Libitina. Pero nunca dejé de quererla.

La idea de que su madre hubiese podido estar relacionada con un Minari, y no con uno cualquiera, sino con el padre del mismísimo Pernaces, hizo que las náuseas regresaran.

—¿Lady Libitina lo descubrió? —preguntó Deimos.

—No. Ella nunca llegó a enterarse —respondió Lord Minari—. O al menos eso creía —añadió mirando el medallón—. No lo sé. Ahora ya no estoy seguro de nada. Ese camafeo... Libitina lo llevaba siempre encima. Desde que nos conocimos. Decía que era una reliquia familiar, el último recuerdo que le quedaba de su linaje. Pero un día simplemente dejó de usarlo. A mí ni siquiera se me ocurrió preguntar. Ya sabes cómo son las mujeres con sus joyas —le dijo al Génitor—. Simplemente creí que se había cansado de él y que lo tenía guardado en algún joyero. Nunca se me pasó por la cabeza que ya no lo tuviese.

—¿Cómo llegó a manos de mi madre?

—No lo sé. Lo único que se me ocurre es que quizás Libitina averiguó de alguna forma lo nuestro y visitó a Sora para pedirle que se mantuviera alejada de mí. Tal vez fue entonces cuando lo perdió. O quizás se lo ofreció a Sora

como pago para que se olvidara de mí —caviló—. Pero no entiendo por qué lo haría. Tu madre regresó a casa de tus tíos poco después de que mi padre la echara. ¿Qué razón tendría Libitina para...?

Su pregunta quedó colgada en el aire como un copo de nieve atrapado por el viento.

Su expresión cambió como si de repente viese algo que hasta entonces no había visto.

—La otra noche me dijiste que Sora murió durante el parto —rumió Elicarión midiendo cada palabra—. ¿Sabes si fue por causas naturales?

—No. Mi tío me contó que la mató la magia. Alguien usó un *secasemillas* con ella.

De repente Alia estuvo segura de saber exactamente lo que había pasado, de quién había sido responsable del hechizo que había acabado con la vida de su madre y que casi la había matado a ella.

Pero ¿por qué lo habría hecho Lady Minari?

Sora había abandonado la ciudad meses atrás, así que la mujer no tenía motivos para temer que se interpusiera entre ella y Elicarión.

A menos que...

—¿Un *secasemillas*? —interrumpió Deimos sus cavilaciones—. ¿Ese hechizo no se usa para interrumpir embarazos no deseados? ¿Por qué querría su esposa...? —empezó a preguntar, pero el muchacho debía haber llegado a la misma conclusión que ella, porque sus ojos pasaron alternativamente de Alia a Elicarión como si no pudiese creerse lo que estaba viendo—. ¡Oh! —musitó finalmente.

Las manos de Lord Minari temblaron, y también lo hizo su voz cuando volvió a hablar.

—¿Cuántos años tienes?

—Cumpliré veintitrés el próximo octubre —respondió Alia aún atrapada en el vórtice de irrealidad que parecía rodearla.

—Dioses —murmuró Elicarión tragando saliva. Su tez estaba lívida. Una gota de sudor resbaló por su mejilla—. No tenía ni idea. Te juro que no lo sabía. De haber sabido que Sora estaba... —sus ojos se clavaron en los de Alia. En ellos había ahora una mezcla de sorpresa y expectación—. ¿Me permites comprobar algo? —le pidió.

Alia estaba tan perpleja por lo que sospechaba que estaba ocurriendo que apenas fue capaz de asentir con la cabeza.

«No puede ser cierto», se repetía. «Lord Minari no puede ser mi...»

Elicarion sacó un abrecartas de plata del cajón de su escritorio y lo usó para hacerse un pequeño corte en el dedo índice. Una gota de sangre cayó sobre la mesa. Entonces usó ese mismo dedo para trazar un *táumator*, y cuando lo hubo completado lo empujó hacia Alia. Cuando los símbolos rozaron su piel cambiaron de color, pasando del verde intenso al blanco más puro.

Elicarion y Deimos inhalaron a la vez y contuvieron el aliento.

—¿Qué ocurre? —titubeó Alia—. ¿Qué significa eso?

—Eso era un *deudo* —le explicó el Génitor—. Es un hechizo de revelación de consanguinidad. Los miembros de las Casas los emplean para confirmar la paternidad de sus primogénitos.

Alia estaba demasiado abrumada para comprender las implicaciones de las palabras del muchacho. De alguna forma ella había alcanzado la misma conclusión, pero no quería —no podía— aceptarla.

—No —farfulló.

—Lo siento —se disculpó Elicarion, incorporándose. Había pesar en su voz, y también algo parecido a la culpa—. Tu madre no me dijo que estaba embarazada. De haberlo sabido...

—¡No! —repitió Alia, esta vez gritando. También ella se puso en pie.

Necesitaba salir de allí.

Le faltaba el aire.

Le dolía el pecho.

El corazón le latía desbocado.

Necesitaba algo de aire fresco, o acabaría por desmayarse.

—Lo siento, Alia, pero es cierto —le dijo Deimos—. El *deudo* no miente. Lord Minari es tu padre. Y creo que ese es el motivo por el que su mujer te quiere ver muerta.

## El plan

Triano no conocía al tipo que le abrió la puerta. No sabía si se trataba de algún sirviente o si, por el contrario, se encontraba frente a uno de los miembros de la cábala. Sus ropas no le daban ninguna pista. Eran prendas sencillas, aunque no parecían tener ese aire triste y desgastado de la indumentaria típica de la clase baja. Quizás se trataba de un glamur. Eso tendría sentido. Si aquella era una reunión secreta, a quienquiera que le hubiesen encomendado la tarea de abrir la puerta no le haría mucha gracia que los recién llegados pudiesen reconocerle.

Fuera como fuese, Triano impostó su mejor sonrisa —aquella que le daba un aire ligeramente bobalicón y que acostumbraba a usar en las reuniones familiares— y se presentó.

—Bienvenido, Lord Eristide —le saludó el desconocido—. Le estábamos esperando.

Triano siguió al hombre al interior de la casa, y este le condujo hasta lo que alguna vez debía haber sido una biblioteca. Los estantes estaban ahora vacíos, y las arañas habían construido sus hogares en los huecos que habían dejado los libros. El aire olía a polvo, a humo y a añejo, pero la estancia estaba caldeada y bien iluminada. Un fuego ardía en la chimenea, y varias *candelas* prendidas colgaban del techo.

Allí había un par de docenas de personas agrupadas en pequeños corrillos, charlando en voz baja o estudiando en silencio al resto de los presentes. Todos eran hombres, y ninguno de ellos debía pasar de la treintena; o al menos ese era el aspecto que presentaban. Triano reconoció a unos cuantos, entre ellos a Mirano Berudia, Cratos Tarkón, Filipio Abacudis y Edulio Morana; aunque algo le decía que también Asulán Pizcazu, Pelario Orzam y Adamo Jamilo se encontraban allí, ocultos bajo un *glamur*.

Barlán se dirigió hacia él en cuanto le vio cruzar la puerta, y le ofreció una mano a modo de saludo. Triano se la estrechó.

—Me alegra que hayas decidido aceptar mi invitación —dijo el Inquisidor.

—Pensaba que esto era una fiesta —respondió Triano ciñéndose a su papel mientras estudiaba con desinterés al resto de invitados—. Pero estos

muermos no tienen pinta de estar aquí para celebrar nada —añadió bajando la voz para que solo Remo pudiese oírle.

—En realidad, todos tenemos mucho que celebrar —le confesó su compañero. Triano arqueó una ceja—. Pronto lo entenderás —le aseguró—. En cuanto el resto de invitados haya llegado, nuestro anfitrión os pondrá al corriente de todo.

—Creía que tú eras el anfitrión.

Barlán dejó escapar una risita jovial.

—¿Yo? No, yo solo soy un interesado más —dijo sacudiendo una mano en el aire de forma displicente—. Sírvete una copa. No tardaremos en empezar.

Triano hizo lo que se esperaba de él: se sirvió una copa de brandy de la mesa de las bebidas y se mezcló con el resto de invitados.

Allí había miembros de casi todas las Casas menores de Hefestia.

Le sorprendió ver al más joven de los Herinia, a uno de los hermanos Rangli y al primogénito de los Urbina conversando tranquilamente en un rincón. En la ciudad era de sobras conocida la enemistad entre esas familias, y sin embargo aquellos tres parecían haber dejado de lado su antagonismo.

El hijo menor de Lord Krissos y uno de los Flamantis charlaban con un hombre de aspecto anodino al que Triano no supo reconocer. Quizás se tratase del propio Lord Orzam, o tal vez era Asulán, el próximo Jearca de la Casa Pizcazu, ocultos tras un *glamur*.

Tres invitados más se unieron al grupo mientras esperaban la llegada de su anfitrión. Triano no reconoció a los dos primeros, pero el cabello verde y el aire arrogante del último resultaban inconfundibles. Pernaces Minari entró en la sala como si fuese de su propiedad, estudiando al resto de invitados con su soberbia habitual. En cuanto sus ojos tropezaron con los de Triano una débil sonrisa se dibujó en sus labios.

—Qué sorpresa, primo —le saludó el León de Jade—. No esperaba encontrarte aquí.

Pernaces no era en realidad su primo. Eran sus padres quienes estaban emparentados. Su abuela, Lady Camerelis, era hermana de Lord Ártelus Minari, el abuelo de Pernaces y anterior Inquisidor Supremo.

—Lo mismo podría decir de ti —respondió Triano. ¿Conocería Pernaces el verdadero motivo de aquel encuentro, o habría sido invitado, como él, bajo un falso pretexto? Algo le decía que, en el caso de su primo, se trataba de lo primero—. ¿Te han presentado ya a nuestro anfitrión? —trató de indagar.

Pernaces arqueó una ceja—. Yo creía que Barlán era quien lo había organizado todo, pero parece que no es así. Le he preguntado, pero no ha querido contarme nada sobre la reunión, y la verdad es que estoy intrigado.

Pernaces sonrió, una de aquellas sonrisas que conseguían que las muchachas se bajaran las bragas. Estaba claro que no era la primera vez que acudía a una de aquellas reuniones.

—Todavía no —mintió el León—, pero estoy deseando conocerle. Creo que vamos a encontrar muy interesante lo que sea que tenga que contarnos. Dime, primo, ¿sigues trabajando para la Brigada Démoniaca?

Triano se encogió de hombros.

—De alguna forma tengo que pagar las facturas. Desde que mi padre me cortó el estipendio porque me negué a unirme al clero dependo de mi salario para sobrevivir. —El agente trató de impregnar sus palabras con tanta amargura como le fue posible. Era lo que se esperaba de él. El rostro de Pernaces se distorsionó en una mueca de disgusto que apenas se molestó en esconder.

—¡Padres! —suspiró haciendo rodar los ojos—. Si supieras lo que ha hecho el mío...

Aquello intrigó a Triano. Estaba a punto de preguntarle a su primo qué era lo que había hecho Elicarion Minari cuando un grupo de hombres entró en la sala, atrayendo la atención de todos los presentes. Todos ellos vestían los colores de la Inquisición, pero no fue eso lo que dejó a Triano sin aliento.

En el centro del grupo, rodeado por cuatro agentes, había un hombre de mediana edad, delgado, con el rostro enjuto, el oscuro cabello ralo y un fino bigote que se extendía por encima de sus labios como una cuchillada. Triano le reconoció pese a no haberle visto antes en persona.

Se trataba de Shesmu Molokai, el recién nombrado Inquisidor Supremo.

—Ahí tienes a nuestro anfitrión —le dijo Remo al oído, colocándose junto a él.

—No me digas que me has invitado a una charla de reclutamiento —dijo Triano tratando de disfrazar su sorpresa de hastío—. Ya te he dicho que me gusta mi trabajo.

—No es eso —negó Barlán—. Tú escucha lo que tiene que decir. Te aseguro que lo vas a encontrar muy interesante.

La sala entera guardó silencio cuando Molokai ocupó el podio que alguien había erigido en uno de los extremos de la sala. Triano le vio estudiar a los

presentes, uno por uno, con la mirada. Por un momento, cuando sus ojos se encontraron, el agente temió que el Inquisidor reaccionaría de forma negativa, pero el hombre se limitó a asentir cordialmente.

—Veo muchos rostros nuevos esta noche —empezó Molokai—. Algunos ya conocéis el motivo de esta reunión, otros os estaréis preguntando por qué os hemos invitado. La respuesta es sencilla: el mundo está cambiando, y por desgracia Hefestia no está cambiando con él.

Un rumor se extendió por la sala como el humo de una hoguera mal ventilada. Molokai esperó a que volviera a hacerse el silencio antes de proseguir.

A continuación les habló de los ataques de criaturas demoniacas que habían tenido lugar en los últimos meses, de cómo parecía que cada vez había más y de lo impotente que estaba la Brigada para detenerlos. Cuando dijo eso último intercambió una mirada con Triano, pero donde el muchacho esperaba encontrar odio o desprecio solo vio conmiseración.

Era cierto que el número de ataques parecía haberse multiplicado desde que Tarnika había acudido a ellos con sus sospechas. Y pese a que suponían que debían estar relacionados de alguna forma con el caso, el resto de víctimas no habían sido miembros de las Casas, sino ciudadanos comunes. En realidad solo dos de los fallecidos pertenecían a una de las grandes familias. La capitana Bonaserra —teniente Bonaserra desde su degradación— creía que esa era una maniobra para alejar las sospechas de un posible complot contra las Casas; y al escuchar la forma en que Molokai parecía estar usando esos ataques para desprestigiar a la Brigada y a la propia Guardia Hefestiana, Triano empezó a sospechar que su jefa tenía razón.

Pero había algo más tras la proliferación de ataques, estaba seguro. Y lo que el Inquisidor dijo a continuación fue lo que le dio la pista.

—Nuestras familias están en peligro —prosiguió tratando de provocar una respuesta visceral en su público—. ¿Y de quién es la culpa? ¿De la Guardia Hefestiana? ¿De la Brigada Demoniaca? —cuando dijo eso volvió a barrer la sala con la mirada. Sus ojos se detuvieron brevemente en algunos de los presentes, incluido Triano. Aquello tenía que ser una prueba, Triano estaba seguro. Molokai estaba atacando a las fuerzas del orden para ver si él —o cualquier otro de los presentes— reaccionaba. Eso hizo que se preguntara si habría allí algún compañero suyo oculto tras uno de los *glamures*. Era posible. Quizás incluso hubiese miembros de la Guardia Blanca, los

protectores de la Academia. Por eso decidió guardar silencio y siguió prestando atención al discurso del Inquisidor Supremo.

—No, amigos míos. La culpa no es suya, sino de nuestros gobernantes, que no han sabido dar a nuestras fuerzas del orden las herramientas que necesitan para hacer su trabajo. Muchos de vosotros no lo sabéis, porque las autoridades han decidido mantenerlo en secreto, pero hace unos días un demonio *lorkin* trató de colarse en Charnok.

Los invitados corearon un murmullo de sorpresa.

—Por suerte mis hombres pudieron detenerle, y el demonio no logró completar su misión, pero hemos podido averiguar que su intención era la de atentarse contra mi vida. ¿Y quién creéis que permitió que el demonio llegase hasta a nuestras puertas? La mismísima Capitana Bonaserra, la responsable de la Brigada Démoniaca.

Cuando dijo eso su atención volvió a centrarse en Triano. El agente hizo lo posible por enmascarar su expresión y que su indignación no resultase evidente, porque las mentiras que salían de labios del Inquisidor Supremo le estaban haciendo hervir la sangre.

—Pero no era Bonaserra quien pretendía acabar conmigo —dijo Molokai enseguida sacudiendo la cabeza con tristeza—. De hecho, ella ni siquiera sabía que había enviado a la criatura con uno de sus hombres. Fueron sus superiores, siguiendo instrucciones del Consejo Civil y del Consejo de Archimagos, quienes dieron la orden.

Triano no comprendía como los presentes podían tragarse aquella sarta de patrañas, porque estaba claro que todos parecían convencidos de que de la boca del Inquisidor solo salía la verdad.

En realidad, ahora que se fijaba, la suave cadencia de la voz de Molokai tenía un efecto entre sedante y ensalzador, y le producía un extraño cosquilleo en la base del cráneo. Intrigado por ese singular efecto Triano se llevó una mano al bolsillo y acarició la piedra que guardaba en él. La había llevado encima desde que Tarnika se la había dado días atrás, en la cueva. La *piedra de Karras* estaba caliente al tacto, y eso solo podía significar una cosa: que le estaba protegiendo de los efectos de un hechizo.

«Están usando una *compulsión* con los invitados», adivinó. «Magia prohibida».

—¿Y por qué, preguntaréis, querían el Consejo Civil y los Archimagos acabar conmigo? —prosiguió Molokai. Una breve pausa en su discurso dio



tiempo a los presentes para intercambiar murmullos de asombro e indignación. De haber estado él también bajo los efectos de la *compulsión*, Triano no habría notado el amago de sonrisa que titiló en los labios del Inquisidor Supremo—. La respuesta es sencilla: porque tras acceder al cargo me propuse introducir cambios en el seno de la Inquisición; cambios que permitirían a Hefestia recuperar su gloria perdida, pero que podrían suponer una pérdida de poder para las Casas. ¿Qué cambios?, os preguntaréis.

Molokai hizo una pausa para que sus palabras se asentaran en las mentes de su audiencia.

—Durante siglos el Consejo se ha encargado de determinar qué magia está permitida y cuál está prohibida. Nos han hecho creer que existen ciertos tipos de prácticas que son inmorales, y las han declarado ilegales. Y durante todo ese tiempo nos han usado a nosotros para hacer cumplir su autoridad. Lo que muy pocos saben, porque el Consejo se ha encargado de ocultarlo, es que ese no era originalmente el cometido de la Inquisición.

Otro coro de murmullos.

—La Inquisición fue creada por nuestros antepasados para hacer frente a las invasiones de criaturas demoniacas; una función que poco después nos arrebataron para ponerla en manos de la Brigada. ¿Qué por qué lo hicieron? Porque para poder enfrentarnos a los demonios no bastaba con la taumaturgia. Era necesario conocer más de un tipo de magia, porque, como ya sabemos, las criaturas son inmunes a muchos de nuestros hechizos. Por eso otro de nuestros cometidos era el de estudiar y catalogar cualquier encantamiento que pudiese ser usado para exterminar demonios. Tras siglos reuniendo conocimientos nuestra biblioteca llegó a ser más nutrida incluso que la de la Academia, y eso asustó a los Archimagos, que temieron que nuestros miembros adquiriesen más poder que ellos. Por eso decidieron prohibir los otros tipos de magia y convertir la taumaturgia en la única práctica permitida en todo Atroreth. Y ese no fue su único crimen.

Molokai pasó los siguientes minutos exponiendo con varios ejemplos la incompetencia del Consejo Civil, cuyo único propósito parecía ser el de mantener el statu quo, y del de Archimagos, cuyos miembros no eran más que un puñado de oportunistas de ideas retrógradas más preocupados por prosperar en su pequeña parcela de poder que por el bienestar de los Hefestianos.

—Son ellos quienes han convertido Hefestia en el pozo de corrupción que

es hoy —continuó el Inquisidor—. Por culpa de su mentalidad reaccionaria y de su falta de visión nuestra querida ciudad se ha degradado hasta resultar casi irreconocible. El Imbornal y el Sudario están más atestados que nunca, la pobreza es una lacra que mancilla nuestras calles, y el crimen se extiende como un cáncer por el Escancio. Por su culpa los demonios campan a sus anchas por nuestra querida ciudad, sembrando el terror entre sus ciudadanos y arrebatando la vida de nuestros familiares. ¿Y qué han hecho para impedir que eso siga sucediendo? Nada.

Varias voces corearon su acuerdo.

—Ha llegado el momento del cambio —dijo Molokai empleando el mismo tono que un mercader usaría para atraer a la clientela—. Ha llegado la hora de asumir nuestra responsabilidad. De tomar el control de la situación. Hefestia no se merece lo que nuestros gobernantes están haciendo con ella.

Su tono de voz fue aumentando paulatinamente, y con él, la exaltación de sus palabras.

Triano notó cómo estaba afectando el discurso a los presentes. En los ojos de algunos brillaba ahora un fervor fanático, casi religioso. Otros tenían un gesto ausente, como si lo único que pudieran percibir fuesen las palabras de Molokai.

Él parecía ser uno de los pocos a los que no había subyugado la *compulsión*, aunque no era el único. A su derecha, Remo sonreía satisfecho, y el gesto de su primo era parecido al del Inquisidor. A ellos dos, igual que a otra media docena de invitados, no era necesario convencerles. Al parecer ya formaban parte de la cábala.

Lo que Triano no acababa de entender era por qué Molokai arremetía contra el Consejo Civil y el de Archimagos, o por qué usaba el crimen y los ataques de las criaturas demoniacas para justificar sus acciones.

«Emociones básicas», comprendió entonces.

Miedo, rencor, odio e ira.

Las compulsiones funcionaban mejor cuando afectaban a las emociones más primarias, y sin duda la disertación del Inquisidor Supremo estaba consiguiendo precisamente eso.

La mayoría de los presentes eran miembros de las Casas, aunque ninguno de ellos poseía poder alguno dentro de la estructura de sus familias. Quienes manejaban el cotarro eran sus padres, abuelos o hermanos mayores; todos ellos miembros de uno de los dos Consejos, el Civil o el de Archimagos. De

haber planteado directamente un golpe al poder establecido Molokai podría haberse encontrado con una inesperada resistencia, pero atacando a las instituciones el Inquisidor se aseguraba de que los asistentes, todos ellos niños de papá descontentos con la forma en que sus mayores decidían sus destinos, las relacionasen con sus familiares. Y eso, unido a la manipulación emocional del hechizo, hacía que el odio que estaba vertiendo el Inquisidor en sus palabras acertase de lleno en su objetivo.

Tras aquella noche, los escrúpulos de aquellos jóvenes no les impedirían actuar en contra de sus propias familias.

«Una maniobra inteligente», pensó. «Me pregunto si la usaron también con Remo».

—Es hora de que una nueva generación, una a la que no le asuste tomar el control de su destino, se haga con las riendas de la ciudad. Es hora de que aprendamos que hay otras clases de magia, otras formas de acceder al poder. Ha llegado el momento de protegerse de las amenazas externas, de los demonios que asesinan a los nuestros con impunidad y de las naciones que nos ven como una potencia en declive.

Molokai hizo una pausa dramática, y Triano pudo sentir como la expectación crecía entre los presentes.

—Bezantia y Radamantis nos perciben como una nación débil —prosiguió el Inquisidor Supremo—. ¿Sabéis por qué? Porque allí el uso de la magia no está limitado por sus gobernantes, y cualquiera de sus ciudadanos posee tanto o más talento que nuestros Archimagos. ¿Qué ocurrirá cuando alguno de esos países decida explotar nuestra fragilidad y pretenda recuperar el territorio que perdió durante la última guerra? ¿Qué les impedirá hacerse con el control de las vías principales de comercio y aislarnos económicamente del resto de naciones? ¿Quién detendrá al Rey Necromante cuando decida volver a lanzar sus hordas de no-muertos contra nosotros?

Ese último comentario hizo que el grupo coreara su conformidad con asentimientos y murmullos de acuerdo; a pesar de que ninguno de ellos, ni siquiera el propio Inquisidor, había nacido cuando la invasión había tenido lugar.

—Nuestros gobernantes están ciegos —murmuró Molokai a continuación en tono confidente—. Han pasado demasiado tiempo complaciéndose con sus vacuas existencias, y en lugar de percibir el peligro real que suponen las auténticas amenazas tienen miedo a las hipotéticas: a que un ciudadano de a

pie pueda llegar a ser más poderoso que cualquiera de ellos empleando magia rúnica, hemomancia o cognomancia. Y yo digo: basta

—¡Sí! —gritó alguien, enaltecido.

—¡Ya basta! —coreó otro.

—Durante demasiado tiempo hemos permitido que un hatajo de arribistas con más intereses políticos que verdadero poder dicten cómo tenemos que vivir y qué podemos hacer. Hemos dejado que un puñado de ancianos arrogantes decida lo que es mejor para nosotros. Hemos cedido el control de la ciudad a nuestros padres, cuya mentalidad sigue anclada en el siglo pasado y cuyas ideas están llevando a nuestra civilización a la ruina.

—Tiene razón —dijo uno de los Rangli.

—No podemos permitirlo —gritó el menor de los Flamantis.

—La Inquisición ha seguido durante demasiado tiempo los designios de ambos Consejos, pero ya basta. No vamos a permitir que hundan a Hefestia en la miseria. No permitiremos que los demonios campen a sus anchas por nuestras calles, arrebatándole la vida a nuestra gente. No dejaremos que un hatajo de viejos asustados nos mantengan ignorantes. Gracias a los conocimientos que la Inquisición ha ido acumulando a lo largo de los siglos ahora disponemos de los medios para que Hefestia vuelva a recuperar su antigua gloria. Volveremos a ser el imperio que nunca debimos dejar de ser, y las otras naciones nos temerán, porque tendremos poder para doblegarlas.

—Sí —gritaron tres de los jóvenes a la vez. Uno de ellos, incluso, alzó el puño para darle más énfasis.

—Y lo primero es librarnos de todas esas criaturas infernales que insisten en venir a nuestro mundo a causar muerte y destrucción.

Molokai hizo una señal con la mano, y tres de sus hombres entraron en la sala arrastrando lo que parecía ser una enorme caja rectangular cubierta con un lienzo. La caja se agitaba como si contuviese algo vivo. Los Inquisidores la dejaron junto al podio, y Molokai se acercó a ella.

—Este es el peligro que nos amenaza —dijo tirando del lienzo y dejando a la vista no una caja, sino una jaula con barrotes de metal de tres varas de altura por una de ancho. En su interior había algo que era claramente de origen vegetal, aunque Triano nunca había visto un *lorkin* como aquel.

Había algo extraño en la criatura. Era tan grande que, aún encorvada, a duras penas cabía en la jaula. A diferencia de los que había visto en la ciudad subterránea, aquel no tenía facciones humanoides, y tampoco parecía actuar

como el ser inteligente y racional que Triano sabía que era. Su comportamiento era más parecido al de una bestia salvaje. Su rostro parecía algo salido de una pesadilla. No tenía manos, sino zarpas cubiertas de espinas, y su cuerpo estaba retorcido de forma extraña; tanto, que parecía tener varios miembros de más.

Una exclamación de asombro se extendió por la sala, y aquellos que se encontraban más cerca retrocedieron un paso.

—Esto es un demonio *lorkin* —dijo Molokai. «Pero no uno normal», pensó Triano. Algo le decía que la pobre criatura había sido alterada mágicamente, como los *shingor* o los otros monstruos que habían atacado la Academia meses atrás—. Este fue capturado hace tres días tras haber atacado a dos jóvenes cerca del barrio de la Clávea. Por qué no lo detuvo la Brigada es un misterio que todavía no hemos podido resolver —añadió sin apartar los ojos de Triano. El agente simuló la sorpresa que se esperaba de él, aunque procuró que su rostro no perdiera la expresión exaltada que había mantenido desde el inicio de la charla—; aunque sabemos que en las últimas semanas varios demonios como este han atacado a nuestros conciudadanos. Y no podemos permitir que eso siga ocurriendo.

—¡No! —gritó alguien.

—¡Acabad con él! —dijo otro.

Triano sintió un estremecimiento, pero hizo todo lo posible por esconderlo.

—El problema es que estas cosas no son fáciles de matar —prosiguió Molokai sacudiendo la cabeza con pesar. Y para ilustrar sus palabras uno de sus hombres hizo pasar una espada entre los barrotes y ensartó a la criatura, haciéndola sangrar. El *lorkin* dejó escapar un aullido inhumano, pero cuando el Inquisidor retiró su arma, seguía con vida.

A continuación le lanzaron una *esfera ígnea*, que chamuscó su piel pero no logró quemarla del todo, y un *yunque de Hefesto*, que chisporroteó por entre los barrotes sin causarle daño alguno.

—Pero entre las fuentes de conocimiento que se conservan en Charnok hemos dado con un hechizo que puede acabar con ellos —sonrió Molokai.

Dos de sus agentes agarraron uno de los apéndices de la criatura y tiraron de él hasta sacarlo por entre los barrotes. Molokai se acercó, desenfundó su daga e hizo un tajo a la corteza del *lorkin*. Unas gotas de savia verde escaparon de la herida. Entonces la rodeó con la mano y pronunció una frase en un idioma desconocido.

El aire zumbó a su alrededor, y cuando se apartó de la jaula la criatura empezó a gemir y a retorcerse de dolor.

—Este es un hechizo de magia de sangre. Magia prohibida por nuestros gobernantes —les recordó—. Lo llamamos *hidrófago*, y es la forma más rápida de acabar con estas cosas.

Ante sus ojos, y para sorpresa de casi todos los asistentes, el *lorkin* fue encogiéndose lentamente como un árbol reseco. Aquello era lo mismo que le había ocurrido a Tarnika.

¿Habría sido Molokai quien había intentado acabar con ella?

Era más que probable.

Los alaridos de la criatura consiguieron ponerle la piel de gallina, aunque gracias a los Dioses duraron poco. A Triano le sorprendió que el hechizo estuviese funcionando más rápidamente de lo que lo había hecho con Tarnika, y se preguntó a qué se debería. Tal vez habían usado uno más poderoso contra el *lorkin* de la jaula, o quizás lo habían debilitado antes. O era posible que aquella magia afectase en mayor medida a los *lorkin* alterados. Triano no tenía ni idea de cuál podría ser la causa, pero no importaba; mientras estuviese pensando en ello no tendría que prestar atención a sus gritos.

Finalmente el *lorkin* cayó al suelo de la jaula consumido por el hechizo. Ya no se movía, y su cuerpo había quedado reducido a poco más que un tocón inerte.

El grupo aplaudió con entusiasmo, y Triano los imitó para no levantar sospechas.

Cuando los aplausos finalmente se apagaron los Inquisidores ya se habían llevado la jaula, y Molokai había abandonado su lugar en el podio para mezclarse con la concurrencia. Los jóvenes se apiñaban a su alrededor, estrechaban su mano, le hacían preguntas y le palmeaban la espalda. Estaba claro que la *compulsión* había funcionado.

De ahí a planear el asesinato de uno de sus familiares solo habría un paso.

—¿Y bien? —le preguntó Remo—. ¿Qué te ha parecido?

—Que tiene mucha razón —mintió Triano—. Y que algunas de las cosas que ha dicho podrían considerarse herejía.

—Herejía es permitir que esos monstruos se muevan libremente por la ciudad —resopló Remo—. Son nuestros padres quienes deberían ser censurados por permitir que eso ocurra.

—Me temo que mientras sigan en el poder no habrá nada que podamos hacer.

—Por eso es necesario un cambio. Y es precisamente gente como tú quien puede ayudarnos a llevarlo a cabo.

—¿En serio? —fingió sorpresa— ¿Qué puedo hacer yo por ayudar?

—De momento, no hables con nadie de lo que has visto hoy aquí —sonrió Barlán—. Y estate preparado. Cuando llegue el momento, alguien te contactará con instrucciones.

Triano asintió y observó a Remo retirarse, complacido.

Había conseguido engañarle.

Por desgracia, pese a todo lo que había visto y oído aquella noche, aún no había conseguido una prueba tangible de que aquella gente formase parte de la cábala; algo que pudiese mostrar a sus superiores. Nada de lo que había escuchado hasta el momento indicaba que aquella gente perteneciese al mismo grupo que había estado asesinando a los miembros de las Casas. Pero tampoco había disipado sus sospechas.

Más bien al contrario.

Finalmente, bien entrada la noche, cuando las conversaciones y el alcohol fluían libremente por la sala, una charla entre Molokai y su primo acabó por confirmárselo.

Supuestamente el intercambio entre el Inquisidor Supremo y el León de Jade debería haber quedado protegido por la intimidad de la *burbuja de babel* que les rodeaba, pero la *piedra de Karras* de Triano consiguió anular el efecto del hechizo, y sus palabras le llegaron claras y cristalinas como las aguas de un riachuelo en primavera.

—... la chica? —estaba preguntando Pernaces cuando Triano se acercó a ellos.

—La necesitamos con vida. El Maestro tiene planes para ella —dijo Molokai.

—Pero para entonces mi padre ya la habrá reconocido —protestó Pernaces.

Triano arqueó una ceja. ¿De quién estarían hablando?

—No te preocupes por eso —le tranquilizó el Inquisidor con una sonrisa y una afectuosa palmada en la espalda—. Tras la fiesta de Proclamación de Asulán Pizcazu, eso ya no tendrá importancia. Cuando el polvo se haya asentado tú serás el nuevo Jerarca de los Minari, y la chica no podrá hacer nada por impedirlo.

Por alguna razón que Triano no acababa de comprender, aquello no pareció hacer muy feliz al León de Jade.



## Suricata

Suri maldijo en voz baja mientras se precipitaba hacia lo desconocido. No tenía ni idea de a dónde conduciría aquella trampilla ni de qué encontraría cuando alcanzase finalmente el suelo, pero le preocupaba la altura, y también que el impacto pudiese complicar aún más su situación. Estaba tratando de calcular la distancia que había recorrido y la que todavía debía faltar cuando su espalda se estrelló contra una irregular superficie que interrumpió su caída y protestó bajo su peso como un montón de madera podrida.

El golpe le cortó la respiración.

El desplome apenas había durado unos segundos, aunque se le habían hecho eternos.

Y cuando creía que todo había acabado, el inestable suelo se agitó bajo él y se encontró descendiendo a trompicones por lo que parecía ser la pendiente de una colina que se desmoronaba bajo su peso. Pequeños fragmentos se le clavaban en el pecho, la espalda, el cuello y las piernas mientras rodaba sin control hacia abajo, y la contera de su lanza no dejaba de golpearle la nuca. El sonido que acompañaba su caída era extraño. Sonaba parecido al del balafón, un instrumento de percusión hecho con madera hueca usado por algunas tribus del continente negro; aunque era más agudo y algo más seco.

Cuando finalmente dejó de rodar y se encontró sobre el frío y duro suelo, Suri se incorporó y usó parte de su dolor —había acumulado mucho durante la caída— para reunir magia e invocar una esfera de luz.

Lo que vio le dejó sin habla.

La montaña por la que acababa de rodar se alzaba casi ocho varas por encima de su cabeza, y estaba hecha de huesos. A juzgar por el tamaño y la forma, eran huesos humanos.

—¿Qué diablos? —exclamó retrocediendo un paso.

—¡Apaga eso! —le ordenó Jaguar desde el otro lado del osario. Su voz era fría y tensa. Suri obedeció e hizo desaparecer la esfera justo cuando la sombra del oso tapó la escasa luz que caía sobre ellos a través de la abertura.

Las tinieblas les envolvieron por completo.

—No cabe por la trampilla, ¿verdad? —preguntó Suri, esperanzado.

—¿Estás dispuesto a apostar tu vida? —susurró Jaguar en su oído. Ni siquiera la había oído moverse—. Vamos. Hay que salir de aquí —le apremió tirando de su brazo.

Se preguntó cómo se las arreglaría la muchacha para ver en aquella negrura, hasta que recordó que los felinos poseían una increíble visión nocturna.

Por encima de sus cabezas escucharon al oso forcejear, tratando de hacer pasar su voluminoso cuerpo por la estrecha abertura. Desde luego, la bestia era tenaz.

—¿Qué lugar es este? —le preguntó a Jaguar en un susurro.

—Los sacrificios solo empleaban la sangre de las víctimas —le recordó ella—. De alguna forma tenían que deshacerse después de los cuerpos.

Eso explicaba por qué aquel lugar apestaba a muerte y podredumbre aún siglos después del último sacrificio. Por la altura del osario, en aquella pila habría miles de esqueletos. Ese pensamiento hizo que un estremecimiento le recorriera todo el cuerpo.

Jaguar se detuvo, y Suri la oyó trastear en la oscuridad.

Se escuchó un chasquido y el sonido de algo pesado siendo arrastrado. Una corriente de aire le acarició el rostro, y una porción de negrura ligeramente menos oscura que la que les rodeaba apareció frente a ellos. Tenía el tamaño y la forma de una puerta, y a lo lejos podía distinguirse una débil fuente de luz.

«Un pasadizo», comprendió.

—¿A dónde conduce eso?

—¿Acaso importa? —respondió Jaguar adentrándose en el túnel. Suri no podía ver su cara, pero su voz era cortante. No estaba contenta.

A su espalda, algo enorme y pesado se precipitó sobre el osario. El monstruo se las había arreglado de alguna forma para colarse por el estrecho boquete. El estruendo resonó por toda la cámara, levantando ecos. Por el volumen, la sala debía ser enorme.

Suri siguió a la muchacha, y tras entrar en el corredor se apresuró a cerrar la pesada puerta tras ellos.

—No creo que eso consiga detenerle —le advirtió Jaguar.

—Quizás no, pero al menos nos dará unos minutos de ventaja —replicó él echando a correr tras ella.

Los golpes no tardaron en llegar. Para abrir la puerta el oso tendría que tirar de ella, así que por mucho que la golpeará no conseguiría moverla. Pero tarde

o temprano acabaría por destrozarla, así que no podían perder tiempo.

El pasadizo les condujo hasta una sala medio derruida. La luz se colaba por un par de boquetes en las paredes, por lo que todavía debían encontrarse por encima del nivel del suelo. Suri observó a Jaguar pasear por la habitación con la vista clavada en el pavimento. Finalmente se detuvo junto a una de las esquinas y se acuclilló.

—¿Qué ocurre? —le preguntó explorando la habitación en busca de una salida—. No me digas que estamos atrapados aquí...

Al acercarse a ella vio que se estaba peleando con una verja metálica que había a sus pies y que parecía resistirse a sus intentos de abrirla.

—Los goznes están oxidados —protestó la muchacha con un bufido.

—¿Otra trampilla? —preguntó él con una ceja arqueada.

—¿Acaso ves otra salida?

—Espero que esta sea lo bastante estrecha para el oso —suspiró Suri agachándose junto a ella—. Déjame a mí.

El mago metió los dedos de su mano metálica por entre los barrotes y tiró de la reja hacia arriba. Al principio el metal se le resistió, pero pronto las bisagras chirriaron —un escandaloso quejido que hizo que le rechinaran los dientes— y empezaron a ceder.

—Dime que sabes hacia dónde nos dirigimos.

—Conozco estos túneles —asintió Jaguar—. Por desgracia, también mi padre. Fue él quien me los enseñó.

Casi como respuesta a sus palabras, en la distancia los golpes finalmente dieron paso a una explosión de piedra triturada. La puerta había cedido.

El oso profirió un alarido triunfal.

—Vamos —la premió Suri. Jaguar saltó al interior del agujero, y el mago la siguió.

Aquel túnel era más angosto que el que habían dejado atrás. Con un poco de suerte, demasiado para la criatura. Apestaba a humedad, a polvo y a siglos de abandono, pero la leve brisa que circulaba por su interior arrastraba también el cálido aroma del bosque. Algo le decía que no se encontraban lejos de la salida.

—Ya falta poco —dijo la muchacha.

—¿A dónde conduce esta galería?

—A la ciudad de los esclavos —le explicó ella.

—¿La ciudad subterránea? —preguntó Suri. No tenía muy buenos

recuerdos de ella. La última vez que había estado allí el oso casi había acabado con él. Claro que entonces todavía era un anciano, y no sabía a lo que se enfrentaba. Esta vez estaba preparado—. Está bien —asintió—. Ese es un lugar tan bueno como cualquier otro para tenderle una trampa.

—¿Una trampa? —exclamó Jaguar deteniéndose en mitad del túnel y volviéndose hacia él. Su pose era tensa y algo amenazadora—. ¿Estás loco? —escupió—. Hemos perdido la daga, la única arma que puede acabar con la criatura. ¿Cómo pretendes matarla sin ella?

—Aún no lo sé, pero algo se nos ocurrirá.

—No servirá de nada —sacudió ella la cabeza—. Créeme. Lo he intentado todo. Lo mejor será regresar a la aldea. Quizás mi abuela pueda usar la esquirra para volver a forjarla —añadió palmeando el morral.

Suri suspiró. No podía creer que Jaguar se estuviese dando por vencida. Después de todo lo que había pasado, de todo lo que había soportado, de la rabia y del dolor que la consumía por dentro, Jaguar se estaba rindiendo.

—¿De verdad eso es lo que quieres? —insistió él. La muchacha apoyó los puños en sus caderas y le taladró con la mirada. Su cuerpo se recortaba a contraluz, firme y perfecto. Sus ojos centelleaban, y sus dientes brillaban en la penumbra.

«Dioses, es preciosa», pensó Suri ahogando un estremecimiento.

No era solo su cuerpo. Jaguar poseía una belleza animal. Su confianza y su ferocidad eran casi tan atractivas como sus elegantes curvas o sus firmes...

No. No podía pensar en eso. Aquel no era el momento ni el lugar.

Además, por alguna estúpida razón, pensar en ella de esa forma le hacía sentir culpable.

—No —replicó la muchacha con los dientes apretados. La ira irradiaba de su interior con tanta fuerza que todo su cuerpo parecía vibrar por la tensión contenida—. Lo que quiero es acabar con esto de una vez por todas, pero sin la daga no hay nada que hacer. No podemos enfrentarnos a mi padre sin una forma de matarle —añadió apartando la mirada—. Sería suicida.

Suri lo entendía. Jaguar se sentía frustrada, y además se culpaba por haber perdido el arma y haber desperdiciado otra oportunidad. Por eso se había rendido. Eso debía estar matándola. Pero tenía razón. Al fin y al cabo ella era la experta en el oso. Si Jaguar estaba convencida de que nada más podría acabar con la criatura seguramente tendría razón.

Pero desperdiciar aquella oportunidad podía suponer la muerte de algún

otro inocente en un futuro no muy lejano, y no creía que Jaguar pudiese soportar más culpa sobre sus hombros.

—¿Estás segura? —le dijo acercándose a ella y descansando una mano en su brazo. Ella se la sacudió y retrocedió un paso.

—¿Acaso no he perdido ya bastante? —dijo alzando la voz en algo que no era exactamente un sollozo, pero que transmitía el mismo dolor—. Mi padre se condenó por mi culpa. Serpiente Emplumada y Pequeño Colibrí han muerto por mi culpa. Ala de Cuervo murió por mi culpa. No quiero que mi cabezonería te cueste también a ti la vida.

Aquello le dejó sin palabras.

No tenía ni idea de quién era Ala de Cuervo, Jaguar no lo había mencionado antes, y precisamente por eso supuso que debía tratarse de alguien significativo. Sin pretenderlo, Jaguar le había comparado con alguien importante para ella.

¿Qué significaba aquello?

¿Acaso la joven...?

«No pienses en eso», se dijo.

—Está bien —aceptó—. Si crees que eso es lo mejor, regresaremos a la aldea.

Jaguar asintió sin atreverse a mirarle a los ojos, dio media vuelta y retomó la marcha.

A sus espaldas, el oso rugió de nuevo.

La luz estalló frente a ellos cuando el túnel desembocó en una amplia y bien iluminada caverna. Cuando sus ojos se acostumbraron a ella Suri vio que se encontraban en uno de los extremos de la ciudad subterránea, no muy lejos del boquete que Jaguar había abierto en el suelo del anfiteatro cuando había intentado capturar al oso.

La ciudad había sufrido el castigo del derrumbe y de la criatura, y había quedado reducida a ruinas. La mayoría de edificios solo eran montones de escombros, maderos podridos y columnas destrozadas. Suri echó un vistazo a su alrededor buscando el mejor camino posible.

—Por aquí —dijo Jaguar sin separarse de la pared de roca. Él la siguió sin discutir.

Avanzaron durante unos minutos, dejando la ciudad a su derecha y siguiendo la pared de roca hasta que dieron con una estrecha abertura. A Suri

le resultó familiar, y cuando escuchó el ruido del agua al otro lado supo por qué.

—¿El río subterráneo? —preguntó.

—Es la forma más rápida de salir de aquí —le explicó ella adentrándose en la oscuridad. Pero en cuanto hubo avanzado un par de pasos se detuvo—. ¡Maldita sea! —gruñó.

—¿Qué ocurre?

—El camino está bloqueado —dijo desandando sus pasos— Un derrumbe. No podemos seguir por ahí.

—¿Crees que lo ha hecho el oso? —le preguntó.

—No lo sé. Quizás lo hiciera la otra vez, cuando intentó seguirnos. Pero eso no importa ahora. Tenemos que encontrar otra forma de salir de aquí.

—¿Por qué no usamos esa? — señaló Suri con el pulgar por encima de su hombro.

Hacía casi seis meses que no intentaba invocar una *columna de aire*, pero gracias al dolor de sus heridas consiguió acumular bastante poder para sacarles de la cueva. La *columna* les elevó por encima de la ciudad en ruinas hasta el borde del boquete, y aterrizaron cerca de uno de los extremos de la arena, junto a las gradas. Suri no había querido hacerlo más cerca del agujero, porque no estaba seguro de que el suelo soportase su peso.

El sol del mediodía caía sobre ellos con una intensidad aplastante, y ambos tuvieron que parpadear hasta que sus ojos se acostumbraron a la claridad. Eso resultó ser un error, porque les impidió ver a su atacante hasta que fue demasiado tarde.

Algo enorme les arrolló, lanzándole por los aires.

Suri perdió de vista a Jaguar. Él aterrizó de morros, con un quejido y sin aliento, a varas de distancia de donde se encontraba. Cuando echó un vistazo a su alrededor vio que la muchacha había sido más rápida que él y que había conseguido esquivar a la criatura, seguramente porque aún se encontraba en su forma totémica. Pero el oso ya había dado media vuelta, y se estaba preparando para lanzarse contra ella.

La muchacha se descolgó la lanza de su espalda y la sostuvo con una mano. Con la otra sacó la *daga de sangre* del morral, ahora poco más que una esquirra de cristal unida a la empuñadura.

—Está bien, padre —le dijo—. Si esto es lo que quieres, ven a buscarlo.

El oso rugió, y se lanzó hacia ella. Suri trataba de ponerse en pie cuando la

vio esquivar el envite de la criatura saltando con gracia hacia un lado. Con su agilidad aumentada, Jaguar aprovechó la proximidad para descargar un golpe de lanza contra el morro del oso. La punta le hizo un tajo en el hocico, y el monstruo bramó de dolor.

Suri había creído que no había forma humana de herir a la criatura, pero lo que acababa de ver le demostraba lo equivocado que estaba. Eso hizo que se le ocurriese una idea.

—Voy a necesitar mucho poder —se dijo. Entonces empuñó su cuchillo y se hizo otro corte en el antebrazo. La sangre resbaló hasta su mano, y el dolor se extendió por todo su cuerpo—. Sangre y dolor —musitó antes de recitar su plegaria.

Los espíritus le escucharon, y una oleada de magia fluyó hacia él.

«Necesito más», se dijo. «Un corte no bastará». Así que apretó los dientes, asió con fuerza el cuchillo y se hundió la hoja en el muslo de la pierna derecha. La agonía fue tan intensa que creyó que se desmayaría; pero aguantó. No le quedaba otra opción. A través de las lágrimas vio a Jaguar esquivando los ataques del oso mientras trataba de herirlo de nuevo.

La mente de Suri parecía incapaz de concentrarse en los símbolos que debía trazar. El dolor era una distracción constante. Pero se centró en el poder que fluía hacia él, un cauce tan caudaloso que habría bastado para invocar a un *Licandro*, y lo usó para alimentar su hechizo.

Alzó las manos y empezó a trazar los primeros ideogramas de su *táumator*.

—Jaguar, entreténlo todo lo que puedas —le gritó a la chica—. Y cuando yo te diga, apártate de él.

La muchacha asintió y empezó a saltar alrededor de la criatura, aunque manteniendo las distancias.

Suri no podía almacenar magia, su cuerpo no parecía recordar cómo hacerlo, pero no lo necesitaba. A medida que iba entrando en su interior la hacía brotar a través de sus dedos y la vertía en los símbolos de su *táumator*. La piel le ardía, y la sangre parecía a punto de hervirle, pero ignoró el dolor, que a estas alturas era como un zumbido sordo en el fondo de su cráneo, y siguió dibujando en el aire. Cuando hubo concluido, cerró el círculo y activó el hechizo.

Empezó con un aullido.

El viento silbó por los túneles subterráneos con tanta fuerza que su ulular acalló incluso los rugidos del oso. Para que su plan funcionase como él

quería, Suri había tenido que crear el vórtice de la galerna en el interior de la cueva. El confinado espacio serviría para que el ciclón ganase poder y velocidad, y al gestarse entre las ruinas de la ciudad el viento arrastraría los escombros, convirtiéndolos en proyectiles.

En cuanto la corriente empezó a soplar por el interior de la caverna, restos de maderos y rocas fueron arrastrados por ella. Pronto una tonelada de cascotes, cada vez de mayor tamaño, preñaba el torbellino. Los fragmentos se estrellaban los unos contra los otros y arrasaban los edificios que aún quedaban en pie, destrozándolos y creando más fragmentos, que enseguida eran arrastrados por la corriente. Cuando calculó que el *eólion* arrastraba suficiente broza cerró la mano metálica sobre la herida de su brazo e hizo presión. El dolor trajo consigo otra descarga de poder que el mago utilizó para aumentar la fuerza de la galerna. En pocos segundos un huracán se había formado dentro de la cueva. Ahora solo necesitaba lanzarlo contra el oso.

Suri se concentró en el hechizo y aplicó su voluntad.

—¡Ahora! —gritó.

El aire cambió de dirección, y una columna de detritos salió disparada hacia arriba. Era tan tupida que cuando se elevó sobre sus cabezas consiguió tapar el sol. En cuanto se hubo alzado cinco varas sobre el borde del boquete Suri desvió su curso y la envió contra la criatura. Jaguar ya había puesto distancia entre ella y el oso cuando el torbellino le alcanzó, por lo que la tromba de fragmentos de madera y piedra no llegó a alcanzarla.

Por desgracia el *eólion* no era lo bastante poderoso. Los pedazos eran demasiado pequeños para dañar a la criatura, que los ignoró como lo haría con un puñado de molestas moscas que revoloteasen a su alrededor.

Necesitaba más.

—Esto va a doler —musitó agarrando el cuchillo, aún clavado en su muslo, y retorciéndolo dentro de la herida.

Apretó los dientes para ahogar el grito, y usó la descarga de poder para darle más fuerza al *eólion*. El bramido del viento, que arrastraba ahora vigas, rocas, e incluso pedazos enteros de edificio, retronó con tanta fuerza como un derrumbe. El oso se volvió hacia la abertura, aparentemente sorprendido, y antes de poder siquiera reaccionar toneladas de escombros se le vinieron encima.

A través de los fragmentos Suri pudo ver a la criatura luchando por mantenerse en pie. Esquirlas de roca rasgaban su piel, le arrancaban puñados



de pelaje y le hacían sangrar, una cosa oscura y viscosa que resbalaba por sus patas y salpicaba el suelo a su alrededor. Pedazos de madera llovían sobre él como cuchillos. Una astilla especialmente grande le acertó de lleno en un ojo, y se quedó allí clavada hasta que el monstruo se la pudo arrancar de un zarpazo.

Pero Suri no estaba seguro de que ni siquiera eso bastase para acabar con él.

El *eólion* fue consumiéndose lentamente, y el viento fue perdiendo fuerza hasta quedar finalmente reducido a una leve brisa.

Cuando los despojos cayeron al suelo y el polvo se asentó, el oso seguía en pie.

—Malditos sean los Dioses —gruñó—. ¿De qué está hecha esa cosa?

El monstruo estaba en muy mal estado. Apenas le quedaba pelaje, y tenía heridas abiertas por todo el cuerpo, pero el muy cabrito se negaba a rendirse.

Suri tendió una mano hacia Jaguar.

—Vámonos. Antes de que se recupere —le dijo. Pero la joven sacudió la cabeza, dio media vuelta y se lanzó de nuevo hacia él aprovechando que aún estaba desorientado.

Suri parpadeó, desconcertado.

¿Qué narices estaba haciendo? Primero quería marcharse, y ahora acometía contra el oso sin haber trazado antes un plan. ¿Es que había perdido la cabeza?

Suri corrió hacia ella, pero Jaguar se movía tan rápido poseída por el espíritu de su tótem que cuando quiso ponerse en marcha la chica ya estaba cayendo sobre la criatura empuñando su lanza. La punta se clavó en el ojo sano de la bestia, cegándola del todo. El oso bramó y sacudió las zarpas frente a su morro tratando de acertar a la muchacha, pero ella ya se había alejado, y ahora saltaba a su alrededor como un gato buscando una abertura por la que atacar.

Suri aún no había llegado hasta ellos —ya se había arrancado el cuchillo, pero la maldita herida de la pierna le estaba ralentizando— cuando el oso se incorporó sobre sus patas traseras y se volvió hacia la chica. Jaguar lo consideró una invitación y cargó contra él

—¡Todavía puede olerte! —le advirtió Suri. Pero su aviso llegó demasiado tarde.

Jaguar había confiado en que la ceguera de la criatura jugase en su favor y embistió sin pensárselo dos veces, pero el oso, que ya había demostrado ser

más inteligente de lo que tenía derecho a ser, la había usado para tenderle una trampa a la chica. En cuanto Jaguar estuvo lo bastante cerca, el oso juntó las zarpas y se dejó caer sobre ella. La muchacha tuvo tiempo de alzar la mano y clavar la daga en el pecho de la bestia, pero la hoja era demasiado corta, y apenas consiguió atravesarle la piel.

—¡No! —gritó Suri cuando la vio desaparecer bajo el enorme cuerpo del monstruo.

Sin dejar de correr, Suri alzó su mano metálica, se llevó los dedos de la derecha al pecho y enlazó tres de las runas que tenía allí tatuadas. Usó el dolor de su pierna para lanzar un ariete de aire a través de su palma, y logró golpear al oso en el flanco. Por desgracia el ataque apenas tenía potencia, y no logró alejarlo de la chica. Pero hizo que se moviera un poco, y eso le permitió ver lo que estaba ocurriendo.

Una de las zarpas de la criatura descansaba sobre el pecho de Jaguar, y la tenía inmovilizada. La muchacha agitaba los brazos y las piernas, golpeando inútilmente a la bestia, pero no parecía ser capaz de librarse de su agarre. El oso ignoraba sus golpes. Su sangre, oscura como la brea, goteaba sobre ella. Tenía la cabeza gacha, y su hocico descansaba a pocas pulgadas del rostro de la chica. Un destello azulado parecía brotar de su boca, y la criatura lo estaba consumiendo como si se tratase de miel fluyendo de un panal.

La estaba drenando.

Suri se descolgó la lanza de la espalda y la asió en su mano. El bicho le ignoró. El mago se llevó una mano al hombro y alteró la densidad de la prótesis.

—Ignora esto, hijo de perra —gruñó antes de descargar el arma contra su hocico.

La punta de obsidiana se quebró contra su piel, pero la madera resistió, y los huesos del morro crujieron. Varios colmillos saltaron por los aires, y el flujo de energía entre Jaguar y el oso se interrumpió. La criatura bramó de dolor, o quizás de frustración, y retrocedió unos pasos, dejando libre a la chica. Pero ya era demasiado tarde. Su cuerpo se había encogido, su piel se había apergaminado, y su espeso cabello negro era ahora exiguo y del color de la sal.

—No —gimió Suri arrodillándose a su lado—. Por favor, no.

Su pecho ascendía y descendía lentamente. Estaba respirando, aunque era imposible saber por cuánto tiempo podría seguir haciéndolo.

El monstruo gruñó de nuevo.

Debía alejarlo de Jaguar. Tenía que detenerlo.

Por desgracia, no tenía ni idea de cómo hacerlo.

La criatura no se movió. Era como si estuviese dejándole a él la iniciativa, como si le estuviera midiendo.

—Eso es, bicho —le dijo—. No apartes tu atención de mí.

Suri empezó a desplazarse hacia un lado, y la criatura giró sobre sus patas para seguirle con ojos ciegos. Seguramente estaba usando su oído y su olfato para localizarle.

Durante unos segundos, ninguno de los dos se movió.

Y cuando parecía que habían alcanzado un punto muerto, el oso se lanzó hacia él.

Suri no tuvo tiempo de esquivarle, y antes de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo se encontró tumbado en el suelo con una de las zarpas de la bestia apoyada contra su pecho. Por suerte el oso solo estaba ejerciendo presión suficiente para mantenerle inmovilizado, porque de haber descargado todo su peso le habría aplastado la caja torácica como un huevo. Su apestoso hocico se pegó a su nariz. El hedor le provocó náuseas, pero él las ignoró. Tenía cosas más urgentes de las que preocuparse. La criatura estaba respirando contra su cara. Al parecer pretendía hacerle lo mismo que a Jaguar.

—Lo siento —gruñó Suri—, pero yo no estoy en el menú.

El mago alzó su mano metálica y asió con ella el hocico de la bestia para mantenerlo cerrado. No tenía intención de permitirle robarle ni un solo minuto de su recién recuperada juventud. La criatura cabeceó tratando de liberarse, pero la presa era demasiado sólida incluso para ella. Impotente, descargó algo más de su peso contra su pecho. Sus costillas crujieron, y sus pulmones amenazaron con colapsarse. El mago apretó con más fuerza el morro de la bestia, y esta dejó de hacer presión.

Estaban de nuevo en tablas.

El primero que cediera perdería la partida.

«Necesito más fuerza», pensó. «Más poder».

Y sin saberlo, el oso se lo estaba proporcionando.

Suri tomó todo el dolor que estaba castigando su cuerpo y toda la sangre que estaba derramando y entonó una nueva plegaria. Pero esta vez no pidió ayuda a los espíritus. Esta vez lo usó para algo que no había intentado antes.

Jaguar le había explicado que había perdido su juventud y su capacidad

para acumular magia porque su *tótem* había sido drenado, y que las sesiones de curación a las que le habían sometido las ancianas tenían como objetivo la sanación de su espíritu; de su animal totémico. Suri había pasado por tantas de aquellas sesiones que las palabras del ritual habían quedado grabadas a fuego en su memoria. Las ancianas habían empleado su dolor como ofrenda a los espíritus, y ahora tenía más que de sobras para brindar. Así que cerró los ojos, se concentró en los cortes, los golpes, las fracturas y los moretones y empezó a salmodiar.

El aire vibró a su alrededor, y un extraño zumbido resonó en sus oídos.

El oso debió notar que algo sucedía, porque trató de alejarse de él. Pero él sujetó su hocico con más fuerza, inmovilizándole.

«Tú no vas a ninguna parte», pensó mientras sus labios desgranaban las palabras del *cántico de sangre*.

Suri no habría sabido cómo describir lo que ocurrió a continuación. De haber tenido que hacerlo habría dicho que se había sentido como si le hubiesen golpeado con un *yunque de Hefesto*, solo que en lugar de electricidad su cuerpo se vio bañado por poder. Era magia en estado puro, algo que no había sentido nunca.

Sus músculos se fortalecieron, sus heridas se cerraron y sus huesos se soldaron. Y por primera vez en casi seis meses, Suri sintió que el poder se acumulaba en su interior.

«Lo estoy consiguiendo», pensó. «Estoy recuperando mi magia».

Pero el flujo de energía no se detuvo.

El mundo titiló ante sus ojos, y de pronto todo fue más nítido, más definido. Era como si sus sentidos se hubiesen agudizado de repente; como si hubiese abierto una ventana al *Oneiros*. El hedor de la bestia estaba ahora cargado de matices que antes se le habían escapado, la luz tenía tonalidades que hasta aquel momento creía inexistentes, podía escuchar en la distancia la trabajosa respiración de Jaguar, lenta y algo rasposa, por encima de la brisa del mediodía, y su piel percibía incluso los más sutiles cambios en las corrientes de aire.

«No, piel no», advirtió entonces.

Su brazo —o al menos la parte que podía ver— estaba cubierto de un fino y corto vello de distintos tonos de ocre, blanco y gris. Sus dedos parecían más nudosos y alargados que antes, y ahora acababan en unas delgadas y

puntiagudas garras de color negro. Y al pasar la lengua sobre sus dientes descubrió que ahora estaban tan afilados como cuchillos.

No sabía cómo lo había logrado, pero no solo había sanado a su *tótem*, sino que había conseguido hacerse uno con él.

Su mano metálica liberó el hocico del oso, y la criatura retrocedió un paso. Al parecer no le había gustado que Suri la hiriese, y había decidido poner distancia entre ellos. El mago aprovechó para levantarse, y se sorprendió de lo rápido que su cuerpo respondió a sus órdenes. La bestia se incorporó sobre sus patas traseras y alzó las zarpas frente a él, preparada para defenderse.

Suri sonrió, y sus colmillos centellearon.

Mientras se había encontrado bajo su cuerpo no lo había visto, pero ahora que el oso estaba erguido pudo distinguir la daga de cristal aún clavada en su pecho. Eso le sorprendió un poco. Con lo que la criatura había llegado a moverse, resultaba extraño que no se hubiese desprendido. Quizás era otra de las propiedades mágicas del *diamante de sangre*. Fuera como fuese, eso suponía una ventaja que no podía desaprovechar.

Suri se lanzó hacia el oso.

Mientras avanzaba hacia él a una velocidad imposible aumentó el peso de su prótesis hasta su límite natural. Con su recién adquirida vitalidad, ni siquiera notó que le lastrase. Y cuando se encontró a un suspiro de la criatura descargó el puño contra el pomo de la daga. Un chorro de sangre negra y pestilente le salpicó la cara cuando su mano se hundió en el pecho del oso, reventándole la caja torácica. La esquirra de cristal debía haberle alcanzado el corazón, porque el monstruo dejó escapar un gemido lastimero y cayó hacia atrás, llevándose a Suri con él.

Solo por si acaso abrió la mano y tanteó en las entrañas del monstruo hasta que dio con el corazón. Entonces lo asió con fuerza, estrujándolo entre los dedos, y tiró de él. La daga seguía clavada en él cuando lo arrancó de su pecho.

Durante un momento, mientras sostenía el corazón aún caliente, estuvo tentado de desgarrar un pedazo con los dientes y devorarlo, pero se contuvo. No creía que eso fuese sano.

El oso se sacudía entre estertores. Parecía imposible que fuese capaz de moverse.

Una nube aceitosa de color negro, que le recordó al humo de un fuego de brea, empezó a extenderse lentamente a su alrededor, envolviéndole. Suri

retrocedió un paso. Si aquello era magia corrupta, no quería que le tocara. El humo se hizo tan espeso que por un momento creyó que tomaría consistencia, pero entonces la brisa empezó a disiparlo, y cuando el aire lo hubo barrido del todo el cuerpo de un anciano fue lo único que quedó de la criatura.

Suri se acercó a él y se arrodilló a su lado. Sus facciones eran afiladas, y pese al peso del tiempo le recordaron a las de su maestro, Lobo Audaz.

—Descansa en paz, Oso Sagaz —dijo cerrándole los ojos.

Entonces corrió hacia Jaguar.

La muchacha todavía respiraba, pero estaba tan débil que cada inhalación parecía suponerle un esfuerzo titánico. Suri la tomó de la mano, y la sangre de la bestia goteó sobre su maltrecho cuerpo.

—Lo has hecho —murmuró. Sus ojos estaban clavados en el cuerpo de su padre—. Le has liberado.

—¿Por qué le has atacado? —le preguntó Suri, aunque más que a pregunta sonó a acusación—. Podríamos haber huido.

Jaguar tosió, y la sangre manchó su boca. Suri le sujetó la cabeza. La chica le miró a los ojos, y sus labios se curvaron en un amago de sonrisa.

—Para protegerte —gimió. Su voz apenas era un susurro—. Testarudo. Habrías intentado... —pero un nuevo acceso de tos le robó las palabras

—Shhh —la tranquilizó él mesándole el cabello. Un mechón de hebras blancas se desprendió de su cabeza y se enredó entre sus dedos ensangrentados. Ella trató de incorporarse—. No te muevas. Estás malherida.

—Estoy muerta —le corrigió ella. Suri sacudió la cabeza.

—No. Te curaremos. Traeré ayuda.

—No hay tiempo.

—Entonces lo haré yo —insistió él a pesar de saber que era imposible. Jaguar ni siquiera había intentado salvar a Pequeño Colibrí la noche anterior porque sabía que no sería capaz. Había sido necesario un aquelarre de ancianas trabajando durante casi un mes para devolverle a él parte de su vitalidad, y Jaguar se encontraba en peores condiciones que Suri cuando había llegado a la aldea. El mago dudaba que incluso las ancianas pudiesen sanarla.

Jaguar se estaba muriendo, y no había nada que él pudiese hacer.

—Lo siento —se disculpó. Los ojos le escocían, y la garganta se le cerró.

—No... —sacudió ella la cabeza—. Cumplido... mi propósito. Mi padre... libre. Tu maestro... estaría orgulloso —consiguió decir antes de que una

mueca de dolor le distorsionara el rostro.

Entonces tosió de nuevo, esputó sangre y dejó de respirar.

## TERCERA PARTE: TRAICIÓN

*“Somos los hijos de los Primeros; sus semillas y el canal hacia su poder. Somos su fruto y su legado.*

*Es hora de enseñar a nuestros padres que su momento ha pasado y que ha llegado el nuestro”.*

*Korro'th, Señor de la Guerra.*



## Conmoción

Alia no volvió a ver a Bri hasta cinco días después de haber descubierto que Elicarion Minari era su padre. No fue porque la estuviese evitando específicamente a ella. En realidad, Alia evitaba a todo el mundo. Necesitaba estar sola.

Necesitaba tiempo para hacerse a la idea de que ahora era una Minari.

¡Por todos los Dioses! ¡Una Minari!

Tras regresar aquella tarde a la Academia acompañada por cuatro de los guardias personales del Jerarca, Alia se había encerrado en su cuarto y se había negado a salir. Se veía incapaz de enfrentarse a un mundo que parecía haber enloquecido a su alrededor. Su... padre –qué extraño sonaba eso– había insistido en que debía quedarse en la mansión familiar. Le había dicho que allí podría protegerla de cualquier ataque, incluidos los de su esposa Libitina. Alia había rechazado su propuesta. Se negaba a compartir techo con la mujer que le había quitado la vida a su madre. Además, la simple idea de estar cerca de Pernaces hacía que las tripas se le anudaran.

Y aunque no se atreviese a admitirlo en voz alta, también le asustaba tener que enfrentarse a Bri.

¿Cómo reaccionaría su amiga cuando se enterara de todo?

¿La odiaría, como lo hacía su madre?

¿La aceptaría?

El día de su cumpleaños le había dicho que le habría gustado que Alia fuese su hermana; algo que, visto en perspectiva, había resultado ser casi profético. Pero le preocupaba que aquello solo hubiese sido una forma de hablar, y que ahora, enfrentada a la realidad de su parentesco, su amiga reaccionase como lo había hecho la mujer de su padre.

¿Por qué narices tenía que pasarle a ella? ¿Y por qué los Minari? ¿Acaso no había más Casas en Hefestia? Ya era bastante malo descubrir que ahora formaba parte de la alta sociedad, a quienes había odiado toda su vida. Saber que encima estaba emparentada con Pernaces era la guinda del proverbial pastel. Incluso la idea de ser una Orzam le habría resultado menos inquietante.

Los Dioses debían tener un extraño sentido del humor. O eso, o la odiaban con vehemencia, porque de lo contrario no se explicaba que estuviesen jugando con su destino de una forma tan cruel.

Aquella misma noche Bretanius se había presentado en su dormitorio. Alia no tenía ni idea de cómo se había enterado el anciano, pero cuando llamó a su puerta ya lo sabía todo. Quizás los guardias con los colores de la Casa Minari plantados frente a su habitación le habrían dado una pista. O tal vez la noticia de que Elicarion Minari iba a reconocerla como hija legítima ya se había extendido por los mentideros de Hefestia.

Al parecer aquello era mucho más habitual de lo que Alia había pensado, o al menos eso era lo que Kijob le había contado. Las aventuras extramaritales de los miembros de las Casas eran algo común, y cuando una de esas aventuras tenía como resultado un vástago especialmente dotado para la magia, el Jerarca hacía todo lo posible por legitimar esa consanguinidad y darle el apellido de la familia. Eso era incluso mejor que el patrocinio o la unión por matrimonio o pleitesía. Según Kijob, lo ideal sería que Alia fuese un chico, de esa forma habría podido mantener el apellido incluso después del matrimonio. Pero dado su potencial mágico, aquello casi carecía de importancia.

El anciano había guardado silencio, como si no supiese qué decir o cómo reaccionar. Alia lo entendía. El Archimago estaba a punto de perder su mejor baza. Si Elicarion cumplía su promesa de reconocerla —algo que Alia aún no estaba demasiado segura de querer—, a Bretanius no le quedaría más remedio que renunciar a cualquier derecho que hubiese adquirido sobre ella. Y eso significaba despedirse de sus aspiraciones políticas.

En cierto modo le compadecía. A pesar de ser un arribista, el anciano había sido generoso con ella. Le había facilitado el acceso a la Academia y le había proporcionado todo cuanto había necesitado: libros, ropa y un estipendio para usar a su discreción. Alia tenía intención de devolverle hasta el último troy, aunque no creía que la preocupación de Bretanius fuese por el dinero.

—Lo siento —le había dicho ella como si todo fuese culpa suya. Bretanius se había encogido de hombros.

—Qué le vamos a hacer —suspiró el anciano.

—No voy a olvidar lo que ha hecho por mí —le aseguró Alia—. Y si de mí depende, siempre podrá contar con el apoyo de los Minari.

—Cuidado, pequeña —le advirtió—. No seas tan generosa con tus

lealtades. Ahora formas parte de una Casa, y tus palabras están atadas por el honor. No hagas promesas que no estés segura de poder cumplir, o eso podría afectar al buen nombre de tu familia.

Quizás Bretanius ya no fuese su patrocinador, pero seguía dándole lecciones.

—No hace falta ser miembro de una Casa para honrar una promesa —le hizo notar Alia. El anciano sonrió con tristeza

—Quizás no, pequeña —sacudió la cabeza—. Pero ahora más que nunca tus palabras pueden provocar una guerra abierta entre dos Casas o llevar la deshonra a la tuya. Te conozco, y sé que en ocasiones te cuesta controlar esa lengua. Posees esa clase de honestidad que solo tiene alguien que no ha crecido en el seno de una gran familia. Y pese a que eso puede resultar refrescante, también puede ser peligroso. Quizás sería buena idea que alguien te hablase de las reglas no escritas del Juego.

Esa persona resultó ser Kíjob.

Alia no había acudido a clase a la mañana siguiente, y el muchacho, preocupado por su ausencia, había ido a visitarla a sus aposentos una vez concluida la jornada escolar. Kíjob había creído que Alia estaba enferma, y antes de ir a verla había pasado por las cocinas para llevarle un cuenco de sopa caliente. Aquello la había conmovido y la había hecho sonreír.

—Vaya —dijo el muchacho cuando Alia acabó de contárselo todo. Necesitaba hacerlo. Desde que había descubierto que Elicarión Minari era su padre no había podido hablar de ello con nadie. Por alguna razón Deimos había desaparecido poco después de regresar a la Academia, y Alia no había vuelto a saber de él desde entonces. Solo esperaba que lo ocurrido no hubiese afectado a su relación. Había llegado a apreciar al Génitor, y ahora echaba de menos su compañía—. ¿Y dices que Libitina Minari ha intentado matarte? —le preguntó Kíjob. Alia asintió—. Entiendo que no quieras abandonar tus aposentos. Se dice que es tan rencorosa como poderosa.

—No me estoy escondiendo de ella —replicó Alia muy segura de sí misma—. Esa mujer no me asusta. A quien estoy evitando es a mi hermana.

Pensar en Bri como su hermana seguía resultándole extraño, pero tarde o temprano tendría que hacerse a la idea. Aquello no era algo que fuese a desaparecer solo porque se empeñase en ignorarlo.

—Cierto —musitó Kíjob como si acabase de caer en cuenta—. Brígida es amiga tuya.

—Al menos lo era hasta ayer —suspiró Alia—. Hoy ya no estoy tan segura. Supongo que mi p... que Lord Minari ya habrá hablado con su familia, por lo que a estas alturas ya estará enterada de todo.

—Ahora que lo dices, hoy no la he visto en el refectorio —musitó Kíjob—. No sé si habrá venido a clase. Tampoco he visto a Pernaces —añadió—. Esta mañana me he cruzado con sus amigos en el pasillo, y el León no iba con ellos.

La mención de su nombre hizo que se le erizara el vello de la nuca.

La idea de estar emparentada con ese idiota hacía que su estómago se revoliera. Aún recordaba que el muy cretino había estado a punto de abusar de ella —¡de su propia hermana!— la noche que se habían conocido. Sí, vale, entonces ninguno de los dos lo sabía, pero esa no era excusa. La forma en que la había tratado a ella —y a tantas otras jóvenes antes que a ella— era suficiente para odiar al muy bastardo.

«No», se dijo con amargura. «La bastarda soy yo».

—¿No puede protegerte tu padre de ella? —le preguntó Kíjob.

—No lo sé. Creo que no. Cuando hablamos me dio la impresión de que su relación no era demasiado buena. Y de todas formas no creo que Libitina vaya a cambiar de idea solo porque su marido se lo pida. Después de todo, la mujer me odia por ser su hija. Quizás me equivoque, pero creo que Elicarion le tiene miedo.

—Bueno, las malas lenguas afirman que si tu padre pasa tanto tiempo lejos de casa, ocupado con los negocios familiares, es porque no soporta a esa arpía. Dicen que ella le recrimina que apenas posea potencial mágico y que sea tan poco ambicioso.

—Esa mujer es un monstruo —gruñó Alia—. Mató a mi madre para poder acabar conmigo, porque creía que sería una amenaza para el futuro de sus hijos. Y cuando descubrió que había fallado y que seguía con vida, volvió a intentarlo.

—¿Y qué opina tu padre de eso?

—No lo sé —admitió ella—. Tras descubrir quién soy en realidad no he querido... no he podido seguir hablando con él.

—Pero va a reconocerte. Eso significa que te acepta. Tienes suerte. Mi padre nunca ha querido saber nada de mí.

—¿Tu padre? —se sorprendió Alia. Por lo que ella sabía, Kíjob era huérfano, y nunca había llegado a conocer a su padre; o al menos eso era lo

que el crío le había contado. Por la forma en que se sonrojó, al parecer no le había explicado toda la verdad.

—Sí, sé quién es mi padre —admitió el muchacho con tristeza—. ¿Por qué crees que los Camerelis patrocinaron mi entrada en la Academia?

Alia recordó que la Casa Camerelis estaba emparentada con los Minari, y todo el color huyó de sus mejillas.

—Espera... —musitó—. Quieres decir que...

—Somos familia —se encogió el muchacho de hombros—. O algo así. Compartimos un antepasado común. Un tatarabuelo. Ródogar Minari.

Alia no salía de su asombro. Aún estaba tratando de hacerse a la idea de que tenía un padre y dos hermanos. Ni siquiera se había parado a pensar en toda la parentela que iría asociada a su nuevo apellido.

«¡Dioses, soy una puñetera Minari», se repetía cada vez que recordaba su situación.

Tras aquello, Kíjob había ido a visitarla cada tarde después de clase con la excusa de llevarle los apuntes de las lecciones que Alia se había perdido ese día; aunque al final acababan hablando de otras cosas, sobre todo de las Casas y del Juego. Fue él quien le expuso las complejas leyes no escritas que regían las relaciones entre las Casas, quien le contó lo que estaba o no estaba permitido y lo que era o no era aceptable. Algunas de esas reglas eran de sentido común, aunque otras parecían tan absurdas que solo podrían habersele ocurrido a un bufón ebrio de Skurl.

La tarde que Bri llamó a su puerta, Alia y Kíjob estaban discutiendo sobre los duelos de honor y los motivos que podían desencadenarlos. A ella no dejaba de sorprenderle que aquella gente se preocupase tanto por el honor y tan poco por la honestidad. Kíjob no había sabido responderle a esa pregunta.

Alia no había esperado encontrar a su hermana al otro lado de la puerta cuando la abrió. Por lo general los guardias no permitían a nadie llamar directamente, y solía ser uno de ellos quien anunciaba a las visitas mientras el otro las vigilaba de cerca para asegurarse que no supusiesen un riesgo para ella. De esa forma Alia había podido deshacerse de los molestos pretendientes que seguían insistiendo en llamar a su puerta a diario.

«Y eso que aún no saben quién soy en realidad», pensaba con amargura.

Pero claro, ninguno de ellos era Brígida Minari. A los guardias no se les había ordenado impedirle el paso a la joven. Solo Pernaces y Libitina tenían

vetada la entrada, aunque Alia dudaba que alguno de ellos tuviese intención siquiera de acercarse a ella en persona.

No, Libitina era mucho más taimada. Si volvía a atacar no lo haría directamente.

—¿Puedo pasar? —preguntó Bri sin atreverse a mirarla a los ojos.

—Claro —respondió ella haciéndose a un lado.

Bri pareció sorprendida de ver a Kíjob en la habitación, y su paso titubeó.

—No sabía que estabas acompañada —se disculpó.

Kíjob se puso en pie como un resorte.

—No pasa nada. Ya me marchaba —dijo el muchacho poniéndose en pie y recogiendo sus cosas—. Nos vemos mañana —se despidió de Alia antes de abandonar la habitación.

Cuando la puerta se cerró tras él, las dos jóvenes se quedaron allí plantadas, la una frente a la otra, sin saber cómo reaccionar. Alia temía que Bri descargase su ira contra ella en cualquier momento, por eso no se atrevía a abrir la boca.

Bri no dejaba de mirar en derredor de forma nerviosa.

Incapaz de soportar aquella extraña tensión, Alia se dio la vuelta y le habló al símbolo de madera que había tallado en la pared, junto a la puerta.

—Mitrina, ¿podrías traernos té para dos, por favor? —le pidió a la criada a través de la *runa de comunicación*.

—Enseguida, señorita— resonó la voz de la muchacha por toda la habitación.

Alia se volvió hacia Bri. Su amiga —su hermana— tenía los ojos clavados en ella, y la estudiaba con una intensidad que la hizo sentir incómoda; pero enseguida apartó la mirada.

—¿Quieres sentarte? —le ofreció. Bri asintió y se acomodó en una de las sillas junto a la ventana. Aquella tarde el sol había asomado tímido entre las nubes que llevaban casi toda la semana encapotando el cielo. Era como si el tiempo estuviese reflejando su estado de ánimo. Bri estudió el paisaje unos segundos antes de devolver su atención a Alia.

—Bonitas vistas —dijo sin atreverse a mirarla a los ojos.

—Sí —asintió Alia— Desde aquí se puede ver casi toda la ciudad. Incluso tu casa.

—Nuestra casa —la corrigió Bri con un hilillo de voz. Alia tragó saliva.

—Bri, yo...

—No —la cortó Bri. Alia la vio pellizcarse el puente de la nariz. Sabía que lo hacía cuando se quedaba sin palabras, algo que no solía ocurrir a menudo—. Todavía no sé cómo tomarme esto —empezó—. Descubrir que mi padre tuvo una aventura antes de casarse con mi madre no me sorprende. Ni siquiera yo voy a llegar virgen al matrimonio. Tampoco me resultaría extraño averiguar que mi padre ha tenido otras amantes. Conozco a mi madre, y sé lo fría que es y lo difícil que es convivir con ella, por lo que no me sorprendería que papá buscara afecto en cualquier otro lugar.

Alia se revolvió como si el asiento le quemara, aunque aquello no tenía nada que ver con la silla.

—Así que averiguar que engendró un hijo secreto fuera del matrimonio no ha sido algo que haya sacudido los cimientos de mi mundo. Después de todo, esto es Hefestia. Los bastardos son comunes en cualquier Casa que se precie de serlo.

Alia arrugó el entrecejo, herida por el comentario. No creía que Bri lo hubiese dicho a propósito para hierirla, pero lo había conseguido. Su amiga notó su incomodidad.

—Lo siento —se disculpó—. No pretendía...

—No pasa nada. Es lo que soy —aceptó ella con indulgencia.

—Quizás. Pero también eres mi hermana. —Cuando lo dijo, su voz tembló con emoción contenida—. Mira, no esperaba que esto sucediera, y si tengo que ser sincera, preferiría que no hubiese ocurrido. Pero ni tú ni yo tenemos poder para cambiar las cosas. O para elegir a nuestra familia, ya puestos. Si tengo que aceptar que mi Casa vaya a tener un nuevo miembro, al menos me tranquiliza saber que no es otro de esos cazafortunas, como el bastardo de mi tío Curio. —Bri suspiró—. Lo que quiero decir es que me alegra que seas tú.

Alia se quedó sin palabras.

Durante unos segundos las dos jóvenes se quedaron allí sentadas sin atreverse siquiera a intercambiar una mirada. Fue Bri quien dio el primer paso. Alia notó que su mano temblaba cuando su amiga se la estrechó.

—Nunca creí que tendría una hermana —dijo—. Y quizás me cueste hacerme a la idea. Pero quiero que sepas que si me hubiesen dado a elegir, te habría escogido a ti.

Alia sintió un agradable calor extenderse por su pecho. Los ojos se le enturbiaron, pero no quería llorar. No podía permitírselo.

—Bri, yo... —sacudió la cabeza—. No quería que esto ocurriese. Tu

madre...

—Mi madre es una cínica —dijo Bri con voz gélida.

—Ha intentado asesinarme —dijo Alia—. Y mató a mi madre.

—Lo sé. Padre me lo ha contado. Se han separado, ¿lo sabías? —le preguntó. Alia negó con la cabeza. Le faltaba el aliento. Era como si el aire se hubiese vuelto jalea—. El otro día tuvieron una pelea —prosiguió. Eso debía haber sido poco después de descubrir que Elicarion era su padre—. Ya habían discutido antes, pero nunca de esa forma. Mamá gritaba como una posesa, y antes de marcharse destrozó el estudio de papá.

—¿Marcharse?

—Se ha ido de casa. Hace cuatro días. No hemos vuelto a saber de ella. Creo que se está lamiendo las heridas en casa de mi abuelo, aunque no he conseguido que él me lo confirme.

—Bri, lo siento. Yo no pretendía...

La muchacha alzó una mano.

—Mi madre es una mujer compleja, Alia. Es fría, y tiene menos escrúpulos que un buitre carroñero. Podría tratar de explicarte lo que ha significado para Perni y para mí crecer bajo su yugo, pero no creo que pudieses entenderlo. Es necesario haber vivido con ella para comprender lo retorcida que es su mente.

Alia sabía que la relación de Bri con su madre no era buena, pero hasta aquella tarde no comprendió de verdad los motivos. La expresión de la joven era firme y determinada, aunque Alia podía ver el dolor oculto tras su mirada. Quizás Bri no odiase a su madre, pero odiaba a la persona en que se había convertido.

—Si Pernaces es un ególatra petulante e inseguro se debe a la forma en que mi madre nos ha educado. Ya desde pequeños nos repetía una y otra vez que éramos mejores que los demás solo por nuestro apellido y nuestra posición; que merecíamos gobernar porque lo llevábamos en la sangre. ¿Por qué crees que mi hermano, nuestro hermano, se comporta como lo hace? ¿Por qué crees que siente tan poco respeto hacia los demás? Eso es algo que mi madre le ha inculcado. ¿Recuerdas la fiesta? ¿La forma en que te habló? Pues eso es lo que hemos estado escuchando de labios de nuestra querida madre desde que nacimos —suspiró Bri—. Créeme, si de ella dependiera, también yo sería una zorra insensible. Por suerte mamá siempre estuvo más interesada en mi hermano que en mí. Después de todo, él es el heredero —añadió con una mueca—. Siempre he sospechado que esa ha sido su intención desde el



principio: criar a un idiota sumiso al que poder manipular cuando finalmente ocupase el puesto de mi padre como Jerarca. Creo que eso lo ha aprendido de mi tía-abuela Siona, que maneja a su hijo Étrigan como a una marioneta.

Alia asintió. Eso explicaba muchas cosas.

Por primera vez desde que le había conocido, Alia no vio a Pernaces como a un matón arrogante, sino como a un pobre chiquillo a quien las maquinaciones de su madre habían convertido en un monstruo sin escrúpulos; y sintió lástima por él.

—No le compadezcas —dijo Bri al notar su expresión—. Tampoco yo lo he tenido fácil. Nos ha educado la misma persona, y yo no me he acabado convirtiendo en una cabrona insensible como ella. ¿Sabes que me educó para ser la esposa perfecta? Sumisa, callada y respetuosa con mi marido, pero solo de cara a la galería. El resto de sus lecciones trataban sobre cómo manipular, engañar y encandilar a quien fuera para lograr mis propósitos.

—Lo siento —murmuró Alia agachando la cabeza. En cierto modo comprendía cómo debía sentirse Bri. Su situación no había sido muy distinta, pero al menos su tía Milena, pese a no sentir ningún afecto por ella, no había tratado de convertirla en una copia de sí misma.

—No odio a mi madre —recapituló Bri—, pero no voy a echarme a llorar porque mi padre y ella hayan decidido separarse. Y tampoco voy a ponerme de su parte porque haya descubierto que una de las indiscreciones de papá tiene nombre y apellidos. Sería muy cínico por mi parte, especialmente cuando una de las lecciones que trató de inculcarme era la de ignorar los escauceos amorosos de mi futuro esposo por el bien de la Casa.

—¿Llegó a pedirte eso?

—Todo por la familia. Todo por la Casa —dijo Bri como repitiendo una lección grabada a fuego en su memoria—. Pues bien, mamá —añadió mirando por la ventana como si esperase que sus palabras llegaran hasta ella—, lo mejor para los Minari es aceptar a Alia como parte de la familia.

—¿De verdad lo crees? —preguntó Alia dubitativa. Bri se volvió hacia ella con una sonrisa en los labios. Esta vez sí se atrevió a mirarla a los ojos.

—Quizás ella sea mi madre, pero tú eres mi hermana —le dijo—. Y no voy a permitir que me obligue a escoger, porque si lo hace tiene todas las de perder.

—Lo último que querría es interponerme entre vosotras —dijo Alia.

—Créeme, no lo has hecho —le aseguró Bri—. De eso se ha encargado ella

solita.

Alia no se había esperado aquello. Sabía que Elicarion estaba dispuesto a reconocerla como su hija, se lo había dicho antes de enviarla de vuelta a la Academia; pero Alia había temido que Bri no quisiera saber nada de ella tras conocer la verdad; que no quisiera aceptarla como su hermana. Descubrir que la había juzgado mal hizo que el nudo que llevaba cinco días oprimiendo su pecho se aflojase un poco.

—Me preocupaba que me odieras —admitió finalmente agachando la cabeza—. A decir verdad, toda esta situación me estaba sobrepasando un poco. Todo esto es demasiado para mí. En menos de seis meses he descubierto que no solo estoy dotada para la magia, sino que además soy una de las hechiceras más poderosas en la historia reciente de Atroreth, que un caudillo interdimensional pretende secuestrarme para usarme como arma en una guerra que ni siquiera sabía que existía, que estoy emparentada con una de las familias más poderosas de Hefestia, que la mujer que mató a mi madre ha estado intentando acabar conmigo, y que mi única amiga ha resultado ser mi hermana.

—Supongo que eso habría superado al más pintado —replicó Bri con un amago de sonrisa—. Especialmente la parte de tenerme a mí como hermana.

Su inocente broma hizo que Alia se relajara un poco más.

—¿Sabes? Hubo un momento, hace un par de días, en el que estuve tentada de mandarlo todo al carajo y largarme de aquí; regresar a casa de mis tíos y pasar el resto de mis días pretendiendo que nada de esto había ocurrido.

Alia le había dado muchas vueltas. Incluso había planeado cómo hacerlo. Había pensado en usar a Weep para distraer a los guardias apostados frente a su puerta, y luego habría convencido a Deimos para que la ayudase a salir de la ciudadela. Después de eso, abandonar Hefestia habría resultado sencillo.

Pero Suri le había pedido que se quedase allí, porque aquel era el lugar más seguro para ella, y Alia le había prometido que lo haría.

Él era la única razón por la que todavía no había abandonado Hefestia.

—¿Y por qué no lo has hecho? —le preguntó Bri.

—¿Lo creerías si te dijera que por un hombre?

La sonrisa de Bri se hizo más amplia, y Alia descubrió un destello de malicia en ella.

—¿Te refieres a Deimos? —sonrió la muchacha—. Tengo entendido que en las últimas semanas os han visto juntos en más de una ocasión.

Unos golpecitos en la puerta la salvaron de tener que responder a la pregunta de Bri. Todavía no le había hablado de Suri, y aún no estaba preparada para hacerlo.

Mitrina asomó la cabeza, como pidiendo permiso antes de entrar. Llevaba en las manos una bandeja con un juego de té. Alia le hizo una indicación, y la muchacha se adentró en el cuarto y se encaminó hacia la mesa. No podía ver lo que estaba haciendo, porque la mesa quedaba a su espalda, pero oyó el tintineo de la porcelana cuando empezó a servir la infusión.

—Esa es una buena noticia —prosiguió Bri, convencida de que era el Génitor el que despertaba su interés—. Porque vas a necesitar un acompañante para la fiesta.

—¿Fiesta? —se sorprendió Alia.

—Por supuesto —sonrió Bri—. La próxima semana es la fiesta de Proclamación del nuevo Jerarca Pizcazu —le explicó—. Todas las Casas van a enviar a sus representantes, y mi padre, nuestro padre, quiere que nos acompañes.

—No creo que... —empezó a decir Alia, pero Bri la cortó.

—Eres una Minari. Papá ya te ha reconocido. Ahora solo hay que hacérselo saber al resto de Hefestia. ¿Y qué mejor forma de hacerlo que presentándote en sociedad con los colores de nuestra Casa?

—¿Crees que esa es una buena idea? —dudó Alia.

—Pues claro que sí —sonrió Bri—. Eres mi hermana. Ese es tu lugar. Además, en cuanto mis pretendientes sepan que ya no soy la única Minari casadera, van a olvidarse de mí y centrarán todos sus esfuerzos en conquistarte a ti. Después de todo, eres la mayor.

—¿Serás puerca? —le reprendió Alia, pero no pudo evitar que una carcajada estallase en sus labios. Bri no tardó en unirse a ella.

Alia llevaba tanto tiempo sin reír que aquella explosión de buen humor hizo que por un momento se olvidara de sus problemas. Bri no solo la había aceptado, sino que además parecía encantada con la idea de que fuese su hermana. Y también su padre la quería en su vida. Se lo había dejado claro cuando le había prometido darle su apellido.

Pero ¿era eso lo que ella quería?

Si le hubiesen preguntado unos meses atrás, Alia habría dicho que no. La simple idea de pertenecer a la clase alta le habría resultado repugnante,

además de ridícula. Los miembros de las Casas eran arrogantes y vanidosos, un hatajo de engreídos que se creían mejores que el resto. Y ella no era así.

Pero ¿y si los había juzgado mal?

Además, la idea de tener una familia, de pertenecer a algo más grande que ella, resultaba muy atractivo. Alia ni siquiera se había dado cuenta de cuánto la necesitaba hasta que había descubierto que tenía una; y ahora no quería tener que renunciar a ella.

¿Acaso no había soñado tantas veces, siendo solo una niña, con conocer un día a su padre? ¿No había imaginado lo que sería que él la estrechase entre sus brazos y le dijera que todo iba a salir bien? ¿No había deseado en sus noches más solitarias tener hermanos y hermanas con los que poder hablar? ¿No habría dado entonces cualquier cosa por llevar una vida normal?

Estaba tan sumida en sus pensamientos que no se dio cuenta de que Bri se había movido hasta que cayó sobre ella, arrastrándola consigo y tirándola de la silla. Estuvo a punto de gritar por la sorpresa, pero el chillido de dolor de su hermana la devolvió a la realidad.

Algo húmedo y cálido le goteó en la mejilla.

Alia miró hacia arriba y vio que una mancha de sangre se extendía rápidamente por el hombro de Bri. Una expresión de dolor distorsionaba su rostro. Alia buscó la herida, y cuando alzó la mirada descubrió el pequeño cuchillo clavado en su espalda.

Mitrina estaba en pie junto a ellas. Sus ojos parecían vacíos, vidriosos, y se movía de forma extraña, como si su cuerpo no respondiese como era debido. Sus labios se separaron.

—Pequeña estúpida —le dijo a Bri. Su voz sonaba extraña; cavernosa. No parecía la de la doncella—. Me has decepcionado. Debería acabar también contigo —añadió antes de arrancar el arma de su espalda. Bri dejó escapar un gemido de agonía.

Cuando Alia la vio alzar de nuevo el cuchillo supo lo que vendría a continuación. En aquel momento su única preocupación era proteger a Bri, así que se la quitó de encima, y cuando sus piernas estuvieron libres le propinó una patada a Mitrina en el vientre. El golpe la hizo retroceder un paso, pero no la detuvo.

Mitrina estaba intentando matarla. De hecho, de no ser por la rápida reacción de Bri, lo habría conseguido al primer intento. Ahora le tocaba a ella proteger a su hermana.

—¡Mitrina, basta! —le gritó a la doncella. La muchacha sonrió.

Alguien aporreó la puerta. Los guardias debían haber oído el grito de Bri.

—Eres estúpida —rió Mitrina con aquella voz tan extraña.

—Madre, no —gimió Bri desde el suelo. Su herida seguía sangrando.

«¿Madre?», se sorprendió Alia.

—Es mi madre —dijo Bri—. Reconocería su voz en cualquier parte. Debe estar usando una *argolla de titiritero* para poseer el cuerpo de la criada.

Los guardias seguían aporreando la puerta, pero parecía estar atrancada. Si de verdad era Libitina quien estaba controlando a Mitrina, quizás ella la habría bloqueado.

—Deberías haber muerto con tu madre —escupió Lady Minari a través de los labios de la doncella mientras se lanzaba de nuevo contra ella, cuchillo en mano.

Tenía que hacer algo. Si los guardias entraban y veían a la muchacha atacándolas, no dudarían en acabar con ella, y ya habían muerto demasiados inocentes por su culpa.

Ignorando sus miedos, Alia se lanzó hacia la muchacha. Cuando sus manos se cerraron en torno al brazo armado de Mitrina, Alia buscó en su interior aquella parte de su magia capaz de anular cualquier hechizo. Lo había hecho cientos de veces, así que no tenía que esforzarse demasiado para conseguirlo. En cuanto su poder actuase, la joven quedaría libre del control de Libitina Minari.

Pero para su sorpresa, no ocurrió nada.

—¿Pero qué...? —exclamó, perpleja. Libitina rió.

—¿De verdad creías que podrías sorprenderme con un truco como ese? —escupió la mujer librándose de su agarre—. ¿Crees que no te he estudiado, que no lo sé todo sobre ti?

Mitrina alzó la mano, lista para descargar de nuevo el cuchillo, esta vez contra su pecho.

La puerta estalló en pedazos, y uno de los guardias entró en la habitación empuñando su lanza. Sus ojos se desviaron hacia Bri, que seguía sangrando, tendida en el suelo. El guardia no necesitó más indicaciones. Con una palabra susurrada, una lengua de fuego tan ancha como su antebrazo brotó de la punta de la lanza y atravesó el pecho de la doncella. Los ojos de Mitrina se abrieron como platos, y con un gemido de sorpresa, cayó al suelo.

La herida ni siquiera sangró. Las llamas la habían cauterizado.

—¡No! —gritó Alia abalanzándose sobre su cuerpo sin vida—. Por favor, no —sollozó. Pero ya era tarde. Mitrina estaba muerta—. ¿Por qué? —hipó.

El guardia de la lanza estaba usando su *caracola*; Alia suponía que para contactar con su señor o para pedir refuerzos. Su compañero estaba atendiendo a Bri. Una de sus manos reposaba sobre la herida, y con la otra trazaba un *táumator* de sanación.

—Maldita zorra —musitó Alia entre dientes, arrodillada junto a la chica. La rabia que bullía en su interior era más intensa que la que había sentido al descubrir lo que Toth les había hecho a sus amigas—. Ha intentado matarme en tres ocasiones, y las tres ha fracasado —murmuró con los dientes apretados—. Juro por los Dioses que no tendrá una cuarta.

## Ponzoña

Nada estaba sentada sobre un lecho de pieles en el suelo de su choza. Tenía las piernas cruzadas, y sus manos descansaban sobre sus muslos. Una pipa de barro humeaba frente a ella. El extraño aroma que desprendía saturaba el ambiente, y hacía que Suri se sintiese un poco mareado. Por el olor, estaba claro que aquello no era tabaco.

Sus arrugas parecían más profundas que antes, como si alguien hubiese repasado los surcos con un carboncillo. Dos círculos oscuros rodeaban ahora sus ojos, que brillaban con un leve destello de lágrimas no derramadas. Ahora que sabía la edad que tenía en realidad, la mujer le parecía incluso más vieja que antes, aunque quizás eso se debiera al dolor que distorsionaba su rostro. Después de todo, había perdido a un miembro de su familia.

—Lo siento —se disculpó Suri apartando la mirada. Ya lo había hecho antes, pero puesto que era responsable de la pérdida de la anciana no creía que con una vez bastase.

—Haces bien en sentirlo —respondió Nada. Su mirada habría podido escarchar los fuegos del infierno. Incluso el propio Smiertzievitch, el Rey Necromante, habría temblado de tener que enfrentarse a la ira de la mujer—. ¿Cómo has podido hacer algo así?

Suri agachó la cabeza.

Jaguar se moría. ¿Qué otra cosa podía hacer?

El cuerpo de la muchacha acusaba tanto el peso de la edad como el de las heridas que había sufrido durante su enfrentamiento con el oso. Un rápido examen le había confirmado que, aparte de los cortes y las magulladuras, la chica tenía dos costillas rotas, la clavícula fracturada y un pulmón perforado. Sus riñones estaban fallando, aunque eso último se debía más a su avanzada edad que al castigo que había recibido. Suri no habría sabido decir cuántos años le había arrebatado la bestia, aunque por su aspecto debía haber sido casi un siglo. La muchacha —ahora una anciana— estaba demasiado débil. No se atrevía a moverla por miedo a empeorar su situación. Pero tampoco podía dejarla allí.

Así que, ¿qué otra solución le quedaba?

—¿Y qué esperabas? —replicó Suri tratando de mantener su voz firme—. ¿Habrías preferido que la dejase morir?

—Hace años que mi nieta está preparada para aceptar ese destino —dijo la anciana cerrando los ojos y tomando otra bocanada de humo de su pipa.

—Quizás —admitió él—. Pero no has respondido a mi pregunta.

Los labios de Nada se curvaron en un proyecto de sonrisa que no llegó a cuajar.

—Como Nada debo decirte que las vidas de todos los miembros de la tribu tienen el mismo valor para mí, y que nunca aprobaría que uno de ellos se sacrificase para salvar la de otro. Y eso es precisamente lo que has hecho tú.

—Eso aún no lo sabes —protestó él, pero la mirada que le lanzó la anciana sugería que lo mejor era guardar silencio.

—Como Bisonte Blanco —prosiguió ella ignorando su comentario—, te agradezco que hayas salvado la vida de mi nieta y que hayas liberado el alma de mi hijo.

—De nada —respondió Suri con una sonrisa presuntuosa.

—Está enfadada contigo. Lo sabes, ¿verdad?

—Me lo esperaba—admitió él—. Puedo vivir con ello.

—Tendrás que hacerlo. Al menos hasta que la corrupción se apodere de ti y envenene tu espíritu —le recordó la anciana—. Entonces morirás —sentenció—. No deberías haber recurrido a la magia corrupta.

¿Y qué otra cosa podría haber hecho?

Suri había intentado usar un *táumator* de sanación para curar a Jaguar, pero la cosa no había ido exactamente como él esperaba. Sus heridas se habían cerrado, los moretones habían desaparecido, y sus huesos se habían soldado, pero la muchacha seguía siendo una anciana. El oso había consumido su magia; su fuerza vital. No toda, pero sí la suficiente como para dejarla a un paso de la muerte.

Revertir los cambios no era algo que estuviese al alcance de su mano, o al menos eso había creído él. De haber sido tan sencillo, la propia Jaguar lo habría intentado con Colibrí tras encontrarla en el bosque. Probablemente sería necesaria una cantidad ingente de magia para sanar su alma y devolverle su juventud. Demasiada para ser manejada por una sola persona. Por eso habían sido necesarios un aquelarre entero de ancianas y dos semanas de sesiones de curación para devolverle a él parte de la suya. Jaguar se



encontraba incluso en peor estado que él cuando había llegado a la aldea. Así que ¿cuánto poder sería necesario para restaurar la salud de la chica?

Al parecer, mucho.

Por suerte para él, a su alrededor lo había a espaldas.

Lo único que tenía que hacer era tomarlo prestado.

Conocía el precio, las consecuencias de usar la magia salvaje. Se las habían dejado muy claras. Sabía que corría peligro de quedar contaminado por la corrupción y sufrir el mismo destino que Oso Sagaz. Sabía que era posible que su mente se perdiera para siempre, consumida por el espíritu de la bestia. Sabía que lo que se disponía a hacer podía ser una sentencia de muerte, que quizás un día alguien tendría que arrancarle el corazón del pecho como lo había hecho él con Oso Sagaz.

Pero eso no era lo que le preocupaba.

Lo que más le dolía era la certeza de saber que Jaguar le odiaría por lo que estaba a punto de hacer; por arriesgarlo todo por ella.

La muchacha sentía algo por Suri, eso se lo había dejado claro cuando había arriesgado su vida atacando al oso para protegerle. Por eso no le había importado arriesgarse a infectarse con la magia corrupta. En aquel momento, en lo único que podía pensar era en Jaguar, en salvar su vida; algo supuestamente imposible.

Porque Suri no creía en los imposibles.

—Ni siquiera tú puedes afirmar con seguridad que la magia vaya a cambiarme —le discutió a Nada. La anciana mantenía la misma expresión serena, pero en sus ojos había fuego.

—Lo hará —afirmó ella con rotundidad—. Quizás no del modo en que tú crees, pero tarde o temprano empezarás a sentir sus efectos.

—No puede ser tan malo —añadió él tratando de quitarle algo de hierro—. Mi *tótem* es un suricata. No es como si fuese a ser poseído por su espíritu y a convertirme en una bestia asesina como tu hijo. Al fin y al cabo, ¿cómo de peligrosa puede ser una ardilla ladadora?

—No lo entiendes. El oso era solo una manifestación de la magia corrupta que poseía a mi hijo. No todos los infectados revierten a su estado totémico; especialmente en tu caso, que acabas de entrar en contacto con el tuyo. Tal vez en ti se exprese de forma distinta, pero puedes estar seguro de que tarde o temprano te acabará afectando. Todos pagan el precio.

Suri no estaba tan convencido como ella.

De acuerdo con lo que le habían contado, la transformación de Oso Sagaz había tenido lugar poco después de contaminarse. Su cuerpo había empezado a cambiar a las pocas horas de entrar en contacto con la magia salvaje, y en menos de un día la transformación se había completado.

Ya había pasado más de una semana desde que había salvado la vida de Jaguar, y lo único que había notado era que la cantidad de poder que era capaz de manipular era mayor incluso que antes de la llegada de Toth y sus criaturas. Nada creía que eso se debía a que Suri no había crecido en aquellas tierras, por lo que no había estado expuesto a la magia salvaje tanto como el resto de miembros de la tribu. Era probable que su espíritu no reaccionase a ella de la misma forma; pero acabaría por hacerlo tarde o temprano.

—Sea como sea, puedes estar seguro de que habrá consecuencias —le recordó la anciana—. Nadie puede burlar al destino.

—Lo sé —respondió él. Era dolorosamente consciente de ello.

—Estás contaminado —insistió Nada—. La ponzoña se encuentra ya en tu interior, e irá consumiéndote poco a poco. Y cuando llegue el momento, quizás sea mi nieta quien tenga que quitarte la vida. Mira lo que ha ocurrido con su padre —suspiró—. La culpa la ha atormentado todos estos años. ¿De verdad crees que saber que a ti va a sucederte lo mismo no será una tortura para ella?

—No te preocupes —la tranquilizó él—. No voy a quedarme lo suficiente como para que llegue a ver ese día. Mi intención es regresar a Atroreth lo antes posible. De hecho, de no ser por vuestra tozudez, ya estaría en Hefestia.

—No podíamos dejarte marchar sin saber si supondrías un peligro para ti o para los demás —le recordó Nada—. Seguimos sin saberlo.

—Estoy bien —trató de tranquilizarla él.

—Utilizaste magia corrupta —dijo ella—. Te encuentras muy lejos de estar bien. Además, no es como si la distancia fuese a suponer alguna diferencia. Mi nieta no va a rendirse. La conozco. Sé lo testaruda que es. Cuando se propone algo es imposible hacerla cambiar de opinión. Creo que de eso ya debes haberte dado cuenta. Si es necesario, te seguirá hasta los confines del mundo hasta que haya saldado su deuda contigo.

—No me debe nada.

—Te debe la vida. Y también la libertad de su padre. Además, los sentimientos que la unen a ti son demasiado fuertes para ser ignorados.

—Me odia —dijo Suri.

—Te ama —le corrigió Nada—. Aunque ahora mismo no puede soportar mirarte a los ojos por lo que has hecho. Te has sacrificado para salvarla, como lo hizo su padre. Imagina lo que debe ser eso para ella. Se culpa de que tu alma esté contaminada.

—Eso es una tontería —le discutió Suri—. Fue decisión mía usar la magia salvaje.

—Como si eso fuese a suponer una diferencia —resopló la anciana—. Al salvarle la vida la has ligado irremisiblemente a tu destino.

—Acabará por olvidarme —insistió él.

—Parece mentira que la conozcas tan poco —sacudió Nada la cabeza—. Dime una cosa: si no le importases, ¿crees que habría tratado de protegerte atacando al oso cuando sabía que no podría acabar con él? —le preguntó.

Suri negó con la cabeza. De hecho, esa había sido precisamente la razón por la que lo había arriesgado todo para salvarla, porque en el tiempo que había pasado en la aldea también él había aprendido a apreciar a la muchacha.

Suri deseó que hubiese una forma de hacerle entender a la anciana que no había percibido el poder que había usado como corrupto. Indómito sí, pero no corrupto. Al menos no de la forma en que él entendía la corrupción. Había visto lo que la magia de sangre y la necromancia hacían a quienes abusaban de ella, cómo consumía sus cuerpos y sus mentes, cómo cambiaba su olor, cómo el hedor a enfermedad y putrefacción parecía empaparles.

Él no se sentía así.

En realidad el único cambio significativo que había notado era que ahora podía acceder al *Oneiros* sin necesidad de entonar el *cántico del alma*. Al parecer esa era otra de las ventajas de hacerse uno con su *tótem*. Tras adquirir las habilidades de su espíritu guía por primera vez, Suri había percibido parte del plano onírico a través de sus sentidos aumentados, por lo que había supuesto que su afinidad con la magia sería mayor en esa forma.

«En este estado somos magia pura», recordó que le había dicho Jaguar aquella mañana. Por eso se concentró en mantener su avatar animal cuando accedió al *Oneiros* para manipular la magia necesaria para sanar a la chica. Quizás su *tótem* le permitiría hacerlo sin acabar consumido por ella.

Al menos eso era lo que él había esperado.

Para su sorpresa, Suri no había percibido la corrupción de la que todos hablaban. Lo único que notó fue que el poder que le rodeaba era crudo, descarnado. Era tan intenso que tratar de forzarlo a hacer su voluntad

resultaba doloroso. Eso era lo que le había ocurrido cuando había intentado usarlo la primera noche que había pasado en la selva. Entonces no había comprendido lo que sus sentidos le mostraban, y había creído que la magia se estaba rebelando en su contra; que era feroz e incontrolable.

Ahora sabía la verdad.

Aquella magia estaba viva, y tenía conciencia. Pertenecía a las miles de víctimas sacrificadas por los antepasados de Nada, cuyas almas clamaban venganza.

Tanto poder desperdiciado...

La magia no se presentaba allí en forma de filamentos de energía entretejidos en complejos patrones que era posible manipular a su antojo, como en Atroreth. Aquí parecía cubrirlo todo como una capa de pintura, como si en realidad fuese la substancia de la que estaba hecho todo. Era algo orgánico, con intención y determinación, por lo que no era posible forzarla a hacer su voluntad.

Suri había esperado encontrar allí a los espíritus de los que la tribu siempre hablaba, pero o bien no se manifestaban en forma corpórea o bien él no era capaz de reconocerlos. A pesar de todo, cuando empezó a desgranar sus súplicas, la magia reaccionó a sus palabras.

Al principio fue como sumergirse en una bañera de agua caliente. La piel le había cosquilleado, y había sentido un curioso regusto amargo en la lengua. Era una sensación cálida y agradable. Pero a medida que la magia le fue empapando, penetrando por sus poros y acumulándose en su interior, la temperatura había ido en aumento, y pronto se sintió como si se encontrase en el interior de una marmita llena de agua hirviendo. Quemaba. Quemaba como el demonio. Como el propio sol. Y su brillo era tan intenso que le obligó a cerrar los ojos para que las retinas no le ardieran.

Suri apretó los dientes.

La magia se abatía sobre él en oleadas cada vez mayores, y con cada una de ellas aumentaba el dolor. Era aún peor que el que había sufrido cuando Toth le había arrancado el brazo. Era como si sus huesos estuviesen siendo remplazados por cristales y su carne atravesada por agujas al rojo vivo.

Pero se negó a detenerse.

Estaba tan cerca...

En pocos segundos acumuló tanta magia que habría sido capaz de rehacer la realidad con solo un pensamiento. Jamás en su vida se había sentido tan

poderoso. Pero cada vez le resultaba más difícil contenerla.

La agonía era indecible, pero él se negaba a rendirse.

La vida de Jaguar estaba en juego.

Gritó, y el mundo se sacudió en respuesta.

No podía esperar más.

Tenía que liberar todo aquel poder o acabaría consumiéndole.

Abrió los ojos y apoyó las manos sobre el vientre de la muchacha. Su cuerpo desprendía un ligero fulgor que parecía debilitarse por momentos. En contraste, sus manos brillaban con la intensidad de dos soles gemelos. La energía bullía en su interior con tanta violencia que parecía que su cuerpo fuese a quebrarse como un jarrón de porcelana. Mantenerla allí le estaba desgarrando por dentro, pero no podía liberarla toda de golpe. Debía hacerlo lentamente, controlándola y dándole forma para que sanara a Jaguar.

Suri la empujó a través de las palmas de sus manos y dejó que fluyera hacia la chica.

Unos zarcillos de luz se enroscaron alrededor de su cuerpo como las hebras de un capullo de seda. La piel de su rostro empezó a recuperar el color. Su pulso se hizo más firme.

Jaguar se sacudió.

Su espalda se arqueó, y de su garganta escapó un aullido que resonó por el anfiteatro como una explosión. Suri percibió su agonía a través de su enlace, y su grito se unió al de ella.

«Ríndete», creyó escuchar que le decía una voz. «Abandona. Déjate llevar».

Era la magia.

Parecía susurrarle al oído con un millón de voces. Suri no sabía si eran reales, si de verdad pertenecerían a los espíritus de los que Jaguar siempre hablaba, o si por el contrario solo se encontraban dentro de su cabeza; pero su llamada era cautivadora. Por un momento estuvo tentado de ceder a su canto de sirena. Habría sido tan fácil dejarse llevar, abandonar el dolor y hacerse uno con el *Oneiros*...

Pero no podía. Se negaba a rendirse.

Demasiadas cosas dependían de él.

Demasiadas personas.

Jaguar.

Tarnika.

Partia.

Alia.

Por un momento creyó ver el rostro de su dulce Alia, pero sabía que era imposible. Alia se encontraba a miles de leguas de distancia, a salvo en la Academia. La visión de sus facciones, de sus ojos, de su sonrisa, hizo el dolor más tolerable, y le permitió aguantar.

Y cuando parecía que su cuerpo cedería, que su mente se resquebrajaría, que la piel se le abriría por las costuras y que sus entrañas quedarían expuestas, el dolor desapareció.

El silencio que siguió fue tan rotundo que por un momento Suri creyó que había muerto y que su espíritu había cruzado al otro lado.

Las luces del *Oneiros* se apagaron, y se encontró arrodillado en la arena junto a Jaguar. Su respiración era plácida, como si estuviese durmiendo. Seguía siendo una anciana, pero ya no parecía tan consumida como antes. Suri le acarició el rostro. Ella abrió los ojos y le miró. Por un momento una sonrisa brilló en sus labios, pero enseguida se disipó.

—¿Qué has hecho? —murmuró incorporándose y estudiando sus manos con creciente incredulidad—. Maldito insensato. ¿Qué has hecho?

—No podía dejarte morir —dijo él.

—Te has condenado —replicó ella al borde de las lágrimas, que seguramente serían de rabia. Suri la había visto enfadada muchas veces, pero nunca tanto como en aquel momento. Por eso decidió que lo más inteligente sería no tratar de hablar con ella hasta que se le pasara.

Tardaron casi cinco horas en regresar a la aldea, y Suri no consiguió arrancarle una sola palabra. Jaguar ni siquiera quiso detenerse a descansar, pese a que estaba claro que le estaba costando seguirle el ritmo.

En cuanto llegaron al poblado Jaguar recogió sus pertenencias y abandonó la choza del árbol. Ni siquiera se molestó en despedirse o mirarle a la cara cuando pasó junto a él. Aquello había dolido. Desde entonces se había mantenido recluida, y se había negado a recibirle.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó a Nada. Por lo que le habían contado, Jaguar pasaba gran parte de su tiempo descansando, recuperándose de las sesiones a las que la sometían las ancianas. Nada le había contado que necesitarían meses para sanar su *tótem*.

—Aún está débil.

—¿Recuperará su juventud?

—Algún día —se encogió Nada de hombros. Suri tragó saliva.

—¿Ha preguntado por mí? —quiso saber.

La anciana entrecerró los ojos y le estudió unos segundos con la cabeza ladeada.

—¿Cambiaría eso tu decisión de marcharte?

Suri no pudo aguantarle la mirada.

—No. Tengo que regresar a Atroreth. Me necesitan allí.

—También ella te necesita.

—No —rió el mago. Era una risa amarga—. Créeme, estará mejor sin mí.

—¿Acaso no sientes tú también algo por ella?

—¿Importa eso?

—Quizás. Quizás no. Supongo que nunca lo sabremos.

—No es la primera vez que dejo atrás a alguien por quien siento afecto.

—No la estás dejando atrás, solo pones distancia entre vosotros. ¿De verdad crees que mi nieta va a renunciar a ti tan fácilmente?

—No va a perdonarme.

—Te equivocas. Ya lo ha hecho. El problema es que está dolida porque sabe que tarde o temprano te perderá definitivamente. Y porque quizás sea ella quien tenga que matarte cuando finalmente la ponzoña te domine.

—¿Crees que querrá hablar conmigo?

—No cuentes con ello —le dijo Nada—. Todavía no está lista.

—Entonces no hay razón para seguir posponiéndolo. Será mejor que me prepare. Me gustaría marcharme lo antes posible.

—¿Tienes muchas obligaciones esperándote en tu tierra?

—Más de las que quisiera. Ya te dije que se acerca una guerra, una que puede acabar para siempre con el mundo tal y como lo conocemos. Me necesitan.

—Nadie es imprescindible.

—Quizás —admitió él—, pero un peón bien posicionado puede hacer tanto daño como un alfil o un caballo —le dijo. Nada se lo quedó mirando con una expresión vacía—. Ajedrez —le aclaró Suri—. Supongo que no tienes ni idea de lo que te estoy hablando.

La anciana sacudió la cabeza.

—¿Eres consciente de que no podemos dejar que te marches así sin más?

—¿Vais a tratar de impedírmelo?

—Por supuesto que no. Formas parte de la tribu. Eres libre de ir y venir cuando y donde te plazca.

—Acabas de decir que no podéis dejarme marchar.

—He dicho que no podemos dejarte marchar así sin más. Has estado en contacto con la magia corrupta. Alguien debe vigilarte y asegurarse de que no cedas a ella, alguien que pueda poner fin a tu sufrimiento cuando la infección finalmente te domine.

—¿Significa eso que vas a ponerme un guardián?

—Esa es una forma de verlo —sonrió Nada—. Yo prefiero pensar que se trata más bien de un compañero de viaje.

Por un momento Suri supuso que la anciana se refería a Jaguar, y su corazón perdió un latido. La idea de que la muchacha le acompañase a Hefestia tenía cierto encanto, aunque le preocupaba cómo afectaría eso a su relación con Alia. Pero Jaguar no estaba en condiciones de viajar, y mucho menos de plantarle cara si finalmente perdía el control de su magia, como Nada afirmaba que acabaría ocurriendo; así que era imposible que estuviese hablando de ella.

—He escogido a mi nieto —concluyó Nada. Suri frunció el ceño.

—¿A Halcón? —exclamó—. Tienes que estar de broma.

—¿Me has visto bromear alguna vez? —replicó ella.

—Pero si Halcón me odia —protestó—. Ni siquiera confío en él. Y me parece que el sentimiento es mutuo. ¿Quién me garantiza que no va a intentar matarme mientras duermo?

—No digas tonterías. Mi nieto es un hombre honorable, y sus intenciones son legítimas. Además, tiene una deuda de sangre contigo. No solo has liberado a su padre; también has salvado la vida de su hermana. Lo menos que puede hacer es cuidar de ti y evitar que te ocurra lo mismo que a Oso Sagaz.

—No le necesito.

—No importa lo que creas necesitar. Halcón va a ir contigo.

—¿Y él está de acuerdo con eso?

—En realidad ha sido él quien lo ha propuesto.

—No sé por qué, pero eso no me tranquiliza.

Nada sonrió. Suri habría apostado su brazo derecho a que su sonrisa estaba preñada de sarcasmo. Suspiró y dejó caer los hombros.

—Me va a traer problemas —gruñó. Estaba claro que ya había claudicado.

—Si lo que me has contado es cierto y se acerca una guerra, vas a necesitar toda la ayuda que puedas encontrar. No desprecies a un guerrero bien



entrenado, especialmente a uno que está dispuesto a dar su vida para proteger la tuya.

—O para acabar con ella —replicó Suri con sequedad. Nada se encogió de hombros y tomó otra bocanada de humo.

El silencio que siguió le dio a entender que la anciana había acabado con él.

Suri se incorporó, se sacudió la pelusa de la ropa, que había empezado a llevar de nuevo aquella misma mañana, y se dispuso a abandonar la choza. Entonces recordó que había algo que quería preguntarle a Nada, y no quería marcharse sin hacerlo.

—Hay una cosa que lleva días rondándome la cabeza —le dijo. Nada arqueó una ceja—. Jaguar me habló el otro día de la Serpiente de Sangre. Me contó que se hizo pasar por uno de los ancestros para manipular a vuestros antepasados, y que es el responsable de todos los sacrificios que acabaron por contaminar la magia de esta tierra. Me dijo también que en vuestras leyendas se le conoce por muchos nombres, entre ellos el Guardián del Manantial, el Herald de los Ancestros o la Voz Inmortal; pero cuando le pregunté si sabía qué nombre se daba a sí mismo nos interrumpieron, y no llegó a decírmelo.

Nada asintió, y sus ojos parecieron explorar el aire a su alrededor, como si estuviese buscando una respuesta.

—Se hacía llamar Legado —le explicó—. O al menos esa era la forma en que su nombre se traducía a nuestra lengua. Creo recordar que en la suya se pronunciaba Korro'th.

## La Proclamación

Era la primera vez que Tarnika pisaba una de aquellas mansiones flotantes, y la verdad era que su aspecto la había dejado bastante indiferente. Aquella en concreto parecía haber sido diseñada por alguien más preocupado por el tamaño que por la funcionalidad; algo que, por lo que había podido deducir, ocurría a menudo con los machos humanos.

El edificio en sí era horrendo: una maciza mole hexagonal de piedra vista con murallas, torreones y almenas. A la muchacha le recordó un poco a la Catedral de los Dioses, aunque sin la severa elegancia del templo. Triano le había contado que la mansión se había erigido en una época en la que los enfrentamientos entre las Casas eran habituales, y era necesario protegerse de los continuos ataques por parte de las familias rivales. Que se hubiese edificado imitando el aspecto de uno de los antiguos castillos señoriales más propios de la edad media que de la época moderna había sido, al parecer, cosa del Jerarca que había encargado su construcción, un tipo llamado Etivio Pizcazu que había vivido cerca de trescientos años atrás.

En conjunto, Tarnika la encontraba poco impresionante.

Lo que de verdad la había impresionado había sido la jaula que les había llevado desde las calles de la ciudad hasta los terrenos de la mansión. Aquella era la primera vez que veía Hefestia desde el aire, y le había parecido tan excitante que se había dejado llevar y había actuado como un brote la primera vez que ve el bosque.

Triano amonestó su comportamiento con una mirada severa.

—Esta es su primera vez —la disculpó el muchacho ante el resto de pasajeros.

Al parecer sus acciones estaban llamando la atención de los demás ocupantes de la jaula, que la miraban con una mezcla de condescendencia y superioridad. Todos ellos debían pertenecer a la clase alta, y seguramente la estarían juzgando por su falta de mesura.

«Que piensen lo que quieran», se dijo. «Si Bonaserra tiene razón, cuando empiecen los problemas van a alegrarse de que me encuentre aquí».

Triano se había reunido con ella y con la anciana la mañana posterior al cónclave de la cábala. Tras hablarles del discurso del Inquisidor Supremo y

de la forma en que su gente pretendía utilizar los ataques de las criaturas para alimentar el descontento entre los miembros más jóvenes de las Casas, el agente les mencionó la conversación entre Pernaces y Molokai.

—Al parecer ya han decidido quién será el próximo en caer —dijo Bonaserra—. Y parece que le ha tocado el turno a Elicarion Minari. Si de verdad quieren hacerlo el día de la Proclamación de Asulán Pizcazu, vamos a tener que arreglárnoslas para estar presentes —musitó. Y tras un breve silencio, añadió—: Aunque algo me dice que eso no es lo único que se proponen hacer.

—¿Por qué lo cree, jefa? —preguntó Triano. La anciana arqueó una ceja.

—Cuando el polvo se haya asentado —repitió las palabras que Triano había puesto en labios del Inquisidor Supremo—. No sé a vosotros, pero a mí eso no me suena a que estén preparando una simple muerte accidental. Sospecho que tienen algo más en mente. Algo gordo. Quizás pretendan eliminar varios pájaros de una sola pedrada. Después de todo, la flor y nata de la clase alta hefestiana estará presente en esa fiesta.

—Mi gente —musitó Tarnika. Triano y Bonaserra clavaron sus ojos en ella—. Creo que pretenden usar a los míos para atacar a los invitados.

—¿A tu gente? —preguntó la anciana. Tarnika asintió.

Triano les había hablado de la criatura que los Inquisidores tenían enjaulada, el *lorkin* de aspecto brutal y comportamiento salvaje. Al principio Tarnika se había negado a creerle, pero estaba claro que el agente no era idiota, y que era capaz de distinguir a un *lorkin* de un *shingor* o un *gárlak*; así que no dudó de su palabra; especialmente cuando les explicó que el Inquisidor había usado un *hidrófago* para acabar con él.

—Por lo que sé, no ha desaparecido nadie de las cuevas —dijo la muchacha—. Y a excepción del maestro, nadie sabe exactamente en qué parte de Isla Conejo se oculta el resto de mi pueblo. Así que ese *lorkin* tiene que provenir de algún otro lugar. Por cómo lo ha descrito Triano, sospecho que del propio Lork. De ahí su aspecto. —Tarnika suspiró y sacudió la cabeza—. Los miembros de la resistencia que siguen en nuestro mundo nos han contado que los sacerdotes de Korro'th han estado usando la magia de cambio para pervertir los cuerpos y las mentes de los prisioneros de guerra. Pretenden usarlos como carne de cañón, como lo hacen con el resto de especies.

—Pero si de verdad proceden de tu mundo, eso significaría que Korro'th ha conseguido abrir una *vía* entre vuestro plano y el nuestro —dijo Bonaserra—.

¿De verdad lo crees posible?

—¿Y por qué no? —dijo Tarnika—. Ya han abierto una *sangría*. Con la cantidad de seguidores que tiene ahora mismo en Hefestia, abrir una *vía* no les habrá resultado muy complicado. Quizás la invasión se encuentre más cerca de lo que sospechábamos.

—Entonces habrá que hacer algo para dificultarles las cosas —había dicho la anciana con una insidiosa sonrisa en los labios.

Por eso estaban allí.

Triano había convencido a su abuela para que les consiguiera una invitación para la fiesta. Como hijo menor de los Erístide, su presencia allí no era necesaria. Pero si Siona Camerelis decidía que su nieto debía acudir, nadie se atrevería a discutirlo. Tarnika sabía que Triano había tenido que prometerle algo a su abuela a cambio de su ayuda, algo de lo que se había negado a hablar con ella. Se preguntaba qué sería.

El agente vestía una elegante túnica de tafetán negro, camisa blanca y capa de terciopelo a juego. A Tarnika le parecía que el conjunto le favorecía mucho.

Ella llevaba un vestido amarillo de seda con transparencias y un escote tan pronunciado que dejaba a la vista una generosa porción de sus bolsas de savia. Tarnika habría preferido usar el *glamur* que empleaba siempre que se dejaba ver en público, de esa forma se habría evitado tener que usar ropa, pero Bonaserra le había dicho que no era de suficiente calidad, y que cualquiera de los Archimagos o Inquisidores presentes en la fiesta serían capaces de ver a través de su ilusión. Por eso la había ayudado a preparar uno nuevo, uno que solo cambiaba el aspecto y la tonalidad de su piel, sus ojos y su cabello. Tras activarlo Tarnika podría haber pasado por una humana incluso ante los magos más entrenados de Hefestia. La única desventaja era que con aquel disfraz estaba obligada a usar ropa.

Malditos humanos con sus malditos tabúes.

Por suerte el vestido que llevaba aquella noche era mucho más suave que el que se había visto obligada a usar durante la visita a Charnok, por lo que no sentía la necesidad de rascarse cada dos por tres. Pero seguía sin estar del todo cómoda con aquella cosa. Atraía demasiadas miradas, y eso la molestaba.

—No es el vestido el que atrae las miradas —le dijo Triano cuando se lo comentó.

Cuando se lo había probado por primera vez en casa de Bonaserra había descubierto para su horror que su busto no llenaba del todo la parte frontal del vestido, por lo que había tenido que aumentar el tamaño de sus sacos de savia para que la pieza se ajustara a su contorno. Después le había preguntado a Triano por qué se había decidido por aquellas medidas, y él le había explicado que era para que las miradas curiosas se centrasen en su escote, y no en su rostro. Así sería más difícil que alguien la reconociera como Vindora Krete.

Tarnika no estaba segura de que aquello fuese del todo cierto, especialmente por la estúpida sonrisa que se le dibujaba al muchacho cada vez que la miraba. A pesar de todo debía admitir que no le molestaba que Triano la observase de aquella forma. Extrañamente, su atención solo conseguía estimularla, y por alguna razón se sentía tentada de abrir todas sus flores de forma indecente para mostrarle sus pistilos.

Que la fuente de esa excitación fuese un humano resultaba inquietante. Seis meses atrás la idea de que una bolsa de carne pudiese llegar a provocarle una reacción como aquella le habría parecido ridícula. Pero ahora, caminando de su mano, el cálido tacto de sus dedos acariciando su piel bastaba para hacer que toda su corteza se estremeciera.

Por suerte no era humana, o de lo contrario su rostro habría adquirido aquel tono sonrosado que a ella le parecía tan ridículo.

—Qué cosa tan absurda —le dijo a Triano cuando se detuvieron ante el puente levadizo que había frente a la entrada de la mansión. Concentrarse en lo que les rodeaba le evitaba tener que pensar en otras cosas—. ¿A quién *férdax* se le ocurre construir una laguna en mitad de una roca flotante y erigir una monstruosidad como esa en su centro?

—No es una laguna—le explicó el agente—. Es un foso.

Tarnika le miró como si hubiese perdido el juicio

—Es un mecanismo de defensa que solía construirse alrededor de las fortalezas para aislar sus murallas de posibles ataques.

—Completamente inútil aquí, ¿no te parece? —le dijo—. Además de presuntuoso.

Triano se encogió de hombros y siguió caminando con ella del brazo.

Cientos de *candelas* multicolores flotaban sobre la superficie del foso, arrancando destellos a las tranquilas aguas e iluminando las murallas del castillo. Sobre sus cabezas, unas extrañas aves de luz sobrevolaban las

almenas, planeando y haciendo piruetas que despertaban la admiración y el asombro de los invitados.

—Son garzas —le explicó el muchacho—. Los animales heráldicos de los Pizcazu.

—Son hermosas —dijo la joven.

—Son pretenciosas —replicó Triano—. Tengo la sensación de que Asulán va a dejar de lado la austeridad que caracterizó el mandato de su hermano en favor de un enfoque más hedonista. No sé si la fortuna familiar podrá soportarlo. Quizás la suya fuese una Casa poderosa en el pasado, pero en la actualidad no es lo que era. Me temo que, a este ritmo, Asulán va a dilapidar su fortuna en pocos meses.

A Tarnika no podía importarle menos lo que Triano le estaba explicando, pero asintió con una sonrisa como si aquello fuese lo más interesante que hubiese escuchado en toda su vida. Al fin y al cabo, eso era lo que se esperaba de ella.

Tras cruzar el pequeño jardín que había pasadas las murallas, Triano y ella se encaminaron hacia la puerta principal. Un hombre —el mayordomo, le explicó Triano— montaba guardia junto a la entrada, y el agente le entregó su invitación. La música que procedía del interior era estridente y un poco disonante, en nada parecida a la melodía del bosque; pero resultaba a la vez envolvente y melodiosa. Era tan paradójica como los propios humanos.

—Lord Triano, de la Casa Erístide, y acompañante —anunció el mayordomo.

Nadie alzó la vista para mirarles cuando se adentraron en el salón recibidor. A Tarnika no le sorprendió que su llegada hubiese pasado inadvertida. Después de todo, Triano solo era el hijo más joven de una Casa menor, así que su presencia en la fiesta no despertaba el interés de ninguno de los presentes. O de casi ninguno.

Desde el otro lado de la sala, un tipo alto y flacucho con el cabello castaño y los ojos casi negros les atravesó con la mirada. De su brazo colgaba una joven de aspecto delicado y expresión estúpida. Triano suspiró.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tarnika— ¿Quién es ese?

—Ese es Ródogar Erístide, mi hermano mayor. El próximo Jearca de nuestra Casa.

—¿Por qué te mira así?

—Creo que es porque acabo de provocarle una úlcera —admitió el

muchacho en voz baja tratando de contener una sonrisa. Entonces se acercó más a ella para susurrarle al oído—: Supuestamente solo los primogénitos están invitados a una fiesta de Proclamación. Los hijos menores de una Casa solo pueden asistir si van acompañados por su Jerarca; en este caso, por mi padre. Y él no me ha invitado.

—¿Supone tu presencia aquí alguna clase de insulto para tu hermano? —preguntó Tarnika.

—Digamos que para él es como una patada en la boca —le aclaró Triano. La muchacha le estrechó más fuerte del brazo.

—Bien —sonrió. Y juntos se adentraron en la muchedumbre.

Triano los condujo hasta un hombre bajito de rostro redondo y tez mortecina ataviado con una sobria túnica blanca que resaltaba aún más su palidez. El hombre pareció sorprenderse de verle allí casi tanto como su hermano.

—Triano —le saludó el tipo con un asentimiento—. Gracias por venir.

A Tarnika no se le escapó que el hombre había obviado cualquier clase de título, lo que tanto podía interpretarse como un gesto de familiaridad o como de desaire.

—Es un placer, Lord Pizcazu —respondió el muchacho estrechando su mano—. Os doy la enhorabuena por vuestra nueva posición.

—Solo lamento haberla conseguido por una desgracia como la que ha sufrido mi familia —dijo el hombre. A Tarnika le sonó a mentira.

—Milord —saludó la muchacha, porque era lo que se esperaba de ella. Bonaserra le había dado unos cuantos consejos sobre cómo comportarse en una fiesta de la alta sociedad. A ella no le entusiasmaba tener que lamerles las botas a todos aquellos cretinos, pero si quería pasar desapercibida debía actuar como ellos.

—Encantado —respondió el hombre plantándole un beso en el dorso de la mano. Ni siquiera se molestó en mirarla a la cara. Sus ojos parecían haberse acomodado en su escote.

Tras un breve intercambio en el que ninguno de los dos hombres dijo nada realmente importante, Triano y ella se despidieron del anfitrión y siguieron adentrándose en la mansión.

—Menudo cabraxi —le susurró al oído cuando se hubieron alejado lo suficiente.

—¿Cabraxi? —preguntó el muchacho.

—Un gusano carroñero —le explicó ella—. Un bicho feo de narices y más tonto que una tabla. Lo más valioso de ellos son sus excrementos.

—No creo que los de Asulán sean tan apreciados —sonrió Triano—. Por cierto, puedo confirmarte que la otra noche estaba en la reunión de la cábala, oculto bajo un *glamur*.

—¿Cómo lo sabes?

—Su perfume —respondió arrugando la nariz—. Parece que se haya bañado en él.

—Como los cabraxi con sus excrementos —asintió Tarnika.

—Tenemos que localizar a Pernaces —le recordó el muchacho—. Aún no sabemos lo que va a ocurrir, pero sospecho que no se alejará demasiado de la acción. Algo me dice que querrá asegurarse de que Molokai cumple su promesa.

—Entonces será mejor que nos separemos —le propuso la muchacha mirando en derredor—. Así podremos reconocer mejor el terreno.

—Esto es una fiesta, no una campaña militar —le recordó él.

—De momento —replicó ella con gesto sombrío.

—Procura no llamar demasiado la atención —le advirtió.

—Si lo hago, será por tu culpa —respondió ella enderezando la espalda y sacando pecho. No se le escapó que los ojos de Triano —y los de otra media docena de machos que se encontraban a su alrededor— orbitaron hacia su escote. En su defensa, Tarnika debía admitir que al menos el muchacho había tenido la decencia de sonrojarse.

Triano se mezcló con los invitados, y Tarnika no tardó en perderle de vista. Ella, por su parte, decidió explorar la sala anexa, una enorme pieza con las paredes cubiertas de espejos que se comunicaba con el recibidor a través de un pequeño pasillo en el que había un par de puertas de servicio que, por el olor, debían conducir a las cocinas.

Había tanta gente, tantos aromas, que resultaba difícil no sentirse abrumado. No eran solo la esencia de la magia, los *glamures* y los objetos imbuidos. A aquella mezcolanza había que añadir, además, la fragancia de los perfumes de las hembras y los efluvios corporales de los machos. Y por debajo de aquella miríada de olores, Tarnika percibía el punzante hedor de la hemomancia. Estaba claro que los siervos de Korro'th se encontraban presentes.

Un sirviente pasó por su lado con una bandeja en la mano y le ofreció una



copa. Tarnika la aceptó, pero antes de llevársela a los labios olió su contenido. Como sospechaba, se trataba de alguna clase de bebida alcohólica.

—Monos estúpidos —murmuró para sí misma dejándola sobre una mesa—. Solo a ellos se les ocurre consumir la fruta fermentada.

En uno de los extremos del salón había un bufé repleto de viandas. Tarnika se abrió paso entre las parejas que bailaban en la pista y se acercó a él atraída por su aroma. La comida tenía buen aspecto, pero estaba tan procesada que resultaba imposible reconocer uno solo de sus ingredientes, por lo que no se atrevió a probarla. Su metabolismo no toleraba demasiado bien la carne, y necesitaba mucho tiempo y energía para procesarla.

—¿Pero es que estas criaturas no saben lo que es la fruta? —gruñó. No le habría ido mal hacer acopio de algo de energía; especialmente si, como Bonaserra sospechaba, aquella noche iban a tener que luchar por su vida.

A su alrededor las parejas seguían moviéndose al ritmo de la música, y sus reflejos imitaban sus movimientos desde los espejos de las paredes. Grupos de hombres charlaban sobre temas supuestamente serios, y camarillas de mujeres cuchicheaban en voz baja sobre naderías o criticaban a las otras invitadas. Tarnika tenía que esforzarse por ignorar aquellas conversaciones, que insistían en asaltar sus oídos. Era precisamente en ocasiones como aquella cuando más deseaba que sus sentidos estuviesen tan embotados como los de los humanos.

Una charla en concreto atrajo su atención. Una de las mujeres estaba hablando con sus compañeras de otra a la que llamaban “cazafortunas”. No fue hasta que sorprendió a una de ellas observándola con una mezcla de curiosidad y repulsión que comprendió que se referían a ella.

Por un momento se sintió tentada de acercarse a esas estúpidas y decirles cuatro cosas, pero se lo pensó mejor. Habría resultado extraño que las abordara afirmando que las había escuchado criticarla desde el otro extremo de la sala. Además, se conocía bien, y dudaba que pudiese conformarse con una simple advertencia. En cualquier otra situación, les habría arrancado el pelo a las muy guarras.

—Le tienen envidia —dijo alguien a su espalda. Tarnika casi saltó por la sorpresa.

La anciana sonreía cuando se volvió hacia ella.

—Lady Camerelis —dijo la muchacha. En el último momento recordó que debía inclinarse para mostrarle su respeto a la dama.

—No me sorprende —prosiguió la mujer como si Tarnika no hubiese dicho nada—. Es usted una joven muy atractiva. Y ese vestido resulta muy favorecedor. Dígame, ¿quién es su modista?

—¿Mi modista? —preguntó Tarnika, descolocada.

—Debe ser excelente, porque ha conseguido realzar su busto de una forma sorprendente. Creo recordar que la última vez que nos vimos no parecía tan voluminoso como ahora.

—Creo que le falla la vista —frunció la muchacha el ceño—. O tal vez la memoria.

—Admito que mis ojos ya no son lo que eran —sonrió la vieja—. Pero mi cabeza funciona perfectamente, señorita Qin. Dígame, ¿qué quiere de mi nieto? Porque está claro que usted tiene que ser la misteriosa acompañante a quien Triano quería impresionar trayendo a la fiesta esta noche —musitó la mujer golpeándose la palma de la mano con el abanico—. ¿Qué tiene de especial, Lora Qin? ¿Qué es lo que atrae tanto a mi nieto de usted?

—No sabría decirle. Solo soy una chica normal y corriente de gustos sencillos.

—¿De veras? ¿Por eso frecuenta la compañía de un Erístide?

Tarnika reprimió una carcajada. ¿Así que se trataba de eso? ¿La mujer creía que iba tras el dinero de su nieto? ¿De verdad pensaba que eso era lo que le interesaba de Triano?

¿De verdad le interesaba Triano?

—Se equivoca, Lady Camerelis —la corrigió ella—. Quizás no provenga de una familia acomodada, pero puedo asegurarle que no tengo ningún interés en la fortuna de su familia. ¿Acaso tengo que recordarle que su hijo le dio la espalda a Triano cuando decidió unirse a la Brigada? Sería estúpido esperar un solo troy de los Erístide cuando ha sido desheredado.

—Eso es algo temporal —dijo la anciana sacudiendo una mano en el aire—. Tarde o temprano mi nieto recuperará la cordura y regresará al redil. Y cuando lo haga, espero que usted solo sea un mal recuerdo.

—Si eso es lo que cree, entonces es que no le conoce en absoluto —le espetó Tarnika. La sangre le ardía, y se sentía belicosa—. Triano ama su trabajo, y es muy bueno en lo que hace. Y yo le admiro por eso. Su dedicación me parece mucho más loable que cualquier cosa que pueda llegar a conseguir uno de sus hermanos; incluido ese engreído de Ródogar. Y no me

importa que no tenga un troy. Su inteligencia, su integridad y su coraje son mucho más valiosos que todos los merlines que pueda tener su familia.

—Vaya —musitó la anciana—. Y yo que creía que él era el único que estaba enamorado.

—¿E... enamorado? —tartamudeó Tarnika.

Triano había explorado ya cuatro de las salas, y todavía no había dado con Pernaces. Estaba seguro que su primo tenía que estar allí. Le conocía, y sabía que el León no podría dejar escapar la oportunidad de ver caer a uno de sus enemigos, especialmente si ese enemigo resultaba ser su propio padre.

Él sentía respeto por Elicarion Minari, y no era de esa clase de respeto nacido del miedo o de la zalamería. Siempre le había parecido encomiable que el Jeraarca de una de las familias más poderosas de Hefestia no fuese tan arrogante, soberbio o desdenoso como cabría esperar de alguien de su posición. Su propio padre, sin ir más lejos, era mucho más petulante, y eso que su familia carecía del poder y las riquezas de los Minari.

Pernaces, sin embargo, era todo lo contrario. Triano solo podía pensar en lo mucho que sufriría su Casa cuando el muchacho se hiciese con el poder.

«Esta misma noche, si no conseguimos evitarlo», se dijo.

La fiesta se extendía por toda la planta baja del castillo, ocupando las seis salas y el patio de armas, reconvertido para la ocasión en un jardín. Triano había revisado ya el recibidor, el salón de baile y la sala de las fuentes antes de decidirse a cruzar el patio de armas para regresar al salón de los espejos, donde había visto entrar a Tarnika. Tardó unos segundos en dar con ella, pero finalmente la localizó junto a una de las mesas.

Estaba preciosa. El vestido de seda realzaba sus curvas, y su color —mantequilla, le había dicho la modista— hacía resaltar su tono de piel y el verde de sus ojos. Triano sabía que eran una ilusión, pero no le importaba. Tarnika habría sido igual de hermosa sin su *glamour*.

Le sorprendió descubrir una sonrisa en sus labios. Últimamente le ocurría siempre que pensaba en ella, y eso le preocupaba. Tenía que dejar de verla de esa forma. ¿Qué clase de futuro podría esperarles? Después de todo no solo eran de clases distintas; eran de especies diferentes, y ese debería ser impedimento suficiente, ¿verdad?

Entonces vio con quién estaba hablando la muchacha, y la garganta se le cerró.

Se disponía a acudir en su ayuda cuando alguien se cruzó en su camino.

—Triano —le saludó Remo con una sonrisa tensa que no logró ocultar del todo su sorpresa—. ¿Qué haces aquí?

—¿Acaso no puedo acudir a la única fiesta en la que merece la pena estar esta noche?

—Pues claro que sí —dijo Barlán—. Es solo que no esperaba verte aquí.

—Bueno, ya sabes cómo son estas cosas. Cualquier oportunidad es buena cuando se trata de fastidiar al capullo de mi hermano —sonrió Triano. Remo asintió, aunque su gesto seguía siendo circunspecto—. ¿Va todo bien? —le preguntó.

Barlán miró a su alrededor antes de responder.

—Creo que será mejor que no te quedes demasiado —le dijo en tono confidente—. Es posible que las cosas se compliquen un poco dentro de un rato. ¿Has venido solo?

—No. Con una amiga —le explicó Triano.

—Pues te aconsejo que la busques y salgáis de aquí lo antes posible.

—¿Por qué? —se hizo el sorprendido—. ¿Ocurre algo?

—No puedo contarte nada —Remo bajó aún más la voz, hasta que apenas fue un susurro—. Eres mi amigo, y te aprecio, por eso te aconsejo que te marches lo antes posible. Lárgate, y no mires atrás.

—Está bien —asintió Triano de forma nerviosa—. Gracias.

Barlán se despidió de él, y el muchacho le observó perderse entre los invitados.

Al parecer la capitana tenía razón. Algo gordo iba a ocurrir aquella noche.

Era una suerte que la Brigada estuviese preparada.

Triano se apresuró hacia el bufé. Por la expresión de Tarnika, la conversación con su abuela no estaba yendo demasiado bien. La *lorkin* parecía a punto de saltarle al cuello a Lady Camerelis. Triano sonrió por dentro ante esa idea. Sin duda, eso habría sido algo digno de ver.

—Lora, te estaba buscando —dijo cuando llegó junto a ellas. Entonces le dirigió un asentimiento cordial a la anciana—. Abuela, me alegra verte.

—Creía que habías vuelto a abandonarme para irte con tus amigos —le pinchó Tarnika. Triano se preguntó a qué vendría eso, pero se esforzó por mantener un gesto neutro.

—Sabes que nunca te haría algo así —le siguió él el juego.

Su abuela parecía estar muy atenta a su intercambio. A Triano no le gustaba nada esa expresión suya entre distante e interesada.

—¿Has podido encontrar a tu primo? —le preguntó la joven.

—No —admitió él—. Quizás no haya llegado todavía.

—¿Tu primo? —se extrañó Lady Camerelis—. ¿A cuál de ellos te refieres? —quiso saber—. Porque he visto a Rúbeus hace un rato en la sala azul, y Bolean está ahora mismo en los jardines con su esposa. Una jovencita encantadora, esa Somalia Rangli —añadió clavando los ojos en Tarnika—. Un buen partido.

Triano sintió que le subían los colores.

—Al parecer, tu abuela no aprueba nuestra relación —le dijo Tarnika. El muchacho tragó saliva, y a punto estuvo de atragantarse. Lady Camerelis palideció.

—Es usted una joven muy directa, señorita Qin.

—Bueno, solo soy una pobre periodista —le soltó ella—. No he recibido la misma educación que las damas de buena familia.

—Curioso. Yo habría jurado que no había recibido ninguna en absoluto —la pinchó la anciana. Por cómo se encendieron los ojos de Tarnika, Triano temía que si no detenía aquella disputa antes de que degenerase aún más, se acabaría encontrando en mitad de una guerra de voluntades. Y conociendo a ambas mujeres, era posible que ninguno de los presentes sobreviviera al enfrentamiento.

Por suerte, la inesperada aparición del León de Jade por la puerta que comunicaba con la sala azul le dio la excusa perfecta para interrumpir la discusión antes de que la sangre llegara al Murgón.

—Ahí está Pernaces —se apresuró a decir tomando a Tarnika de la mano y arrastrándola lejos de Lady Camerelis—. Disculpa, abuela. Tenemos asuntos que tratar con mi primo.

Ni siquiera se atrevió a lanzarle una última mirada a la anciana. Seguramente en sus ojos habría fuego, y Triano no quería morir abrasado.

—¡Pernaces! —le llamó cuando se acercaban a él. El muchacho se detuvo en seco y se lo quedó mirando como si no acabase de reconocerle. Por su forma de tambalearse, parecía bastante ebrio—. ¿Cómo estás, primo?

—¿Triano? —balbuceó Pernaces—. Hacía siglos que no te veía —dijo arrastrando las palabras. Triano frunció el ceño. ¿Tan borracho estaba que no

recordaba que se habían visto la semana anterior?—. ¿Qué haces aquí? ¿Has venido tú también a burlarte de mí?

—¿Burlarme? —preguntó Triano confundido—. No sé de qué me hablas. ¿Estás bien? Pareces... —Triano había alzado una mano para apoyarla en el hombro de su primo, pero Pernaces se la apartó de un manotazo.

—No me toques —gruñó.

—Tranquilo —dijo alzando ambas manos a modo de rendición—. No estoy buscando problemas —añadió enseguida. Sabía que Pernaces tenía la mala costumbre de retar a combates de honor a aquellos que le contrariaban, y no quería arriesgarse a que eso ocurriera precisamente esa noche.

¿Estaría su primo de verdad borracho, o solo lo pretendía para que, llegado el momento, nadie pudiese acusarle de ser el responsable del atentado contra su padre? De ser así, era mucho mejor actor de lo que había supuesto.

—¡No me jodas! —gruñó entonces el León. Pero para su sorpresa no le estaba mirando a él, sino que su atención parecía estar centrada en algún lugar del recibidor.

Triano no tuvo que volverse para averiguar lo que estaba ocurriendo. La voz del mayordomo despejó todas sus dudas, aunque también despertó algunas nuevas.

—Lord Elicarión Minari y sus hijas, Lady Brígida Minari y Lady Alia Minari —anunció.

Triano y Tarnika se volvieron hacia la entrada solo para estar seguros de que sus oídos no les estaban engañando y que no estaban perdiendo el juicio. Entonces intercambiaron una mirada incrédula.

—¿Alia? —murmuró la muchacha.

—¿Minari? —balbuceó Triano.

¿Qué narices estaba ocurriendo allí?

—¿Conocéis a la bastarda de Elicarión? —les sorprendió la voz de su abuela. Al parecer la mujer les había seguido desde el bufé, y había estado pendiente de su conversación.

¿Pero es que no se rendía nunca?

—No sé por qué te extrañas, Abuela —se apresuró Triano—. Lora es periodista. Además, todo el mundo ha oído hablar de la joven promesa de la Academia.

—¿Tanto como para llamarla por su nombre de pila? —sonrió la anciana.

## Familia

Alia miró a su alrededor y estudió los rostros que se habían vuelto hacia ellos cuando el mayordomo anunció su llegada. Por un momento se sintió como la noche de la fiesta de Bri, abrumada por la atención y sin saber muy bien cómo reaccionar. Pero enseguida otras preocupaciones ocuparon su mente.

Seguía estando en conflicto con los acontecimientos que habían vuelto su vida del revés. No le estaba resultando fácil hacerse a la idea de que había pasado de ser una don nadie a ser una bastarda, y de ahí a convertirse en una de las hijas reconocidas de Elicarion Minari. Eso no era algo a lo que uno se acostumbra tan fácilmente, especialmente tras haber pasado media vida odiando a los de su clase.

Además, tras la visita de Bri y el segundo intento de asesinato por parte de Lady Minari, su padre —qué extraño seguía pareciéndole aquello— había insistido en sacarla de la Academia y llevársela a la mansión familiar, lo que la había aislado aún más del mundo. Esta vez Alia no había tenido voz ni voto en la decisión. Incluso Bri había amenazado con retirarle la palabra si no entraba en razón y permitía que la guardia de la familia la protegiera. Alia estaba segura que Bri no cumpliría su amenaza, pero entendía su preocupación, así que acabó por ceder.

Vivir encerrada tras los muros de la mansión la irritaba. Había guardias por todas partes, y no se le permitía abandonar la fortaleza flotante. Eso la había hecho sentirse como una prisionera, aunque era consciente de que se habría sentido igual de seguir en su antiguo dormitorio de la ciudadela. Simplemente había cambiado su pequeña celda por otra más grande y lujosa.

Al menos había podido llevarse a Weep con ella. Abandonarlo en la ciudadela le había parecido una crueldad, y de todas formas la criaturita no lo habría permitido. Últimamente se había acostumbrado a seguirla a todas partes. De hecho, aquella noche había tenido que encerrarlo en su habitación para que no la siguiera hasta la fiesta. La casa no le entusiasmaba demasiado, tal vez porque estaba acostumbrado a la tranquilidad de los túneles de la ciudadela, pero los jardines parecían gustarle, porque allí podía perseguir a los pájaros y cazar roedores. Y como su timidez hacía que pasase la mayor parte del tiempo camuflado, no había peligro de que su familia o el servicio

lo descubrieran. Ni siquiera los Archimagos que habían estado trabajando en las defensas de la mansión para impedir que Libitina pudiese entrar sin ser detectada habían percibido su presencia, así que la criaturita debería estar a salvo allí; al menos de momento.

Libitina había sido declarada persona non grata en las propiedades de los Minari, por lo que los ancianos habían lanzado una docena de hechizos y encantamientos para proteger la mansión de ataques y maldiciones. Por desgracia, eso no la hacía sentirse más segura.

Bri hacía todo lo posible para hacerla sentir bienvenida. Eso seguía sorprendiéndola. Alia no estaba segura de que, en su lugar, ella se lo hubiese tomado igual de bien. De hecho, habría jurado que Bri lo llevaba incluso mejor que ella, y eso la confundía un poco. Supuestamente su hermana debería odiarla al menos tanto como Pernaces, quien se había negado incluso a reconocer su presencia. Las dos veces que se había tropezado con él por los pasillos, el León la había ignorado. Incluso había dejado de acudir a las cenas familiares, y ahora se pasaba casi todo el tiempo practicando en la arena.

A pesar de la poca simpatía que sentía por él, a Alia le sabía mal que por su culpa el muchacho se sintiese desplazado en su propio hogar. Y lo peor de todo era que no solo no sabía cómo arreglarlo, sino que no estaba segura de querer hacerlo.

—Acabará por entrar en razón —le había asegurado Bri.

Alia no estaba tan convencida de ello. Como de tantas otras cosas.

Por el momento lo único que podía hacer era dejarse llevar, porque si se detenía a analizar de nuevo su situación volvería a quedar atrapada en la madeja de confusión que parecía haber convertido su vida en una especie de tragedia de folletín.

Bri debió notar su inseguridad, porque estrechó su mano con fuerza y tiró de ella para obligarla a adentrarse en el recibidor. Lord Minari habría preferido entrar con ellas del brazo, pero Alia se había negado. Todavía no estaba preparada para algo así, por eso las dos jóvenes caminaban tras el Jerarca.

Alia había intentado negarse también a vestir los colores de la familia, pero Bri había trazado ahí la línea.

—Se trata de una demostración —le había explicado—. Que papá te haya reconocido legalmente es solo una parte del camino que hay que recorrer.



Ahora debe presentarte en sociedad. No debe quedar duda alguna de que ahora eres una Minari.

Por eso Alia había tenido que llevar aquel ajustado vestido de seda verde – el color de su familia– con el león heráldico bordado en hilo de oro en el pecho. El de Bri era parecido, aunque el corte era sutilmente distinto, y el tono era menos esmeralda y más turquesa.

Alia no habría sabido decir si las miradas de los invitados eran de asombro, confusión o rechazo. Ninguna de las tres cosas la habría sorprendido. Le pareció, además, que algunas parecían transmitir cierta decepción, y no supo cómo interpretarlas.

—Más de un Jerarca se estará tirando de los pelos en estos momentos —le susurró Bri al oído. Era como si le hubiese leído el pensamiento. Alia arqueó una ceja—. Cuando solo eras una huérfana cualquiera de ellos habría tenido una oportunidad de conseguirte, ya fuese por matrimonio, patrocinio o contrato. Ahora eres una Minari, y eso significa que solo una de las Casas mayores con un heredero en edad casadera tendrá una posibilidad.

—No sé lo que tu padre tiene en mente —replicó Alia—, pero no pienso permitir que me use como una herramienta para afianzar el poder de vuestra familia.

—Nuestro padre solo se preocupa por el bienestar de sus hijas —dijo Bri haciendo hincapié en la primera palabra—. Y es nuestra familia, no solo la mía. Asegurarse de que tenemos un buen futuro no es solo su prerrogativa, sino también su obligación. Pero no te preocupes ahora por eso. Papá no es tonto, y sabe que si se le ocurre intentar concertarte un matrimonio tan pronto es probable que eches a correr y no quieras saber nada de nosotros. Además, él no es como mi madre. No va a obligarte a casarte con alguien a quien no ames.

Visto lo ocurrido en el pasado entre Elicarión y Sora, Alia tenía sus dudas.

La música no se había detenido en ningún momento, pero sí las voces.

—Ya es oficial —escuchó a Bri decirle al oído.

—Dioses —gimió Alia casi sin mover los labios. Temía que si alzaba la voz sus palabras se oirían por encima de aquel tenso silencio—. Me siento como una hormiga bajo una lupa.

Aquello hizo reír a Bri, y su risa cristalina pareció romper aquella antinatural calma.

Poco a poco las conversaciones se fueron reanudando, y Alia habría jurado

que su volumen era más bajo y su tono más contenido que antes. Se preguntó qué estarían diciendo de ella, porque estaba segura de que en aquel momento era el centro de todas las conversaciones. ¿La aceptarían sin más como a una igual, o seguirían tratándola como a una intrusa?

—Déjalo ya —le dijo Bri, que debía haber visto sus miedos reflejados en su rostro. Alia frunció el ceño—. Creo que a estas alturas ya te conozco lo suficiente como para adivinar lo que te está pasando por la cabeza. No le des más vueltas.

—Para ti es fácil decirlo —replicó ella.

—Sí, claro. Acabo de descubrir que tengo una hermana, y que mi madre ha intentado matarla no una ni dos, sino tres veces. Y eso es algo que ocurre todos los días.

No había reproche en su voz, pero a pesar de todo sus palabras hicieron que Alia se sintiese mal consigo misma. Estaba siendo egoísta. Su vida no era la única que se había visto afectada por los descubrimientos de las últimas semanas.

—Tienes razón. Perdona —se disculpó con ella. Bri sonrió y sacudió una mano en el aire para quitarle importancia. Había cosas más urgentes de las que preocuparse.

El protocolo exigía que saludasen primero al nuevo Lord Pizcazu, por lo que Alia y Bri siguieron a su padre hasta el lugar en el que el anfitrión recibía a sus invitados. Tras un breve intercambio, durante el cual Alia fue presentada como una Minari y examinada por el recién nombrado Jerarca como una res en un mercado de ganado, Bri la arrastró hacia una de las mesas y puso una copa de vino espumoso en sus manos. Su padre se había quedado atrás charlando con un grupo de hombres de edad avanzada. Alia no le envidiaba la compañía. El grupo estaba encabezado por Zebolan Datro, el Gran Archimago, y entre los presentes se encontraba Claudius Torgan, el abuelo de Bri, que miraba a su yerno como si fuese una enfermedad infecciosa de la que habría preferido mantenerse alejado.

—¿Crees que tu madre estará por aquí? —le preguntó a Bri sin poder apartar los ojos del anciano, que parecía tan feliz de estar allí como alguien a quien están a punto de amputarle un miembro.

—¿Mi madre? No lo sé. —La muchacha sacudió la cabeza—. Es difícil de decir. La conozco, y después de lo ocurrido es posible que no quiera dejarse ver en público. Toda Hefestia debe saber ya lo que ha pasado entre ella y

papá, y su ego no soportaría que otras mujeres, a las que ella considera de menor estatus, la señalaran con el dedo. Pero no suele perderse ninguno de estos actos, así que no me sorprendería que se encontrara por aquí, oculta tras un *glamour*.

Alia se estremeció ante la idea. Lo mejor sería mantenerse en guardia, solo por si acaso.

La joven echó un último vistazo al grupo que rodeaba a su padre y reconoció también en él a su antiguo patrocinador. El Archimago Bretanius mantenía una expresión indescifrable que lograba esconder con éxito su decepción. En el fondo Alia sentía lástima por él, pero no le dedicó un segundo pensamiento. Tenía otras preocupaciones.

Vació su copa de dos largos tragos y enseguida la cambió por otra llena. Estaba tan nerviosa que habría necesitado tres o cuatro más solo para aliviar el nudo que tenía en la boca del estómago. Bri recorría mientras tanto la sala con la mirada, atenta seguramente a los grupos de moscones que inevitablemente acudirían a ellas para reclamar su atención, como ocurría cada vez que aparecían en público. Alia temía que aquella noche fuese incluso peor, porque ahora los pretendientes no tenían solo a una Minari a la que cortejar, sino a dos.

Como un depredador ante el olor de la sangre, la primera cuadrilla empezó a moverse hacia ellas en cuanto vieron que estaban solas. Bri ni siquiera esperó a que se les acercaran. Agarró a Alia de un brazo y tiró de ella hacia las puertas que comunicaban aquella sala con la siguiente, un salón con las paredes cubiertas de espejos. Pero no se detuvieron allí, sino que siguieron avanzando hasta otro pintado de azul celeste.

Alia estaba demasiado abrumada para darse cuenta de hacia dónde la estaba conduciendo Bri, y cuando se detuvieron frente al hombre vestido con una túnica negra decorada con una serpiente roja en la solapa, casi se quedó sin aliento.

—Abuelo —saludó Bri al anterior Inquisidor Supremo, Ártemus Minari. El anciano abrazó a la muchacha y la besó en las mejillas. Cuando se separó de ella hizo el ademán de acercarse a Alia, pero algo le detuvo. Tampoco ella tenía muy claro cómo comportarse con él. Aquel hombre era el responsable de todas sus desgracias; o al menos de gran parte de ellas.

—Alia —la saludó el anciano con un asentimiento cortés. La muchacha no respondió. No sabía qué decir—. Bri, cariño, ¿podrías dejarnos un momento a

solas? Necesito hablar con... tu hermana.

Alia tuvo la sensación de que la última palabra le había dejado un regusto amargo.

Bri alternó su atención de Alia a su abuelo, interrogándola con la mirada. Ella asintió, y Bri se retiró discretamente. Alia la vio dirigirse hacia el siguiente salón.

La muchacha y el anciano se observaron en silencio. La expresión del Inquisidor era ilegible, por lo que Alia no podía saber lo que le estaría pasando por la cabeza. Ártemus Minari tardó unos segundos en volver a hablar, y cuando lo hizo su voz sonó algo insegura.

—Siento que las cosas hayan ido así —le dijo. Alia ni siquiera prestaba atención a sus palabras. La conversación que había mantenido con Elicarion la tarde que había descubierto la verdad no dejaba de rondar por su cabeza.

—Amenazasteis a mi madre —le dijo tratando de transmitir con sus palabras el fuego que ardía en su interior. El anciano tuvo la delicadeza de parecer arrepentido.

—Lo siento. En aquel momento creí estar haciendo lo mejor para mi familia.

—¿Lo sabíais? —Alia no estaba dispuesta a darle un respiro—. ¿Sabíais que mi madre estaba embarazada cuando la echasteis de vuestra casa?

El Inquisidor suspiró y sacudió la cabeza.

—¿Habría cambiado algo de haberlo sabido? —insistió ella. La expresión del hombre no se alteró—. Lo entiendo —asintió cuando el prolongado silencio le confirmó que el anciano no iba a responder—. Después de todo, vuestro hijo se había enamorado de una criada.

Ártemus encajó la acusación sin inmutarse.

—Esa no fue la única razón —le dijo—. No conoces el Juego, muchacha. No sabes cómo habría afectado al equilibrio de poder que tu padre lo hubiese abandonado todo por una...

—¿Una pordiosera? —le cortó Alia—. ¿Una campesina? ¿Una sirvienta?

Ártemus Minari apartó la mirada. Alia estaba segura que eso no debía pasar a menudo.

—No voy a decir que me arrepienta de lo que hice, porque mis acciones sirvieron para afianzar el poder de mi familia. El apoyo de Claudius Torgan fue fundamental para mi nombramiento como Inquisidor Supremo, y el precio fue la unión de nuestras Casas. ¿Lamento no haber sabido de ti? Sí. De

haber conocido antes tu existencia no habría tenido reparos en que Elicarion te reconociera. Pero no podía permitir que un amor adolescente diese al traste con los planes que tenía para mi Casa. Sobre el papel, Libitina era la mejor elección para mi hijo.

—Sobre el papel —repitió Alia con amargura.

—Lo sé —admitió el hombre—. Le abrí las puertas de mi Casa a una víbora, y permití que se hiciera con el control. Cuando quise darme cuenta de cómo era Libitina en realidad, ya era demasiado tarde. Pernaces ya había nacido, y Bri estaba en camino.

—Por vuestra culpa mi madre perdió la vida.

—Yo no pretendía...

—¿Estáis seguro? —le pinchó Alia—. Porque alguien tuvo que contarle a Libitina que mi madre se había quedado embarazada; de lo contrario no habría intentado acabar conmigo.

—No sé cómo pudo pasar. Ya te he dicho que yo ni siquiera sabía que existías. Quizás fue mi esposa. Fue ella quien descubrió que Elicarion y Sora estaban enamorados. Tal vez averiguó también lo del embarazo, no lo sé. Las mujeres sois más intuitivas que nosotros en esos asuntos. Es posible que viese algo que a mí se me pasó por alto, y que fuese ella quien se lo contara a Libitina. Sea como sea, me alegra que mi nuera no se saliera con la suya.

—Os equivocáis —le soltó Alia—. Sí lo hizo. Mató a mi madre.

—Pero tú sigues con vida.

—No por falta de empeño —le echó ella en cara. El anciano agachó la cabeza.

—Lo sé. Mi hijo me ha hablado de los intentos de asesinato. No te preocupes, me he encargado de ponerte protección. Nadie te hará daño.

—¿Protección? —bufó Alia—. Sí, me he dado cuenta de lo mucho que eso ha servido.

Ártemus Minari abrió la boca para decir algo, pero alguien se le adelantó.

—Fíjate —dijo un hombre de mediana edad, delgado, con el rostro enjuto, bigote y el oscuro cabello ralo. Vestía una túnica parecida a la del anciano, pero en su caso la serpiente roja se extendía por todo el pecho, y sus escamas estaban decoradas con hilo de oro—. Qué encuentro tan emotivo —dijo con una voz grasienta que le dejó un regusto amargo a Alia—. Un anciano y su nieta conociéndose por primera vez —añadió con una sonrisa que hizo que a

Alia le mordisquease la nuca un viento helado—. Enhorabuena, Ártemus. Por fin has conseguido lo que querías. La chica es tuya.

El hombre debió notar que su afirmación había pillado a Alia por sorpresa, porque sonrió mostrándole una colección de dientes perfectos. La joven estaba segura de que aquello era una ilusión. Podía percibir el regusto de la magia de su *glamur*. Y había algo más, un aroma subyacente que le recordaba al hedor que desprendían los cubos de desperdicios del matadero; un olor que Alia habría reconocido en cualquier parte.

Magia de sangre.

—¿No lo sabías? —preguntó jocosamente el tipo cuando vio la expresión de la joven—. Ártemus lleva meses protegiéndote, desde que descubrió quién eras en realidad.

—Shesmu, no te metas —le advirtió Ártemus—. Esto no te concierne.

Alia reconoció el nombre. Aquel tipo debía ser Shesmu Molokai, el nuevo Inquisidor Supremo.

—Por supuesto que sí —rió Molokai—. De no ser por tu insistencia en proteger a la muchacha que ayudó al traidor Suricata, nunca habría conseguido el apoyo necesario para deponerte. Debería darte las gracias, jovencita —añadió mirando a Alia con una mezcla de arrogancia y deseo que consiguió revolverle el estómago. Aquel tipo era incluso peor que Tremeler. Quizás, se le ocurrió entonces, había sido él quien había estado tirando de la correa del difunto Inquisidor cuando se había emperrado en perseguirles a Suri y a ella. Pero en aquel momento no era eso lo que más la había descolocado.

—¿Lo sabíais entonces? —le preguntó a su abuelo. El anciano apartó la mirada.

—Por supuesto —respondió Molokai por él—. ¿Por qué crees que no acabaste en Charnok como merecías, muchacha?

Si una mirada de Ártemus Minari hubiese tenido el poder de acabar con una vida, Shesmu Molokai habría caído fulminado en aquel preciso instante.

—Fueron tus ojos —admitió Ártemus—. Tienes los ojos de tu padre. Y también su nariz. Pero la sonrisa es de tu madre. Tal vez te cueste creerlo, pero Sora me gustaba. No como esposa para mi hijo, pero la respetaba. Me supo mal tener que prescindir de sus servicios. Era una mujer decente y honrada. Tener que amenazar a tu padre para que se mantuviese alejado de ella resultó ser más difícil de lo que puedes imaginar.

El Inquisidor supremo se echó a reír cuando vio la expresión de Alia.

—Oh, esto es impagable —se burló—. De haber sabido que esto conseguiría que odiases al viejo te lo habría contado yo personalmente —le dijo a Alia. Ella se sintió tentada de arrebatarle su *glamur*, como lo había hecho con Tremeler, pero se contuvo.

—Ya basta, Shesmu —le cortó Ártemus con sequedad—. No tienes derecho.

—Has puesto a tu familia por delante de la Inquisición —dijo Molokai—. Eso supone una traición a tu juramento —le recordó—. Puedes tener por seguro que no voy a detenerme hasta que consiga demostrarlo y pueda expulsarte y encerrarte en la celda más profunda de Charnok. Y tú serás la siguiente, aberración— dijo clavando sus ojos en la muchacha.

—Inténtalo —gruñó ella, y acompañó su gruñido con una de aquellas sonrisas que había reservado para los muchachos que intentaban propasarse con ella cuando aún vivía en Brulán.

El Inquisidor Supremo sonrió con arrogancia y dejó escapar un bufido desdeñoso antes de dar media vuelta y perderse entre la gente. En cuanto se hubo marchado Ártemus se volvió hacia ella.

—Lo siento —se disculpó—. Debería habértelo contado antes.

—Tenéis razón —admitió ella. Sus ojos seguían clavados en el lugar por el que había desaparecido Molokai—. Pero eso no importa ahora —sacudió la cabeza—. Ese hombre es peligroso. Hay algo en él que me pone los pelos de punta. Huele como Toth, la *carraner* que intentó matarme.

—¿Te refieres al demonio de piel gris? —Ártemus abrió mucho los ojos. Alia asintió.

—Apesta a magia de sangre.

—Interesante —musitó el anciano frotándose distraídamente la barbilla. Entonces pareció notar que la joven seguía perforándole con la mirada.

—¿Por qué no me dijisteis nada? —le preguntó—. Si sabíais que era vuestra nieta, ¿por qué lo guardasteis en secreto?

—Porque conozco a Libitina —dijo con lo que casi sonó a pesar—, y temía que algo así pudiese ocurrir. Quería protegerte. Mantenerte a salvo de ella.

—Pues enhorabuena. Habéis hecho un trabajo excelente —respondió ella con ironía—. Y ahora, si no os importa, preferiría que os mantuvieseis alejado de mí. Por vuestra culpa no solo voy a necesitar ojos en el cogote por si vuestra nuera decide acabar lo que empezó hace veintitrés años, sino que

además voy a tener que andarme con pies de plomo con la maldita Inquisición.

—Déjame ayudarte —le suplicó el anciano. Parecía sincero.

—No, gracias. No os necesito.

—Eres mi nieta. Sangre de mi sangre. No puedo permitir que te ocurra algo malo.

—No soy nada vuestro, Inquisidor —replicó Alia con los dientes apretados. Entonces dio media vuelta y se marchó sin molestarse siquiera en despedirse.

No se había alejado tres varas de él cuando una elegante joven enfundada en un llamativo vestido amarillo se interpuso en su camino. Era hermosa, de facciones elegantes que, por alguna razón, le hicieron cosquillas en la memoria.

—Alia —la llamó la muchacha. Ella arqueó una ceja.

—¿Nos conocemos? —preguntó. La joven sonrió, y lo mismo hizo el chico que iba con ella.

—Pues claro que sí —le dijo—. Bonito vestido. Este no te hace parecer una buscona.

Alia parpadeó mientras escarbaba en sus recuerdos.

¿Quién era aquella mujer? ¿Y por qué sus facciones le resultaban tan familiares? No era como si Alia conociese a tanta gente. En realidad, aparte de algunas de sus compañeras de la Academia y de un puñado de sirvientas, Alia no se había relacionado con demasiada gente desde que estaba en la ciudadela. ¿Sería una de sus antiguas clientas? No, eso parecía poco probable. Las damas de clase alta no se rebajaban a hacer sus compras en la botica del señor Amundsen; y por su vestido, aquella joven debía pertenecer a una buena familia.

Entonces echó un segundo vistazo al joven que la acompañaba, y casi se atragantó.

—¿Agente Triano? —se sorprendió cuando le reconoció—. ¿Qué hace aquí? ¿Y quién...? —empezó a preguntar, pero finalmente reconoció los rasgos de la muchacha. Había sido el color lo que la había despistado, porque la última vez que la había visto su piel era verde—. ¡Tarnika!

—Lora —la rectificó Triano frunciendo el ceño. El agente echó un vistazo a su alrededor. Parecía tenso—. Llámala Lora. Ese es el nombre que usa con esta identidad.

—¿Por qué te han llamado Alia Minari? —le preguntó Tarnika. O Lora. O



como narices se hiciera llamar ahora.

—Porque al parecer ese es mi nombre —dijo ella encogiéndose un poco. Todavía le avergonzaba admitir que pertenecía a una de las Casas—. Lo descubrí hace unos días.

—¿Tu padre es Elicarion Minari? —insistió Triano como si no se lo acabase de creer. Alia asintió—. Entonces tenemos que sacarte de aquí lo antes posible— añadió tomándola del brazo.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Estás en peligro —le explicó el muchacho—. Y también tu padre. Tenemos motivos para creer que van a intentar atentado contra su vida esta misma noche, durante la fiesta.

Alia notó que le faltaba el aire.

—¿Quién? —consiguió preguntar—. ¿Cómo?

—El Señor de la Guerra —se le adelantó Tarnika.

El corazón le dio un vuelco.

—¿Está aquí? —preguntó alarmada barriendo la sala con la mirada.

—No que nosotros sepamos, pero sí su gente.

Una lucecita se encendió en su cabeza.

—El Inquisidor Supremo —farfulló. Triano pareció sorprenderse—. Acabo de verle, y huele igual que las criaturas de Korro'th. Es él, ¿verdad?

—Uno de muchos —le explicó el agente—. Al parecer Korro'th ha conseguido el apoyo de unos cuantos Inquisidores, y se las ha arreglado para convencer o manipular a un puñado de miembros de las Casas para que le apoyen; aunque sospechamos que la mayoría no saben lo que se trae de verdad entre manos. Tienen algo preparado para esta noche. Algo gordo. Aún no sabemos qué es, pero creemos que pretenden usarlo como distracción para acabar con Elic... con tu padre.

—Hay que detenerles —dijo Alia con firmeza. Acababa de descubrir que tenía una familia, y a pesar de que todavía no se había hecho del todo a la idea, no pensaba permitir que se los arrebatasen antes de poder llegar a conocerles—. ¿Sabemos quién más está involucrado?

Triano y Tarnika intercambiaron una mirada.

—Tu hermano —dijo finalmente la *lorkin*.

—¿Pernaces?

—Eso creíamos —dijo Triano—. Ahora ya no estoy tan seguro —añadió—. El otro día le oí planear el ataque con Molokai, pero hace un momento me he

encontrado con él, y no parece recordar nada de nuestro encuentro.

—Quizás esté fingiendo.

—También yo lo he creído al principio, pero lo dudo. Mi primo no es tan buen actor. Además, la otra noche vestía un glamur, así que es posible que ni siquiera fuese él de verdad.

—Eso no tiene sentido —dijo Alia—. Espera, ¿has dicho tu primo?

—Sí, y supongo que tú y yo también estamos emparentados. Larga historia. Esa era otra cosa que debería procesar más tarde.

—¿Por qué querría alguien hacerse pasar por Pernaces para planear el asesinato de mi padre? —preguntó Alia, y entonces algo conectó en su cerebro, una pieza del rompecabezas que acababa de encajar en su lugar, y cuando por primera vez pudo ver el cuadro al completo se quedó blanca.

—Libitina —murmuró. Triano arqueó una ceja. Tarnika frunció el ceño y se volvió hacia las puertas que daban al patio interior.

Alia se disponía a contarles lo ocurrido con la madre de Bri, pero antes de poder decir nada un grito hizo que se volvieran hacia la sala de los espejos. Y ese solo fue el primero. Le siguieron tres o cuatro más igual de angustiosos, esta vez procedentes del jardín y de otra de las salas.

—*Férdax* —gruñó Tarnika—. Tenemos problemas.

Una multitud había empezado a precipitarse hacia ellos como una avalancha humana desde el salón contiguo. Los gritos se volvieron caóticos. Alia reconoció miedo y dolor en ellos. Aquello hizo que su mente retrocediera casi seis meses, hasta la noche del ataque en el Coliseo. Una desagradable sensación de pánico anidó en su vientre.

—Esto era lo que nos temíamos —dijo Triano llevándose la caracola de su pendiente al oído—. Jefa, ha empezado —murmuró al aire—. Están atacando a los invitados. Necesitamos esos refuerzos ya.

—¿Qué... qué es esa cosa? —balbuceó Alia señalando hacia la criatura que acababa de cruzar las puertas del patio interior.

Por un momento la criatura le hizo pensar en los *shingor*, aunque estaba claro que no era de su misma especie. En realidad, casi parecía un *lorkin*, aunque Alia no había visto nunca uno igual. Debía medir unas tres varas de altura. Su cuerpo era de color grisáceo, y a Alia le recordó al retorcido tronco de un olivo, aunque su corteza era lisa, y parecía brillar a la luz de las *candelas*. Tenía demasiados apéndices, como si alguien hubiese tratado de darle la apariencia de un insecto pero no se hubiese decidido por uno en

concreto. Sus manos —si es que eso podían considerarse siquiera manos— estaban acabadas en garras, espinas o ramas afiladas, Alia no tenía muy claro qué eran; pero su aspecto era letal.

Mientras avanzaba por el salón, los dedos de una de sus extremidades se alargaron de forma imposible y se hundieron en la espalda de un invitado, un muchacho imberbe que no le resultaba conocido. Antes de poder siquiera reaccionar, un puñado de tallos brotaron de su pecho, rasgando su carne y salpicando de sangre a quienes se encontraban cerca. El cuerpo aún no había tocado el suelo cuando otra de las extremidades del monstruo se cerró en torno a la cabeza de una desprevenida mujer de mediana edad. Se escuchó un crujido, y la cabeza de la dama estalló en una lluvia de sangre, sesos y fragmentos de hueso.

—¡Por todos los Dioses! —gritó Alia.

—Es parecido al que vi la otra noche —le dijo Triano a su compañera.

—Es uno de los míos —se estremeció Tarnika—. Es un *lorkin* —dijo avanzando un paso hacia él. Triano trató de detenerla, pero la muchacha se lo quitó de encima.

—¡No! —insistió Triano sujetándola con fuerza del brazo—. Tenemos que poner a Alia y a su padre a salvo antes de que sea demasiado tarde.

La criatura seguía atacando a cualquiera que se cruzase en su camino.

Alia vio a un mago trazar un *táumator* no lejos de donde se encontraban, y reconoció dos de los símbolos de un *portal de paso*. El tipo estaba tratando de huir. Alia no le culpaba. Eso era lo que tenían que hacer ellos. Debían salir de allí.

Un destello azulado bañó la sala cuando el mago cerró el círculo, y eso fue lo único que ocurrió. Ningún *portal* se abrió. Alia había percibido la descarga de magia, por lo que estaba segura que el hechizo debería haber funcionado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Mierda —gruñó Triano, que también lo había visto—. Creo que han sellado la casa —dijo—. Deben haberlo hecho para impedir que los invitados huyan.

—Entonces los refuerzos no podrán llegar hasta nosotros —dijo Tarnika, que seguía debatiéndose, insegura de qué hacer. Alia la entendía. Podía tratar de ayudar a los humanos y protegerlos de las criaturas, pero eso significaría atacar a su gente, y sabía que para los *lorkin* quitar la vida de uno de los

suyos era una especie de tabú. Pero si no actuaba, más inocentes perecerían, y estaba claro que eso la atormentaba.

—Vamos —dijo Triano tirando de ellas—. Tenemos que salir de aquí.

—La salida está por el otro lado —dijo Alia señalando hacia la sala de los espejos.

—No podemos volver por ahí —replicó el agente—. Si esas cosas están entrando en la casa por el patio de armas tenemos que llegar a la única sala que no está comunicada con él; y ese es el salón de las escalinatas. Desde allí podremos acceder a la segunda planta, y usaremos una de las ventanas para salir.

—¡No! —gritó Alia liberándose de su agarre—. No pienso marcharme sin mi familia.

Por desgracia no sabía dónde se encontraba ninguno de ellos. Había dejado a su padre en el recibidor, y había visto a Bri caminar hacia las puertas que comunicaban aquel salón con el siguiente.

En aquel momento un *portal* se abrió a pocos metros de donde se encontraban, y de él salió un grupo de hombres de uniforme capitaneados por una mujer. Alia reconoció tanto los uniformes como a la mujer. Eran miembros de la Brigada Démoniaca, y ella se llamaba Bonaserra.

—¡Gracias a los Dioses! —exclamó Triano cuando vio a su superior—. Los refuerzos ya están aquí.

—Y no son los únicos —añadió Tarnika, que parecía haberse quedado con la mirada perdida en un horizonte lejano que solo ella podía ver—. El maestro ha vuelto.

# Hogar

Suri apenas podía contener la sonrisa de satisfacción que se empeñaba en asomar a sus labios. Se sentía mejor de lo que se había sentido en años, y no habría podido ocultarlo ni aunque lo hubiese intentado. Sus dedos se movían con mucha más agilidad que antes; incluso los de su mano metálica. Y eso no era lo único que había cambiado.

Aquella misma mañana, sin ir más lejos, cuando había bajado hasta el río para darse un baño, había pasado casi diez minutos observando su reflejo en las cristalinas aguas del meandro. Le costaba creer que su aspecto volviese a ser el de un veinteañero. En realidad parecía incluso más joven que antes, aunque la incipiente barba podría haberle añadido un par de años a su aspecto. También su cuerpo había cambiado, aunque eso quizás se debía más al intenso ejercicio al que le habían sometido Jaguar y Halcón. Sus combates habían tonificado sus músculos y aumentado su velocidad, y se sentía mucho más ágil y flexible que antes.

Sonrió al pensar en cómo reaccionaría Alia cuando le viera.

Los símbolos fueron tomando forma a medida que los fue trazando en el aire, y pronto los ocho ideogramas de su *portal de paso* brillaron frente a él. La gente de la tribu, que se había concentrado en la plaza para verles partir, estudiaba su *táumator* con curiosidad. Probablemente la mayoría no habría visto nada igual en toda su vida.

—Creía que me habías dicho que no era posible viajar entre la aldea y tu tierra con una de esas cosas —le dijo Halcón con una de sus características sonrisas torcidas. Suri ya le había contado lo que se proponía hacer, y el joven guerrero seguía sin estar del todo convencido de que fuese a funcionar.

Estaba plantado a su derecha, con todo el peso apoyado en una de sus piernas y los brazos cruzados sobre su imponente pecho. Si de él hubiese dependido, vestiría solo su taparrabos y la cincha de la que colgaban su hacha y la funda de su daga. Pero Suri había logrado convencerle de que en su tierra eso no bastaría para protegerle del frío, por lo que Halcón había optado finalmente por unos pantalones de piel y una especie de chaleco abierto que dejaba al descubierto sus poderosos brazos y parte de su torso.

Suri sonrió. En los últimos tres días el muchacho se había pegado a él como una garrapata, y había aprovechado cada segundo que habían pasado juntos para interrogarle sobre Hefestia. Al parecer su antigua enemistad había quedado olvidada. El chico, que no era tan joven como él había supuesto en un principio, poseía una curiosidad voraz, y se había empeñado en aprenderlo todo sobre Atroreth y sobre los magos que la poblaban.

En realidad, una vez se le conocía, Halcón no resultaba ser tan mala persona. Seguía siendo un poco engreído y algo vanidoso, pero en opinión de Suri le sobraban los motivos para serlo. Quizás el muchacho presumiese constantemente de ser un buen guerrero, pero eso no podía ser considerado soberbia. Había combatido contra él, y podía constatarlo. Y mal que le pesara, el muchacho también tenía motivos para ser presumido. Sus afiladas facciones resultaban atractivas, y el tono tostado de su piel, unido al negro intenso de su cabello, que caía en cascada hasta la mitad de su espalda, y al pardo de sus ojos, le conferían una belleza exótica que Suri estaba seguro que acabaría arrancado suspiros de anhelo a más de una jovencita Hefestiana. Del mismo modo estaba seguro que su físico, rotundo y tan bien trabajado que podría haber sido obra de un experto escultor, despertaría la envidia de más de un muchacho.

Sí, sin duda Halcón iba a romper más de un corazón en Hefestia. Y por lo que le había dicho a Suri, el guerrero estaba impaciente por hacerlo. Su fama de mujeriego era tan comentada en la aldea como sus habilidades de combate.

—Es imposible abrir un *portal* desde mi tierra hasta la vuestra —le explicó Suri respondiendo a su pregunta. Lo sabía. Lo había intentado antes de decidirse a fletar el Erizo de Mar—. Pero algo me dice que a la inversa sí va a funcionar.

Meses atrás no había entendido por qué sus intentos habían fracasado, aunque estaba claro que la distancia no había tenido nada que ver. Ahora sabía que la magia salvaje era la que le había impedido fijar un vórtice de salida en aquel lugar. En cierto modo aquello era parecido a tratar de abrir una *vía* entre distintos planos: sin un ancla en el lugar de destino era como disparar a ciegas. Por eso Suri se proponía usar la vegetación de la selva para establecer un enlace con el bosque de los *lorkin*, de forma parecida a como lo había hecho la gente de Akar cuando habían llegado a la Tierra.

Solo esperaba que funcionase, o podrían acabar perdidos en el otro extremo del planeta o, los Dioses no lo quisieran, atrapados bajo toneladas de roca a

leguas de su destino.

Nada se encontraba allí, y también los amigos de Halcón. Suri había notado que desde la derrota del guerrero incluso los más jóvenes le miraban con respeto, aunque estaba claro que no se encontraban allí por él, sino por su compañero. Les vio charlar con él en voz baja, palmearle la espalda y estrechar su brazo en el saludo típico de la tribu.

—Me habría gustado poder despedirme de Jaguar —le dijo Suri a la anciana. Casi sin darse cuenta su mirada se desvió hacia la cabaña en la que sabía que la muchacha llevaba días escondiéndose de él. Por un momento le pareció ver movimiento tras la piel que cubría la entrada como una cortina, pero lo más probable era que hubiese sido el viento.

—Sigue sin querer verte —respondió Nada. Suri apartó la mirada.

—Entonces supongo que ha llegado el momento —aceptó a desgana. Y con un rápido movimiento completó el círculo.

Durante unos segundos un disco de luz azul giró sobre su eje como atrapado por una corriente invisible. Entonces su superficie osciló como el agua de un cubo sacudido por una patada, y Suri sintió su tirón.

Había funcionado. O eso esperaba.

—Ha llegado el momento —le dijo a Halcón. El muchacho se volvió para darle un abrazo a su abuela, que parecía minúscula a su lado, y se colgó del hombro la pequeña bolsa con sus pertenencias.

—Listo cuando tú lo estés, Ardilla —sonrió. El muchacho debía encontrar alguna especie de placer morboso en torturarle de aquella forma, porque pese a sus advertencias de no llamarle así, el muy cabrito insistía en hacerlo.

—Si lo que me has contado es cierto y Legado se está preparando para invadir nuestro mundo, cuando llegue el momento necesitarás ayuda —le dijo Nada descansando la palma de su mano contra su pecho—. Esta guerra nos afecta a todos. Llámanos, y acudiremos.

Suri asintió. Le tranquilizaba saber que podría contar no solo con su apoyo, sino con el de todas las tribus de la región; o al menos eso le había prometido Nada.

Se disponía a adentrarse en el *portal* cuando, en el último momento, se volvió hacia la anciana y se inclinó para besarla en la frente.

—Gracias, madre —le susurró al oído. La anciana le miró a los ojos y sonrió. Quizás fuese su imaginación, pero le pareció que había afecto en su mirada.

Antes de entrar en el *portal*, Suri se quitó el colgante y se lo entregó al muchacho. Halcón lo estudió extrañado.

—Vas a necesitarlo —le dijo en su lengua natal. Por las risas que estallaron a su alrededor era bastante probable que no hubiese acertado con las palabras, pero no importaba. Halcón había entendido el mensaje, porque se colgó el búho de piedra del cuello.

Suri le lanzó una última mirada a la aldea. Si le hubiesen dicho cuando llegó allí dos meses atrás que acabaría echándola de menos, no se lo habría creído.

Y sin decir nada más se lanzó hacia el círculo de luz seguido de cerca por Halcón.

Había echado de menos los efectos del *portal de paso*: la sensación de ser sumergido en agua helada, el aire espeso como el barro, el familiar cosquilleo en la piel y el chisporroteo que resonaba en sus oídos como madera crepitando en una hoguera.

En cuanto sus pies tocaron el mullido césped, supo que el *portal* había funcionado.

Por un segundo los peculiares aromas de la caverna le marearon un poco, y tuvo que afianzar los pies en el suelo para mantener el equilibrio. Halcón no tuvo tanta suerte. El chico salió trastabillando tras él, y cuando pudo dejar de tambalearse se encogió y vació el contenido de su estómago en el suelo.

Suri arrugó la nariz.

—Tranquilo —le dijo palmeándole la espalda—. El mareo pasará pronto.

Halcón estaba inclinado, con la espalda arqueada y las manos apoyadas en las rodillas. Suri no había visto nunca a nadie con un tono de piel parecido. Se encontraba a medio camino entre el marrón y el verde. Algo en su interior se retorció de regocijo. Tras los golpes que había recibido del muchacho, verle pasarlo mal estaba resultando ser sádicamente divertido.

—Por los Ancestros —gruñó cuando pudo dejar de vomitar—. ¿Siempre es así? —quiso saber. Suri sacudió la cabeza.

—Solo la primera vez. He visto a mucha gente desorientada tras cruzar un *portal*, pero nunca antes había visto a alguien vomitar. Debes tener un estómago de porcelana.



Suri ignoraba cómo el medallón habría traducido aquello, pero por la forma en que el muchacho gruñó y apretó los dientes, la interpretación debía haber sido bastante acertada.

—¿Dónde estamos? —le preguntó mirando en derredor.

—En casa —respondió Suri echando un vistazo hacia el poblado que se alzaba en la parte alta de la ladera. Desde la distancia pudo ver a un grupo de *lorkin* acercándose a ellos a la carrera. Seguramente su llegada habría disparado la mitad de las alarmas de la cueva.

—¿Quiénes son esos? —se alarmó Halcón. Antes de poder responderle ya había afianzado los pies en el suelo y se había puesto en guardia. Su hacha descansaba en su mano derecha, y empuñaba su daga en la izquierda.

—Tranquilo, son amigos.

—No lo parecen —gruñó el guerrero.

—¿Tu abuela no te ha hablado de los *lorkin*?

—¿Eso son *lorkin*? —preguntó el muchacho abriendo mucho los ojos y bajando el hacha—. Por cómo me los habían descrito, los había imaginado distintos.

El primer grupo se detuvo a un tiro de piedra de donde se encontraban. Ninguno de ellos iba armado, pero su postura era claramente ofensiva. Suri alzó una mano y los saludó en su lengua natal. No reconoció a ninguno de los presentes, aunque esperaba que al menos uno de ellos le reconociera a él.

—Deseo hablar con Akar —les dijo; aunque podría habérselo ahorrado, porque en aquel momento el anciano salió de su choza y se encaminó hacia ellos. Suri le saludó desde la distancia.

—Suricata —bramó el gigante cuando llegó junto a ellos. Suri le ofreció la mano, y el líder de los *lorkin* se la estrechó—. ¿Cómo estás, viejo amigo? —sonrió—. Vuelves a ser joven. Pero ¿qué es eso que hay en tu cara? ¿Acaso has decidido dejarte barba? —Entonces se volvió hacia Halcón y lo estudió con los ojos entrecerrados—. Veo que insistes en seguir trayendo a desconocidos a nuestro refugio —medio bromeó.

—Este es Halcón Peregrino, el sobrino de Lobo Audaz —les presentó. Akar no había llegado a conocer a su maestro en persona, pero Suri le había hablado muchas veces de él—. Creo que vuestros pueblos ya han tenido tratos en el pasado.

Para su sorpresa, Halcón utilizó el saludo ritual de los *lorkin*, y lo hizo en su lengua natal. Aquello pareció complacer a Akar, que le respondió en el

idioma de la tribu. Estaba claro que su amigo debía haber pasado una temporada en la aldea. Quizás incluso conocía a Nada. Dada su edad, no le habría sorprendido.

—Es bueno volver a verte —le dijo Akar conduciéndoles hacia el poblado—. Te hemos echado de menos.

—Es bueno estar de vuelta —asintió el mago.

—Veo que has recuperado tu magia —sonrió el anciano—. ¿Y qué es eso que llevas a la espalda? —añadió señalando su lanza—. Parece madera sabia.

—El pueblo de Halcón me ha ayudado —asintió Suri— Y sí, debe de serlo, porque se comporta como si tuviese voluntad propia— dijo descolgándose el arma y ofreciéndosela a Akar—. ¿Cómo van las cosas por aquí? ¿Sabes si Tarnika ha conseguido localizar a los traidores? —preguntó Suri explorando la aldea con la mirada—. Me gustaría hablar con ella.

—Me temo que mi hija no se encuentra aquí —le explicó el *lorkin* sin dejar de estudiar la vara de madera con curiosidad.

En cuanto entraron en la choza Akar les puso al corriente de lo que había podido averiguar Tarnika en las últimas semanas, incluyendo los asesinatos de los miembros de las Casas, la implicación de la Inquisición, el aumento de ataques de criaturas interdimensionales y la existencia de la cábala. La verdad era que la chica había descubierto mucho más de lo que él había esperado.

—Tenemos entendido que los traidores preparan algo para esta noche. Tarnika y su amigo se encuentran en este momento vigilándoles.

—¿Sabes algo sobre Alia? —le preguntó entonces. Estaba deseando volver a verla.

Se preguntaba que habría estado haciendo la muchacha todo ese tiempo, cómo le habrían ido las cosas por la Academia, y si habría aprendido ya a dominar su poder. Tenía tanto por contarle, tanto por preguntar... De haber podido habría tratado de mantener el contacto con ella durante su viaje. Incluso se había llevado consigo un *cuenco de voces*, aunque no había llegado a sacarlo de su petate. No se había atrevido. Temía que hablar con ella hiciese flaquear su voluntad.

—Me temo que no. Las noticias de la ciudad de los magos no llegan hasta nosotros. Pero hemos oído rumores sobre una batalla en el mercado subterráneo. Al parecer la muchacha se enfrentó a una hechicera oscura y consiguió derrotarla.

¿Hechicera? ¿Se trataría de Perníobe? Suri esperaba que no. Alia no tenía ni

el poder ni los conocimientos necesarios para derrotar a la bruja. Pero ahora no podía preocuparse por eso. Si de verdad Tarnika estaba vigilando a los traidores necesitaba ponerse en contacto con ella.

—Tengo que hablar con tu hija —le dijo a Akar. El hombre asintió, abrió la mano y de su palma brotó una flor de color amarillo. El anciano la arrancó con mucho cuidado y se la entregó a Suri, que asintió en agradecimiento antes de llevársela a los labios.

—Tarnika —susurró.

Halcón le miró como si hubiese perdido el juicio.

Una voz lejana y apenas audible respondió casi inmediatamente desde el interior del pimpollo. Suri se lo llevó al oído para poder escucharla mejor, porque el ruido ahogaba sus palabras, y a duras penas podía entenderla. Por suerte bastaron tres para ponerle en alerta: peligro, ataque y Alia

—Tenemos que marcharnos —dijo devolviéndole la flor a Akar—. Tu hija nos necesita.

—Mi hija sabe defenderse —replicó el gigante—. Pero entiendo tu urgencia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Halcón al ver su expresión sombría.

—¿Querías una guerra? —dijo Suri trazando los primeros símbolos de otro *portal de paso*. Por suerte la flor le había permitido localizar a la muchacha, por lo que no le sería difícil llegar hasta ella —. Pues vas a tener una muy pronto.

Por alguna razón le costó fijar el vórtice de salida, y supuso que eso debía estar relacionado con su ubicación. Si no se equivocaba, la salida del *portal* se abriría a casi noventa varas del suelo, lo que solo podía significar que Tarnika se encontraba en una mansión flotante, y que sus defensas se resistían a sus intentos de atravesarlas.

Finalmente completó el *portal* con éxito, y se disponía a saltar cuando Akar le detuvo.

—¿No necesitas esto? —le preguntó devolviéndole la lanza.

—Guárdamela hasta más tarde; no creo que vaya a usarla.

—¿Y qué hay de esto? —dijo ofreciéndole una pequeña bolsita de cuero que sacó del arcón que guardaba en la cabaña. Suri la abrió y examinó su contenido. Había varias semillas y un puñado de amuletos, todos ellos artefactos imbuidos. Pero fueron un par de anillos los que consiguieron arrancarle una sonrisa.

—¡Los *anillos de Korle!* —exclamó sacándolos de la bolsa.

—Tarnika me pidió que te los guardara —le dijo Akar, ofreciéndoselos.

Suri se los puso en los dedos índice y pulgar de su mano derecha, los hizo chocar y susurró en voz baja el encantamiento que los activaba.

—*Shadzar* —dijo. Y la cimitarra se manifestó en su mano.

Halcón retrocedió un paso cuando vio la enorme espada curva aparecer de la nada.

—Te he echado de menos, vieja amiga —le susurró a la empuñadura.

—Un arma formidable —susurró el muchacho casi con reverencia—. ¿Puedo? —le preguntó tendiendo una mano hacia él.

—Luego —replicó Suri—. Ahora no hay tiempo. Prepárate para saltar.

Halcón frunció los labios, enfurruñado. Entonces cerró los ojos y su aspecto cambió. Como había ocurrido con Jaguar, el cuerpo del guerrero se transformó adoptando las características de su *tótem*. En su caso, una fina capa de plumas negras brotaron de su piel y cubrieron por completo sus extremidades y su torso. Sus manos se convirtieron en garras de zarpas afiladas, su nariz se volvió más aguileña, y sus ojos se tornaron del color de la tinta. De haber tenido pico, Suri le habría confundido con un *qulteu*.

Cuando el mago le dio el visto bueno el guerrero se lanzó hacia el disco de luz, y por un momento le pareció que estaba volando.

—Que los Dioses nos protejan —murmuró Suri antes de saltar tras él.

# La Brigada

El grupo de Partia había esperado el aviso de Triano para abrir el *portal* hacia la mansión. Había sido necesario un hechizo especial, ya que las fortalezas flotantes solían estar dotadas de sistemas de defensa que impedían el acceso a través de *portales de paso*. Por suerte, en la Brigada sabían cómo superar ese tipo de guardas.

Partia había usado la señal de Triano para establecer el vórtice de salida, por lo que este se abrió a pocos pasos de donde el agente les esperaba. Tarnika y Alia estaban con él.

Bonaserra contuvo el aliento cuando vio lo que había frente a ellos. Aquello era más o menos lo que había esperado. O casi. Cuando Triano le había hablado de los planes de la cábala para acabar con Elicarión Minari y de la distracción que pretendían crear durante la fiesta, Partia ya había imaginado que usarían criaturas transdimensionales para hacerlo.

No se había equivocado; al menos no del todo.

Aquellos bichos no se parecían a nada a lo que se hubiese enfrentado antes, y eso que llevaba treinta años en la Brigada. Su aspecto encajaba, sin embargo, con la descripción que Triano le había hecho del *lorkin* enjaulado.

—Mierda —gruñó.

Partia conocía bien a los *lorkin*. Gracias a Suri llevaba años tratando con ellos. Había estado en su cueva más veces de las que podía recordar, e irónicamente su líder, Akar, era una de las pocas “personas” a las que consideraba un amigo. Incluso sentía una especie de afecto maternal por su hija Tarnika, aunque eso último no lo habría admitido ni siquiera bajo tortura. Por eso ver a aquellas nobles criaturas reducidas a poco más que máquinas de matar la desarmó e hizo que se sintiera mal consigo misma por lo que estaban a punto de hacer. Si lo que Triano les había contado era cierto, la única forma de detener a aquellas cosas era acabar con ellas, y Partia no creía estar preparada para eso.

La teniente cerró los ojos y se permitió un segundo de respiro.

Solo uno.

Sus prioridades estaban claras: proteger a los inocentes, detener a las criaturas e impedir que siguieran llegando. Ya había cuatro en aquel salón, y

puesto que no dejaban de llegar a través de la puerta que comunicaba con el patio de armas era posible que hubiese otras tantas en cada una de las salas. Probablemente habría un *portal* abierto en los jardines.

Si querían salvar al mayor número posible de invitados, debían actuar con presteza.

—Jefa, Tarnika y yo vamos a acompañar a Alia —le dijo Triano acercándose a ella con las dos chicas. Alia parecía más preocupada que asustada. Tarnika, sin embargo, parecía estar en estado de shock. Partia lo comprendía. Después de todo, aquella era su gente—. Tenemos que encontrar a Lord Minari y ponerle a salvo. La última vez que le hemos visto se encontraba en el salón de baile.

—Me temo que nuestras prioridades han cambiado —le hizo notar ella—. Ahora mismo, todos estamos en peligro.

—Quizás —asintió Alia—, pero a mí me preocupan más mi padre y mi hermana.

«Así que los rumores son ciertos», pensó Partia.

Ya había oído decir que Elicarión Minari había reconocido a una hija ilegítima, y que la bastarda no era otra que la famosa patrocinada de la Academia, aunque le había costado creérselo. Se preguntó que opinaría Suri cuando lo descubriera.

—Está bien —aceptó. Si Suri tenía razón, la chica era importante para la guerra que estaba por llegar. Y si de verdad la invasión se encontraba tan cerca, no podía permitirse dejarla sin protección—. Id con ella y aseguraos de que no le ocurre nada.

Triano asintió. Partia sabía que podía contar con él. En los últimos seis meses el muchacho había demostrado ser mucho más valioso de lo que había supuesto en un principio. Además, si alguien podía proteger a Alia de las criaturas, esa era Tarnika.

En cuanto los vio desaparecer entre la multitud Bonaserra se concentró en su problema más inminente: los *lorkin*. En la Brigada sabían cómo interrumpir una invocación, esa era una de las primeras lecciones que se enseñaba a los nuevos reclutas; y puesto que una invocación no era más que una clase más compleja de *portal de paso*, sus hombres no deberían tener problemas para cerrar aquel.

—El *portal* —dijo señalando hacia el patio—. Hay que cerrarlo ya.

Colaro y Brisita intercambiaron una mirada con Prium, como pidiendo

permiso. El viejo agente había sido ascendido a capitán cuando Partia había perdido su cargo, algo que no entusiasmaba al curtido agente, aunque Partia sabía que era la mejor elección posible.

Prium asintió, y los dos hombres se apresuraron hacia la puerta.

—Desde ahora todo el mundo obedecerá las órdenes de Bonaserra como si fuesen las mías. ¿Está claro? —gritó Prium. Partia sabía que el veterano agente era más feliz siguiendo órdenes que dándolas. Los demás asintieron al unísono—. ¿Qué hacemos ahora, jefa? —le preguntó.

Partia perdió unos segundos analizando la escena.

Los *lorkin* transmutados no parecían seguir un plan definido. Se limitaban a atacar a aquellos que se encontraban en su camino. Pero unos pocos debían haber desarrollado algún tipo de mentalidad grupal, porque parecían estar pastoreando a los supervivientes hacia un rincón, donde podrían acabar con ellos con más eficacia.

—¿Jefa? —insistió Prium.

—Hay que proteger a los civiles —dijo señalando hacia el grupo que se apretaba cada vez más contra una de las paredes.

Sus hombres se movieron al unísono, colocándose en formación en una maniobra que conocían de memoria. Eran ocho contándola a ella; los mejores y más poderosos magos de la Brigada. Obarón y Mirika se unieron a Prium, y entre los tres empezaron a alzar muros de aire sólido para interponerlos entre las criaturas y los civiles. Mientras tanto Sulaco y Góngor las atacaban con *esferas ígneas* y *lapidaciones*, que aunque no lograban detenerlas al menos conseguían distraerlas. Nostromo y Fauco ya habían llegado hasta los invitados, y estaban tratando de hacerles mantener la calma. Varios de ellos, Archimagos y aprendices sobretodo, habían intentado defenderse con hechizos, pero como Suri le había explicado que había ocurrido en el Coliseo, se habían interrumpido los unos a los otros con resultados desastrosos. Varios de ellos habían sido heridos por explosiones de magia descontrolada, que habían causado más daño incluso que las criaturas.

—Malditos estúpidos —gruñó Partia.

Los *lorkin* eran cada vez más numerosos, y con cada minuto que pasaba llegaban más a través de las puertas del patio. ¿Qué demonios estaban haciendo Colaro y Brisita? Ya deberían haber cerrado el maldito *portal*.

Partia se volvió hacia Fauco, que en aquel momento trataba de calmar a un grupo de jovencitas histéricas, y le hizo una señal con la mano. Era algo a lo

que estaban acostumbrados. En el fragor de la batalla no siempre era posible dar instrucciones a viva voz, por lo que empleaban una serie de gestos que todos conocían. «Haz que se calmen», decía aquel en concreto. Fauco asintió. El agente sabía que debía emplear cualquier medio para hacerlo, y Bonaserra le vio lanzar una *confusión* que dejó a todos los presentes dóciles y manipulables como corderitos.

—Saquémosles de aquí —dijo Partia cuando alcanzó al grupo—. Nostromo, abre un *portal* hasta el bosque del Encanto. Allí deberían estar a salvo.

Nostromo asintió y empezó a trazar los primeros símbolos de un *portal de paso*. Pero en cuanto el *táumator* estuvo concluido, la luz azulada de sus ideogramas parpadeó unas cuantas veces y se apagó como la de una *candela* defectuosa.

—Nostromo, ¿qué coño estás haciendo?

—No lo entiendo, jefa —musitó el hombre sacudiendo la cabeza—. No consigo fijar el vórtice de entrada.

—Mierda —gruñó Partia—. Deben haber sellado la casa para evitar que los invitados escapen. Vamos a tener que buscar otra forma de sacarlos de aquí.

—¿Y si los llevamos a la sala de las escalinatas? —preguntó Prium—. Allí no hay puertas que la comuniquen con el patio de armas, por lo que los demonios solo pueden llegar a ella desde las otras salas. Si juntamos allí a los invitados, será más fácil protegerlos.

—Si los juntamos a todos será como pescar peces en un barril —le discutió Partia.

—No si los hacemos subir a la segunda planta —dijo el agente—. Además, será más fácil bloquear las puertas si no tenemos que preocuparnos por vigilar nuestra retaguardia. Y aunque esas cosas logren entrar en la sala, siempre podemos sellar las escaleras para que no puedan seguir a los civiles.

—Está bien —aceptó Partia—. Llévate a un par de agentes y asegúrate de despejar el camino para que podamos evacuar a los invitados —le dijo al capitán señalando hacia la sala de las escalinatas—. Y si alguna de esas cosas ya ha logrado entrar, deshaceos de ella.

Prium asintió, y Partia lo vio hablar con Sulaco y Mirika antes de abrirse paso entre la multitud. Bonaserra centró entonces su atención en los *lorkin*, que no dejaban de presionar contra sus escudos.

—Mantened las defensas —les gritó a sus hombres—. Y que alguien selle



la maldita puerta del patio, a ver si así conseguimos frenar un poco la llegada de esas jodidas cosas.

Obarón asintió, bajó su escudo y se escurrió entre las piernas de una de las criaturas para correr hacia el jardín. Partia le cubrió lanzando una *lluvia ácida* contra las bestias. Por un momento se había planteado usar un *escudo de Hades*, pero sabía que las llamas no afectarían a los *lorkin*, por eso había optado por algo más agresivo. El ácido no acabaría con ellas, pero bastaría para hacerlas retroceder y darles un respiro.

Pero seguían siendo demasiadas. Ya había seis en la sala, y hasta que Obarón bloquease las puertas seguirían llegando sin descanso.

«Esto no va bien», se dijo. «No podemos con ellos. Necesitamos refuerzos».

Pero ¿a quién podían recurrir?

Sus superiores no sabían nada de la operación. Partia la había organizado sin pedir permiso por temor a que alguno de ellos formase parte de la cábala. De hecho, ni siquiera sus hombres habían conocido su destino antes de entrar en el *portal*. Y ahora estaban pagando el precio de su exceso de cautela. Aunque llamase a la central para pedir refuerzos, llegarían demasiado tarde; y probablemente eso le acabaría costando el puesto a Prium. Después de todo, él era ahora el capitán. Eso por no mencionar que también supondría el fin de su carrera, y Partia no podía hacerle eso.

Una de las criaturas, que parecía haber crecido dos o tres varas, estaba tratando de cruzar por encima de los escudos. Partia invocó una *lanza de Longinos* y empaló con ella al monstruo. Para su sorpresa, la criatura apenas se inmutó, y siguió avanzando hacia ellos, clavando sus espinas y raíces en el suelo para forzar su marcha.

«¿Cómo narices vamos a detenerlos?»

—Jefa, aquí hay otra de esas cosas —oyó gritar a Prium. El agente ya se había abierto paso hasta el pequeño pasillo que comunicaba con la otra sala, por lo que la criatura debía encontrarse allí—. Es uno de esos bichos con plumas —dijo.

—Mierda —gruñó Partia. Bastante malo era tener que enfrentarse a todos aquellos *lorkin* para tener que preocuparse también por *qulteu*, *shingor* o *batracs*—. Derríbalo antes de que alce el vuelo —le ordenó—, o no habrá forma de detenerlo. Y cuidado con sus plumas. Cortan como el acero templado.

Prium asintió y empezó a trazar los primeros símbolos de un *ariete*.

Partia sonrió. En menos de un minuto ese pajarraco solo sería una mancha sanguinolenta en la pared.

## El hacha y la cimitarra

La sala parecía un campo de batalla. A su alrededor la gente luchaba, gritaba y moría. La sangre salpicaba las paredes y se acumulaba en el suelo alrededor de cuerpos mutilados y miembros cercenados. Criaturas de pesadilla despedazaban, destripaban y desmembraban usando espinas, garras y lianas. Era una auténtica locura, y por un momento Suri creyó haber retrocedido en el tiempo.

Era como encontrarse de nuevo en aquella noche del Coliseo, seis meses atrás.

—¿Qué narices es eso? —preguntó Halcón señalando hacia una de las criaturas que destripaba con unas zarpas alargadas y nudosas a un mago obeso vestido de añil. El joven guerrero ya había desenfundado sus armas, y estaba listo para atacar a la primera cosa que osara acercársele.

Las criaturas eran grandes, algunas incluso más que el propio Akar, y no parecían conservar ni rastro de su inteligencia. Por la forma en que se lanzaban hacia sus presas, aullando como animales y atacando sin discriminar, estaba claro que su cometido allí era tanto el de crear el caos como el de provocar el mayor número de muertes posible.

Igual que en el Coliseo.

Suri tuvo que echar un segundo vistazo para estar seguro de que sus ojos no le engañaban.

—Son *lorkin* —le dijo a Halcón

—Apestan a corrupción —respondió el muchacho.

«Como los *shingor*», pensó. «Por la magia de cambio».

Akar ya se lo había mencionado en la cueva. Aquellos pobres desgraciados debían ser los prisioneros de guerra a los que los sacerdotes de Korro'th habían convertido en máquinas de matar. Suri habría preferido no tener que enfrentarse a ellos, pero algo le decía que no le darían ninguna opción. Aquellas cosas estaban destrozando, literalmente, a la flor y nata de la alta sociedad hefestiana, y el mago dudaba que fuese posible razonar con ellas.

—¿Qué les ocurre? Parece que hayan sido infectados con magia corrupta.

—En cierto modo, eso es exactamente lo que les ha pasado —asintió Suri—. Han sido cambiados por la Serpiente de Sangre.

Halcón apretó los dientes y avanzó un paso haciendo oscilar su hacha en el aire.

—Es cuanto necesito saber —dijo antes de lanzarse contra el primer *lorkin* que tuvo la mala suerte de cruzarse en su camino.

Por un momento Suri estuvo a punto de detenerle, pero se mordió la lengua. Habría querido pedirle que no los dañara; después de todo solo eran criaturas inocentes transformadas por la magia negra de Korro'th. Por desgracia ellos no serían tan considerados, y no tendrían reparos en destrozarles si se ponían a su alcance.

—Lo siento —murmuró antes de lanzarse hacia uno de ellos empuñando a *Shadzar*.

El *lorkin* dejó escapar un aullido cuando la afilada hoja de la cimitarra amputó uno de sus miembros, pero ni siquiera eso lo detuvo. El monstruo de madera y espinas tenía a dos damas acorraladas contra una de las paredes, y las raíces que brotaban de sus manos habían empezado a enredarse alrededor de sus cuerpos, amenazando con ahogarlas. Estaba claro que debería ser más expeditivo si quería salvar las vidas de aquella gente.

Suri dejó a *Shadzar* en el suelo, alzó ambas manos y empezó a trazar sendos *táumators*.

El primero era una *esfera ígnea*, que estalló contra la corteza de la criatura con una lluvia de chispas. Como esperaba, las llamas no prendieron. Los *lorkin*, pese a ser criaturas de origen vegetal, no ardían con facilidad. Pero su intención no era acabar con él, sino distraerle. Su otro hechizo hizo brotar un par de brazos de piedra de la pared, que se cerraron alrededor del monstruo, inmovilizándolo. La criatura trató de resistirse, pero incluso su sobrenatural fuerza resultó inútil contra la dureza de la roca.

Mientras forcejeaba por liberarse, Suri lanzó un tercer hechizo contra él. En cuanto lo completó los miembros del *lorkin* empezaron a humear y parecieron encoger por momentos. Suri había esperado no tener que usar el *aliento infernal* contra ellos, porque por lo que tenía entendido esa era una muerte lenta y muy dolorosa. Por desgracia también era una de las pocas formas de acabar con ellos sin ponerse al alcance de sus garras.

Halcón se desplazaba de un extremo al otro de la sala con su hacha en una mano y la daga de obsidiana en la otra, lanzando tajos a diestro y siniestro y manteniéndose siempre fuera del alcance del ataque de los *lorkin*. Se movía con tanta rapidez que era imposible distinguirlo con claridad. Era como ver

un rayo perfilándose contra el cielo en una oscura noche de tormenta. Sus saltos eran tan poderosos que le permitían cruzar la enorme sala de una zancada, y sus pies eran tan ligeros que era como si volara por encima de las cabezas de los presentes. Quizás lo estaba haciendo.

Las plumas se adherían a su cuerpo cuando se movía, y se erizaban cuando se detenía, como si pretendiera parecer más grande ante sus enemigos. Seguía siendo básicamente él mismo, aunque el graznido que emitió al caer sobre uno de los *lorkin* no parecía humano.

Suri subió la escalera para tener una perspectiva más amplia del salón. Desde allí pudo comprobar que ya solo quedaban tres criaturas en pie, aunque una cuarta estaba asomando en aquel momento por las puertas que comunicaban con la sala anexa. Si quería dar un respiro a aquella pobre gente debía sellar el acceso.

Miró entonces hacia la otra puerta, la que se encontraba en el extremo opuesto de la sala, y fue entonces cuando vio al tipo que vestía el uniforme de la Brigada Démoniaca. Tenía las manos en alto, y estaba trazando los primeros símbolos de un *ariete de aire*. Pero no lo apuntaba hacia uno de los *lorkin*, sino hacia Halcón, que despachaba en aquel momento a una de las criaturas. Fuera quien fuese, el agente había tomado al guerrero por un enemigo.

Suri se apresuró a tejer un contrahechizo. Por suerte logró completarlo justo a tiempo. Unos segundos más y el muchacho habría sido aplastado como una cucaracha.

—¡Alto! —gritó saltando por encima de la barandilla y echando a correr hacia el agente, que miraba ahora a su alrededor, confundido. Seguramente se estaría preguntando por qué su hechizo se había disuelto sin causar daño—. El pájaro es de los nuestros —dijo cuando estuvo lo bastante cerca. Fue entonces cuando le reconoció—. ¿Prium? —le llamó. El agente se volvió hacia él y se lo quedó mirando como si no acabase de creérselo.

—¡Suricata! —balbuceó.

—Gracias a los Dioses que estáis aquí —le dijo Suri estrechando su mano cuando llegó junto a él—. ¿Y Bonaserra? —le preguntó. El hombre señaló por encima de su hombro.

—En la sala azul, protegiendo a los civiles. Me ha encargado sellar esta para que esas cosas no puedan entrar.

—Entonces ocúpate de bloquear aquella puerta —le indicó Suri—.

Nosotros te cubrimos. ¡Halcón! —llamó Suri al muchacho mientras Prium y sus hombres se apresuraban hacia la otra entrada. El guerrero aterrizó a su lado como caído del cielo. Sus zarpas estaban llenas de astillas, y un líquido verduzco chorreaba de sus garras. En sus labios había una sonrisa feroz—. Protege a esos hombres —le pidió. Y antes de que el guerrero pudiese responder, se lanzó contra uno de los tres *lorkin* que aún seguían en pie.

Cinco minutos después la última criatura había sido reducida a astillas. En cuanto la sala estuvo aislada, Prium empezó a empujar a los invitados hacia las escaleras.

—Busquen refugio en la planta de arriba —les decía—. Escóndanse donde puedan; en las habitaciones, los armarios o los cuartos de baño. Atranquen las puertas, y no salgan de allí hasta que les vayamos a buscar.

Para sorpresa de Suri, los miembros de las Casas, acostumbrados a dar órdenes, obedecieron sin rechistar. Estaba claro que cuando la vida de uno estaba en peligro se olvidaba rápidamente de su posición social. Aquellos que podían caminar ayudaron a los heridos a subir, y pronto en la sala solo quedaron ellos dos y los tres agentes de la Brigada.

—¡Halcón, conmigo! —llamó Suri al guerrero, y ambos se apresuraron hacia la sala en la que Prium les había dicho que se encontraba Partia. En cuanto atravesaron el alféizar un *lorkin* se cruzó en su camino, cortándoles el paso. Era grande y espinoso, parecido a un cactus, aunque su cuerpo no era carnoso, sino leñoso, y tenía tantos miembros como una araña. El mago murmuró el encantamiento que activaba las gemas de la empuñadura de *Shadzar*, y un resplandor rojizo se extendió por el filo de la hoja.

La criatura descargó un golpe contra su rostro. Suri interpuso la cimitarra en su trayectoria y cortó de un tajo el miembro arbóreo. La criatura chilló de dolor, pero en lugar de retroceder trató de alcanzarle con otro de sus apéndices. Sus dedos se alargaban como si pretendiese empalarle, y cada uno de ellos estaba plagado de espinas curvas; como anzuelos. Si conseguía hundirlos en su carne le sería imposible arrancárselos sin destrozarse por dentro.

Suri fintó a la izquierda, y cuando la mano del *lorkin* se movió para atraparlo saltó a la derecha y lanzó un tajo vertical a la entrepierna de la criatura. Un chorro de líquido verde le salpicó la ropa cuando la espada encantada partió al *lorkin* por la mitad. El monstruo cayó al suelo, pero aún seguía con vida. Y parecía empeñado en acabar con él.

—Lo siento —se disculpó antes de decapitarlo. Eso debería bastar.

El mago percibió movimiento a su derecha, y cuando se volvió descubrió que otra criatura se le venía encima. Se había distraído demasiado con la primera, y eso iba a costarle la vida. Pero antes de que el monstruo le alcanzara algo oscuro y letal cayó sobre él. Un puñado de plumas flotaron por unos momentos junto a su cabeza, y Suri creyó escuchar un graznido burlón.

Fue entonces cuando oyó la voz de Bonaserra ladrando órdenes desde el otro lado de la sala. Sus hombres se habían unido en un semicírculo alrededor de un puñado de estudiantes y Archimagos a los que trataban de proteger. Los *lorkin* atacaban sin descanso la línea de defensa que los agentes de la Brigada habían alzado para contenerlos. Suri dudaba que pudiesen mantenerla por mucho más tiempo.

—Partia —la llamó saltando por encima de una de las criaturas y lanzando un tajo contra su rostro. Bonaserra parpadeó. Por un momento no pareció reconocerle.

—Tienes que estar de broma —rezongó cuando aterrizó junto a ella. Su tono era ácido, aunque no conseguía esconder su alegría—. Desapareces durante seis putos meses, y cuando regresas estás incluso más joven que antes. ¿Sabes cuánto te odio ahora mismo?

—Yo también te he echado de menos —respondió él con una sonrisa—. ¿Por qué no estáis evacuando?

—Alguien ha debido sellar la casa con una *suspensión*. Podemos abrir *portales* de entrada, pero no de salida. Está claro que pretenden impedir que los invitados huyan.

—Hemos despejado la sala de la escalinata —le explicó el mago—. Prium se encuentra allí ahora mismo. Está enviando a los civiles a la segunda planta para mantenerlos a salvo.

—Entonces tendremos que enviar también a estos —dijo ella señalando por encima de su hombro al grupo de asustados miembros de la alta sociedad—. Aunque no creo que esos nos lo vayan a permitir —añadió mirando hacia el pasillo que comunicaba con la sala de los espejos. Suri se volvió hacia allí y vio que un grupo de cinco o seis *lorkin* se lanzaban hacia ellos—. Y esos otros van hacia Prium —gruñó Partia cuando tres de las criaturas pasaron de largo para dirigirse hacia la sala de las escalinatas.

—No te preocupes. Tus hombres se encargarán de detenerles.

—Es posible, pero por si no te has dado cuenta esas cosas se encuentran

entre nosotros y la única salida.

—Tranquila —sonrió el mago—. Cuando una puerta se cierra, siempre puedes abrir una nueva. Haced sitio —gritó haciendo aspavientos con las manos. Se le había ocurrido algo, pero para ponerlo en práctica necesitaba espacio. Los invitados obedecieron enseguida.

Manipular la roca no era demasiado complejo, pero cuando se trataba de algo tan delicado como una pared era necesario andarse con cuidado. Si lo que tenía ante él era un muro de carga, un golpe en el lugar equivocado podía hacer que toda la casa se les viniera encima. Debía medir no solo la fuerza del azote, sino también su intensidad.

Suri preparó el hechizo, dibujó los símbolos, los cargó de magia y la liberó.

El resultado no fue exactamente el que él había esperado.

La explosión hizo temblar los cimientos, y tres cuartas partes del muro quedaron reducidos a escombros. El fragmento más grande apenas tenía el tamaño de un guisante.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó Partia cuando el polvo se asentó.

—Nada —le quitó Suri importancia—. El hechizo se me ha ido un poco de las manos.

Frente a ellos tenían ahora una abertura del tamaño de un automotor que daba directamente a los jardines exteriores, bastante grande para poder evacuar a los invitados en grupo, y no uno a uno. El problema estaba ahora en el foso que rodeaba la casa. Suri alzó las manos y lanzó un *aliento gélido* contra las aguas estancadas, y en un parpadeo el foso entero quedó cubierto de escarcha.

Los civiles no esperaron una invitación, y enseguida empezaron a correr hacia la seguridad de los jardines exteriores.

—Parece que estás empezando a perder el control, Ardilla —gruñó Halcón posándose a su lado con delicadeza. Suri le lanzó una mirada furibunda.

—¿Qué coño es eso? —saltó Bonaserra con los ojos muy abiertos y las manos en alto, lista para lanzar un hechizo. Suri se interpuso entre ellos antes de que Partia pudiese atacar.

—Este es Halcón. Es un amigo —le dijo. Ella arqueó una ceja.

Halcón debió notar su nerviosismo, porque enseguida abandonó los atributos de su avatar y recuperó su aspecto humano. El guerrero clavó entonces sus ojos en Bonaserra, y una de sus sonrisas más seductoras floreció en sus labios.



—Hola, preciosa —la saludó el muchacho. Suri hizo rodar los ojos en sus cuencas.

—Ahora no, Halcón —le regañó—. Ya habrá tiempo para eso más tarde. Ahora necesito que apoyes a Partia y que la ayudes a evacuar a los inocentes. Protégelos con tu vida.

—Será un placer —asintió el muchacho. Su sonrisa se torció de forma juguetona cuando centró su atención en Partia. Suri habría jurado que tampoco ella parecía poder apartar los ojos de él, especialmente de su pecho desnudo—. Pero no creas que voy a olvidar lo que acaba de pasar, Ardilla —insistió.

—¿Qué es lo que acaba de pasar? —preguntó Partia.

—Nada importante —dijo Suri—. ¿Has visto a Alia? —preguntó para cambiar de tema—. Tarnika me ha dicho que estaba aquí.

—Están las dos con Triano. Las he visto hace un momento. Se han marchado por ahí —le dijo, señalando hacia la puerta que conducía a la sala de los espejos—. Se dirigían hacia el salón de baile, aunque no sé si seguirán allí. Alia estaba buscando a su padre.

—¿Su padre? —balbuceó Suri.

## El guerrero de piel dorada

Suri se había marchado por el lugar por el que poco antes había visto salir a Triano, Alia y Tarnika, y había dejado al muchacho de piel oscura con ella. Por más que lo intentaba, Partia no podía apartar los ojos del hombretón. Era más alto que Suri, y también mucho más fornido. Su torso era ancho como un tonel, y estaba cubierto de plumas. ¡El tipo tenía plumas! Aunque por alguna extraña razón no parecían restarle atractivo.

Entonces recuperó su aspecto humano, y a Partia se le secó la boca.

Cada uno de sus brazos debía tener la anchura de una de sus piernas, y su vientre parecía una sucesión de colinas y valles tan perfectos que casi dolía mirarlos. Su piel era de aspecto suave, sin vello y de un tono tostado que Partia no había visto nunca antes, pero que le hizo pensar en caramelos, canela y miel.

Por alguna estúpida razón, eso hizo que se lamiera los labios de forma distraída.

Sus pómulos eran altos y afilados, y sus ojos eran del mismo color que sus plumas. Partia ignoraba qué edad tendría, aunque su aspecto era el de un veinteañero.

Como Suri.

Y ella seguía pareciendo una cuarentona.

Malditos fueran los Dioses.

—¿Eres una guerrera? —le preguntó el muchacho jugueteando con una extraña daga de hoja negra que parecía tallada en cristal. Era curioso. Partia podía escuchar su voz, aunque las palabras sonaban extrañas, casi como si no salieran de sus labios.

—Soy una cazadora de demonios —le dijo ella.

—Creía que todas las mujeres de tu tierra eran blandas.

—¿Blandas? —preguntó Partia casi ofendida.

—Sí. Como esas —señaló el muchacho a un grupo de damas que se apresuraban a salir por el boquete que Suri había abierto en la pared. Fauco y Nostromo mantenían alzados los escudos mientras Góngor y Obarón distraían a las criaturas; aunque estaba claro que no les habría ido mal algo de ayuda.

—Si vuelves a compararme con una de esas pedorras te arranco las pelotas y te las sirvo de desayuno —le amenazó Partia. Aquello le arrancó una sonrisa al chico—. Ahora haz lo que te ha ordenado Suri y encárgate de esas cosas.

—Ahora entiendo por qué a Ardilla le gustaba tanto mi hermana —dijo el muchacho, divertido. Por alguna razón que no comprendía, el joven se empeñaba en llamar Ardilla a Suri, y a él no parecía importarle.

Pero no era eso lo que se empeñaba en dar vueltas en su cabeza. Era el comentario sobre su hermana. ¿Acaso Suri había tenido una aventura mientras había estado ausente? La simple idea hizo que una punzada de celos la espolease, pero se obligó a ignorarla. Había vidas en peligro, y quedarse allí plantada dándole vueltas a aquello no era buena idea, especialmente porque sus ojos no parecían poder apartarse del pecho medio desnudo del joven guerrero de piel dorada.

El muchacho pareció notarlo, y le guiñó un ojo antes de lanzarse hacia arriba con un poderoso salto. Los escudos que los agentes habían alzado para proteger a los civiles seguían resistiendo los envites de las criaturas, aunque no lo harían por mucho más tiempo. Halcón los salvó sin esfuerzo aparente.

Fue una suerte que Partia no necesitase hablar, porque estaba segura que las palabras se habrían secado en su boca.

—Dioses —balbuceó cuando le vio flexionar los músculos para esquivar el ataque de una de las criaturas. En reposo, el muchacho era hermoso. En movimiento, era puro sexo.

«No pienses en eso ahora», se reprendió. «Ya habrá tiempo más tarde».

«Si sobrevives», le recordó una vocecita recalcitrante dentro de su cabeza.

Halcón usó su hacha para decapitar a uno de los *lorkin*, que a pesar de todo siguió agitándose con los últimos estertores, y enseguida se lanzó a por el siguiente. Partia, Góngor y Obarón seguían empujando a los invitados hacia el jardín. Al parecer las criaturas aún no habían conseguido salir al exterior, por lo que, de momento, los civiles estarían a salvo allí. Ya se preocuparían más tarde de cómo sacarlos de la plataforma flotante.

Un nuevo grupo de supervivientes entró en la sala por la puerta por la que había salido Suri poco antes. Seguramente el mago se estaba encargando de cuantas criaturas se cruzaban en su camino y estaba enviando a los supervivientes hacia la salida que acababa de abrir en la pared. En cuanto

Partia vio a los civiles correr hacia ellos ordenó a Nostromo y a Fauco que modificasen sus escudos para crear un pasillo seguro hasta ellos.

No fue hasta que bajó los escudos y el grupo entró en la zona segura que Bonaserra reconoció a Zebolan Datro, el Gran Archimago. Le acompañaban otros ocho ancianos, todos ellos miembros del Consejo. Partia reconoció en el grupo a Claudius Torgan, el suegro de Elicarion Minari, y a Bretanius, el patrocinador de Alia en la Academia. Les protegían cuatro agentes de la Guardia Blanca. Sus túnicas níveas estaban manchadas de sangre y de algo verduzco que probablemente sería savia *lorkin*. Las hojas de sus espadas chorreaban el mismo líquido verde, y uno de ellos usaba la suya como soporte, porque la herida de su pierna le hacía cojear.

—Malditos hijos de perra —gruñó Partia cuando los vio acercarse. A su alrededor los *lorkin* seguían masacrando a cuantos humanos se ponían a su alcance, y ninguno de ellos alzaba una mano para defenderles—. Cobardes de mierda.

El rostro de Zebolan Datro se iluminó cuando la vio, y Partia sintió que se le revolvían las tripas. Aquel era el cerdo que había votado a favor de su destitución; el desgraciado que había afirmado que sus acciones no eran propias del responsable de la Brigada Démoniaca; el cobarde que se había escondido en las cuevas de la ciudadela cuando las fuerzas de Korro'th habían atacado la Academia.

Y ahora estaba haciendo lo mismo.

En lugar de usar sus conocimientos mágicos para enfrentarse a las criaturas y poner a salvo a los inocentes, el anciano estaba empleando a su guardia privada para salvar su patética vida. Y quienes le rodeaban no eran mucho mejores.

Partia se sintió tentada de agarrarle del cuello y apretar, pero se contuvo.

—Capitana —la llamó Datro cuando llegó junto a ella. Partia frunció los labios.

—Ya no —respondió ella con acidez—. ¿O acaso ha olvidado que fue su voto el que me privó de mi cargo?

El Archimago se encogió un poco. Eso, unido a la palidez de su rostro, a la cicatriz de su mejilla y al leve temblor de sus piernas, le hizo parecer más patético si cabía.

—Vamos, Bonaserra. No es momento para rencillas. Sigue perteneciendo a la Brigada, así que su obligación es protegernos.

—Mi obligación es detener a esas criaturas —le recordó ella—. Su protección es cosa de la Guardia Blanca —añadió clavando los ojos en el tipo alto de cabello rubio y ojos verdes que parecía custodiar al Gran Archimago. El guardia se encogió un poco bajo el peso de su mirada—. Aunque su ayuda sería apreciada si nos la ofrecieran

—¿Pretende que arriesgue mi vida para salvar a un puñado de niños malcriados?

—¡Son sus estudiantes!

—Sus padres están presentes. Que se encarguen ellos de protegerlos.

—Señor —dijo ella escupiendo la palabra. El bastardo no se merecía ese tratamiento, pero Partia llevaba tanto tiempo al servicio de la Guardia Hefestiana que le había salido de forma automática—. Estamos aquí solos, y dudo que vayamos a recibir refuerzos; al menos de momento. Si queremos dar una oportunidad a los civiles tenemos que formar un frente común.

—Lo único que tengo que hacer es salir de aquí —chilló el anciano con vehemencia—. ¡Soy el maldito Gran Archimago!

—¿De verdad vais a permitirlo? —replicó ella clavando la mirada en el guardia rubio de ojos verdes y en sus compañeros—. Esto está lleno de civiles inocentes. ¿Es más importante la vida de este payaso que la del resto de los presentes?

El rubio miró a su alrededor y pareció dudar. Por un momento Partia no estuvo segura de qué se proponía hacer, y se sintió tentada de agarrarle por la pechera del blusón y sacudirle un par de veces para sacarle de su atontamiento. Finalmente el tipo se quitó la capa y se volvió hacia sus compañeros.

—Brigano, Talula, ayuda a esos agentes a mantener a las criaturas bajo control —ordenó a dos de sus hombres—. Sibilio, échales una mano a aquellos dos con los escudos —añadió mirando hacia el tercero, el que estaba herido. Entonces se volvió hacia Partia—. Estamos a su servicio, capitana.

Partia no respondió. Se limitó a asentir en agradecimiento.

—¡No puede hacer eso, agente Mangario —protestó Datro—. Soy el Gran Archimago. Su obligación es protegerme a mí y al resto de miembros del Consejo. Si me desobedece, me encargaré de que nunca vuelva a vestir el Blanco.

Mangario le echó un último vistazo al anciano. No respondió, pero su mirada fue lo suficientemente elocuente.

Datro dejó escapar un gruñido enfurruñado y se apresuró hacia la salida. Tres de los Archimagos le siguieron de cerca. Claudius Torgan era uno de ellos. Ninguno se atrevió a mirar a Partia a la cara.

El resto se quedaron atrás. Era más de lo que Bonaserra había esperado.

—¿Cómo podemos ayudar? —preguntó Bretanius.

Partia habría preferido poder contar con magos más experimentados en el combate, pero tendría que conformarse con aquellos cinco. Después de todo, eran Archimagos. Se suponía que cada uno de ellos debería tener poder suficiente para acabar con una horda de demonios.

—He enviado a dos de mis hombres al patio de armas para cerrar el *portal* por el que están llegando esas cosas —les dijo—, pero parece que no lo han conseguido. Necesito que les ayuden —le dijo al anciano.

—Haremos lo que podamos —asintió Bretanius.

—Hemos bloqueado la entrada con un muro de aire —les advirtió Obarón—. Tendrán que deshacerlo y volver a alzarlo en cuanto hayan cruzado.

—No te preocupes, muchacho —Bretanius sacudió una mano en el aire, y un corredor invisible se abrió entre ellos y la puerta—. Sabemos lo que hacemos —dijo antes de ponerse en marcha. Otro Archimago, un hombre de mediana edad que si Partia no se equivocaba se llamaba Rangli, salió corriendo tras él.

—Ahora mismos solo hay dos salidas posibles de la mansión —prosiguió Bonaserra dirigiéndose a Mangario—. La puerta principal y esta de aquí —señaló hacia el boquete que había abierto Suri en el muro—. Y algunos de mis hombres se encuentran en la sala de las escalinatas, poniendo a salvo a los civiles en la segunda planta. Tenemos que encontrar una forma de evacuar a cuantos heridos sea posible. Además, alguien ha bloqueado los *portales* de salida, por lo que hay que buscar otra forma de hacerlos bajar hasta la ciudad.

—Eso último es cosa nuestra —le ofreció otro de los ancianos descansando una mano sobre el hombro de su compañero. A Partia no le extrañó que aquellos dos se hubiesen ofrecido para esa tarea. Sin duda los jardines serían menos peligrosos que los salones de la mansión. Aun así, asintió y les indicó que procedieran.

—Nosotros nos encargaremos de proteger la puerta principal —dijo Mangario.

—¿Cómo vais a llegar hasta allí? —le preguntó el Archimago Búlgugo—. Las otras salas están atestadas de demonios.

—Saldremos por aquí y rodearemos la muralla hasta la entrada principal —dijo señalando hacia el boquete—. El recibidor ya debe estar vacío. Hemos visto a un puñado de invitados salir por la puerta principal cuando han empezado los ataques. Eso debería facilitar la evacuación.

—¿Puedes dejarme a alguno de tus hombres? —le pidió Partia—. En cuanto hayamos despejado esta sala intentaremos ayudar a los que están atrapados en el salón de los espejos.

Mangario asintió e hizo indicaciones a dos de sus hombres para que se quedaran allí. El otro se marchó con él, y el Archimago Búlgugo se unió a ellos. En cuanto hubieron cruzado el foso helado se perdieron en la noche.

Bonaserra se volvió entonces hacia los hombres restantes. Ya no quedaban civiles en aquella sala, al menos ninguno con vida. Había llegado el momento de pasar a la siguiente.

Desde donde se encontraba, Partia podía ver a varios *lorkin* bloqueando el paso a quienes pretendían abandonar la sala de los espejos. Estaba claro que, pese a ser criaturas salvajes, conservaban un remedo de inteligencia; de lo contrario no se habrían apelotonado junto a las puertas.

—Debemos concentrar ahí nuestro ataque —gritó Partia por encima de la cacofonía reinante—. Nostromo, Fauco, hay que abrir un pasillo hasta la otra sala —les indicó. Los agentes asintieron y empezaron a gesticular en el aire—. Halcón, necesito que acabes con los monstruos que aún quedan en esta. Una vez la hayamos limpiado bastará con mantener las puertas despejadas para evacuar al resto de invitados.

El muchacho sonrió de nuevo con otra de aquellas sonrisas que hizo que las rodillas le temblaran, y se lanzó hacia los pocos *lorkin* que aún quedaban con vida. Por cómo le había visto luchar, dudaba que las criaturas sobreviviesen a su hacha más de cinco minutos.

Finalmente les llevó casi diez abrirse paso hasta la puerta que comunicaba con la sala de los espejos. No solo tenían que eliminar a los *lorkin* que se cruzaban en su camino —¿cuántos habría? Parecía que no dejaban de llegar—, sino que también debían despejar el paso de cadáveres para facilitar la evacuación, y había tantos que eso casi les llevó más tiempo que deshacerse de las criaturas.

Cuando por fin se encontraron frente a la entrada Partia echó un vistazo, y lo que vio allí la dejó sin aliento.

Los *lorkin* habían rodeado a un puñado de civiles, que se apiñaban en un

círculo en el centro de la sala tratando de contener a las criaturas. Entre los supervivientes Partia reconoció a Nicodemus Blastar, su antiguo profesor de magia de combate, y a Lolana Siseido, una de las expertas en magia elemental de la Academia. Seguramente habrían sido ellos quienes habían organizado a aquel grupo para mantenerlo a salvo.

Los más indefensos, estudiantes y damas, se encontraban en el centro, y a su alrededor se habían posicionado los magos más experimentados, los miembros de las Casas y los Archimagos, que se dedicaban a lanzar ataques contra las criaturas mientras mantenían alzados sus escudos para protegerse de ellas. Por el momento sus hechizos conseguían contener a los monstruos, pero estaban rodeados, por lo que no podrían evacuarlos sin despejar antes el camino. Era necesario abrir un paso entre ellos y la puerta. Pero ¿cómo iban a hacerlo?

«¿Que haría Suri en mi lugar?» se preguntó.

Entonces recordó el hechizo que el mago había usado contra los lagartos durante el ataque al Coliseo, y una pequeña luz de esperanza se prendió en su pecho. *La trituradora*, lo había llamado Suri. Ella nunca había probado algo parecido, pero esta le parecía una ocasión tan buena como cualquier otra.

—Obarón, Góngor, cubridme las espaldas —les pidió a sus hombres—. Necesito concentrarme.

Los agentes, que gracias a Halcón tenían ahora menos oponentes de los que preocuparse, asintieron; y cada uno de ellos trazó un hechizo distinto. Un mastín enorme hecho de llamas se posicionó a la izquierda de Bonaserra, mientras que un *golem* con forma de felino montaba guardia a su derecha.

Partia plantó los pies en el suelo, cerró los ojos para visualizar en su mente los símbolos del *táumator* que se disponía a trazar, y cuando volvió a abrirlos les dedicó a sus enemigos una sonrisa amarga. Necesitaría mucho poder para activar aquel hechizo, más del que había manejado nunca, pero eso no hizo que flaqueara. Quizás no poseyera tanta magia en su interior como Suri, pero afortunadamente estaba rodeada de ella.

Cuando trazó el símbolo *al leeyah* el aire a su alrededor empezó a crepitar, y por un momento le pareció que la casa entera se sacudía. No quería ni pensar de dónde estaría extrayendo el poder. Pero no podía detenerse. Necesitaría un huracán para deshacerse de aquellas criaturas, ya que la mayor de ellas debía pesar al menos cinco quintales.

El *táumator* centelleó unos segundos frente a ella, y cuando lo hubo



completado un vendaval se desató en la sala. Los escudos de los civiles se alzaban como un muro circular en el centro, por lo que el viento pronto quedó atrapado en un movimiento orbicular que arrastró todo lo que no se encontraba protegido tras ellos.

Por desgracia había algo que Partia no había tenido en cuenta: los *lorkin* eran plantas, y como tales, eran capaces de enraizarse.

—Malditos sean los Dioses —gruñó cuando vio las raíces brotar de los pies de las criaturas y hundirse en el suelo y las paredes.

La Archimaga Siseido pareció notar también lo que estaba ocurriendo, porque Bonaserra la vio intercambiar unas palabras con varios de sus compañeros. Tres de ellos alzaron las manos y empezaron a tejer nuevos hechizos. En cuanto los concluyeron la fuerza del vendaval pareció multiplicarse por diez, y unos cuantos *lorkin* fueron arrancados de sus anclajes. Pero otros consiguieron resistir.

—No basta —se dijo Partia—. Necesitamos más.

Entonces vio su reflejo en una de las paredes, y una *candela* se prendió en su cabeza.

Era una suerte que siempre llevase encima el *eco atronador*, que usaba cuando era necesario hacerse oír por encima de una muchedumbre. El amuleto no solo era capaz de amplificar el sonido de su voz, sino cualquier clase de ruido. Por eso en lugar de pegárselo a la garganta, que habría sido lo normal, lo apoyó contra uno de los espejos.

Partia desenfundó su daga y golpeó con ella el cristal. El crujido se extendió por toda la sala como el eco de un trueno. Fue tan ensordecedor que todos los espejos se quebraron a la vez. El viento hizo el resto.

—Morid, malditos cabrones —gruñó Partia con una sonrisa salvaje en los labios.

Miles de afilados fragmentos de todos los tamaños fueron arrastrados por el vendaval, que ya había alcanzado la velocidad de un huracán. Cada uno de ellos era como una daga. Al rugido del viento pronto se le unió el chasquido de la madera al ser triturada y cortada en cachitos.

La sala se llenó de aullidos.

El huracán siguió girando cada vez con más fuerza hasta que se convirtió en un tornado. El torbellino creó un vacío que empezó a absorber el aire de las otras salas, y Bonaserra tuvo que sujetarse a una de las columnas para evitar ser arrastrada por la corriente.

Sus pies se despegaron del suelo.

Algo se enredó en su tobillo. No podía ver lo que era, pero sintió que tiraba de ella con tanta violencia que fue como si le estuviesen arrancando la extremidad. Uno de los *lorkin* debía haber lanzado una liana, y la había enredado en torno a su pie. El peso de la criatura añadido al suyo propio era más de lo que podía resistir, y sus manos, doloridas y sudorosas, empezaron a resbalar. Y eso no fue lo peor. El monstruo parecía estar recogiendo la enredadera como si se tratase de un hilo de pescar, y se aproximaba cada vez más.

Partia gritó.

El *lorkin* lanzó otra liana, que se enredó en torno a su torso.

La presión hizo que una de sus costillas cediera con un crujido.

El *lorkin* estaba cada vez más cerca. Era de madera, y todo su cuerpo parecía estar cubierto de astillas. Si conseguía alcanzarla, no sobreviviría.

Una tercera liana se enredó en su cuello, cortándole la respiración.

El *lorkin* seguía acercándose.

Los brazos le ardían. No podía seguir manteniéndose sujeta a la columna.

Algo oscuro pasó volando junto a ella y se estrelló contra la criatura.

El *lorkin* dejó escapar un alarido que le heló la sangre, pero no la soltó. El tirón fue más de lo que sus manos pudieron soportar, y la columna resbaló entre sus dedos.

El tornado la atrapó y la arrastró hacia el interior de la sala.

Pedazos de madera y cristal volaban a su alrededor, proyectiles de distintos tamaños capaces de ensartarla como a un pollo asado o de cortarla en pedacitos como una picadora de carne. Partia se llevó las manos a la cara cuando una astilla le rasgó la mejilla, y se hizo una bola para minimizar la superficie de impacto. Por desgracia eso no sirvió de mucho. Los fragmentos de cristal eran demasiado numerosos, y pronto docenas de cortes florecieron por todo su cuerpo.

Durante unos segundos que se le hicieron eternos fue como encontrarse atrapada en el interior de una centrifugadora. No podía distinguir el suelo del techo, y no sabía si la siguiente sacudida sería la que acabaría definitivamente con ella. Tarde o temprano acabaría estrellándose contra una de las paredes. O peor aún, sería despedazada por los fragmentos. Lo único que podía notar era el dolor.

Solo podía rezar para que su muerte fuese rápida y no doliese demasiado.

Pero cuando finalmente su cuerpo chocó, lo hizo contra algo blando y cálido.

Entonces todo se detuvo, y Partia cayó al suelo rodeada de plumas negras.

Había una presencia a su lado. Era grande, fuerte y sólida, y olía a especias y almizcle. Partia se atrevió a abrir los ojos, y se encontró cara a cara con una deslumbrante sonrisa y unos profundos ojos negros que parecían penetrar en lo más profundo de su alma.

—Te tengo —le dijo Halcón.

Y Partia sintió que todo su cuerpo se estremecía.

## El cobarde

Los gritos llegaban de todas partes, agudos y penetrantes. Alia había escuchado algo parecido seis meses atrás, cuando los *shingor* habían atacado el Coliseo, aunque allí la peculiar configuración del edificio había convertido los chillidos en una cacofonía ininteligible. Aquí, sin embargo, era imposible ignorar las voces de los pobres desgraciados que estaban siendo destrozados por las criaturas.

Por los *lorkin*.

Alia se sentía mareada. El aire apestaba a sangre y a muerte, y no era solo por los cadáveres que se acumulaban a su alrededor. Toda la casa apestaba a hemomancia y a algo más, un hedor punzante que no había vuelto a sentir desde que se había encontrado cara a cara con los *shingor* por primera vez: la magia corrupta de Korro'th.

Tarnika parecía encontrarse en una especie de trance. Alia entendía el porqué. De hecho le sorprendía que la joven pudiese siquiera moverse. De haberse encontrado ella en su misma situación no estaba segura de haber podido mantener su entereza. Triano tiraba de ella, y parecía incluso más preocupado por la muchacha que por las víctimas que iban encontrando a su paso. De no saber que aquello era imposible, Alia habría creído que entre esos dos había algo más que una simple camaradería.

—¿Dónde narices está Suri? —preguntó Alia más para sí misma que para los demás. Tarnika le había dicho que estaba de camino, pero si tardaba mucho más quizás cuando llegase ya sería tarde para ellos.

Habían conseguido cruzar la sala de los espejos sin ser atacados por ninguna de las criaturas, pero solo porque parecían demasiado ocupadas masacrando al resto de los invitados. Alia había querido ayudarles, pero cada vez que la idea cruzaba por su cabeza se imaginaba a Bri siendo atacada, y eso hacía que acelerase el paso.

En el recibidor la gente se apiñaba contra la puerta principal tratando de salir, y las criaturas aprovechaban el tapón que se había formado para aniquilar a los pobres desgraciados que habían tenido la mala fortuna de encontrarse al final de la cola. Alia temió que su padre y su hermana se encontrasen en aquel grupo, pero no vio a nadie que se les pareciera.

Por suerte para ellos los *lorkin* estaban demasiado ocupados para prestarles atención, y consiguieron cruzar el recibidor sin ser atacados. Pero en cuanto entraron en el salón de baile tres de esas cosas les bloquearon el paso.

Triano se apresuró a lanzar un hechizo para calentar el aire en torno a una de ellas. Volutas de vapor brotaron de sus miembros, y el *lorkin* se ralentizó como si hubiese olvidado cómo moverse. Alia quiso hacer lo mismo, y con un golpe de voluntad lanzó una ola de calor contra los otros dos. Por desgracia no calculó bien la cantidad de magia que había empleado, y ambas criaturas estallaron en llamas.

—¡No! —chilló Tarnika cuando el fuego consumió los cuerpos de sus congéneres.

Alia sintió el peso de la culpa. Se suponía que eso no debería haber pasado. Tarnika le había explicado que los *lorkin* eran como la madera verde; era casi imposible hacerlos arder. Y ella lo había conseguido sin pretenderlo.

¿Acaso su poder estaba aumentando? ¿Estaría perdiendo el control? De ser así, debía andarse con cuidado. No quería que se repitiese lo de la noche del cumpleaños de Bri.

—Lo siento —se disculpó con Tarnika, pero la joven parecía encontrarse más allá de las palabras. Era casi como si estuviese en trance. Por un momento Alia temió que estuviese percibiendo el dolor de sus congéneres; pero eso no era posible, ¿verdad?

Triano la rodeó con un brazo y cargó con ella.

—Ya habrá tiempo de lamentarse más tarde —le dijo—. Ahora tenemos que encontrar a tu familia.

Alia lamentó no haber podido hacer más por aquella gente. ¿Cuántos habrían caído ya? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta? Ni siquiera se atrevía a pensar en eso. Por fortuna ninguno de los cuerpos que encontraron allí pertenecía a Elicarion o a Bri. En cuanto se hubieron asegurado de que no quedaba nadie con vida, Triano las arrastró hasta la otra sala.

El siguiente salón era parecido a los anteriores, pero estaba presidido por cuatro enormes fuentes de piedra, cada una de ellas en una esquina, de las que no dejaba de brotar agua. También allí había *lorkin*, aunque por suerte aquellos aún no habían conseguido acabar con los invitados. Un grupo de unas treinta personas se había parapetado contra una de las paredes, y repelían como podían el ataque de media docena de criaturas.

Las había de todo tipo: con cortezas de madera o cubiertas de musgo,

verdes o marrones, con espinas, lianas o apéndices afilados, con aspecto humanoide o con tantas extremidades como un insecto. Uno de ellos era parecido a un arbusto, y despedía un hedor fuerte y penetrante. Su cuerpo estaba cubierto de pequeñas flores de color azul que parecían centellear a la luz de las *candelas*. De haber sido un animal, Alia lo habría descrito como una mezcla entre una oveja y un jabalí.

—¿Qué diantres es eso? —preguntó señalando hacia una masa de color verde que crecía en una de las paredes y que se extendía por ella como el moho.

—No lo sé —sacudió Triano la cabeza—. Pero se acerca cada vez más al grupo, y ellos ni siquiera lo han visto.

Era cierto. Los supervivientes estaban demasiado ocupados tratando de mantener a las otras criaturas a raya, y aquella cosa se estaba abalanzando lentamente sobre ellos. Alia no quería pararse a pensar en lo que les ocurriría si llegaba a alcanzarles.

—Hay que sacarles de ahí —dijo—. Pero ¿cómo?

—Tenemos que crear una distracción —respondió Triano.

—¿Fuego? —preguntó ella. No quería usarlo, pero quizás esa fuese su única opción.

—No —dijo Tarnika saliendo de su trance—. Las fuentes —añadió con la voz rota. Estaba claro que ver morir a tres de los suyos la había afectado profundamente; porque a pesar de haber sido corrompidas por la magia oscura de Korro'th, aquellas cosas seguían siendo su gente. Tener que luchar contra ellas —y verlas morir llegado el caso— debía ser más de lo que podía soportar—. Usad el agua. Encerradlas en hielo.

Triano asintió y empezó a trazar los primeros símbolos de un *táumator*. Alia le detuvo.

—Déjame el agua a mí —le pidió—. Tú encárgate de enfriarla.

La muchacha cerró los ojos y se concentró en el poder que había en su interior. Para lo que se proponía hacer no necesitaba absorber magia del ambiente. Le bastaba con la suya. La tomó y empezó a acumularla y a darle forma, y cuando sintió que estaba lista abrió los ojos, alzó las manos y la empujó hacia dos de las fuentes. Sendas columnas de agua brotaron de ellas y se alzaron en el aire como tentáculos. Alia hizo lo mismo con las otras dos, y cuando toda el agua estuvo flotando sobre sus cabezas la unió en una única masa y la lanzó contra los *lorkin*, envolviéndolos en ella. Las criaturas ni

siquiera reaccionaron. Al parecer el agua no las afectaba en lo más mínimo; probablemente no necesitaban respirar. Pero sin duda no se esperaban lo que ocurriría a continuación.

Triano, que había estado preparando su hechizo mientras ella manipulaba el agua, cerró el círculo de su *táumator*, y cuando se desató el poder de su *aliento gélido* la masa de agua se solidificó en torno a las criaturas, atrapándolas.

—Hay que darse prisa —les advirtió Tarnika, que parecía estar recuperándose—. Eso no les contendrá mucho tiempo.

Los invitados no tardaron en bajar sus escudos, aunque lo hicieron con cierta cautela. El primero en asomar la cabeza fue un chiquillo de cabello castaño y ojos marrones que no debía levantar más de una vara y media del suelo. Tenía la frente perlada de sudor y los dientes apretados, pero en cuanto les vio una sonrisa estalló en sus labios.

—¡Alia! —la llamó Kíjob corriendo hacia ella. La muchacha suspiró aliviada. Sabía que el chaval —su primo— estaba en la fiesta, y había estado casi tan preocupada por él como por Bri. Pero ahora no había tiempo para sensiblerías. Si se permitía dar rienda suelta a sus emociones acabaría por derrumbarse. Debía concentrarse. Era necesario evacuar a aquella gente lo antes posible. Por cómo crujía el hielo, los *lorkin* no tardarían en liberarse.

—Todos fuera —gritó Triano—. Antes de que esas cosas consigan escapar.

No hizo falta nada más. El grupo empezó a moverse como una sola persona en dirección a la salida más cercana. Por desgracia, esa resultó ser la puerta que conducía al patio.

—¡No, por ahí no! —les advirtió Alia. Pero ya era tarde.

El primero en alcanzar la salida, un estudiante algo más joven que ella, se topó con un *lorkin* de aspecto arbóreo que cruzaba la puerta en aquel momento. El pobre chico no tuvo ni una oportunidad. Una protuberancia con forma de espina le atravesó el vientre, salpicando de sangre a quienes corrían tras él.

Una mujer gritó, y se desató el caos.

—Todos a la sala de las escalinatas —ordenó Triano mientras preparaba un hechizo contra la criatura—. Buscad refugio en la segunda planta.

Antes de que el agente pudiese concluir su *táumator* una pértiga de piedra brotó de una de las paredes y atravesó al *lorkin*, dejándolo ensartado como una mariposa en una exhibición de insectos. Alia vio a Kíjob con las manos

en alto y una sonrisa en los labios que no lograba ocultar del todo su agotamiento.

—¿Has sido tú? —le preguntó. El crío asintió encogiéndose de hombros.

—¿Por qué nadie ha cerrado aún ese maldito *portal*? —gruñó Triano.

A su espalda el hielo crujió, y un pedazo del tamaño de un melón se desprendió del bloque. Los *lorkin* se estaban liberando.

—Rápido, rápido —apremió Alia a los invitados, que ya habían empezado abandonar la sala—. Kíjob, ve con ellos —le pidió al niño. Él sacudió la cabeza.

—No pienso dejarte sola.

—No estoy sola —replicó ella.

El hielo volvió a crujir, esta vez más fuerte.

Triano seguía empujando a los invitados hacia la salida, y Tarnika no parecía poder apartar la mirada de las criaturas atrapadas.

—Se nos acaba el tiempo —dijo.

Y casi como si los *lorkin* hubiesen estado esperando esa señal, un pedazo del bloque de hielo estalló, lanzando fragmentos por toda la sala. Uno de los proyectiles, del tamaño de una naranja, alcanzó a Tarnika en la cabeza. La muchacha se tambaleó, sus rodillas se doblaron y cayó al suelo sin sentido. Triano corrió hacia ella.

Uno de los *lorkin*, el que parecía un arbusto, había conseguido liberarse, y se plantó entre ellos y Alia. Por un momento la chica creyó que se disponía a embestirla, pero entonces todas sus flores se abrieron, y el aire se llenó de pequeñas motitas de color blanco que se extendieron como una nube por toda la sala.

—¿Qué narices es eso? —preguntó Kíjob.

Alia iba a responderle que no tenía ni idea cuando, al tomar aire, un puñado de aquellas cosas se le metió por la nariz y la boca, haciéndola toser. Era como si estuviese intentando respirar en mitad de una tormenta de arena.

—Esporas —logró decir con la garganta irritada mientras se cubría el rostro con el brazo. Por desgracia su vestido no tenía mangas, así que no podía usar la tela para filtrar el aire.

A su lado, Kíjob tosía con violencia. Triano y Tarnika habían desaparecido de su campo de visión. Alia no sabía si seguirían allí con ellos.

—Tenemos que salir de aquí —la apremió Kíjob. El muchacho había arrancado un pedazo de su túnica, y lo sostenía frente a su boca y nariz.



Aquello quizás le ayudase a respirar, pero no a ver mejor. Sus ojos estaban irritados, y por cómo picaban supuso que también los del crío lo estarían.

—No puedo... —balbuceó Alia. Estaba tratando de recordar cómo caminar. Por alguna razón no conseguía acordarse de cómo hacerlo. En realidad ni siquiera sabía dónde se encontraba, o lo que estaba haciendo allí. Su cabeza parecía envuelta en algodón, y apenas era capaz de distinguir lo que tenía frente a ella.

—Alia —oyó que la llamaban desde la distancia. Las piernas le fallaron, y se desplomó. Alguien la tomó de la mano y tiró de ella, pero apenas consiguió moverla.

—Déjame a mí —dijo otra voz.

Alia se sintió flotar. El aire se hizo más dulce, y sus pulmones dejaron de contraerse.

Sus ojos seguían lagrimeando, pero ya no escocían como antes.

Parpadeó unas cuantas veces para despejar su visión, y se encontró con un rostro a escasas pulgadas del suyo. Su expresión era de preocupación, y por un momento Alia creyó reconocer a su propietario.

—Suri —murmuró.

Pero no era él quien la sostenía entre sus brazos, sino Deimos.

—Creo que voy a empezar a ponerme celoso —dijo el Génitor sonriendo tímidamente. Alia sacudió la cabeza, tratando de despejarse.

—Kíjob —dijo— ¿Dónde...?

—Aquí —respondió el chiquillo entre ataques de tos. Estaba pálido y tenía los ojos inyectados en sangre, pero parecía estar bien. A su lado había un hombre, un anciano al que Alia reconoció muy a su pesar.

—¿Abuelo? —murmuró antes de darse cuenta de lo que estaba diciendo. El anciano sonrió complacido, aunque fue una sonrisa fugaz. También él parecía tener dificultades para respirar.

—¿Te encuentras bien, muchacha? —le preguntó. Su voz sonaba entrecortada, como si le faltase el aliento—. Ha sido una suerte que Deimos y yo os hayamos encontrado a tiempo. Unos segundos más y esa cosa os habría asfixiado.

Alia se volvió hacia el Génitor. A diferencia de los otros dos, la nube tóxica no parecía haberle afectado. El muchacho respiraba sin problemas, y sus ojos no estaban inyectados en sangre como los de Kíjob.

—Las esporas —dijo—. ¿No te han hecho nada?

—Soy un Génitor, ¿recuerdas? —respondió él como si eso lo explicase todo.

—¿Dónde estamos?

—En el salón de las escalinatas —dijo Ártemus Minari—. Hemos vuelto a sellar la entrada en cuanto la hemos cruzado, así que esas cosas no podrán seguirnos. Bueno, Deimos la ha sellado —se corrigió mostrándoles su brazo herido. El anciano tenía la mano hinchada y enrojecida. Era como si se la hubieran aplastado—. Me temo que voy a pasar una temporada sin poder hacer magia. Nunca he sido muy diestro con la izquierda. Ha sido una suerte que nos encontrásemos aquí cuando los invitados han empezado a correr hacia nosotros. Alguien había alzado un *escudo de aire* frente a la puerta. De no ser por Deimos, habríais quedado atrapados ahí dentro con esas cosas.

—Tarnika y Triano... —se sobresaltó Alia alzando la cabeza para buscarles con la mirada. Ninguno de los dos estaba allí.

—He visto a Triano y a la chica ir en dirección contraria —le explicó Kíjob—. Hacia el salón de baile. No te preocupes, estarán bien.

Alia asintió y se volvió hacia su abuelo.

—¿Dónde están Bri y mi padre? —le preguntó. Él anciano sacudió la cabeza.

—No lo sé —dijo con pesar—. Deimos y yo les estábamos buscando cuando hemos tropezado con vosotros.

—¿Crees que habrán conseguido salir?

—Eso espero —suspiró. Parecía agotado. Alia no sabía si sería algo propio de la edad o si tendría que ver con el peso que parecía cargar sobre sus hombros. Quizás las heridas tenían algo que ver.

—Si quieres puedo tratar de localizar a tu hermana —le ofreció Deimos—. Conozco un hechizo. No es complicado. Solo necesito una gota de tu sangre.

Alia ni siquiera se lo planteó. Alzó una mano y se la ofreció al Génitor. El muchacho rebuscó en uno de los bolsillos de su túnica y sacó un pequeño cortaplumas y una brújula. Tras pinchar a Alia en el dedo dejó caer una gota de sangre en el aparato y trazó un *táumator* sobre él. En cuanto lo concluyó, la aguja empezó a dar vueltas. Poco después se detuvo, y todos los presentes miraron en la dirección hacia la que apuntaba.

Era una pared.

—No puede ser —dijo Alia avanzando hacia el muro.

—Espera —se le adelantó Kíjob. Alia le vio trastear con la pared, como

buscando algo. El chiquillo empujó en un punto determinado y se oyó un chasquido. Una puerta camuflada se abrió ante ellos—. Es un aseo privado —les explicó. Alia se apresuró a su interior.

El cuarto de baño no era muy grande, pero dentro había un par de cabinas individuales. Una de ellas estaba cerrada. El suelo estaba manchado de sangre, que parecía salir por debajo de la puerta como si procediese del interior.

—No, no, no —gimió Alia—. Dioses, que no sea Bri —murmuró mientras asía el pomo de la puerta y tiraba de ella.

Un joven de piel oscura estaba sentado sobre el retrete. Tenía los ojos muy abiertos, y su expresión era de absoluto terror. Un boquete enorme en su pecho dejaba a la vista parte de sus costillas. La sangre era suya.

—Es Julianus —murmuró Kíjob.

En un rincón del retrete había otro cuerpo. Estaba encogido en posición fetal, encajado entre el urinario y la pared, por lo que no podían verle la cara. Pero su cabello verde delataba su identidad.

—¡Pernaces! —gritó Ártemus Minari abalanzándose sobre su nieto. Alia le vio mover el cuerpo y buscarle el pulso con la mano buena—. Gracias a los Dioses sigue con vida —suspiró el anciano aliviado.

Deimos y Kíjob lo sacaron a rastras del cubículo, y cuando se hubieron asegurado de que no estaba herido lo dejaron apoyado contra la pared. Alia se agachó junto a él y le dio un par de bofetadas para despertarle. Pernaces parpadeó unas cuantas veces, y finalmente abrió los ojos.

—¿Qué...? —balbuceó recorriéndolos a todos con la mirada. Sus ojos se detuvieron en Alia—. Tú —gruñó.

—¿Dónde están Bri y padre? —le preguntó ella. Estaba demasiado preocupada por ellos para dejar que el desprecio de Pernaces la afectara—. ¿Les has visto?

El León la ignoró y se concentró en el anciano.

—Abuelo, ¿qué ha pasado? —preguntó—. ¿Qué son esas cosas?

—Ahora no, hijo. Responde a tu hermana. ¿Has visto a Bri o a tu padre?

—Esa zorra no es mi hermana —escupió Pernaces. Eso le valió miradas reprobatorias de todos, incluso su abuelo.

—¡Pernaces! —gritó Ártemus Minari. El chico se encogió un poco.

—No, abuelo. No les he visto. Creía que se habrían marchado.

Kíjob y Deimos le ayudaron a ponerse en pie. Las piernas le temblaban, y

sus ojos no dejaban de desviarse hacia el cuerpo del difunto Julianus. Quizás su amigo había dado la vida para salvarle, aunque Alia sospechaba que había sido Pernaces quien había usado al otro como escudo. Conociéndole, eso no le habría sorprendido en absoluto.

Cuando regresaron a la sala ya no quedaba nadie allí. Los supervivientes habrían conseguido salir o se encontrarían en la segunda planta, escondiéndose. Quizás Bri y su padre estarían allí. Pero aún se oían gritos provenientes de los otros salones, por lo que todavía debían quedar invitados allí dentro, además de *lorkin* salvajes.

—¿Cómo vamos a dar con ellos? —le preguntó a Deimos. El nudo de su pecho le estaba dificultando respirar. Alia no lo entendía: hacía apenas una semana que sabía que Elicarion Minari era su padre, pero la idea de perderle le resultaba tan desoladora como la de que algo malo le sucediera a Bri.

—Lo siento —se disculpó el Génitor—. Mientras Pernaces esté aquí la brújula le seguirá señalando a él.

—Pues yo no pienso marcharme hasta saber que están a salvo —respondió Alia, y se obligó a ignorar la expresión de fastidio que se plasmó en el rostro de su hermano—. Si es necesario, revisaré personalmente todas las habitaciones de esta maldita casa.

—No hace falta, bastarda —habló alguien a su espalda.

Todos se volvieron hacia el desconocido, y Deimos fue el único que no pareció sorprenderse cuando vio a Pernaces en lo alto de las escaleras, en el descansillo. A su lado se encontraba Bri. La muchacha estaba consciente, aunque parecía algo atontada. Su hermano la tenía sujeta por el pelo. A sus pies había un cuerpo. Alia estaba segura de que se trataba de Elicarion Minari.

—¿Pero qué coño...? —exclamó el Pernaces que había a su lado. Alia le echó un vistazo antes de volver a centrar su atención en el otro, el que se encontraba en las escaleras.

—Lleva un *glamur* —dijo Deimos.

—Muy bien, aprendiz —rió el falso Pernaces desde el descansillo. Entonces agitó una mano en el aire, y su cuerpo pareció oscilar como las llamas de una hoguera—. Parece que no todo el mundo es tan fácil de engañar como yo creía —añadió. Esta vez su voz sonó más aguda, más femenina—. Pernaces, querido, apártate de ellos —dijo la mujer que se escondía tras el *glamur*—.

Ya he tenido que castigar a tu hermana —añadió tirando del pelo de Bri—. No quisiera tener que hacerte daño a ti también.

—Libitina —gruñó Ártemus Minari—. ¿Qué has hecho, mujer?

—¿Esto? —preguntó ella dándole una patada al cuerpo de su marido. El inconsciente Elicarion rodó escaleras abajo—. Esto no es nada, querido suegro. Lo mejor aún está por venir.

## Siervos del Caudillo

El olor metálico de la sangre era abrumador, aunque no por los motivos que Suri había esperado. Nunca antes había sentido algo parecido, ni siquiera la noche del ataque al Coliseo. Lo que le atormentaba en aquel momento era una especie de ansia incontrolable, un hambre –a falta de un término mejor– extenuante que hacía que sus rodillas flaquearan y que la cabeza le diera vueltas.

«Es la ponzoña», comprendió. «Está empezando a afectarme, como dijo Nada».

Pero ahora no podía pensar en eso. Tenía cosas más urgentes de las que preocuparse. Debía dar con Alia antes de que fuese demasiado tarde.

Partia le había dicho que Alia y Tarnika se habían dirigido, acompañadas por Triano, hacia el salón de baile, porque al parecer la muchacha estaba segura de que allí era donde se encontraban su padre, Elicarion Minari, y su hermana. La idea de que Alia pudiese estar emparentada con una de las Casas más importantes de Hefestia casi le había provocado un infarto, pero Suri se había obligado a dejar sus dudas de lado, al menos de momento, porque había cosas más urgentes en las que centrarse.

Aun así, la pertenencia de la muchacha a una Casa explicaba ciertas cosas.

Para empezar explicaría el interés de Ildo por el broche de Alia. Su viejo amigo ya había insinuado que la joven podía ser la descendiente de una Casa extinta, aunque él no lo había creído posible. Y también explicaría por qué alguien había intentado asesinar a la muchacha mientras aún se encontraba en el vientre de su madre. Si Alia era de verdad hija ilegítima de Elicarion Minari, debía haber sido su esposa Libitina quien había tratado de acabar con ella. Suri solo conocía a la mujer por su reputación, y si lo que se contaba de ella era cierto, Alia estaba en más peligro del que había imaginado.

¿Serían los *lorkin* cosa suya? ¿Estaría ella tras el ataque? Akar ya le había contado que un grupo de Inquisidores, seguidores de Korro'th, habían manipulado a un puñado de estúpidos egoístas para hacerse con el control de las Casas. Probablemente Libitina Minari sería una de ellos. Pero esa información no bastaba para hacerse una idea del alcance real de aquella

situación. ¿Cuánta gente estaría involucrada? ¿A cuántos habrían conseguido engañar los siervos del Caudillo?

Suri arrinconó de momento todas esas preguntas. Ya tendría tiempo para pensar en ellas más tarde, cuando hubiese encontrado a Alia. El problema era que ya había recorrido la mitad de la planta baja de la mansión, y aún no había dado con la muchacha.

En la sala de los espejos se había encontrado con un grupo de Archimagos protegiendo a un puñado de estudiantes. Suri se había planteado ayudarles, pero había visto que entre ellos se encontraban Lolana Siseido y Nicodemus Blastar, y sabía que los dos profesores serían capaces de mantener a raya a las criaturas hasta que Partia y su gente pudiesen acudir al rescate; lo cual, en vistas de cómo iban las cosas cuando había abandonado la sala azul, no tardaría en ocurrir.

En el recibidor se había enfrentado a un grupo de *lorkin* que estaban atacando a los pobres inocentes que trataban de huir por la puerta principal. Había enterrado a dos de ellos en el suelo usando una de las *semillas de Baku* que había en la bolsa que le había dado Akar; a otro lo había encerrado en un bloque de hielo, y al cuarto no le había quedado más remedio que decapitarlo, porque tenía atrapadas a dos jovencitas a las que estaba aplastando entre sus ramas, y cualquier otra acción habría supuesto la muerte de las chicas.

A Suri le había dolido tener que sacrificar al *lorkin*. Cada vez que se veía obligado a quitarle la vida a uno de ellos les pedía perdón a los Dioses. Más tarde se disculparía también con Akar por haber tenido que asesinar a sus congéneres. Esperaba que su viejo amigo pudiese perdonárselo.

Tras deshacerse de las criaturas había seguido montando guardia frente a las puertas, ayudando a los invitados a escapar, hasta que dos miembros de la Guardia Blanca acompañados por un Archimago habían llegado para hacerse cargo de la situación. Uno de ellos, un tipo rubio que se identificó como Eros Mangario, le explicó que Partia los había enviado allí para ayudar a evacuar a los civiles, y le aseguró que ellos se encargarían de evacuar a quienes aún siguieran en la casa y de impedir a las criaturas salir a los jardines para atacar a los que aún no habían podido abandonar la plataforma.

Cuando estuvo seguro de que los tres hombres serían capaces de mantener el fuerte, Suri se adentró en la siguiente habitación: el salón de baile.

En todas partes había cadáveres, unos en peor estado que otros. La sangre de docenas de estudiantes y Archimagos destripados, empalados o aplastados

se mezclaba con la de Jerarcas, cónyuges y primogénitos. En algunos lugares era difícil identificar a quién pertenecían los miembros seccionados, y en otros los cuerpos se amontonaban de tal forma que resultaba imposible determinar cuántos había en realidad. Pero en ningún lugar encontró tanta muerte y desolación como en el salón de baile.

Por suerte, allí no quedaba ya ningún *lorkin*; al menos ninguno con vida. Alguien debía haberse encargado de eliminarlos. O tal vez, al no quedar más humanos con vida, habrían decidido seguir buscando víctimas por el resto de la casa. Fuera como fuese, eso le permitió realizar una rápida inspección.

Tras ver el dantesco escenario que había frente a él, Suri deseó que las chicas no hubiesen llegado nunca hasta allí. Calculó que habría medio centenar de cuerpos, y ese era un cálculo muy optimista. La simple idea de encontrar allí los de Alia o Tarnika hacía que el estómago se le cerrara.

Una oscura melena llamó su atención, y se apresuró hacia el cuerpo de una muchacha que estaba tendida en el suelo, boca abajo, en un charco de sangre. Su mano tembló cuando la sujetó del hombro para darle la vuelta, y su corazón se detuvo entre latidos hasta que pudo verle la cara y comprobó que no se trataba de Alia.

—Gracias a los Dioses —musitó. Eso no le serviría de consuelo a aquella pobre chica, pero al menos calmó un poco su ansiedad.

Seguía rebuscando entre los cadáveres cuando otro *lorkin* entró en la sala a través de las puertas del patio de armas. Suri invocó a *Shadzar*, que había dejado abandonada en el recibidor, clavada en el cuerpo de una de las criaturas, y la usó para acabar con aquella.

—Idiota —se castigó a sí mismo.

Alguien estaba empleando un *portal* para traer a esas cosas hasta este plano, y estaba claro que tenía que encontrarse en el patio interior. ¿Por qué diablos no se había dado cuenta antes de que todos los *lorkin* parecían proceder de allí?

Quizás porque había estado demasiado preocupado buscando a Alia para prestar atención a nada más.

Maldiciéndose por dentro por su estupidez, corrió hacia la puerta.

Estaba a punto de cruzarla cuando cayó en cuenta de que debía haber alguien montando guardia allí; probablemente la misma persona que había abierto el *portal*. Aquella gente no era estúpida. Si se las habían arreglado para coordinar un ataque de aquella magnitud, estaba claro que debían haber



cubierto todas sus bases. No podía arriesgarse a atacar a ciegas sin saber lo que le esperaba al otro lado de la puerta. Con su suerte, quizás habría una docena de *lorkin* esperándole.

Tenía que ser sigiloso.

Debía hacerse invisible.

Cuando alzó las manos para trazar el *táumator* del *manto espectral* había una sonrisa en sus labios. Aquel era un hechizo muy complejo que requería de tanto poder que, en cualquier otra circunstancia, se habría visto obligado a extraer magia de los cimientos de la mansión flotante. Pero ahora, con los espíritus de su parte, podría completarlo sin esfuerzo.

Suri desenvainó su daga de obsidiana, se hizo un corte en la palma de la mano y usó el dolor para suplicar la ayuda de las ánimas que poblaban aquel lugar. Había muchas, por lo que pronto el poder se acumuló en su interior como el agua en una presa, y en cuanto tuvo suficiente sus dedos empezaron a trazar los dieciséis símbolos del complejo hechizo. Al cerrar el círculo el *manto espectral* cayó sobre él como una porción de noche, ocultándole de todo cuanto le rodeaba.

El *manto* camuflaba su presencia y le hacía invisible a los ojos curiosos, pero no silenciaba sus movimientos, y sus pasos seguían dejando huellas, especialmente tras haber pisado tanta sangre. Por eso antes de salir al patio se quitó las botas y las dejó junto a la puerta.

Lo que encontró en el exterior era más o menos lo que había esperado.

En el centro, entre un macizo de azaleas y un rosal, el resplandor de un vórtice de color morado, que flotaba a menos de una vara del suelo, teñía las flores de púrpura. Su superficie se agitaba levemente, como la de un lago en un día de lluvia. De momento parecía estar en calma, pero Suri estaba seguro de que tarde o temprano otro *lorkin* saldría de su interior.

Aquello no era un simple *portal*, sino una *vía* entre mundos, lo que quería decir que cerrarlo sería bastante más sencillo de lo que había supuesto, pero mucho más peligroso.

Dos hombres vestidos con el negro y rojo de la Inquisición montaban guardia junto al vórtice, y otros cuatro estaban reunidos en un corro en uno de los extremos del patio. Hablaban en voz muy baja, y parecían estar estudiando algo que se encontraba en el centro del círculo. Suri se aproximó a ellos para intentar escuchar su conversación, y cuando estuvo lo bastante cerca pudo ver qué era lo que custodiaban.

En el suelo, de rodillas, había tres hombres de mediana edad. Por sus ropas, los tres eran Archimagos. Dos de ellos le daban la espalda, pero el otro miraba en su dirección. Suri le reconoció. Era el profesor Bretanius.

En aquel momento la superficie del *portal* se agitó, y otra de aquellas criaturas salió de él. El *lorkin* aterrizó en el patio, echó un vistazo a los Inquisidores, los ignoró y se dirigió hacia una de las puertas.

¿Por qué narices no les había atacado?

¿Estarían protegidos por alguna clase de hechizo?

Pero de nuevo, eso no era importante en aquel momento. Lo que más urgía era cerrar la *vía* de una vez por todas para impedir la llegada de más criaturas. Eso, y salvar la vida de los tres ancianos.

Suri se acercó al vórtice y se colocó frente a él. No había ningún *táumator* cerca, por lo que la *vía* debía haberse abierto desde el otro lado. Eso complicaría un poco más su tarea. Habría sido más sencillo cerrarla interrumpiendo el hechizo original. El problema era que, en cuanto empezase a trazar su propio hechizo, los símbolos delatarían su presencia en el patio.

Necesitaba una distracción.

Se acercó al grupo que custodiaba a los ancianos, y al pasar junto a un macizo de primulas a punto estuvo de tropezar con dos cuerpos que, por su estado, debían haber sido abandonados allí por uno de los *lorkin*. Suri no los reconoció, aunque ambos vestían uniformes de la Brigada. Partia debía haberlos enviado para ocuparse de la *vía*.

Suri esperaba no correr su misma suerte.

—No sabes lo que estás haciendo —oyó decir a uno de los Archimagos, un pelirrojo llamado Casio Rangli. Suri vio entonces a quién se dirigía, y casi se quedó sin aliento. Frente a él había un muchacho con el cabello rojizo y los rasgos afilados de los Rangli.

—¿De verdad lo crees, tío? —se burló el muchacho—. Porque según yo lo veo, después de esta noche seré el único heredero con vida de la Casa Rangli. Y en cuanto el estúpido de mi padre muerda el polvo, me convertiré en el próximo Jerarca.

—Jamás lo permitiré —protestó Casio.

Esas fueron sus últimas palabras, porque a continuación su sobrino le abrió el cuello con un tajo de su daga.

—Pagaréis por esto —gimoteó el otro anciano, un tipo de mediana edad con el vientre como un tonel llamado Viridio Tesala. Bretanius, sin embargo,

no movió un solo músculo. El viejo zorro era un buen jugador, y sabía que aquella noche las cartas no le eran favorables.

—¿Y vas a ser tú quien nos haga pagar, anciano? —se burló otro de los Inquisidores. El tipo le daba la espalda, pero Suri pudo ver la esfera de piedra negra que sostenía en una de sus manos. Por eso los Archimagos no se movían, y por eso el cuerpo sin vida de Rangli no había caído al suelo cuando se había desangrado. El artefacto era un *estatuario*, un objeto imbuido que usaba la Guardia Hefestiana para inmovilizar a los prisioneros.

Suri sonrió. Lo bueno de los artefactos imbuidos era lo sencillo que resultaba interrumpir su efecto. Y ni siquiera necesitaba un *táumator* para hacerlo.

Con mucho cuidado metió la mano bajo su camisa, y con los dedos unió tres de las runas tatuadas en su pecho. En cuanto cerró el enlace sintió la energía fluir hacia su mano metálica y dejó que se acumulara en su palma. Karáemon ya le había advertido que el bronce era un excelente conductor del calor, por eso la descarga ígnea que brotó de su dedo atravesó la roca con la facilidad con la que un cuchillo caliente corta la mantequilla.

El artefacto emitió un gemido, soltó una lluvia de chispas y se partió por la mitad con un crujido seco. El Inquisidor que lo sostenía dio un salto y lo dejó caer al suelo.

Bretanius fue el primero en notar que sus efectos se desvanecían, y con una agilidad impropia de alguien de su edad se puso en pie y se lanzó contra el Inquisidor más cercano. El otro le imitó, y pronto se organizó una auténtica batalla campal. Los contrincantes se encontraban demasiado cerca los unos de los otros para emplear la magia. Suri vio centellear las hojas de un par de espadas y de una daga, pero no se quedó a observar el resultado del combate. Sabía que había puesto en peligro las vidas de los dos Archimagos, pero aunque ambos cayeran —algo que dudaba, porque sabía que Bretanius era un superviviente— su sacrificio no sería en vano. Sus muertes le darían una oportunidad para sellar la *vía* de una vez por todas.

Suri aprovechó la confusión para situarse al otro lado de la *vía* y empezar a preparar su propio hechizo. Había muchas cosas que habría podido hacer, desde alzar un muro frente al vórtice para bloquear la salida hasta abrir otro *portal* pegado al primero para desviar hasta otro lugar cualquier cosa que lo cruzase. Pero esas soluciones solo serían temporales. Necesitaba algo más expeditivo, algo que impidiese que pudieran volver a abrirla desde el otro

lado; por eso se decidió por un complejo y poco conocido hechizo que había aprendido décadas atrás de un mago de Bezantia.

El hombre lo había llamado *rémora mística*, y bien empleado era capaz de devolver toda la magia vertida en un hechizo a su lugar de origen. Si conseguía completarlo no solo lograría colapsar la *vía*, sino que la retroalimentación acabaría con quienquiera que la hubiese abierto. Solo esperaba que el rebote no acabase también con él, porque parte de esa magia se descargaría a través del *portal* con suficiente fuerza para llevarse por delante a todos los presentes. Y quizás también un pedazo de la casa.

Para poder trazarlo tendría que entrar en el *Oneiros*, aunque esta vez en lugar de hacerlo usando el cántico del alma lo hizo accediendo a las habilidades de su *tótem*.

Se concentró en lo que le rodeaba y buscó aquella parte de su magia que le había permitido hacerse uno con su avatar. Al principio había pensado que le resultaría más complicado lograrlo, pero en cuanto hizo contacto con su *tótem* el mundo cambió frente a sus ojos. Los colores se volvieron más nítidos, los sonidos se intensificaron, e incluso todo parecía tener un sabor distinto, más aguzado. Suri casi habría jurado que podía sentir el pelaje brotando de sus poros cuando se hizo uno con su *tótem*. Y al abrir los ojos el mundo se desplegó ante él como un puñado de hebras de energía

Suri las fue tomando una por una, manipulándolas para darles forma, y cuando el hechizo estuvo completo lo descargó en el *portal*; justo cuando otra de aquellas criaturas asomaba su fea cara por el vórtice.

Tres cosas ocurrieron en los siguientes cinco segundos.

Lo primero fue que, antes de colapsarse, el disco se expandió hasta doblar su tamaño, atrapando en el proceso a los dos guardias que lo habían estado custodiando. Solo quedaron de ellos sus botas, con sus pies aún dentro.

Lo segundo fue que el retroceso no solo acabó con la *vía*, sino con todos los hechizos que había activos en el patio en aquel momento. Suri perdió su invisibilidad, y dos de los Inquisidores se quedaron sin sus *glamures*.

Lo tercero fue que el *lorkin* que estaba cruzando cuando la *vía* se colapsó quedó atrapado en el retroceso, y estalló en un millón de astillas que fueron lanzadas como metralla contra los Inquisidores, los Archimagos y el propio Suri. Una de ellas se le clavó en el hombro derecho, y de no ser porque en el último momento se cubrió la cara con la mano de bronce, habría perdido un ojo por culpa de otra.

Cuando los oídos dejaron de pitarle y abrió los ojos descubrió que solo dos de los Inquisidores seguían en pie. Otro estaba tendido en el suelo, y tenía una enorme mancha roja en el vientre. Bretanius se encontraba en pie junto a él, empuñando una espada con la hoja ensangrentada. El anciano no le había defraudado.

El último parecía un alfiletero. Toda la parte derecha de su cuerpo estaba ensartada con astillas de todos los tamaños, algunas pequeñas como su meñique y otras tan grandes como puños. Rangli y el otro superviviente, el Inquisidor que había sostenido el *estatuario* y que hasta entonces le había dado la espalda, estaban apoyados contra la pared. Ambos habían salido ilesos de la explosión, porque al parecer el masivo cuerpo del Archimago Tesala les había protegido de la metralla. Tesala, sin embargo, no había tenido tanta suerte. Un fragmento de madera del tamaño de un martillo se había clavado en la parte posterior de su cráneo, abriéndole la cabeza como un huevo.

El Inquisidor más viejo pareció percatarse entonces de su presencia, y sus ojos se abrieron como platos.

— ¡Tú! —gruñó avanzando un tambaleante paso hacia él. Suri no le reconoció, pero al parecer el tipo sí sabía quién era él. Tenía un aspecto atroz; pálido y enfermizo. Su piel estaba plagada de manchas, y parecía marchita. Sus ojos carecían de vida, y su cabello era ralo y escaso. Todo ello síntomas del envenenamiento por magia negra—. Maldito seas —exclamó alzando una de sus huesudas manos y apuntándole con uno de sus retorcidos dedos—. Deberías estar muerto. Me prometieron que no sobrevivirías.

Suri arqueó una ceja.

—Yo también me alegro de verte —respondió con tono burlón—. Aunque no tengo ni pajolera idea de quién coño eres.

—Soy Shesmu Molokai, el Inquisidor Supremo —graznó el tipo. Suri frunció el ceño. Cuando se había marchado de Hefestia el cargo lo ocupaba Ártemus Minari. Algo gordo debía haber ocurrido para que aquel adefesio lo hubiese remplazado—. Soy el hombre que va a acabar con tu vida —añadió alzando ambas manos, listo para atacar. Suri le imitó.

Rangli se apresuró a colocarse a la diestra de su superior, y Bretanius aprovechó para poner distancia entre él y los dos Inquisidores.

—¿En serio? —se burló Suri—. Pues te pareces más a algo que mi gato vomitó el otro día.

A su izquierda, Bretanius dejó escapar una risita nerviosa.

—Tus chanzas no me afectan, Dagg. Estás acabado, igual que todos esos estúpidos arribistas —dijo señalando con una mano a su alrededor—. En cuanto el Maestro tenga la Simiente en su poder, no habrá nada que pueda detenernos.

—¿El maestro? —preguntó Suri.

Por un momento sintió que le faltaba el aliento. ¿Korro'th se encontraba allí? No, eso era imposible. Pero fuera como fuese, con la Inquisición trabajando para él, Alia estaría en peligro hasta que acabase con ellos de una vez por todas. Por suerte, ni Molokai ni el joven Rangli eran rivales para él.

Suri empezó a trazar los primeros ideogramas de un *táumator* de paralización, pero aún no había completado el tercer símbolo cuando un bramido ensordecedor resonó a través de sus huesos e hizo que se le erizara el vello de la nuca

Molokai sonrió.

—Parece que tu protegida ha mordido más de lo que puede tragar —dijo el Inquisidor Supremo. Suri notó que le temblaban las rodillas. Había oído antes un rugido como aquel. Había sido casi ochenta años atrás, pero lo recordaba como si hubiese sido ayer.

Solo había una criatura capaz de rugir así.

—Estáis locos —dijo. Molokai se rió, una risa que sonó como un cacareo.

—Escoge, Dagg: la chica o yo. Si quieres salvarle la vida, aún estás a tiempo. Pero tendrás que dejarme marchar.

—¡Jamás! —gruñó Bretanius lanzándose hacia él, espada en mano. Pero antes de que el anciano pudiese alcanzarles Molokai y el joven Rangli se esfumaron en un destello de luz verde. El muchacho debía haber estado preparando un hechizo de huida mientras su superior les distraía.

—Malditos sean los Dioses —blasfemó Bretanius.

Entonces se escuchó otro de aquellos bramidos, y ambos se volvieron hacia la puerta más cercana.

—¿Quién ha sido el idiota que ha invocado a esa cosa? —preguntó Suri.

## Revancha

Triano no tenía ni idea de qué era aquella cosa, pero hacía que le escocieran los ojos y que le ardiera la garganta. Ignoraba si afectaría a Tarnika de la misma manera, pero no tenía intención de esperar para comprobarlo. La agarró de las axilas y la arrastró lejos de la nube tóxica. Por desgracia las esporas —o lo que narices fuera aquello— estaban afectando también a su mente, y no se dio cuenta de hacia dónde se dirigía hasta que se encontró de nuevo en el salón de baile, justo en el lado opuesto que el resto de invitados.

—Mierda —gruñó cuando el aire dejó de arder en sus pulmones.

Cuando sus ojos dejaron de lagrimar exploró la sala para asegurarse de que nada les atacaría por la retaguardia. Y cuando estuvo seguro se inclinó sobre Tarnika para comprobar si se encontraba bien. El golpe que había recibido en la cabeza la había dejado sin sentido, aunque no parecía sangrar. Quizás los *lorkin* tenían la cabeza más dura que los humanos. O tal vez se estaba desangrando bajo el *glamur*, y no podía verlo. Triano esperaba que fuese lo primero.

Le buscó el pulso en el cuello, como lo habría hecho con cualquier víctima, y al no dar con él se alarmó. Entonces recordó que Tarnika no era humana, y que probablemente no tendría pulso. Hasta que no la vio respirar no se relajó.

—Está bien —se dijo—. Tiene que estarlo.

Alia, sin embargo, no lo estaba.

¿Dónde narices se había quedado la muchacha?

Triano la había perdido tras aquella nube tóxica, y le había parecido verla caer antes de tener que salir de allí. Eso hizo que la culpa se anudara en su pecho. La había dejado sola, indefensa a merced de aquellas criaturas, y ahora temía por su vida.

—No —sacudió la cabeza—. No le harán daño —se dijo—. La necesitan con vida.

Al menos eso era lo que Molokai le había dicho a Pernaces la noche de la reunión.

En cuanto se hubo secado los ojos le echó un rápido vistazo a la sala que habían dejado atrás. El *lorkin*apestoso de las flores azules se movía en círculos alrededor del bloque de hielo. Era como si estuviese montando

guardia junto a sus compañeros inmovilizados; como si los estuviese protegiendo. Ese no era el comportamiento de una criatura descerebrada.

—¿Qué narices es esa cosa? —preguntó en voz baja.

—*Férdax* —gruñó Tarnika a su espalda. Triano se volvió hacia ella. Por un momento estuvo tentado de lanzarse a sus brazos—. Eso es un *férdax* —le aclaró ella—. O lo era antes de ser transformado.

—¿Hay más cosas de esas en la Tierra? —le preguntó Triano.

—No —respondió ella poniéndose en pie. Parecía algo insegura—. No debería haber ninguna. Son criaturas salvajes, parecidas a vuestros lobos, por eso no las trajimos con nosotros cuando vinimos a vuestro mundo. A esa tienen que haberla capturado en Lork —dijo frotándose la sien con una mano—. Mi padre tenía razón. Estos *lorkin* son prisioneros de guerra.

—Lo siento —se disculpó Triano. Era consciente de que le había arrebatado la vida a un par de sus congéneres, y de cómo debía haber afectado eso a la muchacha. Tarnika pareció ignorar su disculpa.

—¿Dónde está Alia? —le preguntó—. ¿Por qué no está aquí?

—No te preocupes por ella. Estará bien.

—Pero debo protegerla —protestó—. Suri no me lo perdonará si le ocurre algo.

—No le pasará nada. La necesitan con vida —le recordó él—. Además, has dicho que tu maestro estaba de camino. Él se encargará de mantenerla a salvo. Nosotros tenemos otra tarea.

En la sala de las fuentes, el hielo crujió de nuevo. Las criaturas se estaban liberando. Triano empezó a tejer un nuevo hechizo frente a la puerta.

—No, por favor —le suplicó Tarnika—. No les hagas daño.

—Tranquila —dijo él finalizando su *táumator*—. No era esa mi intención.

La piedra del suelo empezó a fluir como jalea, y casi como si tuviese voluntad propia se alzó frente a ellos, taponando el hueco de la puerta que comunicaba el salón de baile con la sala de las fuentes. Quizás eso no lograra frenar a las criaturas por mucho tiempo, pero al menos les daría un respiro.

El salón de baile estaba vacío, a excepción de los cadáveres. Uno habría creído que tras los acontecimientos del verano anterior ya se habría acostumbrado a las muertes, la sangre y los cuerpos mutilados, pero su estómago no parecía opinar lo mismo. Trabajar con la Brigada conseguía hacerle la piel gruesa a uno, o eso le había asegurado la capitana. Desde luego, si tenía que fiarse de lo que sentía en aquel momento, la suya debía ser



tan fina como el papel de fumar. Por eso no se atrevió a mirar a la cara a los caídos; en parte porque no creía poder soportar sus miradas acusadoras —la culpabilidad del superviviente, la llamaba Bonaserra—, y en parte por miedo a toparse con algún rostro conocido.

Tarnika lucía la misma expresión que él, aunque sus ojos no se desviaban hacia los humanos, sino hacia los cuerpos mutilados, chamuscados, aplastados o desmenuzados de los *lorkin*. El agente se preguntó cómo debía ser tener que luchar en una guerra en la que las vidas de ambos bandos eran importantes para uno. No debía ser fácil.

Ese era uno de los motivos por los que tenía que sacarla de allí.

Habría hecho cualquier cosa por protegerla.

¿Tendría razón su abuela, y de verdad sentía algo por ella?

Eso le preocupaba y le asustaba a partes iguales; pero tendría que dejar esas preocupaciones para más tarde. Ahora tenían algo más urgente de lo que ocuparse.

—Hay que dar con el *portal* por el que están llegando esas criaturas y cerrarlo —le dijo a Tarnika—. ¿Crees que puedes localizarlo?

—No es un *portal* —le corrigió ella—. Si de verdad mis congéneres provienen de Lork, se trata de una *vía*.

—Lo que sea. ¿Puedes dar con ella?

—La diferencia es importante —le explicó la muchacha—. Un *portal* sería más difícil de localizar. Las *vías*, especialmente estas, tienen una configuración muy peculiar. Dame un segundo —le pidió.

La muchacha cerró los ojos, y su rostro se relajó. Triano seguía sorprendido de lo mucho que se parecía el *glamur* a la verdadera Tarnika. En realidad era casi como si lo único que hubiese cambiado de ella fuese el color de su piel. Era una suerte que Remo no la hubiese visto aquella noche, o enseguida la habría reconocido como Vindora Krete.

Tras unos segundos —que debieron bastar para que los *lorkin* atrapados en el hielo se liberasen, porque algo empezó a golpear el escudo de piedra por el otro lado— Tarnika abrió los ojos.

—Lo tengo —dijo con una sonrisa en los labios—. Pero ya no tenemos que preocuparnos por ella. Gracias a los Primeros, alguien la ha cerrado.

—¿Qué quieres decir? ¿Quién ha podido...? —empezó a preguntar, pero estaba claro que solo había una respuesta posible—. Suri —adivinó. Tarnika asintió.

—Deberíamos ir con él —dijo la joven dirigiéndose hacia la puerta del patio.

Triano estaba a punto de discutirle cuando toda la casa tembló bajo sus pies. Por un momento el agente temió que alguien estuviese interfiriendo con los hechizos que la mantenían a flote, pero entonces sintió el bramido en los huesos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Tarnika.

—No lo sé, pero no me apetece nada quedarme a averiguarlo. Salgamos de aquí.

—No podemos. Alia sigue perdida —protestó ella—. Y también su familia. Y la tuya.

Triano sintió que le faltaba el aliento. No había vuelto a acordarse de su hermano ni de su abuela. Y seguramente también su padre se encontraría allí. Triano no le había visto, pero sabía que, como Jerarca de los Erístide, el viejo no habría querido perderse la fiesta de Proclamación de Pizcazu.

Se preguntó si seguirían con vida, aunque curiosamente eso no le preocupaba tanto como la seguridad de Tarnika.

Un nuevo rugido, más ensordecedor aún que el anterior, se extendió por toda la planta baja. Por un momento el agente se sintió como un herbívoro que ha olido a un depredador, y un terror primigenio le invadió.

—Sea lo que sea, es grande —dijo la chica—. No podemos enfrentarnos a algo así sin ayuda. Será mejor que busquemos al maestro —dijo retomando el paso—. Ya le viste acabar con el *Licandro*. Sea lo que sea esa cosa, seguro que también puede con ella.

Triano no quiso recordarle a la muchacha que aquello casi le había costado la vida a Suri. En su lugar, se limitó a asentir.

—Está bien —se rindió. Y ambos salieron al patio.

Pero Suri ya no estaba allí. En el jardín solo había más cadáveres. Su único consuelo fue descubrir que la mayoría pertenecían a Inquisidores.

—Nada —gruñó el agente—. Habrá que seguir buscando —dijo dirigiéndose hacia la puerta que comunicaba con el recibidor.

Triano había esperado encontrarlo vacío, a aquellas alturas ya no debería quedar nadie en la mansión, por eso se sorprendió cuando vio a un grupo de invitados presionados contra una de las paredes. Un enorme *lorokin* arbóreo les tenía acorralados, y golpeaba con puños del tamaño de una sandía el

escudo de aire que dos miembros de la Guardia Blanca se esforzaban por mantener alzado.

—Hay que detener a esa cosa —dijo Triano adentrándose en la sala a la carrera.

Había cruzado la mitad del recibidor cuando vio que había alguien más allí, un tipo vestido con el uniforme de la Inquisición que le daba la espalda y que parecía observar la escena desde la distancia. El *lorkin* le ignoraba, lo que solo podía significar que era él quien lo estaba controlando.

—Déjame a mí —le pidió Tarnika.

La chica se lanzó contra la criatura, pero no atacó, sino que dijo algo en un idioma extraño. Debía ser su lengua natal. Al principio Triano creyó que se trataba de alguna clase de hechizo, pero entonces el *lorkin* se olvidó de los civiles y se volvió hacia ella.

Triano aprovechó la distracción para correr hacia el tipo que parecía controlarlo. El Inquisidor se había vuelto hacia Tarnika, y la estudiaba con los ojos muy abiertos.

Fue entonces cuando le reconoció.

—Debería haberlo sospechado —dijo Remo—. Vindora Krete —escupió—. Me engañaste la primera vez, abominación. No lo harás una segunda. Tú —le gritó al *lorkin*—, acaba con ella.

La criatura avanzó un paso hacia Tarnika, pero ella no se movió.

—No esperaba esto de ti, Triano —escuchó decir al Inquisidor—. No creía que fueses un traidor a tu propia especie.

—¿Tienes el valor de llamarme traidor? —le espetó Triano—. No soy yo quien ha vendido a su gente a cambio de poder.

La discusión siguió, aunque Tarnika ya no prestaba atención a las palabras. El mundo parecía haberse diluido a su alrededor. Creyó oír algo sobre el Señor de la Guerra, sobre los planes de los Inquisidores para acabar con las Casas y sobre los cambios que se avecinaban, pero nada de aquello parecía tener importancia. Ni siquiera las conversaciones nerviosas de los humanos que se habían estado escudando de la criatura tras una barrera mística, y que habían aprovechado aquel breve respiro para huir, parecían afectarla.

Lo único que importaba era la criatura.

Tarnika volvió a hablarle, y sus palabras flotaron hacia el otro *lorkin* como la melodía del bosque, llenando el espacio entre ellos y estableciendo un vínculo; el *vínculo del verde*.

No había querido contárselo antes a Triano, pero podía escuchar dentro de su cabeza los gritos angustiados de su gente. La magia del Señor de la Guerra había alterado sus cuerpos y dominado sus voluntades, pero sus mentes seguían intactas, atrapadas en el interior de sus retorcidas formas. Los humanos no lo sabían, pero el tormento de los suyos era doble, porque aparte de no poder controlar ni detener lo que les estaba ocurriendo, eran dolorosamente conscientes de lo que les estaban obligando a hacer.

Y gracias al *vínculo del verde*, también ella podía percibirlo.

Tanto dolor...

Tantas muertes...

Tarnika había sentido cada una de ellas como si fuese la suya propia, por eso no había sido capaz de alzar una mano contra su gente. Para un *lorkin* matar a uno de los suyos era como amputarse un miembro, solo que infinitamente más doloroso.

La muchacha había tenido que esforzarse para bloquear las voces de sus congéneres. Al principio le había costado, porque había demasiadas a su alrededor; por eso apenas había sido capaz de reaccionar. Estar rodeada de *lorkin* que sufrían y morían sin sentido había sido más de lo que había podido manejar. Y cuantos más de los suyos llegaban a través de la *vía*, más le costaba mantener el silencio dentro de su cabeza.

Ahora apenas podía oírlas. Y eso, pese a ser una bendición, la hacía sentirse culpable, porque sabía que ese silencio significaba que docenas de sus compatriotas habían muerto.

Pero ya habría tiempo más tarde para llorar a los caídos.

Ahora debía detener a aquella pobre criatura.

Mediría unas cinco varas de altura, y su corteza era dura y estaba cubierta de espinas; pero Tarnika podía ver en su interior. Podía ver sus recuerdos, sentir sus miedos, percibir su confusión; y sabía que su apariencia no reflejaba lo que había en su interior.

—Te oigo —le dijo.

Su nombre era Grimio, y estaba aterrorizado. Era más joven que ella, apenas un brote, y no entendía lo que le estaba ocurriendo. Solo sabía que

había sentido, como ella, la muerte de amigos y familiares, y que no era capaz de controlar sus acciones.

Aquello le partía el alma.

—Ayúdame —le suplicó Grimio a través del *verde*.

Tarnika sabía que podía hacerlo. De haberse tratado de un *lorkin* adulto aquello no habría funcionado, pero los brotes eran más susceptibles a las feromonas, porque aún no habían alcanzado la madurez sexual. Por eso se deshizo de su *glamur* e hizo brotar un puñado de flores de marcabia por todo su cuerpo.

Alguien dejó escapar un gemido de sorpresa. Tarnika lo ignoró. Había dejado de preocuparle que descubriesen lo que era en realidad.

—Maldito monstruo inútil —oyó gritar al Inquisidor—. Te he ordenado que acabaras con la hembra. ¡Obedece!

Pero Grimio ya no podía escucharle.

El polen de las flores de marcabia había penetrado en su sistema, y estaba actuando.

Grimio bostezó, se encogió en un rincón como el brote que era y se quedó dormido.

Una lágrima resbaló por el rostro de la muchacha.

Ojalá hubiese podido detener al resto de sus congéneres de la misma forma.

Entonces se volvió hacia el Inquisidor.

—Pagarás por esto —gruñó.

Tarnika alzó las manos, y sus cuatro lianas salieron disparadas hacia el hombre. Dos de ellas se cerraron en torno a su cintura, y las otras dos buscaron su cuello.

—¿Qué demonios es eso? —oyó gritar a una mujer. La voz le resultó conocida, aunque no era capaz de ubicarla.

—Es otra de esas cosas —respondió alguien.

—¡No! —gritó Triano—. Es de los nuestros.

El Inquisidor se debatía, tratando de liberarse, pero ella no pensaba permitirselo. Quería hacerle sufrir. Quería que sintiese en su propia carne todo el dolor que había provocado. Tarnika le vio sacar un cuchillo de su cinto, pero no se preocupó. Un cuchillo no lograría detenerla. El hombre trató de usarlo para cortar una de sus lianas, pero ella sabía que eran mucho más resistentes de lo que parecían, y apenas le hizo un corte superficial.

—Has cometido un error fatal, abominación —gruñó el Inquisidor con una

sonrisa cerrando su mano sobre el corte—. Ahora, sufre— dijo antes de pronunciar una palabra que hizo que todo su cuerpo se sacudiera.

Tarnika sintió la maldición penetrar en su savia, aunque tardó unos segundos en notar sus efectos. Sus lianas fueron las primeras en secarse, aunque pronto todo su cuerpo sufriría su misma suerte.

«Estúpida», se dijo mientras las piernas le fallaban. «Dejarte atrapar dos veces por un hidrófago. Si el hechizo no te mata, Akar lo hará cuando se entere».

Triano aprovechó que Remo parecía estar distraído con Tarnika y el *lorkin* gigante para correr en auxilio de los civiles. Cuando el grupo empezó a dispersarse, la mayoría en dirección a la salida, vio a la anciana que había sentada en el suelo. Un par de miembros de la Guardia Blanca la estaban ayudando a levantarse. Al parecer estaba herida, una de sus piernas estaba manchada de sangre, y no era capaz de mantenerse en pie por sí sola. Triano sintió que se le encogía el corazón cuando la reconoció.

—¡Abuela! —la llamó. La mujer alzó la mirada, y sus ojos se iluminaron cuando se encontraron con los de su nieto.

El muchacho corría hacia ellos cuando vio a uno de los guardias alzar las manos para lanzar un hechizo contra Tarnika, que se había deshecho de su *glamur* y estaba atacando a Remo. Seguramente creían que era otra de esas cosas. Por suerte llegó a tiempo, y pudo detenerle antes de que lo desatara. Unas décimas de segundo más y el hombre habría descargado un *azote férrico* contra la muchacha.

Pero su alivio duró poco, porque cuando se volvió de nuevo hacia ella descubrió que Remo había conseguido liberarse, y que la joven parecía estar perdiendo las fuerzas por momentos.

—No, no, no —gimió olvidándose de su abuela y echando a correr hacia ella—. Dioses, otra vez no.

—Debería hacerte lo mismo que a esa cosa —le dijo Barlán—. Te lo mereces, por confraternizar con demonios.

Triano le ignoró y se arrodilló junto a Tarnika. Su cuerpo parecía estar resecándose por momentos, como le había ocurrido la mañana que habían visitado Charnok. Debía llevarla de vuelta a la cueva lo antes posible, o no sobreviviría. Por desgracia, no sabía cómo dar con ella.

—Cuidado —gritó alguien. Su entrenamiento le hizo reaccionar agachándose y rodando hacia un lado. La hoja de una espada cortó el aire en el lugar en el que su cabeza había estado poco antes.

—¿Atacando por la espalda a un hombre desarmado? —le dijo a Barlán poniéndose en pie—. Nunca te gustó jugar limpio, Remo.

—Las reglas son para los idiotas —respondió el otro lanzando otra estocada que Triano esquivó saltando hacia atrás.

—¿Cuál ha sido el precio? —le preguntó a su antiguo compañero—. ¿Qué te han prometido a cambio de tu lealtad? ¿El control de tu Casa?

Por cómo Remo torció el gesto, Triano debía haber dado en el clavo. Eso quería decir que el Inquisidor pretendía acabar no solo con su padre, sino también con sus tres hermanos.

—Eres demasiado obtuso para entenderlo —replicó Remo lanzando otra estocada contra él. Triano lo esquivó con facilidad—. El mundo está a punto de cambiar, y solo unos pocos dictarán qué rumbo tomará. Tú podrías haber sido uno de ellos. Uno de nosotros.

—Eres más idiota de lo que creía —le soltó él—. ¿De verdad no ves que Korro'th os está utilizando? Lo único que está haciendo es usaros para sus propósitos. En cuanto haya conseguido lo que quiere se olvidará de vosotros y os dejará de lado. O peor aún, acabará con vuestras vidas.

Triano siguió hablando. Su intención era distraer a Barlán para alejarle de Tarnika.

—Abuela, ayúdala, por favor —gritó en cuanto hubo puesto distancia entre ellos y la muchacha. Triano ni siquiera sabía si la anciana podría hacer algo por ella a pesar de lo poderosa que era. Por lo que sabía, solo los *lorkin* eran capaces de detener aquella maldición. Pero debía intentarlo—. Por favor —repitió.

Por el rabillo del ojo vio a la anciana dar órdenes a los guardias para que la ayudaran a ponerse en pie. A ninguno de ellos se le ocurrió contradecirla.

—Muy listo —dijo Remo frunciendo los labios—. Pero ya es tarde para ella. No hay forma de detener la maldición. No te preocupes —añadió cargando de nuevo contra él—. Pronto te unirás a ella en el infierno.

—Eres patético —le espoleó Triano para que mantuviera su atención centrada en él—. Siempre lo fuiste.

—Y tú eres una molestia de la que voy a librarme ahora mismo —replicó el otro moviéndose un paso hacia la derecha. Triano saltó hacia el lado opuesto

para esquivar su ataque, pero Remo le había tendido una trampa, y cuando trató de alejarse de él se encontró con la punta de la espada clavada en el vientre. Sangre cálida y espesa brotó de la herida, y el dolor le hizo tropezar y caer al suelo.

—¡Triano! —oyó a su abuela llamarle.

—Habría preferido tenerte como aliado —dijo Remo acercándose a él y preparando la espada para asestarle el golpe de gracia—. Créeme, esto va a dolerme a mí más que a ti.

Triano apretó los dientes y alzó la cabeza, orgulloso. No pensaba darle a Remo la satisfacción de rogar por su vida.

Barlán alzó la hoja, y cuando estaba a punto de descargarla contra él, algo atravesó su caja torácica y le salpicó de sangre la cara. Remo tosió sangre, se llevó las manos al pecho y echó un incrédulo vistazo hacia la rama que brotaba de su cuerpo.

—No puede ser —dijo como si no se acabara de creer lo que estaba pasando. La rama retrocedió, y Barlán cayó al suelo como un muñeco roto.

—No deberías haber intentado hacer daño a quienes me importan —dijo Tarnika al pasar junto a él. El Inquisidor la miró con ojos velados, y no volvió a moverse.

—Tarnika —se sorprendió Triano. La muchacha corrió a su lado y se arrodilló junto a él. Entonces puso una mano sobre su vientre, y el agente sintió un extraño calor extendiéndose por todo su cuerpo. La joven parecía agotada, aunque su aspecto no era tan enfermizo como la vez anterior—. ¿Estás bien?

—Mucho mejor que tú —respondió ella apartando la mano de la herida. La sangre había dejado de manar, y algo parecido a una capa de musgo se había formado sobre ella—. No te muevas, o la herida volverá a abrirse —le advirtió.

—¿Cómo has...? —empezó a preguntar, pero ella selló su boca con sus labios antes de dejarle acabar.

—¿Acaso crees que tu abuela no es capaz de romper una simple maldición, niño? —interrumpió Lady Camerelis su beso. Los dos guardias cargaban con ella y la ayudaban a mantenerse en pie—. Por cierto, tú y yo tenemos una conversación pendiente sobre las compañías que frecuentas, jovencito.



## Despedidas

Alia alzó la vista y clavó sus ojos en los de Libitina Minari. Los de la mujer ardían con un odio que la muchacha solo había visto antes en una ocasión: en los de Toth, poco antes de ser consumida por su magia. Si de ella dependiese, la bruja correría su misma suerte.

—Madre, ¿qué has hecho? —gritó Pernaces mientras corría hacia el cuerpo de su padre. La caída debía haber arrancado a Elicarion de su trance, porque Alia le vio parpadear y mover los labios como si tratase de decir algo.

—Lo que era necesario —gruñó Libitina—. Ahora apártate. Es hora de acabar con esto. La bastarda debe morir.

La mirada del León se desvió hacia Alia antes de centrarse en Bri.

—¿Qué le has hecho a mi hermana?

—Esta estúpida ha tenido la osadía de plantarme cara —respondió Libitina—. Voy a tener que darle una lección.

—Pues tendrás que dármela a mí también —respondió Pernaces.

El muchacho se irguió y se interpuso entre ella y su padre. Libitina arqueó una ceja.

—No me lo puedo creer —sonrió la bruja—. ¿Finalmente te han crecido las agallas? —preguntó entre sorprendida y complacida. Pero entonces su mueca se tornó en una de desprecio—. Es una lástima que no las tuvieras cuando te pedí que acabaras con ella —dijo señalando a Alia con uno de sus enjorjados dedos.

—¿Por eso querías verla muerta? —preguntó Pernaces—. ¿Por eso me obligaste a lanzarle aquella maldición?

—Creo recordar que no me costó demasiado convencerte —le hizo notar ella.

—No te equivoques, madre. No me importa lo que le ocurra a esta zorra —dijo lanzándole una mirada soberbia a Alia—. Pero no voy a permitir que dañes a Bri o a padre.

—¿No lo entiendes? Lo estoy haciendo por tu bien.

—¿Por mi bien?

—Hijo, estás a punto de convertirte en el nuevo Jearca de la Casa Minari —dijo Libitina como si hablase de algo que ya daba por sentado—. Va

siendo hora de que empieces a comportarte como tal.

—Tú nunca me permitirías gobernar —respondió él para asombro de su madre—. ¿Crees que no sé lo que opinas de mí? Me has tratado como a un estúpido toda mi vida, haciéndome creer que era un inútil incapaz de tomar una decisión por mi cuenta. ¿Y ahora esperas que crea que pretendes poner el destino de nuestra familia en mis manos? —el León dejó escapar una carcajada amarga—. Sé lo que pretendes, madre. Quieres usarme para hacerte con el control de la familia, y después manipularme para que haga lo que tú quieres. Pues no pienso permitirte.

—Si hubieses demostrado tanto arrojo hace solo unos meses... —suspiró Libitina con lo que sonó a auténtico pesar—. Está bien. Eres mi hijo, y aunque puedes estar seguro de que voy a castigarte por esto más tarde, no voy a hacerte daño por no querer apoyarme. Pero tanto tú como tu hermana tenéis que aprender cuál es vuestro lugar.

Libitina tomó uno de sus pendientes, se lo quitó y se lo acercó a los labios.

—*Gobernum* —susurró.

El cuerpo de Pernaces se tensó. Su cuello se puso rígido, y sus ojos se velaron.

—No —gritó Ártemus Minari—. Deja al chico en paz.

—Es mi hijo, viejo. Soy yo quien decide de qué forma educarle. Y castigarle.

Con un gesto Libitina obligó al muchacho a ponerse en marcha. Estaba claro que la bruja estaba controlando al chico de alguna forma. Pernaces empezó a subir las escaleras, y Alia corrió tras él. Si su madre estaba empleando algún hechizo para manipularle, su poder lo interrumpiría. Pero cuando puso una mano sobre el hombro del muchacho no ocurrió nada. Pernaces siguió ascendiendo hasta que llegó junto a su madre, y se quedó allí parado, tieso como una estatua.

—Es la segunda vez que intentas ese truco conmigo, niña —le dijo Libitina—. No funcionó la primera vez. ¿Por qué has creído que en esta ocasión sería distinto?

¿Cómo narices estaba haciendo aquello? Se suponía que su poder era capaz de anular cualquier clase de magia, pero por segunda vez le había fallado contra Libitina.

¿Qué estaba pasando?

—Precioso, ¿verdad? —dijo la bruja acariciando el brazalete de plata que

llevaba en la muñeca derecha—. Lo he hecho hacer expresamente para ti. Está imbuido con una *bendición de los Dioses* y con un *salmo angelical*.

—Hechizos protectores —susurró Deimos a su oído—. Tu magia no la afecta, ni tampoco a sus hechizos.

—¿De verdad creías que tras lo que estuviste a punto de hacerle a mi casa no te estudiaría antes de enfrentarme a ti? —dijo la mujer soltando a Bri y avanzando un paso—. ¿Por qué clase de estúpida me has tomado?

—Por una de la peor clase —le soltó Alia—. Una zorra asesina hambrienta de poder.

Libitina emitió algo que sonó como un gruñido. Alia sonrió. Cuando se había enfrentado a Perníobe, espolearla había servido para hacerla perder el control. Valía la pena probarlo también con Libitina. Quizás no funcionase, pero sin duda la haría sentirse mejor—. Por lo que tengo entendido, de no ser porque tus padres arreglaron vuestro matrimonio, nunca habrías atraído la atención de Elicarión.

—¿Te refieres a ese cobarde? —escupió Libitina—. Solo es un pelele sin valor. Ni siquiera posee habilidades mágicas. De no ser por su aptitud para los negocios, hace años que me habría deshecho de él.

—Zorra delirante —gruñó Ártemus Minari—. ¿De verdad crees que habría permitido que te hicieras con el control de mi Casa? ¿Tan ofuscada estás que crees que voy a permitírtelo ahora?

—Bueno —dijo ella rascándose distraídamente el mentón—, no es como si tú o el mequetrefe de tu hijo fueseis a sobrevivir lo bastante como para impedírmelo.

Ártemus respondió a la amenaza alzando las manos para trazar un *táumator*, pero entonces pareció recordar que su mano estaba inutilizada. Kíjob y Deimos, sin embargo, estaban listos para hacerle frente. Alia se disponía a atacar cuando oyó la voz de su padre.

—No —gimió Elicarión—. Trampa.

Pero el aviso llegó demasiado tarde, al menos para Kíjob. Su hechizo pareció rebotar contra algo invisible, y una descarga de magia descontrolada lanzó al chaval contra la pared más cercana. Libitina dejó escapar una carcajada.

—Estúpidos —rió—. Me he preparado para acabar con la maga más poderosa que ha habido en Hefestia en el último milenio. ¿De verdad creíais

que no estaría lista también para vosotros? Como el cobarde de mi futuro exmarido ha descubierto hace un rato, soy una mujer de recursos.

Con eso, Libitina alzó la mano derecha y les mostró lo que llevaba en ella. Era una especie de látigo de cuero, aunque no tan largo como los que se empleaban en las caballerizas para domar a los potros salvajes. La mujer lo sacudió y lo hizo chasquear frente a ella.

El aire restalló como un relámpago, y una fuerza invisible sacudió a Alia y a Ártemus. Deimos la sujetó para evitar que cayera, pero el anciano no tuvo tanta suerte.

—Quizás esté protegida contra los hechizos —dijo Deimos sacando algo de su bolsillo—, pero hay más de una forma de escaldar a un gato.

El muchacho se acercó el objeto a los labios, y tras susurrar una palabra en voz baja lo lanzó contra Libitina. El amuleto voló por los aires y se detuvo a tres o cuatro varas de la bruja. Entonces empezó a girar, y del vórtice que creó llovieron esquirlas de hielo del tamaño de cuchillos.

—¡No! —gritó Alia cuando vio a la mujer parapetarse tras sus hijos. No podía permitir que resultasen heridos, así que alzó una mano y deseó que un escudo de aire se formara frente a ellos. Libitina rió complacida cuando el hielo se estrelló contra la barrera.

—No hay nada mejor que un escudo humano para evitar un ataque directo —dijo.

—Maldita cobarde —gruñó Alia—. ¿Vas a poner en peligro las vidas de tus propios hijos solo para acabar conmigo?

—No digas tonterías, bastarda —replicó Libitina—. Pernaces y Bri están a salvo. Sé que tú nunca permitirías que algo malo les ocurriera. Al menos a Brígida.

Libitina no se equivocaba. Quizás no sintiese mucha simpatía por Pernaces, pero mal que le pesara seguía siendo familia. Y se habría arrancado un brazo antes de permitir que algo malo le ocurriera a su hermana.

Por suerte, sabía cómo remediarlo.

La primera vez que lo había hecho ni siquiera había sido consciente de lo que estaba ocurriendo, pero desde entonces había tenido oportunidad de revisar aquel momento con detalle, y había entendido lo que su magia había conseguido hacer. Por eso se concentró en lo que había sentido aquella mañana en los túneles bajo la Academia, cuando Toth había estado a punto

de atraparla, y buscó esa sensación en su interior. Y cuando dio con ella la proyectó detrás de sus hermanos y la liberó.

Al principio notó cierta resistencia, como si algo le impidiese darle forma a su magia, pero no estaba dispuesta a rendirse. Así que empujó y empujó, aplicando toda su fuerza de voluntad, hasta que la resistencia cedió.

Con un chasquido y un destello azul, un *portal* se tragó a Pernaces y a Bri.

—¡No! —gritó Libitina cuando fue consciente de que había perdido su mejor baza—. Me prometieron que nadie podría abrir *portales* aquí dentro —rezongó como una niña malcriada a la que sus padres hubiesen quitado su juguete favorito.

Alia se concentró en el vórtice de salida y lo hizo aparecer a pocos pasos de donde se encontraba. Unos confundidos Pernaces y Bri salieron de él trastabillando.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la joven cuando se encontró de repente junto a Alia. Entonces algo pareció despertar en su memoria, y sus ojos se desviaron hacia la escalera—. ¡Madre! ¿Qué demonios has hecho?

Bri corrió hacia su padre seguida de cerca por Pernaces. Ambos se arrodillaron junto a él para asegurarse que se encontraba bien. Libitina no perdió el tiempo y se llevó una mano al pendiente. Seguramente su intención era volver a someter a sus hijos. Pero Deimos se le adelantó, y con una velocidad sobrehumana el muchacho trazó un *táumator* que hizo que la joya estallase en sus manos.

—Lo siento, pero si quieres jugar tendrás que respetar las reglas —le dijo a la bruja. Aquello consiguió arrancarle una sonrisa a Alia—. Que no podamos atacarla directamente no significa que no podamos usar magia en su contra —añadió guiñándole un ojo. En aquel momento, Alia le habría besado.

—Está bien —dijo la mujer sacudiendo la mano. La explosión debía haberle quemado los dedos, que ahora parecían chamuscados—. ¿Quieres jugar? Pues juguemos.

Libitina se quitó uno de los anillos y lo lanzó al aire. Entonces gritó algo, y una tormenta eléctrica se desató sobre ellos. Deimos se apresuró a crear un escudo de aire sobre sus cabezas, y Kíjob alzó un muro de madera alrededor del grupo para aislarles de las descargas.

Antes de que ninguno de ellos pudiese recuperar el aliento, la bruja se quitó otro anillo y repitió la operación. Esta vez el aire se espesó en torno a ellos, y el simple hecho de respirar se convirtió en una tortura.

«Por eso lleva tantas joyas», comprendió Alia. «Ha traído consigo todo un arsenal».

Kíjob se apresuró a invocar una corriente de aire que barrió la melaza que parecían estar respirando, aunque el tiempo que tardó en hacerlo bastó para que Ártemus tosiera y cayera de rodillas en el suelo. El hechizo de Libitina parecía haber afectado al anciano más que al resto.

La bruja ya estaba preparando otro ataque, pero Alia no tenía intención de permitirle seguir dañando a su familia. Así que se agachó, posó una mano sobre el suelo y deseó que la madera de la escalera obedeciera a su voluntad. La bruja se encontró de repente esquivando los golpes de las tablas que se agitaban como culebras a su alrededor.

—Bien hecho —sonrió Deimos a su lado.

—Alia —escuchó a su padre llamarla. Bri y Pernaces le estaban ayudando a ponerse en pie—. Hija, tenemos que salir de aquí.

—No —se negó ella—. Si huimos ahora nunca estaremos seguros. No sé tú, pero yo no quiero pasarme el resto de mi vida mirando por encima del hombro.

—Libitina es peligrosa —dijo Elicarión.

—Libitina está loca —le discutió Alia—. Ha intentado matarnos a los dos, y ha usado a Bri y a Pernaces, sus propios hijos, como escudo.

—Por eso debemos marcharnos ahora que aún podemos. A saber qué más tendrá preparado.

Alia echó un rápido vistazo hacia el descansillo y vio que Libitina había conseguido deshacerse de su ataque y que se estaba quitando el collar que llevaba al cuello.

—Deimos —dijo. El muchacho asintió.

—Yo me ocupo —respondió él trazando los primeros símbolos de un *táumator*.

—No puedo marcharme. No pienso permitir que esa mujer me obligue a huir. No te preocupes, me he enfrentado a cosas peores que ella. No me asusta.

—Pues debería —gimió Elicarión—. No sabes lo peligrosa que es. Ven con nosotros. No arriesgues tu vida. Deja que otros se encarguen de ella.

Tres elementales de fuego se materializaron a su alrededor. El *dunaescudo* de Deimos los entretuvo hasta que un *golem* invocado por Kíjob acabó con ellos.

—¿No lo entiendes, padre? No puedo marcharme. Esa mujer mató a mi madre, y ha intentado hacer lo mismo conmigo. No voy a descansar hasta que esté muerta o encerrada en Charnok.

—Alia, esa no es tu obligación.

—No. Ese es mi derecho —dijo clavando sus ojos en los de Elicarión. Por un momento fue casi como encontrarse frente a un reflejo distorsionado de sí misma—. ¿Sabes? Estoy empezando a creer que Libitina tiene razón al menos en una cosa. Eres un cobarde.

—Alia —la regañó Bri. Ella miró a su hermana con el ceño fruncido. Seguramente se acabaría arrepintiendo de lo que estaba a punto de hacer, pero no le quedaba otra opción.

—Marchaos —les dijo con todo el dolor de su corazón. Entonces agitó una mano y un nuevo *portal* se abrió tras ellos. En lo alto de la escalera Libitina empezó a trazar un nuevo hechizo—. Regresad a vuestra mansión. Y no me esperéis. Está claro que no hay lugar para mí en vuestras vidas.

—No digas eso —protestó Elicarión—. Eres mi hija. Sangre de mi sangre.

—Quizás, pero eso no significa que seamos familia —le echó ella en cara.

—Ven con nosotros.

—No puedo. Si lo hago nunca me lo perdonaré.

Y con eso le dio la espalda.

Aquello no era lo que ella quería. Lo que de verdad deseaba era que todos ellos se quedasen para luchar a su lado. Incluso Pernaces. Pero al parecer su padre estaba demasiado asustado para hacerlo. Después de todo aquel hombre no había luchado por su madre, y estaba claro que tampoco lo haría por ella.

En el fondo le entendía.

Elicarión no solo debía preocuparse por su propia seguridad, sino también por la de sus hijos. Además, Libitina también quería verle muerto a él.

—Yo me quedo con Alia —dijo Bri. Alia se volvió hacia su hermana.

—No —dijeron Elicarión y ella a la vez.

—Bri, este no es lugar para ti —trató de hacerle entender.

—Si tú te quedas, también yo —se plantó su hermana. Alia intercambió una mirada con Pernaces. Por primera vez, el León no la miró con desprecio.

—La bruja está tramando algo —la advirtió Deimos. El muchacho no apartaba la mirada de Libitina, y parecía estar estudiando los nuevos símbolos que la mujer estaba trazando en el aire—. Acaba de alzar un círculo de invocación. Creo que se propone traer algo a este plano.

—Padre, entrad en el *portal* —le apremió Alia.

Elicarión asintió y ayudó a su padre a caminar hasta el *portal*. Ártemus intercambió una mirada con Deimos y Kíjob antes de saltar al interior. Alia le hizo entonces una señal a su hermano. Pernaces asintió, sujetó a Bri con fuerza, y se lanzó tras su abuelo. Alia la oyó protestar a gritos antes de que el vórtice se los tragara.

—Discúlpate con Bri de mi parte —le pidió Alia a su padre. Elicarión se acercó a ella, la abrazó y la besó en la frente.

—Ojalá las cosas hubiesen sido distintas —se lamentó el hombre.

—Cuida de ellos —respondió la muchacha tratando de contener las lágrimas. No entendía por qué le escocían los ojos. Debía ser cosa de las esporas.

Elicarión asintió, dio media vuelta y se perdió en el interior del *portal*.

—Tú también, Kíjob —le dijo Alia al chiquillo. Él se cruzó de brazos.

—¿Y perderme toda la diversión? —respondió él con una sonrisa—. Ni hablar.

—La bruja está realizando una invocación mayor —les explicó Deimos— No sabemos lo que va a traer hasta este lado. Será mejor que te marches.

Alia echó un vistazo al *táumator* de Libitina. Era enorme, y mucho más complejo que cualquier otro que hubiese visto antes. Cuando trató de reconocer los símbolos, el único que le resultó familiar fue el de *al leeyah*.

—¿Más *lorkin*? —preguntó Kíjob. Estaba claro que no iba a convencerlo para que se marchara, así que dejó que el *portal* se colapsara. Esperaba no tener que arrepentirse de ello más tarde.

—No. Me temo que esto es mucho peor.

La bruja completó su hechizo, y un disco de color verde se abrió tras ellos. Lo primero que llegó a través de la fisura entre dimensiones fue un rugido que hizo que las paredes de la casa temblaran. Alia retrocedió un paso. Su sangre parecía haberse helado en sus venas. Kíjob la imitó. Deimos estudiaba el *portal* con fascinación.

Entonces la criatura asomó la cabeza.

Era enorme. Tanto, que habría podido engullir a cualquiera de ellos de un solo bocado. Sus ojos eran de un negro tan intenso que habrían hecho palidecer incluso a los de Toth. Sus dientes tenían el tamaño de espadas, y parecían igual de afilados. Su piel era del color del fuego; aunque no era exactamente piel, sino escamas.



—Dioses —gimoteó Kijob.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Alia.

—Eso —dijo Deimos—, es un maldito dragón.

## El alma del dragón

Al entrar en la sala azul Suri vio a Halcón y a Partia en el corredor que conducía al salón de las escalinatas. Le estaban dando la espalda, y parecían estar estudiando la escena que se desarrollaba frente a ellos, al otro lado de la puerta.

El uniforme de Bonaserra estaba destrozado y manchado de sangre, aunque ella no parecía herida. Quizás Halcón había utilizado su magia para sanarla.

—¿Qué kr'chak es eso? —estaba preguntando Halcón. El amuleto tradujo a medias la pregunta, aunque Partia no pareció notarlo.

—Problemas —respondió ella—. Y de los gordos.

—¿Es Alia? —preguntó Suri cuando llegó hasta ellos—. ¿Está ahí?

Desde donde se encontraban solo podía ver parte de la sala, por lo que no estaba seguro de si la chica se encontraría allí. Pero había escuchado otro par de bramidos, y parecían provenir del interior, así que aquella era una suposición más que probable.

Partia se volvió hacia él, sobresaltada, y en cuanto le vio se interpuso en su camino.

—Tranquilo —le dijo apoyando una mano contra su pecho para detenerle—. Está bien; al menos de momento.

—Tenemos que ayudarla.

Suri trató de esquivar a Bonaserra. La preocupación le había encogido el estómago, y estaba tan tenso que había empezado a rechinar los dientes. Partia le sujetó del brazo.

—No podemos cargar a ciegas —trató de hacerle entender—. Ahí dentro hay un maldito dragón. Necesitamos un plan.

—¿Eso es un dragón? —preguntó Halcón con los ojos muy abiertos—. Había oído hablar de ellos, pero nunca había visto uno.

Partia y Suri le ignoraron.

—¿Quién ha sido el estúpido que lo ha invocado?

—Libitina —resopló Bonaserra.

—¿Pero es que esa mujer ha perdido el juicio? Es imposible controlar a un dragón. Esos bichos son más difíciles de someter que los *Licandro*.

—Y eso no es todo —añadió Partia—. Se trata de un dragón rojo.

Aquello hizo que Suri tratara de lanzarse de nuevo hacia la sala. Partia se interpuso en su camino.

—Suri, no —insistió. Su rostro lucía la misma expresión ceñuda que usaba cuando alguno de sus hombres no seguía sus órdenes al pie de la letra—. Entiendo lo que sientes, pero piensa en lo que estás a punto de hacer. No sabes lo que está pasando ahí dentro.

—Pues explícamelo —la apremió él. Partia suspiró.

—Libitina ha usado una invocación mayor para traer a esa cosa a este plano, y ya sabes lo que eso significa. No bastará con derrotar a la bruja. Si le arrebatamos el control del dragón es posible que empeoremos las cosas. ¿Recuerdas de lo que son capaces esos bichos?

Por supuesto que lo recordaba. La destrucción que había provocado el último dragón que un mago renegado había dejado suelto en Hefestia aún estaba fresca en su memoria.

—Pues habrá que impedir que acabe de cruzar.

—Eso es fácil de decir. Libitina está obligando a la bestia a avanzar, y va a ser difícil romper su control sobre ella. No solo está usando alguna clase de amuleto de protección mágica, sino que además se ha escudado tras un círculo de invocación que la protege de cualquier cosa que le lancemos.

—Entonces, ¿no podemos cerrar el *portal*? —preguntó Halcón

—No mientras la criatura lo esté atravesando —le explicó Suri—. Tenemos que hacerla retroceder o conseguir que cruce hasta este lado. Ya la devolveremos luego a su mundo.

—¿Y a qué esperamos?

Suri echó un vistazo por encima del hombro del guerrero para hacerse una idea de la situación a la que se enfrentaban. Desde donde estaba podía ver a tres personas en mitad de la sala. Las tres le daban la espalda, pero eran claramente diferenciables. Uno de ellos era un muchacho alto de aspecto desgarbado, el otro un chiquillo que no debía tener más de once o doce años; la última era una joven rubia enfundada en un vestido color esmeralda que acentuaba sus curvas de forma escandalosa. El color de su pelo le despistó un poco, pero a pesar de todo Suri la reconoció. La habría reconocido en cualquier parte.

—Alia —murmuró.

Frente a ellos flotaba un disco de color verde cuyos bordes casi rozaban el suelo y el techo. De su interior estaba emergiendo una enorme cabeza

cubierta de escamas del color de la sangre. Por sus dimensiones, Suri calculó que el dragón tendría cuatro veces el tamaño del *Licandro*. Debía tratarse de un ejemplar joven; de lo contrario habría ocupado una tercera parte de la sala.

Libitina no se encontraba a la vista, pero un leve resplandor lechoso procedente del lado opuesto al *portal* parecía indicar que estaba en lo alto de las escaleras.

—Está bien —dijo Suri—. Creo saber cómo distraer a Libitina. Si conseguimos que pierda el control sobre el dragón antes de que acabe de cruzar el *portal* podremos empujarlo de vuelta a su mundo. Vosotros dos proteged a los chicos y ayudadles a mantener a raya al dragón. En cuanto veáis caer a la bruja, atacadle con todo lo que tengáis. Halcón, procura no acercarte demasiado —le advirtió al guerrero—. Esa cosa es más rápida de lo que parece.

—Y además escupe fuego —añadió Partia.

Desde la otra sala les llegó un ruido de gorgoteo que Suri reconoció enseguida.

—Tenías que decirlo en voz alta, ¿verdad? —gruñó Suri echando a correr.

Sabía lo que aquel sonido presagiaba. Lo recordaba bien. Y un vistazo a las fauces abiertas del dragón le confirmó que no se equivocaba.

Suri apretó el paso. No estaba seguro de poder llegar a tiempo hasta Alia. Por un momento se arrepintió de no haber recogido sus botas antes de abandonar el patio de armas. Podría haber usado las *alas de Hermes* para saltar hasta ella y alejarla de la criatura.

Pero entonces recordó que ya no las necesitaba. Le bastaba con recurrir a las habilidades aumentadas de su *tótem*.

Esta vez ni siquiera tuvo que concentrarse para hacerse uno con su avatar. Bastó un parpadeo para que su cuerpo cambiara, y entre un paso y el siguiente el mundo se ralentizó ante sus ojos. Su piel se cubrió de vello, sus músculos ganaron densidad, y sus sentidos se agudizaron. El aire se llenó de olores y colores, y pudo ver que la garganta del dragón se iluminaba con un resplandor anaranjado.

Debía darse prisa.

Suri percibió movimiento por el rabillo del ojo, y vio a Halcón planear sobre su cabeza. El guerrero debía haber intuido lo que se proponía hacer, porque también él había cambiado de forma, y volaba ahora hacia uno de los chicos. El otro, el flacucho de aspecto desgarbado, debía saber algo sobre

dragones, porque había empezado a retroceder en cuanto la criatura había abierto sus fauces.

La sorprendida Alia ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar cuando Suri la placó. En cuanto sus brazos se cerraron en torno a ella, la estrechó contra su cuerpo y los dos cayeron al suelo. Mientras rodaban por las baldosas Suri vio a Halcón alzar el vuelo con el niño en brazos.

Un segundo después el dragón vomitó un chorro de fuego líquido que se derramó en el lugar en el que la chica había estado poco antes. La piedra chisporroteó como aceite hirviendo, y una espesa humareda se elevó en el aire, cegando a la criatura.

En cuanto dejaron de rodar Alia se sacudió entre sus brazos, alzó los puños y empezó a golpearle para quitárselo de encima. Quizás creía que la estaba atacando. Suri le sujetó las manos para inmovilizarla.

—Apártate, monstruo —gruñó ella—. O haré que lamentes el día que decidiste cruzarte en mi camino.

Suri la dejó libre, más por la sorpresa que por temor a sus represalias. Desde luego aquella no era la bienvenida que él había esperado.

¿Qué narices le pasaba a la muchacha?

Entonces recordó que se encontraba en su forma totémica y que, a ojos de Alia, su apariencia sería tan extraña como la de cualquiera de aquellas criaturas; y con un empujón de su voluntad regresó a su forma humana.

—¿Suri? —balbuceó Alia abriendo mucho los ojos. Una insegura sonrisa afloró a sus labios.

—Sigues complicándome la vida, chica —le dijo él.

Y eso fue lo único que pudo decir, porque cuando quiso darse cuenta sus labios se habían unido en un profundo y largamente ansiado beso.

—Vuelves a ser joven —murmuró ella casi sin aliento cuando sus bocas se separaron—. Y rascas —protestó frotándole la mejilla.

Suri sintió que le faltaba el aire.

Alia temblaba entre sus brazos. Parecía tan frágil.... ¿Había sido siempre tan pequeña?

—¿Por qué has tardado tanto?

—Tenía cosas que hacer. *Portales* que cerrar. Inquisidores que liquidar. ¿No te gusta la barba? Había pensado dejármela.

Ella frunció el ceño.

—No, si tienes intención de volver a besarme. Te he echado de menos.

¿Brazo nuevo?

—También yo te he echado de menos. ¿Te gusta? —preguntó él flexionando los dedos de su prótesis. Alia asintió—. ¿Qué te has hecho en el pelo? Estás distinta.

—Solo es un tinte. Si no te gusta puedo cambiarlo. ¿Por qué hace un momento estabas cubierto de pelo? Parecías una comadreja.

—Un suricata. Es mi *tótem*. Larga historia. ¿Así que ahora eres una Minari?

—Sorpresa —sonrió ella con los dientes apretados.

—Ardilla, si vas a seguir flirteando con la chica será mejor que lo hagáis en otro lugar —le dijo Halcón. El guerrero estaba plantado con las manos en las caderas y una sonrisa torcida en los labios. Su cuerpo seguía cubierto de plumas, y el crío al que había rescatado no parecía poder quitarle los ojos de encima—. Porque no creo que esa cosa esté dispuesta a daros un respiro.

El sonido de gorgoteo podía escucharse de nuevo por encima del gruñido gutural de la bestia, lo que indicaba que se estaba preparando para atacar de nuevo. Suri se puso en pie de un salto, ayudó a Alia a incorporarse y los cuatro se alejaron del *portal* todo lo que la sala les permitió. Bonaserra ya había llegado hasta donde se encontraba el otro chico, y estaba preparando una *lapidación* para lanzarla contra el dragón. El muchacho la había visto, y también él estaba tejiendo un hechizo.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Alia señalando a Halcón. Él joven se sacudió, y sus plumas desaparecieron. En cuanto hubo recuperado su aspecto humano le regaló a Alia una de sus sonrisas más seductoras.

—Este es Halcón —le explicó Suri haciendo rodar los ojos—. Un amigo.

«Aunque no lo será por mucho tiempo si sigue mirándote así», pensó.

—Halcón, ayuda a Partia a distraer a esa cosa —le ordenó al guerrero. Y no lo hizo solo para mantenerlo alejado de Alia.

El dragón profirió otro alarido y avanzó un paso, asomando un poco más el cuello a través del vórtice. Una de sus patas lo atravesó, y cuando tocó el suelo toda la sala tembló.

—Tenemos que hacerle retroceder —gritó el joven flacucho completando un *azote de granizo*. Cuchillos de hielo llovieron sobre el rostro de la criatura, obligándola a cerrar los ojos y a girar la cabeza. Aquello les dio unos segundos de respiro.

Suri estudió al muchacho de arriba a abajo, midiéndole. Podía notar la magia latiendo en su interior. Aquel chico era mucho más poderoso de lo que

aparentaba. Su gesto era serio, aunque no parecía preocupado, sino hastiado.

—Ese es Deimos —le explicó Alia—. Es un graduado, y un Génitor, como tú.

Suri se preguntó cómo lo sabría Alia, pero entonces recordó que la había dejado a cargo de Bretanius. Probablemente el anciano se lo habría contado. Se preguntó qué más le habría explicado el viejo.

Luego examinó al crío al que había rescatado Halcón. Solo era un chavalín. Apenas mediría una vara y media de altura, y era flaco como un alambre. Le recordaba un poco a Ildo cuando tenía su edad. No parecía haber nada de especial en él, pero en una segunda inspección Suri se tropezó con sus ojos, y algo en él consiguió ponerle en alerta. Había algo en su mirada. Era como si tras ella se escondiese un alma vieja.

—Yo soy Kíjob —se presentó el chaval—. Es un honor conocer al infame Suricata.

A Suri le sorprendió que el crío le conociera. Quizás habría oído hablar a sus compañeros de la batalla de la ciudadela.

El Génitor se acercó a ellos y se colocó junto a Alia, demasiado cerca para su gusto. Ni siquiera se molestó en saludarle. Algo le decía que estaba interesado en la chica, y que su repentina aparición le había sentado como una patada en la entrepierna. Eso despertó en él un sentimiento que no había experimentado en décadas, y con el que no sabía muy bien cómo lidiar. Por primera vez en años, Suri estaba celoso.

—Hay que cerrar esa *vía* —dijo el muchacho echando un vistazo a la criatura, que ahora parecía muy ocupada siguiendo los movimientos de Halcón. El guerrero había extendido de nuevo sus alas, y revoloteaba alrededor del *portal*, atrayendo la atención del dragón.

A Suri le sorprendió que aquel chico conociese la diferencia entre un *portal* y una *vía*, pero no dijo nada. Había algo en él que no le gustaba. No confiaba en él; y no tenía nada que ver con sus sentimientos por Alia.

De verdad que no.

—No podemos cerrarla mientras el dragón la esté cruzando —le recordó Suri—. Hay que hacerlo retroceder.

—Dudo que la bruja nos lo permita —dijo Deimos echando un vistazo a Libitina—. Mientras tenga el control, el dragón hará lo que ella quiera.

Suri le echó un vistazo a la mujer. Se encontraba parapetada tras el círculo de invocación, y parecía encontrarse en una especie de trance. Eso no le

sorprendió. Recordaba lo mucho que le había costado a él mantener el control sobre el *Licandro*, así que entendía por lo que debía estar pasando ella.

—Entonces, ¿por qué no lo ha hecho cruzar ya hasta este lado? —preguntó Kíjob.

Esa era una muy buena pregunta.

Lo más lógico habría sido que Libitina les hubiese echado a la criatura encima, y que no se hubiese preocupado por mantener el control sobre ella hasta que les hubiese liquidado. Así que, ¿por qué lo tenía bajo su yugo? ¿Por qué no le permitía cruzar de una vez el *portal*?

—Mierda —gruñó Suri cuando la respuesta se presentó en forma de más rugidos distantes—. Pretende mantener la *vía* abierta para atraer a más de esas cosas hasta nuestro mundo.

—Pues habrá que obligarla a que se mueva —dijo Alia—. Si no podemos frenarla ni hacerla retroceder, la empujaremos para que avance.

—¿No es eso muy peligroso? —preguntó Kíjob tragando saliva.

—¿Más que tener que enfrentarse a una horda de ellos? —arqueó Alia una ceja.

—Está bien —dijo Suri—. Kíjob, Deimos, ayudad a Partia y a Halcón a distraer a la bestia. Yo me encargo de Libitina.

—¿Qué hago yo? —preguntó Alia. Suri la estrechó entre sus brazos y la besó de nuevo.

—Tú espera en la otra sala —le dijo. Alia retrocedió un paso y le cruzó la cara de un bofetón. Aquello le dejó descolocado.

—¿Crees que solo porque ahora soy una Minari voy a empezar a comportarme como una de esas damas que necesitan ser rescatadas? —le soltó. Su mirada incandescente le hizo retroceder un paso—. He aprendido mucho mientras estabas fuera —añadió alzando una mano y cerrándola en un puño.

Un fragmento del suelo fluyó como un chorro de agua y se elevó en el aire como un surtidor. Suri lo vio volar a toda velocidad hacia el dragón, pero en el último momento lo esquivó, viró alrededor del vórtice y le golpeó en la parte posterior de la cabeza. La criatura rugió y avanzó un paso. Su otra pata cruzó el *portal* y se apoyó en el suelo.

Suri dejó escapar un silbido de admiración.

—Vale, lo admito —asintió—. Has mejorado desde la última vez.

—Calla y encárgate de esa bruja —le dijo alzando las manos para lanzar



otro azote contra el dragón. Kíjob y Deimos se unieron a ella, y pronto la criatura se encontró bajo un ataque múltiple que parecía llegarle de todas partes a la vez.

Espoleado, el dragón abrió la boca y descargó otra lengua de fuego. Halcón alzó el vuelo y arrastró a Partia consigo. Unas gotas le salpicaron el uniforme, y en cuanto el guerrero la dejó caer Bonaserra se tiró al suelo y empezó a rodar para apagar las llamas.

El siguiente ataque de Alia, una columna de hielo que había conseguido invocar de la nada, acertó de lleno al dragón en una de las patas, haciéndolo tropezar y obligándolo a avanzar otro paso. Sus alas cruzaron el vórtice, y cuando se agitaron rabiosas levantaron una inesperada corriente de aire que derribó a Halcón. El guerrero rodó al caer, y se incorporó de nuevo con una agilidad que, pese a poseer él mismo, seguía sorprendiéndole.

La mitad del torso de la bestia ya se encontraba a este lado de la *vía*. Un par de azotes más y podrían cerrarla. Ya se preocuparían después de cómo acabar con ella.

Suri aprovechó la confusión para invocar de nuevo a su avatar, y en cuanto sintió su magia invadirle se lanzó hacia las escaleras. Alcanzó el descansillo en tres zancadas, y en cuanto se encontró frente a Libitina alzó su mano de bronce y la descargó contra la barrera mística que la rodeaba. Supuestamente el círculo debía actuar como una especie de escudo, protegiendo a la bruja de cualquier ataque e impidiendo que la magia de otros interfiriese con la suya. Solo así podía estar segura de que nada distraería su atención o rompería su control sobre la bestia.

Pero la mujer no había contado con las propiedades especiales de su brazo metálico.

Cuando Suri le había encargado la prótesis a Karáemon le había pedido que le imbuyera varios hechizos; entre ellos el que le permitía percibir las sensaciones como si se tratase de un miembro real. Había sido idea del herrero incluir otros, como el que alteraba la densidad del metal o el que lo convertía en una especie de pararrayos místico. Suri aún no había probado ese último, pero estaba seguro que funcionaría. No le habría servido de nada contra un *portal de paso* o un escudo; pero aquello no lo era. Aquello era un círculo de invocación diseñado para impedir el paso de la magia. Por eso cuando el bronce entró en contacto con la barrera interrumpió su campo taumatúrgico, deshaciendo la magia que la mantenía alzada.

El retroceso le empujó hacia atrás, lanzándole por encima de la barandilla, y cayó a la planta de abajo. Libitina no tuvo mucha más suerte. La retroalimentación la lanzó contra la pared, rompiendo su concentración y liberando al dragón de su yugo.

La criatura sacudió la cabeza y empezó a retroceder ante los ataques.

—Está funcionando —gritó Partia—. Seguid empujando.

—¡No! —gimió Libitina incorporándose de un salto. Su rostro estaba perlado de sudor. Debía haber usado casi toda su magia para invocar al dragón, porque su aspecto ya no era tan lozano como antes. Parecía haber envejecido un par de décadas de golpe.

—Ríndete, Libitina —le gritó Alia—. No tienes escapatoria.

—Jamás —gruñó la bruja arrancándose el broche que llevaba en la pechera de su vestido, un pasador de oro con forma de gorrión—. Te veré muerta aunque me cueste la vida —dijo antes de llevárselo a los labios—. Ánimus fúgit —gritó.

—Oh, mierda —dijo Suri incorporándose de un salto y echando a correr hacia Alia.

Una luz dorada envolvió el cuerpo de Libitina, y un zumbido bajo y estridente se extendió por toda la sala. Por un momento todo a su alrededor pareció detenerse. Incluso el dragón se quedó paralizado. La luz empezó a pulsar, ganando cada vez más intensidad, y tras cinco o seis latidos se había vuelto tan brillante que les obligó a cerrar los ojos.

El zumbido cesó de repente.

La luz se apagó.

El cuerpo de Libitina cayó al suelo como si sus huesos se hubiesen vuelto de goma.

—¡Todo el mundo fuera —gritó Suri—. ¡Alejaos del dragón!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alia.

—Esa mujer está loca —se le adelantó Partia—. Ha usado un ánimus fúgit.

El dragón hizo entonces algo inesperado: agitó sus poderosas alas y se lanzó hacia adelante, emergiendo por completo del vórtice. Sus cuatro patas aterrizaron en mitad de la sala con un crujido de roca pulverizada. A su espalda, la *vía* se colapsó.

—¿Qué kr'chak es un ánimus fúgit? —quiso saber Halcón.

—Un hechizo de magia negra de la peor clase —le explicó Kíjob. ¿Cómo podía saber eso el chaval?—. Los nigromantes lo usan para mover el alma de

una persona de un cuerpo a otro.

—No me jodas —gimió Alia—. ¿Quieres decir que...?

—Sí —asintió Suri tomándola de la mano y tirando de ella hacia la salida—. No creía que fuese posible, pero esa bruja lo ha conseguido. Su espíritu ha abandonado su cuerpo y ha ocupado el del dragón.

## El traidor

La criatura separó sus fauces y emitió un cacareo que pretendía ser una carcajada. Libitina se estaba riendo, aunque su risa sonaba tan inhumana como la garganta de la que procedía. Alia sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

—Estamos jodidos —rezongó Suri tirando de ella.

El dragón, que se movía ahora con mucha más agilidad que antes, saltó por encima de ellos y aterrizó frente a la puerta, cortándoles la retirada. El suelo tembló, y Alia perdió el paso y a punto estuvo de caer al suelo. Suri la ayudó a enderezarse, y enseguida empezaron a retroceder, pero la criatura apenas les había dejado espacio para maniobrar.

Estaban atrapados.

El dragón abrió su enorme boca, y el aire se llenó con el hediondo aroma del azufre. Un gorgoteo brotó de su garganta, y una luz anaranjada centelleó en su interior.

El monstruo se disponía a calcinarles, y esta vez no podrían alejarse a tiempo.

Suri se colocó frente a Alia y alzó a toda velocidad un *escudo de aire* entre ellos y la bestia. La muchacha no estaba segura de que aquello bastase para frenar la lluvia de fuego. Había visto como aquella cosa había fundido la piedra, y temía lo que podría hacerle a su delicada carne si el escudo no aguantaba. Y aunque lo hiciera, nada les garantizaba que el calor que desprendía no les cociera vivos.

Por desgracia ya no había nada más que pudiese hacer, así que se apretó contra Suri y se preparó para lo peor.

El monstruo abrió aún más su quijada, y cuando parecía que iba a vomitar su fuego sobre ellos sacudió la cabeza y empezó a emitir un extraño quejido que en un humano habría interpretado como un ataque de tos.

Desde el otro lado de la sala, Bonaserra emitió un aullido triunfal.

—Chúpate esa, cabrona —la oyó gritar.

Suri dejó escapar una carcajada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alia confundida cuando el mago tiró de ella para alejarla de allí.

—Partia le ha metido un *ahogo* por la garganta —sonrió complacido—. Libitina tardará un rato en poder volver a escupir fuego.

—Eso solo la hace un poco menos peligrosa —se lamentó Kijob, que se unió a ellos a mitad de carrera—. Hay que buscar una forma de contenerla. Sus zarpas y sus dientes son tan peligrosos como su fuego.

—¡Halcón! —oyó a Suri llamar al joven emplumado, que seguía revoloteando en torno a la criatura, lanzándole tajos con su enorme hacha de piedra. Por desgracia sus golpes no parecían hacer demasiada mella.

El joven aterrizó junto a ellos. Suri se descolgó una pequeña bolsita de cuero del cinto, metió la mano en su interior y sacó algo que enseguida se guardó en el bolsillo. En cuanto la hubo cerrado se la pasó a Halcón.

—Dale esto a Partia —le pidió—. Ella sabrá qué hacer.

Entonces se acercó el puño a los labios, pronunció un par de palabras e invocó su espada antes de ofrecérsela al muchacho. La hoja de *Shadzar* brillaba con un fulgor rojizo cuando cambió de manos.

—¿Querías probarla? —le dijo con una sonrisa—. Pues esta es tu oportunidad. Haz sangrar a esa bestia.

El guerrero sonrió mostrando todos sus dientes antes de volver a lanzarse al aire. Esta vez su primera pasada logró abrir un tajo del tamaño de su brazo en el lomo de la bestia. El aullido de Libitina a punto estuvo de reventarle los tímpanos.

Bonaserra atrapó al vuelo la bolsita cuando Halcón se la lanzó. La abrió, echó un vistazo a su interior y sus ojos se iluminaron como los de un niño la mañana de Yule. Alía la vio sacar algo de su interior y acercárselo a la boca antes de lanzarlo contra el dragón. El objeto golpeó el suelo junto a sus patas, y una docena de pequeñas criaturas parecidas a las ratas brotaron de la roca y treparon por las extremidades de la bestia. En cuanto alcanzaron la herida abierta, empezaron a hurgar en ella.

Libitina trató de quitárselas de encima restregándose contra una de las paredes, pero un par de aquellas cosas ya se habían colado bajo su piel, y le estaban mordisqueando la carne. Quizás aquello no bastase para dañarla, pero sin duda supondría una incómoda molestia.

—Solo la estamos cabreando más —dijo Suri cuando el dragón empezó a sacudir la cola con vehemencia, golpeando las paredes y barriendo el suelo peligrosamente cerca de donde se encontraban. Varias piedras se desprendieron del techo, y un pedazo de pared cedió ante uno de sus envites,

abriendo un boquete del tamaño de una calabaza—. Tenemos que encontrar una forma de detenerla, o acabará derribando el techo sobre nuestras cabezas.

—¿Se te ocurre algo? —le preguntó Alia mientras se concentraba en usar un puñado de su magia para hacer descender la temperatura del suelo. Una capa de escarcha se formó bajo los pies del dragón, volviendo su paso inseguro. Bonaserra aprovechó su confusión para lanzarle algo que estalló al entrar en contacto con sus escamas y logró desequilibrarle.

—Sí, pero voy a necesitar que lo entretengáis un poco más. Lo que voy a hacer es muy peligroso. Un error, y podría reducir la mansión entera a escombros.

—Unos minutos más y será el dragón quien lo haga —le hizo notar Kíjob.

Suri se sentó en el suelo, en un rincón, y Alia le vio trazar un círculo de invocación a su alrededor. Una barrera parecida a la que había usado Libitina se alzó a su alrededor, y la joven rezó a los Dioses para que el mago tuviese éxito en lo que se proponía hacer. Si fracasaban, sus vidas no serían las únicas que estarían en peligro. Alia estaba segura de que la bruja iría a continuación en busca de su padre; y estaba tan desquiciada que la creía capaz de descargar su frustración contra toda la ciudad.

Debían detenerla aunque les costase la vida.

Kíjob y ella echaron a correr hacia el otro lado de la sala. Su intención era colocarse en el extremo opuesto a Bonaserra, que seguía lanzando un objeto imbuido tras otro contra el dragón, y atraparlo en el fuego cruzado. Halcón todavía lo espoleaba desde el aire. Sus ataques servían de distracción para que la capitana pudiese seguir atacándole con impunidad.

—¿Dónde está Deimos? —le preguntó a Kíjob barriendo la sala con la mirada. Hacía rato que había perdido de vista al Génitor, y estaba empezando a preocuparse por él.

—No lo sé —respondió el chaval—. Pero ve con cuidado. No confíes en él.

—¿Por qué dices eso? —se sorprendió ella—. Deimos es mi amigo. Me ha salvado la vida en más de una ocasión.

—Eso último no te lo discuto, pero no deberías confiar en él. No es quien dice ser.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo tampoco soy quien tú crees —respondió el muchacho sin dejar de correr.

Alia estuvo a punto de detenerse en seco. ¿Estaba Kíjob hablando en serio?

No. Eso no era posible.

Su cabeza empezó a girar, analizando cada situación, cada momento que había compartido con Deimos, buscando algo que respaldase las acusaciones del chiquillo. Por desgracia, aquel no era ni el mejor momento ni el mejor lugar para permitirse una distracción como aquella.

No se dio cuenta de que algo pasaba hasta que Kíjob chocó con ella y la derribó. Estaba a punto de protestar cuando vio la cola del dragón pasar por encima de ellos. Unos segundos más, y la criatura la habría golpeado con fuerza suficiente para partirla en dos.

—Céntrate —la regañó el chaval ayudándola a ponerse en pie.

—¡Esto no sirve de nada! —gritó Halcón desde el aire—. Sus heridas se cierran en cuanto se las hago —dijo antes de lanzarse en picado contra una de las patas de la bestia.

El tajo que le lanzó debería habérsela amputado de cuajo, pero lo único que consiguió fue hacer un corte superficial en su dura piel. Libitina profirió un aullido de dolor y volvió la cabeza hacia el guerrero. Alia escuchó el gorgoteo, y temió que el dragón vomitaría su fuego sobre el muchacho; pero lo único que brotó de su garganta fue una espesa humareda gris.

—Pues habrá que buscar otra forma de detenerla —dijo Bonaserra—, porque parece que el ahogo está perdiendo efecto.

A su lado Kíjob preparaba otro hechizo, algo relacionado con el metal, si no había interpretado mal los símbolos que estaba usando. Alia empleó su magia para intentar recrear las espinas de cristal que había usado contra Pernaces, pero fundir la roca no era tan sencillo como manipular la arena, y lo único que logró fue alterar la viscosidad del suelo.

«Tendrá que servir», se dijo cuando vio las patas del dragón hundirse en lo que ahora parecía tener la consistencia del barro. Aquello no lo detuvo, pero consiguió ralentizarlo lo suficiente para que Kíjob pudiese completar su hechizo. Y cuando lo activó todos los objetos de metal que había en la sala —armaduras y armas decorativas, *candelabros* e incluso los clavos que sujetaban los maderos de las escaleras— volaron hacia el monstruo. Era como si el hechizo hubiese convertido a Libitina en un gigantesco imán.

Por desgracia ella se lo sacudió como si se tratase de un puñado de molestas moscas.

El suelo tembló cuando Bonaserra hizo brotar lianas y raíces a los pies del dragón. Las enredaderas, que parecían tener voluntad propia, se alzaron en el

aire y se enmarañaron en torno a sus patas, inmovilizándolas. La capitana aprovechó aquel pequeño respiro para lanzarle un *yunque de Hefesto*.

De momento Halcón y ella se las estaban arreglando para mantener al dragón distraído, aunque Alia dudaba que pudiesen hacerlo por mucho más tiempo. Tarde o temprano su bolsa de trucos acabaría por vaciarse.

—Halcón, ciégale —oyó ordenar a Bonaserra. El guerrero asintió y se lanzó contra el rostro del monstruo empuñando a *Shadzar*.

—¡No! —gritó Alia. Pero ya era demasiado tarde. Bonaserra debía haber olvidado que no se enfrentaban a una criatura sin mente, sino a la propia Libitina; y la mujer había entendido perfectamente las instrucciones que la capitana le había dado al hombre emplumado.

El dragón esperó hasta que el muchacho se encontró lo bastante cerca para actuar, y con un golpe de cola lo derribó del cielo, lanzándole contra una de las paredes. Su cuerpo impactó con un crujido que hizo que Alia apretase los dientes, y el joven cayó al suelo, inconsciente. O al menos eso esperaba.

Bonaserra, preocupada por él, se lanzó a la carrera solo para encontrarse con una de las zarpas de la bestia en su camino. El golpe la aplastó contra el suelo, y Alia creyó oír el sonido de huesos al quebrarse.

Libitina se volvió entonces hacia ella y sonrió.

Aquello resultó ser lo más horrible que Alia había visto en su vida.

Kíjob se apresuró a interponerse entre ella y la criatura cuando esta abrió sus fauces. Por desgracia eso no serviría de mucho. El gorgoteo había regresado, y la luz anaranjada brillaba de nuevo en el fondo de su garganta. Si vomitaba fuego, ambos morirían calcinados.

—Dioses, no —gimió Alia.

Y cuando creía que todo acabaría allí, percibió movimiento por el rabillo del ojo; una mancha de color gris que cruzó la sala a una velocidad imposible y que se las arregló para trepar por la cola del dragón.

—Gracias por entretenerla —dijo Suri agazapándose sobre su lomo. Su cuerpo volvía a estar cubierto de vello, y Alia habría jurado que sus dientes y uñas eran ahora tan afilados como agujas—. Ya me encargo yo de ella.

Libitina trató de quitárselo de encima, pero Suri había clavado sus garras entre sus escamas, y consiguió sujetarse a pesar de sus violentas sacudidas. El dragón torció la cabeza para lanzarle un bocado, pero ya era demasiado tarde. Suri había desenfundado de su cinto una pequeña daga con la empuñadura



blanca y la hoja negra, y la sostenía en sus manos. Alia no sabía lo que se proponía hacer con ella, pero temió que no bastase para detener a la bestia.

—*Incárcerus* —gritó el mago mientras clavaba la hoja en la dura piel de la criatura.

Alia parpadeó cuando la vio hundirse con la facilidad con la que una piedra se hunde en el agua. Suri saltó hacia el suelo con agilidad sobrenatural y aterrizó junto a ellos.

—Al suelo —les dijo. Kíjob y ella obedecieron.

El aire siseó como una olla hirviendo.

Un tañido lejano resonó por toda la sala.

Una súbita corriente de aire sopló desde todas partes a la vez.

Algo tiró de ella, y tuvo que sujetarse a Suri para no ser arrastrada. Kíjob se agarró de uno de sus brazos cuando la corriente le atrapó a él también.

Un destello de luz envolvió al dragón, y Alia tuvo que cerrar los ojos para que no le ardieran las retinas. Y cuando volvió a abrirlos el dragón había desaparecido.

Suri se incorporó y se sacudió la ropa. Había una sonrisa en sus labios. La daga estaba en el suelo, y parecía pulsar con vida propia. Suri se acercó a ella y la recogió.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Alia—. ¿Dónde está el dragón?

—Aquí —dijo Suri jugueteando con el arma. La joven frunció el ceño—. ¿Recuerdas al *Licandro*? —le preguntó.

—¿Quieres decir que lo has encerrado en el cuchillo? —preguntó Kíjob.

—En una dimensión de bolsillo, en realidad. Pero sí, lo he ligado a la daga.

—Entonces, ¿todavía es posible traerla de vuelta? —quiso saber Alia.

—Usando el hechizo adecuado —asintió él.

—¿Y para eso es necesaria la daga?

—Así es.

—Bien —dijo ella quitándosela de las manos.

Alia buscó el poder que latía en su interior y lo vertió en su brazo como lo había hecho cuando se había enfrentado a Perníobe. Entonces cerró la mano en torno a la daga. De haber sido de metal, aquello no habría funcionado; pero estaba hecha de hueso y obsidiana, mucho más frágiles y quebradizos.

Se escuchó un crujido, y cuando abrió la mano solo quedaba de la daga un puñado de polvo gris.

—A ver como sales de esta, zorra—escupió sacudiéndose el polvo de los

dedos.

Suri la estrechó entre sus brazos y Alia buscó su boca. El beso le supo a triunfo, más dulce que cualquier cosa que hubiese experimentado hasta entonces.

—Voy a asegurarme de que Partia y Halcón están bien —le dijo. Alia asintió y le vio cruzar la sala a la carrera.

—¿Lo hemos conseguido? —preguntó Kíjob, incrédulo. El muchacho tenía los ojos muy abiertos y sonreía, pero en cuanto vio la expresión de Alia su gesto cambió.

—¿Qué has querido decir antes con eso de que no eres quien yo creo? —le preguntó. No se había olvidado de la confesión del muchacho. Kíjob suspiró. No por primera vez desde que le conocía, Alia vio algo en su mirada, una profundidad y una madurez que no debería tener.

—Es cierto que soy el hijo ilegítimo de Étrigan Camerelis —empezó—, pero no tengo once años, y mi nombre no es Kíjob. Me llamo Kílian Jobiner, tengo veintiséis años, y soy Inquisidor. Trabajo para tu abuelo. Fue él quien me puso en la Academia para mantenerte vigilada.

—No —balbuceó Alia retrocediendo un paso—. Eso no es posible.

—Lo siento —se disculpó el muchacho apartando la mirada—. A tu abuelo le preocupaba que los demonios trataran de capturarte de nuevo, por eso me encomendó la misión de protegerte. Y eso he estado haciendo todo este tiempo.

Alia no estaba preparada para una confesión como aquella. De hecho, ni siquiera sabía cómo tomárselo. Por una parte estaba enfadada con él y con su abuelo por cómo la habían engañado y manipulado, pero por otra se sentía agradecida. Después de todo, Kíjob —o Kílian— era familia, y la familia se ocupa de cuidar de los suyos.

Pero había algo más; algo que seguía preocupándola.

—¿Qué hay de Deimos? —le preguntó echando otro vistazo a la sala. El Génitor seguía desaparecido, y Alia ya no sabía qué pensar. No quería creer que el muchacho era un cobarde que había huido a la primera señal de peligro, pero su ausencia era sospechosa.

—No sé quién narices es ese tipo —le dijo Kíjob—. Pero puedo asegurarte que no se trata del verdadero Deimos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Deimos y yo estudiamos juntos. Éramos compañeros de clase.

Por eso siempre evitaba acercarme a ti cuando estabas con él. Temía que me reconociera. Pero no lo hizo, porque no es el verdadero Deimos.

—Esa es una excusa muy pobre —replicó ella—. Quizás no te reconociera porque no esperaba verte con este aspecto.

—¿De verdad no has notado nada extraño en él o en su comportamiento? Porque puedo asegurarte que este no es el Deimos que yo conocía.

Alia pensó en ello. Era cierto que había visto un par de cosas que le habían llamado la atención, como que Weep le atacara en la biblioteca sin una provocación, o que las esporas de aquel lorkin no le hubiesen afectado como a los demás. Pero eso no era motivo suficiente para desconfiar de él. Además, Deimos la había ayudado cada vez que había estado a punto de perder el control. De no ser por él, quizás no habría sobrevivido. Y también les había ayudado a mantener ocupada a Libitina cuando habían evacuado a su familia.

No. Kíjob tenía que estar equivocado. O eso, o le estaba mintiendo.

—Solo tengo tu palabra —le dijo—. Y ya me has mentido una vez. ¿Por qué debería confiar ahora en ti?

—Porque está diciendo la verdad —habló una voz desde todas partes y ninguna a la vez. Alia y Kíjob buscaron a su dueño con la mirada, pero allí no había nadie. Suri, que estaba atendiendo a una dolorida Bonaserra, alzó la cabeza y miró en su dirección—. Quizás no debería haberme conformado con conservar solo los recuerdos recientes del Génitor —añadió—. Pero ¿cómo iba yo a suponer que alguien de su pasado aparecería para fastidiarme los planes?

El aire se agitó a su derecha, y algo invisible atrapó a Kíjob y lo alzó por los aires. El chico trató de resistirse, pero era como si una enorme mano invisible se hubiese cerrado en torno a él, inmovilizándole. Alia le vio forcejear, tratando de respirar.

—Por cierto, buen trabajo con el dragón. Habría intervenido, pero me ha parecido que lo teníais todo bajo control, y sentía curiosidad por ver cómo lo solventabais. Me ha gustado vuestra solución. Muy creativa —dijo con una nota de humor—. Lo cierto es que no esperaba que Libitina se apartase del plan. Ese es el inconveniente de tratar con aficionados —chasqueó la lengua—; tienen la mala costumbre de pensar por su cuenta. Pero ¿dónde estábamos? Ah, sí. El falso niño. ¿Por qué no vemos cómo eres en realidad? Tal vez eso me refresque la memoria.

Las facciones de Kíjob empezaron a cambiar, pero no fue algo fluido, como

ocurría cuando un *glamur* se disolvía. El efecto era más parecido a ver envejecer una década en un parpadeo. Kíjob seguía pareciendo el mismo, aunque ya no era un niño, y había crecido varias pulgadas. La túnica, que no había cambiado con él, le quedaba estrecha de los hombros y el pecho, y ahora solo le llegaba hasta las rodillas.

—No —dijo la voz con tono casual—. Sigues sin sonarme de nada.

—¿Quién eres? —le preguntó Alia al falso Deimos—. ¿Qué eres?

Deimos rió.

—¿De verdad tienes que preguntarlo? —su voz sonaba distinta. Más grave, profunda y algo cavernosa.

—Da la cara, cobarde —gritó mirando en derredor.

—Como quieras —respondió.

El aire osciló, y el Génitor se materializó a pocos pasos de donde se encontraban. Alia pudo ver entonces el zarcillo de humo negro que parecía brotar de una de sus manos y que envolvía por completo a Kíjob.

—Alia —gritó Suri desde el extremo opuesto del salón antes de echar a correr hacia ella. Deimos agitó una mano y un muro invisible se interpuso en su camino. El mago se estrelló contra él con tanta fuerza que salió rebotado hacia atrás y cayó al suelo.

—Parece que le has fallado al viejo —le dijo Deimos a Kíjob ignorando por completo a Suri. En su voz había una nota de diversión—. Pero no te preocupes. No tendrás mucho tiempo para lamentarlo.

—No, por favor —le suplicó Alia. Pero ya era tarde. La nube se compactó en torno al muchacho, aplastándole. Y con un crujido, su cuerpo implosionó.

Alia dejó escapar un alarido.

—¡Maldito hijo de perra! —gritó —Acabaré contigo.

La rabia había prendido un fuego en su interior, y Alia dejó que ardiera con tanta fuerza que amenazaba con consumirla. Pero no se detendría. Destrozaría a aquel miserable como había hecho con Toth.

La mansión entera se sacudió cuando la muchacha recurrió a la magia que les rodeaba para alimentar su poder. Deimos dejó escapar una carcajada.

—Adelante —la pinchó—. Enséñame de lo que eres capaz.

Alia concentró todo su poder en una pequeña esfera y la lanzó contra el falso Deimos. Aquello era magia en estado puro, y Alia sabía lo que podía hacer. Pero cuando se encontraba a un suspiro del Génitor el muchacho alzó

una mano y la detuvo con la facilidad con la que habría atrapado un copo de nieve.

La esfera bañó su mano, parpadeó y desapareció.

—¿Cómo es posible? —gimió Alia.

—¿Acaso creías que eras la única capaz de absorber magia? —le preguntó Deimos—. ¿De verdad creías que podrías dañarme? —añadió con una sonrisa—. Solo eres una principiante. Apenas has rozado una fracción del potencial de la Fuente. Yo he tenido milenios para dominarla. Yo soy el Guardián del Manantial.

—Korro'th —siseó Suri desde el otro lado de la barrera invisible. Alia ni siquiera se había dado cuenta de que el mago había estado tratando de derribarla, pero nada de lo que le lanzaba parecía funcionar.

—En carne y hueso —sonrió el muchacho—. Más o menos. En realidad mi cuerpo se encuentra muy lejos de aquí. Este es solo un préstamo, aunque me temo que ya no hay nadie que pueda reclamarlo. La mente de Deimos no ha soportado la tensión de la posesión.

—Maldito hijo de perra —dijo Alia avanzando un paso hacia él—. Pagarás por esto.

Su sangre hervía. Aquel era el cabrón que había traído la muerte y la destrucción a su vida; el responsable de lo que le había ocurrido a Mirsa, Oria, Kíjob y tantos otros inocentes. Incluso Deimos. El pobre había sido solo otra víctima más en el retorcido juego del Señor de la Guerra. ¿Y todo por qué? ¿Para conseguirla a ella?

¿Qué tenía ella de especial?

—Vamos, Alia; ya lo has intentado una vez. ¿De verdad crees que vas a poder dañarme? —sonrió Korro'th con los labios de Deimos—. ¿Por qué no acabamos con esto de una vez por todas? Ven conmigo y dejaré vivir a tus amigos.

—No te lo permitiré —dijo Suri preparando otro hechizo.

—Oh, el inefable Suricata. Markin Dagg. ¿Qué haces todavía con vida? —dijo volviéndose hacia el mago—. Creía que a estas alturas ya serías pasto de los gusanos. ¿Y cómo has conseguido recuperar tu magia? Hueles a... Espera, ¿es eso nigromancia? No, es otra cosa —añadió chasqueando los labios—. Pero hay una mácula en tu interior. Puedo verla —sonrió—. Y pronto todos podrán hacerlo. —Korro'th alzó una mano, y la barrera desapareció—. Está bien, mago. Demuéstrame de lo que eres capaz.

Suri se lanzó hacia él a tal velocidad que Alia ni siquiera notó que se había movido hasta que su mano metálica se cerró en torno al cuello de Deimos.

De Korro'th.

Él ni siquiera se inmutó, y con absoluta parsimonia alzó una mano y tocó la prótesis de Suri con la punta de uno de sus dedos. El metal empezó a fluir y a cambiar ante sus ojos, retorciéndose como un nido de serpientes azuzado por una antorcha. Suri profirió un alarido y cayó al suelo.

—Tal vez no deberías haber enlazado el metal con tus terminaciones nerviosas —dijo Korro'th—. Estoy seguro que ahora mismo te arrepientes de haberlo hecho.

Suri sujetaba como podía el amasijo de hierro retorcido, que aún seguía unido a su hombro. Su rostro estaba cubierto de sudor y lágrimas —de dolor, suponía Alia—, aunque no parecía dispuesto a rendirse.

—Asombroso. Sigues resistiéndote —dijo Korro'th. Parecía gratamente sorprendido—. He conocido a muchos mártires, algunos tan recalcitrantes como tú. Todos acabaron igual —añadió alzando una mano. Una nube negra brotó de su palma y envolvió a Suri.

—¡Basta! —gritó Alia—. Acepto. Déjalos vivir y me marcharé contigo.

—¡Alia, no! —gritó Partia desde el otro extremo de la sala. La capitana apenas podía moverse, pero a pesar de todo trató de incorporarse. Deimos agitó una mano y lanzó a la mujer contra la pared.

—Maleducada —resopló—. ¿Por qué debería dejarles con vida? —dijo volviéndose hacia Alia—. No te engañes; ya eres mía. No te quedan cartas con las que negociar.

—Te equivocas —sonrió ella.

Y como lo había hecho la noche del combate contra Pernaces, extendió sus sentidos hasta que hizo contacto con la magia que la rodeaba. Había mucha, y la mayor parte se concentraba en los hechizos que mantenían a flote la mansión. Lentamente empezó a tirar de ella, absorbiéndola. La mansión se sacudió un par de veces antes de precipitarse al vacío.

—¿De verdad estás dispuesta a sacrificar a tus amigos? —le preguntó Korro'th.

—Tú piensas hacerlo de todas formas —le recordó ella. La plataforma seguía cayendo, y cada vez aceleraba más. Podía sentirlo en la boca del estómago.

—Cierto —asintió Korro'th—. Pero debes saber que aunque consigas

estrellar la casa contra el suelo, la caída no me matará —presumió él.

—Quizás —sonrió Alia—. Pero a mí sí. Y según creo me necesitas con vida.

Entonces Korro'th hizo algo inesperado: se echó a reír.

—Por eso me gustas —dijo—. Tienes agallas. Está bien. Si me acompañas, tus amigos sobrevivirán para luchar otro día.

Alia asintió, dejó de absorber poder y devolvió el que había robado a los hechizos de suspensión. La plataforma dejó de caer, y lentamente se fue estabilizando.

Korro'th gesticuló, y un *portal de paso* se abrió junto a ellos

—Vamos. Hay mucho que hacer.

Alia echó un vistazo a Suri, que seguía atrapado en la niebla negra del Caudillo.

—Antes déjale libre —le ordenó. No confiaba en su palabra, y quería asegurarse de que cumplía su promesa. Korro'th suspiró, pero acató su orden.

Suri cayó al suelo, tosiendo y tratando de recuperar el aliento.

—Está bien. Vámonos —dijo el Caudillo pasando una mano por encima de su hombro y conduciéndola hacia el vórtice. Suri trató de detenerles, pero las piernas le fallaron.

—¡Alia, no! —le oyó gritar antes de adentrarse en el *portal*.

«Lo siento, mi amor», pensó mientras la oscuridad les envolvía.

## Epílogo

Ártemus Minari esparció el fajo de papeles sobre la superficie de su escritorio. Tenía frente a él las fichas de un puñado de Inquisidores; catorce en total. Todos ellos habían desaparecido tras el ataque a la mansión Pizcazu, aunque de acuerdo con los informes solo cinco habían perecido durante la batalla. Los otros nueve simplemente se habían esfumado, como el propio Molokai o Rangli, su lameculos particular. Por desgracia era imposible determinar si esos eran los únicos que habían participado en el complot. Ártemus sospechaba que entre sus hombres seguía habiendo algunos leales al depuesto Inquisidor Supremo, aunque era imposible confirmarlo.

Por eso debían andarse con pies de plomo. Ya no sabía en quién confiar.

El primer decreto de Ártemus Minari en cuanto había recuperado su cargo anterior había sido emitir una orden de arresto contra los nueve desaparecidos. Solo los Dioses sabían dónde estarían escondidos en aquellos momentos. Dagg estaba convencido que habían abierto un *portal* hasta el mundo natal de Korro'th, y que se habían marchado llevándose a Alia con ellos. Tras encontrar el cuerpo sin vida del pobre Deimos abandonado en un callejón, Ártemus estaba inclinado a creerle.

¿Cuánto tiempo habría pasado Korro'th dentro del cuerpo del muchacho? ¿Cuánto habría aprendido de él? Deimos había tenido acceso a Charnok debido a sus tareas como Génitor. ¿Habría sido él quien había convencido a Molokai y a sus seguidores para que le ayudaran o el chico había sido solo una víctima propiciatoria, una herramienta más para sus planes?

Cuando recordaba las confidencias que había compartido con Deimos, a Ártemus se le helaba la sangre. Y pensar que había sido él quien le había animado a acercarse a Alia...

Le preocupaba que Korro'th tuviese ahora a su nieta. Le ponía los pelos de punta. Dagg había tratado de tranquilizarle diciéndole que el Caudillo la necesitaba con vida, aunque todavía no sabían exactamente para qué. Markin sospechaba que estaba relacionado con la capacidad de la muchacha para absorber magia, aunque eso no era lo único que la hacía especial. Y Ártemus lo sabía.



Cuando había examinado a la chica poco antes de ser aceptada en la Academia, Ártemus había descubierto que Alia no solo era capaz de rehacer la realidad a su antojo, sino que además poseía una conexión directa con la Fuente de Toda Magia.

Alia era una Simiente; una descendiente de los Dioses.

Habían transcurrido milenios desde el nacimiento de la última Simiente, por lo que ya nadie parecía recordar que en el pasado su existencia había sido algo habitual. Por aquel entonces los Dioses todavía se encontraban en la Tierra, y no era extraño que se aparearan con humanos y tuviesen descendencia con ellos. Se les conocía como Simientes o Semidioses, y las leyendas estaban plagadas de ellos: Teseo, Heracles, Gilgamesh, Dumuzi, Cerción o los Shemsu Hor, que gobernaron las tierras del Nilo durante siglos.

Alia era uno de ellos, aunque no se trataba de una descendiente directa. Pero por sus venas corría sangre divina, y había sido necesaria una combinación precisa de líneas de sangre para propiciar su nacimiento.

La idea de que ahora estuviese en manos de un conquistador que había invadido más mundos de los que él sabía siquiera que existían no le tranquilizaba en absoluto.

Ártemus recogió los papeles cuando llamaron a la puerta.

El joven asomó la cabeza antes de entrar, como pidiendo permiso, y el Inquisidor Supremo hizo un gesto con la mano, invitándole a entrar.

—¿Hay novedades? —le preguntó al muchacho.

—Todavía no. El Consejo aún no ha decidido la fecha para la elección de su nuevo líder —le explicó.

Ártemus asintió. Tras lo ocurrido durante la fiesta de Proclamación el Consejo al completo había decidido deponer a Zebolan Datro —algo que, a su parecer, debería haber ocurrido mucho antes—, y ahora se preparaban para elegir a su sucesor, el nuevo Gran Archimago. El problema era que entre los candidatos mejor posicionados se encontraba Pancisto Bretanius. Quizás Datro fuese un cobarde, pero Bretanius era un oportunista más preocupado por sus propias ambiciones que por el buen funcionamiento de la Academia, y le preocupaba que pudiese acceder al cargo.

—¿Qué hay de Dagg?

—Desaparecido. Se marchó hace un par de días, y no le ha contado a nadie hacia dónde se dirigía.

—Desconfía de todo el mundo —asintió el anciano—. Es comprensible,

después de lo ocurrido. ¿La chica tampoco sabe nada?

—Ella dice que no. Y yo la creo.

—¿Qué hay de Bonaserra?

—Ha rechazado el cargo y ha abandonado la Brigada. Tengo entendido que ella y el extranjero se han instalado en la mansión de Suricata.

—Estaba seguro de que si le ofrecíamos recuperar su antiguo cargo lo aceptaría —dijo el hombre con tristeza—. Es una lástima. Habría sido un activo muy valioso. ¿Has podido revisar las notas de Kílian?

—Las he acabado esta tarde —asintió el muchacho—. Por desgracia no hay nada que nos sea de utilidad. ¿Tío, puedo preguntarte algo? —dijo entonces. Ártemus asintió—. ¿Por qué le escogiste precisamente a él para vigilar a Alia?

—¿Y por qué no? —se encogió de hombros—. Necesitaba a alguien de confianza para que mantuviera un ojo en la chica, y Kílian era de la familia. De hecho, fue idea de tu abuela. Fue ella quien propuso rejuvenecerle, darle un nombre falso y hacerle pasar por un estudiante de primero. Incluso convenció a tu tío para que patrocinase su entrada en la Academia. Era la mejor forma de colocarle cerca de mi nieta. Por cierto, ¿cómo está mi hermana? ¿Sigue enfadada contigo?

—No estoy seguro. Ya sabes cómo es. Desde luego no le hizo mucha gracia descubrir que la había estado engañando. Se ha encargado de dejármelo claro unas cuantas veces.

—¿Y eso te sorprende? —Ártemus frunció el entrecejo—. Por todos los Dioses, muchacho. Has estado tonteando con una *lorkin*. ¿Acaso no te parece razón suficiente para que tu abuela decida tomar cartas en el asunto?

Triano tuvo la decencia de parecer mortificado, aunque no arrepentido.

Si el muchacho insistía en perseguir una relación con la criatura, no le quedaría más remedio que intervenir.

—Por cierto, tenías razón en una cosa —añadió Triano—. Hay una colonia de *lorkin* en la ciudad. No sé dónde se encuentra exactamente, pero debe de haber más de trescientos viviendo en algún lugar bajo tierra.

—Interesante —asintió Ártemus Minari—. Creo que, en vista de la situación actual, es necesario hacer todo lo posible por localizarla. ¿No crees?

Triano asintió.

—Me pondré con ello enseguida —dijo antes de abandonar el despacho.

Una ciudad *lorkin* oculta en el corazón de Hefestia.

Quizás las cosas estaban a punto de mejorar, después de todo.

El aire helado azotó con saña el rostro de Mikuo Ziraya cuando salió del *portal*. Mikuo había nacido en la frontera con el imperio Bizantino, a la sombra de los Colmillos de los Dioses, por lo que el frío no le era extraño. Pero aquel era distinto. Era antinatural. Su aullido recordaba al lamento de un ejército de no-muertos, y le ponía la piel de gallina.

Mikuo se caló la capa de piel de oso y avanzó con paso vacilante hacia la fortaleza que se alzaba en la distancia. Era un engorro tener que caminar en aquella ventisca, pero habría sido poco inteligente intentar abrir el *portal* más cerca de los terrenos del castillo. A saber con qué clase de defensas estaría protegido. La guarida del Rey Necromante era conocida por ser uno de los lugares mejores guardados del planeta, y Moskvá estaba considerada como una de las ciudades más peligrosas del planeta.

Pero eso no asustaba a Mikuo, porque sabía que nadie se atrevería a hacerle daño.

Cuando Molokai se había puesto en contacto con el Rey Necromante para solicitar una audiencia, el monarca había ofrecido salvoconducto a su emisario, y la promesa de devolverlo a Hefestia de una pieza. El Gran Señor le había encomendado a él esa misión, y Mikuo se sentía honrado. En esta ocasión sería su portavoz; en el futuro, quizás ascendería aún más en la jerarquía de la corte.

Le llevó media hora alcanzar la ciudad. El valle en el que se alzaba era tan amplio que sus límites se confundían con el horizonte, aunque quizás eso fuese porque la nieve la cubría casi por completo.

Lo cierto era que Mikuo no había sabido qué esperar. Se contaban muchas cosas sobre Moskvá, aunque casi todo eran rumores de segunda o tercera mano. Por eso le sorprendió encontrarse con aquella ciudad tan desarrollada. Uno habría creído que el reino de un nigromante sería un lugar lúgubre y hostil, pero aquella urbe no tenía nada que envidiarle a la propia Hefestia.

Bueno, quizás el clima.

Pero pese al mal tiempo había gente en las calles, aunque parecían más preocupados por sus propios asuntos que por el forastero cuyo aspecto debería haber llamado su atención. También le sorprendió que fuesen tan mal

vestidos y tan poco abrigados. Ni siquiera alguien acostumbrado a las nieves perpetuas de Radamantis saldría así a la calle.

No fue hasta que pasó junto a uno de ellos que entendió el por qué.

Aquello no eran personas normales y corrientes.

Eran reanimados.

Sus pieles eran grises, sus ojos vidriosos, y sus cabellos y rostros estaban cubiertos de escarcha. Uno de ellos casi tropezó con Mikuo, y el Inquisidor sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

Su seguridad vaciló, y Mikuo apretó el paso.

Cuando llegó frente a las puertas del palacio del Tártaro le faltaba el aliento, y se dio cuenta de que había completado el trayecto casi a la carrera. Eso le hizo sentirse un poco estúpido. Él era el emisario del Gran Señor, y nadie se atrevería a hacerle daño.

El guardia al que anunció su presencia le condujo a través de un intrincado laberinto de pasillos fríos y oscuros, galerías mal ventiladas y corredores que olían a muerte y corrupción. Mikuo arrugó la nariz y se negó a pensar de dónde procedería aquel hedor. Tal vez del propio guardia que le acompañaba. Algo le hacía sospechar que también se trataba de un no-muerto, aunque el Inquisidor nunca había visto a uno tan... espabilado. Por alguna razón siempre que pensaba en ellos se imaginaba criaturas sin mente de miradas vacías vagando sin un propósito concreto. Aunque claro, ¿qué sabía él en realidad de la nigromancia? Hacía casi ochenta años que Atroreth no se relacionaba con Radamantis, y en ese tiempo muchas cosas podrían haber cambiado.

La taumaturgia había evolucionado. Quizás también la nigromancia lo había hecho.

El guardia se detuvo frente a unas macizas puertas de madera, abrió una de ellas y con una mano le indicó que entrara. Mikuo obedeció, porque a aquellas alturas era lo único que podía hacer, y se adentró en la sala.

Aquel debía ser el salón del trono, o eso supuso por el enorme sitial de madera que había al fondo, sobre un atrio que se alzaba casi una vara por encima del nivel del suelo. La sala estaba en penumbras, apenas iluminada por un par de *candelas* que ardían en el techo. Mikuo habría jurado que no había nadie más allí dentro, y por un momento se quedó plantado frente a la puerta sin saber qué hacer.

—Adelante —dijo una voz que parecía provenir de las sombras. El

Inquisidor se sobresaltó, aunque hizo todo lo posible por evitar que se notara que estaba temblando.

El Rey Necromante emergió de entre las sombras y empezó a caminar hacia él.

Mikuo no había sabido que esperar. Se contaban tantas historias sobre Smiertzievitch que no podía estar seguro de cuáles serían ciertas y cuáles pertenecerían a la mitología que el monarca había erigido en torno a su figura. Había quien decía que Smiertzievitch era un no-muerto, que su piel era como pergamino y que su aliento olía a sepultura. Otros afirmaban que era más viejo que el propio tiempo, que su edad se contaba por milenios y que era una momia macilenta con más arrugas que súbditos. Algunas leyendas le atribuían un origen demoniaco, y afirmaban que su madre había sido violada por una criatura de otro mundo, y que el vástago había heredado no solo los poderes, sino también la apariencia de su padre.

Aquella mañana, Mikuo descubrió que todo eso era mentira.

En realidad Smiertzievitch era un hombre ordinario, aunque en absoluto corriente. De hecho, lo que más le llamó la atención de su aspecto fueron sus elegantes facciones y su belleza andrógina. Su piel era fina y delicada, y tan pálida que Mikuo podría haber jurado que estaba tallada en mármol. Sus labios eran gruesos y sonrosados. Casi parecía que los llevase pintados. Sus ojos eran de un azul medianoche tan intenso que centelleaban en la penumbra. Una espesa mata de cabello largo y sedoso del color de la nieve se derramaba sobre sus hombros, y enmarcaba un rostro que para sí habría querido más de una dama hefestiana.

Mikuo se quedó sin aliento.

—Tengo entendido que tienes un mensaje para mí —dijo el Rey con una voz de barítono que resonó por la estancia como uno de los salmos de los sacerdotes de la Catedral de los Dioses.

—Así es, majestad —Mikuo hizo una ligera reverencia—. Os traigo una propuesta de alianza de mi señor.

—¿Alianza? —preguntó el monarca torciendo ligeramente la cabeza—. ¿Y por qué desearía aliarme yo con tu señor? ¿Qué puede ofrecerme él que no posea ya?

—El mundo, majestad.

Smiertzievitch arqueó una de sus elegantes cejas.

—¿Tan desesperada está la Inquisición que me tienta con lo que no puede

ofrecerme?

—Majestad, no estoy aquí en nombre de la Inquisición, sino de mi Maestro, el Gran Señor Korro'th; el Guardián del Manantial, la Voz Inmortal, el Legado de los Primeros.

—Demasiados títulos para una sola persona —se burló el monarca, o al menos eso le pareció a Mikuo—. ¿Quién es ese tal Korro'th, y qué clase de poder posee para ofrecerme el mundo a cambio de mi ayuda?

—El poder para doblegar a los magos de Hefestia y ponerlos a vuestros pies —dijo Mikuo. Eso pareció despertar el interés del Rey—. Mi señor es un conquistador. Mundos enteros han sido doblegados por sus ejércitos, y pronto también este caerá.

—¿Conquistador? —musitó Smiertzievitch jugueteando distraídamente con la palabra—. Si ha doblegado tantos mundos él solo, ¿por qué necesita ahora mi ayuda?

La pregunta descolocó un poco a Mikuo. No se la había esperado.

—Alteza, mi amo va a conquistar este plano con o sin vuestra ayuda —se apresuró a decir—. Simplemente os ofrece la oportunidad de estar en el lado de los vencedores.

—¿Insinúas que un invasor que ya ha tomado otros mundos y que es capaz de conquistar este sin ayuda está dispuesto a compartirlo conmigo solo a cambio de mi apoyo? —sonrió el Rey. Aquella sonrisa hizo que una capa de escarcha se formara en su columna vertebral—. Parece poco probable —prosiguió—. ¿O tal vez debo interpretar tus palabras como una amenaza? Porque si lo he entendido correctamente acabas de decirme que tu amo va a tomar este mundo con o sin mi ayuda. Es decir, que si no estoy con él, estoy contra él.

—No, alteza. Lo siento. No quería insinuar que...

—Aclárame una cosa —le cortó—. Si decido apoyarle, ¿cómo pretende recompensarme tu amo? ¿Acaso tendremos el mismo poder sobre todo este mundo o pretende que nos lo repartamos de forma equitativa?

—El Gran Señor será quien domine el mundo, aunque permitirá a sus aliados regentarlo en su nombre.

—¿Me ofreces vasallaje? —gritó el Rey Necromante avanzando un amenazador paso hacia él—. ¿Tienes los arrestos de presentarte en mi reino y ofrecerme un ultimátum con dos alternativas igual de lamentables? ¿Vasallaje o rendición, esas son las condiciones de tu amo?

Mikuo sintió que le temblaban las piernas, pero se esforzó por ocultarlo. Era una suerte que el monarca le hubiese prometido salvoconducto; de lo contrario temía que no saldría de allí con vida.

—Majestad, yo...

—Basta —le atajó Smiertzievitch alzando una mano—. Me aburres. Ya he oído tu propuesta. Ahora le llevarás mi respuesta a tu amo.

Cuando Mikuo abandonó el palacio lo hizo con paso vacilante. El viento helado seguía soplando, y la ventisca no tenía visos de amainar; pero a él no parecía importarle, porque ya no podía sentir el mordisco del frío.

Atrás habían quedado sus preocupaciones.

Y sus ilusiones. Y sus esperanzas.

Y sus temores.

Ya no le asustaba cómo reaccionaría su amo cuando le transmitiera el mensaje del Rey Necromante.

Al fin y al cabo, uno no puede morir dos veces.

Triano alzó la mano para llamar a la puerta, pero se detuvo en el último momento.

El nudo que tenía en el estómago había ido empeorando a medida que se acercaba a la habitación, y ahora se sentía como si tuviese en el vientre un avispero al que alguien hubiese dado una patada.

No estaba seguro de cómo enfrentarse a aquella situación. Nada de lo que había vivido hasta entonces le había preparado para algo así.

No se trataba solo de lo que pudiesen opinar los demás, o de lo que pensara su familia, o de lo que la sociedad considerase aceptable. Se trataba de sus propios sentimientos, de las ideas que no dejaban de dar vueltas en su cabeza, de su percepción del mundo.

De lo que aquella situación significaba para él.

Triano estaba hecho un lío, porque a pesar de saber que aquello no era correcto, a pesar de ser consciente de lo que supondría dar aquel paso; de verse obligado a escoger, lo tenía muy claro.

Especialmente después del beso.

Quería a Tarnika en su vida, y al carajo con lo que pensarán los demás.

Jamás había sentido algo parecido a lo que sintió en el momento en que sus labios se encontraron. Un extraño calor había invadido su cuerpo, un

agradable cosquilleo le había recorrido las extremidades, y por primera vez en su vida había sentido que podía respirar, que por fin había encontrado el lugar al que pertenecía.

Porque pese a todo lo malo que había en el mundo, pese a lo que el futuro pudiese depararles, sabía que mientras Tarnika estuviese a su lado todo iría bien.

Y eso le aterrizzaba, porque Tarnika no era como él.

No se trataba solo de algo cultural o social, como lo habría de haberse enamorado de una joven de clase baja.

No era cosa de su educación o de las presiones familiares.

Tarnika no era humana.

Pertenecía a otra especie.

A otro mundo.

Ni siquiera estaba seguro de que fuesen compatibles.

Pero eso no le importaba a su corazón, que se aceleraba cada vez que pensaba en ella.

Era precisamente esa dicotomía, la que enfrentaba sus sentimientos con la dura realidad, la que le estaba matando. Y algo le decía que a ella le ocurría lo mismo.

Por eso le costó vencer sus inseguridades y llamar a la puerta.

Pero en cuanto la vio, en cuanto sus ojos se encontraron con los de ella, todas sus dudas se esfumaron.

El aire de la habitación tenía un olor dulce e intoxicante. Olía a fruta fresca y a primavera, un aroma que Triano asociaba con Tarnika y que, por alguna razón, encontraba excitante.

El muchacho avanzó un dubitativo paso hacia la joven. Tarnika apartó la mirada.

—Tenemos que hablar —le dijo.

Ella se mordió el labio inferior. Ese simple gesto consiguió encenderle la sangre.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó ella.

Triano no podía apartar los ojos de sus labios. Alzó una mano y le acarició el rostro.

Ella sonrió.

Antes de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo sus bocas se encontraron de nuevo, y cuando sus lenguas se rozaron Triano se sintió como un náufrago



sediento que acabase de encontrar un oasis. El cuerpo de Tarnika parecía latir al ritmo de su corazón, y su piel se estremeció bajo sus dedos.

Su primer beso había sacudido los cimientos de su mundo.

Aquel lo volvió del revés.

Ahora estaba seguro de que, pasara lo que pasase, no podría mantenerse alejado de ella.

Fin del libro dos